



UNIVERSIDADE FEDERAL DE PERNAMBUCO
CENTRO DE ARTES E COMUNICAÇÃO
DEPARTAMENTO DE ARQUITETURA E URBANISMO
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM DESENVOLVIMENTO URBANO

MAITE HERNÁNDEZ ALFONSO

La formación de los arquitectos en el campo de la restauración y conservación del patrimonio edificado en La Habana, en el contexto cubano de 1960 al 2000.

Recife

2025.

MAITE HERNÁNDEZ ALFONSO

La formación de los arquitectos en el campo de la restauración y conservación del patrimonio edificado en La Habana, en el contexto cubano de 1960 al 2000.

Tese apresentada ao Programa de Pós-graduação em Desenvolvimento Urbano da Universidade Federal de Pernambuco como requisito parcial para a obtenção do título de Doutora.

Área de concentração: Desenvolvimento Urbano

Orientadora: Profa. Dra. Arq. Natália Miranda Vieira-de-Araújo
Co-orientador: Prof. Dr. Arq. Sergio Raymant Arencibia Iglesias

Recife
2025.

.Catalogação de Publicação na Fonte. UFPE - Biblioteca Central

Hernández Alfonso, Maite.

La formación de los arquitectos en el campo de la restauración y conservación del patrimonio edificado en La Habana, en el contexto cubano de 1960 al 2000 / Maite Hernández Alfonso. - Recife, 2025.

408f.: il.

Tese (Doutorado) - Universidade Federal de Pernambuco, Centro de Artes e Comunicação, Programa de Pós-Graduação em Desenvolvimento Urbano, 2025.

Orientação: Natália Miranda Vieira-de-Araújo.

Coorientação: Sergio Raymant Arencibia Iglesias.

Inclui referências, apêndices e anexos.

1. Arquitetura; 2. Restauração e Conservação; 3. Arquitetos - Formação; 4. Havana; 5. CUJAE; 6. CENCREM. I. Vieira-de-Araújo, Natália Miranda. II. Arencibia Iglesias, Sergio Raymant. III. Título.

UFPE-Biblioteca Central

MAITE HERNÁNDEZ ALFONSO

La formación de los arquitectos en el campo de la restauración y conservación del patrimonio edificado en La Habana, en el contexto cubano de 1960 al 2000.

Tese apresentada ao Programa de Pós-graduação em Desenvolvimento Urbano da Universidade Federal de Pernambuco como requisito parcial para a obtenção do título de Doutora.

Área de concentração: Desenvolvimento Urbano

Aprovada em: 11 de abril de 2025

BANCA EXAMINADORA

Profa. Dra. Natalia Miranda Vieira-de-Araújo (Orientadora)
PPG-DU - Universidade Federal de Pernambuco

Profa. Dra. Virgínia Pitta Pontual (Examinadora Interna)
PPG-DU - Universidade Federal de Pernambuco

Prof. Dr. Nivaldo Viera de Andrade Junior (Examinador Externo)
PPG-AU - Universidade Federal da Bahia

Profa. Dra. Ana Paula Farah (Examinador Externo)
FAU/POSURB-ARQ- Pontifícia Universidade Católica de Campinas

Profa. Dra. Maria Cristina da Silva Schicchi (Examinador Externo)
FAU/POSURB-ARQ- Pontifícia Universidade Católica de Campinas

AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos y dedicatorias siempre necesarios.

A mi familia y a mis padres. A mi madre, mi mayor incentivadora. A mis amigos, cubanos y brasileños, que no son pocos y de diversas formas me ayudaron a seguir adelante con esta investigación, sobre todo en los momentos de mayor inseguridad y anquilosamiento.

A mi tutora, Natália Miranda Viera-de-Araújo, que libró conmigo no pocas ni buenas –salvo por los resultados- batallas desde el inicio del doctorado; siempre con la orientación inteligente, la recomendación más acertada y la dosis de afecto que termina de moldear la gran mujer que es. A Sergio Raymant Arencibia Iglesias, amigo y co-tutor estrictísimo pero siempre comunicativo y franco. Al *Programa de Pós-graduação em Desenvolvimento Urbano* y al *Laboratório de Urbanismo y Patrimônio* de la Universidad Federal de Pernambuco. Al Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

A los arquitectos Nelson Melero, Isabel Rigol, Ángela Rojas, Daniel Taboada y a la investigadora Alicia García Santana por las entrevistas y fotos concedidas, las horas de conversación sobre patrimonio cubano, arquitectura, edificios, etc. y fundamentalmente sobre los arquitectos, sobre Cuba y La Habana. Parte importante de esta investigación se realizó en esta ciudad, en pequeñas estancias doctorales, sorteando las crisis que atraviesa la isla desde hace algunos años. Los resultados de este trabajo también son consecuencia de los límites impuestos por la realidad cubana. Sirvan estas palabras de agradecimiento a los especialistas, arquitectos y bibliotecarios cubanos que dispusieron su tiempo para recibirme o facilitarme la búsqueda en archivos y bibliotecas. Algunos pensarán que no hacían más que su trabajo. Yo sé que hacían un gran esfuerzo. A los arquitectos José Ramón Moreno, de España, y Paulo Ormindo de Azevedo en Brasil, por el tiempo dedicado y el material facilitado.

En Cuba la investigación es un ejercicio difícil para el cual resulta arduo disponer del tiempo necesario y los recursos que permitan, en fin, la dedicación exclusiva. Es por este motivo que debo agradecer a la *Coordenação de aperfeiçoamento de pessoal de nível superior (CAPES)* en Brasil por la beca concedida para la realización de esta investigación.

A todos los que construyen conocimiento desde Cuba y a los que no desisten en abordar la realidad cubana con justicia y empatía hacia el proceso revolucionario sin dejar de ser críticos. A los que no se cansan de escudriñar en archivos habaneros para develar respuestas a interrogantes asechadas por el cansancio o el olvido deliberado, dedico los resultados de esta investigación.

RESUMEN

El interés por preservar el patrimonio edificado en La Habana, Cuba, comenzó a desarrollarse a partir del primer cuarto del siglo XX. Desde entonces se inició un proceso de constitución y consolidación del campo de la conservación y restauración de edificios patrimoniales sin que existiese formación especializada. A partir de 1959, con la revolución cubana, el panorama social, cultural y político del país cambió drásticamente, lo cual, unido al contexto regional latinoamericano, facilitó la comprensión de la necesidad de abordar e intervenir el patrimonio construido cubano y habanero de forma científica y especializada. La presente investigación pone a disposición del lector un estudio histórico del proceso de formación de los arquitectos cubanos en el campo de la restauración y conservación en La Habana, Cuba, entre los años 1960 y 2000. Para ello, se ha tomado como objeto de estudio la formación de los arquitectos en la Facultad de Arquitectura de la CUJAE –hoy Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”- y la formación en el Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología (CENCREM) (1980-2012). Por medio de un enfoque cualitativo, se analizan contenidos de conservación y restauración impartidos en los antiguos planes de estudio para la enseñanza de la arquitectura, la orientación ideológica de la formación y el papel del arquitecto en la sociedad en transición socialista para identificar los principios que definen la formación integral del arquitecto. Igualmente es analizada la importancia de la enseñanza de la teoría y la historia de la arquitectura en esta etapa. En cuanto a la formación especializada, mediante el mismo enfoque se estudia el papel del CENCREM como entidad capacitadora de especialistas en Cuba y como referente para la cooperación internacional en materia de restauración y conservación. Con esta institución, se abrieron nuevos horizontes para el desarrollo del campo de la conservación y restauración en Cuba, ofreciendo a los especialistas una mayor noción histórica, social, cultural y científica para las intervenciones en la preexistencia. Finalmente, se analiza la comprensión que llegó a alcanzarse de la conservación y restauración como un campo autónomo, como una especialidad, y de la visión de la restauración como un acto de cultura considerando la identidad como esencia. A partir del análisis de este contexto y de la madurez alcanzada en este campo, en esta investigación se plantea la hipótesis de que en La Habana, formar “aptitudes y actitudes para el patrimonio” fue una premisa fundamental para la

formación de los arquitectos en el campo de la restauración y conservación. “Aptitudes” logradas a partir del conocimiento teórico, la claridad de conceptos, bases culturales amplias, dominio proyectual, dominio de instrumentos metodológicos, técnico-operacionales y la experiencia práctica; “actitudes” emanadas del desarrollo de una conciencia histórica, cultural, y social, revertidas en acciones concretas.

Palabras-clave: Arquitectura, Restauración y Conservación, Formación, La Habana, CUJAE, CENCREM.

RESUMO

O interesse pela preservação do patrimônio construído em Havana, Cuba, começou a se desenvolver no primeiro quartel do século XX. Desde então, iniciou-se em Cuba um processo de constituição e consolidação do campo da conservação e do restauro de edificações patrimoniais mas sem a existência de cursos de formação especializada. Após 1959, o panorama social, cultural e político do país mudou drasticamente com a revolução cubana, o que, juntamente com o contexto regional latino-americano, facilitou a compreensão da necessidade de abordar e intervir no patrimônio edificado cubano de forma científica e especializada. Esta pesquisa oferece ao leitor um estudo histórico do processo de formação dos arquitetos cubanos no campo da restauração e conservação de edificações patrimoniais em Havana, Cuba, entre 1960 e 2000. O objeto de estudo é a formação de arquitetos na Faculdade de Arquitetura da CUJAE - hoje Universidade Tecnológica de Havana "José Antonio Echeverría" - e a formação no Centro Nacional de Conservação, Restauração e Museologia (CENCREM) (1980-2012). Por meio de uma abordagem qualitativa, são analisados os conteúdos próprios do campo da conservação e restauração no currículo do curso de arquitetura da época, a orientação ideológica da formação e o papel do arquiteto na sociedade em transição socialista, a fim de identificar os princípios que definem a formação integral do arquiteto. A importância do ensino da teoria e da história da arquitetura também é analisada. Com relação à formação especializada, a mesma abordagem é usada para estudar o papel do CENCREM como instituição de formação de especialistas em Cuba e como referência para a cooperação internacional no campo da restauração e da conservação. Esta instituição abriu novos horizontes para o desenvolvimento deste campo disciplinar em Cuba, oferecendo aos arquitetos uma maior noção histórica, social, cultural e científica para as intervenções na pré-existência. Por fim, analisa-se o entendimento que se alcançou da conservação e da restauração como um campo disciplinar autônomo, como uma especialidade, e da visão da restauração como um ato de cultura, considerando a identidade como sua essência. Com base na análise desse contexto e na maturidade alcançada nesse campo, esta pesquisa levanta a hipótese de que, em Havana, a formação de "aptidões e atitudes para o patrimônio" foi uma premissa fundamental para a formação de arquitetos no campo da restauração e conservação. As "aptidões" são alcançadas por meio de

conhecimentos teóricos, clareza de conceitos, amplas bases culturais, domínio de projetos, domínio de instrumentos metodológicos e técnico-operacionais e experiência prática; e as "atitudes" emanam do desenvolvimento de uma consciência histórica, cultural e social, revertidas em ações concretas.

Palavras-chave: Arquitetura, Restauração e Conservação, Formação, Havana, CUJAE, CENCREM.

ABSTRACT

The interest in preserving built heritage in Havana began to develop in the first quarter of the 20th century. This marked the inception and consolidation of a field and a discipline in Cuba despite a lack of specialized training among architects at that time. Following the Cuban Revolution in 1959, the social, cultural, and political landscape of the country changed drastically, all of which, along with the broader regional Latin American context, enabled the understanding of the need for a scientific and specialized approach to intervene in the Cuban and Havana built heritage. This research provides a historical analysis of the training process of Cuban architects in the field of restoration and conservation from 1960 through 2000 in Havana, Cuba. To this endeavor, our subject of study is focused on both the education these architects received at the School of Architecture at the CUJAE -now known as the Technological University José Antonio Echeverría- and their training at the National Center for Restoration, Conservation, and Museology in Cuba (CENCREM) (1980-2012). Through a qualitative approach, we analyze some contents on conservation and restoration taught in the old curricula for teaching architecture, the ideological guidelines of the training, and the role of the architect in a society transitioning to socialism to identify principles that define the comprehensive training of architects. In addition, we examine the importance of teaching architectural theory and history in this timeframe. The significance of CENCREM as a specialist training organization and a reference point for international cooperation in restoration and conservation is studied using the same approach. With this institution, new opportunities emerged to enhance the field of conservation and restoration in Cuba, fostering a richer historical, social, cultural, and scientific understanding of interventions within the preexisting context. Finally, we analyze how the understanding of conservation and restoration as an independent field and a specialized discipline is achieved while considering the vision of restoration as a cultural act, with identity being its essence. Based on the analysis of this context and the maturity achieved in this field, this research hypothesizes that in Havana, developing "aptitudes and attitudes toward heritage" was a fundamental premise for the training of architects in the restoration and conservation realm. "Aptitudes" are achieved through theoretical knowledge, clarity of concepts, broad cultural foundations, and mastery of the projects, methodological and technical-operating

tools, and practical experience; "attitudes" stem from the development of a historical, cultural and social awareness, which are reverted into concrete actions.

Key-words: Architecture, Restoration and Conservation, Training, Havana, CUJAE, CENCREM.

SIGLAS

CECRE	Curso de Especialización en Conservación y Restauración de Monumentos y Sitios Históricos (Salvador, Bahía. Brasil).
CENCREM	Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología (Cuba).
CNM	Comisión Nacional de Monumentos (Cuba).
CICOP	Centro Internacional de Conservación del Patrimonio (Las Palmas, Canarias. España)
CONDEPHAAT	Consejo de defensa del patrimonio histórico, artístico, arqueológico y turístico (Brasil).
CUJAE	Ciudad Universitaria “José Antonio Echeverría” (Cuba).
DPC	Dirección de Patrimonio Cultural (Cuba).
GDIC	Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (Cuba).
ICCROM	Centro Internacional para el Estudio de la Conservación y la Restauración de los Bienes Culturales.
ICOMOS	Consejo Internacional de Monumentos y Sitios.
JUCEPLAN	Junta Central de Planificación (Cuba)
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia (México).
IPHAN	Instituto de patrimonio histórico y artístico nacional (Brasil).
IPPF	Instituto de Planificación Física (Cuba)
ISPJAE	Instituto Superior Politécnico “José Antonio Echeverría” (Cuba).
MICONS	Ministerio de la Construcción (Cuba)
MINCULT	Ministerio de Cultura (Cuba).
OHCH	Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana (Cuba).
OPPP	Órgano Provincial del Poder Popular (Cuba).
PNUD	Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1-	Modelo de viviendas y edificios ejecutados por el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV), la Dirección de Viviendas Urbanas (DVU) y el Programa de Ayuda Mutua y de Esfuerzo Propio (PAMEP), estos últimos dentro del Ministerio de Obras Públicas.	52
Imagen 2-	Obras escolares proyectadas en los primeros años de la revolución cubana.	53
Imagen 3-	Distribución territorial de las intervenciones por programas funcionales en La Habana entre 1959 y 1964.	53
Imagen 4-	Inauguración del VII Congreso de la UIA. 1963	54
Imagen 5-	Pabellón Cuba. Autor: Juan Campos. Construido en 1963 con motivo de la celebración del VII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos como sede de la exposición cubana.	54
Imagen 6-	Heladería Coppelia. Autor: Mario Girona. 1966	55
Imagen 7-	Parte de los docentes de la Escuela de Arquitectura de La Habana de los '60. En las filas inferiores se presentan fotos más recientes de algunos profesores.	57
Imagen 8-	Collage de imágenes exteriores e interiores de la CUJAE.	62
Imagen 9-	Corredores de la CUJAE.	62
Imagen 10-	Vistas exteriores de los bloques docentes de la CUJAE.	63
Imagen 11-	Imagen de revista destacando “la arquitectura como proyección física de las nuevas relaciones sociales creadas por la revolución” a través de conjuntos construcciones escolares. .	67
Imagen 12-	Imágenes destacando “la arquitectura como proyección física de las nuevas relaciones sociales creadas por la revolución” a través de conjuntos habitacionales y expresiones de la grafía urbana.	68
Imagen 13-	Imágenes reforzando el carácter técnico de la arquitectura, en función de las necesidades de la sociedad.	68
Imagen 14-	Fragmento de la Segunda Declaración de La Habana publicado en la revista Arquitectura Cuba.	76

Imagen 15-	Plano de la Unidad Vecinal “Camilo Cienfuegos” en Habana del Este.	85
Imagen 16-	Vista Aérea. Unidad Vecinal “Camilo Cienfuegos” en Habana del Este. 1963.	86
Imagen 17-	Vista de un círculo Infantil. Unidad Vecinal “Camilo Cienfuegos” en Habana del Este. 1963.	87
Imagen 18-	Plano de la Escuela de Ballet.....	88
Imagen 19-	Vista exterior de las aulas de la Escuela de Ballet.	89
Imagen 20-	Acceso principal a la Escuela de Artes Plásticas.	89
Imagen 21-	El Arq. Augusto Rivero, que en su etapa de estudiante participó en la construcción de las Escuelas de Arte, ofreciendo una visita guiada en el interior de la Escuela de Artes Plásticas.	90
Imagen 22-	Plano de la Escuela de Música.	90
Imagen 23-	Vistas exteriores de la Escuela de Música	91
Imagen 24-	Acceso principal a la Escuela de Danza Moderna.	91
Imagen 25-	Vista exterior de las aulas de la Escuela de Danza Moderna.	92
Imagen 26-	Vista aérea de la Escuela Vocacional V. I. Lenin. Nótese el conjunto de patios y plazas y el juego de volúmenes. Sistema prefabricado Girón.....	98
Imagen 27-	Vista de los patios y corredores de la Escuela Vocacional V. I. Lenin.	99
Imagen 28-	Imágenes del Anfiteatro del Parque Lenin (izquierda) y exterior del restaurante Las Ruinas (derecha).	100
Imagen 29-	Plano isométrico del Jardín Botánico Nacional.	101
Imagen 30-	Vista aérea de La Habana. El centro histórico de la Habana Vieja en primer plano.	110
Imagen 31-	Plano elaborado en 1964 destacando, entre otros, los edificios de valor colonial y las tres primeras plazas restauradas en esta época.....	111
Imagen 32-	Plano e vistas de la Plaza de Armas en restauración (Zona 1 en la Imagen 31).	112
Imagen 33-	Vistas de la Plaza y Convento de San Francisco (Zona 2 en la Imagen 31).	113
Imagen 34-	Vistas de la Plaza de la Catedral. (Zona 3 en la Imagen 31).	114

Imagen 35-	Artículo 70 de la Ley No. 1323.	116
Imagen 36-	Marta Arjona (1923-2006).....	119
Imagen 37-	Emilio Roig (al centro) junto a Ernesto Guevara, Fidel Castro, Antonio Núñez Jiménez (Presidente de la Comisión Nacional de Monumentos) y otros.....	120
Imagen 38-	Eusebio Leal junto a Fidel Castro.....	120
Imagen 39-	Tesis de Enrique Capablanca Rizo, Carlos Dunn Marques y Nelson Melero Lazo.	123
Imagen 40-	Folleto para promover las obras de restauración y rehabilitación de la Habana Vieja elaborado a partir de la tesis de Melero, Dunn y Capablanca.....	124
Imagen 41-	Folleto para promover las obras de restauración y rehabilitación de la Plaza Vieja.	124
Imagen 42-	Trama de usos formada por plazas, plazuelas y espacios libres que se unen a través de calles o ejes de alto interés monumental para crear una estructura multipolarizada de actividades. “Sistema de Centros” del “Anteproyecto de Restauración.	126
Imagen 43-	Armando Hart, Ministro de Cultura (al centro), junto a altos funcionarios del MINCULT, del Gobierno y el Partido de La Habana en el marco del primer Plan quinquenal de restauración del Centro Histórico.....	127
Imagen 44-	Noticia sobre la declaratoria de La Habana como Patrimonio Mundial.	142
Imagen 45-	Conjunto de planos incluidos en el expediente para la declaratoria de La Habana Vieja y su Sistema de Fortificaciones, como Patrimonio Mundial.	143
Imagen 46-	Poster del Instituto Nacional de Turismo.	144
Imagen 47-	Material promocional de la Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja de La Habana Vieja.	145
Imagen 48-	Amadou Mahtar M´Bow en visita a la Habana Vieja con motivo del lanzamiento de la Campaña Internacional para la salvaguarda de la Plaza Vieja, junto a Eusebio Leal y Antonio N. Jiménez.....	146

Imagen 49-	Plano de La Habana Vieja destacando las manzanas que ocupa el antiguo Convento de Santa Clara, en el Centro Histórico....	149
Imagen 50-	Vista exterior del Convento de Santa Clara en 1946.....	149
Imagen 51-	Maqueta del antiguo Convento de Santa Clara.	150
Imagen 52-	Sylvio Mutal junto a la arquitecta Isabel Rigol, primera directora del CENCREM, durante uno de los chequeos de las obras en el Convento de Santa Clara, en 1984.....	151
Imagen 53-	Recorte de periódico noticiando la opinión de Carlos Chanfón sobre el estado de la especialidad en Cuba.	152
Imagen 54-	Secuencia de informes elaborados en 1980, 1981 y 1986 (de derecha a izquierda) para la creación y completamiento de capacidades en el CENCREM.	153
Imagen 55-	Fragmento del segundo informe elaborado por Carlos Chanfón para la creación del CENCREM, informando la inclusión de los modelos del Centro Churubusco en varias áreas para servir de modelo.	156
Imagen 56-	Algunos de los especialistas del CENCREM. De derecha a izquierda: Nelson Melero, Daniel Taboada, Víctor Marín -de espaldas-, Carlos Dunn, Madeline Menéndez e Isabel Rigol....	163
Imagen 57-	Exterior ecléctico de la Casa del Mayor General Vicente García, hoy Memorial Mayor General Vicente García.	164
Imagen 58-	Vistas mostrando el aspecto colonial del patio interior.....	165
Imagen 59-	Folleto del conocido “Evento de las Tunas”.	166
Imagen 60-	Fotografías de alumnos, clases y talleres del CENCREM en diferentes momentos del centro.....	168
Imagen 61-	Croquis con objetivos del proyecto de remodelación del barrio de Cayo Hueso, en el municipio Centro Habana.....	184
Imagen 62-	Plano de la Ciudad de La Habana destacando la concentración de sitios de valor histórico y ambiental, más allá del centro histórico.....	186
Imagen 63-	Alumnos de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos de La Habana.....	203
Imagen 64-	Alumnos de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos de La Habana.....	204

Imagen 65-	Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana.	204
Imagen 66-	Plaza de la Catedral de La Habana.	219
Imagen 67-	Vista interior de las amplias ventanas y vidrios de colores en la arquitectura colonial cubana.	221
Imagen 68-	Vista de un patio interior con galería porticada, componente tipológico característico de la arquitectura colonial cubana. Casa de la Obrapía. Siglo XVII.	221
Imagen 69-	Uso de vitrales en la arquitectura moderna cubana. Vista de la Residencia de Cristina Abad.....	222
Imagen 70-	El portal, como elemento tipológico, fue adoptado fundamentalmente por la arquitectura ecléctica, pero en las grandes avenidas los edificios de diversos estilos también asumieron este elemento posibilitando confort y unidad estética.....	222
Imagen 71-	Plano de la Habana Vieja. Espacio de la Plaza Vieja destacado en negro.....	240
Imagen 72-	Reconstrucción del Mercado de Cristina en el espacio de la plaza.....	242
Imagen 73-	Demolición del Mercado Cristina en 1908. Plaza Vieja.	242
Imagen 74-	Parque Juan Bruno Zayas.....	243
Imagen 75-	Vista del Parque Habana con el Anfiteatro.	243
Imagen 76-	Vista del Parque Habana con el Anfiteatro y la entrada del parqueo soterrado por la calle Muralla.	244
Imagen 77-	Vista del parqueo soterrado por la calle Muralla a inicio de los años noventa.	244
Imagen 78-	Proyecto elaborado por la DPC. Nótese la falta de un proyecto definido para el espacio central.	245
Imagen 79-	Proyecto de Felicia Chateloin y Patricia Rodríguez con destaque en la propuesta para Centro Cultural en el área central de la plaza.....	246
Imagen 80-	Rehabilitación de “San Ignacio, 360”. Plaza Vieja. Obras terminadas en 2012.....	248
Imagen 81-	Interior de “San Ignacio, 360”. Plaza Vieja. Obras terminadas en 2012.....	249

Imagen 82-	Estado de deterioro de la Casa de Beatriz Pérez Borroto (Mercaderes No. 307) en 1983.....	254
Imagen 83-	Casa de Beatriz Pérez Borroto (Mercaderes No. 307) durante la restauración.	255
Imagen 84-	Vista exterior e interior de la Casa de Beatriz Pérez Borroto después de la restauración. Nótese la inserción de nueva construcción al fondo del patio.	255
Imagen 85-	Estado de deterioro de la Casa de Franchi Alfaro en la década de 1980.....	256
Imagen 86-	Casa de Franchi Alfaro después de la restauración. Actualmente Café “El Escorial”.	257
Imagen 87-	Interior de la Casa Franchi Alfaro hoy Café “El Escorial”. Inserción de nueva construcción al interior.	257
Imagen 88-	Interior de la Casa Franchi Alfaro hoy Café “El Escorial”. Nótese la presencia de pintura mural a la izquierda.....	257
Imagen 89-	Casa de los Condes de Lombillo después de la restauración.	258
Imagen 90-	Casa de los Condes de Lombillo en la década del cincuenta.	258
Imagen 91-	Nelson Melero (al centro) viendo los planos de la casa de los Condes de Lombillo junto a los ejecutores: Arq. Tatiana Fernández técnica de la Brigada de Restauración (izq.) y Nicolato jefe de obra (der.) en 1984.....	259
Imagen 92-	Imágenes del patio interior, antes y después de la restauración. Nótese el aprovechamiento de los altos puntales para proyectar nuevas obras.....	259
Imagen 93-	Casa de las Hermanas Cárdenas antes de la restauración. Años ochenta.	260
Imagen- 94	Casa de las Hermanas Cárdenas después de la restauración. Años ochenta.	260
Imagen 95-	Vistas del patio interior después de la restauración.	261
Imagen 96-	Casa de los Condes de Jaruco en la Plaza Vieja. Primera mitad del siglo XX.....	262
Imagen 97-	Vista de la Casa de los Condes de Jaruco en la Plaza Vieja, aproximadamente en 1983.	263

Imagen 98-	Vista de la Casa de los Condes de Jaruco en la Plaza Vieja después de la restauración. Años ochenta.	263
Imagen 99-	Detalles de los techos, lucetas de colores pinturas murales y vista del patio después de la restauración.	264
Imagen 100-	Vista del patio central. Nótese el destaque del despiezo de los arcos.	264
Imagen 101-	Trabajos de restauración en el techo de armadura del salón principal. Detalle de uno de los tirantes antes de la restauración.	265
Imagen 102-	Esquina modificada de la calle Muralla con Jaimanitas en los muros, despiezo similar al existente y carpintería de la época después de la restauración.	265
Imagen 103-	Vista de la galería del portal con la piedra de Jaimanitas a la vista.	265
Imagen 104-	Edificio del Cine Habana antes de la intervención.	267
Imagen 105-	Levantamiento del Edificio del Cine Habana (derecha) y propuesta de restauración (izquierda).	267
Imagen 106-	Edificio del antiguo Cine Habana, hoy convertido en Planetario del Centro Histórico.	268
Imagen 107-	Edificio del Colegio Santo Ángel en la década de los ochenta.	269
Imagen 108-	Edificio del Colegio Santo Ángel como cierre de la calle Teniente Rey. Nótese el grado de deterioro del edificio.	269
Imagen 109-	Ruinas del Edificio Santo Ángel.	271
Imagen 110-	Vista de la esquina de San Ignacio y Teniente Rey desde la Plaza, luego del derrumbe del edificio Santo Ángel. Imagen de la década del noventa.	271
Imagen 111-	Edificio del Santo Ángel en la actualidad.	272
Imagen 112-	Interior del edificio Santo Ángel.	272
Imagen 113-	Proyectos para las fachadas de la Plaza Vieja. Proyecto de Felicia Chateloin y Patricia Rodríguez. Nótese el respeto de la evolución histórica y estilística de las fachadas.	275

Imagen 114-	Proyecto de Felicia Chateloin y Patricia Rodríguez con destaque en la propuesta para Centro Cultural en el Área Central de la Plaza.....	276
Imagen 115-	Mesa Redonda en el Convento de Santa Clara durante la exposición “Manifiestos”.....	277
Imagen 116-	Proyecto de Eric Owen Moss.....	278
Imagen 117-	Sección transversal del Proyecto de Eric Owen Moss.	278
Imagen 118-	Demolición del parqueo soterrado. Años noventa.	280
Imagen 119-	Colocación de adoquines en la Plaza Vieja de La Habana. Años noventa.	280
Imagen 120-	Imagen actual del Plaza Vieja en el Centro Histórico de La Habana.....	281

SUMARIO

1	INTRODUCCIÓN.....	23
1.1	Presentación del objeto de estudio.....	23
1.2	Problematización	28
1.3	Hipótesis.....	37
1.4	Objetivo general.....	38
1.5	Objetivos específicos.....	38
1.6	Metodología.....	38
1.7	Estructura comentada.....	40
2	CAPÍTULO 1. LA FORMACIÓN DE LOS ARQUITECTOS Y LA REVOLUCIÓN CUBANA.	42
2.1	La Escuela de Arquitectura en el contexto de la universidad socialista y la política cultural “dentro de la Revolución”	46
2.1.1	La CUJAE.....	62
2.2	Orientaciones de la política cultural de los primeros años de la Revolución y su alcance en la arquitectura y la formación de los arquitectos.....	69
3	CAPÍTULO 2. LA FORMACIÓN DE LOS ARQUITECTOS EN LA HABANA Y EL PATRIMONIO EDIFICADO.	105
3.1	Nuevas políticas e instituciones patrimoniales en Cuba.....	108
3.2	La formación especializada en conservación y restauración: una preocupación desde el Centro de Roma hasta América Latina (1960-1970).	129
3.3	Creación del CENCREM	142
3.4	La restauración y conservación en la CUJAE y otras universidades del país. Investigaciones y Planes de estudio.....	169
3.4.1	Los Planes de estudios B, C y C “perfeccionado”.	173
3.4.2	La investigación sobre restauración y conservación y el énfasis en la renovación y/o rehabilitación urbana.	180
3.5	Los convenios de cooperación internacional en materia de patrimonio cultural y su expresión en la formación especializada en los noventa.....	195
2.5.1	Cooperación Internacional en la Facultad de Arquitectura de la Habana y otras ciudades.	205

4	CAPITULO 3. LA CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN EN EL CONTEXTO CUBANO: PREMISAS PARA FORMAR MEJORES ARQUITECTOS.....	210
4.1	Pero antes... algunas claves para entender la formación de los arquitectos en conservación y restauración.	212
4.2	Un acto de cultura: La identidad nacional como esencia.....	218
4.3	La formación de un arquitecto con “aptitudes y actitudes para el patrimonio”.	225
4.4	La formación teórica: una preocupación constante.	231
4.5	La Plaza Vieja de La Habana	240
4.5.1	Proyectos e intervenciones en las edificaciones de la plaza.	251
1.1.1	El espacio central de la plaza.	274
4.6	Lecciones desde La Habana –y otras claves- de la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación. ...	287
5	CONCLUSIONES GENERALES.....	297
	REFERENCIAS.....	307
	APÉNDICES	333
	Apéndice A – Entrevista a Remigio Nelson Melero Lazo (1945).....	333
	Apéndice B – Entrevista a Isabel Rigol.	346
	Apéndice C – Resumen biográfico de algunos arquitectos.	361
	ANEXOS	375
	Anexo 1- Evaluación de la Campaña Internacional de Salvaguardia de la Plaza Vieja de la Habana. Arq. Paulo Ormino de Azevedo, Marzo de 1995.	375
	Anexo 2- Informe del Asesor Técnico Internacional. Arq. José Ramón Moreno. Octubre 1988.....	395

1 INTRODUCCIÓN

1.1 Presentación del objeto de estudio

El presente proyecto de investigación fue motivado por inquietudes y cuestionamientos levantados en una pesquisa realizada con anterioridad sobre las obras de restauración realizadas en Cuba durante la primera mitad del siglo XX. Algunos resultados de dicha investigación develaron la inexistencia de una formación profesional especializada de los arquitectos en materia de restauración y conservación de monumentos, la consecuente práctica de restauración caracterizada por cierto empirismo en la interpretación de los referentes extranjeros que sobre estas materias llegaban a Cuba, y una concepción de restauración basada en la valoración de elementos formales y estilísticos (Hernández Alfonso, 2022). En el contexto de la Revolución cubana de 1959, las reformas iniciadas en la educación cubana, sobre todo dentro de la Escuela (luego Facultad) de Arquitectura, motivaron la indagación sobre posibles cambios en la formación de los arquitectos cubanos y, particularmente, en lo referido al campo de la restauración y conservación. La aparición de nuevas investigaciones como la de Nivaldo Vieira de Andrade Junior (2020), sobre la creación de los primeros cursos de especialización en el campo de la restauración arquitectónica en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970, también motivó la realización de esta investigación que busca analizar los inicios de la formación de los arquitectos cubanos para actuar en el campo de la restauración y conservación, en medio al contexto latinoamericano y el particular contexto cubano marcado por la revolución de 1959.

En Cuba, las primeras dos décadas luego de 1959 fueron decisivas en la formación de los arquitectos cubanos dada la activa participación de estudiantes y profesores en la vida social del país, la cantidad de obras sociales construidas y la orientación y nueva función del arquitecto en la sociedad. La entusiasta interrelación entre diseño, arte y arquitectura que se promovió dentro de la Escuela -luego Facultad- de Arquitectura, así como el rigor científico con que se abordaron diversos contenidos de la especialidad, contribuyeron a que, en general, fuera bastante promisorio el proceso de formación de los arquitectos hasta mediados de los años setenta. En la década de 1980, comenzaron a realizarse intensas obras de

restauración a raíz del reconocimiento de La Habana como Patrimonio de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)¹, dejando explícita la necesidad de contar con profesionales cubanos capacitados. En consecuencia, la voluntad política por parte del estado impulsó la disponibilidad de recursos para el desarrollo de estas especialidades y, hasta la actualidad, las exigencias en este sentido se han hecho más evidente como resultado del desarrollo alcanzado por estas disciplinas a nivel internacional. La atención dada a la formación de los profesionales en materia de restauración en La Habana, desde los años ochenta hasta la actualidad, ha estado impulsada por el trabajo de instituciones como el Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología (CENCREM) (1982-2012), la Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana (OHCH), el actual Consejo Nacional de Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura (CNPC), el Instituto Superior de Arte (ISA) y la Facultad de Arquitectura de la Universidad Tecnológica de La Habana, Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría (CUJAE)².

A lo largo de los últimos veinte años, la misión de preservar el patrimonio cubano está asentada para numerosos profesionales, funcionarios y decisores, y además cuenta con una estructura sólida apoyada en leyes e instituciones. Sin embargo, es posible identificar especificidades y desafíos dentro de la formación especializada en este campo resultado -a nuestro entender- de un contexto político, social y cultural cubano con importantes cambios a partir de 1959. Entre estos desafíos –algunos identificables en la actualidad- es posible citar: la falta de comprensión en el reconocimiento y evaluación de los valores de los monumentos y zonas urbanas, la necesidad de lidiar con las pérdidas y tomar decisiones sobre las formas de sustitución y nuevas inserciones en el patrimonio construido, una tarea compleja para la cual no existe aún la preparación necesaria (Rigol y Rojas, 2012, p.125).

La presente investigación procura indagar en esa “preparación necesaria” de los arquitectos en el campo de la conservación y restauración, con énfasis en las acciones sobre el patrimonio edificado. A partir de lo observado en la bibliografía,

¹ En ingles United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.

² Durante un tiempo llamado Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría (ISPJAE)

fundamentalmente de algunos autores cubanos consultados, se considera factible la utilización de los términos “conservación y restauración” como referencia a un campo disciplinar; especificando cuando se trate de la formación para intervenir en el patrimonio cultural en general (en el caso del CENCREM se formaban restauradores y conservadores en varias especialidades) o de la formación para intervenir en el patrimonio edificado específicamente.

Arquitectos como Daniel Taboada prefieren utilizar la expresión “intervención constructiva en un bien patrimonial” para referirse a las acciones sobre un bien arquitectónico, apuntando en mayor o menor medida la presencia de acciones de restauración, conservación, rehabilitación o construcción (Taboada, 2006, p.6); en concordancia con lo defendido por los arquitectos Juliana Cardoso Nery y Rodrigo Espinha Baeta (2022)³. Sin embargo, la mayor parte de los textos consultados de arquitectos cubanos como Luis Lápidus, Eliana Cárdenas, Ángela Rojas o Isabel Rigol utilizan el término “conservación” o “rescate” para referirse a las diversas acciones que tienen como finalidad la salvaguardia de los bienes patrimoniales; al tiempo que emplean la forma “conservación y restauración” con un sentido más abarcador y, aun así, diferenciar el carácter excepcional de las acciones de restauración con respecto a otras meramente conservativas o de mantenimiento. Por entender que esta última forma favorecerá el análisis de la formación de los arquitectos para intervenir en el patrimonio edificado, tanto en la Facultad de Arquitectura como en el CENCREM, en esta investigación se utilizará la expresión “conservación y restauración” apoyada, también, en la definición dada en el “Artículo 2” de la Carta de Venecia (1964) como “una disciplina que reclama la colaboración con todas las ciencias y con todas las técnicas que puedan contribuir al estudio y a la protección del patrimonio monumental” (ICOMOS, 1971). A partir de ello, en esta investigación se hará referencia al “campo de la conservación y restauración” considerando aspectos colocados por autores como Beatriz Kühl (2016) al tratar de un campo disciplinar que “rige las intervenciones en los bienes culturales que,

³ Estos autores utilizan la forma “intervenciones que afectan las preexistencias arquitectónicas” entre las cuales la restauración es una posibilidad específica de intervención que favorece exclusivamente la recuperación de la imagen parcialmente fracturada de un determinado objeto de conservación de excepcional importancia artística (Nery y Baeta, 2022).

modificándolos, respetan su esencia y se basan en razones culturales, éticas y científicas” (Kühl, 2016, p. 54)⁴.

En materia de formación, se tomó como referencia la tesis doctoral de la especialista Silvia Elena Ramírez Paseiro titulada “Modelo de formación profesional universitaria en el campo de la conservación de los bienes culturales muebles en Cuba” (2021) en la cual la autora construye referentes teóricos y metodológicos considerando algunas concepciones sobre el concepto de formación, para luego enfocarse en lo que considera formación profesional universitaria. Dado el amplio análisis ya realizado por esta autora, congregando autores cubanos y extranjeros, se considera pertinente para esta investigación partir de algunas ideas desarrolladas por ella sobre la formación.

En primer lugar, la autora rescata concepciones de formación integral⁵ que contemplan el desarrollo de facultades artísticas y pensamiento crítico, más allá del potencial cognoscitivo, integrando lo cognitivo con lo afectivo. Un proceso en el cual “el estudiante se expone a la argumentación y contra-argumentación, a la experiencia estética en sus múltiples dimensiones y al desarrollo de sus aptitudes y actitudes, a través de experiencias que estimulan su entendimiento, sensibilidad y capacidad reflexiva” (Orozco, 1999 *apud*, Ramírez Paseiro, 2021, p.15). En el desarrollo de esta investigación advertiremos que este presupuesto de “crear aptitudes y actitudes” para actuar en el patrimonio edificado también será motivo de reflexión de autores como Luis Lápidus (1937-1995). La formación es entendida “desde las acciones sobre los sujetos que se forman, así como desde la responsabilidad y compromiso individual para con su desarrollo pleno en un contexto histórico y socio-cultural dado” (Ramírez Paseiro, 2021, p.15).

⁴ Vale destacar que en su texto “*Ética na preservação no século XXI*”, Beatriz Kühl (2016) asume la palabra restauración –*restauro* en portugués- (como utilizado por Cesare Brandi) y específicamente la forma “*campo do restauro*”. En el contexto brasileño, esta forma es mayormente utilizada por varios autores, entre ellos, Ana Paula Farah (2012).

⁵ A decir de Ramírez Paseiro (2021, p.14) Medardo Vitier, Alfredo Aguayo, Diego González y De la Torre, citados por Ortiz y Sanz (2016), coinciden en que esta implica “desarrollar la personalidad, elevar en lo posible lo mejor del individuo a un máximo desenvolvimiento”. ORTIZ, T. y SANZ, T. “Visión pedagógica de la formación universitaria actual”. La Habana: Editorial UH, 2016.

Tomando como base otros autores como Carlos Álvarez de Zayas⁶, Alexandre Lhotellier⁷ y Bernard Honoré⁸, Ramírez Paseiro entiende la formación como una unidad dialéctica, que integra instrucción, educación y desarrollo de nuevas cualidades en el sujeto. En ella, el sujeto se forma a través de mediaciones de diversa naturaleza, sea con la realidad en la que está imbuido, o a partir de los contenidos que le son ofrecidos. Coincidimos con Ramírez Paseiro cuando entiende la formación con un carácter dinámico y dialéctico, como:

Un proceso complejo que ocurre a través de sucesivos y simultáneos procesos de exteriorización - interiorización – exteriorización, los cuales a su vez conducen al desarrollo progresivo de las capacidades naturales del sujeto, así como también al del colectivo al que este pertenece; un proceso a través del cual los sujetos pueden actuar de acuerdo con motivaciones y objetivos externos, pero ante todo responden a los suyos propios.

En un contexto histórico y sociocultural determinado, en términos de formación, es necesario conjugar lo que se tiene con el ideal al que se aspira y con lo que es posible lograr en las condiciones concretas de dicho contexto. Dentro de este último aspecto no se puede obviar la voluntad e interés de los sujetos para formarse – como tampoco la manera en que estos se identifican y se sienten comprometidos con su contexto sociocultural y profesional, por ende considero como una premisa importante, el no centrar la mirada tan solo en lo que a objetivos, contenidos y métodos de la formación se refiere (Ramírez Paseiro, 2021, p.17).

Debido al papel del contexto histórico y sociocultural reconocido como un elemento mediador en la formación de los sujetos, es que se entiende viable con esta investigación, sin pretender agotar el tema o llegar a conclusiones definitivas, arrojar luz sobre la influencia del contexto (condiciones concretas, relaciones sociales y momento histórico) en la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la conservación y restauración, sobre el patrimonio edificado. Específicamente esta investigación tratará esta formación en el contexto cubano de 1960 al 2000.

La elección del marco temporal responde, por un lado a las transformaciones en el contexto de la Revolución cubana a partir de las década de 1960, así como la influencia internacional y los desafíos socio-económicos en las décadas de 1980 y 1990, hasta la llegada del año 2000. Esto contempla el análisis del siguiente **objeto de estudio**: el proceso de formación de los arquitectos en la Facultad de

⁶ ÁLVAREZ, Carlos. La Escuela en la Vida. La Habana: Félix Varela, 1992.

⁷ LHOTELLIER, Alexandre. "La formation en question" Formation I. Paris: Payot, 1974.

⁸ HONORE, Bernard. "Pour une théorie de la formation". Paris: Payot, 1977.

Arquitectura de la CUJAE –hoy Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría- y el CENCREM (1980-2012) observando la formación de los arquitectos, la formación especializada y la comprensión de la autonomía de este campo disciplinar.

Esta investigación se realiza en el marco del Convenio específico de colaboración científica y cultural entre dicho centro y la Universidad Federal de Pernambuco y cuenta con el fomento de la *Coordenação de aperfeiçoamento de pessoal de nível superior (CAPES)* mediante beca de estudios concedida.

1.2 Problematización

Las preocupaciones y el debate promovido dentro de las universidades cubanas, específicamente en las facultades de arquitectura, en torno al campo de la conservación y restauración han sido variables a lo largo de los últimos años. Así lo evidencia la consulta de un amplio número de artículos de la revista “Arquitectura y Urbanismo” de la Facultad de Arquitectura de la CUJAE, desde la década de 1980 hasta los años 2000. El análisis de algunos de estos debates o formas de abordaje y su influencia en la formación de los arquitectos constituyen también una motivación para la realización de esta investigación.

A inicios de los ochenta la investigación sobre el centro histórico de La Habana comenzó a ganar espacio entre el cuerpo docente y discente de la carrera de arquitectura en la CUJAE, una vez iniciados a los planes de recuperación en la Habana Vieja y de su declaración como Patrimonio Mundial. En este contexto, mucho se debatió sobre el fortalecimiento de la enseñanza de la historia de la arquitectura cubana, latinoamericana, su relación con asignaturas afines, su actualización, así como el aporte que a través del trabajo docente podía brindarse al estudio y conservación del patrimonio arquitectónico (Cárdenas, 2001).

A partir de la segunda mitad de la década se reconoce un cambio en la actividad crítica dentro de la Facultad de Arquitectura. El aumento de las investigaciones sobre conservación y rehabilitación urbano-arquitectónica y el incremento del número de profesores involucrados en estas actividades propiciaron

que la mayor parte de la reflexión teórica dentro de la facultad se produjera en torno a los temas de rehabilitación del patrimonio (Cárdenas, 2001, p. 35). No obstante, entrada la década de 1990, autores como Mario Coyula (1991) y Eliana Cárdenas (1991) relataban las dificultades para integrar a partir de un enfoque teórico-metodológico los contenidos impartidos en el currículo de la facultad con las investigaciones de los docentes y las acciones de intervención concretas. Para alcanzar esto, además de hacer hincapié en aspectos técnicos y culturales de la conservación y restauración, estos autores defendían la necesidad de alcanzar una profundización teórica. En materia de restauración específicamente, a decir de Eliana Cárdenas el debate teórico imponía el análisis sobre el sentido y propósito de la misma, así como el esclarecimiento conceptual (Cárdenas, 1991b).

Tales preocupaciones, podría decirse, eran propias de un campo de conocimiento que, a inicios de los años noventa, aún estaba en construcción en Cuba. No obstante, las lecturas realizadas hasta el momento en esta investigación permiten afirmar que tales dificultades también estaban muy asociadas al proceso de formación integral del arquitecto a nivel de pregrado. La situación del país en las décadas inmediatas a la Revolución, y la urgencia por construir más en menos tiempo, habían propiciado una especie de estancamiento y tipificación de la arquitectura cubana en los setenta que, a su vez, había mellado la creatividad de los futuros arquitectos. La reducción de contenidos teóricos en los planes de estudio dificultó el análisis de las problemáticas por parte de los estudiantes y, por tanto, su capacidad para dar respuesta a determinados conflictos de la especialidad. Tal situación repercutiría en el campo de la conservación y restauración en el patrimonio edificado, al punto que, a inicios de los noventa, a decir de Mario Coyula (1991b, p.18) “La mayoría de los arquitectos en Cuba no sabían integrar restos antiguos con elementos nuevos”. A esta problemática el mismo autor sumaba otras como la falta de conocimiento técnico, la realización de obras de rehabilitación sin tener en cuenta un proyecto, la “falta de claridad” y de cultura para apreciar en su justa medida los valores de los edificios, inclusive el valor económico, y de forma general, la falta de una visión integral sobre la ciudad y el patrimonio construido (Coyula, 1991b).

Ante esto cabe preguntarse, qué papel jugaban instituciones como el CENCREM, constituido desde 1982 y, específicamente, algunos de sus especialistas

que también formaban parte del claustro de profesores de la facultad de arquitectura de la CUJAE. ¿En qué medida programa de estudios de la facultad de arquitectura y su vínculo con los programas de capacitación que ofrecía el CENCREM contribuía efectivamente a la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación?

Podría decirse que las problemáticas apuntadas por Coyula se mostraban urgentes con la llegada de los años noventa, que impuso nuevos desafíos para los arquitectos y especialistas cubanos. Frente a la profunda crisis económica instaurada con el llamado Periodo Especial⁹, el gobierno del país inició una reestructuración económica que optaría por la actividad turística como renglón económico principal para el aumento de los ingresos en el país. El análisis a vuelo de pájaro de artículos publicados en la revista “Arquitectura y Urbanismo” en la década de 1990 evidencia un aumento de materiales dedicados a la arquitectura hotelera, al turismo sustentable y a los desafíos del turismo para la conservación del patrimonio. Por estos años, se retoma la apuesta por el potencial económico del patrimonio cultural y la rehabilitación del patrimonio construido se torna una “acción priorizada” fundamentalmente en los centros históricos. Frente a esto y a las dificultades para lidiar con un fondo construido de diversos valores y extensivamente deteriorado ¿cómo se pensaba la formación de los arquitectos?

Tal cuestionamiento fue colocado por el arquitecto Luis Lápidus en su artículo titulado “Crear aptitudes y actitudes ante el patrimonio” (1992). En este texto, Lápidus presenta una comprensión sobre la especialidad de la restauración arquitectónica que conecta con la idea de formación enunciada a inicios de esta investigación entendida como “aptitud y actitud que se cultiva y desarrolla” (Ramírez Paseiro, 2021). Para Lápidus, y posiblemente para otros especialistas cubanos preocupados por el sentido de la restauración como Eliana Cárdenas, los planes de formación de los arquitectos restauradores debían contemplar la adquisición de aptitudes y conocimientos, pero también la formación de una actitud hacia el patrimonio construido. La necesidad de rescatar un extenso patrimonio construido

⁹ Período Especial en tiempos de paz fue el nombre que recibió la etapa de crisis económica instalada en Cuba poco después de la disolución del CAME (Consejo de Ayuda Económica Mutua) en los años noventa.

“imponía” la formación de capacidades no solo científicas, sino también -y fundamentalmente- técnicas y socioeconómicas en los arquitectos. En materia de formación proponía el estudio de actividades económicas como el turismo, y la enseñanza de formas modernas de dirección y organización; una visión muy actualizada para aquel entonces teniendo en cuenta que por esos años se comenzaron a incorporar al campo patrimonial los conceptos de desarrollo sostenible, manejo y gestión en América Latina (Rigol, 2005a). ¿Acaso la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la conservación y restauración en los noventa respondería a la implementación de programas de rescate integral, con una visión cultural y socioeconómica del patrimonio? ¿Qué espacio tendría en la formación los principios teórico-metodológicos o el análisis de aspectos conceptuales de una disciplina compleja como la restauración?

Desde las facultades de arquitectura y específicamente desde la CUJAE, la preocupación por la formación de los arquitectos para actuar en este campo se ha hecho presente. Vale destacar la preocupación con la enseñanza de la teoría, historia y crítica de la arquitectura frente al deterioro del fondo construido en La Habana y el reto que supone para los arquitectos cubanos la actuación sobre estos inmuebles y su entorno (Zardoya; Rojas y Martín, 2011).

En el año 2009, la Facultad de Arquitectura de la CUJAE, con el apoyo de la Oficina del Historiador y el Colegio San Gerónimo de La Habana, organizó el “Segundo Seminario Internacional Legado y Diversidad. Arquitectura y Urbanismo”, cuyo tema central se enfocó en “El rescate de los valores urbanos y arquitectónicos en tiempos de globalización”. Tal y como reseñó la arquitecta Eliana Cárdenas (2010), una de las mesas de trabajo versó la “Teoría y Formación”. En ella, los trabajos se enfocaron en asuntos como la historiografía y valoración del patrimonio; enfoques a favor de una lectura diversa del patrimonio urbano y arquitectónico; la gráfica digital como instrumento de investigación histórica y análisis del patrimonio; y experiencias en la formación de posgrado y pregrado en relación con los procesos de intervención en el patrimonio cultural y natural. Sobre este último, Cárdenas señalaba que uno de los aspectos más relevantes abordados fue la importancia de la formación de la población y los especialistas, a diferentes niveles, para la toma de

conciencia del valor de un sitio, de una obra arquitectónica, y para la intervención de ese patrimonio (Cárdenas, 2010).

La educación patrimonial y la formación de los arquitectos en materia de conservación y restauración son aspectos a los que siempre se le han dedicado grandes empeños dentro de Cuba. Sin embargo, aún en publicaciones recientes, se aprecia la falta de un análisis sobre el tipo de formación que se brinda, el tiempo que se dedica al estudio de las teorías del campo de la conservación y restauración, sus principios teórico-metodológicos, el nivel de profundidad y el análisis crítico que se promueve en los arquitectos cubanos para enfrentar tareas restauradoras una vez graduados. Si bien se reconoce la importancia y actualidad del debate en torno a la teoría de la restauración o la formación académica de los arquitectos en estas materias, a decir de Robaina (2022, p.35) en realidad la formación “solo abarca algunos temas de mantenimiento y patologías, insuficientes para esta especialización”.

En el contexto latinoamericano la necesidad de apuntar para la adecuada formación teórica de los arquitectos también ha sido asunto de varias investigaciones. La investigadora brasileña Ana Paula Farah (2013) considera de vital importancia la formación de los arquitectos y urbanistas dentro del campo de la restauración de monumentos para evitar, entre otros, interpretaciones erróneas o intervenciones obsoletas dentro del contexto contemporáneo de la restauración. Estas ideas de Farah, a su vez, se fundamentan en la importancia de los estudios teóricos en este campo; un aspecto que ha sido objeto de debate por otros autores como Beatriz M. Kühl (2008). Estas especialistas defienden que para que la preservación de los monumentos sea efectiva, de hecho, los arquitectos deben conocer y asentarse en instrumentos teóricos que los conduzcan a proponer soluciones adecuadas de intervención. A decir de Kühl, es conveniente enfatizar en la comprensión de que los principios teóricos utilizados no convergen en un único punto, por lo que existe una saludable pluralidad de formulaciones en este campo, necesariamente amplio para permitir identificar aquello que es pertinente a la preservación (Kühl, 2008; Farah, 2013).

Uno de los documentos rectores más importantes del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), la Carta de Venecia, es deudora de amplias discusiones de teóricos italianos, sin embargo, hasta nuestros días, los debates en torno a la restauración y conservación del patrimonio edificado no han sido abordados con la misma profundidad en otros países. Italia ha sido el escenario en el cual los debates sobre estos temas han adquirido mayor madurez y por lo tanto, en materia de formación, este país también representa un gran referente. Ya en otros países de Europa como Francia e Inglaterra, los debates en torno a los principios teóricos de restauración son más limitados prevaleciendo aquellos de corte más práctico y operacional. En América Latina la Carta de Venecia tuvo inmediata repercusión en los años sesenta. El embate de los nuevos preceptos con anteriores formas de encarar la conservación y restauración generó valiosas discusiones entre los diferentes especialistas¹⁰ latinoamericanos, algunas poco conocidas en la actualidad, principalmente en el ámbito de formación de los arquitectos cubanos. Sobre la importancia de reforzar los estudios críticos sobre las teorías de la restauración en la formación de los arquitectos (sobre todo en los cursos de graduación) Farah (2013) comentan que: “es de suma importancia que el arquitecto tenga, pues, conciencia de la responsabilidad (...), que sea sensibilizado en la graduación (...) y que tenga noción del tipo de instrumento que deberá dominar después” (Farah, 2013, p. 271).

Según el arquitecto y teórico italiano Giovanni Carbonara, las elecciones hechas por los arquitectos a partir de herramientas teóricas le darán una autoconciencia que representa la mayor garantía de buenos resultados (2004 *apud* Farah, 2013, p.272). Con ello, Carbonara remite a la importancia del juicio de valor de tradición brandiana, que antecede a la restauración. Para el historiador del arte Cesare Brandi (1906-1988), quien abordaba la restauración desde distintos campos como la estética, la historia y la crítica de arte, la restauración dependía del reconocimiento, en el presente, del proceso que le dio origen a la obra como obra de arte. Con ello, concebía la restauración como un proceso crítico y riguroso, basado en el juicio crítico y ya no más en la opinión personal, o el gusto del arquitecto

¹⁰ La autora de esta investigación forma parte del grupo de investigación "Proyecto, ciudad y memoria" de la Universidad Federal de Bahía - UFBA, que desarrolla investigaciones sobre la "Historia de las contribuciones teóricas latinoamericanas a la restauración del patrimonio construido". bajo la dirección del Profesor Arq. Nivaldo Vieira de Andrade Junior.

restaurador (Brandi, 2004). A partir de estas ideas de Brandi, autores como Carbonara defienden que en cuanto teoría, la tradición crítico-brandiana constituye una de las líneas más acordes a la defensa del patrimonio cultural, siempre y cuando se tenga en cuenta que, en la actualidad, el concepto de bien cultural ya no se restringe solo a la obra de arte (pictórica o escultórica) (Brandi, 2004).

También en el ámbito latinoamericano, específicamente mexicano, autores como Valerie Magar (2014) han dedicado parte de sus investigaciones más recientes a resaltar la importancia del estudio constante de las teorías de la restauración, abarcando de manera integral las dimensiones socioculturales y económicas del patrimonio, pero reconociendo el papel de la teoría a la hora de enfrentar el proceso metodológico y crítico que se impone ante la compleja responsabilidad de preservar la integridad de los valores de un bien cultural.

Lo interesante y el reto en la conservación del patrimonio cultural es que no puede haber recetas. El resultado depende en gran medida de la sensibilidad ética y de la destreza del profesional de la conservación. El juicio de valores está implícito en la práctica de cada conservador. La práctica de la conservación es en este sentido interpretativa, pero esta interpretación debe basarse en un conocimiento profundo del contexto del bien, así como de una comprensión de las implicaciones de las acciones que se propongan.

La teoría de la conservación no debe por lo tanto verse como algo estático, sino que deberá concebirse como un proceso dinámico y crítico de análisis y evaluación, que considere las particularidades históricas de cada bien, sus valores, su relación única con su transcurrir histórico, y sus requerimientos en función de su contexto social y económico actual (Magar, 2014, p. 158).

Específicamente en Cuba, la realidad de este debate aparentemente no está muy definida. Vale destacar que, al menos en el discurso, se advierte la necesidad de no descuidar la formación teórica y demás aspectos científicos y hasta éticos de este campo. Cuestiones puntuales como, por ejemplo, las preocupaciones sobre la relación “antiguo y nuevo” son más latentes. Algunos artículos de importantes figuras como Isabel Rigol y Angela Rojas, publicados en el texto “Conservación Patrimonial: Teoría y Crítica” (2012), abordan este tema de forma bastante completa, destacando la necesidad de fortalecer la preparación de los jóvenes arquitectos para enfrentar tales trabajos. Sobre esto último Ángela Rojas comentó que:

[...] además de profundizar en la teoría de la conservación, es necesario que los jóvenes estudien los problemas de expresión urbana con más dedicación y profundidad que si fueran a hacer nuevos desarrollos; pues no solo está en juego la calidad de la vida de los habitantes, sino también la

transmisión al futuro de lo que nos ha sido legado (Rigol y Rojas, 2012, p.160).

Otros especialistas como Robaina (2022, p.36) consideran que, aun cuando existen tres factores imprescindibles para intervenir el patrimonio: conocimiento, habilidad y experiencia, y no debe restarse importancia a la formación teórica “que suministra los fundamentos conceptuales y los instrumentos metodológicos para poder actuar”; es en la práctica donde mejor se forma un profesional de la restauración; en el aprendizaje que resulta del intercambio con técnicos y especialistas de otras disciplinas. Esta visión manifiesta cierta tendencia a separar la teoría de la práctica, o a otorgar mayor relevancia a una por encima de la otra (generalmente a la práctica por encima de la teoría); una visión bastante peligrosa que a menudo deriva en un “debilitamiento teórico-metodológico” (Kühl, 2017) de los proyectos de intervención e ignora que los principios teórico-metodológicos (tal y como se conocen hoy) son resultado de experiencias prácticas consolidadas a lo largo de siglos.

A partir de la década de 1990 la política patrimonial en Cuba incorporó a los aspectos socio-culturales y técnicos de la conservación y restauración para actuar sobre patrimonio edificado, nuevas dimensiones económicas. A partir de 2007, aumentó el interés por abordar los temas de economía de la conservación, desde el plano académico y científico dentro del currículo de la carrera de arquitectura. Partiendo de un enfoque de sostenibilidad, racionalidad y conciencia económica, se procura desarrollar habilidades de planeamiento, diseño, dirección, conservación y gestión de la arquitectura y el urbanismo en los futuros arquitectos (Sanabria, 2010, p. 72). Esta perspectiva responde sin dudas a las necesidades del contexto cubano, hasta los días actuales, en el cual la mayor parte de las inversiones en el patrimonio son públicas y, frente al extenso patrimonio arquitectónico y urbano a preservar, las posibilidades de detener el deterioro de la ciudad y preservar los valores son mucho menor.

Con esto, es apreciable una tendencia a concentrarse en problemáticas operacionales a la hora de formar al arquitecto cubano para dar respuesta a una demanda de la gestión los proyectos de restauración, algo que también es

responsabilidad del arquitecto. Sobre esto, Robaina (2022) comenta que en Cuba existe una lógica de gestión que va más allá del proyecto y acompaña el proceso de ejecución y puesta en marcha. En este camino, corresponde al arquitecto decidir el límite de las investigaciones históricas, respondiendo al cronograma previsto para la entrega de la documentación, y la forma en la que las hipótesis interpretativas de evolución de la obra se reflejarán en el proyecto. Igualmente, ha de establecer una buena relación y comunicación con los obreros, técnicos e inversores y garantizar la vigilancia de elementos de valor que puedan perderse por su fragilidad en las etapas iniciales de la obra (Robaina, 2022). No obstante, aun cuando la gestión y los recursos económicos y tecnológicos influyen considerablemente en los resultados de la restauración, cabe efectivamente replantearse el lugar que debe tener la formación teórica de los arquitectos.

Lo presentado hasta aquí justifica la necesidad de realizar un estudio más profundo sobre la formación de los arquitectos cubanos para actuar en el campo de la conservación y restauración, tomando como marco temporal los años de 1960 hasta el 2000. Actualmente en Cuba escasean las investigaciones sobre la formación de los arquitectos en este campo. Gran parte de la bibliografía sobre ello se circunscribe a describir y enumerar los diferentes cursos creados, destacando solo la relevancia de contar con numerosos espacios de formación especializada. También son pocos los estudios que profundizan en algunos aspectos de la formación de los arquitectos cubanos en las universidades con vistas a actuar en materia de restauración y conservación, desde la década de 1980 hasta la actualidad. Algunos de los más recientes trataron solo el trabajo realizado en centros como la Universidad de Camagüey¹¹ y la Universidad de Oriente¹². Aun cuando es perceptible la preocupación existente en torno a estos temas dentro de la academia, el abordaje de tales publicaciones se muestra esencialmente descriptivo, apenas enumerando la cantidad de investigaciones realizadas en las universidades y su contribución para el trabajo de instituciones patrimoniales, o las principales dificultades presentes en este sentido.

¹¹ Ver (Gómez y Vila, 2001)

¹² Ver (Soto; Muñoz y Morcate, 2014)

Por tal motivo, esta investigación procura realizar un análisis histórico y más profundo de la formación de los arquitectos en el campo de la conservación y restauración para actuar sobre el patrimonio edificado, que examine la orientación dada a la formación luego de la revolución de 1959, la evolución de los contenidos impartidos dentro de la Facultad de Arquitectura, el papel de instituciones como el CENCREM y el entendimiento que llegó a alcanzarse en Cuba sobre las complejidades y/o especificidades de este campo de conocimientos. Igualmente, teniendo en cuenta la existencia de problemáticas aún sin resolución, se considera necesario analizar ideas de figuras ya desaparecidas físicamente como Mario Coyula (1935-2014), Eliana Cárdenas (1951-2010) y Luis Lápidus (1937-1995), desde su dispersa y amplia producción científica sobre la formación de los arquitectos, la conservación y restauración y también desde el testimonio de algunos de sus colegas e alumnos.

Con la intención de ofrecer una contribución en este sentido la presente investigación se propone dar una respuesta a las siguientes preguntas de pesquisa:

¿Cómo influyó el contexto cubano entre los años 1960 y 2000 en la formación de los arquitectos restauradores? ¿Qué papel tuvo el CENCREM y los proyectos de colaboración internacional en las décadas de 1980 y 1990? ¿Qué tipo de comprensión llegó a alcanzarse en La Habana sobre las especificidades de la restauración y la conservación como campo disciplinar autónomo en la década de 1990 y cómo repercutió en la formación?

1.3 Hipótesis

Las transformaciones en el contexto de la Revolución cubana a partir de las década de 1960, así como la influencia internacional y los desafíos socio-económicos en las décadas de 1980 y 1990 determinaron la formación de los arquitectos en el campo de la restauración y conservación bajo la premisa de formar “aptitudes y actitudes para el patrimonio” aun cuando en la práctica se evidencia la primacía de preceptos técnicos y socioeconómicos por sobre los teóricos.

1.4 Objetivo general

- Identificar cómo el contexto sociocultural y político cubano de 1960 al 2000 influyó en la formación de los arquitectos cubanos en el campo de la restauración y conservación del patrimonio edificado.

1.5 Objetivos específicos

- Caracterizar el contexto de la formación de los arquitectos en los primeros años de la Revolución cubana y su influencia en la formación para actuar en el campo de la conservación y restauración.
- Evaluar el contexto que favoreció la creación del CENCREM y la introducción de contenidos de restauración y conservación en la formación de los arquitectos en la facultad de arquitectura, teniendo en cuenta los planes de estudio, las investigaciones docentes y la influencia de la cooperación internacional.
- Identificar las referencias y modelos sobre los cuales se pensó la formación de los arquitectos en el CENCREM y su real puesta en práctica en el contexto cubano.
- Evaluar la comprensión que llegó a alcanzarse en La Habana sobre las especificidades de la restauración y conservación como campo disciplinar autónomo, de la restauración como acto de cultura, y sus principales desafíos para la formación de los arquitectos, en la década de 1990.

1.6 Metodología

Para el alcance de los objetivos propuestos en esta tesis se parte de un estudio histórico de la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación en La Habana observando, por medio de un enfoque cualitativo (Hernández Sampieri; Fernández Collado y Baptista Lucio, 2014), la puesta en práctica de la formación y el papel del arquitecto en la sociedad cubana; la formación para actuar en el campo de la restauración y conservación, especialmente en el patrimonio edificado, la importancia de la teoría, la historia; y, de forma general

la configuración de este campo de conocimiento con principios teórico-metodológicos propios. Todo ello, teniendo en cuenta el análisis del contexto sociocultural, económico, político y la influencia internacional a través de convenios de colaboración. Se alerta al lector de que, en ocasiones, esta investigación se muestra ampliamente descriptiva dada la complejidad y el entramado de ideas y hechos que permearon estos años de revolución y la práctica de la transición al socialismo en Cuba; así como la complejidad del campo patrimonial arquitectónico cuando dotado de una profunda vocación social. A través del método analítico-sintético se identifican las siguientes categorías de análisis que guían el desarrollo de esta investigación: la formación de los arquitectos para actuar en este campo, partiendo del concepto de *formación* definido por Silvia E. Ramírez Paseiro (2021) y el entendimiento de la *conservación y restauración como campo disciplinar*, anteriormente explicados.

A lo largo de esta pesquisa se adoptaron los siguientes *procedimientos y técnicas*:

Se empleó la *Pesquisa documental* como procedimiento para profundizar en los debates internacionales que han tenido lugar en torno a la formación de los arquitectos, haciendo énfasis en la importancia dada a los conocimientos teóricos y a la capacidad crítica promovida en materia de restauración y conservación. A partir de una búsqueda bibliográfica se indaga en los principales referentes y las metodologías adoptadas en Cuba para la enseñanza en materia de restauración y conservación, fundamentalmente del patrimonio edificado, entre 1960 y el 2000, tomando como referencia autores cubanos como Mario Coyula, Luis Lápidus, Eliana Cárdenas, Angela Rojas, Isabel Rigol, Nelson Melero, Daniel Taboada y María Victoria Zardoya. Igualmente se indaga en la formación de los docentes que impartieron estos temas en la Facultad de Arquitectura y en el CENCREM. En esta fase se realizó una exhaustiva consulta de publicaciones periódicas como la revista “Arquitectura y Urbanismo”, creada en 1980, en versión impresa, auspiciada por la Facultad de Arquitectura de la CUJAE y en la que colaboran, desde entonces, profesores y profesionales nacionales e internacionales. Para su consulta, se cuenta con todos los números de dicha publicación digitalizados desde 1980 hasta 2007. Aun en esta fase, frente a la imposibilidad de acceder a los antiguos Planes de Estudio para la enseñanza de la arquitectura (Planes A (1977), B (1982), C (1990) y

C “perfeccionado” (1998)), de carácter nacional, cabe señalar que el análisis de los contenidos de conservación y restauración en los mismos debió realizarse a partir de artículos publicados por relevantes autores cubanos sobre algunas de sus características fundamentales; dedicándose especial atención (ítems específicos) a los Planes B, C y C “perfeccionado” por incluirse en ellos contenidos específicos del campo de la restauración y conservación. Fueron consultados, además, una serie de documentos e informes publicados por la UNESCO sobre la creación del CENCREM y la inserción de Cuba en programa de Cooperación internacional para el desarrollo en el Centro de Información de la sede de la UNESCO en La Habana, los Boletines del Centro Internacional para el Estudio de la Conservación y la Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), así como otras publicaciones sobre la creación de los Centros de Conservación y Restauración en América Latina.

Se realizaron además *entrevistas semiestructuradas* a los arquitectos Remigio Nelson Melero Lazo (1945) e Isabel Rigol Sabio (1944), con las que se indagó en la formación (en Cuba o en el exterior) de los primeros arquitectos que actuaron en estas materias a partir de la década de 1960, en la importancia y el papel de las instituciones y algunos de los debates promovidos en este campo. A través de estos testimonios se buscó entender el impacto del contexto sociocultural y político cubano en la formación de estos especialistas; los principales conflictos y debates que permearon la formación y las políticas de preservación arquitectónica en Cuba entre 1960 y el 2000, así como el papel de centros como el CENCREM. Para la realización de las entrevistas, el proyecto de pesquisa fue registrado en la Plataforma Brasil bajo el número de protocolo CAAE: 77216624.1.0000.5208, evaluado por el Comité de Ética en Pesquisa (CEP) de la Universidad Federal de Pernambuco, y aprobado mediante Parecer Consustanciado n. 6.745.617 el 5 de abril de 2024.

1.7 Estructura comentada.

Esta investigación se ha estructurado en tres capítulos. En ellos se analizan el contexto de la formación de los arquitectos luego de la revolución de 1959, los cambios en la política de protección e intervención en el patrimonio cultural, fundamentalmente en patrimonio construido, con foco en la formación especializada;

y, finalmente, los debates y desafíos entablados a partir de los años noventa. Todo ello con vistas a dar respuesta a los objetivos planteados.

El CAPÍTULO 1 busca ahondar en las transformaciones ocurridas en la escuela, luego facultad de arquitectura de La Habana, y en otras provincias del país, y su influencia en la formación de los arquitectos cubanos después de 1959 y hasta el año 2000. Se analizarán las preocupaciones que permearon la formación del arquitecto en la sociedad en transición socialista, el impacto de la política cultural y la repercusión de todo ello en la formación para actuar en el campo de la restauración y conservación del patrimonio edificado.

El CAPÍTULO 2 se propone profundizar en las políticas patrimoniales y principales debates en estas materias en Cuba, para después ahondar en la formación especializada en Cuba y el mundo; los modelos, referencias y formas de abordar la formación dentro del CENCREM. En la Facultad de Arquitectura se analiza la introducción de contenidos propios de esta especialidad en los Planes de Estudio, la participación de la universidad en las investigaciones realizadas en este campo, así como la influencia del contexto socio-económico cubano e internacional.

Finalmente en el CAPÍTULO 3, se analizan las principales reflexiones en materia de conservación y restauración en Cuba a partir de la década de 1990, en medio de los desafíos socio-económicos, y la repercusión en la formación de los arquitectos. Se explicará la comprensión que llegó a alcanzarse sobre las especificidades de la conservación y restauración como campo disciplinar autónomo, de la restauración como acto de cultura, en el contexto cubano. Finalmente se buscará explicar cómo el contexto sociocultural y político cubano de 1960 al 2000 determinó el tipo de formación de los arquitectos cubanos para actuar en esta área.

2 CAPÍTULO 1. LA FORMACIÓN DE LOS ARQUITECTOS Y LA REVOLUCIÓN CUBANA.

Desde 1900, en Cuba la formación de los arquitectos se desarrolló en los predios de la Escuela de Ingenieros, Electricistas y Arquitectos de la Universidad de La Habana. Durante los primeros cincuenta años de creado este centro, la necesidad de alcanzar una madurez y estabilidad en la formación de los profesionales marcó las pautas principales de los planes de estudio. La formación estrictamente academicista no daba margen a reflexiones teóricas que fueran más allá de presupuestos técnicos y artísticos para la realización de proyectos (Zardoya; Rojas; Martín, 2011). En la década de 1950 tuvo lugar un boom de los intereses especulativos en la arquitectura habanera que respondía a los valores de la burguesía y a los intereses políticos de la clase dominante. Muchos de los arquitectos e ingenieros cubanos de la época se identificaban con dichos valores, en palabras de Roberto Segre (1934-2013), “por ser el arquitecto el cualificador ambiental de las zonas privilegiadas coincidente con las funciones urbanas desarrolladas por la burguesía (...)” (Segre, 1975, p.125).

En el ensayo “Contenido de clase en la arquitectura cubana de los años cincuenta” (1975) Segre realiza un análisis de la formación del arquitecto de acuerdo al sistema de valores imperantes en la sociedad cubana.

La primacía hasta los años 50 de la enseñanza académica –el uso de los textos de Vitruvio, Guadet, Choisy, Durand- fue luego suplantada por el “estilo” moderno de los Maestros – Mies, Gropius, Wright, Le Corbusier, etc.-. Una formación esencialmente teórica, superficial, reducida a otorgar un bagaje técnico-formal, el indispensable para subsistir en la sociedad capitalista y necesario para proyectar viviendas individuales, apartamentos de lujo, torres de oficinas, etc. [...] (Segre, 1970, p.173).

Unido a esto, la situación política del país complejizaba el escenario. El golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952 y la consecuente instauración de una dictadura provocaron la agudización de contradicciones no solo sociales, sino también dentro del gremio de arquitectos cubanos. Aunque, de forma general, los arquitectos mantuvieron una posición conservadora influenciada por un grupo de profesionales vinculados a los grandes encargos del gobierno y de las empresas privadas, entre los jóvenes egresados y, principalmente, entre los estudiantes de

arquitectura de la Universidad de La Habana, se comenzó a gestar una nueva generación de profesionales de vanguardia política y arquitectónica. Esto se debió a que, por un lado, existían arquitectos de renombre con reconocidas firmas, desarrollando grandes encargos, estatales y privados, mientras que los jóvenes egresados se “proletarizaban” trabajando mayormente como delineantes. A decir de Segre “las migajas ofrecidas por el Colegio –de arquitectos- a los estudiantes explica su protesta elevada al Gobierno de Batista” (1975, p.129).

La protección a los intereses profesionales incluye el plano docente y el control de los recursos económicos de la organización gremial. La limitación del ingreso a la Facultad de Arquitectura –en 1953 se fija el límite para la matrícula de 80 alumnos, que motiva una protesta de la Asociación de Estudiantes- creaba una válvula de contención al excesivo incremento de arquitectos; por otra parte, en ese año se abre la carrera de arquitectura en la Universidad Católica de Villanueva, con una matrícula de 23 alumnos, lo que formaba la simiente de un grupo elitístico que constituiría el equipo de relevo del primer nivel de arquitectos al concentrarse ahí los estudiantes pertenecientes a la alta burguesía cubana (Segre, 1975, p.129).

El “espíritu combativo” de los estudiantes de arquitectura los llevaba a asumir posturas críticas en el plano arquitectónico, promoviendo ideas progresistas y de mayor trascendencia cultural frente al tradicionalismo imperante, o criticando la arbitrariedad de algunos políticos en el manejo de estructuras urbanas con intereses especulativos. El principal medio utilizado para exponer estas ideas fueron las revistas de la época¹³. Fuera de ellas, los temas que marcaban la tónica del debate arquitectónico por estos años– promovido esencialmente por el Estado y apoyado por arquitectos consagrados- eran: la planificación nacional, la remodelación de la Plaza Cívica y la difusión de la arquitectura latinoamericana, dada la amplia participación de arquitectos cubanos en eventos internacionales como VIII Congreso Panamericano de Arquitectos en 1952 y el III Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA) en 1953. Como bien apuntaba Segre “no era posible concebir una relación directa entre el nivel ideológico y el nivel arquitectónico que permitiera afrontar, en términos más radicales, la problemática docente y profesional” (1975, p.151).

¹³ Para la activa participación crítica de los estudiantes una de las más importantes fue la revista “Espacio” (1952-1956). Editada por la Asociación de Estudiantes de Arquitectura de la Federación Estudiantil Universitaria, tuvo una segunda época de 1962-1964.

Los temas relativos al patrimonio construido, las investigaciones arquitectónicas sobre las condiciones de vida de gran parte de la población urbana y rural, o la vivienda obrera, carecían de atención dentro de los estudios de arquitectura. La mirada examinadora sobre estos temas correspondía a una vanguardia política en su mayoría ajena a la arquitectura, como el joven abogado Fidel Castro, que promovía un cambio radical en la estructura de la sociedad y que llamaría a acciones revolucionarias como el Asalto al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba en 1953, o denunciaría estas necesidades en documentos como *La Historia me absolverá* (1953) (Segre, 1975).

Además de las contradicciones sociales y económicas que fundamentaron la gesta del Moncada, podemos afirmar que también estaba incluida la conciencia del deterioro ambiental, la sensibilización ante un ambiente físico hostil, carente de todos aquellos valores que los arquitectos elaboraron durante siglos para la clase dominante, pero negados a las masas trabajadoras [...] (Segre, 1975, p.152).

Solo a partir del triunfo insurreccional de 1959, también conocido como Revolución cubana¹⁴, se inició un proceso considerablemente transformador de esta realidad a nivel social, económico, cultural, educativo y asimismo arquitectónico.

Sirva este breve recuento de la situación de la universidad cubana y del curso de arquitectura en los años cincuenta para introducir el presente capítulo, orientado a explicar el contexto de la formación de los arquitectos en la facultad de arquitectura de La Habana a partir de la década de 1960. Todo ello con vistas a entender sobre qué bases se configuró la formación para actuar en el campo de la conservación y restauración.

Vale aclarar que se trata de un capítulo en ocasiones bastante descriptivo dada la complejidad y el entramado que ideas y hechos que permearon los primeros años de la Revolución cubana y la práctica de la transición al socialismo en Cuba, en el ámbito, social, político y cultural. Precisamente por esta razón se apela a la consulta de autores como el filósofo e intelectual cubano Fernando Martínez Heredia (1939-2017) uno de los más profundos estudiosos del marxismo en Cuba, así como

¹⁴ En esta investigación se hará referencia a la Revolución no solo como marco temporal (1959) correspondiente a un punto de inflexión en la realidad cubana, sino también por entenderse como el fin de un largo proceso de insurrección armada y el inicio de una serie de mudanzas ideológicas y estructurales dentro de la sociedad cubana en aquel momento.

del escritor y ensayista Ambrosio Fornet (1932-2022); figuras que vivenciaron y problematizaron algunos de los ambientes que aquí se describen.

Dada la necesidad de entender la nueva concepción de universidad y el papel dado al arquitecto en la sociedad socialista, se expondrán las principales transformaciones ocurridas en la facultad de arquitectura y en otras provincias del país, así como lo que significó en su momento la creación de la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría (CUJAE). Asimismo, partiendo del reconocimiento del carácter cultural de la arquitectura (y de la restauración y conservación, tema de esta tesis) serán tratados aspectos relacionados con las formas de orientación de la política cultural en el contexto cubano y su impacto en la dinámica constructiva de la ciudad, así como en la configuración y puesta en vigor del *Plan de Estudios A* para la formación de los arquitectos cubanos.

2.1 La Escuela de Arquitectura en el contexto de la universidad socialista y la política cultural “dentro de la Revolución”.

La Revolución cubana constituyó un hecho sin precedentes en Cuba que causó un viraje en la historia republicana de la isla. El peso de la presencia estadounidense y específicamente sus mecanismos de control económico con Cuba, unido a los estragos en términos sociales del régimen dictatorial de Batista, habían suscitado una “genuina guerra popular de liberación” (Guerra y Maldonado, 2006). A partir de entonces, comenzaron a llevarse a cabo reformas de distinta naturaleza: social, agraria, educativa, política y económica. A decir de Fernando Martínez Heredia en 1971 “La Revolución cubana abrió el camino para iniciar el cambio radical de la vida social” (2018, p. 55), para lo cual eran necesarias también mudanzas ideológicas profundas en el pensamiento social revolucionario.

El poder permitió masificar la actividad humana de liberación, al darles campo a las mayorías para cambiarse a sí mismas a la vez que cambiaban a la sociedad. Y puso en marcha el objetivo martiano antiimperialista, cuya tarea era ahora liberar a Cuba de la relación neocolonial. Comenzó así el proceso de revolución socialista de liberación nacional (Martínez Heredia, 2018, p.55).

Este nuevo proceso de liberación socialista al que hace referencia Martínez Heredia partía de formas del pensamiento social elaboradas desde décadas anteriores a la revolución de 1959 que, con certeza, fueron puestas a prueba a partir de 1960 dadas las necesidades sociales pues, entre otros aspectos, los conceptos, las relaciones sociales e instituciones que se pensaban “eternos” parecían desaparecer dando lugar a otros nuevos. En el texto “Pensamiento social y política de la Revolución” (2007) este autor hace referencia al liberalismo, el patriotismo radical, el antimperialismo, el democratismo, las ideas de justicia social y el socialismo, como corrientes del pensamiento social en Cuba previas a 1959, con mayor o menor arraigo posterior a esta fecha (Martínez Heredia, 2018). En este acápite se hará referencia a algunas de ellas por manifestarse con mayor fuerza durante esta etapa y, además, constituir el fundamento ideológico de muchos de los cambios llevados a cabo en la educación.

Según Martínez Heredia, el antimperialismo –que había florecido en Cuba desde la década de 1930- tuvo un lugar privilegiado en la ideología revolucionaria a partir de 1959 principalmente como forma de reacción frente a la política anticubana adoptada por los sucesivos gobiernos de Estados Unidos. Sin embargo, entre 1959 y 1970, según este autor, se afirmó “como una posición sentida y fundamentada contra todos los imperialismos, como parte de la comprensión del mundo desde Cuba y como fuerza ideológica del internacionalismo cubano” (2018, p. 76). Por otra parte, las ideas de justicia social heredadas de las luchas contra la esclavitud, el racismo, la explotación y las guerras por la independencia, siempre fueron un principio social pero especialmente fueron asumidas como una demanda después que las ideas socialistas se arraigaran en Cuba durante la década de 1930¹⁵ (Martínez Heredia, 2018).

De inicio, la Revolución se comprendía a sí misma como la realización de los ideales acumulados y de su propio cuerpo ideológico, pero las nuevas realidades, necesidades y objetivos superaban esa comprensión. La asunción del socialismo –y de la ideología marxista– fue, entonces, la opción acertada y necesaria; el socialismo debía estar en el centro de la liberación nacional (Martínez Heredia, 2018, p. 77).

Estas ideas de Martínez Heredia se hilvanan muy bien con las de Gaziella Pogolotti (2021) que afirma que durante los primeros años de gobierno revolucionario las fronteras entre el ejercicio de pensar y las demandas de lo urgente, de aquello que estaba por hacerse, no estuvieron bien definidas. Las ideas se entendieron como “armas de la Revolución” y el marxismo se convirtió en una herramienta fundamental para reconocer y explicar los conflictos de la realidad. Dicho esto, pareciera que a partir de este momento existió una única concepción del marxismo, algo que no fue así, pues a decir de Heredia:

[...] desde muy temprano había dos concepciones y posiciones distinguibles dentro del campo revolucionario referidas al alcance que podía permitirse el proceso, su rumbo, sus vías y medios, y los objetivos del socialismo. Una estaba influida por la ideología soviética y del movimiento comunista; creía que Cuba debía organizar su economía, su vida social, su sistema político y su estrategia de acuerdo con la etapa de desarrollo que le asignara aquella ideología, y reproducir aquí rasgos del tipo de dominación en nombre del

¹⁵ En Cuba, se ha dado en llamar Revolución del 30 -o de 1933- a una serie de acciones populares de resistencia y protestas colectivas contra el régimen dictatorial de Gerardo Machado y la política neocolonial capitalista. Fernando Martínez Heredia la sitúa entre fines de 1932 y marzo de 1935, con una condensación mayor y más aguda de la crisis entre agosto de 1933 y enero de 1934, según sus palabras: “cuando la conciencia antiimperialista se generalizó y existieron una gran rebelión social y un gobierno revolucionario”. Para más detalles consultar MARTÍNEZ HEREDIA, F. **La Revolución cubana del 30. Ensayos**. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial. 2022.

socialismo que existía en la URSS y en los países de su campo. Buscaba sus fundamentos en el llamado marxismo-leninismo, y sin duda no se sentía extranjerizante, sino el vehículo del paso de Cuba a lo que consideraban un régimen social superior y su incorporación al socialismo, la corriente en ascenso en el mundo. La otra provenía del proceso insurreccional, de su ideología de liberación y su triunfo práctico, que había creado el poder y el terreno real para que se desarrollara la gran revolución popular. Entendía el socialismo como el medio idóneo para conseguir la liberación nacional y la verdadera justicia social, impulsó y condujo un conjunto profundamente radical de acciones y una participación masiva que transformó a los cubanos y al país [...] Esta segunda concepción y posición se consideraba heredera de todas las luchas revolucionarias del pueblo cubano desde el siglo XIX; sus líderes conocían marxismo, lo utilizaban de manera independiente y actuaban a favor de que la población cubana asumiera esa concepción (Martínez Heredia, 2018, p. 83).

Entender que, durante las dos primeras décadas de la Revolución, las contradicciones y debates entre estas dos concepciones marcaron el devenir del proceso de transición al socialismo¹⁶ es vital para explicar la política cultural asumida en este período, así como los giros intempestivos en su dirección. Según Heredia, “en lo político, el liderazgo de Fidel –secundado por el Che y los máximos dirigentes del país– fue decisivo para llevar al triunfo, de manera unitaria y pacífica, la segunda concepción” (Martínez Heredia, 2018, p. 84). Cabe apuntar que este llamado “triunfo de la segunda concepción” por Heredia, en realidad hace referencia a la hegemonía de esta concepción a la hora de orientar la política en el país, algo que, como se verá más adelante, no fue del todo así ya que en ocasiones coexistió con posturas más dogmáticas.

Sin dudas, en este escenario el papel de la educación –revolucionaria y marxista– sería medular para la formación de una cultura nueva. En diciembre de 1961, el entonces ministro de educación, Armando Hart Dávalos enunció las “Orientaciones de la Nueva Educación” y nótese en ellas la franca correspondencia con las corrientes del pensamiento social anteriormente mencionadas por Martínez Heredia:

Entre los fines fundamentales de la educación en la Cuba nueva se encuentra el de educar a nuestra niñez y juventud en el espíritu de amor sin

¹⁶ En esta tesis, se emplea la expresión “transición al socialismo” y no socialismo debido al entendimiento y diferenciación que algunos estudiosos realizan entre *socialismo* y *socialismo utópico* con características escépticas e igualitaristas. “Transición al socialismo” se entiende como un proceso de transición de un modo de producción capitalista a otro socialista, con contradicciones, para la construcción de una nueva sociedad, a partir de la planificación consciente de hombres y mujeres organizados en pro de atender las necesidades humanas individuales, colectivas y sociales (Pandolfi, 2019).

límites a la patria, la solidaridad con los trabajadores y pueblos de todos los países en su lucha noble por una vida libre y feliz, de repudio a las guerras antimperialistas [...] y de combate firme por la paz (Bell Lara *et al*, 2008, p. 130).

Las condiciones reales para llevar a cabo el cambio pretendido fueron complejas. La herencia neocolonial de la Revolución arrastraba con “un mar de analfabetos, ciegos a la cultura escrita, cientos de miles de personas ajenas al cine (...)” (Martínez Heredia, 2018, p.60). Tal situación explica cómo, en términos efectivos, durante los primeros años de la Revolución se buscara democratizar el acceso a la educación, el arte y la cultura en general. Uno de los primeros pasos en este sentido fue la institucionalización.

En materia cultural entre las primeras instituciones creadas estuvo la Dirección de Cultura (1959), adscrita al Ministerio de Educación. Seguidamente en marzo y abril del mismo año se crean, respectivamente, el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC) y la Casa de las Américas; primeras instituciones inauguradas con el objetivo de estimular la producción y promoción de la cultura cubana y latinoamericana. Fueron creadas las Escuelas Nacionales de Instructores de Arte (1961) y las Escuelas Nacionales de Arte (1962) –posteriormente Instituto Superior de Arte. ISA. (1976)-. Luego de la campaña de alfabetización realizada en 1961 comenzó también una amplia promoción de la lectura en todos los sectores de la población. En ese mismo año se creó el Consejo Nacional de Cultura (CNC), primera institución gubernamental para el desarrollo de la política cultural en el país¹⁷, así como instituciones de danza como el Conjunto Folclórico Nacional de Cuba (1962) que llevaron expresiones de la danza y la música popular a iguales espacios de apreciación de la llamada “cultura elitista” (Betancourt, 2008).

La creación de una nueva cultura de liberación de las viejas estructuras se presentaba en todos los ámbitos: artísticos, ideológicos, educativos y de formación técnica, científica y profesional. En materia de educación primó la necesidad de brindar una preparación técnica y científica necesaria para dirigir y aumentar la producción, vinculando la enseñanza al trabajo productivo. A decir de Hart Dávalos, ello permitía:

¹⁷ En 1976, al amparo de una nueva Constitución, quedó extinto el Consejo Nacional de Cultura y creado el Ministerio de Cultura.

[...] educar en el trabajo productivo, hacer que los estudiantes vivan y comprendan las particularidades del modo de producción, conozcan sus leyes y la dirección de sus procesos, a formarlos en la raíz misma de todo el desenvolvimiento cultural, técnico y científico y a prepararlos con una formación ideológica y moral capaz de lograr la educación integral (Bell Lara *et al*, 2008, p. 130)

Investigadores como Mario Mariano Ruiz Cardoso, en tesis de doctorado sobre “La concepción socialista de universidad en la primera etapa de La Revolución” (2022)¹⁸ apunta como elementos centrales de universidad socialista la idea de garantizar el acceso y la permanencia de la mayoría de población a la enseñanza superior, algo estrechamente relacionado con el ideal de justicia social heredado y anteriormente comentado. Junto a este principio, el autor enuncia la articulación entre formación técnica y científica con un sentido ético y político de emancipación humana; la formación académica, técnica, filosófica, etc. orientada a atender las necesidades de la transición al socialismo; la centralidad de la teoría marxista; así como el principio político y pedagógico de la relación trabajo-estudio y la educación integral (Cardoso, 2022). Estos fundamentos, su asimilación y puesta en práctica dentro de la universidad cubana a partir de 1959, contribuirán a entender las características del proceso de formación de los arquitectos cubanos durante estas primeras décadas.

A inicios de los años cincuenta la Universidad de La Habana, la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba, y la Universidad de las Villas, en Villa Clara, eran los principales centros de educación superior del país. La oposición declarada desde estas tres universidades al golpe de estado de 1952 generó una serie de conflictos entre el gobierno de facto y los estudiantes, muchos de ellos líderes revolucionarios. La situación llevó a estas universidades a la “autoclausura” hacia fines de la década. En una carrera por tener nuevos centros de educación superior, durante el gobierno de Batista fueron creados nuevos cursos y universidades que, el 11 de enero de 1959, fueron extinguidos por el gobierno revolucionario. Las tres universidades “rebeldes” fueron ratificadas como las únicas y oficiales en el país (Pérez Franco, 1996), situación que cambiaría con posterioridad a 1959 con la creación de nuevos centros en diferentes provincias. La Universidad de Camagüey, actualmente llamada

¹⁸ Cardoso, Mario Mariano Ruiz. **A concepção socialista de universidade na etapa inicial da revolução cubana**. Tese de Doutorado. Universidade Federal de Minas Gerais, Faculdade de Educação. Belo Horizonte, 2022.

“Ignacio Agramonte y Loynaz”, fue una de las primeras, creada el 6 de noviembre de 1967.

En cuanto a los cursos de arquitectura, las transformaciones relatadas con anterioridad tuvieron lugar primeramente dentro de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana; la única de su tipo en el país hasta finales de la década de 1960. Fuera de La Habana el primer curso de arquitectura se creó en 1969 en la Universidad de Oriente y seguidamente se iniciaron estos estudios en la Universidad Central de las Villas –actual Marta Abreu- en 1973 y en 1978 en la Universidad de Camagüey (Zardoya, 2018).

En la Escuela de Arquitectura el presupuesto fue el de formar al “arquitecto nuevo”. Durante estos años profesores y estudiantes se incorporaron a trabajar en industrias, empresas y centros de desarrollo en diferentes esferas. Vale señalar que no se trató de un proceso orgánico. Como se ampliará más adelante, fueron múltiples las contradicciones de este proceso, pero pese a que no existía una homogeneidad de criterios primó el reconocimiento de la nueva función social del arquitecto dentro de la Revolución; con lo que también se definió un nuevo tipo de repertorio constructivo: industrias, hospitales, escuelas, viviendas, pueblos rurales (Segre, 1970). Resulta curioso que, aunque efectivamente estas ideas fraguaron con posterioridad a 1959, desde inicios de la década de 1930 algunos cambios propuestos por figuras como Joaquín Weiss al plan de estudio de la Escuela de Arquitectura contemplaban premisas como: el análisis de los grandes problemas contemporáneos, el desarrollo de las nuevas funciones y los nuevos postulados sociales. Desde entonces, para Weiss, en términos técnicos, la arquitectura y su ejecutor debían tener una función social, es decir, con un mayor alcance constructivo (Merino y Fernández, 1991). Una vez más es apreciable como muchos de estos cambios también respondían a antiguas demandas de quienes entendían la creación artística y la arquitectura como agentes transformadores de la conciencia.

Al analizar la década de 1960 en materia de arquitectura, especialmente la primera mitad, autores como Mario Coyula (2007) destacan la alta calidad de la producción media a lo largo de todo el país. La calidad de la arquitectura del Movimiento Moderno se prolongó luego de la Revolución pese al gran éxodo de

arquitectos y a la escasez de recursos. Las nuevas condiciones favorecieron a la experimentación y la creatividad en el uso y exploración estética con materiales más accesibles, así como las búsquedas conceptuales y culturales de una arquitectura en sintonía con las condiciones locales y en favor de desarrollar grandes programas sociales que respondieran a las necesidades de país (Zardoya, 2018). Sectores anteriormente desatendidos como el de la vivienda social, la educación, el deporte, la cultura, entendidos como “derechos de todo el pueblo” fueron algunos de los priorizados (Imagen 1) (Imagen 2) (Imagen 3).

Una de las primeras metas del gobierno revolucionario fue dar solución a la escasez de viviendas y a tal efecto se creó el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda, INAV encabezado por Pastora Núñez, encargado de la construcción de grandes conjuntos de edificios multifamiliares y de viviendas unifamiliares, y también de algunos edificios independientes distribuidos por todo el país entre 1959 y 1962.

[...]

En el campo de la educación se construyeron escuelas rurales y escuelas urbanas para la enseñanza primaria y de Secundaria Básica en toda la isla. Las más importantes tanto por su tamaño, como por la carga simbólica que irradiaron fueron el resultado de la conversión de cuarteles y estaciones de policía en centros educacionales (Zardoya, 2018, p. 12).

Imagen 1- Modelo de viviendas y edificios ejecutados por el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV), la Dirección de Viviendas Urbanas (DVU) y el Programa de Ayuda Mutua y de Esfuerzo Propio (PAMEP), estos últimos dentro del Ministerio de Obras Públicas.



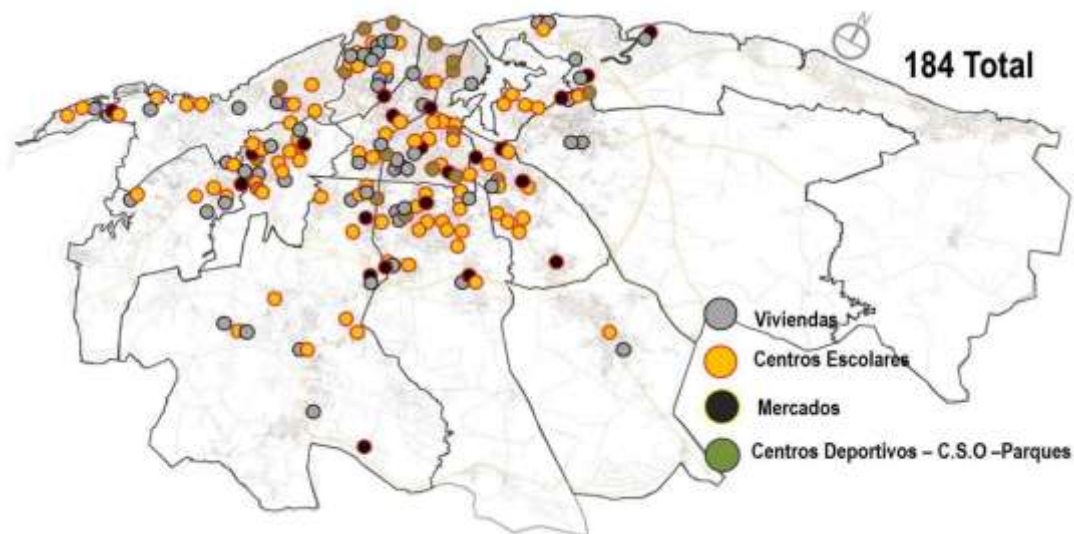
Fuente: Elaborado por los arquitectos Ruslán Muñoz y Maria Vistoria Zardoya con fotos de los autores y del Archivo fotográfico del MINOP-MICONS, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas. Revista Registros 2022.

Imagen 2- Obras escolares proyectadas en los primeros años de la revolución cubana.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. N.339. 1971

Imagen 3- Distribución territorial de las intervenciones por programas funcionales en La Habana entre 1959 y 1964.



Fuente: (Muñoz Hernández y Zardoya Loureda, 2022)

**Imagen 4- Inauguración del VII Congreso de la UIA.
1963**



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. n.331.

**Imagen 5- Pabellón Cuba. Autor: Juan Campos. Construido en 1963
con motivo de la celebración del VII Congreso de la Unión
Internacional de Arquitectos como sede de la exposición cubana.**



Fuente: (Rodríguez, 2011).

Imagen 6- Heladería Coppelía. Autor: Mario Girona. 1966



Fuente: (Rodríguez, 2011).

Específicamente en ciudad de La Habana, uno de los lugares que mejor reflejó la efervescencia de aquellos años fue La Rampa, ubicada en el barrio habanero El Vedado. Sobre este lugar Mario Coyula comentó:

Esas pocas cuadras en pendiente formaban el marco físico, todavía flamante y con una vívida imagen urbana para una rica mezcla de funciones, edificios y personas. Allí se produjeron intervenciones culturales impactantes alrededor de eventos como el VII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos, la Muestra de la Cultura Cubana (1966), el Salón de Mayo (1967), el Mundial de Ajedrez o la Expo del Tercer Mundo. Algunas de las obras de la arquitectura Moderna cubana más importantes fueron construidas en La Rampa de aquella época, como el Pabellón Cuba (1963), con una escala urbana perfecta; o la heladería Coppelía (1966). Y muy cerca, en la céntrica esquina de Infanta y San Lázaro, se levantó entre 1965-1967 el primer monumento conmemorativo importante después de 1959, dedicado a los mártires universitarios (Coyula, 2007, p.27). **[Imagen 4] [Imagen 5] [Imagen 6]**

Estas obras fueron realizadas por una generación de arquitectos jóvenes, algunos de ellos aun estudiantes de arquitectura. A decir de María Victoria Zardoya (2018, p. 10) ello constituyó “la posibilidad soñada de trabajar a una escala hasta entonces vedada para ellos, con mucha libertad de acción asociada a la reestructuración de los organismos estatales.” Junto a estos profesionales, otros llegados desde el exterior contribuirían no solo a la obra constructiva que se comenzaba a desarrollar dentro de la Revolución, sino que también apoyaron en la formación de los futuros arquitectos. Así, los profesores que quedaron se vieron en la

necesidad de alternar junto a los alumnos las actividades docentes y productivas dentro del Ministerio de la Construcción, creado desde 1963 en sustitución del antiguo Ministerio de Obras Públicas.

La situación docente de la Escuela de Arquitectura inmediatamente después de 1959 no era muy alentadora. Según Pérez Franco (1996), durante la década de 1960, dentro de la Escuela de Arquitectura se acordó la contratación de 78 plazas para profesores que no fueron cubiertas. “Las clases del primer semestre se iniciaron en setiembre de 1960 con alumnos ya matriculados que quedaban pendientes, pero no pudo continuarse el segundo semestre debido a la deserción masiva de la mayoría de los miembros del claustro docente después de las vacaciones de diciembre” (Alfonso y Matamoros, 2019). En este punto se llama la atención sobre cuán convulsos resultaron estos primeros años, en los cuales una gran cantidad de profesionales abandonaron el país en la medida que se concretaban los cambios radicales¹⁹. En este contexto, fueron convocados para trabajar en la escuela arquitectos recién graduados así como artistas plásticos, en su mayoría para trabajar media jornada. Por otra parte, también se sumaron al claustro profesionales con una importante experiencia en el ejercicio de la arquitectura. En un artículo publicado en 2019 por los arquitectos y profesores Mabel Matamoros y Alfonso Alfonso se recoge, a partir de los testimonios de algunos estudiantes de la época y de varias fuentes consultadas, una relación de profesores cubanos actuantes o que se fueron incorporando a lo largo de la década de 1960.

Como los profesores que habían permanecido eran pocos, se les sumó un grupo con cierta experiencia en el ejercicio profesional, integrado inicialmente por Raúl González Romero, Fernando Salinas, Mario González, Basilio Piasecki, Rodolfo Fernández, Iván Espín, Eduardo Rodríguez, Vitervo O'Reilly, Roberto Carrazana, Everardo Mendoza, Alberto Rodríguez, Eduardo Granados, Osmundo Machado, Ricardo Porro, Juan Tosca, René Calvache y Pedro Gispert, quien no se había titulado aun como arquitecto. Posteriormente se incorporaron, según la propia fuente Antonio Quintana, Mario Girona, Emilio Escobar, Mario Coyula, y Luis Lápidus. Otra fuente consultada, refiere que continuaron sumándose al claustro docente: José Fornés, Modesto Campos, Sergio Ferro, Everardo Mendoza, Orestes del Castillo, José Miguel González, Fernando Aguado, Manuel Lavandero, Augusto Pérez Beato, José Ramón Álvarez, Hugo D'Acosta-Calheiro, Francisco Celis, Fernando López, Manuel A. Rubio, Luis Sisto, Lino Zequeira, Germán Bode, Juan Luis Caveda, Rafael Moro, Nelson Navarro y Hugo Wainstock. Profesores de otras escuelas y facultades tenían a su

¹⁹ Esto ratifica el concepto que manejan autores como Fernando Martínez Heredia sobre lo que es una revolución: “Alteración profundísima, con efectos permanentes, de los resultados esperables del proceso social y su evolución” (Martínez Heredia, 2018, p.483)

cargo asignaturas básicas como Geometría analítica, Cálculo, Filosofía, y las de contenidos específicos como Computación y Teoría de las estructuras.

Se contó en esa década con varios artistas plásticos destacados entre los que se encontraban Tomás Oliva, Raúl Martínez, Guido Llinás, Antonia Eiriz, Lolo Soldevilla, Hugo Consuegra y Félix Beltrán, que diversificaban la composición profesional. Se invitaron ocasionalmente conferencistas externos, sobre temas específicos [...] (Alfonso y Matamoras, 2019, p.48-49) [Imagen 7].

Imagen 7- Parte de los docentes de la Escuela de Arquitectura de La Habana de los '60. En las filas inferiores se presentan fotos más recientes de algunos profesores.



Fuente: (Alfonso y Matamoras, 2019)

Junto a estos artistas plásticos, se sumaron a trabajar profesionales extranjeros que introdujeron y ampliaron nuevas perspectivas al marco teórico y a la enseñanza de la arquitectura en Cuba. Algunos de ellos, además de trabajar como docentes, también participaron del trabajo en diferentes centros del país. Desde Argentina llegaron Mario Rosenthal, Raúl Pajoni, Alfredo Abregú, Isaac (Isidoro) Freidenreich, José Carlos Ortecho, Rafael Sierra, y Roberto Segre, este último de origen italiano. Desde Chile llegó Javier Lisímaco (Maco) Gutiérrez, urbanista y profesor de esta especialidad en la facultad. Vale destacar también al venezolano José Fructuoso Vivas (Cárdenas, 2001; Alfonso y Matamoras, 2019).

De Europa, arribaron los italianos Roberto Gottardi y Vittorio Garatti para trabajar en el diseño y la ejecución de las Escuelas Nacionales de Arte (1962), y luego incorporarse al claustro de la escuela; así como Sergio Baroni quien se incorporó a

trabajar en el Instituto de Planificación Física (IPF) y a dar clases de Diseño Básico y Proyecto Arquitectónico y Urbano en la escuela. Por otro lado, desde España, se

incorporaron Joaquín Rallo “de una sólida formación teórica y marxista” y Eduardo Ecenarro. Otros como Hanus Woyzhejowski se desempeñaron como profesores en materia de urbanismo (Alfonso y Matamoros, 2019).

De forma general, las contribuciones de estas figuras –principalmente los extranjeros- se concentraron en el ámbito metodológico, con mayor o menor prominencia de una visión pragmática o del análisis teórico en la enseñanza de proyecto. Asimismo, además de ofrecer una visión actualizada y fresca del escenario internacional, a decir de Matamoros y Alfonso “ejercer la docencia paralelamente a las labores en instituciones productivas y empresas, posibilitaba que (...) impregnaran su labor académica con la problemática real de la arquitectura en el país (...)” (2019, p.51).

La experiencia y el quehacer de todos estos profesores poco a poco contribuyeron a la elaboración del primer Plan de Estudios para la carrera de Arquitectura. Correspondió a los arquitectos cubanos Fernando Salinas (1930-1992) y Raúl González Romero (1932), graduados en 1955, la preparación de una primera propuesta de plan de estudio que contemplara el vínculo de las asignaturas con la nueva dinámica social del país²⁰, así como propiciar la identificación del alumno con la carrera e incorporarlo a la producción para brindarle mayor capacidad técnica. De forma general, este primer plan de estudio, no solo en la Escuela de Arquitectura sino también en otros centros, fue concebido de forma dinámica, procurando adaptarse según la experiencia práctica así lo demandaba. Se privilegiaron los talleres de diseño así como el trabajo de las formas, el espacio y el color como aspectos centrales en la formación del arquitecto, junto a los elementos técnicos (Pérez Franco, 1996; Segre, 2001). Este primer plan fue aprobado dentro de la Ley de Reforma Universitaria del 10 de enero de 1962, pero no llegó a implementarse, sufriendo una serie de transformaciones a lo largo de las décadas de 1960 y parte de 1970.

²⁰ Como resultado de este tipo de trabajo está el proyecto de viviendas para la cooperativa “Menelao Mora” en el Mariel y otro proyecto para un conjunto escolar, dirigido por el profesor Fernando Salinas, que fue premiado en la Bienal de Sao Paulo en Brasil en el año 1960 (Pérez Franco, 1996).

La ley de Reforma Universitaria del 10 de enero de 1962²¹ fue un gran parteaguas para el devenir de la universidad socialista y, consecuentemente, para la formación de los arquitectos cubanos. Bajo el lema “Todo tiempo futuro tiene que ser mejor”²² se constituyó la primera ley para la enseñanza superior socialista. Vale destacar que en su elaboración participaron numerosos estudiantes, algunos de los cuales conocían las demandas estudiantiles por una reforma universitaria desde antes de la revolución de 1959. Ello sin dudas, contribuyó a que la nueva Ley no fuera exclusivamente elaborado por profesores ni orientada por instancias del estado (Cairo, 1984).

Junto al principio del estudio-trabajo, otro de los fundamentos ratificados por esta reforma y que tuvo grandes implicaciones en el curso de arquitectura, también para la arquitectura que se realizaba por aquel entonces, fue el dominio y desarrollo científico-técnico como un elemento central. La impronta de este fundamento impactó especialmente el campo de la arquitectura en Cuba, al punto de ser una cuestión ampliamente debatida en el VII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos UIA, celebrado en La Habana en 1964, que tuvo como tema la arquitectura de los países en vías de desarrollo (Estévez, 1964). No obstante, a continuación se verá cómo también fue un postulado bastante polémico hacia el interior de la Escuela de Arquitectura.

A partir de la segunda mitad de la década de los sesenta e inicio de los setenta la Escuela de Arquitectura pasó por momentos de altas y bajas. “Fue un período de búsqueda y ensayo, de intento y error dirían otros, que no conducido mediante tanteos con planes piloto, sino llevado a cabo a escala total implicaba riesgos” (Fornés, 2001, p.21).

Entre los aspectos positivos a lo largo de toda la década de 1960 son apuntados los cambios de enfoque y las experiencias docentes y prácticas dentro de

²¹ Para más detalles sobre los cambios principales introducidos por la Reforma Universitaria de 1962 consultar la tesis de Mario M. Ruiz Cardoso (2022).

²² Esta frase, fue tomada de un folleto de 1918 titulado “Proposiciones sobre el porvenir de la filosofía”, que años más tarde, los estudiantes tomaron como bandera del Primer Congreso Nacional de Estudiantes en 1923. Así, históricamente la nueva ley socialista de Reforma Universitaria bebía de la tradición del movimiento estudiantil cubano y de las ideas de uno de sus principales líderes, Julio Antonio Mella (1903-1929). Precisamente, la fecha escogida para la promulgación de esta ley, 10 de enero de 1962, correspondía al 33 aniversario de su asesinato.

la Escuela de Arquitectura que cosecharon importantes frutos en concursos nacionales e internacionales, sobre todo por la calidad estética y la creatividad del diseño de los proyectos, algunos de ellos ejecutados²³. Igualmente, aumentó el número de nuevas investigaciones dentro de la escuela promovidas por figuras como Segre en materia de historia de la arquitectura y el urbanismo; Joaquín Rallo, en temas de planificación, fundamentos de la arquitectura contemporánea y adecuación bioclimática; así como por Joaquín Weiss quien por estos años finaliza su estudio sobre la arquitectura colonial cubana, uno de los más destacados de este período (Alfonso y Matamoros, 2019). Roberto Segre en 1970 describió las principales transformaciones metodológicas dentro de la escuela de arquitectura de la siguiente manera:

En primer lugar, se trata de superar el esquematismo, la improvisación y la superficialidad, aún existentes en los proyectos arquitectónicos, por medio de la aplicación de nuevos métodos matemáticos y científicos [...] acompañados por una conceptualización, una profundización de los valores estéticos, sociológicos, psicológicos, en el proceso de análisis y síntesis, partiendo de los datos suministrados por la realidad objetiva. [...] En segundo lugar, el agrupamiento de las asignaturas teóricas en un semestre separadas del taller de diseño, ha logrado una mayor claridad en los objetivos de la metodología aplicada.

El alumno alterna así sucesivamente las actividades teóricas y prácticas: una vez terminadas las clases de los cursos teóricos de construcciones, cálculo, prefabricación, etc., los estudiantes de los diferentes años de la carrera se distribuyen durante seis semanas en las diferentes obras de importancia existentes en la isla y materializan en la realidad – y en la “práctica preprofesional”- los conocimientos obtenidos en las aulas. También participan durante seis semanas en las labores agrícolas, integrándose al gran esfuerzo productivo que realiza cotidianamente la comunidad para salir del subdesarrollo (Segre, 1970, p. 176).

Años más tarde, en 2001 Segre comentó que el periodo comprendido entre 1960 y 1975 fue definitorio en el rumbo de la enseñanza de la arquitectura a inicios de la Revolución, una etapa que él denominó como “los años de fuego de la cultura arquitectónica cubana”. La búsqueda de una imbricación entre arte y técnica, una de las principales aspiraciones a inicios de los sesenta, se vería desvirtuada hacia finales de la década y hasta 1975, por un contexto cultural y político que llevó a una comprensión equivocada del principio de “dominio y desarrollo científico-técnico en

²³ Vale destacar el 1er. Premio en el concurso para Vivienda por Medios Propios de 1965 (Mario González). El 1er. Premio en el concurso para el Parque de los Mártires Universitarios de 1965 (Emilio Escobar, Mario Coyula y otros arquitectos) Y el 1er. Premio en el Concurso para el Pabellón de Cuba en la EXPO'67 en Montreal, en 1967 (Vittorio Garatti, Hugo D'Acosta Calheiros y Sergio Baroni). (Alfonso y Matamoros, 2019)

la universidad socialista”. Esto, a su vez, dio paso a una ruptura entre cultura y tecnología, reafirmando una visión tecnocrática dentro de la especialidad, visión impuesta desde el Ministerio de la Construcción (MICONS).

La forma de concebir la arquitectura más próxima a la vida y a la realidad social del país hizo aflorar modos de ver esta especialidad cada vez más alejada de cualquier rasgo o manifestación artística, lo que constituyó un freno a la creatividad que demanda esta especialidad. Desde el punto de vida formal, el boom y la urgencia constructiva de finales de los sesenta e inicio de los setenta llevaron a la tipificación y a la extensión del sistema de construcción prefabricada, algo que marcó la normatización de la mayor parte de la arquitectura que se hacía en el país. Más adelante se hará referencia a este aspecto cuando se explique el impacto de las formas de orientar la política cultural en la arquitectura.

En lo que respecta a la formación de los arquitectos, según Maria Victoria Zardoya (1998, p. 42), las asignaturas de Proyecto “se desarrollaban en zonas de nuevo desarrollo y se insertaban dentro de la ciudad existente solo para realizar recomendaciones urbanas a partir de demoliciones”. El estudiante recibía preparación encaminada únicamente a saber cómo enfrentar una nueva construcción, y preferiblemente con sistemas industrializados. La dinámica impuesta por la construcción masiva de obras sociales demandaba la integración de los objetivos de la docencia con la construcción. Este objetivo que se había mostrado muy provechoso para los estudiantes a inicios de 1960, comenzó a dificultar el aprovechamiento docente en un plan de estudio que alternaba 20 horas de clases con igual número de horas de trabajo productivo semanales y otras tantas de estudio, a lo largo de 6 años (Fornés, 2001).

Evalutando este contexto y observando el tema central de esta investigación: la formación de los arquitectos en materia de restauración, en medio de la redefinición del tipo de formación que debía tener el nuevo arquitecto cubano en los primeros años de la Revolución, no contemplaba la necesidad de preparar arquitectos para trabajar en el campo patrimonial, entre otros aspectos, debido a la falta de atención dada la ciudad tradicional o consolidada. Salvo algunas disciplinas que destacaban la importancia de la arquitectura colonial, otros aspectos como, por

ejemplo, la gran masa de arquitectura ecléctica cubana no fue objeto de preocupación ni formó parte del currículo dentro de la escuela de arquitectura.

2.1.1 La CUJAE.

Imagen 8- Collage de imágenes exteriores e interiores de la CUJAE.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro. 339.

Imagen 9- Corredores de la CUJAE.



Fuente: Imagen tomada por la autora.

Imagen 10- Vistas exteriores de los bloques docentes de la CUJAE.



Fuente: Imágenes tomada por la autora.

Un hecho relevante de esta etapa, que también respondió a los fundamentos de la nueva universidad socialista, fue la creación de la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría (CUJAE), en 1964. La ley de la Reforma Universitaria de 1962 había determinado una nueva organización en la cual las Escuelas de Ingeniería Civil, Arquitectura, Ingeniería Eléctrica, Ingeniería Química, Ingeniería Mecánica, Ingeniería Industrial y se agruparían en la Facultad de Tecnología de la Universidad de La Habana (Cairo, 1984). Vale señalar que este ciclo de transformaciones dentro de la Escuela de Arquitectura se extendió hasta finales de la década de 1970.

Desde el inicio de su construcción en la década de 1960 y hasta entrada los años 1970, la CUJAE, aun inacabada, era considerada por algunos como “la obra de arquitectura más importante de la Revolución” (L.L, 1971, p.15). A la luz de nuestros días, tal afirmación resulta muy cuestionable o cuanto menos injusta, frente a otras obras de gran creatividad e importancia erigidas también en los primeros años de la Revolución como, por ejemplo, las Escuelas de Arte de Cubanacán. Sin embargo, ha

de tenerse en cuenta que la visión que se tenía sobre la arquitectura a inicios de la década de 1960 cambió casi que drásticamente hacia inicios de los setenta. Más adelante se profundizará en este tema al analizar la influencia del contexto y la política cultural en la arquitectura de estos años. No obstante, sí resulta indiscutible la relevancia técnica y constructiva de la CUJAE, expresión del camino por el que se buscaba encausar la arquitectura en la sociedad socialista. A decir de Ana Cairo (1984) la construcción de la CUJAE y los trabajos realizados para la elaboración de Reforma Universitaria eran las tareas más importantes dentro de la universidad a inicios de la década de 1960.

Para el caso de la CUJAE la idea era: estamos en el siglo XX, vamos a construir como en el siglo XX, vamos a construir racionalmente, informémonos sobre las nuevas técnicas, la prefabricación es un tema, la prefabricación en el lugar es un tema, queremos construir rápidamente, la Revolución necesita universidades, hay que hacer esto ¡ya! (Zardoya, 2018, p. 216).

Si bien desde el punto de vista simbólico, la CUJAE representaba los viejos anhelos universitarios del líder estudiantil revolucionario y estudiante de arquitectura José Antonio Echeverría²⁴, desde el punto de vista constructivo esta obra rompía con el criterio de edificios aislados en antiguos centros universitarios. La nueva construcción adoptó una composición unitaria pero abierta al crecimiento, configurada a partir de bloques o sectores (docente, residencial, administrativo, etc) conectados y relacionados por espacios abiertos de uso común, de tránsito o áreas verdes (Imagen 8) (Imagen 9) (Imagen 10). El uso del hormigón armado, material estructural más económico en Cuba por aquella época, permitió adoptar la prefabricación de la estructura y de los elementos de cierre para abaratar los costos y reducir la mano de obra. Columnas, escaleras, losas, cubiertas, áreas de servicios y bloques de elevadores fueron los únicos elementos concebidos para permanecer fijos. Las ventanas y las paredes, por su parte, se concibieron como elementos ligeros, para facilitar la ventilación cruzada, e intercambiables para responder mejor a las necesidades docentes (Cujae, 1971).

²⁴ Fundador del Directorio Estudiantil Revolucionario, organización clandestina creada en 1956 para combatir a la tiranía del gobierno de Fulgencio Batista.

El emplazamiento de dicho centro, a 12km del centro de la ciudad, en medio de los campos de caña de un antiguo central no impidió la tan anhelada integración entre formación y producción. Tales propósitos fueron alcanzados a partir de la dinámica asumida dentro de universidad, con la participación directa de los estudiantes en los procesos productivos, algo que ya se explicó. Hacia 1971, los primeros bloques de edificios administrativos y de servicios apenas estaban terminados, sin embargo la narrativa con la que se hablaba de la nueva ciudad universitaria reforzaba la idea de un nuevo escenario, físico y simbólico que comenzaba a emerger “entre las cañas del antiguo Central Toledo”.

[...] esos dos edificios, largos y ascéticos, emergiendo tras las cañas, silueteando impudorosos su magro estructuralismo contra el verdor horizontal, caracterizan el advenimiento de un nuevo tipo de estudiante universitario –optimista, estoico, estrechamente ligado a los problemas de la producción y del pueblo, a la vida: el futuro técnico comunista (L.L, 1971, p.15).

Durante la primera mitad de la década de 1970 el crecimiento de la universidad, así como su transformación en centros docentes e investigativos, fue complejizando la educación superior en el país y, siguiendo el ejemplo de otros países socialistas, se decidió darle rango de ministerio independiente²⁵. Así, en 1976, con la creación del Ministerio de Educación Superior, la CUJAE pasó a denominarse Instituto Superior Politécnico “José Antonio Echeverría”. La escuela de arquitectura, pasó a llamarse Facultad de Construcciones y se transformó en el centro rector para la enseñanza de esta especialidad en el país. El cambio definitivo en este sentido llegaría cuando la especialidad de Arquitectura se separa de la Facultad de Construcciones, constituyéndose en facultad independiente, pero esto solo ocurrió en la década de 1980 (Figura 1) (Cairo, 1984; Cronología, 2001).

²⁵ Para tener una idea de la extensión que alcanzaron los estudios universitarios en esta etapa, al dictarse la Ley de 1962 en la sede de la Universidad de la Habana se agrupaba el 70% de las instalaciones universitarias, ya hacia 1976 estas instancias se habían extendido a cuatro provincias del país (Cairo, 1984).

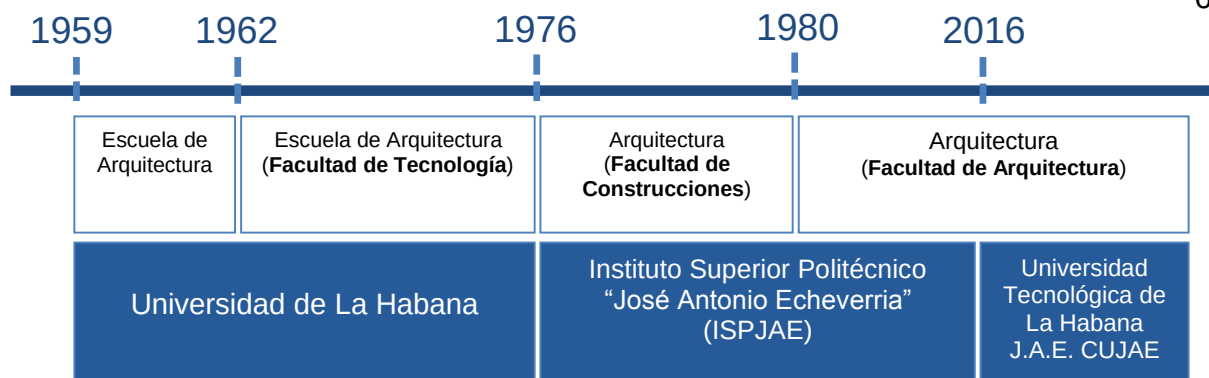


Figura 1. Línea del tiempo con los diferentes nombres de la Escuela de Arquitectura de La Habana hasta tornarse Facultad de Arquitectura en el ISPJAE, actual Universidad Tecnológica de La Habana. Fuente: Elaboración propia.

Esta identificación mayor de la especialidad con postulados técnicos hacia finales de 1960 e inicio de 1970, sin dudas resulta contrastante con la visión que primó a inicios de 1960. Este cambio, además de estar relacionado con la orientación de la educación socialista y las necesidades del país, como se verá más adelante, también estuvo definido por la relación de la arquitectura con el arte y el devenir de la cultura en Cuba.

El vínculo de los arquitectos con distintas manifestaciones artísticas a inicios de los sesenta, promovido dentro de la Escuela de Arquitectura por algunos de los profesores y artistas plásticos, potenció una visión de esta especialidad que valorizaba la creatividad y los valores estéticos de las construcciones asociados al contexto cultural cubano. Con anterioridad se hacía referencia a las obras realizadas en La Rampa habanera en medio del contexto de efervescencia generado por la celebración del VII Congreso de la UIA, de 1964. La celebración de este congreso se hizo coincidir con el “Primer encuentro nacional de profesores y estudiantes de arquitectura”, que tuvo como una de sus pautas para la enseñanza de la arquitectura y la formación cultural. Como parte de las resoluciones de este encuentro se entendía que “se requiere una formación cultural con el objetivo de entregar al estudiante un método que le permita conocer e interpretar la realidad cultural del país entendida como el conjunto de la ciencia, el arte, técnica y tradiciones en cada momento concreto” (Resoluciones, 1964, p.11).

De esta manera, la formación técnica y científica de la arquitectura era anhelada igualmente en estrecha relación con las tradiciones y el arte, en la

aspiración de que el arquitecto fuese el “creador de ámbitos donde se desarrolla la vida humana” (Imagen 11) (Imagen 12) (Imagen 13). Esta idea fraguó en las palabras de clausura de este congreso, pronunciadas por Ernesto Guevara, en las que primó el sentido y la importancia de la técnica como un arma al servicio de la emancipación de los pueblos, y la visión del arquitecto como un profesional “conjunción de cultura de toda la Humanidad y de la técnica que ha podido adquirir” (Guevara, 1964, p. 14).

Imagen 11- Imagen de revista destacando “la arquitectura como proyección física de las nuevas relaciones sociales creadas por la revolución” a través de conjuntos construcciones escolares.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro 339,

Imagen 12- Imágenes destacando “la arquitectura como proyección física de las nuevas relaciones sociales creadas por la revolución” a través de conjuntos habitacionales y expresiones de la grafía urbana.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro 339,

Imagen 13- Imágenes reforzando el carácter técnico de la arquitectura, en función de las necesidades de la sociedad.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro 339,

Entonces, ¿qué ocurrió a finales de 1960 e inicios de 1970 para que el entendimiento de la arquitectura se alejara cada vez más de lo artístico y cultural? Para tatar de esclarecer esta interrogante se hace necesario el análisis del contexto cultural cubano del momento, destacando sus consecuencias para la arquitectura y la formación de los arquitectos en esta época; un aspecto que definió una visión sobre la figura y el papel del arquitecto cubano que, en gran medida, perdura hasta los días de hoy.

2.2 Orientaciones de la política cultural de los primeros años de la Revolución y su alcance en la arquitectura y la formación de los arquitectos.

La política cultural desde los primeros años de la Revolución cubana, y hasta la actualidad, ha sido compleja y con recurrentes momentos de tensiones debido a los diversos contextos políticos, sociales y económicos por los que ha transitado el país y, también, debido a las contraposiciones de sus concepciones ideológicas hegemónicas. Extensos debates y polémicas fueron promovidos, entre otras cuestiones, a partir del instante en el cual al contenido y a la forma del arte, la literatura, el teatro, las artes plásticas, etc. se les intentó encuadrar con el calificativo de “revolucionario” en la nueva sociedad.

“¿Qué fenómenos y procesos de la realidad cultural y social cubana forman parte de la Revolución y cuáles no? ¿Cómo distinguir qué obra o comportamiento cultural actúa contra la Revolución, qué a favor y qué simplemente no la afecta?” estas fueron preguntas que el intelectual cubano Desiderio Navarro citó en su texto “Introducción al Ciclo «La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión” (2007), como algunos de los cuestionamientos concretos desde los primeros años de la Revolución, sin una respuesta completa hasta los días de hoy.

En materia cultural, las experiencias soviéticas y la oficialización de una doctrina del realismo socialista en la década de 1930²⁶ en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), así como sus consecuencias para la creatividad y el sentido experimental en el arte, relegado a la “inmediatez propagandística”, fueron

²⁶ Ver texto: POGOLOTTI, Graziella. Polémicas culturales de los 60. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2021

bastante conocidas por los intelectuales cubanos que, involucrados con la intensa labor cultural y productiva de inicio de los sesenta, también presentían una amenaza a la libertad de creación (Pogolotti, 2021). Con esto, el debate y la preocupación por el futuro de la cultura y el arte “dentro de la Revolución” se fue haciendo recurrente.

Por su propia naturaleza, la idea del socialismo implicaba una alta valoración del papel de la cultura que incluía la creación artística y la desbordaba al considerarse un proceso consciente de construcción histórica dirigido al crecimiento humano como propósito final [...] Las rápidas transformaciones de la sociedad y sus consecuencias en el campo de los valores acentuaban las expectativas en torno a su repercusión en el ámbito de la creación artística que, por primera vez dejaba de estar confinada a exiguas minorías. Esas demandas reforzaban una visión que privilegiaba una percepción ideológica explícita en tanto reflejo de los fenómenos de la inmediatez. Entroncaba así, aun sin proponérselo, con los preceptos del realismo socialista. El rescate de la epopeya [...] debía servir de estímulo para los actores emergentes, surgidos de una masa combatiente, entregada a la lucha cotidiana por la supervivencia del país y la construcción de una nueva sociedad. Ese sujeto que se iba haciendo en marcha acelerada, estaba cargado de contradicciones, de reminiscencias del pasado y de asomos de futuridad. De ahí, otro ángulo del problema. La inmersión en la realidad tenía que revelar los conflictos latentes, propiciar un autoreconocimiento lúcido y desarrollar un espíritu crítico (Pogolotti, 2021, p. XIX).

En este contexto, las contradicciones naturales hasta cierto punto, generadas en un proceso radical de transición al socialismo, siendo además un proyecto constantemente atacado, fueron tensionando los debates y sedimentando la idea de que “insistir sobre discrepancias y desacuerdos” equivalía a “darle armas al enemigo” (Fornet, 2007). En favor de fortalecer la unidad y la cohesión dentro de la nueva nación se establecieron ciertos pactos de silencio que, años más tarde, cobrarían un saldo mucho mayor y dejarían una estela de atropellos, prejuicios, dogmatismo y oportunismo.

Desde inicios de la década de 1960 se hicieron sentir los problemas. La proliferación de obras literarias soviéticas con un marcado sentido pedagógico exaltando la figura del héroe o la ausencia de conflictos en el pueblo fue uno de los escollos a saltar (Fornet, 2007), pero sin dudas el evento con mayor repercusión fue la censura del documental *PM* (Pasado Meridiano)²⁷ por la dirección del ICAIC y el

²⁷Documental corto, experimental, realizado de forma independiente, dirigido por Sabá Cabrera Infantes y Orlando Jiménez Leal, censurado en 1961 por la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas del ICAIC por “ofrecer una pintura parcial de la vida nocturna habanera, que empobrece y desfigura y desvirtúa la actitud que mantiene el pueblo cubano contra los ataques arteros de la

Consejo Nacional de Cultura. Este último episodio suscitó una serie de reuniones realizadas por escritores, cineastas y artistas cubanos en la Biblioteca Nacional de Cuba entre los días 16, 23 y 30 de junio de 1961 que culminó con un discurso de Fidel Castro conocido como “Palabras a los Intelectuales”.

De forma general, con este discurso quedaron pautados los derroteros de la política cultural del periodo. “¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas, revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución: todo; contra la Revolución, ningún derecho” (Bell Lara *et al*, 2008, p. 172). Quedaba así definida una política en la que correspondía a las instituciones el estímulo, el fomento, el desarrollo y la orientación del “espíritu creativo” dentro de la Revolución y siempre a favor de ella, sin que ello significase la asfixia del “espíritu creador”, aclaraba Fidel. No obstante, con esto también quedaba definido, aunque no de forma muy explícita, que todo aquello que pudiera ser considerado “contrarrevolucionario” sería objeto del juicio y la fiscalización de instituciones como el Consejo Nacional de Cultura. A decir de Fidel (1961, Bell Lara *et al*, 2008) ese también era un derecho de las instituciones y del gobierno revolucionario, su función y responsabilidad en medio de la lucha revolucionaria.

Otro de los aspectos más trascendentales de “Palabras a los intelectuales”, además de haber explicitado y enfatizado la orientación de la cultura y sus razones dentro del nuevo proyecto de nación, fue el carácter propositivo del discurso en su totalidad; cerrando con un llamado a sumarse a “la obra de la Revolución”. En función de ello Fidel dedica una gran parte a destacar el reconocimiento dado a la obra de los artistas y a las mejoras en las condiciones de trabajo de los intelectuales cubanos a lo largo del primer año de gobierno revolucionario. Asimismo destacó los resultados de haber iniciado una campaña de alfabetización masiva (1961), de llevar el arte y la educación hacia el interior del país, de dar igualdad de oportunidades y acceso a la cultura para todos. En relación a esto concluye:

Pedimos al artista que desarrolle hasta el máximo su esfuerzo creador. Queremos crear al artista y al intelectual esas condiciones. Porque si estamos queriendo crearlas para el futuro, ¿cómo no vamos a quererlas

para los actuales artistas e intelectuales? Estamos pidiendo que las desarrollen en favor de la cultura precisamente y en favor del arte, en función de la Revolución, porque la Revolución significa precisamente más cultura y más arte.

Pedimos que los intelectuales y artistas pongan su granito de arena en esta obra que, al fin y al cabo, será una obra de esta generación.

[...]

Y no nos apresuremos en juzgar la obra nuestra, que ya tendremos jueces de sobra. Y a lo que hay que temerle no es a ese supuesto juez autoritario, verdugo de la cultura, imaginario, que hemos elaborado aquí. Teman a otros jueces mucho más temibles: ¡Teman a los jueces de la posteridad, teman a las generaciones futuras que serán, al fin y al cabo, las encargadas de decir la última palabra! (Bell Lara *et al*, 2008, p. 190-192).

Se trataba de un llamado a la unidad y a la cohesión de propósitos pero también al sacrificio de algunas ideas, y de cierta individualidad, en favor de una “obra mayor”. La repercusión de este discurso y el clima estacional de confianza, por llamarlo de alguna forma, que le sobrevino de debió la identificación que numerosos intelectuales tenían con el proyecto revolucionario. Para entender mejor esto, vale citar las palabras de Ambrosio Fornet en su conferencia “El Quinquenio Gris: revisitando el término” (2007) en la cual este autor aclara de dónde partió esa identificación:

Virgilio Piñera, en un mensaje público que le dirigió a Fidel en marzo de 1959: “...Nosotros, los escritores cubanos, *somos la última carta de la baraja*, es decir, nada significamos en lo económico, lo social y hasta en el campo mismo de las letras. Queremos cooperar hombro con hombro con la Revolución, más para ello es preciso que se nos saque del estado miserable en que nos debatimos.” Como ven, el nivel de autoestima del gremio estaba por el suelo. Tal vez el anecdotario de los escritores vanidosos o jactanciosos irritara o divertiera a sus cofrades en los corrillos de Madrid o París, pero aquí eran cuentos de extraterrestres, puesto que el escritor literalmente no existía fuera del círculo de sus amigos más íntimos y de los cuatro gatos que leían *Orígenes* (gatos afortunados, por cierto). Todavía me parece un milagro que dos años después del mensaje de Virgilio ya estuviera yo editando *Las aventuras de Tom Sawyer* y testimonios de niños serranos en el Ministerio de Educación, bajo la dirección de Herminio Almendros, y muy pronto también a Proust, Joyce y Kafka en la Editorial Nacional, bajo la dirección de Alejo Carpentier. Desde esta perspectiva se nos hacía evidente que empezaba a consolidarse una alianza entre las vanguardias políticas y artísticas. La Revolución —la posibilidad real de cambiar la vida— se nos aparecía como la expresión política de las aspiraciones artísticas de la vanguardia (Fornet, 2007, p. 382).

Este hecho, así como la definición de una política cultural que colocó las cartas sobre la mesa en “Palabras a los intelectuales” generó un clima de aparente conciliación y polémica abierta, pues algunos conflictos ganaban espacio de debate hasta en los medios de prensa. En el ámbito cinematográfico, por ejemplo, llamó la

atención las respuestas de algunos cineastas a la crítica y el rechazo a la exhibición de filmes como “El Angel exterminador”, de Luis Buñuel, y “Accatone”, del italiano Pier Paolo Passolini, por no ser “recomendables” para el pueblo en general, “ni en particular para la juventud” (Aclaraciones, 1963). Otras polémicas, por controversiales, suscitaron numerosos artículos entre intelectuales cubanos que discutían sobre: la distinción entre arte culto o de élite y arte popular o de masas (García Espinosa, 1963); la existencia de una “cultura burguesa y una cultura proletaria antagónicamente excluyentes” (Conclusiones, 1963; Benvenuto, 1964); la necesidad, o no, de separar la forma del contenido en el arte así como su carácter de clase; el dogmatismo vs marxismo (Gutiérrez Alea, 1964). No obstante, más allá de la especificidad del debate sobre cada uno de estos temas, lo que verdaderamente continuaba preocupando a los intelectuales, y se discutía de forma transversal, era el papel del arte y la cultura en la sociedad socialista. Ya en lo concerniente a las acciones de censura o crítica hacia determinadas obras quedaba sobre la mesa y sin respuesta explícita otra pregunta: ¿cómo, qué o quiénes definían lo que era considerado “revolucionario” o “contrarrevolucionario” dentro de la Revolución?

Más allá del discurso, los hechos demostraron que para ser considerados como revolucionarios, no bastaba con estar “dentro de la Revolución”, los intelectuales debían también mostrarse alineados a una postura política socialista, neutral, o simplemente estar “despolitizados”. Esto dio lugar a un cierto equilibrio conciliatorio –temporal-, a una “coexistencia pacífica” en palabras de Fornet (1969), que también favoreció a la nueva dinámica cultural de la época pues no todo lo producido suscitó enfrentamientos. Por esta misma etapa, alrededor de la revista “Casa de las Américas” se aglutinaba lo más pujante de la juventud latinoamericana comprometida con las ideas de transformación y construcción de una nueva sociedad, cultural y políticamente hablando; algo sin precedentes en el contexto latinoamericano.

[...] gran parte de nuestra intelectualidad estaba elaborando, desde posiciones marxistas y marxistas, un pensamiento descolonizador, más ligado a nuestra realidad y a los problemas del Tercer Mundo que a las corrientes ideológicas eurocéntricas de ambos lados del Atlántico. La revista Pensamiento Crítico y el excelente catálogo de publicaciones de ciencias sociales que ya exhibía el recién creado Instituto del Libro desempeñaron

también un importante papel en este atrevido proceso que solíamos llamar “de concientización” o de “descolonización cultural” (Fornet, 2007, p. 390).

Como es apreciable, no es posible hablar en blanco y negro a la hora de analizar la política cultural puesta en marcha a partir de 1959. Se formaba una nueva generación de intelectuales, herederos de una vanguardia artística anterior (la de los años treinta y cuarenta) comprometida con los principios de igualdad, justicia social y antimperialismo; que, como se vio a inicios del este capítulo, constituían corrientes históricas del pensamiento social cubano. Nadie dudaba de la necesidad de tener un pueblo alfabetizado para leer las obras literarias que se colocaron a disposición de todos. A partir de las “Palabras a los intelectuales” el temor frente a una falta de libertad de creación parecía disiparse, principalmente porque desde las instituciones culturales, los escritores, artistas y cineastas tenían libertad práctica de creación, de experimentación, de exponer sus inquietudes artísticas y de publicarlas. “Los que hasta ayer habíamos vivido la Era del Desprecio (...) nos veíamos de pronto convocados a una proeza cívica y dueños de los medios de producción y distribución necesarios para poner al alcance de todos nuestro patrimonio cultural”, comentaba Fornet (2004, p. 359). En este sentido, los aciertos culturales a lo largo de la década de 1960 fueron muy significativos. Por estos años surgieron las primeras convocatorias de los premios UNEAC y “David”, este último dirigido a autores jóvenes sin libros publicados. Surgieron publicaciones periódicas culturales como “El Caimán Barbudo”, fue creado el Grupo de Teatro “Escambray”, radicado en la Sierra del Escambray, en la región central del país; uno de los escenarios más importantes de la lucha revolucionaria. Fueron publicados libros como “Paradiso”, de José Lezama Lima, y “Biografía de un cimarrón” de Miguel Barnet. En materia cinematográfica fueron estrenados filmes como “La muerte de un burócrata”, “Lucía” y “Memorias del subdesarrollo”. Se inicia el Movimiento de la Nueva Trova. Todo ello, a decir de Arturo Arango (2007) muestra la diversidad y el “clima creativo sin dudas desconocido, hasta ese momento, por la cultura cubana” (Arango, 2007, p.4).

Sin embargo, las discrepancias y contradicciones se arreciaron en la medida en que se complejizaba el contexto porque, al tratarse de una política cultural “dentro de la Revolución”, no se concebía el proyecto cultural o intelectual divorciado del proyecto político e ideológico. En términos de geopolítica esta fue una etapa

marcada por el contexto internacional de la Guerra Fría. A nivel nacional, en abril de 1961 se produjo la Invasión de Playa Girón que inició con el bombardeo de aeropuertos civiles y militares cubanos, pero que culminó con la derrota de los invasores, siendo conocida en la región como la primera “gran derrota” del Imperialismo en América. Con esto, la pujanza de la Revolución cubana ganaba un espacio hasta cierto punto “peligroso” en la región, principalmente para los intereses del gobierno de Estados Unidos. Una prueba de ello fue la creación de la “Alianza para el Progreso” (1961-1970), un programa que, desde Estados Unidos, proponía contrarrestar por medio de reformas sociales, políticas y económicas, la influencia de la Revolución cubana en América Latina y el Caribe²⁸. En medio de todo esto, fue suspendida la participación de Cuba en la Organización de Estados Americanos (OEA), de la Junta Interamericana de Defensa (JID) y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), fundado en 1960 (Suárez, 2022). Se había puesto en marcha el plan para aislar al país.

Cada uno de estos hechos generó una serie de reacciones por parte del gobierno cubano que alimentaba la narrativa de resistencia y necesidad de unidad frente a las medidas de aislamiento. A raíz de los bombardeos que antecedieron la invasión de Playa Girón, fue declarado el carácter socialista de la Revolución cubana. Luego de la expulsión de Cuba de la OEA tuvo lugar la llamada Segunda Declaración de La Habana, un documento en el que, entre otras cosas, se expresó el papel del intelectual revolucionario en la orientación y dirección de la lucha “por conquistar la victoria”. Sobre esto Fidel comentó:

La actual correlación mundial de fuerzas y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo.

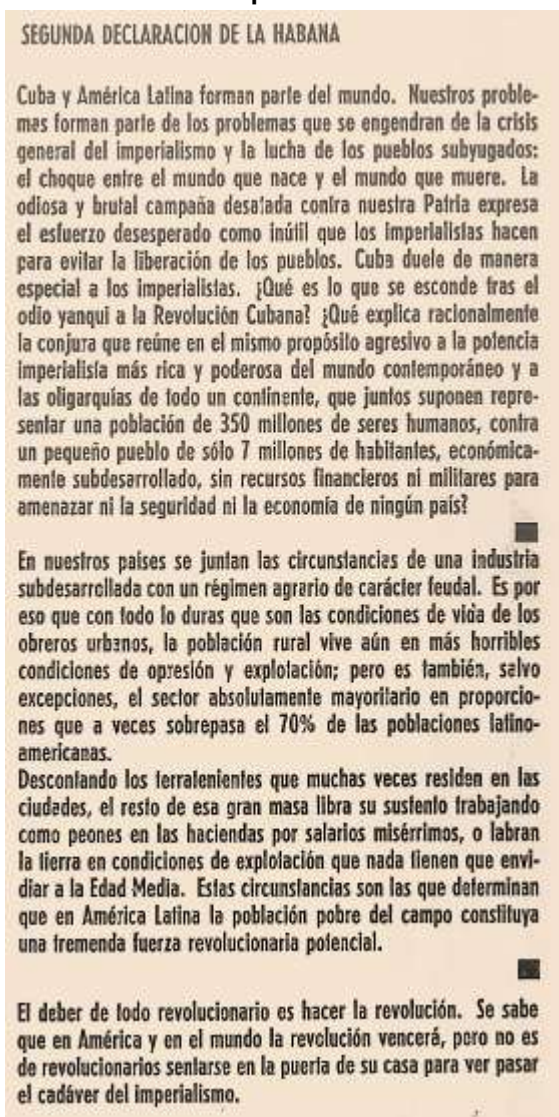
[...]

El divisionismo, producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras; el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antiimperialista y antifeudal es posible vertebrar la

²⁸ El despliegue de multiformes luchas populares y democráticas en diversos países latinoamericanos provocó el inicio de una escalada represiva, se produjo nuevos golpes de Estado militares, al igual que una cadena de intervenciones directas e indirectas de Estados Unidos, en los asuntos internos y externos de los países de la región.

inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra (Castro, 1962, p. 16).

Imagen 14- Fragmento de la Segunda Declaración de La Habana publicado en la revista Arquitectura Cuba.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro. 341, 1973

Así como el obrero, el intelectual estaba llamado ocupar un lugar en la lucha contra la política imperialista hacia Cuba y América. Ante los ojos de algunos dirigentes cubanos extremistas, “guardianes de la doctrina” como los llamó Fornet (2007), esto implicaba asumir una postura ideológica y política abierta y estrictamente socialista y, frente a esto, nuevamente afloraron los conflictos. El clima conciliatorio después de “Palabras a los intelectuales” confiscó la lucha ideológica dentro de la cultura cubana, lo que conllevó, parafraseando a Fornet (2004), al desarrollo desigual de una conciencia revolucionaria entre los intelectuales cubanos. La aparente “despolitización” de algunos no significaba necesariamente la ausencia total de una postura ideológica, contraria al socialismo en muchos casos. Con esto, y frente al llamado a asumir una postura ideológica en la Segunda Declaración de La Habana, dentro de una revolución abiertamente

declarada socialista, el aparente mundo pacífico de los intelectuales cubanos se politizó fuertemente y, en la misma medida, se polarizó.

La postura defensiva pero radical en el enfrentamiento a una política exterior hacia Cuba (Imagen 14) tuvo, a nivel nacional, consecuencias desafortunadas en materia de cultura. Las diferencias de enfoque se hicieron cada vez más evidentes. Si desde el punto de vista cultural aquellos grandes aciertos de los que se hablaba con anterioridad favorecieron al prestigio de instituciones como la Casa de las Américas y se desarrollaron el ballet, la música (con el movimiento de la Nueva Trova) y la literatura, a partir de la segunda mitad de la década de 1960, a decir de Ambrosio Fornet (2007) “algo se había ido de las manos”.

De la mano del miedo a los estragos del estalinismo o del realismo socialista que, por cierto, eran abiertamente criticados por miembros de la vanguardia política como Ernesto Guevara (1978), había intelectuales más liberales, y otros abiertamente anticomunistas. Frente a ello, los dogmáticos se alzaron en una ofensiva que poco favor hizo al campo de la cultura y a la sociedad cubana en general. Algunos de estos desaciertos fueron:

[...] el establecimiento de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP)²⁹, por ejemplo -que duraron tres años y dejaron unas cuantas cicatrices-, y el rechazo institucional de dos libros premiados en el concurso literario de la UNEAC (“Los siete contra Tebas”, de Antón Arrufat, y “Fuera del juego”, de Heberto Padilla), para no hablar de anécdotas pasajeras, aunque sintomáticas, como el clima de hostilidad que suscitó, entre algunos funcionarios, la aparición de “Paradiso” (1966), de Lezama, debido a su supuesta exaltación del homoerotismo (llegó a decirse que el volumen había sido mandado a recoger de algunas librerías). La desafortunada iniciativa de la UMAP, la idea de que tanto los jóvenes homosexuales como los religiosos -sobre todo los Testigos de Jehová, que rechazaban por convicción el uso de las armas- hicieran su servicio militar en unidades de trabajo, no en unidades de combate, se emparentaba a todas luces con la visión machista de aquellos padres burgueses que mandaban a sus hijos más díscolos o timoratos a escuelas militares para que “se hicieran hombres” (Fornet, 2007, p. 387).

Estas palabras de Fornet dejan en evidencia que aun cuando tales medidas represivas podían responder a un clima de tensión política e ideológica, en la implementación de las mismas se transparentaba no solo la prevalencia de valores moralistas heredados de antaño, sino también el espacio dado para oportunismos y

²⁹ Las UMAP fueron centros de reclusión y trabajo para jóvenes en edad militar, que funcionaron entre 1965 y 1968.

abusos de poder que nada tenían que ver con el ideal del “hombre nuevo”³⁰, creador de una sociedad más justa. Parecía que la Revolución cubana, en su lucha contra los valores pequeño-burgueses y en la definición de sus principios ideológicos se mordía la cola. Ernesto Guevara en su texto “El hombre nuevo” publicado en 1965 era consciente de las dificultades enfrentadas en este proceso cuando decía: “La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.” Y más adelante agregaba: “Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo” (Guevara, 1978, p. 20).

Infelizmente las contingencias económicas por las que transitaba el país no dejaban tiempo para profundos análisis sobre la dirección de la política cultural. En 1967 la muerte de Ernesto Guevara dejó conmovido al país en un momento donde las tensiones políticas, nacionales e internacionales, se incrementaban y se hacía necesario revitalizar la economía para viabilizar la construcción del socialismo cubano. Fue una época de grandes tareas y medidas con aspiraciones colosales, descabelladas hasta cierto punto, como el plan Cordón de La Habana (1967)³¹, la Ofensiva Revolucionaria en 1968³² y la zafra azucarera de 1970, conocida como Zafra de los Diez Millones³³. El aislamiento internacional al que era sometido el país

³⁰ En el texto de 1965, Ernesto Guevara habla de la necesidad de forjar al hombre nuevo, en la nueva sociedad socialista, reconociéndolo como una aspiración subjetiva y no sistematizada. Que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las del siglo XX, decadente y morboso.

³¹ El Cordón de La Habana fue un proyecto agrícola alrededor de la capital que se planteó el cultivo de 30 000 hectáreas de café, cítricos, árboles frutales y otros cultivos no solo con el propósito del autoabastecimiento de la capital, sino también para aumentar rubros exportables. Proyecto que nunca se sostuvo. PADRÓN, J. **Los documentos de la Revolución Cubana II**. Disponible en: <http://www.lajiribilla.cu/los-documentos-de-la-revolucion-cubana-ii/>. 25-10-22

³² Sobre la Ofensiva Revolucionaria, Juan Nicolás Padrón señala que ante el descontento de la población por el desabastecimiento, se tomó la controversial medida de “nacionalizar” unos 58 000 establecimientos privados a lo largo del país —casi todos, hasta los más insignificantes—, con el objetivo y las buenas intenciones de elevar la productividad, el ahorro, la disciplina laboral y el control de la economía. En la práctica, se desestabilizó la economía, aumentó la burocracia y el Estado no pudo administrar ni controlar eficientemente desde un central azucarero o una fábrica de acero, hasta un vendedor de granizado o un zapatero remendón. PADRÓN, J. **Los documentos de la Revolución Cubana II**. Disponible en: <http://www.lajiribilla.cu/los-documentos-de-la-revolucion-cubana-ii/>. 25-10-22

³³ En 1967, Cuba se había tornado el primer país productor mundial de azúcar de caña. Con este antecedente se inició un proceso de movilización de cientos de miles de trabajadores para alcanzar la meta de producir una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970, generando una movilización de recursos sin precedentes. Finalmente no se alcanzó tal objetivo.

y el fracaso de tales planes generaron una situación de inestabilidad que hizo necesaria la definición de alianzas políticas, de ahí el acercamiento a la Unión Soviética y a los países socialistas europeos³⁴ (Fornet, 2007).

En medio de toda esta vorágine, en el plano cultural e intelectual se dio a conocer el “caso Padilla”. Como se mencionó con anterioridad, en 1968 en un concurso literario convocado por la UNEAC el jurado otorgó premios a los libros “Los siete contra Tebas”, de Antón Arrufat, y “Fuera del juego”, de Heberto Padilla, en las categorías de teatro y poesía respectivamente. La publicación de los mismos se realizó con el desacuerdo de la propia institución, por entender que eran “ideológicamente contrarios” a la Revolución (Arango, 2007). Más allá del rechazo hacia ambos textos por su contenido ideológico, y los debates generados entre intelectuales cubanos y latinoamericanos por lo sucedido, las particularidades y la trascendencia del “primer caso Padilla”³⁵ se debieron a un conjunto de hechos en torno a la figura de su autor, Heberto Padilla.

Por no ser objetivo de esta investigación ahondar en los detalles, remitimos al lector a conocer las particularidades de estos hechos esclarecidos por Ambrosio Fornet en el texto “El Quinquenio Gris: revisitando el término” (2007) y por Arturo Arango en “Con tantos palos” (2007). Sin embargo, resulta necesario hablar de la repercusión a nivel internacional y la respuesta que suscitó a nivel nacional, el primer y segundo “caso Padilla”, ya que marcó el inicio de una época gris, amarga o negra - según los distintos autores que la han analizado- pero en cualquier caso, oscura y represiva en la forma de dirigir la política cultural cubana; algo que también se extendió a los centros universitarios entre los cuales la Escuela de Arquitectura no fue excepción.

³⁴ En 1972 Cuba ingresó al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), vinculando la economía a la del Campo Socialista. Ello también generó cambios dentro de la educación universitaria en el país, específicamente con la asimilación de categorías propias de los países del CAME en los planes investigativos desarrollados dentro de la Universidad a partir de la década de 1970.

³⁵ Autores como Arturo Arango (2007) hacen referencia a dos momentos de conflicto involucrando al poeta Heberto Padilla. Un “primer caso Padilla” que gira en torno al rechazo de su poemario Fuera de Juego, en 1968, con grandes cuestionamientos sobre su postura ideológica. Un “segundo caso Padilla”, en 1971, en el cual el poeta es detenido y encarcelado por poco más de un mes, por supuestas acciones “contrarrevolucionarias”. Este último caso, suscitó la reacción de varios intelectuales latinoamericanos que, hasta ese momento, se identificaban con el proyecto revolucionario cubano y de varios sectores de la izquierda internacional que en lo adelante “romperían” con la revolución.

En abril de 1971 se celebró en la Habana el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. La declaración final de este evento, podría decirse, resumió las lecciones que recaerían sobre la intelectualidad cubana a raíz de los hechos anteriormente citados. En lo concerniente a la función del arte, en uno de sus fragmentos la declaración expresaba que:

El arte es un arma de la Revolución.

Un producto de la moral combativa de nuestro pueblo.

Un instrumento contra la penetración del enemigo. La revolución socialista en sí es el más alto logro de la cultura cubana y, partiendo de esta verdad insoslayable, estamos dispuestos a continuar la batalla por su más alto desarrollo.

Nuestro arte y nuestra literatura serán valiosos medios para la formación de la juventud dentro de la moral revolucionaria, que excluye el egoísmo y las aberraciones típicas de la cultura burguesa.

La cultura de una sociedad colectivista es una actividad de las masas, no el monopolio de una élite.

[...]

Nuestras expresiones culturales contribuirán a la lucha de los pueblos por la liberación nacional y el socialismo.

No transigiremos con lo que el imperialismo difunde como sus expresiones artísticas más logradas, entre las que resalta la pornografía, que constituye la manifestación inequívoca de su propia decadencia.

Una sociedad nueva no puede rendir culto a la inmundicia del capitalismo.

El socialismo no puede comenzar por donde finalizó Roma. Nuestras obras artísticas elevarán la sensibilidad y la cultura del hombre, crearán en él una conciencia colectivista, no dejarán terreno alguno para el diversionismo enemigo en cualesquiera de sus formas (Declaración, 1971, p. 4-19).

Contario al carácter propositivo y conciliador de “Palabras a los Intelectuales”, que reconocía la actividad de los intelectuales “revolucionarios y no revolucionarios” “dentro de la Revolución”, diez años después este nuevo documento imponía una normativa ideológica y con inflexiones moralistas herméticas. De este texto afloraron categorías como el “diversionismo ideológico”, emergieron un sinnúmero de condiciones para encuadrar a alguien como “revolucionario” o “contrarrevolucionario” y, por lo tanto, para determinar su expulsión, o no, de organizaciones juveniles y de masas, universidades, centros laborales, etc. En esta investigación se hará referencia a esta etapa como “Quinquenio Gris” –término creado por Ambrosio Fornet- por ser el más utilizado en la bibliografía para referirse al dogmatismo

hegemónico que primó en la manera de gestionar y orientar, no solo la cultura, pero principalmente la cultura cubana entre 1971 y 1976³⁶. Fornet lo resumió así:

Si tuviera que resumir en dos palabras lo ocurrido, diría que en el 71 se quebró, en detrimento nuestro, el relativo equilibrio que nos había favorecido hasta entonces y, con él, el consenso en que se había basado la política cultural. Era una clara situación de antes y después: a una etapa en la que todo se consultaba y discutía -aunque no siempre se llegara a acuerdos entre las partes-, siguió la de los úkases: una política cultural imponiéndose por decreto y otra complementaria, de exclusiones y marginaciones, convirtiendo el campo intelectual en un páramo (por lo menos para los portadores del virus del diversionismo ideológico y para los jóvenes proclives a la extravagancia, es decir, aficionados a las melenas, los Beatles y los pantalones ajustados, así como a los Evangelios y los escapularios (Fornet, 2007, p. 395).

El nuevo documento también dictaminó “el traspaso” de la cultura a manos del pueblo. Aun cuando estas nuevas concepciones serían aplicadas a intelectuales de todas las manifestaciones, la literatura parecía ser la piedra en el zapato de los dogmáticos.

La inteligencia de las masas ejercerá la cultura en todas sus potencialidades creadoras, abriendo la posibilidad del pleno desarrollo del individuo. Los maestros, técnicos, científicos, estudiantes, todos los trabajadores pueden, en el terreno de la literatura, como en otros, transmitir muchas de sus ricas vivencias y desarrollar aptitudes artísticas y literarias (Declaración, 1971, p. 4-19).

Con esta frase quedaba explícito el carácter aleccionador de este documento, resultado de los “casos Padilla”. Con el afán de excluir a los “contaminados” o a los “indefinidos” para dar paso a los jóvenes intelectuales, el Consejo Nacional de Cultura –bajo la dirección de Luis Pavón Tamayo³⁷- comenzó a promover por todo el país la proliferación de Talleres literarios y Movimientos de Aficionados para entregar el poder cultural a quienes lo ejercieran de una forma “políticamente confiable” (Fornet, 2007). La ola de persecución, despido disfrazado de “reubicación laboral”, e injusticia hacia quienes no cumplían con los “parámetros” del hombre/mujer revolucionario o heterosexual, arrasaba con todo aquel que divergiese de estos patrones, tuviera su obra/trabajo criticado o calificado de “contrarrevolucionario” –sin

³⁶ Arturo Arango (2007) acepta el calificativo de “Decenio Negro” que otros autores colocan, argumentando que para algunos intelectuales las medidas aleccionadoras duraron hasta entrada la década de 1980.

³⁷ Poeta y escritor cubano. Director por aquellos años de la revista “Verde Olivo”, unas de las primeras fundadas en 1959. Autores como Fornet (2007) también se refieren al “Quinquenio Gris” como “pavonato” haciendo alusión a la dirección ejercida por Pavón dentro del CNC entre 1971 y 1976.

derecho a réplica-, o simplemente no fuera de la estima de algún funcionario. Las discrepancias estéticas se tornaron un pretexto para verdaderas pugnas por el poder, el ascenso o el control hegemónico de algún sector de la cultura que, desde siempre, había estado al centro del proyecto revolucionario con sus definiciones ideológicas (Arango, 2007). Una vez más colgaba sobre la cabeza de los intelectuales aquella pregunta sin respuesta: ¿qué o quienes definían lo que era considerado “revolucionario” o “contrarrevolucionario”? Ante la falta de una respuesta efectiva o el señalamiento de los verdaderos culpables en aquel momento, muchos arrojarían sobre “la Revolución” el saldo y la responsabilidad por todos aquellos los atropellos.

El inicio de los años setenta, Martínez Heredia los definió de la siguiente forma:

En ese marco, el pensamiento social sufrió una sujeción a cambios que provocaron la detención de su desarrollo, y un gran empobrecimiento y dogmatización. Mis recuerdos del último año en que trabajé en ese campo, más precisamente entre septiembre de 1970 y noviembre de 1971, son los de una tragedia en la que las necesidades del Estado parecían más decisivas que los criterios ideológicos o teóricos (Martínez Heredia, 2007, p. 90)

Un ejemplo claro de las arbitrariedades del período, que demuestra claramente que se trató de un período de control hegemónico ejercido con mediocridad y prejuicios, y no fruto de la política cultural, orientación y guía de la cultura cubana revolucionaria, fue el veto a una obra como “Ese sol del mundo moral” del poeta y ensayista cubano Cintio Vitier, dígame de paso, católico y sin una formación marxista. En esta obra, que el autor data de 1974, se presenta un análisis histórico de lo que Vitier llama “eticidad cubana”, una forma en que los problemas morales se habían presentado y afrontado en la historia intelectual y política de Cuba (Vitier, 2021). Desde lo autóctono, como fundamento de universalidad, Vitier explicaba el proceso de concepción de lo que se entendía por justicia e independencia, y las batallas por su realización a lo largo de la historia de Cuba, desde la colonia hasta la revolución de 1959. Específicamente sobre la Revolución cubana Vitier escribía:

¡Qué fecundación borrando las innumerables frustraciones, las humillaciones indecibles, las minuciosas pesadillas! Comenzaban entonces

otros combates; pero desde entonces el devenir tiene raíz, coherencia, identidad. La sangre ha sido aceptada, el sol de los vivos y los muertos brilla exigente en el centro de todo. Y todo lo que parecía imposible, fue posible (Vítier, 2021, p.174).

Pocas obras surgieron en este período con tal lucidez sobre lo que fue el proceso de construcción de la nacionalidad cubana, con un ideario de independencia y justicia tan claro. Pocas obras colocaban a la revolución de 1959 en un escaño tan alto. Sin embargo, la publicación de “Ese sol del mundo moral” fue vetada en Cuba y solo pudo ver la luz en 1975, en México.

Los años 60 y 70 en materia de política cultural no fueron más o menos accidentados que el curso de los acontecimientos políticos en Cuba desde 1959. La implicación cultural que tuvieron ciertos hechos de orden político, aun cuando no se trataran de hechos propiamente culturales, fue evidente. Del prodigio que significó erradicar el analfabetismo en tiempo record, promover ampliamente el acceso a la cultura, desarrollar y ampliar la educación a todos los niveles, institucionalizar y valorizar el trabajo de los intelectuales, escritores y artistas cubanos, llamados a crear “dentro de la Revolución”, se transitó con relativa rapidez por trances oscuros, en los que afloraba lo peor de la condición humana guiada por la intolerancia, la ignorancia y la mediocridad: prejuicios, abusos de poder, persecución, censura. Los pactos de silencio y el dogmatismo por un lado, así como el miedo al estalinismo y el anticomunismo por otro, hicieron grandes estragos a la cultura cubana.

Lejos de estimular, fomentar, desarrollar y orientar el “espíritu creativo”, muchas de las principales polémicas y tensiones de estos años, en esencia, fueron generadas también por disputas por el control hegemónico de la cultura y de algunos de sus principales espacios (Fornet, 2007). En este sentido, autores como Hamlet Fernández prefieren hablar de una “lucha al interior del proceso revolucionario entre varias perspectivas intelectuales y políticas, para imponer un canon desde el cual trazar la política cultural” (Delgado Pruna, 2024, sp). Otros autores prefieren hablar de “políticas culturales”, en plural, haciendo referencia a las diversas formas y orientaciones de la política cultural; las rupturas y continuidades con sus diversas lecturas e interpretaciones (Rojas López, 2020). En esta investigación, concordamos con estos autores en que no es posible entender el devenir de “la política cultural

dentro de la Revolución” a partir de un período estricto, un tipo de orientación o un canon específico.

A los momentos de tensión, polarización y retroceso, de los cuales no hay que olvidar las graves secuelas, les sucedidos momentos de conciliación y avance. Los manuales marxistas de orden escolástico pasaron sin demasiadas penas ni glorias³⁸, así como las obras del realismo soviético. No hay que obviar que éste fue un periodo en el que también nacieron importantes obras literarias. Ganó espacio la literatura para niños y se publicaron obras maestras como “Concierto barroco” de Alejo Carpentier (Fornet, 2007). Si analizáramos la trayectoria de instancias como el Consejo Nacional de Cultura, el ICAIC o la Casa de las Américas de forma independiente, algo que no constituye un objetivo de esta investigación, se observarán diferencias en su gestión que incidieron en la brillantez o “grisura” de los resultados de su labor cultural en el período³⁹.

De forma general, algunas lecciones sí dejaron aquellos años. En primer lugar, la necesidad de entender la cultura como un fenómeno político y, por ende, entender que dentro de ella, así como “dentro de la Revolución”, hubo y habrá disputas ideológicas que no se pueden desestimar. Como diría Fornet en 1996: “dialogar no significa solo compartir la palabra sino aceptar que, en cuestiones que atañen a ambas partes, el otro también tiene derecho, de vez en cuando, a decir la última palabra” (p.273).

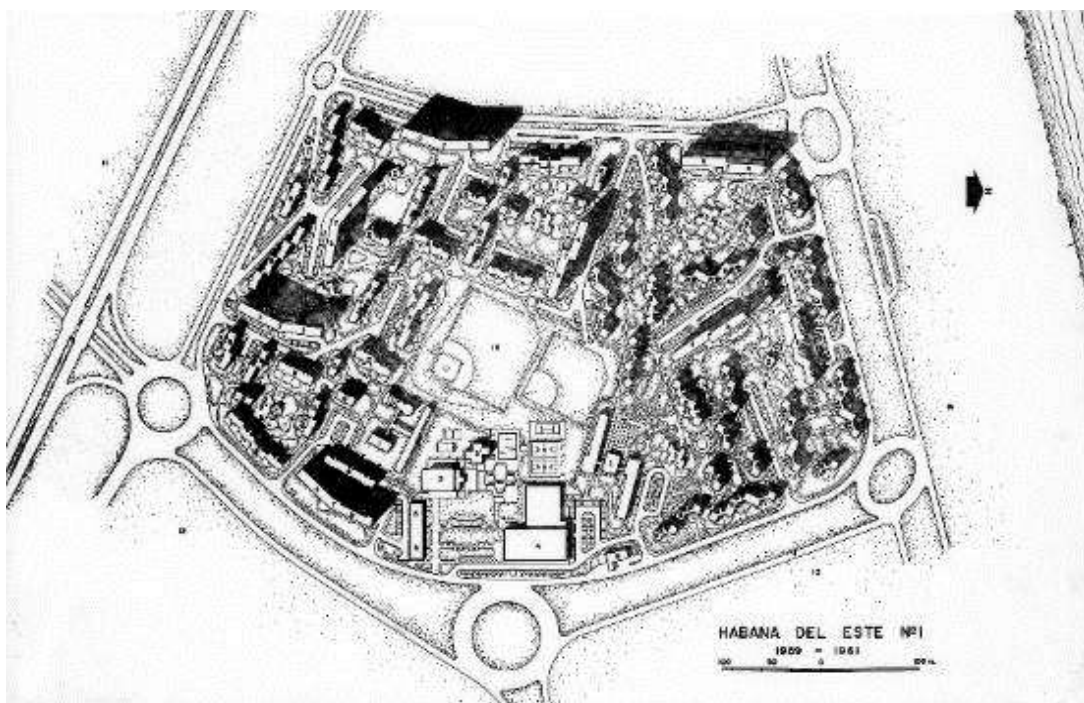
Para el campo de la arquitectura, las consecuencias de una política cultural hermética, que alcanzó un momento extremo durante el Quinquenio Gris (1971-1976), se hicieron sentir desde la segunda mitad de la década de 1960. Recordemos que esta década estuvo signada por la creación del Ministerio de la Construcción en

³⁸ A ello contribuyó el trabajo realizado desde la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Habana, principalmente a lo largo de la década de 1960. Ver Martínez Heredia, F. Pensar en Tiempo de Revolución Antología Esencial. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2018.

³⁹ La mayor prueba de esto fue el cambio que se percibió en la manera de conducir la política cultural cubana a partir de 1976. La creación en este año del Ministerio de Cultura, con Armando Hart Dávalos a la cabeza, que anteriormente se había desempeñado como ministro de educación, inició un proceso de retomada del consenso y el diálogo que marcó el fin de una época de verdadera cacería de brujas, aunque no de sus contradicciones que, como bien se comentó al inicio de este acápite, perviven hasta los días de hoy.

1963. Adscrito a este ministerio y en igual fecha fue creado el Centro de Investigaciones Técnicas, considerada “la primera organización científica especializada del país, que unida al uso del cemento a granel trajo considerables ahorros, consolidación y dinámica a todas las construcciones de la etapa revolucionaria”⁴⁰. Esta política del ahorro en función de la dinámica constructiva del período marcará de forma definitiva la manera de entender la arquitectura y las ideas promovidas dentro de la Escuela de Arquitectura.

Imagen 15- Plano de la Unidad Vecinal “Camilo Cienfuegos” en Habana del Este.



Fuente: Archivo fotográfico del MINOP-MICONS, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas.

Con anterioridad se mencionaba la construcción de la CUJAE como un suceso de gran relevancia simbólica no solo por manifestar las transformaciones que acontecían hacia el interior de la universidad socialista, sino también por lo que significó en materia constructiva erigir una obra con elementos de hormigón armado y prefabricados, así como las posibilidades que ofrecía desde el punto de vista estructural y de composición. No obstante, esta no fue la única gran obra

⁴⁰ Información obtenida del sitio web del MICONs: <https://www.micons.gob.cu/es/historia>. Acceso: 25-11-2022

constructiva de estos primeros años. Como respuesta a las grandes demandas del sector de la vivienda se erigió en La Habana la Unidad Vecinal de Habana del Este “Camilo Cienfuegos” (1959-1963), un complejo de edificios multifamiliares de diferente altura y diseño en los que se emplearon tanto el hormigón armado como otras técnicas constructivas artesanales. Esta fue considerada la primera obra del Movimiento Moderno tras la revolución de 1959 con interesantes valores estéticos (Imagen 15) (Imagen 16) (Imagen 17). La otra gran obra que, junto a la CUJAE y la Unidad Vecinal Camilo Cienfuegos, en completa la tríada de obras constructivas de mayor simbolismo de etapa, en contraposición a “los intereses burgueses” que rigieron la arquitectura de la época anterior, fue el conjunto de Escuelas Nacionales de Arte de Cubanacán (1961-1965) (Pizarro Juanas, 2012).

Imagen 16- Vista Aérea. Unidad Vecinal “Camilo Cienfuegos” en Habana del Este. 1963.



Fuente: Archivo fotográfico del MINOP-MICONs, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas.

Imagen 17- Vista de un círculo Infantil. Unidad Vecinal “Camilo Cienfuegos” en Habana del Este. 1963.



Fuente: Archivo fotográfico del MINOP-MICONS, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas.

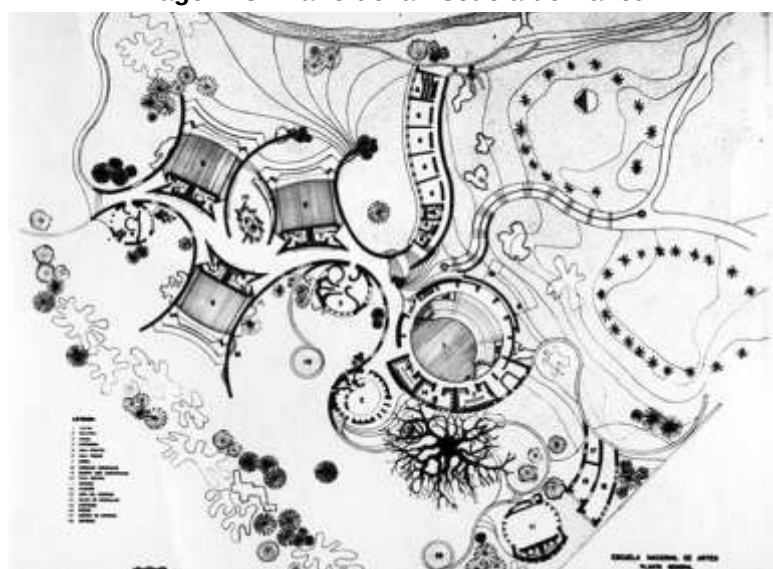
Mucho se ha escrito e investigado sobre la construcción, relevancia arquitectónica e importancia de estas Escuelas de Arte para la educación y la arquitectura cubana⁴¹ y no constituye objetivo de esta investigación ahondar en la relevancia de esta obra. Sin embargo, la destacamos en este acápite debido a la significación de su construcción y posterior abandono como síntoma del curso que tomó la arquitectura cubana a partir de la segunda mitad de la década de 1960 y fundamentalmente en los setenta, así como lo que ello representó en la formación de los arquitectos cubanos. Mario Coyula (2007) cita la “satanización” de las Escuelas de Arte como el primer síntoma de lo que denominó “pragmatismo tecnocrático” de aquella época.

⁴¹ Algunos de los textos más relevantes sobre estas obras son: el libro *“Revolution of Forms. Cuba’s forgotten Art Schools”* (1999), de John Loomis; la tesis de doctorado titulada “En el límite de la arquitectura-paisaje. Las Escuelas Nacionales de Arte de La Habana” (2012) de la investigadora María José Pizarro Juanas, profesora de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid; y la compilación de textos “Las Escuelas Nacionales de Arte de La Habana: pasado, presente y futuro” (2016) organizada por Michele Paradiso.

La idea de erigir las Escuelas de Arte nació muy relacionada a la Campaña de Alfabetización que se desarrolló en Cuba en 1961 y las aspiraciones de la isla también se proyectaron internacionalmente. Más allá de formar artistas cubanos, estas escuelas fueron imaginadas para formar artistas internacionales que darían representación estética al socialismo de Cuba y del Tercer Mundo, de ahí que el encargo fuera esencialmente el de construir “las más bellas Escuelas de Arte del Mundo” (Paradiso, 2016). El responsable por el proyecto fue el arquitecto Ricardo Porro (1925-2014), quien llamó a otros colegas, los italianos Vittorio Garatti (1927) y Roberto Gottardi (1927-2017) para trabajar junto a él en los cinco proyectos de las escuelas que conformarían esta gran obra: escuela de ballet (Imagen 18) (imagen 19), escuela de artes plásticas (Imagen 20) (imagen 21), escuela de música (Imagen 22) (imagen 23) , escuela de danza moderna (Imagen 24) (imagen 25) y escuela de teatro (Cuadra, 2018b).

Los elementos que hacen de estas construcciones obras excepcionales de la arquitectura cubana son: la creatividad y experimentación en el diseño, la integración a la topografía y al paisaje, y los materiales y técnicas constructivas empleados. Todos estos aspectos respondieron no solo a la experiencia de vida de cada uno de los arquitectos, sino también al contexto cubano del momento.

Imagen 18- Plano de la Escuela de Ballet.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro. 380. 2007

Imagen 19- Vista exterior de las aulas de la Escuela de Ballet.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro. 380. 2007

Imagen 20- Acceso principal a la Escuela de Artes Plásticas.



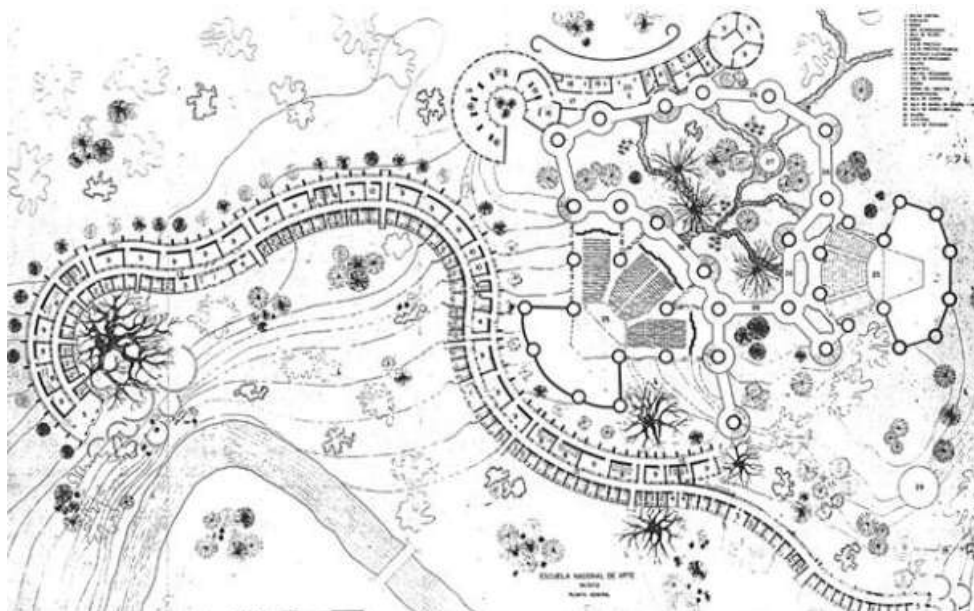
Fuente: Imagen tomada por la autora en 2014

Imagen 21- El Arq. Augusto Rivero, que en su etapa de estudiante participó en la construcción de las Escuelas de Arte, ofreciendo una visita guiada en el interior de la Escuela de Artes Plásticas.



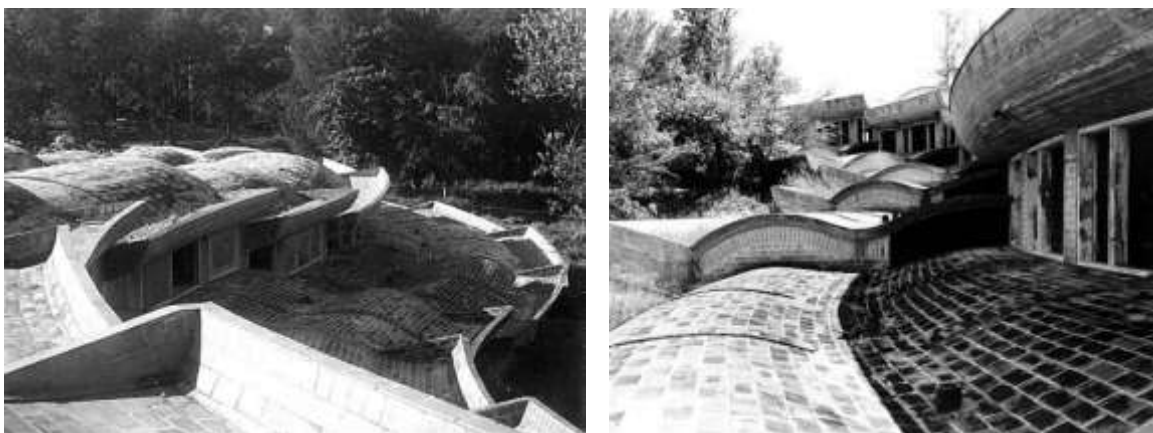
Fuente: Imagen tomada por la autora en 2014

Imagen 22- Plano de la Escuela de Música.



Fuente: Revista Arquitectura Cuba. Nro. 380. 2007

Imagen 23- Vistas exteriores de la Escuela de Música



Revista Arquitectura Cuba. Nro. 380. 2007

Imagen 24- Acceso principal a la Escuela de Danza Moderna.



Fuente: Imagen tomada por la autora en 2014

Imagen 25- Vista exterior de las aulas de la Escuela de Danza Moderna.



Fuente: Imagen tomada por la autora en 2014

Se está ante arquitecturas muy individuales, existía la idea de una arquitectura de autor, de una alta intensidad artística, y esto interesa dentro de este tema, en el sentido de que había espacio para ello, en este momento de la Revolución Cubana. Había también condiciones muy particulares con la disponibilidad de materiales, sobre todo, con el abastecimiento de acero, que marcaron el diseño de las escuelas; la pregunta era ¿de qué manera se pueden realizar sin necesitar mucho acero? (Cuadra, 2018b, p.212).

En respuesta a esta interrogante, el material utilizado mayormente en estas obras fue el ladrillo, que trabaja por compresión, ideal para concebir una estructura a partir de bóvedas catalanas. La visualidad del ladrillo a vista fue explotada al máximo, tanto en el ritmo logrado con su uso en cúpulas, bóvedas y pilares, como en el contraste de color terracota en medio de la vegetación y el paisaje. Sobre el sistema constructivo comenta John A. Loomis: “Con la escasez de materiales en la Cuba revolucionaria, el uso de la bóveda catalana fue una decisión ingeniosa e inspiradora. Las formas orgánicas generadas con este sistema, fueron la seña de identidad de las Escuelas Nacionales de Arte” (Paradiso, 2016, p.44).

Manuel Cuadra considera que la explosión de creatividad manifiesta en estas obras, y la calidad de su ejecución, se debieron al momento de creación colectiva, opinión que compartimos. “(...) Al indagar en este tema de la calidad, cuándo se da, cuándo no se da, por qué, se constata que un momento histórico, vivido colectivamente, puede tener consecuencias decisivas para lograr calidad, no es cosa individual, no es cosa de talento, esto va unido a lo que está viviendo todo el país en este momento” (2018b, p.214). En este sentido vale comentar que igualmente para muchos estudiantes que trabajaron junto a Porro, Garatti y Gottardi en la concepción de estas obras, la experiencia fue trascendental para su formación. Con anterioridad se comentaba la importancia que, a inicios de la década de 1960, tuvo la integración del estudio y el trabajo en la formación de los arquitectos. La construcción de las Escuelas de Arte también fue espacio de formación en este sentido. El arquitecto cubano Augusto Rivero Mas, estudiante de arquitectura en aquella época, describió la oportunidad de ser llamado a trabajar en las Escuelas de Arte de la siguiente manera:

¿Te interesaría trabajar conmigo en las Escuelas de Arte?”. Eso, que uno de ellos te dijera eso, en aquel momento, era lo más grande que le podía pasar a un alumno y a mí me pasó en primer año y yo sin pensarlo. Yo no tenía ningún tipo de problema económico, yo podía seguir mi carrera sin trabajar, pero era una posibilidad y ya había oído a los que trabajaban cómo era el trabajo, cómo estaban aprendiendo mucho más que en la escuela.

[...]

La otra cosa muy importante era que, además, ellos tenían una cultura, dos eran europeos, cultura milenaria y Porro la había adquirido. [...] ellos daban, en un teatro que había allí, conferencias sobre arte universal, había arquitectura, pero había pintura y escultura, hablaban de sus viajes, hablaban de sus experiencias con grandes arquitectos, todo eso con proyecciones.

[...]

Y desde el punto de vista de nosotros, los estudiantes, fue un complemento tremendo, porque independientemente de que teníamos Historia de la Arquitectura, Crítica, Diseño Básico, aquello estaba por encima de todo eso. No eran clases, era lo vivido por ellos, lo que habían experimentado con sus proyectos, con distintos talleres, Porro hablaba del trabajo con Mies Van der Rohe, con Le Corbusier, son experiencias únicas, que esta gente, que había trabajado con ellos, te explicara y te dijera qué hicieron, cuál fue el criterio de esos grandes mecenas de la arquitectura (Cuadra, 2018a, p. 539-542).

Por paradójico que resulte, toda esta efervescencia creativa colectiva que abonó el terreno para la construcción de las escuelas “más bellas” se tornaría luego uno de los argumentos para legitimar su abandono y descalificación durante la segunda mitad de los sesenta. Hacia 1965 las obras de las escuelas se detuvieron

pues el presupuesto destinado a su construcción se había sobrepasado y tan solo dos de ellas estaban concluidas.

Esta gran obra, la más publicitada del periodo revolucionario, fue crucificada precisamente por cumplir lo que se les había pedido inicialmente a sus arquitectos: hacer las escuelas de arte más hermosas de América Latina. Sus oponentes, afiliados a un pragmatismo tecnocrático, estaban dispuestos a sacrificar la belleza para lograr construcciones técnicamente impecables y en la gran cantidad que requería el país. Esa gente, quizá poco imaginativa pero técnicamente calificada, fue después desplazada por constructores improvisados, que eran felicitados por dar el paso al frente, sin tener dominio del oficio. Había comenzado el culto a la improvisación (Coyula, 2007, p.27).

A partir de la segunda mitad de la década, especialmente para los estudiantes que trabajaban en las escuelas se hacía bastante complicado conciliar el clima de creatividad de estos proyectos, con los criterios tecnicistas y las críticas que algunos profesores dentro de la Escuela de Arquitectura realizaban a las obras de las Escuelas de Arte. Las grandes obras que demandaba el país en tiempo record (hospitales, viviendas, escuelas rurales, etc) debían erigirse a partir de sistemas prefabricados y, frente a esto, le fue atribuido a las Escuelas de Arte un supuesto carácter elitista, llegando a catalogar de “intelectualoides” a quienes trabajaban en ellas (Coyula, 2007; Cuadra, 2018a). El testimonio de Rivero Mas sobre este tipo de críticas hacia las obras de las Escuelas de Cubanacán, así como sucedió en materia de cultura como explicado anteriormente en este mismo acápite, se debió en gran medida a celos profesionales de algunas figuras con poderes dentro de la Escuela de Arquitectura y a las orientaciones dadas desde el Ministerio de la Construcción.

Todos los que trabajábamos en las Escuelas de Arte estábamos mal vistos en la escuela, porque nos estaban enseñando a hacer aquello, que eso era malo, que había que hacerlo todo igual, prefabricado, por la Revolución. No todo el mundo, la gran mayoría, la gente de talento, la gente que sabía lo que era la arquitectura defendía aquello, pero muchos que estudiaban y que estaban por oportunismo con cargos dentro de la escuela, esos alumnos oportunistas que tenían cargos políticos en la escuela, estaban en contra de aquello (Cuadra, 2018a, p.545).

Una anécdota interesante relatada por Rivero Más, que destaca el hecho de que tal forma de orientar el curso de la arquitectura no constituyó exactamente una disposición directa de las máximas autoridades del país, tiene que ver con la opinión de Fidel Castro sobre las Escuelas de Arte. En un encuentro entre él y algunos estudiantes, Rivero Mas relataba:

Estuvo con nosotros allí cuatro horas hablando y de lo que más se habló fue de las Escuelas de Arte, porque había 4 de los 28 compañeros del curso mío que eran estos políticos, muy triste porque no pensaban, porque un político tiene que pensar, para algo te dan un cargo, para que tú pienses y lo desarrolles. Y una de ellas le dice: “Comandante, ¿qué usted cree de las Escuelas de Arte?” y él le dijo: “Las Escuelas de Arte, ¿qué tú crees?” y empezaron esos 4 a desbaratar las Escuelas de Arte.

Fidel cuando terminaron dijo: “bueno, ese es el criterio de ustedes” [...] “para mí se terminen o no se terminen será un monumento a la cultura y el arte cubano porque son preciosas, esas son de las mejores obras que hemos hecho en la Revolución, ustedes tendrán razón en lo que dicen, yo no soy arquitecto, yo no creo que tengan tanta razón porque si no, no se hubieran hecho, ni se hubieran comenzado” (Cuadra, 2018a, p.545).

Según Mario Coyula (2007) la tipificación de los proyectos y la proliferación de normativas que buscaban la estandarización a escala nacional se debió a un proceso de centralización, a mediados de los sesenta, en el cual el Ministerio de la Construcción absorbió otras entidades constructoras. Rivero Más, reafirma esta opinión a partir de su experiencia de trabajo en el MICONS hasta 1979, y comentaba que “el Ministerio de la Construcción nunca ha tenido claro que es lo mejor para el país, (...) siempre ha tenido claro qué es lo más rápido y qué es lo más barato” (Cuadra, 2018a, p.546). Esta también fue la orientación que prevaleció dentro de la Escuela de Arquitectura donde, recordemos, se formaban los arquitectos de la nueva sociedad.

Una mirada retrospectiva de esos años permite comprender que muchos acontecimientos y enfoques en la enseñanza estuvieron influidos por las características personales de quienes se desempeñaron en la dirección de la Escuela, según la siguiente secuencia: Roberto Carrazana (1961-65), Eduardo Granados (1965-66), Gonzalo de Quesada (1966-67), Eduardo Ecenarro (1967-68), Emilio Escobar (1968-70), continuado por Mario Coyula a partir del 70. Algunas fuentes señalan que la designación de ciertos directivos favoreció el fortalecimiento de enfoques que daban prioridad a los aspectos económicos, técnico-constructivos y utilitarios sobre las cualidades formales y artísticas de la arquitectura en correspondencia con la creciente corriente de masividad de la construcción. Se privilegió e introdujo la normalización y la tipificación de los componentes constructivos, lo que fue asumido como símbolo del progreso social y científico. Parecía que la arquitectura debía ser “producida”, no “creada” (Alfonso y Matamoros, 2019, p. 58-59).

La estela de extremismos, mediocridad y abusos dentro de la Escuela de Arquitectura se hizo sentir poco antes del llamado Quinquenio Gris. La segunda mitad de la década de 1960 fue especialmente penosa, situación que no cambió profundamente hasta llegada la década de 1980; de ahí que Mario Coyula para

referirse a toda esta etapa en la arquitectura cubana, tanto en la práctica profesional como en la formación, la calificara como un “trinquenio amargo”, un neologismo para hacer referencia a “tres quinquenios”. Algunos de los profesores fueron retirados de la actividad docente y enviados a trabajar en otras empresas o a otras provincias. Fuera de los predios de la escuela, otro hecho simbólico y relevante fue la disolución del Colegio de Arquitectos en 1967 y la creación, al año siguiente, del Centro Técnico Superior de la Construcción⁴² (Coyula, 2007).

De forma general, como saldo negativo dentro de la escuela y el ámbito constructivo cubano quedaron: la neutralización de la actividad proyectual y docente de arquitectos extranjeros, el distanciamiento de los fundamentos estéticos y autorales y la casi extinción del ejercicio de la crítica arquitectónica. Sintomáticamente, fue en esta época, específicamente en 1976, cuando la Escuela de Arquitectura pasó a llamarse Facultad de Construcciones, denominación que también sería asumida por las nuevas facultades de esta especialidad en otras provincias del país.

Este “clima claustrofóbico”, parafraseando a Coyula (2007), propició el hecho de que muchos de los buenos arquitectos diseñadores se alejaron de los trabajos proyectuales para dedicarse a los estudios de planificación física, la conservación de monumentos históricos, o la docencia. De esta forma quedó atrofiado el estímulo a la actividad y al desarrollo proyectual del arquitecto, aspecto que no solo dejó significativas secuelas en las ciudades y en la arquitectura cubanas, sino que también dio al traste con el reconocimiento del lugar del arquitecto cubano en la sociedad, escasamente recuperado en la actualidad.

Desde lo constructivo, se extendió el uso del proyecto típico y más tarde de la prefabricación con varios sistemas como el Girón, el Sistema Sandino, Sistema de Moldes Deslizantes, el Sistema Abierto de Esqueleto (SAE) y el Sistema Múltiple de Aplicación en Cuba, (SMAC) (1972-1975), entre otros. Vale destacar que la prefabricación *per se* no constituyó un problema para la arquitectura cubana, pues realmente fue una solución acertada para las demandas de construcción masiva de

⁴² Existió, como tal hasta 1983 cuando se creó la Unión Nacional de Arquitectos e Ingenieros de la Construcción de Cuba (UNAICC)

viviendas y de escuelas, en un país pobre y con un amplio programa social que atender. Un hecho relevante en este sentido, que autores como Dania González Couret (2021) citan como el inicio de la “industrialización pesada de la construcción en Cuba”, fue la donación de la planta de prefabricación soviética de Grandes Paneles, dada la necesidad de construir viviendas luego de los estrago que causó el Huracán Flora⁴³ en la región oriental del país en 1963. Este sistema sirvió de base para el desarrollo de las variantes cubanas de prefabricación de grande paneles⁴⁴. Otro de los sistemas de prefabricación más utilizados fue el Sistema Girón, especialmente concebido para las escuelas secundarias y preuniversitarios en áreas rurales (González, 2021, p.41).

Según Mario Coyula (2007) la prefabricación no era la única manera posible de construir más rápido pues, en muchos casos, la misma coexistió con la autoconstrucción por esfuerzo propio⁴⁵. No obstante, por estos años fue el sistema de construcción más promovido desde el Ministerio de la Construcción. Precisamente el uso que se hizo del mismo, masivo y repetitivo, era lo que suscitaba la crítica de los arquitectos, cuestión que Coyula clasificó como resultado de la “prefabricación mental” de los decisores. Es decir que la repetición de los mismos modelos de vivienda a lo largo de todo el país, muchas veces poco adaptados a las condiciones ambientales, los modos de vida en cada lugar, y la consecuente falta de identidad de las construcciones no se debió en sí al proceso de industrialización. Si se parte directamente para el análisis de lo que de hecho fue construido, principalmente con el Sistema Girón, coincidimos con la opinión de Cuadra (2018b) que defiende que si bien con estas obras se abandonó el camino de la individualidad de la arquitectura de autor, así como otros elementos formales y creativos que también son parte de la arquitectura, vale agregar que al estar concebidas por excelentes arquitectos, la calidad de las mismas se transparentaba en otros aspectos.

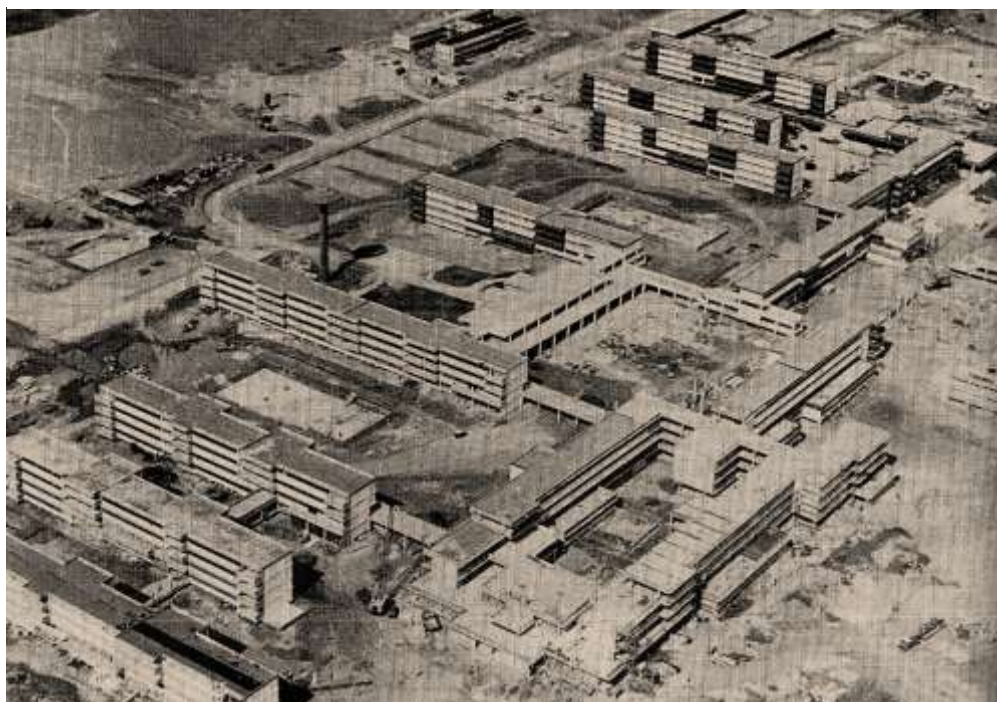
⁴³ Considerado entre los huracanes del Atlántico más mortíferos en la historia.

⁴⁴ Sobre el desarrollo en Cuba de variantes de prefabricación en la arquitectura de la década de 1970 consultar el artículo “La industrialización de la vivienda en Cuba. Década del 70” de Dania González Couret (2021)

⁴⁵ La creación de las Microbrigadas en 1971 fue una vía paralela a la acción estatal en la construcción de viviendas. Hacia 1984 dos tercios de las viviendas construidas desde 1959 habían sido realizadas por esfuerzo propio.

Muchos de los arquitectos que realizaron este tipo de obra en los setenta, habían completado su formación en las décadas anteriores, de ahí que supieran volcar la creatividad hacia elementos como la composición y articulación de ambientes de uso común y la armonía con la vegetación y clima local – fundamentalmente en el caso de las escuelas en el campo- (Imagen 26) (Imagen 27). A este análisis agregamos el entendimiento de que esta arquitectura se hacía fundamentalmente en función de los principios técnicos y científicos del socialismo que se pretendía construir en Cuba y, además, daba satisfacción a los fundamentos de justicia social heredados del pensamiento histórico cubano. A la luz de los días actuales este tipo de obra, principalmente las escuelas rurales, tienen especial significación en la memoria de las múltiples generaciones de cubanos que se formaron y vivieron años de adolescencia y juventud en esos predios. Podría decirse que, entre 1970 y los años 2000, la gran mayoría de los estudiantes cubanos pasaron al menos 21 días de sus vidas en el mismo tipo de escuela.

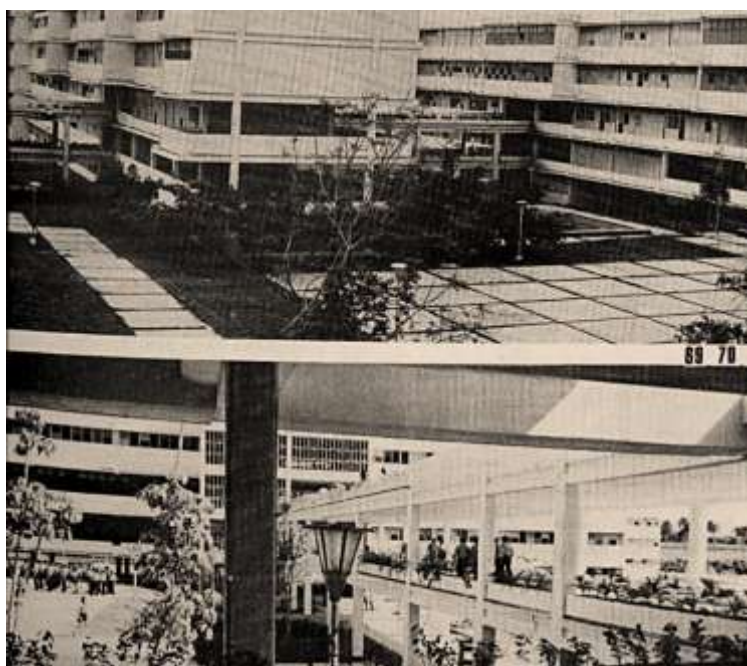
Imagen 26- Vista aérea de la Escuela Vocacional V. I. Lenin. Nótese el conjunto de patios y plazas y el juego de volúmenes. Sistema prefabricado Girón.



Fuente: Arquitectura Cuba. Nro. 347-8. 1978

A decir de Cuadra (2018b), en el análisis de este tipo de arquitectura prefabricada convergen la crítica a una forma de entender la arquitectura volteada al desarrollo y al progreso técnico, ignorando elementos subjetivos, formales y autorales de esta disciplina, pero al mismo tiempo la comprensión del “esfuerzo impresionante” del nuevo gobierno de construir por todo el país las obras que la gente necesitaba.

Imagen 27- Vista de los patios y corredores de la Escuela Vocacional V. I. Lenin.

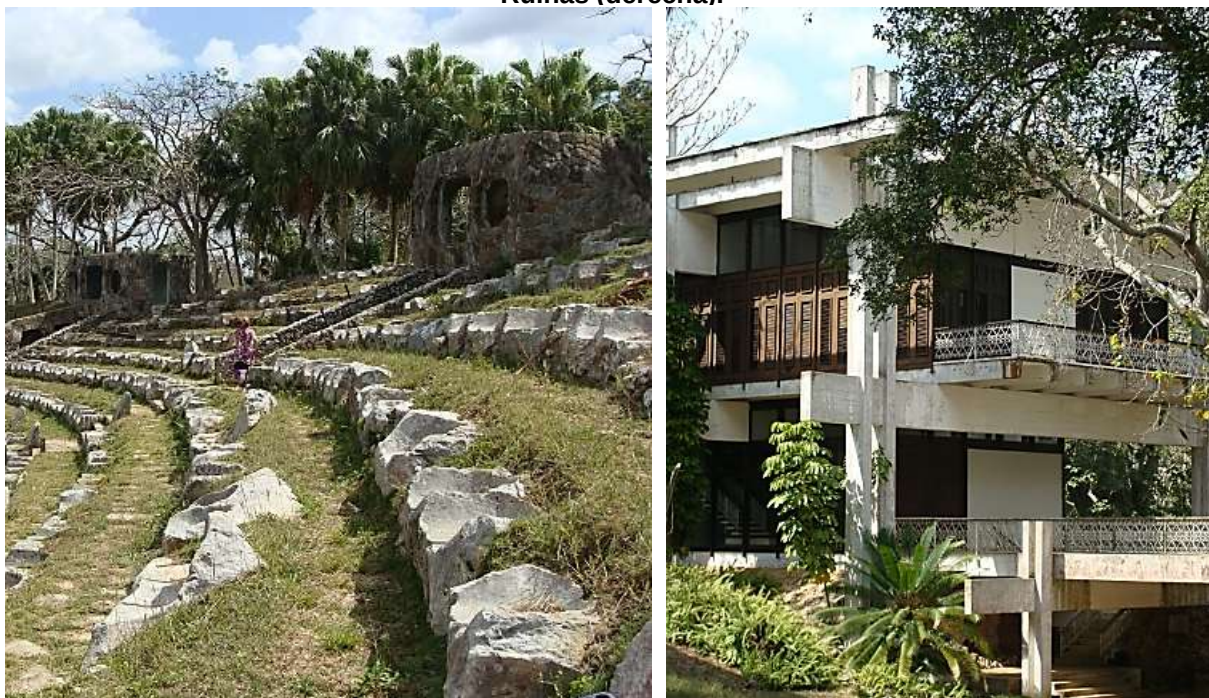


Fuente: Arquitectura Cuba. Nro. 347-8. 1978

En esta etapa se promovió la configuración de grandes instalaciones y espacios recreativos de uso público, muchos de ellos igualmente prefabricados pero gran calidad, que fueron calificados de “Obras Especiales” por su carácter público y alcance. En la periferia de la capital sobresale el Parque Lenin (1972) (Imagen 28), un parque donde se integran edificios recreativos de diferente carácter en un territorio de 670 hectáreas, donde se le da protagonismo al paisaje y se propicia el contacto con la naturaleza. Junto este, destacaron años más tarde el Jardín Botánico Nacional (Imagen 29) y el Parque Zoológico Nacional (Cuadra, 2018b). Si bien fue muy importante la concepción de estos espacios ubicados en áreas periféricas de la ciudad, propiciando una expansión territorial sin precedentes, ello

también acarreó serias consecuencias para otras áreas de la arquitectura y el urbanismo cubanos: la ciudad consolidada y la conservación del patrimonio construido.

Imagen 28- Imágenes del Anfiteatro del Parque Lenin (izquierda) y exterior del restaurante Las Ruinas (derecha).



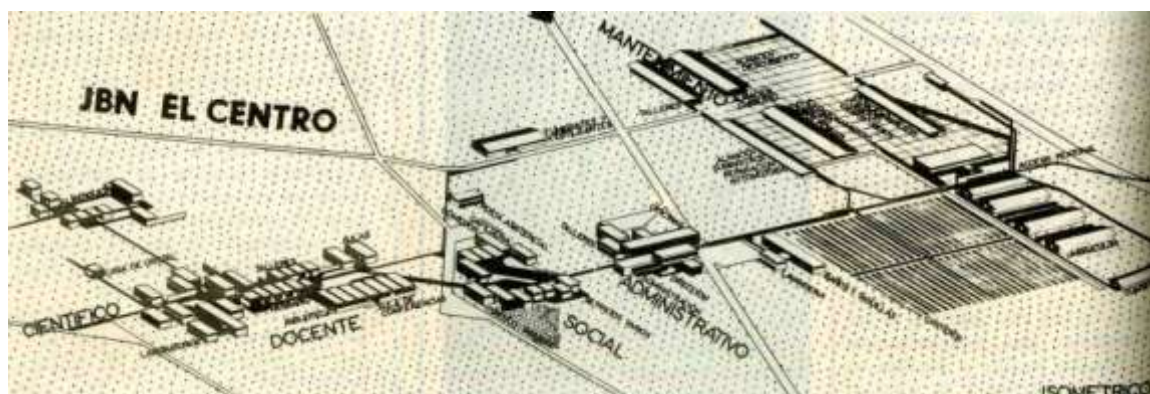
Fuente: (Martín Zequeira, 2013)

La atención de programas que privilegiaron la planificación –algunos de ellos loables⁴⁶-, la construcción de obras sociales, la vivienda colectiva, y la falta de atención hacia zonas consolidadas de la ciudad tradicional –donde, dicho sea, también existían problemas de habitabilidad-, propiciaron no solo la falta de interés por destinar recursos para la preservación del patrimonio construido, sino también la falta de cuidado a la hora de introducir determinadas construcciones en áreas con

⁴⁶ En 1974 se puso en práctica un Plan de Reanimación urbana encaminado por la Dirección de Arquitectura y Urbanismo de la Administración Metropolitana de La Habana, dirigida por Mario Coyula, donde participaron los arquitectos María Elena Martín, Rafael Fornés, Rafael González de las Peñas, Enrique Pupo y Víctor Marín, entre otros. Fueron loables acciones realizadas con pocos recursos que mejoraron la imagen de zonas céntricas de la capital a partir de la reparación de algunas viviendas y edificios de uso social, del diseño de espacios públicos, del incremento de áreas verdes y la iluminación urbana, y sobre todo, de grandes súper gráficas muy coloridas, realizadas en colaboración con artistas plásticos que revitalizaron puntos neurálgicos de la capital. (Arquitectura de La revolución p.24)

valores urbanos y arquitectónicos poco reconocidos⁴⁷. Muchos de los trastornos del uso indiscriminado de la prefabricación se dieron específicamente en la ciudad tradicional, donde algunos de estos proyectos típicos se insertaban en la trama urbana violando las regulaciones urbanísticas o ignorando la visualidad de la arquitectura preexistente.

Imagen 29- Plano isométrico del Jardín Botánico Nacional.



Fuente: Arquitectura Cuba. Nro. 347-8. 1978

Todos estos cambios en el quehacer arquitectónico, generados por la política cultural y ministerial como ya se vio, repercutieron mayormente en la visión del papel de arquitecto o la dirección docente de la entonces Facultad de Construcciones. El currículo de los arquitectos por su parte, a nuestro entender, sería menos impactado gracias a la influencia de grandes profesores a inicios de los sesenta y de figuras como Fernando Salinas y Raúl González Romero como gestores de un plan de estudios que nunca llegaría a aplicarse, pero que dejaría interesantes referencias para el *Plan de estudios A*, implementado nacionalmente a partir de 1977. Sobre el contenido de las clases en estos primeros años Isabel Rigol testimonia que:

El grupo nuestro [...] tuvo el enorme privilegio de tener maestros increíbles, porque esos jóvenes arquitectos cubanos eran talentos, como Fernando Salinas, Raúl González Romero, Mayito **[Mario Coyula]** y otros, los extranjeros que vinieron a impartir clases aquí eran formidables, los italianos los trajo Ricardo Porro. Porro, que fue también un excelente profesor, excelente arquitecto, un soñador. Gottardi y Garatti [...] con toda esa cultura europea y al mismo tiempo una sencillez, un amor por la arquitectura y una modestia, que nosotros compartíamos las clases con ellos y era maravilloso.

⁴⁷ Estas nuevas inserciones sin relación con la trama urbana, según Rojas (2015), estaban determinadas por la rigidez de los diseños, proyectos típicos y las normativas arquitectónicas y urbanísticas derivadas de un esquemático planeamiento para nuevos proyectos urbanísticos.

Uno de los más importantes para mí y creo que para muchos fue Joaquín Rallo, español, un tipo formidable, [...] y era un excelente profesor también. [...] Con ellos visitábamos La Habana Vieja, hacíamos trabajos.

La primera maqueta que se hizo de la Habana Vieja, estoy hablando de los años 1962 o 63, la hicimos los estudiantes dirigidos por ellos (Cuadra, 2018a, p.266).

Como resultado de una continua actualización de este prístino plan, Sergio Baroni, Joaquín Rallo, Ricardo Porro y otros elaboraron el primer Plan de Estudio oficial de la carrera de arquitectura. Los análisis que se han realizado sobre este *Plan A* y sus inminentes resultados en la formación de los arquitectos son pocos. Ni siquiera ha sido posible la consulta del mismo por no haberse preservado. Hasta el momento, sobre los planes de estudio solo se han encontrado análisis generales como los de José Fornés (2001), y otros muy particulares como el que realizara Eliana Cárdenas (2001) enfocado en la evolución de las asignaturas de teoría y la crítica de la arquitectura. Por tal motivo, nos limitaremos a apuntar algunos de los aciertos y desaciertos del mismo, fundamentalmente aquellos que consideramos influyentes en la formación para actuar en el campo de la restauración y conservación, objeto de análisis de esta pesquisa.

Según Fornés (2001) entre los grandes desaciertos del *Plan A* fue la cantidad de asignaturas de otras especialidades como *Preparación Militar*, limitando la ampliación de contenidos propios de la arquitectura o el urbanismo así como la disminución de horas lectivas en disciplinas como el *Dibujo* o la enseñanza del *Proyecto*. Esto, como se vio anteriormente, respondía a la nueva concepción de universidad socialista que introducía conocimientos y asignaturas como *Materialismo Histórico y Dialéctico* en la formación de todos los universitarios o *Economía Política* (Bell Lara et al, 2008) (Pérez Franco, 1996).

Como aciertos de este plan, en el que coinciden varios autores, fue la importancia dada a la *Teoría de la Planificación y el Urbanismo*, una especialidad que marcará a una parte de la generación de arquitectos formados en esta época; muy en correspondencia con los planes de reanimación y planificación llevados a cabo en los setenta. Otras asignaturas como *Fundamentos del Diseño y Plástica y Fundamentos de la Arquitectura*, introducidas por Joaquín Rallo, contribuyeron a

ampliar la formación estética de los alumnos y a enfrentar la realización de proyectos a partir de un análisis conceptual, ecológico, funcional, técnico-constructivo y expresivo (Cárdenas, 2001). Sobre estas disciplinas, la arquitecta Isabel Rigol, aunque formada en 1968, recuerda:

Teníamos una asignatura fabulosa, llamada Plástica, que después la suprimieron, dónde hacíamos ejercicios de diseño con distintos materiales, también compartían esa asignatura, como profesores, algunos artistas relevantes como Raúl Martínez, Guido Llinás, que después se fue a París y el escultor Tomás Oliva. Es decir, que estando en primer año los estudiantes teníamos un contacto muy directo con las artes plásticas, a través de estos arquitectos, de los italianos y del español, que traían una cultura muy sólida y eso fue importantísimo en nuestra formación (Cuadra, 2018a, p.267).

Por otra parte, en su análisis sobre la enseñanza de la teoría y la crítica, Eliana Cárdenas (2001) comenta que el Plan A fue elaborado a partir de un análisis realizado en 1976 sobre el desarrollo de las asignaturas de “Historia de la Arquitectura” desde 1959 hasta 1975. El nuevo plan incorporó la asignatura de “Crítica Arquitectónica” en la que el alumno se enfrentaba a una reflexión crítica de la arquitectura contemporánea luego de haber recibido clases de historia y haber elaborado varios proyectos. Uno de los profesores que más contribuyó a este cambio fue Roberto Segre. El actuar de Segre transformó la enseñanza de la historia de la arquitectura de descriptiva a analítica, al tiempo que introdujo un enfoque sociológico para el aprendizaje en estas materias, algo novedoso en aquella época, que también buscaría replicarse en los siguientes planes, no siempre con éxito. Una de las grandes contribuciones de Segre en esta etapa y que, a nuestro entender, favoreció a la adiestramiento de los arquitectos en materia de patrimonio construido fue el fomento de la formación investigativa de los estudiantes, potenciando la actividad práctica y el conocimiento de la arquitectura cubana colonial y contemporánea (Cuadra, 2021; Alfonso y Matamoros, 2018).



3 CAPÍTULO 2. LA FORMACIÓN DE LOS ARQUITECTOS EN LA HABANA Y EL PATRIMONIO EDIFICADO.

En materia de valoración del patrimonio edificado, en los primeros planes de estudio de la entonces Escuela de Ingenieros, Electricistas y Arquitectos de la Universidad de La Habana (1900) el análisis de edificios coloniales comenzó a contemplarse en la medida que algunos profesores involucrados con la valoración de este patrimonio promovían el estudio de la historia de la arquitectura cubana y latinoamericana (Zardoya; Rojas y Martin, 2011). Los primeros cambios introducidos en la enseñanza de la arquitectura colonial cubana tuvieron lugar en 1925 y, como era de esperar, se comenzaron a estudiar las características de dicho patrimonio antes de pensar siquiera en su intervención. Correspondió a algunos de los profesores, arquitectos y demás profesionales (historiadores, escritores, intelectuales, etc.) iniciar el camino de reconocer los valores de la arquitectura colonial cubana y delinear, en la práctica, preceptos de intervención en los monumentos. Algunos de los profesores y arquitectos más destacados en este empeño fueron Joaquín Weiss (1884-1968) y Alberto Camacho (1901-1929), que introdujeron la enseñanza de la arquitectura colonial cubana en los planes de estudio de la carrera. Otros como Evelio Govantes (1886-1981) y Luis Bay Sevilla (1885-1948) contribuyeron a identificar los valores de la arquitectura colonial y dirigieron las primeras obras de restauración en La Habana Vieja; un trabajo complementado por la labor del historiador Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964), defensor de la promoción de la historia y del cuidado de importantes sitios habaneros como la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral (Hernández Alfonso, 2022).

Mientras el debate sobre la preservación del patrimonio ganaba espacio en las revistas especializadas, fundamentalmente a partir de la década de 1920, las formas de intervención y la historia y teoría de la restauración continuaron ausentes de los planes de estudio de los arquitectos durante la primera mitad del siglo XX. De esta manera, la práctica de la restauración de monumentos se comenzó a realizar a partir de las referencias externas y los conocimientos que tenían los arquitectos e historiadores cubanos sobre arquitectura colonial. Las primeras obras de restauración realizadas en Cuba entre 1926 y 1930 crearon un precedente

importante para el debate sobre estas disciplinas y, con ellas, aumentarían las exigencias para la protección de los monumentos. A partir de la década del 1930 surgieron las primeras instituciones encargadas del estudio del patrimonio y la historia de las construcciones habaneras, complementando así la falta de formación especializada. Paradójicamente, cuando desde el punto de vista institucional la comprensión alcanzada sobre la importancia de los monumentos y la protección del patrimonio cubano llegaba a fraguarse, el debate sobre cómo restaurar continuó siendo un tema espinoso y plagado de visiones encontradas hasta pasada la década de 1950 (Hernández Alfonso, 2022).

Entrado los años cincuenta, el interés especulativo en la arquitectura, comentado a modo de introducción en el capítulo anterior, dificultó en gran medida la preservación de la arquitectura patrimonial cubana. Las pocas obras de restauración llevadas a cabo en La Habana en estos años se debieron al empuje de figuras como el historiador Emilio Roig, desde la Oficina del Historiador de la Ciudad, el arquitecto Luis Bay Sevilla o el arqueólogo español Francisco Prat Puig, entre otros, así como de instituciones como la Junta Nacional de Arqueología y Etnología creada desde 1942. La dinámica socio-política del país también atentó contra la difusión de los asuntos relacionados a la conservación y restauración del patrimonio edificado dentro de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana y, por lo tanto, estos temas fueron inexistentes en el currículo del curso.

Restaba apenas el trabajo de las instituciones para orientar la puesta en práctica de estas disciplinas en Cuba. Para el naciente pero importante camino de institucionalización, avivado por algunos debates muy incipientes en torno a la restauración y los preceptos técnicos a seguir⁴⁸, la revolución de 1959 también significó un punto de giro debido al reconocimiento de los valores históricos y culturales del patrimonio cubano, ahora con una nueva proyección social.

Luego de presentar este panorama se dará inicio al segundo capítulo de esta tesis, enfocado en evaluar el contexto que favoreció el desarrollo de nuevas políticas e instituciones patrimoniales en Cuba y el inicio de la formación de los arquitectos

⁴⁸ Ver (Hernández Alfonso, 2022).

para actuar en el campo de la conservación y restauración en La Habana. De esta manera, se pretende entender cómo se fue construyendo y consolidando este campo disciplinar en Cuba.

La inserción de Cuba en un escenario internacional en el que aumentaban las preocupaciones por reconocer el carácter científico de disciplinas como la conservación y restauración, motivó el análisis aquí presentado sobre la creación e importancia del CENCREM. Igualmente se evalúa la introducción de contenidos de restauración y conservación en la formación de los arquitectos en las facultades de arquitectura del país con énfasis en la facultad de Arquitectura de la CUJAE –hoy Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”-, por medio de la exploración de los planes de estudio –de carácter nacional-, las investigaciones docentes y la influencia internacional a través de convenios.

3.1 Nuevas políticas e instituciones patrimoniales en Cuba.

La comprensión sobre la importancia de los monumentos y de la protección del patrimonio cubano como forma de preservar y conocer profundamente los orígenes de la nación había alcanzado a fraguarse desde finales de la década de 1950. Sin embargo, las nuevas reformas, como parte de los cambios en el escenario político y en la vida de los cubanos a partir de 1959, también revolucionaron el devenir del campo patrimonial en la isla.

Una de las primeras entidades creadas por el gobierno revolucionario y que demostrara el interés por la conservación del patrimonio para futuras generaciones fue la Comisión Nacional de Monumentos (CNM) en 1963. Subordinada al ya mencionado Consejo Nacional de Cultura (1961), fue creada dicha comisión con sede en el antiguo Palacio del Segundo Cabo, “para conservar y restaurar los monumentos”, determinar el mejor uso para su conservación, orientar los trabajos de investigación así como el estudio y la solución de los problemas estéticos y técnicos de la conservación y la restauración. Para la realización de los trabajos de restauración, dicha comisión trabajó vinculada al Ministerio de la Construcción⁴⁹, en el cual existía una Sección de Monumentos. Además de la Comisión Nacional, fueron creadas comisiones provinciales y subcomisiones regionales encargadas de la investigación y compilación de documentos que permitieran mejor velar por la conservación de los monumentos locales, siempre con la orientación de la Comisión Nacional.

Un elemento interesante que vale destacar era la visión ampliada de monumento que ya se manejaba a inicios de los sesenta en Cuba, en materia de conservación y restauración.

Esto no atañe solamente a los grandes monumentos arquitectónicos – fortalezas, iglesias, grandes mansiones y casa en general-, sino también a los conjuntos urbanos importantes que satisfacen, cuantitativamente, grandes necesidades de vivienda y que por sus características artísticas, históricas o ambientales deben ser protegidos contra todo riesgo de desnaturalización o destrucción (Oliva, 1964, p.3).

⁴⁹ Ambas fueron creadas en 1963

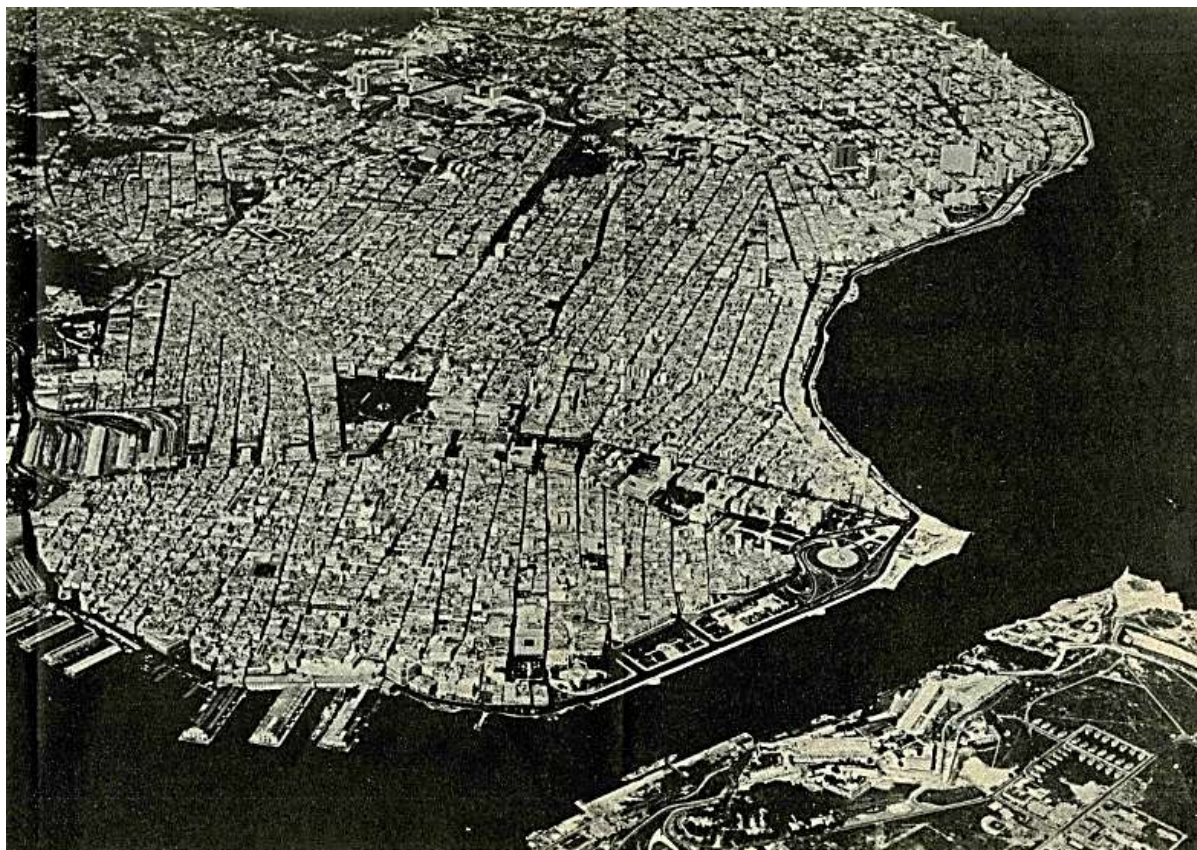
Esta visión favoreció la puesta en marcha de planes de restauración, pasados los sesenta, que tomaban en cuenta otros planes integrales de desarrollo y futuro crecimiento de las ciudades, algo inédito en Cuba. El caso de la ciudad de Trinidad fue un ejemplo de ello (Oliva, 1964). La recién creada Comisión Nacional, además de contar entre sus miembros con historiadores y arqueólogos que se habían consagrado a la salvaguarda del patrimonio desde antes de 1959, también evidenciaba, al menos en su discurso, la asimilación de una visión que reconocía los valores patrimoniales de los conjuntos urbanos, algo ya enunciado por arquitectos como Evelio Govantes desde la década de 1930 (Hernández Alfonso, 2022).

Más allá del discurso y los planes proyectados, las acciones de estas entidades eran bastante restringidas. Como se vio en el capítulo anterior, la mayor parte de recursos y esfuerzos se destinó al desarrollo de nuevas urbanizaciones. A lo largo de la década de 1960 e inicio de 1970, a decir de Roberto Segre, debido a la limitación de los recursos era imposible realizar planos en los centros urbanos que atendieran las necesidades, no apenas en materia de restauración y conservación de monumentos, sino también las sociales, habitacionales y las carencias de infraestructura. Esta problemática no solo afectó a las ciudades históricas del interior de la isla, sino también a la capital cubana (Segre, 1987).

No obstante a ello, algunos esfuerzos se concentraron no solo en rescatar monumentos aislados, sino también algunas arterias y plazas, con vistas a una futura intensificación de la vida cultural en las ciudades cubanas pues los inmuebles históricos rescatados en su mayoría pasaron a tener una función cultural. En la Habana Vieja, las plazas de la Catedral y de San Francisco, que en años anteriores habían sido transformadas en estacionamientos, fueron rescatadas de acuerdo a su función primaria, como espacios de encuentro y de uso social, y muchos de sus elementos tradicionales (fuentes, jardines, adoquines) fueron restituidos. Llama la atención las numerosas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en algunas construcciones para develar objetos o componentes propios de la arquitectura doméstica colonial habanera como los aljibes de los patios interiores (López, 1963a) (Convención, 1982). Fuera de la capital, los trabajos de restauración se centraron en ciudades antiguas como Trinidad, o en el rescate de importantes teatros del siglo XIX en ciudades como Cienfuegos, Santa Clara y Matanzas (Segre, 1987). Vale

apuntar que las investigaciones históricas que antecedian los trabajos de restauración en el centro histórico de La Habana (Imagen 30) y otros, eran realizadas fundamentalmente por profesionales de las oficinas de los servicios nacionales de monumentos (creadas por la CNM) y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH).

Imagen 30- Vista aérea de La Habana. El centro histórico de la Habana Vieja en primer plano.

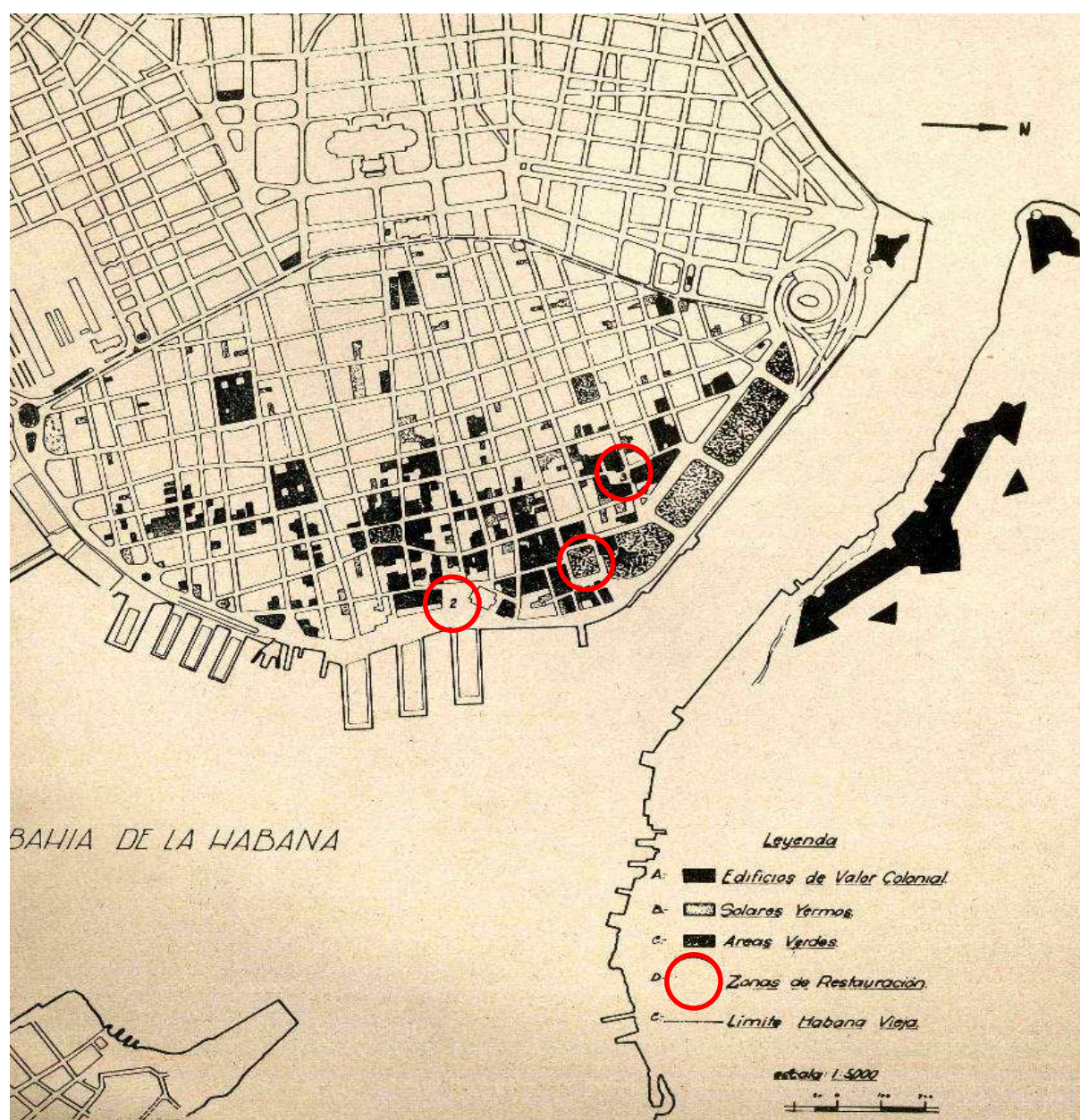


Fuente: Arquitectura Cuba. Nro.340. 1971

En cuanto al trabajo de la CNM, a ésta le correspondió, en el propio año de 1963, elaborar un plan de restauración de monumentos en La Habana Vieja (Imagen 26), comenzando por los edificios de las antiguas plazas coloniales de interés histórico. Los edificios circundantes de las plazas de Armas, de San Francisco y de la Catedral fueron los primeros a ser intervenidos (Imagen 31) (Imagen 32) (Imagen 33). Correspondió a la Sección de Monumentos del MICONS el desarrollo de dichas obras que consistieron básicamente en la eliminación de aquellas transformaciones que habían sufrido los edificios hacia finales de los años cincuenta para otras funciones, y la restauración o reconstrucción de elementos valiosos “que la

investigación llevó a mantener” (López, 1964a). Cabría preguntarse en este punto cómo se articulaba el trabajo entre los miembros de la CNM y la Sección de Monumentos del MICONS a la cual le correspondía la ejecución de los trabajos de restauración. Por lo pronto cabe destacar el peso dado a las investigaciones y a las reconstrucciones basadas en evidencias.

Imagen 31- Plano elaborado en 1964 destacando, entre otros, los edificios de valor colonial y las tres primeras plazas restauradas en esta época.



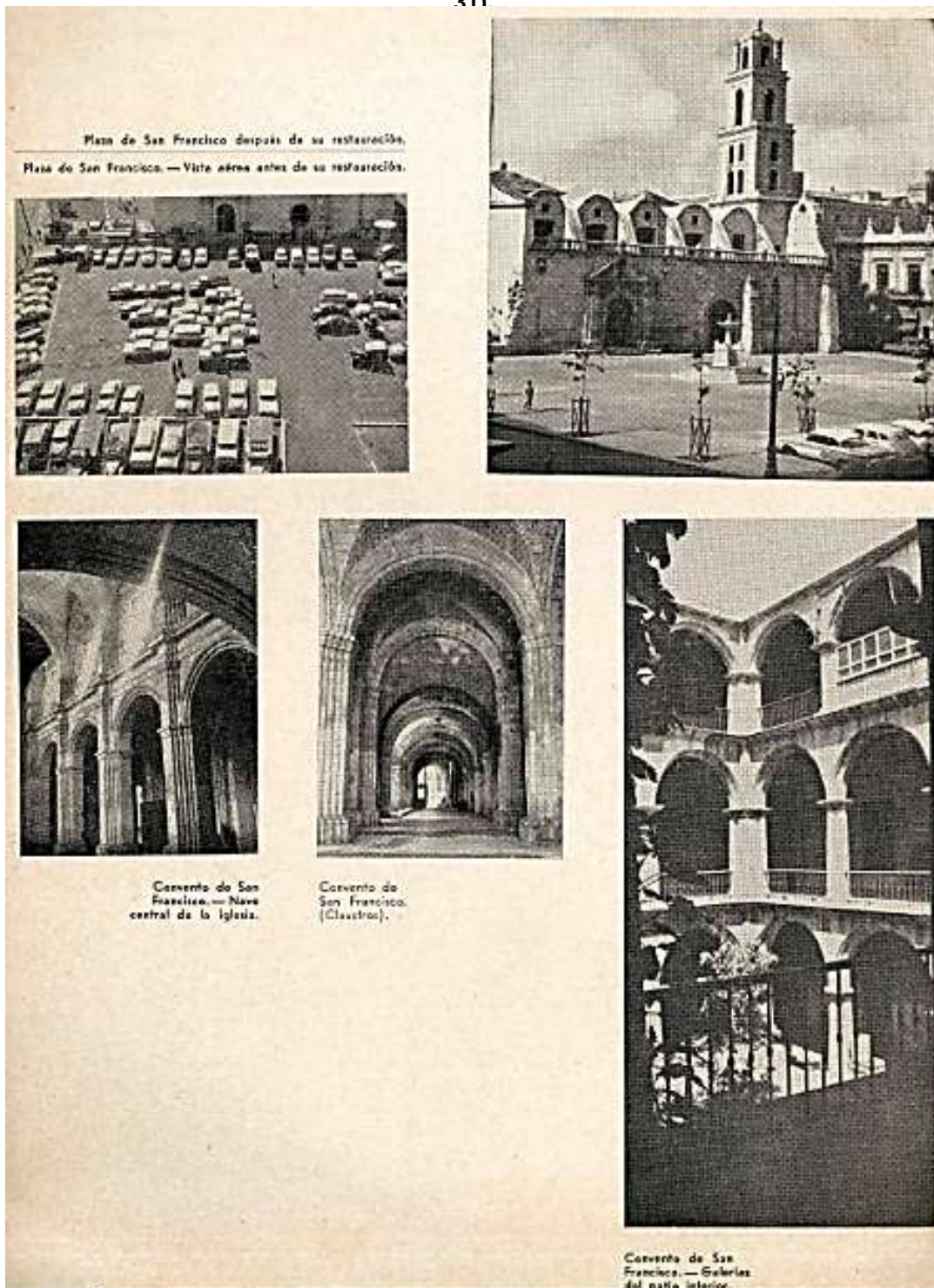
Fuente: Arquitectura Cuba. Nro.332. 1964

Imagen 32- Plano e vistas de la Plaza de Armas en restauración (Zona 1 en la Imagen 31).



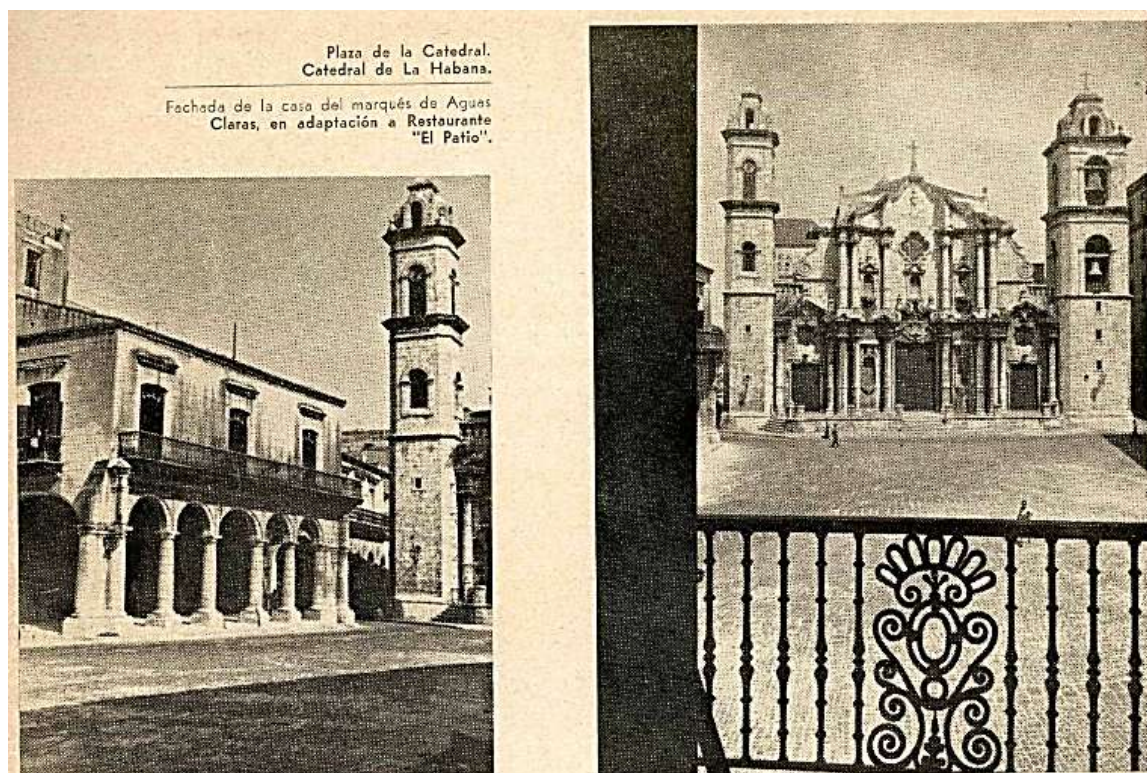
Fuente: Arquitectura Cuba. Nro.332. 1964

Imagen 33- Vistas de la Plaza y Convento de San Francisco (Zona 2 en la Imagen 31)



Fuente: Arquitectura Cuba. Nro.332. 1964

Imagen 34- Vistas de la Plaza de la Catedral. (Zona 3 en la Imagen 31).



Fuente: Arquitectura Cuba. Nro.332. 1964

Con independencia de las limitantes económicas y del poco protagonismo dado al trabajo de conservación arquitectónica en las ciudades consolidadas con respecto a otros programas constructivos, hay que señalar cómo durante toda la década de 1960 las acciones en este sentido no se detuvieron, eso sí, reproduciendo preceptos de etapas anteriores. Herederos de una concepción de restauración formada en las décadas atrás, con preceptos en función de la unidad de estilo inclusive conociendo las críticas a estas prácticas (Hernández Alfonso, 2022). Obras como el Castillo de la Real Fuerza o el Convento de San Francisco a finales del 50 e inicio de los 60 fueron restauradas procurando unidad estilística, confiriéndoles una “imagen colonial” (Ochoa Alomá, 2012). A decir de Taboada (2006) la creación de la Comisión de Monumentos resultó de una polémica por los preceptos manejados en la restauración del Castillo de la Real Fuerza en La Habana⁵⁰. Cabe entender que la creación de esta comisión significó una suerte de primer enfrentamiento reconocido, por el gremio de arquitectos, a una práctica de restauración heredera de los preceptos estilísticos de años precedentes. Con

⁵⁰ Dicha comisión, una vez constituida, mandó a paralizar las obras de forma inmediata.

anterioridad algunos historiadores y críticos de la arquitectura se habían posicionado contra acciones de este tipo, sin *cuórum* aparentemente.

A partir de 1963 este escenario cambió efectivamente. El arquitecto Raúl Oliva, entonces secretario de la Comisión Nacional de Monumentos, en artículo publicado comentaba las aspiraciones por crear un equipo técnico “de conservadores y artesanos especializados” que permitiera lograr “-con un mínimo de errores- métodos correctos en el trabajo de la conservación y la restauración” (1964, p.5). Tal afirmación constituye una evidencia del despertar que se comenzaba a tener por aquellos años sobre las necesidades de una nueva visión y formación especializada en materia de restauración y conservación para intervenir en el patrimonio edificado. No obstante, llama la atención que solo se refiriera a “conservadores” y “artesanos” haciendo alusión tal vez a ejecutores con conocimientos y métodos técnicos especializados. Una evidencia, quizás, de que la especialización de los arquitectos en estas materias aún no era una preocupación. Vale recordar que dentro de la escuela de arquitectura de La Habana, la formación y el abordaje de temas relacionados con la restauración y conservación también eran nulos.

La contribución, sino definitiva al menos más relevante para este entendimiento, llegó en 1964 con la participación del propio Raúl Oliva y del también arquitecto Fernando López Castañeda, jefe de la Sección de Monumentos del MICONS, en el II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, en Venecia (López, 1963b). La Carta de Venecia fue inmediatamente conocida en Cuba. Dicho documento fue publicado en el número 332 de la revista “Arquitectura Cuba” de 1964, con el objetivo de que sus principios fuesen incorporados al trabajo de la Comisión Nacional de Monumentos. Vale destacar que entre algunos miembros de esta comisión ya existía una visión ampliada de monumento en materia de conservación y restauración. Sobre este tema, en 1963 Raúl Oliva comentó:

Esto no atañe solamente a los grandes monumentos arquitectónicos – fortalezas, iglesias, grandes mansiones y casa en general-, sino también a los conjuntos urbanos importantes que satisfacen, cuantitativamente, grandes necesidades de vivienda y que por sus características artísticas,

históricas o ambientales deben ser protegidos contra todo riesgo de desnaturalización o destrucción (Oliva, 1964, p.3).

Imagen 35- Artículo 70 de la Ley No. 1323.

ARTÍCULO 70. El Ministerio de Cultura es el organismo encargado de dirigir, ejecutar y controlar la aplicación de la política cultural, artística y literaria del Estado y del Gobierno, y a ese fin tiene, además de las comunes expresadas en el Artículo 52 de esta Ley, las atribuciones y funciones principales siguientes:

- a) orientar y dirigir las actividades del Estado y de sus organismos en el terreno de la cultura artística y literaria, así como promover la investigación en este campo;
- b) promover el desarrollo de las distintas manifestaciones artísticas y literarias;
- c) dirigir la política general relacionada con la formación artística como parte integral de la educación así como la orientación metodológica y técnica de la enseñanza del arte;
- ch) orientar y estimular el desarrollo de la cultura masiva que incluya un amplio movimiento de aficionados al arte, así como promover el interés del pueblo por todas las expresiones culturales;
- d) atender el desarrollo de la actividad editorial que propenda a la difusión y promoción del libro;
- e) dirigir, en lo que le compete, todo lo relacionado con la actividad cinematográfica;
- f) velar por la conservación de los bienes que forman parte del Patrimonio Cultural, así como promover la investigación y el estudio del pasado cultural;
- g) dirigir el intercambio artístico con el extranjero.

Fuente: (Ley, 1979)

Aunque autores como Isabel Rigol (2012) apuntan la influencia de la Carta de Venecia para realizar abordajes con un enfoque más amplio en cuanto a la noción de monumento y patrimonio, aspecto que constituirá el signo más distintivo en la manera de abordar el patrimonio construido en los años siguientes y con más fuerza a partir de los años ochenta⁵¹; cabe señalar que la noción ampliada de monumento ya se manejaba con anterioridad entre algunos profesionales cubanos. La recién creada Comisión Nacional contaba entre sus miembros con historiadores y arqueólogos que se habían

consagrado a la salvaguarda del patrimonio desde antes de 1959 y, al menos en su discurso, evidenciaba la asimilación de una visión que reconocía los valores patrimoniales de los conjuntos urbanos, algo ya enunciado por arquitectos como Evelio Govantes desde la década de 1930 (Hernández Alfonso, 2022). No obstante, a decir de Ángela Rojas, la llegada de la Carta de Venecia constituyó “probablemente el primer momento de difusión aquí de una teoría estructurada sobre la conservación” (Rojas, 2015, p.62), afirmación que compartimos plenamente.

Desde el punto de vista legislativo, en 1976 a partir de la aprobación de la Ley N° 1323, Ley de la Organización de la Administración Central del Estado, se declaró extinto el CNC y se creó el Ministerio de Cultura (Figura 2). Este organismo será el

⁵¹ Un ejemplo de ello fue el reconocimiento de los valores de la arquitectura vernácula e industrial a inicios de la década de 1980. Ver artículo publicado por Marta Arjona de 1984 en Arjona (1986).

encargado a partir de entonces de dirigir, ejecutar y controlar la aplicación de la política cultural, artística y literaria del Estado y del Gobierno, con atribuciones y funciones específicas (Ley, 1979).

El artículo 70 (Imagen 35), inciso f de dicha ley, ratifica el compromiso del Estado con “la conservación de los bienes que forman parte del Patrimonio Cultural, así como con la promoción de la investigación y el estudio del pasado cultural”, de ahí toda una serie de nuevas medidas y leyes que en los años siguientes serán aprobadas en este campo. Con una nueva “Constitución Socialista”, aprobada en 1976, la Asamblea Nacional del Poder Popular aprobó en 1977, la Ley Nro. 1 de protección al patrimonio cultural.

Para la mejor ejecución de las mencionadas funciones es necesario emprender una acción educativa de ámbito nacional, encaminada a desarrollar en todo el pueblo un sentimiento de respeto al patrimonio cultural, y, al propio tiempo, establecer las medidas de control indispensables y dictar las disposiciones legislativas conducentes a la conservación de los bienes culturales que integran o deban integrar el citado patrimonio (Ley, 1977a).

Y en la misma ocasión, fue aprobada la Ley Nro. 2 de los Monumentos Nacionales y Locales.

Del [...] pasado cultural forman parte esencial determinadas construcciones, centros urbanos, sitios y objetivos que, por su valor histórico, social, cultural, científico, artístico, etnográfico o sus particularidades geográficas, topográficas o ambientales, deben ser declarados monumentos nacionales o locales, a fin de que sean conservados, y para ello es necesario dictar las disposiciones legislativas que regulen tal declaración (Ley, 1977b).

Dicha ley, define lo que a partir de este momento, y hasta septiembre de 2023, en Cuba se entendería por Monumento Nacional, Monumento Local, Centro Histórico Urbano; Construcciones, Sitios y Objetos patrimoniales.

ARTÍCULO 1.- Se entiende por Monumento Nacional todo centro histórico urbano y toda construcción, sitio u objeto que, por su carácter excepcional, merezca ser conservado por su significación cultural, histórica o social para el país y que, como tal sea declarado por la Comisión Nacional de Monumentos. Se entiende por Monumento Local toda construcción, sitio u objeto que, no reuniendo las condiciones necesarias para ser declarado Monumento Nacional, merezca ser conservado por su interés cultural, histórico o social para una localidad determinada y que, como tal, sea declarado por la Comisión Nacional de Monumentos. Se entiende por

Centro Histórico Urbano el conjunto formado por las construcciones, espacios públicos y privados, calles, plazas y las particularidades geográficas o topográficas que lo conforman y ambientan y que en determinado momento histórico tuvo una clara fisonomía unitaria, expresión de una comunidad social, individualizada y organizada.

Las Construcciones abarcan la obra o el conjunto de obras hechas por la mano del hombre desde la prehistoria hasta la época actual, pudiendo ser de carácter civil, conmemorativo, doméstico, industrial militar o religioso. Los Sitios comprenden todos los espacios, lugares o áreas donde se haya desarrollado un significativo hecho o proceso de carácter histórico, científico, etnográfico o legendario, o que posean características de homogeneidad arquitectónica o una singular morfología del trazado urbano, y también aquellos donde la naturaleza presente aspectos que justifiquen su conservación y protección. Pueden ser de carácter arqueológico, histórico, natural o urbano. Los Objetos son aquellos elementos que, por su excepcional significado histórico, artístico o científico, merezcan ser conservados y protegidos independientemente de que se encuentren en una institución oficial o en poder de una persona particular (Ley, 1977b).

Varios aspectos merecen un análisis detallado en la Ley Nro. 2 y aunque no sean objeto específico de esta investigación, se llamará la atención sobre algunos teniendo en cuenta su relevancia para la madurez del campo de la restauración y conservación en Cuba. En primer lugar la noción ampliada de monumento, un tema debatido en Cuba desde la década de 1930 pero sin expresión legal, en esta ocasión sería registrado en ley, dada la influencia de la Carta de Venecia. En segundo lugar y probablemente también como resultado del conocimiento de este documento crucial en Cuba, fue el reconocimiento de la significación cultural, dígame aspectos memoriales y simbólicos, que autores como Beatriz Kühl (2010) destacan en la Carta de Venecia, y más recientemente Natália Vieira-de-Araújo (2022) reconoce que deben ser objetos de atención en las acciones conservacionistas.

El análisis de estas dos leyes en conjunto, destaca cierta complementariedad entre ellas. La definición, en la Ley Nro .2, de lo que debería ser considerado o reconocido como monumento, así como sus valores, se hace acompañar de la necesidad de emprender acciones “educativas de ámbito nacional”, enunciada claramente en la Ley Nro. 1. Tal intencionalidad educativa, marca cierta diferencia en relación al periodo anterior a 1959 en materia legislativa, algo que claramente respondía al proceso de democratización del acceso a la educación, al arte y la cultura propuesta en la nueva política cultural del estado cubano, anteriormente analizada.

Con la Ley Nro. 2, quedó constituida una nueva Comisión Nacional de Monumentos (1977) subordinada directamente al Ministerio de Cultura, así como sus correspondientes comisiones provinciales y delegaciones municipales. Quedaba constituido, a finales de la década de 1970, todo un marco legal que procuraba regular la protección, investigación y la restauración del patrimonio cultural nacional bajo nuevos y claros objetivos establecidos por un estado que, con vocación socialista, se denominaba de “obreros y campesinos y demás trabajadores manuales e intelectuales” (Ley, 1979).

Imagen 36- Marta Arjona (1923-2006)



Fuente: Fototeca Histórica OHCH.

Otra entidad importante creada en 1977, igualmente subordinada al Ministerio de Cultura, fue la Dirección de Patrimonio Cultural (DPC) dirigida por la artista e investigadora cubana Marta Arjona (1923-2006) (Imagen 36). Como se verá más adelante, a esta entidad le correspondió la elaboración de las primeras premisas generales para la revitalización del sitio histórico de La Habana a finales de la década de 1970. Vale destacar

que en medio de todas estas reestructuraciones institucionales y legales, luego de 1959 la Oficina del Historiador permaneció sin alteraciones; una prueba del reconocimiento del nuevo gobierno a la labor cultural y social desarrollada por dicha institución y su director Emilio Roig de Leuchsenring (Imagen 37). Tras el fallecimiento de Emilio Roig en 1964, éste fue sustituido por el también historiador Eusebio Leal Spengler, nombrado formalmente como Historiador de la Ciudad de La Habana en 1968 (Imagen 38). Los años sesenta y hasta inicios de los setenta en materia de patrimonio se dedicaron básicamente a la reestructuración institucional y al dictamen de nuevas leyes basadas en la experiencia acumulada, siempre de acuerdo con los principios del pensamiento social cubano, fundamentalmente aquellos comprometidos con la igualdad social.

Imagen 38- Emilio Roig (al centro) junto a Ernesto Guevara, Fidel Castro, Antonio Núñez Jiménez (Presidente de la Comisión Nacional de Monumentos) y otros.



Fuente: Fototeca Histórica OHCH.

Imagen 37- Eusebio Leal junto a Fidel Castro.



Fuente: Fototeca Histórica OHCH.

Sin ánimo de reducir el análisis de la política institucional patrimonial de esta etapa al campo del patrimonio construido, se presenta muy brevemente cómo estas mudanzas se reflejaron de forma positiva también en materia de cultura popular tradicional. En este sentido el filósofo e investigador cubano Orlando Vergés comenta:

El proceso revolucionario cubano introdujo profundas transformaciones socioeconómicas que se reflejaron en las expresiones tradicionales. La idea de superación crítica de la realidad existente, sugerida por el entonces joven sistema de instituciones y órganos del estado cubano, dejó de ser parcial y se asoció con el proyecto de justicia social de base popular. La entrada de amplios sectores populares en la circulación social propició el intercambio constante de los portadores de estas expresiones con el resto de la sociedad (Vergés, 2000, p. 23).

No obstante, y como una muestra del complejo y contradictorio escenario histórico y cultural que se ha tratado de describir en este capítulo como marco a tener en cuenta a la hora de analizar cualquier fenómeno en los años inmediatos a la Revolución cubana, el propio autor apunta aspectos que fueron en detrimento de algunas formas de expresión cultural, especialmente de carácter inmaterial.

Sin valorar en toda su dimensión los orígenes y peculiaridades de cada una de ellas (...) las instituciones culturales comenzaron a invadir con cambios y modificaciones la dinámica de estas expresiones. Así, los grupos tradicionales fueron forzosamente privados de su condición de portadores y se les intentó institucionalizar a través del sistema de casas de cultura; la primera consecuencia fue la desnaturalización de algunas de sus características antropológicas, seguida de una limitación del grado de espontaneidad que las caracteriza. La tendencia a ponerle bridas a la cultura popular tradicional se extendió hasta los años ochenta y, no sin antes tropezar con la vitalidad propia de las expresiones populares, se intentó superar desde la propia práctica institucional; los efectos, afortunadamente, no trascendieron la modificación de algunos aspectos formales (Vergés, 2000, p. 24).

En el caso del patrimonio construido, los trabajos de la Oficina del Historiador en La Habana Vieja y de la DPC, con Eusebio Leal y Marta Arjona a la cabeza respectivamente, se encontraban más alineados con la política cultural estatal, lo que contribuyó para un devenir menos accidentado y conflictivo en materia de política institucional. Un aspecto a destacar de estas nuevas instituciones fue el impulso dado por ellas a la capacitación de los arquitectos para actuar en estas áreas, pues muchos arquitectos jóvenes –sin previa formación especializada–

comenzaron su camino dentro de este campo una vez incorporados a las mismas. Tal fue el caso del arquitecto Daniel Taboada Espiniella, pionero en el campo de la restauración y conservación para intervenir en el patrimonio edificado hacia mediados de los años sesenta y figura destacada en las décadas subsiguientes.

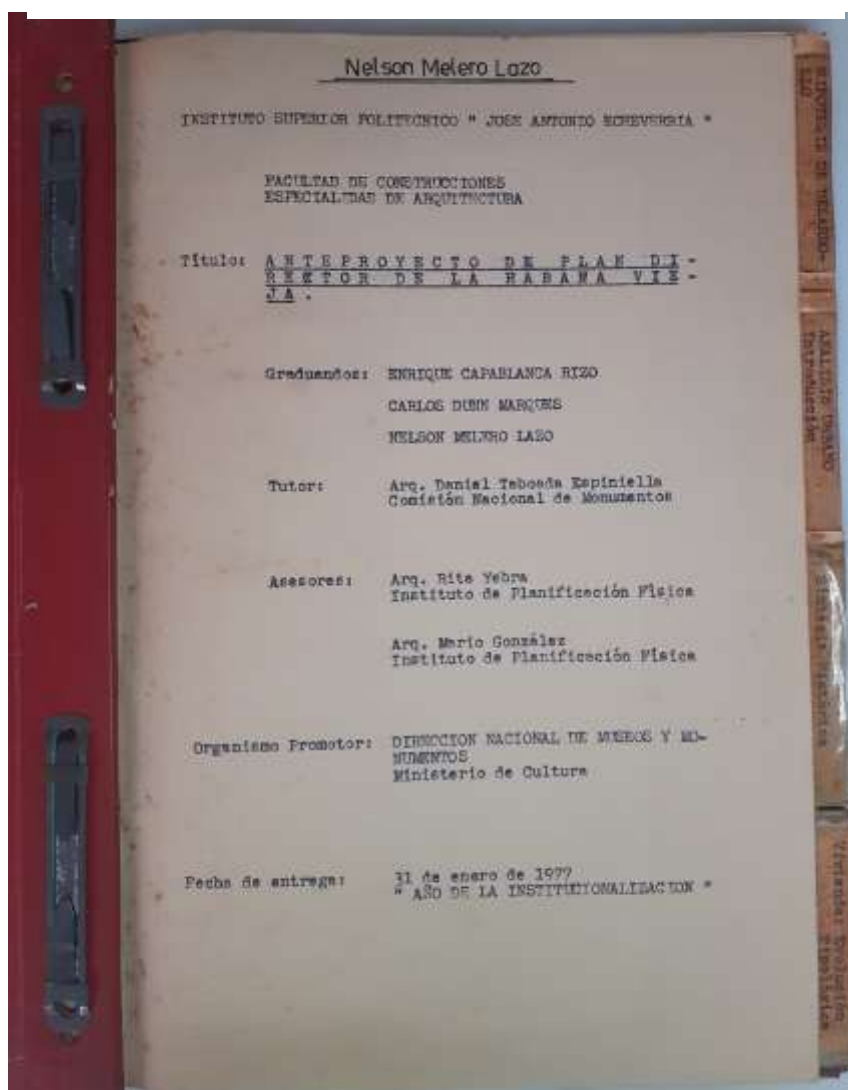
En tesis de doctorado, Taboada relata cómo su “aprendizaje teórico” en esta área comenzó en 1964 al entrar en contacto con la práctica profesional en obra como parte de su trabajo en la Comisión Nacional de Monumentos. La influencia en esta etapa de figuras como Joaquín Weis, como investigador y docente, le fue indispensable para el conocimiento de la arquitectura cubana, fundamentalmente la arquitectura colonial y sus referencias españolas. A este autor, Taboada también le debe su posterior interés y dedicación al estudio y valoración de la arquitectura vernácula. Por su trabajo en la CNM y como jefe de proyectos en la sección de monumentos del MICONS, Taboada fue enviado en 1970 -tal vez sería el primer arquitecto cubano- a participar del Curso de Postgrado en Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Inmueble del Instituto Estatal para la Reconstrucción de Ciudades y Sitios Históricos (SURPMO) y el Instituto Estatal para la protección de los Monumentos y Defensa de la Naturaleza (SUPPOP), en Praga, República Checa. Al año siguiente visitó Polonia para conocer empresas estatales de restauración del patrimonio cultural (PKZ), llegando a ser miembro honorario de la Sociedad de Arquitectos de Polonia (SARP) (Taboada, 2006)⁵². Toda la experiencia acumulada a lo largo de estos años lo llevaría a ser el responsable por diversas obras de restauración en la época.

Entre 1976 y 1977, los entonces estudiantes de arquitectura Enrique Capablanca Rizo, Carlos Dunn Marques y Nelson Melero Lazo, vinculados al trabajo de la Dirección Nacional de Museos y Monumentos del Ministerio de Cultura, realizaron la tesis de graduación titulada “Anteproyecto de Plan Director de la Habana Vieja”, bajo la tutoría de Daniel Taboada (Imagen 39). Esta tesis, si bien se planteó en su totalidad la elaboración de un anteproyecto basado en políticas de desarrollo urbano trazadas a partir del análisis de aspectos como la vivienda, población, transporte,

⁵² Salvando las diferencias, es posible observar cierto paralelismo con experiencias de otros países como Brasil, en el que los primeros cursos de especialización también aglutinarían alumnos con experiencias de trabajo en el campo de la restauración y conservación o en órganos de preservación estatales como el IPHAN (Nascimento, 2016).

servicios, infraestructura, calidad ambiental, etc; contempló el entendimiento de La Habana Vieja como un gran centro histórico-arquitectónico-monumental, reunió el análisis detallado e inventario de sus monumentos y elaboró los lineamientos para la conservación y restauración, así como la rehabilitación urbana y socio-económica del mismo (Capablanca; Dunn y Melero, 1977). A partir de esta pesquisa serían elaborados otros como el “Anteproyecto de Restauración y Revitalización de La Habana Vieja” (1976) y el “Anteproyecto de Restauración de la Plaza Vieja” (1979), todos bajo la dirección de la DPC y la Dirección Provincial de Planificación Física (Imagen 40) (Imagen 41).

Imagen 39- Tesis de Enrique Capablanca Rizo, Carlos Dunn Marques y Nelson Melero Lazo.



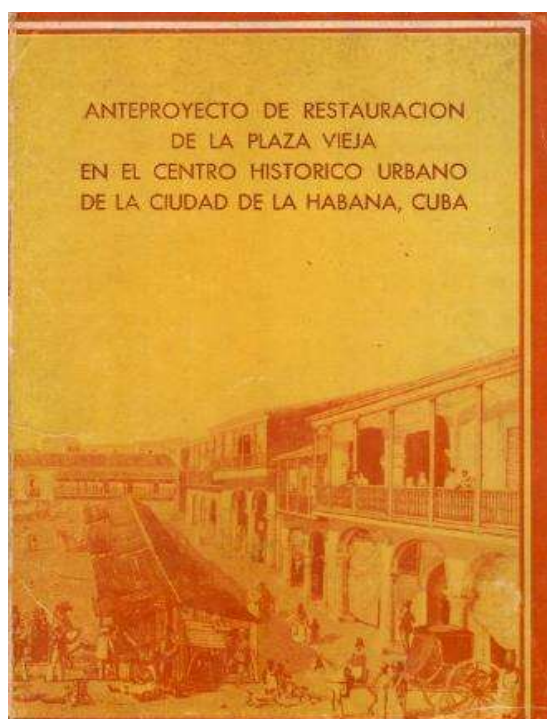
Fuente: Cortesía de Nelson Melero

Imagen 40- Folleto para promover las obras de restauración y rehabilitación de la Habana Vieja elaborado a partir de la tesis de Melero, Dunn y Capablanca.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. RESTAURA. OHCH

Imagen 41- Folleto para promover las obras de restauración y rehabilitación de la Plaza Vieja.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. RESTAURA. OHCH

Llama la atención en este punto la temprana puesta en práctica en Cuba de los principios de la llamada “conservación integrada” que entendía la “conservación del patrimonio como objetivo principal de la planificación urbana y territorial”⁵³ (Declaration, 1975, traducción de la autora). Su aplicación en países de Europa como España e Italia tuvo lugar fundamentalmente en los años sesenta y setenta⁵⁴. Varios documentos sobre la experiencia de Bolonia constan como bibliografía consultada en la tesis de Capablanca, Dunn y Melero.

El plan para la restauración y la revitalización de La Habana Vieja estableció la rehabilitación socio-cultural del sitio histórico. El trabajo conjunto de la DPC con la Dirección Provincial de Planificación Física posibilitó que la conservación del centro histórico pasara a ser parte importante del Plan Director⁵⁵ de la ciudad (Convención, 1982). Con esto, hacia finales de la década de 1970, se trabajó en la revitalización de la vida urbana, disminuyendo los depósitos y almacenes vinculados al puerto habanero, sustituidos por actividades administrativas, artesanales, comerciales, recreativas y culturales; revitalizadoras de importantes calles habaneras y de su vida social (Imagen 42). Fue una época de reducción de demoliciones, recuperación de edificios deshabitados y acciones generales de mantenimiento del aspecto externo de las construcciones. Uno de los elementos más sobresalientes de estos años fue el incremento de la participación ciudadana en estas obras, a partir de trabajos voluntarios, como una forma de promover el cuidado de los monumentos y sitios por cada uno de los ciudadanos, para su transmisión a futuras generaciones (Segre, 1987).

Esta serie de anteproyectos y planes integrados contribuyeron a la creación de Planes Quinquenales⁵⁶ (Imagen 43) de restauración en La Habana Vieja

⁵³ The conservation of the architectural heritage: one of the major objectives of urban and regional planning. (Declaration, 1975).

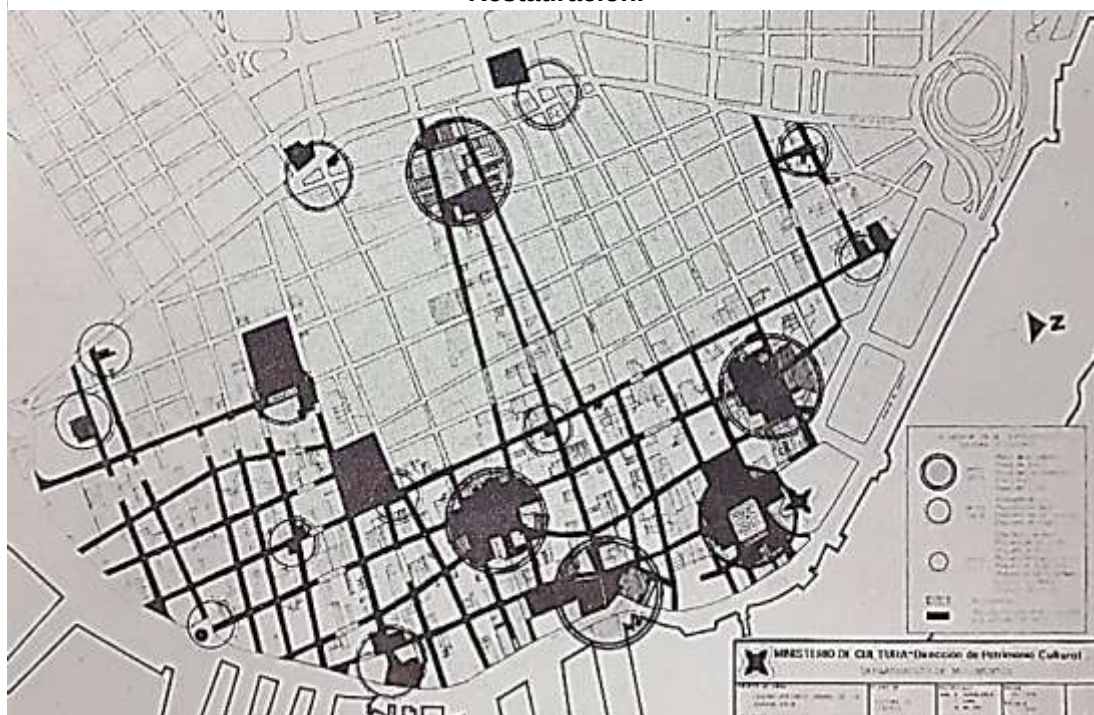
⁵⁴ La llamada conservación urbana integrada se originó en el urbanismo progresista italiano de los años sesenta, y de la experiencia de rehabilitación en la ciudad de Bolonia, dirigida por políticos y administradores del Partido Comunista (Lapa y Zancheti, 2002, p.37).

⁵⁵ La metodología del proyecto urbano que servía de guía a la confección del Plan Director tenía la siguiente base informativa: Investigación histórica, Plano parcelario, Planos de desarrollo histórico y Crecimiento demográfico (Cárdenas y García, 1979).

⁵⁶ Primer Plan Quinquenal de Restauración (1981-1986) Segundo Plan Quinquenal de Restauración (1986-1991)

conducidos por la OHCH como centro inversionista y director. Para la ejecución de dichos planes, fue creada una “Empresa constructora de Restauración de Monumentos” subordinada a la OHCH⁵⁷, vale señalar, con poquísimos o total ausencia de profesionales especializados⁵⁸. Sobre los trabajos de restauración realizados en esta época, el ingeniero José Ramón Rosete Suárez, director desde los inicios del Gabinete de Conservación y Restauración de la OHCH afirmaba que “Los primeros tiempos fueron de aprendizaje, prueba y error. Las antiguas construcciones estaban levantadas con materiales diversos, nada parecidos a los contemporáneos, requerían tratamientos especiales y casi olvidados (...)” (Rosete Suárez, 2018). Así, las acciones de restauración irían exigiendo cada vez más la adecuada preparación de técnicos y arquitectos para actuar en esta área.

Imagen 42- Trama de usos formada por plazas, plazuelas y espacios libres que se unen a través de calles o ejes de alto interés monumental para crear una estructura multipolarizada de actividades. “Sistema de Centros” del “Anteproyecto de Restauración.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. RESTAURA. OHCH

⁵⁷ Ambas entidades estaban subordinadas administrativamente al gobierno provincial.

⁵⁸ La realización de los trabajos de restauración llevados a cabo en bienes inmuebles era ejecutada por empresas constructoras pertenecientes a instancias del Poder Popular.

Imagen 43- Armando Hart, Ministro de Cultura (al centro), junto a altos funcionarios del MINCULT, del Gobierno y el Partido de La Habana en el marco del primer Plan quinquenal de restauración del Centro Histórico.



Fuente: Fondo Fotográfico del periódico Tribuna de La Habana. Archivo Plan Maestro de la OHCH

Junto a Daniel Taboada, arquitectos más jóvenes como Enrique Capablanca, Carlos Dunn, Nelson Melero e Isabel Rigol, serían algunos de los primeros convocados a trabajar en el centro histórico de La Habana y, a partir de ese momento, adquirirían experiencia y formación especializada. Enrique Capablanca, entre 1979-1980 realizó estudios de Conservación Arquitectónica en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Roma, en Italia. Otros como Nelson Melero e Isabel Rigol comenzarían a participar de cursos especializados una vez creado el CENCREM.

Sin pretender ahondar demasiado en el análisis de obras de restauración realizadas en estos primeros años, por no ser objetivo de esta tesis, pero entendiendo la importancia de la práctica restauradora para la madurez del

pensamiento en este campo y, finalmente, la contribución de todo eso a la formación de los arquitectos; es válido destacar en esta etapa la experiencia de trabajo de los arquitectos antes de la creación del CENCREM.

Uno de ellos, Nelson Melero, graduado en 1976, se vinculó casi que inmediatamente a realizar trabajos de restauración en el Departamento de Monumentos de la DPC.

Hay varias obras importantes antes del curso de Roma [1984]. La Casa de la familia Uria, una casa del siglo XIX en la calle Reina, que se proponía para Casa de Cultura y después se dedicó a las oficinas de normalización y control de la calidad, en fin que tuvo diferentes propuestas de uso. Eso fue en 1978, prácticamente un año y pico después de graduado. [...] Después trabajé también en la Casa de Bachiller y Morales, también en la calle Reina, para tener una función pública. Y una obra para mí, muy importante porque fue de las primeras pero con una significación especial fue la intervención en antigua cárcel de Jaruco. La cárcel de Jaruco estaba realmente en un estado de conservación bastante deteriorado y la Dirección de Cultura de la entonces provincia Habana solicitó la colaboración del Departamento de Monumentos de la DPC, para el proyecto. Se me encargó a mí y ese edificio fue recuperado para Museo y Biblioteca Municipal de Jaruco. [...]

La otra obra importante fue también el Museo de San José de las Lajas, un edificio modesto, de madera, sin grandes pretensiones desde el punto de vista arquitectónico pero que significó un rescate importante para esta ciudad en aquel momento un poco olvidada, un poco venida a menos. Y la otra obra que para mí fue muy importante, a la que le tomé especial afecto, fue la restauración de la antigua colonia española de Viñales. Viñales que es más que el Valle. Tiene un pequeño poblado vernáculo que le da un carácter especial. Es decir, es bastante difícil de concebir el Valle sin el pueblo y el pueblo sin el Valle. Un poblado muy pequeñito, con una calle principal y dos calles laterales; con un solo espacio importante: el parque con los tres edificios más importantes del poblado; la iglesia, obviamente, el hotel y el edificio de la antigua colonia española, un espacio social de la comunidad española del lugar. Este último tenía al lado un pequeño inmueble que era la farmacia para adquirir medicamentos. Un edificio bastante importante por su emplazamiento, por su localización pero también por su volumen constructivo en la ciudad. Se dedicó a Casa de Cultura. La pequeña farmacia que te comentaba se habilitó para galería de arte pero fue necesario construir y tuve la posibilidad de insertar una nueva construcción dentro de un ambiente preexistente, para cafetería (Melero, 2024)⁵⁹.

Vale apuntar que estas obras eran realizadas a partir de las referencias aprendidas en el intercambio con otros arquitectos de mayor experiencia. En entrevista a Nelson Melero, los conocimientos sobre restauración en esos primeros años los adquirió:

⁵⁹ MELERO, Nelson. Entrevista. [ago. 2024]. Entrevistador: Maite Hernández Alfonso. La Habana, 2024. La entrevista integra se encuentra en el Apéndice A de esta tesis.

A partir del vínculo con Daniel **[Taboada]** que es un poco como “el decano” de la restauración en Cuba. Pero también existían inquietudes por parte de Enrique Capablanca que, además de arquitecto, había estudiado Licenciatura en lenguas hispánicas y había dado clases en escuelas de arte, en centros culturales vinculados a estas actividades y ya existía y conocimiento, una referencia de algunos autores muy destacados, sobre todo muy cercanos a nosotros como los mexicanos, que sabemos que tienen una amplia experiencia en trabajos de conservación del patrimonio, del patrimonio prehispánico, colonial o republicano. Por ahí vienen esas referencias de algunos de estos connotados especialistas latinoamericanos y quizás algunos europeos también (Melero, 2024).

Con independencia de la formación en sí, existía un interés y una sensibilidad de parte de estos arquitectos en su aproximación con la ciudad y el patrimonio construido. Esto se manifestaba no solo en la voluntad por recuperar un inmueble, sino también en la filosofía con que eran asumidas las inevitables demoliciones.

[...] En el centro histórico hubo que demoler obviamente algunas cosas que no pudieron esperar a que le llegara su turno para restaurarse, pero con la visión de recuperar todo los elementos componentes del edificio que después podían ser reutilizados. Estoy hablando de elementos de carpintería, bigas, puertas, rejas, pisos, recubrimientos. Todos esos elementos del edificio que se iba a demoler pero que era posible rescatar. Y había dos almacenes, uno en la Habana Vieja, detrás del Castillo de la Fuerza y otro en **[la avenida]** Monte. Ahí se almacenaban, se guardaban todos los elementos rescatados, recuperados de las demoliciones que después, si hacía falta colocar una reja en un edificio donde faltaba, pues se colocaba un elemento original, antiguo, que le añadía valor al inmueble (Melero, 2024).

3.2 La formación especializada en conservación y restauración: una preocupación desde el Centro de Roma hasta América Latina (1960-1970).

La creación de la UNESCO estuvo estrechamente ligada a la Organización de Naciones Unidas (ONU) creada poco después de terminada la II Guerra Mundial, en 1945. A grandes rasgos, los objetivos de la ONU, recogidos en la Carta de Naciones Unidas, se concentran en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales; el respeto a los principios de igualdad de derecho y libre determinación de los pueblos; y la cooperación internacional⁶⁰ en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario. En este sentido, se entiende que la manera para alcanzar tales fines es mediante el desarrollo humano en las

⁶⁰ Sobre cooperación internacional se ahondará más adelante.

áreas de la educación, ciencia y cultura, por lo cual el papel de la UNESCO es bastante notable (Carta, 1945; Pérez Ballesteros, 2019).

En materia de cultura y patrimonio, en las décadas de 1950 y 1960, la UNESCO fue fundamental para el desarrollo de un marco para la colaboración en la salvaguardia del patrimonio cultural de humanidad. Entre las actividades iniciales estuvieron las misiones de expertos para asesorar a los estados miembros, las campañas internacionales de salvaguarda y, en la medida que se fue haciendo necesario, la UNESCO también orientó la preparación de instrumentos internacionales, recomendaciones y convenciones con el objetivo de proporcionar un marco de referencia para legisladores y gestores del patrimonio. A decir del investigador Adrián Pérez Ballesteros (2019) años después, “tales antecedentes (...) impulsaron la creación de Centros Regionales para la conservación del patrimonio. Por lo tanto, en el transcurso de la XII Conferencia General de la UNESCO en 1962 se acordó la creación de este programa piloto, y finalmente en 1963, se fundó el primer Centro Regional de Conservación, (...) en Nigeria” ⁶¹ (Pérez Ballesteros, 2019, p.244).

Dentro de la UNESCO, otras instancias, consideradas órganos consultivos, fueron fundadas con objetivos y misiones específicas como el Consejo Internacional de Museos (ICOM), en 1946; el Comité Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), en 1965; y el Centro Internacional para el Estudio de la Conservación y la Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), en 1956. En el caso de este último, los objetivos perseguidos fueron básicamente “ayudar al mantenimiento, al progreso y a la difusión del conocimiento, velando por la conservación y la protección del patrimonio histórico y científico de la humanidad, considerando que la investigación científica moderna ha hecho posible el empleo de métodos más seguros y eficaces que los utilizados en el pasado (...)”⁶²(Jokilehto, 2011, p.15) Desde sus inicios, se estableció con sede en Roma para contar con la asistencia del Istituto Centrale del Restauro (ICR) y otras instituciones italianas encargadas de la

⁶¹ A este le sucedieron otros centros como Nueva Delhi, en la India (1965); Honolulu, en Hawái, EE.UU. (1967) y México (1967-1968), etc.

⁶² Maintain, increase and diffuse knowledge by assuring the conservation and protection of the world's historic and scientific inheritance, considering that modern scientific research has led to the use of new methods for the preservation of cultural property, more reliable and more effective than those employed in the past (...)

restauración y conservación del patrimonio cultural italiano. La *Scuola di perfezionamento per lo studio ed il restauro dei monumenti* do Istituto di Storia dell'Architettura da Facoltà di Architettura da Università degli Studi di Roma "La Sapienza" ofreció el primer curso de restauración de monumentos que, en asociación con el ICCROM desde 1962, llegó a graduar no solo a especialistas italianos sino también extranjeros (Andrade Junior, 2020). Desde entonces, la preocupación por garantizar una formación especializada eficaz, considerada una herramienta importante, constituyó un objetivo especial dentro del ICCROM.

La realización del "II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos de 1964" y la irrupción en el escenario internacional de la Carta de Venecia marcarían un punto de giro en la formación especializada en conservación y restauración de monumentos, así como en la práctica restauradora en las décadas del sesenta y setenta. Según el arquitecto Nivaldo Vieira de Andrade Junior (2020), existe un consenso en reconocer a la Carta de Venecia como "un marco fundamental en el establecimiento de parámetros internacionalmente válidos para el campo de la restauración arquitectónica", de gran relevancia aun en los días de hoy (2020, p.34). Ya en materia de formación especializada el mismo autor destaca la importancia de la "Resolución concerniente a la enseñanza de la conservación y de la Restauración de Monumentos" resultante del referido congreso, en la que se propone:

I- Que una iniciación a los problemas de conservación y restauración de monumentos antiguos sea incluida en el programa de todas las Facultades Universitarias que comprendan la enseñanza de la arquitectura, de la historia del Arte y de la Arqueología.

II- Que los cursos internacionales organizados en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Roma se desarrollen dentro de un espíritu de cooperación internacional y en colaboración con el Centro Internacional de Estudios para la conservación y la restauración de los bienes culturales.
-Que las autoridades nacionales interesadas les concedan su apoyo y faciliten el acceso frecuente a los mismos jóvenes arquitectos, historiadores del arte y arqueólogos, elegidos entre los mejor preparados y más aptos para beneficiarse de los cursos y garantizar una alta calidad científica.

III- Que para los países del Extremo Oriente se organicen en Asia cursos y residencias de carácter internacional a fin de formar especialistas en los problemas de restauración y conservación de los monumentos antiguos y sitios históricos específicos de estas regiones (Icomos, 1971, p.6).

De esta manera se llegaba a un consenso en el contexto internacional sobre la necesidad de incluir la formación especializada en restauración dentro del currículo de los cursos de arquitectura, así como la necesidad de internacionalizar dicha formación. Dentro del ICCROM, inicialmente conocido como Centro de Roma, la preocupación por la formación especializada en materia de restauración y conservación fue objeto de debate principalmente en la década de 1970.

En estos años se desarrollaron y mejoraron aquellos programas de formación internacional ya conocidos y organizados desde el Centro de Roma⁶³. Este marcado interés se debió en gran medida a la figura de Paul Philippot, historiador del arte belga especializado en teoría de la restauración, que se había desempeñado como subdirector del Consejo Provisional del ICCROM y actuó como director del centro desde mayo de 1971 hasta 1977 (Bouchenaki y Jokilehto, 2009).

Las preocupaciones de Philippot en este sentido habían sido expuestas desde la década de 1960 cuando publicó “Studies in Conservation”, un texto sobre la problemática de la enseñanza de restauradores donde, entre otras cosas, señalaba dos temas fundamentales para el desarrollo del currículo en restauración. El primero era la defensa de la conservación y restauración como una disciplina autónoma, con metodología propia y rasgos específicos; y la segunda preocupación era la sistematización de la formación a nivel mundial (Philippot, 1960 *apud* Peñuelas, 2020). En 1968 en el seminario organizado por la UNESCO para “promover estudios sobre problemas relativos a la formación de curadores y técnicos de museos de todo tipo”, celebrado en Argelia del 1 al 13 de abril de 1968, Philippot presentó la ponencia “Conservation and restoration in museums and the training of restorers and laboratory staff” en la cual también reafirmaba el carácter interdisciplinar de la restauración (Unesco, 1968). Sobre este último tema en una entrevista en 2001 comentaba que:

Durante mucho tiempo había tenido en mi mente la idea de que era necesario establecer una estrecha colaboración entre un científico de laboratorio, un historiador del arte y un restaurador. La condición era que cada uno de ellos debía saber un poco más sobre la disciplina que los otros.

⁶³ Conservación Arquitectónica, existente desde 1965; Conservación de Pinturas Murales, desde 1968; Principios Básicos de la Conservación (posteriormente llamado Principios Científicos de la Conservación), desde 1973, y Seguridad, Ambiente e Iluminación en Museos (luego llamado Conservación Preventiva en Museos), desde 1975.

La base para la formación de los restauradores debía, por tanto, ser interdisciplinaria. Por ello, pensé que, además de las misiones, sería importante concentrarse en la enseñanza. Por consiguiente, creí necesario establecer una estructura para un programa y desarrollar los conceptos relevantes (Bouchenaki y Jokilehto, 2009, p.3).

Como un profundo conocedor de la obra de Cesare Brandi, Philippot consideraba que el restaurador, para ejercer su responsabilidad con juicio crítico, necesitaba además del conocimiento teórico, el conocimiento técnico. “(...) la interpretación crítica tiene que llevar en cuenta la información técnica del material y finalmente adquiere forma concreta en los detalles técnicos del tratamiento. Es ahí donde se encaja el trabajo del restaurador, en el punto de encuentro entre las demandas críticas y los requerimientos técnicos”⁶⁴ (Unesco, 1968, p.3 traducción de la autora). En este sentido, Philippot no solo defendía la interdisciplinariedad en la práctica de la restauración, en la que junto al restaurador debían intervenir figuras como el historiador y el personal de laboratorio; sino también la interdisciplinariedad en la formación. Para él, la colaboración entre estos profesionales solo era posible si, además de conocimientos, se compartía un lenguaje común.

En esta ponencia, también reconocía la complejidad de los bienes a tratar por parte de los especialistas y la necesidad de que los cursos de formación desde un inicio se orientaran a la formación del restaurador como técnico y como académico; de ahí que fuera preferible en primer lugar tener en cuenta las habilidades técnicas de los estudiantes para perfeccionarlas y posteriormente asimilar mejor el conocimiento teórico. No obstante, no descartaba la opción de “reclutar” profesionales con alguna experiencia en materia de restauración. Especialmente destacaba la necesidad de que existieran instituciones orientadas específicamente a formación de este tipo de especialista, de acuerdo con las necesidades del país o de la región, con una organización sistemática de los contenidos teóricos y prácticos de la disciplina. Sobre esto último colocaba, como un principio fundamental del esquema de formación formal, la implementación de talleres que favorecieran los estudios teóricos vinculados al trabajo práctico (Unesco, 1968).

⁶⁴ (...) critical interpretation has to take all the technical material data into account and finally takes concrete form in the technical details of treatment. This is where the work of the restorer fits in – at the meeting- point between critical demands and technical requirements.

La forma de orientar o encaminar la formación de restauradores enunciada por Philippot, responde precisamente a lo que este autor entendía que debía ser la restauración:

(...) la restauración no se limita en modo alguno al tratamiento material del objeto; incluye todo el complejo de operaciones que son necesarias para restituir a la obra de arte su estado original, íntegro, incluso cuando, como suele ser el caso, este estado no puede ser restaurado materialmente: esta restauración “visualizada”, esta restauración “en potencia” debe ser siempre la guía en la intervención actual, ya que, en última instancia, justifica el tratamiento y la conservación de la materia⁶⁵ (Unesco, 1968, p.11 traducción y destaques de la autora).

Estas ideas bebían directamente de las reflexiones de Cesare Brandi en el texto “Teoría de la Restauración” (1963) en el cual este autor defendía que la obra de arte condicionaba la restauración y, como primer axioma, entendía que la materia de la obra de arte constituía el objeto de la intervención (Brandi, 2004). Philippot fue uno de los discípulos más cercanos de Brandi, considerado por algunos estudiosos, un intérprete de las ideas del autor italiano (Hill y Verbeeck-Boutin, 2017). Otras ideas de Philippot sobre la necesidad de formar restauradores capacitados para entender la historicidad de las obras de artes también dialogan con el reconocimiento brandiano de la obra de arte, no solo por su atribución artística sino también histórica (Unesco, 1968).

La preocupación de Philippot por la formación especializada en este campo lo llevó a realizar en su tesis de maestría, en 1951, un estudio del Instituto Centrale del Restauro, fundado por Brandi en 1939. A decir de Hill y Verbeeck-Boutin, en este texto, Philippot sintetizó las ideas de Brandi: “El texto estaba compuesto por tres partes: 1) la organización administrativa del ICR; 2) la posición del ICR con respecto a los problemas y desafíos relacionados con la restauración de pinturas (y en esta sección, Philippot hizo referencia a las teorías de Brandi, págs. 296–302); y 3) la educación y formación de restauradores y colaboradores”⁶⁶ (Hill y Verbeeck-Boutin, 2017, p.2).

⁶⁵ Restoration is by no means limited to the material treatment of the object; it includes the whole complex of operations which are necessary to reinstate the work of art or specimen in its original, integral state, even when, as will usually be the case, this state cannot be materially restored: this restoration in the mind’s eye, this in posse restoration should always be the guide in the actual treatment, since, in the last resort, it is the justification for treatment and material conservation.

⁶⁶ The text was composed of three parts: 1) the administrative organization of the ICR; 2) the position of the ICR with regard to issues and challenges related to the restoration of paintings (and in this

Además de Philippot, otras de las figuras destacadas en este contexto por defender los estudios interdisciplinarios de conservación y la creación de centros para el estudio y la formación especializada, fue Paul Coremans (1908-1965). Con una destacada trayectoria como especialista en pintura y en conservación y restauración patrimonial, el reconocimiento alcanzado en el ámbito de la UNESCO lo llevó a ser miembro del primer consejo provisional del ICCROM a finales de la década de 1950 (Magar, 2019).

Como parte del ICCROM, Coremans impulsó la creación de centros y laboratorios de conservación patrimonial; participó en diversas misiones de la UNESCO en países de Asia, África y América realizando informes y planteando soluciones para problemáticas específicas del patrimonio en cada región. En México, especialmente, impulsó junto a Manuel del Castillo Negrete⁶⁷ la creación del Centro Regional Latinoamericano de Estudios para la Conservación y Restauración de los Bienes Culturales, al cual se hará referencia más adelante.

Coremans defendía la necesidad de reunir los conocimientos de las ciencias exactas, las ciencias experimentales y las humanas para conservar los monumentos y obras de arte. En su texto “Formación de los restauradores”, ponencia que nunca llegó a presentar en la séptima Conferencia General del ICOM en Nueva York de 1965, también abogó por el reconocimiento oficial de la profesión (Magar, 2019).

Fruto de todas estas preocupaciones, a lo largo de la década de 1970 tuvieron lugar varias reuniones y encuentros en el ámbito del ICCROM con el objetivo de registrar y llegar a acuerdos en relación a la formación de los restauradores y conservadores. En mayo de 1970, fue realizada una “Reunión sobre la formación de especialistas en conservación” en la que participaron expertos como Manuel del Castillo Negrete, entre otros especialistas de centros de referencia como el *Istituto Centrale del Restauro*, en Italia, y de otros países. En ella se debatieron

section Philippot referenced Brandi's theories, pp. 296–302); and 3) the education and training of restorers and collaborations.

⁶⁷ Figura destacada en materia de conservación patrimonial en México. Impulsor de la creación del Departamento de Catálogo y Restauración del Patrimonio Artístico, posteriormente Departamento de Restauración del Patrimonio Cultural en el INAH, a inicios de la década de 1960.

ideas sobre la rápida evolución de la conservación y restauración la necesidad de elaborar criterios para la selección de candidatos y para la formación de los mismos. Algunos de los acuerdos alcanzados en esta reunión serían sistematizados en reuniones y publicaciones posteriores sobre el tema (Unesco, 1970).

Además del entendimiento de la conservación como especialidad interdisciplinar, se planteó la formación de dos tipos de restauradores, los técnicos y los expertos, llevando en consideración que esta división no debía ser estricta ni limitante en relación a los conocimientos de unos y otros. Fueron planteados además aspectos relacionados al equilibrio en la formación teórica y práctica, el reconocimiento académico de los restauradores, la duración de los cursos, la presencia en igual medida de profesores y estudiantes en el trabajo práctico, la identificación de “instructores” (estudiantes con habilidades para la enseñanza), el uso de equipamiento para las clases y el otorgamiento de becas, etc. (Unesco, 1970).

Hacia 1974 Philippot publicó en el segundo número del boletín anual de noticias del ICCROM un “ensayo” titulado: “La tipología curricular para la formación de especialistas en conservación”⁶⁸. En esta propuesta metodológica para la formación de especialistas en el Centro de Roma, se detallaban las especificidades de la conservación como una disciplina con carácter interdisciplinar, los diferentes tipos de especialistas y la estructura curricular de la formación en las distintas especialidades (Philippot, 1974); una conjunción de los diferentes temas y acuerdos ya ampliamente citados.

Los diferentes especialistas involucrados en los distintos campos de la conservación se clasificaban de la siguiente manera: Arquitectos, ingenieros y urbanistas; Historiadores, historiadores del arte y arqueólogos; Supervisores; Restauradores o conservadores; Artesanos; Científicos y técnicos de laboratorio. Vale destacar que estas diferenciaciones se realizaban como forma de direccionar la formación en dependencia de las habilidades, vocación y campo de actuación de cada estudiante; algo que desde fines de la década de 1960 Philippot colocaba

⁶⁸ A typology of curricula for training of specialist in conservation.

como elementos a tener en cuenta desde el proceso inicial de selección de los profesionales, como se mencionó con anterioridad. En relación a los tipos de restauradores o conservadores, diferenciación contemplada desde 1970, Philippot explicaba que:

Por restaurador calificado nos referimos a un restaurador especializado en un campo más o menos extendido en el que ha demostrado habilidad para identificar y resolver problemas y, como consecuencia, decidir sobre el tratamiento y su ejecución. A esta calificación le debe corresponder una formación y ocupación de nivel universitario. Por técnico en conservación entendemos un restaurador cuyo trabajo es de un nivel adecuado pero tiene que ser supervisado por un restaurador calificado. A ello le debe corresponder una capacitación y ocupación de carácter técnico o nivel secundario⁶⁹ (Philippot, 1974, p.2 traducción de la autora).

Si bien estas clasificaciones requerían una formación diferenciada en relación a la especificidad de cada especialidad, Philippot consideraba que “una metodología básica, una forma de organizar el conocimiento común a todos, sea cual sea el campo de especialización puede ser, debe ser elaborado”⁷⁰ (Philippot, 1974, p.2). Para ello ratificó el dominio de un lenguaje común como forma de enfatizar la unidad de una metodología para la conservación; entendida como una disciplina en la que se hacía necesario no solo un amplio conocimiento por parte de los especialistas, sino también una colaboración en equipo para llevar a cabo y desarrollar el trabajo de forma eficiente.

La estructura curricular común para la formación en todas las especialidades debía considerar disciplinas como: teoría e historia de la restauración; historia del arte y cultura (en cada campo de especialización); historia de la tecnología (en cada campo de especialización); métodos de análisis (en cada campo de especialización) desde diferentes perspectivas (estética, arqueológica, técnica, etc); conocimiento de los materiales; documentación y organización del trabajo de restauración/conservación (Philippot, 1974). Si bien con esta propuesta

⁶⁹ By qualified restorer we mean a restorer specialized in a more or less extended field where he has shown ability in identifying and solving problems and, consequently, deciding on treatment and carrying it out. This qualification should correspond to a training and a function of university level. By technician in conservation we mean a restorer whose work is of an adequate standard but has to be supervised by a qualified restorer. This should correspond to a training and function of a technical nature or secondary level.

⁷⁰ However, in as much as conservation is indeed one specific discipline, it is obvious that a basic methodology, a way of organizing knowledge common to all, whatever the field of specialization may be, must be drawn up.

metodológica, en gran medida se alcanzaba a uniformizar la formación especializada a nivel internacional en materia de restauración y conservación de monumentos, aun cuando cada centro contaba con sus especificidades, los debates en relación a este tema no cesaron.

Como colofón de estos debates, en 1976 fue realizada la “Reunión de expertos en el campo de la formación de museólogos y especialistas en conservación de bienes culturales” en Roma, entre los días 26 y 30 de abril. La misma, estuvo presidida por el propio Paul Philippot y contó con la presencia, entre otras figuras, de Carlos Chanfón (1928-2002) como vice-presidente. El objetivo del encuentro, convocado por la UNESCO y el ICCROM fue:

Discutir a nivel de expertos los principales problemas planteados en la formación de especialistas en museos y en conservación y restauración del patrimonio cultural. Su objetivo principal fue analizar los programas existentes junto con el sistema de intercambio de información sobre capacitación. Se planteó, además, proponer una tipología básica de formación que podría emplearse en diferentes regiones culturales y diferentes climas y que podría adaptarse a alumnos de diferentes niveles⁷¹ (Unesco, 1976, p. 2).

En esta reunión, Philippot no solo presentó la propuesta metodológica para la formación de especialistas anteriormente comentada. También analizó otras problemáticas y cuestiones salidas de reportes realizados por los diferentes directores de centros de formación, ya creados en aquel entonces, en México, Nigeria, Irak, Japón y la India; así como de cuestionarios especialmente elaborados para obtener información precisa sobre las necesidades de cada país (Unesco, 1976).

El análisis de estos materiales permitió corroborar que la formación especializada para arquitectos y arqueólogos contaba con una mayor demanda y, en relación a ello, el conocimiento de los conceptos básicos de la especialidad y la intervención en centros históricos y ruinas arqueológicas constituían los temas

⁷¹ The purpose of the meeting was to discuss at expert level major problems raised by the training of museum specialist and specialist on conservation and restoration of the cultural heritage. Its primary aim was to analyze existing programmers together with the system of exchanging information on training. It set out, in addition, to propose a basic typology of training. It set out, in addition, to propose a basic typology of training which could be used for different cultural regions and different climates and which could be adapted to suit trainees of different levels.

mayormente requeridos. Otro elemento fue el análisis de los diferentes cursos y “formulas” de formación a diferentes niveles (graduación, especialización y posgraduación), de acuerdo con las experiencias de centros como la Escuela Técnica de Viena o las Universidades de Columbia, York, Edimburgo, Roma y Nápoles. Finalmente Philippot consideraba que la formación especializada a nivel de postgrado constituía la opción más adecuada, basado en la importancia otorgada a la experiencia concreta de la práctica arquitectónica, como condición para una efectiva especialización en conservación y restauración. Todo ello considerando también los conocimientos de historia de la arquitectura incluidos en los programas de las escuelas de arquitectura. Igualmente en este informe ratificó del papel del ICCROM para definir los principios y estándares de una disciplina científica a nivel internacional, desarrollar proyectos de intervención que permitiesen el intercambio de expertos, así como el conocimiento y la difusión de experiencias. Comentó además sobre la importancia de que los centros regionales contaran con estructura y soporte adecuado a nivel nacional (Philippot, 1976).

Con base en todo esto, una de las conclusiones más interesantes en relación al desafío que representaba la tarea de formar especialistas en conservación y restauración fue entender que:

De hecho, el arquitecto-restaurador ideal es probablemente aquel que sabe distinguir y conciliar las exigencias históricas y críticas de la conservación y las capacidades intuitivas del creador según la naturaleza de las tareas que debe emprender. Tal dualidad de equilibrios es sin duda difícil de encontrar en una personalidad⁷² (Philippot, 1976, p.11 traducción de la autora).

Esta forma de entender y concebir la formación especializada desde el ICCROM, como se verá más adelante, influenció no solo la formación de los profesionales en los cursos de Roma por estos años, sino también los diferentes centros que serían creados en regiones como Latinoamérica en la década 1980. Las ideas de Coremans e Philippot, se reflejaron en la estructura curricular de centros como Churubusco, que a su vez servirían de modelo, en principio, para otros como

⁷² In fact, the ideal architect-restorer is probably one who can distinguish and reconcile the historical and critical requirements of conservation and the intuitive abilities of the creator according to the nature of the tasks he must undertake. But such a balances duality is doubtless hard to find in one personality.

el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM) en La Habana, Cuba.

En el contexto latinoamericano, durante esta etapa habían sido incluidas materias específicas sobre restauración en algunos de los más importantes cursos de graduación en arquitectura, especialmente en Perú (1960)⁷³ y, al mismo tiempo, se habían creado cursos de pos-graduación en estas especialidades en países como México (1965)⁷⁴ y Brasil (1974). De esta forma, la práctica profesional de esta disciplina comenzó a llevarse a cabo por arquitectos ya formados en dichos cursos, o en Europa, con gran influjo de la escuela italiana de restauración, específicamente de la Escuela de Roma (*Reale Scuola Superiore di Architettura di Roma*) como se ha mencionado anteriormente, siguiendo los preceptos de la teoría crítica de la restauración basada en las ideas de Cesare Brandi, Renato Bonelli y Roberto Pane. Debido al gran número de especialistas latinoamericanos y de otras regiones egresados de la “*La Sapienza*” entre 1959 y 1980, y al alcance y difusión de la Carta de Venecia; Andrade Junior (2020) también reconoce a partir de la década de 1960 el advenimiento de una nueva forma de actuación en el campo de la restauración arquitectónica en América Latina.

En cuanto los cursos de pos-graduación, por iniciativa de Manuel del Castillo Negrete, en 1966 el Centro de Estudios para la conservación de Bienes Culturales “Paul Coremans”⁷⁵ fue inaugurado en las dependencias del ex convento de Churubusco. Con posterioridad, hacia 1967, específicamente el 19 de junio, dicho centro se tornó Centro Regional Latinoamericano de Estudios para la Conservación y Restauración de Bienes Culturales, con el apoyo de la UNESCO y el PNUD⁷⁶ (Aurrecoechea Hernández, 2021). Por otra parte, los cursos de la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM fueron patrocinados por la Secretaría de Patrimonio Nacional y formalmente, en 1968, se transformaron en Maestría en Restauración de

⁷³ La Universidad Nacional de Ingeniería en Lima introdujo dos asignaturas de restauración de monumentos a nivel de graduación (Andrade Junior, 2020).

⁷⁴ En pos-graduación, México constituye un país pionero con los cursos de restauración arquitectónica ofrecido por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y con los cursos ofrecidos por la Escuela Nacional de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1966 (Andrade Junior, 2020).

⁷⁵ Bautizada con su nombre debido a la muerte prematura de Coremans en 1965.

⁷⁶ Este centro dio origen a la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete”

Monumentos con numerosos y reconocidos egresados, no solo mexicanos, sino también latinoamericanos y europeos (Andrade Junior, 2020).

Toda esta efervescencia se vio estimulada, a mediados de la década del setenta, por la fuerza que adquiriría el debate en torno la identidad cultural en el ámbito de la UNESCO. En materia de patrimonio cultural, desde 1976 la UNESCO comenzó a implementar, con el apoyo del Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD), proyectos de asistencia técnica en América Latina⁷⁷ con una perspectiva de desarrollo socio-económico. La Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales en América Latina y el Caribe (1978, Bogotá, Colombia) hizo hincapié en la necesidad de tomar en cuenta la dimensión cultural del desarrollo, la importancia de los bienes culturales como parte de la identidad y la promoción de la cooperación cultural regional e internacional. En materia de conservación y revalorización del patrimonio, para la formación de arquitectos y restauradores además de los cursos internacionales ofrecidos por el ICCROM se iniciaron proyectos regionales y subregionales con el objetivo de permitir a los estudiantes la adquisición de experiencias en contextos y situaciones “familiares”⁷⁸ (Unesco, 1979, p.47). Inicialmente los cursos de Cusco, Churubusco y Belo Horizonte en Brasil, este último dedicado a la conservación y restauración de bienes muebles, fueron algunos de los beneficiados en este contexto (Unesco, 1989b).

En Perú, también se promovieron cursos de restauración organizados por el PNUD y por la UNESCO en Cusco, en colaboración con el Instituto Nacional de Cultura (INC). Los cursos de pos-graduación en Brasil y México alcanzaron relevancia internacional. En Brasil, surge el *Curso de Preservação e Restauo de Monumentos* (CECRE) resultado de convenio entre el IPHAN y la UNESCO. Inicialmente fue un curso rotativo con ediciones en São Paulo (1974), Recife (1976), Belo Horizonte (1978) y Salvador (1981). A partir de 1981 se instalará definitivamente en Salvador y en la actualidad se conoce como Maestría Profesional en Conservación y Restauración de Monumentos y Conjuntos Históricos (MP-

⁷⁷ Desde 1976 hasta pasada la década de 1980 varios fueron los proyectos regionales de esta índole: el RLA/76/047, el 76/002 y, por último, el Proyecto Regional de Patrimonio Cultural y Desarrollo PNUD/UNESCO (RLA/83/002) (Unesco, 1989b).

⁷⁸ En gran medida, esta nueva visión se debió a las dificultades surgidas en los proyectos internacionales de formación, como los costos elevados, niveles de experiencia variables y conmociones culturales (Unesco, 1979).

CECRE) con sede en la Universidad Federal de Bahia (Viera-de-Araújo, 2022). Precisamente éste fue el contexto que favoreció la creación del CENCREM en La Habana, con el cual se inició una etapa de sucesiva especialización en el campo de la conservación y restauración.

Imagen 44- Noticia sobre la declaratoria de La Habana como Patrimonio Mundial.



Fuente: Archivo Plan Maestro de la OHCH

3.3 Creación del CENCREM

La voluntad restauradora de finales de 1970 en La Habana, y en Cuba, unida al sólido marco legal e institucional para la protección del patrimonio cultural, constituyó caldo de cultivo para la creación del CENCREM, mediante el Decreto 77 de 1980 del Consejo de Ministros. El objetivo de dicho centro en principio sería el de “garantizar el desarrollo científico-técnico de la conservación y restauración del patrimonio cultural mueble e inmueble, así como la formación de los especialistas, técnicos y obreros necesarios para esta labor” (Unesco, 1989a, p.2; Decreto, 1980).

Los especialistas de la DPC arrancaron la década de 1980 con la solicitud de apoyo a la UNESCO para la creación de dicho centro. En marzo de 1981 Cuba se ratificó signataria de la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural y en ese mismo año lanzó la propuesta para incluir al “Centro Histórico de la Habana Vieja y su sistema de fortificaciones” en la Lista del Patrimonio Mundial. La creación definitiva del CENCREM tuvo lugar en julio 1982, cuando el gobierno cubano, la UNESCO y el PNUD firmaron el proyecto “CUB/81/017” destinado a apoyar la creación del centro durante el quinquenio 1981-1986 (Unesco, 1989a). Ya en diciembre del 1982, entre los días 13 y 17, durante la Sexta sesión del Comité de Patrimonio Mundial, se decidió la declaratoria del Centro Histórico de la Habana Vieja y su Sistema de fortificaciones, como Patrimonio

Mundial de la Humanidad (Unesco, 1983) (Imagen 44) (Imagen 45) (Imagen 46). Se concretaba con este hecho la responsabilidad internacional del estado cubano con la preservación del patrimonio, ocasión que también se aprovechó para solicitar a la UNESCO el lanzamiento de una Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja, una de las más importantes de centro histórico (Imagen 47) (Imagen 48) (Rigol, 2011).

Con esta tríada de acontecimientos englobando una declaratoria internacional de patrimonio, la creación de un centro nacional de restauración y una campaña internacional de salvaguarda, la actuación de Cuba en el campo de la conservación y restauración de monumentos ganó proyección internacional. Específicamente el centro histórico de La Habana pasó a ocupar un lugar de interés en América Latina. Evidentemente el destaque creciente de América Latina en este campo favoreció al desencadenamiento de estos hechos en el país. No obstante, esta nueva proyección

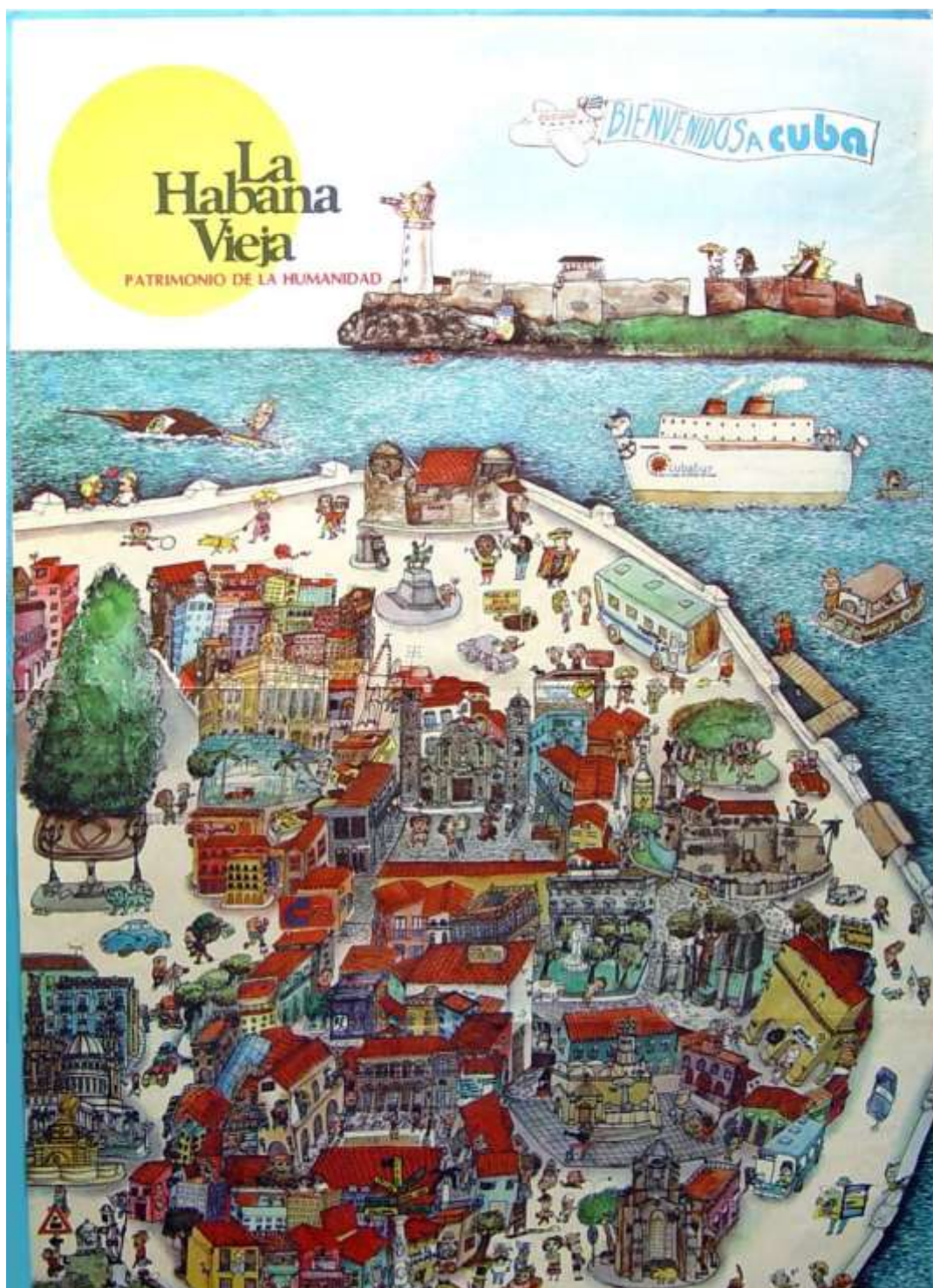
Imagen 45- Conjunto de planos incluidos en el expediente para la declaratoria de La Habana Vieja y su Sistema de Fortificaciones, como Patrimonio Mundial.



Fuente: Archivo Plan Maestro de la OHCH

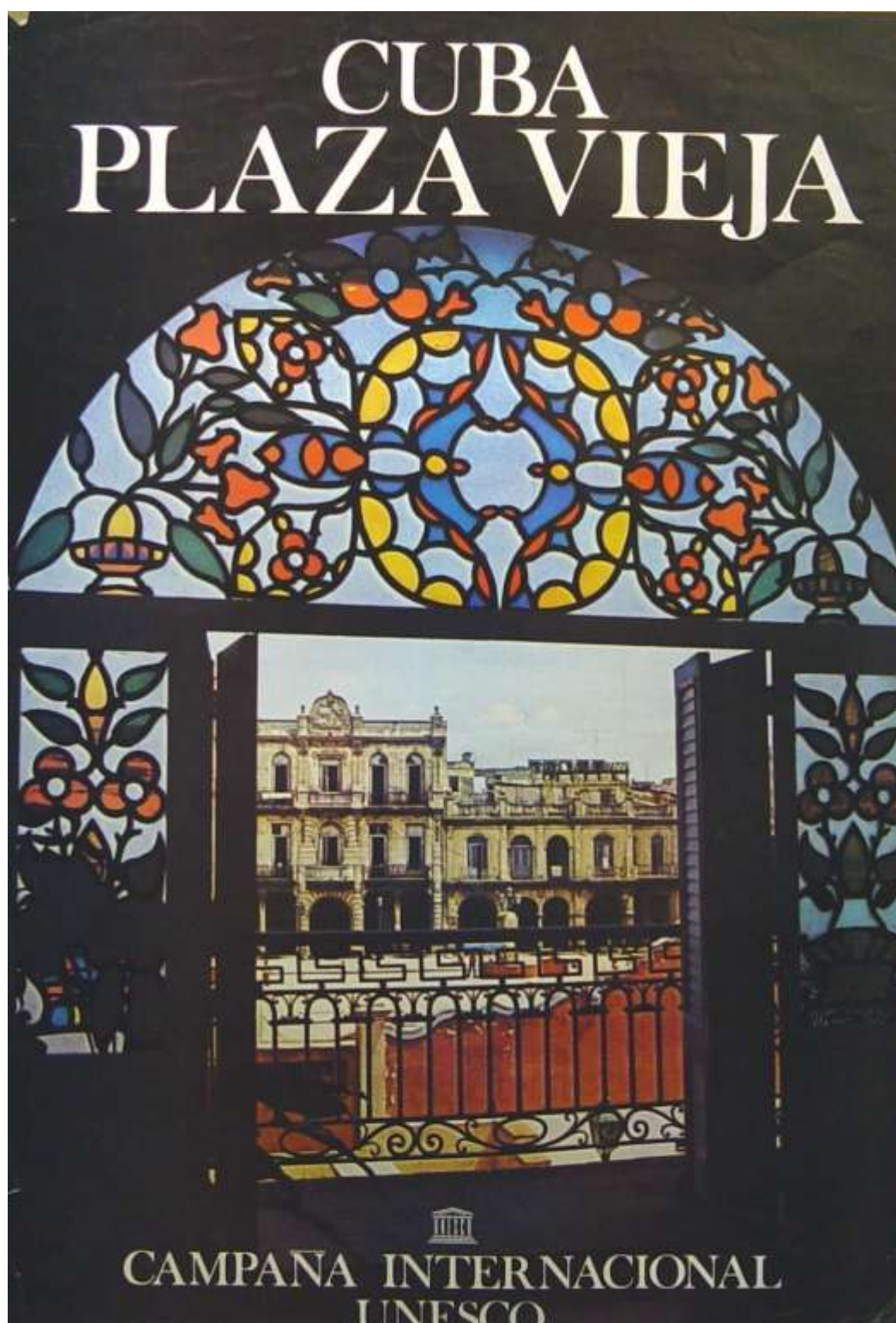
internacional sin dudas también se debió al empeño del estado cubano y de figuras como Marta Arjona, entre otros ya mencionados.

Imagen 46- Poster del Instituto Nacional de Turismo.



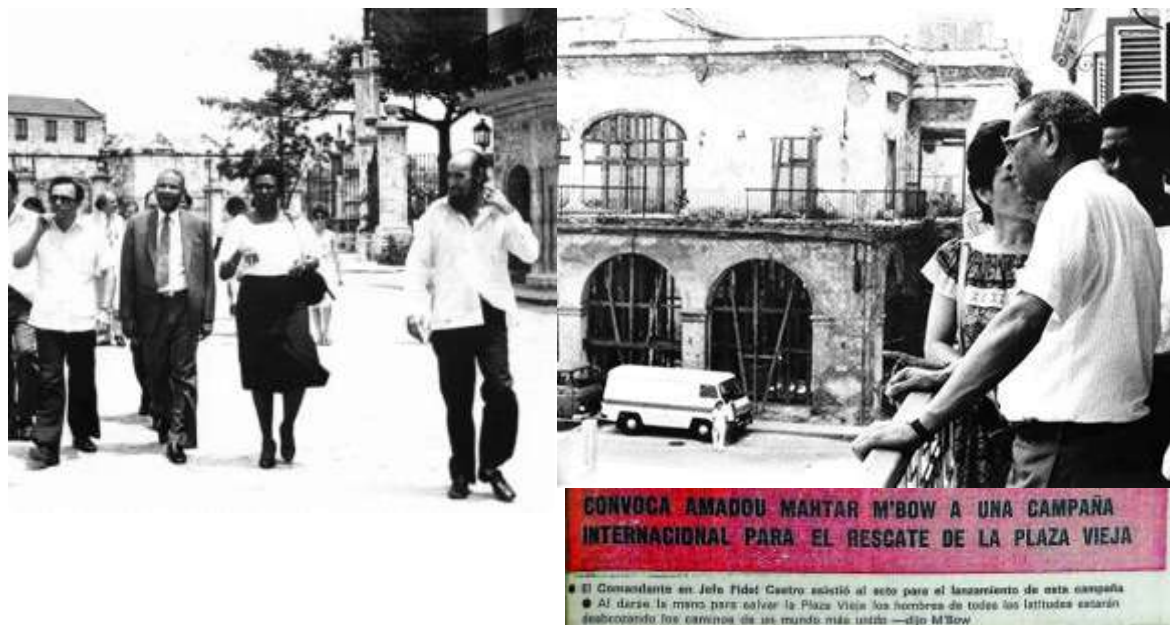
Fuente: <http://iif.sld.cu/>

Imagen 47- Material promocional de la Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja de La Habana Vieja.



Fuente: <http://iif.sld.cu/>

Imagen 48- Amadou Mahtar M'Bow en visita a la Habana Vieja con motivo del lanzamiento de la Campaña Internacional para la salvaguarda de la Plaza Vieja, junto a Eusebio Leal y Antonio N. Jiménez.



Fuente: Archivo Plan Maestro de la OHCH

La insistencia por reconocer el papel del estado cubano en este proceso se debe a la forma articulada en la que varias instituciones se involucraban en los trabajos llevados a cabo en el centro histórico. Además de los planes de restauración quinquenales, hacia 1983 fue aprobado un nuevo “Plan de Acción para la conservación y restauración del centro histórico de La Habana y su sistema de fortificaciones”. En el mismo, además de reafirmar objetivos como la transformación del centro histórico, la conservación y restauración de los valores monumentales y urbanísticos, la organización de la infraestructura de servicios sociales y funciones habitacionales, etc.; también se buscaba movilizar “todos los recursos posibles de los organismos de la Administración Central del Estado, los Órganos locales del Poder Popular de la ciudad de La Habana, instituciones, organizaciones políticas y de masas, empresas y otras entidades para acelerar el proceso de conservación y restauración del centro histórico” (Acuerdo, 1983). Además del trabajo de la DPC y la

OHCH, instancias como el Órgano Provincial del Poder Popular⁷⁹ (OPPP), el Instituto de Planificación Física (IPPF) o la entonces Junta Central de Planificación (JUCEPLAN)⁸⁰, estaban involucradas en la salvaguarda del centro histórico. Como se comentó con anterioridad, la preservación, tanto de la ciudad histórica como de otras áreas se concebía ligada estrechamente al esquema de planificación de la ciudad, algo que parecía ser positivo a pesar de una evidente centralización estatal⁸¹. En este sentido, el conocimiento de la Carta de Venecia también fue fundamental debido al entendimiento que pasó a tenerse en Cuba sobre las particularidades de la restauración como una disciplina autónoma, “cuyo ejercicio se basa en leyes propias” y el cambio que significaba alejarse definitivamente de la práctica empírica para comenzar a ejercer con profesionalismo científico (Hernández Alfonso; Vieira-de-Araujo y Iglesias, 2024).

A partir de los documentos consultados hasta el momento, es posible valorar la creación y función del CENCREM desde dos perspectivas diferentes aunque estrechamente relacionadas: como proyecto de colaboración internacional del gobierno cubano con el PNUD/UNESCO, y como centro de formación y capacitación, rector de la actividad de restauración y conservación del patrimonio cultural. Esta diferenciación se debe fundamentalmente a que, desde ambas perspectivas, la misma institución respondía a objetivos diferentes, aunque complementarios.

Si bien la idea de crear un centro de formación especializada partió del empeño del estado cubano, vale recordar el creciente interés de la UNESCO desde finales de la década de 1970 para el desarrollo de proyectos regionales de formación especializada en materia de patrimonio. Esta coyuntura internacional ciertamente fue del conocimiento de los especialistas cubanos que se deparaban no solo con la necesidad de contar con especialistas más capacitados, sino también con la falta de

⁷⁹ De acuerdo con la Constitución de la República de Cuba, en cada provincia rige un Gobierno Provincial del Poder Popular conformado por un Gobernador y un Consejo Provincial. El Gobierno Provincial del Poder Popular representa al Estado y tiene como misión el desarrollo económico y social de su territorio y la coordinación entre las estructuras centrales del Estado y los municipios. Ver en <https://www.parlamentocubano.gob.cu/organos-locales-del-poder-popular>

⁸⁰ Instancia creada en 1961 como organismo rector de la planificación nacional.

⁸¹ Este escenario solo mudó hacia inicios de la década de 1990 cuando, a la caída del Campo Socialista, este modelo centralizado de gestión y conservación del centro histórico ya era poco eficiente.

recursos para la salvaguarda del centro histórico de La Habana⁸². Finalmente la UNESCO accedió a dar asesoramiento y apoyo para la creación del CENCREM⁸³ y en mayo de 1980 inició una “Acción internacional encaminada a facilitar la realización por los Estados Miembros de actividades de conservación y revalorización de los bienes culturales” (Chanfón, 1980). Este fue el primer paso para la firma del “Proyecto CUB/81/017”, nombre con el que fue registrado el proyecto de colaboración para la creación del centro (Unesco, 1989a).

Como “Proyecto CUB/81/017”, los objetivos inmediatos del centro fueron: la restauración del antiguo Convento de Santa Clara (Imagen 49 a la 51), situado en La Habana Vieja, para transformarlo en sede oficial del centro y la puesta en práctica del proyecto de restauración de La Habana Vieja y, en general, de los bienes muebles e inmuebles de toda la nación. Otros de los objetivos fueron la ampliación y la especialización de los conocimientos del personal técnico (superior y medio) que hasta el momento había realizado los trabajos de restauración, y la formación del personal dedicado a las tareas de la restauración de bienes muebles y museólogos (Unesco, 1989a).

A este empeño, se sumaban objetivos volteados al desarrollo cultural del país. Se contemplaba la conjugación de las actividades culturales y turísticas con el desarrollo de la ciudad y su dinámica urbana y habitacional. Se preveía que el aprovechamiento turístico de la zona proporcionaría los recursos económicos necesarios para la revitalización de redes comerciales tradicionales, el reordenamiento demográfico y la mejora de las condiciones de vida (Unesco, 1989a). Es posible apuntar el carácter extremadamente abarcador de estos objetivos, complejos de gestionar en el contexto cubano de los años ochenta, principalmente por un único centro. Efectivamente, sería necesaria la renovación de un nuevo “Proyecto CUB/86/017” para tratar de dar continuidad a muchos de estos objetivos.

⁸² Como contribución de Naciones Unidas se estableció una cifra de 500.000 dólares de Estados Unidos y como insumos del Gobierno cubano se fijó una cantidad de 5.687.838 pesos cubanos.

⁸³ Esta solicitud se llevó a cabo en el marco del Proyecto Regional de Patrimonio Cultural y Desarrollo PNUD/UNESCO (RLA/83/002).

Imagen 49- Plano de La Habana Vieja destacando las manzanas que ocupa el antiguo Convento de Santa Clara, en el Centro Histórico.



Fuente: <https://fotosdalahabana.com/>

Imagen 50- Vista exterior del Convento de Santa Clara en 1946.



Fuente: Archivo fotográfico del MINOP-MICONS, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas.

Imagen 51- Maqueta del antiguo Convento de Santa Clara.



Fuente: Néstor Martí. <http://www.habana-radio.cu/>

En el informe final de este último proyecto, en 1991, si bien se relata el alcance de mejores capacidades investigativas y de desarrollo científico del centro, se apuntan dificultades para atender objetivos de amplio alcance como la rehabilitación habitacional, la proyección social o la promoción turística en varias regiones del país⁸⁴ (Unesco, 1991, p.8). A partir de esto, es posible afirmar que el CENCREM fue más efectivo como espacio de capacitación que como centro de gestión, pues las limitantes económicas no permitieron un gran alcance de la acción rehabilitadora. No obstante, sí es posible constatar el notorio papel del centro como entidad rectora de la actividad de restauración y conservación del patrimonio cultural, así como de la capacitación del personal técnico cubano.

⁸⁴ El efectivo aprovechamiento de la actividad turística en aras de “fomentar fuentes propias de financiamiento destinadas a la restauración y preservación (...) y al mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes (...)” no se alcanzó con fuerza hasta pasado el año 1993 cuando fue aprobado el Decreto Ley 143 en octubre de 1993 (Decreto, 1993, p.3).

Imagen 52- Sylvio Mutal junto a la arquitecta Isabel Rigol, primera directora del CENCREM, durante uno de los chequeos de las obras en el Convento de Santa Clara, en 1984.



Fuente: <https://www.artcronica.com>

La concepción del CENCREM, en sus inicios, como centro de formación se pauteó a partir de la visita a Cuba de Sylvio Mutal, consejero técnico del Proyecto Regional de Patrimonio Cultural PNUD/UNESCO (Imagen 52), en aquel momento con sede en Lima, y Carlos Chanfón, consultor de la UNESCO y director desde 1974 del Centro Churubusco, en México. A inicios de la década de 1980, el Centro Churubusco ya era una de las principales referencias en materia de formación de especialistas en Latinoamérica para actuar en el campo de la restauración. La visita de Carlos Chanfón a La Habana viabilizó que el centro mexicano fuera un ejemplo para el centro que se pretendía conformar en Cuba. Sobre esta visita, Carlos Chanfón comentaba:

Sylvio Mutal enfocó en las reuniones, los aspectos de planes y programas de acción en cooperación internacional, considerando la participación fundamental del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y los posibles aportes de fuentes bilaterales, agencias, organismos, sistemas y mecanismos internacionales como TCDC, UNDRO, PNUMA y la Convención Mundial de Patrimonio Cultural y Natural de UNESCO. Fue mi responsabilidad presentar y comentar los aspectos relacionados con el programa de formación de especialistas, estructuración y sistematización de cursos y la programación progresiva de actividades con sus implicaciones relativas a locales, equipo, materiales, publicaciones, etcétera (Chanfón, 1980, p. 4).

Imagen 53- Recorte de periódico noticiando la opinión de Carlos Chanfón sobre el estado de la especialidad en Cuba.



Fuente: Cortesía de Daniel Taboada.

El reconocimiento del trabajo realizado en Cuba hasta la fecha, la identificación de instituciones bien articuladas y la existencia de un personal con cierta experiencia de trabajo, aunque sin formación, hicieron ver la creación del CENCREM como una "consecuencia lógica" de los esfuerzos realizados en Cuba hasta el momento en materia de patrimonio cultural (Chanfón, 1980) (Imagen 53). Ambos consultores identificaron las condiciones ideales para reunir varias de las actividades ya existentes en una institución que garantizara la continuidad y el futuro de la restauración en Cuba.

Aunque posteriormente el centro cambió en su nombre la especialización en "museografía" por "museología" (Imagen 54), los objetivos planteados por Carlos Chanfón desde siempre fueron: La formación de especialistas necesarios (obreros, técnicos, profesionales altamente calificados); ofrecer servicios que permitieran el vínculo de la teoría y la práctica en la solución de casos reales; y la investigación en sus varios campos. Un elemento interesante destacado por Carlos Chanfón, fue la necesidad de formar un cuerpo profesional consciente de su responsabilidad social, con capacidad para buscar soluciones adecuadas a las problemáticas nacionales, desarrollar iniciativas para idear mejores soluciones y capaz de crear una política preventiva eficaz. Tales elementos eran considerados esenciales para justificar la existencia de una actividad profesional como la restauración en la isla (Chanfón, 1980). Aunque en el CENCREM se concentraban diferentes especialidades como la restauración de bienes muebles, museógrafos, museólogos, historiadores y arqueólogos, etc., en esta investigación nos centraremos en la formación de los arquitectos restauradores.

Imagen 54- Secuencia de informes elaborados en 1980, 1981 y 1986 (de derecha a izquierda) para la creación y completamiento de capacidades en el CENCREM.



Fuente: <https://whc.unesco.org/>

Con anterioridad se hacía referencia a los debates que desde finales de 1960, y con mayor fuerza en 1970, tenían lugar en el ICCROM, con el objetivo que conformar una metodología de formación interdisciplinar y unificada para los restauradores y conservadores a nivel mundial. Tal metodología, irradiada desde del antiguo “centro de Roma”, había llegado a ponerse en práctica en los ya consolidados cursos de Churubusco, Cusco y en Brasil. Sin embargo, según las palabras de Carlos Chanfón, aún no estaba bien definido el perfil profesional a formar en esta área:

El perfil profesional y psicológico del restaurador, no ha sido aun perfectamente definido. Sin ese perfil definido, objetivo de cualquier programa de formación, cualquier esfuerzo que se realice para crear un cuerpo profesional encargado de la protección de los Bienes Culturales, no puede ser sino un ensayo.

Es muy urgente, sin embargo, multiplicar tales ensayos que permitan crear la experiencia necesaria, ahora sólo en estado embrionario. Condición necesaria para cualquiera de estos ensayos, es la de desarrollar desde sus inicios una muy especial conciencia sobre la obligación permanente de autoevaluación.

Las normas internacionales emanadas principalmente de la Carta de Venecia y documentos posteriores, sólo pueden suministrar bases generales difícilmente aplicables a casos particulares, si no existe un criterio suficientemente desarrollado en la experiencia. Resulta muy difícil para una institución que nace, el aprovechar las experiencias ajenas y, sin embargo, crear sus propias soluciones. Es mucho más fácil imitar lo que otros hacen sin preocuparse por la adecuación de una solución importada al problema que se tiene entre manos.

Cuba a este respecto, presenta condiciones ideales (Chanfón, 1980, p.8).

Resulta interesante que una figura como Carlos Chanfón, que por aquel entonces contaba con una vastísima experiencia como arquitecto, como profesor en universidades de América Latina y Europa, como director de proyectos de restauración en México y Latinoamérica, como consultor de la UNESCO en varias misiones y como director del “centro Churubusco” entre 1974 y 1981, reconociera no solo la falta de un perfil definido para el restaurador por aquel entonces, sino también el carácter de “ensayo” de los cursos de formación en esta área, principalmente en América Latina. Algo así evidencia cómo el proceso de madurez de este campo en la región era paulatino y complejo. En este sentido Carlos Chanfón identificó la necesidad de ampliar -multiplicar- estas experiencias de formación en América y el Caribe. Teniendo en cuenta que no se trataba de aplicar normas internacionales “sin criterio basado en la experiencia”, o “imitar lo que otros hacen” (Chanfón, 1980), es posible afirmar que el caso de La Habana era un terreno fértil, a inicios de 1980, para la formación de arquitectos restauradores cubanos y extranjeros.

Según Nivaldo Vieira de Andrade Junior (2020), al cerrarse el curso de Cusco en 1980, el apoyo ofrecido por el PNUD/UNESCO fue transferido para el Curso de Especialización en Conservación y Restauración de Monumentos y Sitios Históricos (CECRE) en Brasil, razón por la cual se decidió establecer definitivamente en la ciudad de Salvador, en el Estado de Bahia. Podemos agregar que a este referente se sumó la formación ofrecida desde el CENCREM, también auspiciado por el programa PNUD/UNESCO, y desde otras regiones del continente. Para 1985, en el marco del “Seminario-taller de evaluación de cursos de formación en conservación de bienes culturales muebles en América Latina y el Caribe”, Sylvio Mutal apuntó que:

[...] los cursos del Cusco comenzaron en 1975 sobre tres temas, bienes muebles, técnicas de arqueología y arquitectura.

En 1977 el Proyecto PNUD-UNESCO dejó bienes muebles y siguió con arquitectura. Arqueología se pasó a las Universidades de Antofagasta y Guayaquil, con cursos de una duración de 4 años de formación y no de técnicos en arqueología que era el reconocimiento académico que se daba hasta entonces.

Los cursos de bienes muebles siguieron. En arquitectura, a los seis años hemos realizado un reciclaje y una evaluación, y desde entonces no se hace más arquitectura en el Cusco **[se hace en diferentes partes, en Bahia, Buenos Aires, en La Habana]** (Mutal, 1987, p.31).

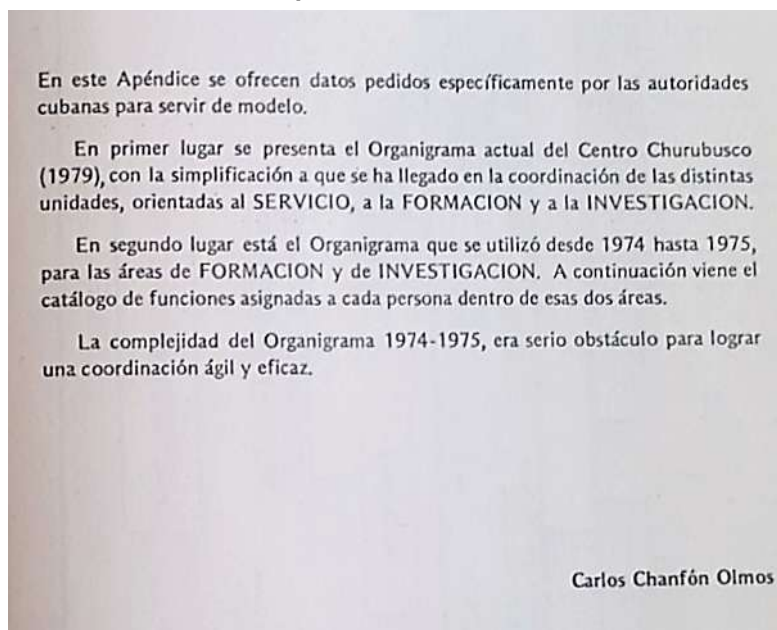
Es válido aclarar que la existencia de cursos especializados en restauración y conservación de monumentos y sitios, como el de Salvador, no necesariamente estaba asociado a un centro; e igualmente los centros especializados en restauración no siempre ofrecían cursos de restauración arquitectónica. Hacia 1985, en América Latina existían centros de restauración, con distinto perfil, niveles de especialización y fuentes de financiamiento en Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Perú y Venezuela (Musal, 1987, p.31). De ellos, tan solo los centros de Cuba, México, Ecuador y Honduras ofrecían cursos dedicados a la restauración de bienes inmuebles.

El papel de instituciones como la UNESCO y el PNUD fue fundamental en la proliferación de los cursos y centros en América Latina. El convenio de estas entidades con el ICCROM posibilitó la expansión de las ideas de la “Escuela de Roma” en Latinoamérica y, con ello, a decir de Nivaldo Vieira de Andrade Junior (2020) del “nuevo paradigma del arquitecto restaurador”; definido por Renato Bonelli como: “(...) una figura de intelectual compleja, dotada de preparación humanística e histórico-crítica de un lado, y científica y técnica de otro, unidas a una real sensibilidad estética y capacidad artística” (Bonelli, 1987 *apud* Andrade Junior, 2020 p.46). Este “paradigma” expuesto por Bonelli se relaciona con el ideal expuesto por Philippot en 1976, que describía al restaurador como un profesional que “sabe distinguir y conciliar las exigencias históricas y críticas de la conservación y las capacidades intuitivas del creador según la naturaleza de las tareas que debe emprender” (Philippot, 1976, p.11).

Si el flujo de ideas que permitió tal convergencia de definiciones había iniciado a fines de la década de 1960 y, a partir de lo expresado por Carlos Chanfón, el perfil profesional de formación para este tipo de especialista continuaba evaluándose iniciado los ochenta, cabría preguntarse si en algún momento, la formación y experiencia de los arquitectos restauradores en Cuba se acercó a este paradigma. Antes de intentar responder esta pregunta sería interesante entender cómo se configuró el modelo de formación en el CENCREM.

El principal centro de referencia para la creación del CENCREM fue el Centro Churubusco, en México (Imagen 55). Es posible afirmar esto pues en el “Informe para la creación de un Centro de Conservación, Restauración y Museografía en La Habana” de 1980, Carlos Chanfón anexó el listado de disciplinas que se impartían en el centro Churubusco como “guía para orientar la formulación de programa” en el centro cubano (Chanfón, 1980, p.10). Otro informe sobre los resultados del centro durante los primeros cinco años de funcionamiento, citaba a Carlos Chanfón como especialista en la “Organización general y la docencia” dentro del personal internacional del proyecto, entre 1982 y 1984. Además, en más de una ocasión los miembros de la dirección del CENCREM visitaron el centro Churubusco en 1983 y el ICCROM (Roma) para “conocimiento de la organización de instituciones” (Unesco, 1989a).

Imagen 55- Fragmento del segundo informe elaborado por Carlos Chanfón para la creación del CENCREM, informando la inclusión de los modelos del Centro Churubusco en varias áreas para servir de modelo.



Fuente: Cortesía de Daniel Taboada.

Cabe resaltar que esta referencia del centro mexicano, desde el punto de vista organizativo y de docencia, no buscaba apenas replicar en La Habana aquello que era realizado en México. Como bien explicaba Carlos Chanfón en 1980, se trataba de multiplicar los ensayos, aumentar las experiencias, lo que implicaba

aprovechar aquellos conocimientos adquiridos y enriquecerlos con nuevas prácticas. Estas ideas del que había sido director del centro Churubusco, sin dudas fueron resultado de reflexiones en torno a la preocupación por la formación de los restauradores que ocupó al ICCROM desde las décadas de 1960 y 1970.

La autora mexicana Gabriela Peñuelas (2020) destaca la influencia de figuras como Paul Philippot y Paul Coremans en la conformación del “Centro Churubusco”. Como se explicó con anterioridad, hacia 1960 Paul Philippot señalaba como fundamentales dos temas para entender el desarrollo del currículo en restauración: la defensa de la conservación como una disciplina autónoma, con metodología propia y rasgos específicos; y la preocupación por una sistematización de la formación a nivel mundial. Paul Coremans, por su parte, también coincidía con estas ideas de Philippot y además defendía el carácter interdisciplinar del trabajo a enfrentar por el restaurador.

El artículo publicado por Peñuelas (2020), titulado “Vestigios de Coremans y Philippot en Churubusco”, da fe de cómo las preocupaciones de Paul Coremans y Paul Philippot sobre la formación de los restauradores (de todas las especialidades) contribuyeron a concebir un modelo de formación en el centro mexicano. Aunque el currículo de este centro sufrió varios cambios desde su creación en 1968 hasta la década de 1980, es posible apuntar como elemento principal: una misma formación compartida por las distintas especialidades que posibilita un lenguaje y entendimiento común, aunque con diferenciación de contenidos; algo que sin dudas, favorecía al carácter interdisciplinar de la conservación.

A mediados de la década de 1970 en Churubusco se agrupaban las clases en áreas humanística, científica y técnica. Una década después, para el entonces director Carlos Chanfón las tres áreas eran igualmente importantes en todos los programas impartidos en la Escuela, donde la enseñanza teórica-humanística garantizaba una actitud adecuada, la científica buscaba conocimiento suficiente, mientras que el área técnica dotaba de la habilidad necesaria (Peñuelas, 2020, p.22).

Otro elemento particular de la docencia en el “Centro Churubusco” fueron los “seminarios-talleres”. En ellos, docentes y alumnos realizaban un análisis crítico de la restauración de un bien cultural desde diferentes puntos de vista (Peñuelas,

2020). Este ejercicio daba lugar a un proceso de “enseñanza-aprendizaje” que también se pretendería aplicar en La Habana.

En el Informe para la creación del CENCREM, Carlos Chanfón también propuso un modelo de formación que contemplaba la sistematización de este proceso de “enseñanza-aprendizaje” para desarrollar habilidades como resultado de la práctica o la experiencia adquirida. Básicamente se trataba de un ejercicio en el que se borraban los límites entre alumno y profesor. A decir de Carlos Chanfón, se generaba un espacio que permitía “integrarlos a todos en forma tal, que uno de ellos sea profesor en la materia en que destaque, y sea alumno en las demás, donde otro de sus compañeros será profesor. Esta situación ambivalente de educador y educando, solo puede ser inicial, pero creará un cuerpo docente capaz para los cursos subsiguientes (...)” (Chanfón, 1980, p. 12).

La situación observada en La Habana, donde existía un cuerpo de especialistas con cierta experiencia de trabajo dedicado a la restauración pero sin titulación ni formación especializada, constituía un escenario favorable para la aplicación de la “enseñanza-aprendizaje”. Igualmente para el CENCREM, Carlos Chanfón planteó un programa que dividía el currículo según distintas áreas, tal y como se había organizado en el “Centro Churubusco”.

Por lo que toca al problema de formación, es necesario estructurar y sistematizar el proceso de enseñanza-aprendizaje, para lograr un desarrollo equilibrado y paralelo del: 1- Área humanística que dé conciencia sobre el origen, significado y valor social del problema. 2- Área científica que garantice el conocimiento sistemático y metodológico. 3- Área técnica que explore y practique los caminos de solución.

Para lo cual deben formularse objetivos operacionales en cada materia, que busquen resultados evaluables de: 1- Una actitud correcta hacia el Bien Patrimonial. 2- Un conocimiento suficiente sobre la problemática. 3- Una habilidad auto-evaluadora para resolver (Chanfón, 1980, p.23).

Aunque no fue posible evaluar en detalles la aplicación del proceso de “enseñanza-aprendizaje” en los cursos del CENCREM⁸⁵, a partir de las entrevistas realizadas a Isabel Rigol y Nelson Melero es posible identificar, fundamentalmente en los primeros diez años, la articulación de la docencia, la investigación y la

⁸⁵ Hasta la actualidad muchos archivos antiguos del CENCREM no han sido disponibilizados para consulta.

producción, componentes principales del proceso enseñanza-aprendizaje; así como la doble función que los primeros arquitectos formados fuera de Cuba jugaban a su regreso a La Habana, como profesores en algunos cursos. A diferencia de Churubusco, la institución cubana no llegó a organizarse como centro de formación con un currículo comparable al centro mexicano, que además contaba con estatus para el otorgamiento de títulos. Algunos de los paralelismos observados entre las dos instituciones fue el hecho de estar asociados con instancias nacionales como el Ministerio de Cultura (MINCULT) en el caso del CENCREM y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en Churubusco; y el hecho de que en ambos centros se restauraba y se enseñaba a restaurar; una premisa esencial planteada desde el ICCROM para la creación de estos centros como espacios de enseñanza “capaces de atender a las necesidades del país” (Peñuelas, 2020). A partir de los informes finales publicados por la UNESCO sobre los proyectos “CUB/81/017” y “CUB/86/017”, es posible concluir que las ideas propuestas por Carlos Chanfón en el informe inicial para la creación del CENCREM no fueron aplicadas tal y como fueron proyectadas. A partir de los informes finales publicados por la UNESCO sobre los proyectos CUB/81/017 y CUB/86/017, es posible concluir que las ideas propuestas por Carlos Chanfón en el informe inicial para la creación del CENCREM no fueron aplicadas; al menos no como fueron registradas en los informes (Unesco, 1989a) Unesco (1991). La investigación realizada hasta el momento no ha alcanzado a dilucidar las posibles razones de ello. No obstante, la consulta del Informe final del “Seminario-taller de evaluación de cursos de formación en conservación de bienes culturales muebles en América Latina y el Caribe” en 1985, apunta entre otros aspectos la falta de personal dedicado exclusivamente a esta actividad en varios centros de la región (Mutal, 1987) algo que probablemente también resultó una problemática en el CENCREM.

En cuanto a la orientación de los cursos, la consulta de algunos programas⁸⁶ revela cómo la formación especializada en el CENCREM –y en Cuba- nació apegada a la visión de la restauración crítica, de gran influencia en los principios pautados en Venecia. El Programa del Curso de postgrado “Principios de la Restauración Arquitectónica”, impartido en 1985 por el arquitecto cubano Enrique

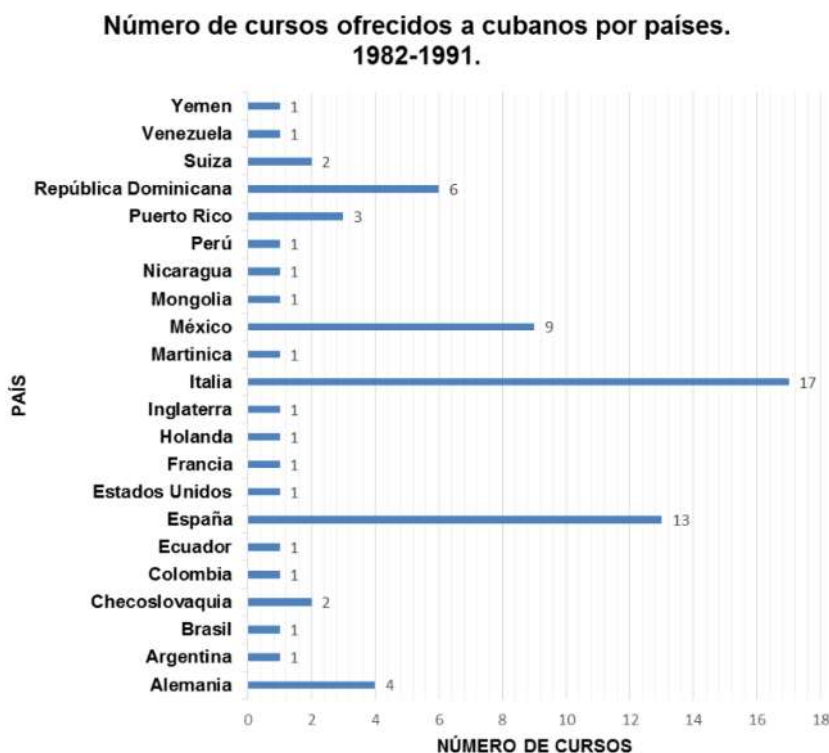
⁸⁶ Consultados en el Dossier nro. 1950 Habana Vieja. Centro de Documentación de la UNESCO en La Habana.

Capablanca, arquitecto y docente del centro, revela un plan de estudios apegado a la visión crítica de la restauración. Otro plan para el curso “Historia de la Restauración Arquitectónica”, de ese mismo año, partió del abordaje historiográfico de las corrientes investigativas y de restauración de los siglos XVIII y XIX, el llamado *restauro estilístico, romántico y científico*, para finalmente profundizar en las premisas de la restauración crítica. Las referencias de autores como Camilo Boito, Gustavo Giovanonni, y más profundamente Cesare Brandi alternaban con otros latinoamericanos como Carlos Chanfón Olmos (en materia de principios teóricos de la restauración contemporánea), Salvador Díaz-Berrio (restauración de ciudades) o Augusto Molina Montes (monumentos arqueológicos), etc.; aparentemente sin ánimo de debatir con profundidad aspectos conceptuales o embates teóricos dentro de un campo –aún en construcción en Cuba-. Básicamente es posible deducir que la intención apenas era la de complementar las diferentes visiones dentro de la disciplina o, como dijera el propio Capablanca en un artículo publicado un año antes: “organizar algunas ideas originadas por la experiencia y la documentación” (Capablanca, 1984, p.40). La evaluación de la asimilación y puesta en práctica en Cuba de estos principios teórico-metodológicos e instrumentos operativos y técnicos merece ser objeto de futuras investigaciones que evalúen, también, el desarrollo del campo de la conservación y restauración pasados los años 2000 (Hernández Alfonso; Vieira-de-Araujo e Iglesias, 2024).

Desde su fundación, el CENCREM solo pasó a ofrecer un programa de capacitación conformado por ciclos de conferencias y cursos ocasionales de postgrado dictados por el personal del centro y visitantes extranjeros. No obstante, es válido recordar que como proyecto entre el PNUD/UNESCO y el gobierno cubano, el centro tenía entre sus objetivos inmediatos “la puesta en práctica del proyecto de restauración de La Habana Vieja y en general de los bienes muebles e inmuebles de toda la nación” (UNESCO, 1989a); para ello sí era necesaria la adecuada formación de su personal técnico. En este sentido, en términos cuantitativos, sí fue considerable el aumento de la participación de los profesionales cubanos del centro en cursos, adiestramientos y misiones de estudio en instituciones internacionales. Durante los primeros cinco años (1982-1986), alrededor de 15 especialistas cubanos asistieron a cursos en el “Centro Churubusco”, en México; en el ICCROM, Roma; en Cusco, Perú; en el *Centro di Studi per il Restauro dei*

Monumenti e Centri Storici –CECTI-, en Florencia; y en centros de otros países como Argentina y Polonia (Figura 2). Ya entre 1987 y 1991 la cifra aumentó a 24 especialistas, algunos de ellos participantes en más de un curso. Igualmente el número de instituciones de acogida aumentó, ampliándose a países como España, Checoslovaquia, Alemania, Colombia, Inglaterra, Brasil, República Dominicana, Puerto Rico, Martinica, Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Suiza y la URSS (Unesco, 1991). Especial atención merece la formación de varios obreros calificados en el Instituto de Restauración de la URSS.

Figura 2- Países que recibieron especialistas cubanos entre 1982-1991.

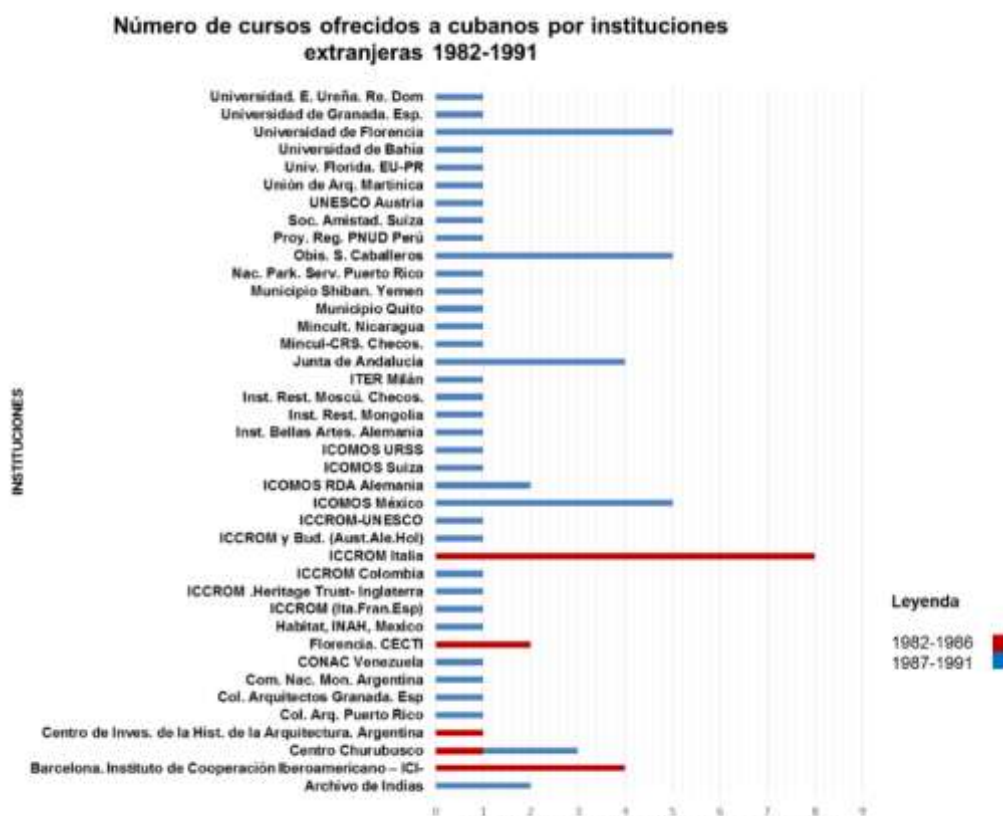


Fuente: Elaboración propia a partir de (Unesco, 1989) (Unesco, 1991).

Tan solo durante los primeros diez años de funcionamiento, mediante los diferentes convenios de cooperación internacional, el personal del CENCREM asistió a cursos especializados y pasantías en cuarenta instituciones internacionales de una veintena de países de América Latina, Europa y Asia (Figura 3). Hasta su cierre en 2012, el CENCREM formó y entrenó personal técnico especializado en la protección

del patrimonio cultural y, además, inició en Cuba una amplia actividad investigativa de la conservación del patrimonio mueble e inmueble⁸⁷ (Estudios, 2012).

Figura 3- Número de cursos ofrecidos a cubanos por instituciones extranjeras 1982-1991.



Fuente: Elaboración propia a partir de (Unesco, 1989) (Unesco, 1991).

El análisis de –por los menos- los primeros diez años del CENCREM arroja luces sobre la respuesta a la necesidad que existía en Cuba de contar con personal especializado para actuar en materia de restauración y preservación patrimonial. No bastaba el desarrollo de planes de rehabilitación urbana o patrimonial integrados, había que contar con personal capacitado para ello y se identificaron en Cuba las condiciones para configurar un centro que dirigiera este tipo de actividad. La creación del CENCREM no solo significó la concreción de una institución rectora de la disciplina de restauración y conservación del patrimonio cultural. También fue un parteaguas para el desarrollo de la actividad restauradora en Cuba que, a partir de este momento, contaría con personal capacitado, directamente ligado a las

⁸⁷ Desde 1995, para consolidar la formación de especialistas, en el CENCREM radicó la Cátedra Regional de Ciencias de la Conservación Integral de los bienes culturales y naturales para América Latina y el Caribe de la UNESCO.

instancias internacionales como el ICCROM y el ICOMOS, y participantes de las ideas y debates que desde estos centros se irradiaba, algo sin precedentes hasta el momento en la isla (Imagen 56). Desde el punto de vista científico e investigativo, figuras como Ángela Rojas, Isabel Rigol, Felicia Chateloin, Madeline Menéndez, Tamara Blanes, Carlos Venegas desarrollaron una amplia labor investigativa sobre aspectos relacionados a la arquitectura doméstica habanera, el patrimonio militar, los paisajes culturales, el urbanismo habanero y otras reflexiones teóricas sobre las nuevas inserciones en la ciudad patrimonial⁸⁸.

Imagen 56- Algunos de los especialistas del CENCREM. De derecha a izquierda: Nelson Melero, Daniel Taboada, Víctor Marín -de espaldas-, Carlos Dunn, Madeline Menéndez e Isabel Rigol.



Fuente: Cortesía Nelson Melero

Como centro de formación, aunque no desarrolló un programa de formación con currículo propio, sí posibilitó un salto en la capacitación de los especialistas y técnicos cubanos. Muchos de los arquitectos que conformaban el cuerpo de especialistas del centro, como Daniel Taboada, Nelson Melero, Víctor Marín, Carlos Dunn, Luis Lápidus llevaron a cabo numerosas obras de restauración en La Habana Vieja y otras provincias. Una de las experiencias más interesantes en

materia de restauración arquitectónica, reflejo del salto y la madurez conceptual que iba ganando este campo en Cuba fue la restauración realizada en la Casa del Mayor General Vicente García, en la provincia de Las Tunas, a cargo del arquitecto Luis Lápidus.

Hacia 1986, la dirección del Gobierno de las Tunas solicitó la colaboración del CENCREM en la reconstrucción de la Casa del Mayor General Vicente García (Imagen 47), prócer de las luchas por la independencia del poder colonial español en el siglo XIX. En la década de los ochenta esta residencia, para entonces de cuño

⁸⁸ Ver (Rojas, 1985, p. 45; Menéndez, 1988, p. 66; Rodríguez y Chateloin, 1989, p. 30)

ecléctico (Imagen 57), ya había pasado por varias transformaciones y perdido algunos de sus elementos “originales” debido, entre otros aspectos, a sucesivos incendios que sufrió la ciudad de Las Tunas durante las guerras de independencia⁸⁹. Así la describió el propio Lápidus en un artículo publicado en 1987.

Actualmente se constatan en la casa las evidencias de tres etapas definidas, observables en la parte frontal de la década de los veinte y en los restos coloniales que franquean el patio, interrumpidos por la protuberante presencia de un volumen añadido a fines de los cuarenta. Los pisos calcinados de la casa colonial han sido hallados al retirar losas del piso existente. En el proceso restaurador, se ha decidido rechazar las demoliciones y las reconstrucciones. [...] No se reconstruirá el cielorraso típico de muchas mansiones eclécticas ya perdido hace años, optándose por dejar a la vista las descarnadas estructuras de madera de la generosa techumbre del salón principal. Las huellas del paso del tiempo y de las transformaciones acaecidas serán enfatizadas. Los elementos de nueva introducción, como fenestración, iluminación, señalización y otros, serán claramente definidos como contemporáneos [...]. Así la narrativa de la época se enriquece con un cuarto capítulo, que le remitirá a nuestro prolífico acontecer cultural (Lápidus, 1987, p.134).

Imagen 57- Exterior ecléctico de la Casa del Mayor General Vicente García, hoy Memorial Mayor General Vicente García.



Fuente: Pagina de Facebook Memorial Vicente García

⁸⁹ El primero de estos incendios ocurrió 1876, iniciado por el propio General García. “Quemada antes de ser esclava” fueron las palabras, según la bibliografía histórica, con que el general ordenó la quema de la ciudad en manos del poder enemigo, comenzando por su propia casa.

Imagen 58- Vistas mostrando el aspecto colonial del patio interior.

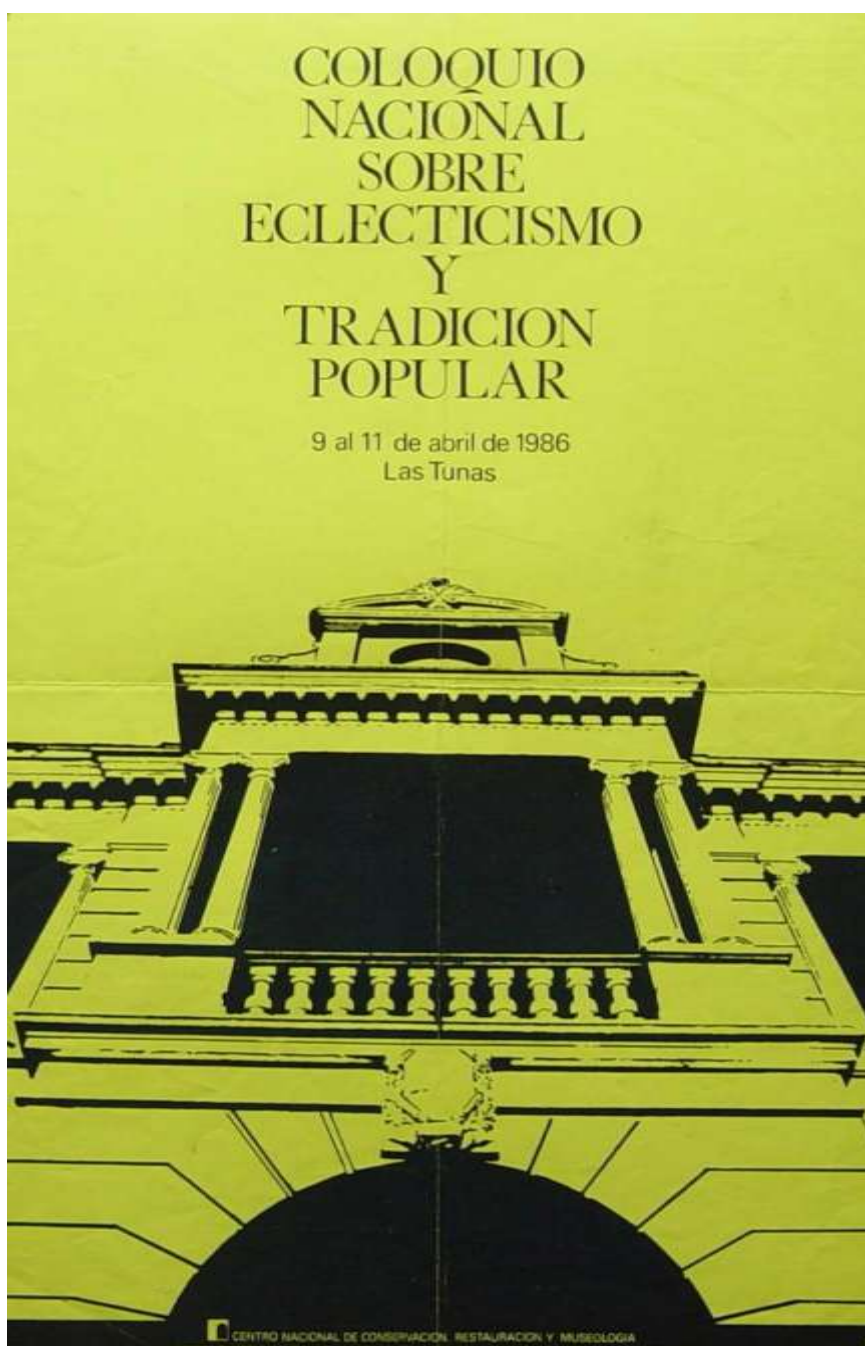


Fuente: Fuente: www.periodico26.cu

Con estas obras no solo se devolvía a la ciudad de Las Tunas un exponente arquitectónico de marcado valor histórico. También se reconocían los valores de una arquitectura ecléctica “popular”, entendida como “menor” comparada con los grandes monumentos eclécticos, como el Capitolio habanero. La restauración acometida por Lápidus motivó la realización en 1986 del “Coloquio Nacional sobre Ecléctico y Tradición Popular” (Imagen 59), de vital importancia no solo para la revalorización del ecléctico, sino también para la comprensión de la actividad restauradora y rehabilitadora extendida en el contexto urbano. A decir de María Victoria Zardoya (1998) la creación del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC) en 1987 y de los Talleres de Transformación Integral de los Barrios fueron resultado de una

visión diferente sobre la ciudad consolidada. Más adelante se profundizará en este tema y su importancia para la formación de los arquitectos.

Imagen 59- Folleto del conocido “Evento de las Tunas”.



Fuente: <http://iiif.sld.cu>

Aunque no en la medida a la que se aspiró en sus inicios, sí es posible reconocer que por primera vez en Cuba, con una visión de alcance nacional, desde el CENCREM se asesoró la conformación de planes de rescate de centros históricos de todo el país⁹⁰. De todos los objetivos planteados, es posible afirmar que el CENCREM alcanzó a erigirse como un centro de referencia para la orientación científica de la restauración y rehabilitación arquitectónica y de centros históricos, así como para el conocimiento de las experiencias internacionales. Al mismo tiempo, a nivel internacional se insertó a Cuba dentro de la amplia red de países con experiencias relevantes y aportes en estas materias.

A lo largo de toda la década de 1980 y hasta su cierre, el CENCREM promovió y auspició eventos nacionales e internacionales sobre conservación del patrimonio construido. Algunos de los más destacados a nivel nacional fueron el “Seminario de Técnicas Modernas de Restauración” y la “V Reunión del Grupo de Trabajo de los países socialistas para la Restauración de Monumentos, de Historia de la cultura y de los fondos de Museo”, en 1982 (Unesco, 1989a). Relevante también resultó el Primer Simposio Provincial de Conservación y Restauración de Monumentos, en La Habana, que contó con la presencia de Carlos Chanfón, en junio de 1984 (Cárdenas, 1984, p.62). En este mismo año fue celebrado el Primer Coloquio de Directores de Centros de Restauración de América Latina, organizado por la Oficina Regional de la UNESCO y el CENCREM, en el que participó Cevat Erder, entonces director del ICCROM.

Participaron en esta reunión representantes de ocho países y de varias organizaciones internacionales. El tema tratado fue la situación presente en esta región y el papel de los centros de restauración en el contexto de las necesidades y condiciones de cada país. El objetivo fue también establecer un diálogo entre los centros de restauración y los organismos internacionales, recomendar la creación de una red de cooperación regional con fines de intercambio de experiencias y establecer los lineamientos de la estructura de un programa coherente para la conservación tanto a niveles nacionales como regionales (Crónica, 1985, p.29).

Tras estos primeros eventos comenzaron a realizarse, a partir de 1985, cursos internacionales organizados por el propio centro, la Oficina Regional de la

⁹⁰ En los primeros cinco años de funcionamiento del centro se llevaron a cabo con apoyo directo del Centro planes de recuperación en La Habana Vieja, Santiago de Cuba, Matanzas, Camagüey, Trinidad, Bayamo, Las Tunas, Cienfuegos y se impulsaron tareas de recuperación en Gibara, Holguín, Villa Clara, Sancti Spiritus (Unesco, 1989a).

UNESCO, el PNUD y el ICCROM. Uno de los más reseñados en la revista “Arquitectura y Urbanismo” fue el III Curso Internacional de Posgrado sobre Principios de Restauración Arquitectónica, realizado entre el 28 de octubre y 8 de noviembre de 1985 (Lápidus, 1985). A este, le fueron sucediendo otros de igual carácter, con bastante frecuencia hasta entrada la década de 1990⁹¹ (Imagen 60).

Imagen 60- Fotografías de alumnos, clases y talleres del CENCREM en diferentes momentos del centro.



Fuente: (Mesquita, 2023)

En cada uno de estos cursos participaron arquitectos y especialistas cubanos y de la región. Además de los cursos de “Principios de Restauración Arquitectónica” (en 1985 y 1986), se realizaron otros sobre “Conservación Arquitectónica” (1987 y 1988) y “Análisis y conservación de superficies arquitectónicas” (1989) (Crónica, 1985; Newsletter, 1986; Crónica, 1987; Crónica, 1988; Crónica, 1989). Aunque en su mayoría, eran impartidos en el propio CENCREM, algunos de ellos se desplazaron hasta otras provincias. Tal fue el caso del curso “Formación para el desarrollo de un plan de color para la Ciudad de Matanzas”, realizado en 1990. En el mismo se realizó un abordaje metodológico para la investigación de acabados en superficies de exteriores, con participantes en trabajo de campo. Esto favoreció el inicio de un

⁹¹ En la década de 1990 se observa una disminución de los cursos de posgrado internacionales realizados en Cuba, podría decirse que debido a la crisis económica de estos años.

programa de investigación para las fachadas de los edificios de Matanzas que sería completado por profesionales locales (Newsletter, 1991).

En su gran mayoría, estos cursos eran impartidos por profesores del ICCROM como: Alejandro Alva, Carlo Cesari, Giorgio Lombardi, Ippolito Massari, Laura Mora, Paolo Mora y Jukka Jokilehto. Otros provenían de entidades con las cuales se habían establecido convenios como Frank Matero y Jean Marie Teutonico de la Universidad de Pensilvania (Estados Unidos) aunque en ocasiones también eran enviados en misiones del ICCROM⁹²; así como Giuseppina Marcialis y Rosa Bonetta del Instituto de Arquitectura de Venecia (Lápidus, 1985; Newsletter, 1986).

Entre los profesores cubanos figuraban, en su mayoría, aquellos primeros arquitectos con experiencia acumulada en décadas anteriores: Enrique Capablanca quien fuera hasta 1986 Jefe del Departamento de Centros Históricos del CENCREM; Daniel Taboada; Nelson Melero, Fernando Rodríguez Romo; así como otros historiadores del arte y formados en letras, con cursos de postgrado y gran experiencia en el trabajo de investigación y restauración de centros históricos como Alicia García Santana, Tamara Blanes y Carlos Venegas.

3.4 La restauración y conservación en la CUJAE y otras universidades del país. Investigaciones y Planes de estudio.

Así como la creación del CENCREM, la inclusión de contenidos referentes a la conservación y restauración en la formación de los arquitectos en los cursos de arquitectura del país (La Habana, Las Villas, Camagüey y Santiago de Cuba –Univ de Oriente-) se vio motivado por el escenario nacional e internacional comentado hasta este punto de la investigación. Así mismo, en el caso de La Habana, el hecho de tratarse esta especialidad estrechamente vinculada a programas de planificación urbana contribuía a promover algunos de sus contenidos entre diferentes profesores de la facultad.

⁹² En 1987, J. M. Teutonico realizó una misión en La Habana, Cuba, como parte de las actividades del Proyecto CUB/86/017 y participó en el curso del mismo año con conferencias sobre materiales de construcción porosos, piedra de construcción, mortero, reforzando la importancia del laboratorio de conservación como instrumento de diagnóstico e investigación.

Vale mencionar aquí algunas experiencias, muy puntuales en el caso cubano, que desde la década de 1970 sirvieron de punto de partida para la posterior introducción de estas materias.

Desde el punto de vista investigativo se han de destacar las pesquisas promovidas por Roberto Segre desde el Grupo de Investigaciones Históricas de la Arquitectura y el Urbanismo (GIHAU) creado en 1972⁹³. A nivel internacional, específicamente en el contexto latinoamericano, vale señalar que esta también fue una etapa en la que cobró auge el papel de los historiadores y las investigaciones en materia de arquitectura y patrimonio cultural para la comprensión de la realidad latinoamericana. Desde los sesenta, figuras como Ramón Gutiérrez, Salvador Díaz-Berrio, Rafael López Rangel, entre otros, asumen una visión de la arquitectura en mayor consonancia con los problemas sociales, abogando por el carácter instrumental de la arquitectura para transformar la realidad, a decir de Eliana Cárdenas (2018) –“discípula” de algunos de estos- ese fue un tema de confluencia, a pesar de las diferencias entre estos autores de gran influencia en las siguientes generaciones de investigadores. “Lo común de estos grupos será el moverse entre la investigación histórica y la crítica, avaladas por nuevas búsquedas de sustento teórico y su estrecho vínculo al mundo académico, de manera que debe incluirse su labor de formación de nuevos investigadores” (Cárdenas, 2018, p.183). Así, desde los años cuarenta y durante toda la década del cincuenta, sesenta y setenta –como en el caso del GIHAU en Cuba, el instituto de Historia y Preservación del Patrimonio (IHPP) de la Universidad Católica de Córdoba, en 1974; el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de Colombia, de 1978; el Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, en ese mismo año (Andrade Junior, 2024)- se crean centros de investigación histórica que favorecerán interés por el patrimonio, la investigación y la introducción de temas relacionados a estas materias en los cursos de las universidades (Cárdenas, 2018, p.183).

En el contexto cubano, uno de los trabajos más destacados del GIHAU fue la entrega de centenas de planos y dibujos de la ciudad al entonces Historiador de La

⁹³ De muy corta duración debido a la falta de visión de las autoridades universitarias que no facilitó el desarrollo de este grupo.

Habana, Eusebio Leal Spengler (1942-2020), encargado de algunos proyectos de rehabilitación en el centro histórico (Segre, 2001). Así como en 1925 se había promovido el estudio de la arquitectura colonial en la Escuela de Arquitectura, cincuenta años más tarde los estudiantes de la nueva facultad volvían a realizar levantamientos de todas las fachadas de la Habana Vieja, esta vez, con el objetivo de contribuir al inventario y análisis interpretativo de la transformación territorial de La Habana.

los ces: conservación del patrimonio arquitectónico

En 1977 tuvo lugar la “Primera Conferencia Científica de Ingeniería y Arquitectura” de la CUJAE en la cual se presentó un trabajo colectivo sobre preservación del patrimonio⁹⁴. Este quizás sea primer antecedente sobre los estudios en preservación del patrimonio en la CUJAE. Otra experiencia interesante que involucró algunos docentes de todos los departamentos de la facultad con los trabajos del sitio histórico fue la creación del grupo de trabajo Morro-Cabaña en ese mismo año. El objetivo del mismo era realizar propuestas para la recuperación y conservación de estas dos importantes fortificaciones habaneras, el Castillo de los Tres Reyes del Morro y la fortaleza San Carlos de la Cabaña, así como de otras obras del sistema defensivo de la ciudad colonial. Los trabajos realizados partían del estudio en conjunto de estas construcciones y de la relación de sus componentes con el contexto. “La importancia de este trabajo radicó en que por primera vez se enfrentó en la Facultad la conservación y restauración en equipo, permitiendo abordar diferentes aspectos dentro de este campo, tanto desde el punto de vista conceptual y metodológico, como prácticamente, y dirigir varios trabajos y proyectos de diploma” (Los centros, 1984, p.17).

En la Universidad de Oriente y la Universidad Central de las Villas, el vínculo de los estudiantes con temas sobre patrimonio construido se dio a partir de la

⁹⁴ Del cual no se obtuvo mayores detalles.

participación en trabajos de inventario de construcciones o de elementos tipológicos, estudios de caracterización y delimitación de zonas urbanas, análisis de edificaciones de valor, así como con la realización de trabajos de diploma dedicados al análisis histórico de las ciudades⁹⁵. Como se puede observar, las actividades llevadas a cabo por los estudiantes en las diferentes universidades eran prácticamente las mismas (inventarios, levantamientos, estudios de caracterización y componentes, etc.), solo variaba la orientación de las investigaciones de acuerdo con aquellos temas de interés para la región. Si bien en Santiago de Cuba los estudios se dedicaron al análisis de plazas, parques, zonas urbanas y edificaciones, en la Universidad Central además se volcaron al estudio sociocultural de la región central y la evolución arquitectónica y urbana de las ciudades de nueva fundación en el siglo XIX vinculadas a la industria azucarera (Los centros, 1984). El caso de la Universidad de Camagüey constituye una excepción ya que coincidió la apertura del curso de arquitectura (en 1978) con la declaratoria de la ciudad como Monumento Nacional, hecho que, a decir de Lourdes Consuegra, promovió “un embrión con inquietudes investigativas en el tema de la conservación de los monumentos y sitios” dentro de esta universidad, tornándose así pionera de los estudios e investigaciones sobre restauración del patrimonio (Consuegra, 2001, p.73).

En 1979, dentro de la Facultad de Construcciones de la Universidad de Camagüey se creó un equipo de investigación con profesores del Departamento de Arquitectura que buscaban iniciar los estudios sobre el centro histórico, sus principales problemáticas y las dificultades de su conservación (Plá; Gómez y Prieto, 2015). La labor del equipo de profesores del Departamento de Arquitectura en la Universidad de Camagüey se sumó al trabajo que, a partir de 1982, comenzó a realizar en esta ciudad el Equipo Técnico de Restauración de Monumentos adscrito a la Dirección Provincial de Cultura en esa ciudad. El trabajo de todos estos profesionales, junto al de los estudiantes, contribuyó a completar inventarios e investigaciones históricas necesarias para generar una importante base documental del centro histórico camagüeyano. La experiencia dentro de la Universidad de Camagüey motivó a los miembros de la dirección de esta especialidad en dicho

⁹⁵ En la Universidad de Oriente los primeros trabajos de diploma dedicados al “análisis histórico de la ciudad de Santiago de Cuba con vista a establecer parámetros para su remodelación” se realizaron en la década de 1970. (Los centros, 1984)

centro a proponer la inclusión de contenidos específicos de conservación y restauración del patrimonio edificado en los planes de estudios de la carrera de Arquitectura, a nivel nacional. Por primera vez en el curso académico 1984-1985, ya dentro del *Plan de estudios B* comenzó a impartirse “Teoría de la Conservación” como parte de la asignatura “Historia de la Arquitectura y el Urbanismo III” en el 3er año de la graduación (Plá; Gómez y Prieto, 2015). Se completaba así, poco a poco, la formación a nivel de pregrado en materia de conservación y restauración, desde la aproximación investigativa hasta la introducción de contenidos de la especialidad.

3.4.1 Los Planes de estudios B, C y C “perfeccionado”.

Con relación al *Plan de estudios A* (1977), el nuevo *Plan de estudios B* (1982)⁹⁶ trajo consigo una “fuerte reducción de los contenidos teóricos”⁹⁷ de la arquitectura, algo que de alguna forma se trataría de resarcir con el posterior “plan C” que sí reconocería la importancia de la formación teórica, lo cual no significa que esto se haya conseguido efectivamente con su implementación. Para Cárdenas (2001) la sistematicidad de los contenidos teóricos entre los planes A y B se apreció mayormente en los textos básicos que fueron redactados para las asignaturas, complementados con otros textos auxiliares y de consulta. En materia de restauración, conservación patrimonial y rehabilitación urbana la atención dada a la formación e investigación para actuar en este campo ganó relevancia con el plan B.

Desde finales de la década de 1970 la evaluación de algunas disciplinas había arrojado luces sobre la necesidad de perfeccionamiento y actualización del plan de estudios. Los resultados de estas evaluaciones fueron debatidos en el “Primer Coloquio Nacional de la Enseñanza de La Historia y la Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo” en 1981; un balance en el cual se evaluó la necesidad de fortalecer la enseñanza de la historia de la arquitectura cubana, latinoamericana, su relación con disciplinas afines, su actualización, así como la incorporación de

⁹⁶ Vigente hasta 1987.

⁹⁷ En su análisis, Cárdenas (2001) comenta que entre 1983 y 1987 en este plan desapareció la disciplina de Crítica de la Arquitectura mientras que los contenidos de urbanismo se reducen a otra disciplina de Introducción al Urbanismo. Asimismo, los contenidos de Diseño Básico se reducen en el plan B, para luego eliminarse en el plan C, incorporando solo algunos contenidos en la asignatura de Introducción al Diseño.

principios del análisis semiótico, de la estética marxista y del campo de la sociología (Cárdenas, 1982).

La consulta de uno de los libros de texto elaborado en 1981 por Eliana Cárdenas, Lohania Aruca y Roberto Segre, correspondiente a la asignatura “Historia de la Arquitectura y del Urbanismo III: América Latina y Cuba”, evidencia que también se buscaba enfatizar los vínculos entre las manifestaciones culturales, artísticas y la arquitectura, destacando su importancia en el proceso de conformación de una cultura nacional y popular. Esta era, además, la primera vez que se vinculaba la evolución del arte, la arquitectura y el urbanismo cubanos a sus expresiones homólogas en Latinoamérica.

Otra experiencia importante en este sentido fue la introducción del estudio del eclecticismo en Cuba en la disciplina de “Teoría e Historia de la Arquitectura y Urbanismo”, a partir de 1978.

Comenzó a estudiarse entonces el barrio Cayo Hueso, a partir de tomar conciencia de lo traumática que había sido la intervención en esa zona. Esto llevó a un estudio del Barrio, que incluyó la detección de sus valores para poder decidir qué conservar. Fue un primer paso de análisis de la arquitectura republicana, dentro del ámbito académico, cuyo enfoque aún se quedó en el nivel urbano (Zardoya, 1998, p.43).

La realización del coloquio de 1981 buscaba fundamentalmente tener nuevos elementos para incorporar a la asignatura de “Historia de la Arquitectura” en el nuevo “plan B” a implementarse en el curso de 1982-83. En la ocasión, se retomaron importantes debates como la vinculación de ésta con otras como “Taller de Diseño”, para el abordaje de la arquitectura y el urbanismo cubanos, así como el aporte que a través del trabajo docente podía brindarse al estudio y conservación del patrimonio arquitectónico (Cárdenas, 2001).

El afán por obtener resultados relevantes y viables para la formación y fundamentalmente para la práctica arquitectónica de estos años se manifestó en la amplia participación en este coloquio de especialistas y personal involucrado en

estas tareas⁹⁸. Relevante dentro del evento fue la organización de un ciclo de conferencias en el Museo de la Ciudad, en la Habana Vieja, ofrecidas por el historiador y arqueólogo Francisco Prat Puig, los historiadores Manuel Moreno Fraginals y Eusebio Leal, y el arquitecto Roberto Segre. Igualmente, fue reconocido el trabajo investigativo que diversos docentes ya habían desarrollado sobre estos temas en otros centros del país. Recordemos que, desde finales de la década de 1970, en la Universidad de Camagüey se había comenzado a promover las investigaciones en torno al patrimonio construido y a la ciudad histórica. De las reflexiones y estímulos generados en este evento partió el análisis de las posibilidades que ofrecía la vinculación de la disciplina de “Historia de la Arquitectura” con la conservación de los monumentos, entre otros elementos, por el reconocimiento que se tenía del marco de actuación del arquitecto dentro de la ciudad consolidada (Cárdenas, 1982). No obstante, una de las conclusiones de este evento evidenció el interés en que el patrimonio arquitectónico y su preservación no se impartieran únicamente como parte de una asignatura, sino que se incluyera en los objetivos generales de la formación de pregrado. En el mismo se acordó:

Que la dirección de la Facultad y la Comisión de Especialistas que tienen a su cargo el perfeccionamiento del plan de estudios, considere la posibilidad de integrar en sus planteamientos generales y en algunas asignaturas en particular, temas que permitan formar al estudiante en la conservación del ambiente construido, ya que dentro de él se realizará la mayor parte de su trabajo profesional. También debe integrarse en la escala urbanística, la remodelación de los centros urbanos en los planes directores.

Se aprueba la proposición de que se impartan conocimientos generales en el nivel de pregrado sobre la conservación del patrimonio arquitectónico y urbanístico, en estrecha vinculación con las asignaturas de Historia, Talleres de Diseño Arquitectónico y Urbanístico y de Técnicas de Construcción (Cárdenas, 1982, p.75).

A modo de especialización, la formación de pregrado se complementaría con estudios de posgrado sobre restauración de monumentos realizados en conjunto con instituciones encargadas de este tipo de trabajo como la Oficina del Historiador o el

⁹⁸ En la ocasión participaron docentes de la disciplina de Historia de los centros de Ciudad de La Habana, Villa Clara, Camagüey y Santiago de Cuba. Además de estar representados el Departamento de Historia de la Cultura de la Facultad de Historia de la Universidad de Santiago de Cuba, el Departamento de Historia del Arte de la Facultad de Letras y Arte de la Universidad de La Habana y la Facultad de Artes Plásticas del Instituto Superior de Arte; participaron profesores de los departamentos de Diseño Arquitectónico, Diseño Arquitectónico Especializado y Diseño Básico de la Facultad de Arquitectura. También estuvieron representados la dirección de la Facultad, las organizaciones políticas y de masa y el movimiento de alumnos ayudantes (Cárdenas, 1982, p. 75).

CENCREM, como una muestra del apoyo que debía brindarse desde la universidad a los planes de recuperación que comenzaban a implementarse con fuerza en la Habana Vieja (Los centros, 1984). Este interés reforzaba el principio de estudio-trabajo y la vinculación de la educación superior a la vida nacional, un aspecto que aún permeaba el discurso en relación al papel de los centros educacionales desde inicios de la revolución de 1959. Profesores como Eliana Cárdenas reforzaban la necesidad de perfeccionar la enseñanza de la historia de la arquitectura cubana, según sus palabras, como una forma de “aumentar la proyección práctica de la historia de la arquitectura” en medio del auge de las tareas de conservación y restauración (Cárdenas y Segre, 1984, p.96).

Aun cuando el primer antecedente sobre los estudios en preservación del patrimonio en la CUJAE se había dado en 1977⁹⁹, a decir de Cárdenas (2000) no sería hasta 1984 con la celebración del “Primer Seminario Nacional de Conservación y Restauración”¹⁰⁰, organizado por el CENCREM, que la Facultad de Arquitectura presentaría una propuesta para la inserción de los contenidos de conservación del patrimonio en la formación de los arquitectos cubanos¹⁰¹. De forma general, con el Plan B, se comenzó a configurar la formación del arquitecto con un perfil más amplio en éstas materias, se fortaleció la formación doctoral del claustro de profesores y se consolidó la formación de posgrado. No obstante, en la práctica, prevalecía la formación del arquitecto para proyectar obras nuevas que, aun en medio de la ciudad tradicional, respetasen apenas la altura promedio de las construcciones circundantes. El resto de los elementos morfológicos, del clima o de materiales tradicionales para la reparación y mantenimiento de construcciones, no se llevaron en cuenta hasta finales de los ochenta¹⁰².

⁹⁹ Durante la Primera Conferencia Científica de Ingeniería y Arquitectura de la CUJAE.

¹⁰⁰ El Primer Seminario Científico Nacional de Conservación y Restauración se llevó a cabo del 3 al 5 de diciembre. Expusieron ponencias numerosos especialistas de todo el país comprometidos con la temática debatida. Conjuntamente asistieron invitados de países latinoamericanos y europeos socialistas.

¹⁰¹ Sobre esta propuesta no se tiene información.

¹⁰² A lo largo de los años ochenta la baja calidad de la conformación urbanística de las nuevas zonas habitacionales, la monotonía en el diseño de los edificios, la poca adecuación en algunos casos a las condiciones climáticas y a formas de vida de la población y el débil tratamiento estético y expresivo de la arquitectura comenzaron a generar críticas entre la comunidad académica. A decir de Eliana Cárdenas (2018, p.230) “a finales de los años ochenta e inicios de los noventa fue el momento en que la arquitectura y la ciudad tuvieron una mayor presencia en revistas culturales”.

El curso 1990-1991 inauguró el “Plan de estudios C”, que, a decir de José Fornés (2001, p.23), definió con más claridad la concepción del arquitecto como un “diseñador de amplio espectro capaz de insertarse en las estructuras de la producción desde su graduación”. Dada la necesidad de una mejor integración a la vida profesional, también procuró reforzar la formación como arquitecto constructor. Así, en relación a los dos planes anteriores, el plan C tuvo como disciplinas principales la de “Proyectos de Arquitectura y Urbanismo” y “Tecnología y Dirección de la Construcción” (Cruz, 1998). En este plan desaparecieron como asignaturas independientes “Introducción al Urbanismo” y algunos contenidos de “Diseño Básico” se resumieron en “Introducción al Diseño”. En “compensación”, se propuso la asignatura de “Teoría e Historia de la Arquitectura y el Urbanismo” que incorporaba los contenidos de teoría, crítica de la arquitectura y el urbanismo, sociología y estética. Condensar los contenidos de teoría e historia en una asignatura, a decir de Eliana Cárdenas, fue “difícil de aplicar por la disminución de horas disponibles, la poca disponibilidad de docentes y la casi imposibilidad de apartarse de la organización cronológica de los temas, dada la ausencia de referencias anteriores y el nivel cultural limitado de los estudiantes” (2001, p.34).

A estas dificultades se sumó la llegada del Período Especial, al cual se hará referencia más adelante, ocasionando la reducción de la actividad constructiva principalmente en los primeros años. La poca inserción de los estudiantes en obras en ejecución tronchó el primer objetivo, y la inestabilidad de los contenidos de diseño en disciplinas a lo largo de la carrera tampoco favoreció la adecuada asimilación de estos temas (González Romero; López y González, 1996). Fue preciso rediseñar este Plan C hacia finales de la década. El nuevo “Plan C perfeccionado” puesto en vigor en 1998-1999, colocó como disciplina principal la de Proyecto. Este nuevo plan procuraba mejorar la calidad de los proyectos, profundizar en las fases conceptual y ejecutivas, en la preparación técnico-constructiva y de dirección con base económica (Bancroft, 2001).

En materia de conservación y restauración del patrimonio edificado, el Plan C continuó incorporando contenidos de esta especialidad en las diferentes asignaturas, pero fundamentalmente en la investigación y en los trabajos de diploma (tesis). En este sentido, la gran novedad se produjo en los estudios de posgrado, con la

abertura en 1993 de la “Maestría en Rehabilitación de Edificaciones”; organizada por la Facultad de Arquitectura y el CENCREM, con la colaboración del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital y el Instituto Nacional de la Vivienda, entre otros (Zardoya, 1998)¹⁰³. Con la apertura de esta maestría a inicios de los años noventa fraguó la ya asidua colaboración entre el CENCREM y la Facultad de Arquitectura de la CUJAE con vistas al fortalecimiento de la formación de arquitectos para intervenir el patrimonio construido.

En el “Plan C perfeccionado”, puesto en práctica a partir de 1998, fueron introducidos tópicos específicos sobre conservación y restauración del patrimonio edificado como parte de las asignaturas optativas de la disciplina de “Teoría e Historia” en la CUJAE. “Nociones sobre rehabilitación del patrimonio edificado”, “Síntesis de la historia de la conservación”, “Problemas de la rehabilitación patrimonial”, “Análisis de ejemplos en la intervención patrimonial” se comenzaron a impartir en el tercer año, mientras “Teoría de la Rehabilitación del Patrimonio edificado”¹⁰⁴ se impartía durante todo un semestre en cuarto año de la carrera (Cárdenas, 1998a). Asignaturas como Cultura y Arte cubanos solo se ofrecían como optativas en el primer semestre del quinto y último año de la carrera.

En otros centros del país como la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Camagüey, dentro del Plan C perfeccionado, contaba con uno de los programas más consolidados a nivel de pregrado. Si bien desde los años ochenta los estudiantes se incorporaban a la actividad investigativa hacia finales de los noventa en Camagüey se organizó un semestre completo de clases y asignaturas prácticas con formación teórica y práctica necesaria para acometer trabajos de conservación (Gómez y Vila, 1998). En el cuarto año de la especialidad, de forma integral con otras asignaturas básicas, se articularon los contenidos sobre conservación y rehabilitación en cinco bloques de actividades de los cuales el primero se dedicaba a clases teóricas (32h de Teoría e Historia de la Conservación) y el resto a clases prácticas o a la llamada práctica laboral. Esta estructura respondía al concepto de

¹⁰³ El Doctorado Académico en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio Edificado se puso en marcha en el año 2000.

¹⁰⁴ El contenido de este tópico incluía: Evolución de las concepciones y políticas de intervención en el patrimonio edificado, La ampliación del concepto de valor, Problemas recientes, Aspectos teóricos y metodológicos en relación con el rescate y la rehabilitación del patrimonio edificado.

“enseñanza-aprendizaje” (que integraba la docencia, investigación y producción) promovido por Carlos Chanfón para el CENCREM a inicios de los ochenta y utilizado además por otros centros especializados para la formación en restauración en América. A decir de Lourdes Gómez e Ivan Vila (1998) ello consistía en que:

La docencia que se imparte está en función del Proyecto de Conservación de una zona del Centro Histórico, en las que se aplican los resultados de investigación del Centro de Estudios de Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado, y a la vez forma parte de esos resultados. Este proyecto responde a una necesidad práctica de la ciudad, (refuncionalización de una zona del Centro de la ciudad) por lo que se desarrolla un tiempo de práctica laboral, en Unidad Docente, en la que participan los profesionales de la producción (equipo técnico de restauración), como profesores adjuntos (Gómez y Vila, 1998, p.75).

Básicamente, se trataba de dotar al estudiante de los conocimientos indispensables; aptitudes para tener una postura adecuada ante los problemas del patrimonio arquitectónico y urbano. La experiencia en la Universidad de Camagüey al parecer fue una de las más completas para la formación especializada desde el nivel de pregrado, cerrando la década del noventa con la apertura de la segunda maestría del país dedicada a la preservación del patrimonio edificado, en 1998.

Resumiendo, la introducción de contenidos propios de la conservación y restauración en la formación de pregrado del Plan B se concibió vinculada a otras disciplinas consideradas afines, específicamente, las de historia de arquitectura, diseño arquitectónico y urbano, técnicas constructivas; y muy especialmente en la realización de investigaciones y tesis de grado. En el Plan C, cuando se unifican los contenidos de teoría e historia de la arquitectura, resulta difícil evidenciar cómo eran tratados temas relacionados a la conservación y restauración. En el mismo plan es posible percibir un distanciamiento de estos temas con la asignatura de proyecto que hacía énfasis en cuestiones conceptuales y ejecutivas, la preparación técnico constructivo y la dirección de procesos con base económica y de mejora de la calidad. También es posible identificar cierto divorcio entre la enseñanza de la teoría vinculada al proyecto. A decir de Eliana Cárdenas en 2001: “si bien en los ochenta se apreció en los proyectos realizados una apertura hacia las tendencias internacionales del momento, la ausencia de una visión teórica coherente y la ausencia de una conceptualización que implicaba despojar a las formas de su

dimensión ideológica, no ha contribuido al desarrollo de la teoría” (Cárdenas, 2001, p. 34). La preocupación de Cárdenas por la formación teórica de los arquitectos resultaba una constante en muchos de sus artículos pues consideraba que el poco conocimiento teórico dificultaba el análisis de las problemáticas de forma dialéctica y por tanto limitaba la capacidad de resolución de conflictos. Sobre la importancia del conocimiento de la teoría hablará más adelante.

3.4.2 La investigación sobre restauración y conservación y el énfasis en la renovación y/o rehabilitación urbana.

A partir de la segunda mitad de la década, Eliana Cárdenas reconoce un cambio en la actividad crítica dentro de la facultad de arquitectura, y lo atribuye al aumento de las investigaciones sobre rehabilitación urbano-arquitectónica. Debido al número de profesores involucrados en estas actividades, durante estos años fueron considerables las investigaciones y trabajos en estos temas. Los textos e investigaciones de Mario Coyula, Roberto Segre, Eliana Cárdenas y Ángela Rojas constituyeron la base conceptual para la creación de los cursos de posgrado en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio y su posterior sistematización en los estudios de maestría.

La tesis doctoral de Ángela Rojas¹⁰⁵, el trabajo teórico-metodológico realizado por Eliana Cárdenas y las intervenciones en zonas urbanas fuera del sitio histórico, como los barrios habaneros de Cayo Hueso¹⁰⁶ y otras zonas de Centro Habana, contribuyeron a integrar las investigaciones de la facultad de arquitectura a la rehabilitación del patrimonio urbano-arquitectónico de la ciudad. Con esto, la mayor parte de la “producción teórica” dentro de la facultad se produjo en torno a los temas de rehabilitación del patrimonio (Cárdenas, 2001, p. 35).

¹⁰⁵ Título: Estructura y valores urbanísticos en la remodelación de zonas de viviendas, 1986, Trabajo de Doctorado, Tutor, Juan Medina Rosas. En esta tesis, la autora trabaja el concepto de estructura flexible, cuyo modelo había sido propuesto por Colin Buchanan (1968) y otros autores. A decir de Rojas (2015) ello influenció la idea de los corredores clasificados según su vocación que se aplicó en el Plan Maestro de La Habana Vieja (1994).

¹⁰⁶ El proyecto de remodelación del barrio de Cayo Hueso transcurrió por varias etapas. Comenzó en 1973, amplió su radio de acción en 1983 y fue extendido a todo el barrio en 1984.

Vale señalar que, al hablar de “producción teórica” dentro de la facultad, es posible deducir que Eliana Cárdenas se refiere a la proliferación de investigaciones multidisciplinarias promovidas por docentes sobre temas directamente relacionados a rehabilitación patrimonial, con énfasis en la urbana; sin adentrarse demasiado en el análisis de principios o teorías propias de especialidades como la restauración arquitectónica. Da la impresión que no había intención de cuestionar o explicar principios, sino más bien de analizar su aplicabilidad en el contexto cubano, dejando estos temas más puntuales para los cursos de postgrado y especialización del CENCREM, orientado a arquitectos ya formados, muchos de ellos incorporados directamente al trabajo de instituciones como la OHCH, en el caso de La Habana. En la facultad de arquitectura, por su parte, los contenidos impartidos para encarar las nuevas inserciones en zonas consolidadas de la ciudad promovían el estudio y análisis de temas como: la relación entre lo antiguo y lo nuevo; criterios de intervención en zonas de viviendas; el estudio de la trama urbana; y el uso social y la participación ciudadana en las intervenciones de conservación, restauración o rehabilitación¹⁰⁷.

En este sentido, para los profesores de la CUJAE, a decir de Ángela Rojas (2015), la década del ochenta fue muy interesante por la búsqueda de las raíces culturales y por el respeto a las obras del patrimonio más modestas. Sobre todo: “a las zonas urbanas que hasta entonces habían sido consideradas de poco o ningún valor y por tanto “remodelables”.

Durante esos años se transitó de remodelación o renovación a la rehabilitación urbana gradual y armónica, como modelo a seguir. [...] La intensidad constructiva necesitaba modelos de edificios convenientes para la inserción en lotes libres en las zonas compactas que ya se consideraban valiosas y por tanto no era posible insertar modelos típicos de “bloque” [...], que habían sido usados indiscriminadamente hasta hacía pocos años. Lo anterior llevó a una idea inteligente pero a la vez cuestionable desde el punto de vista de una metodología de proyecto ortodoxa: un equipo de arquitectos se dedicó a buscar en archivo los proyectos originales que correspondían a los espacios vacíos que habían sido producidos por derrumbes o demoliciones. No se reconstruyeron, sino que las plantas fueron utilizadas, cuando era posible en la misma parcela; pero más frecuentemente como una carpeta tipológica de posibles soluciones” (Rojas, 2015, p.67).

¹⁰⁷ Ver Coyula (1985) y Rojas (1985).

Cabe hacer un pequeño paréntesis en este punto para analizar ciertas diferencias en el uso de los términos “renovación” “remodelación” “rehabilitación”, etc.; pues como se verá un poco más adelante, la misma autora – y otros como Eliana Cárdenas- utilizan el término “remodelación urbana” para referirse a acciones que hoy conocemos como “revitalización” o “rehabilitación”.

A inicios del siglo XX el concepto de “renovación urbana”, propio de las ideas modernistas explícitas en la Carta de Atenas 1933, se asumía como una preferencia por lo nuevo¹⁰⁸. “Demoler y construir para renovar vendrían a ser el propósito” de muchos arquitectos actuantes entre 1950 y 1970. Con posterioridad a la Carta de Venecia (1964) y el fin de la “era de las demoliciones” nuevas acciones previendo una retomada de la vitalidad económica y la recuperación física de los edificios, así como la preocupación con la población local, adoptaron los nombres de “revitalización”, “rehabilitación”, ésta última entendida en varios contextos como sinónimo de “recualificación” (como el de la Carta de Lisboa, 1995). En 1977, el arquitecto brasileño Paulo Ormino de Azevedo, en sus “Recomendaciones para la Revitalización del Centro Histórico del Cusco” comentaba que, las operaciones de recuperación en barrios tugurizados y con edificios obsoletos física y funcionalmente en los Centros Históricos eran conocidas como renovación urbana. Sin embargo, en ocasiones se denominaban así a las operaciones con objetivos y métodos muy diferentes (reconstrucción, etc.). Para este autor, la revitalización de un centro histórico constituía un caso específico de “renovación urbana”, y tenía como objetivo: “no solo la mejoría de la calidad de vida de los que habitan en él, como la conservación de su estructura urbanístico-arquitectónica” (Azevedo, 1977, p.52).

En el texto, “Intervenciones en Centros Urbanos. Objetivos, Estrategias y resultados” (2006) se dedica un acápite al análisis y usos de estos términos en diferentes contextos y documentos. Para mayores detalles, se sugiere la consulta de este material no sin antes coincidir con las autoras en que: “en un vocablo – *rehabilitación*- como en otro -*revitalización*-, queda explícita la importancia de llevar nuevas actividades económicas y, con ellas, dar nueva vida a las áreas decadentes

¹⁰⁸ Ver Vanconcellos, Leila Mendes de; Mello, Maria Cristina Fernandes de. Re: atrás de, depois de... In: Vargas, Heliana Comin; Castillo, Ana Luisa Howard de. Intervenções em Centros Urbanos. Objetivos, Estratégias e resultados. São Paulo: Editora Manole, 2006, pp.53-65)

de la ciudad” reconociendo el valor de la historia de las ciudades y del ser humano como ser cultural (Vanconcellos y Mello, 2006.p.63 añadido de la autora).

Recordemos que en el caso de Cuba, la década de 1970, caracterizada por importantes inversiones en materia de industrialización de la arquitectura y significativos planes de crecimiento y desarrollo para las ciudades cubanas, también acarreó la falta de atención, construcción y mantenimiento del fondo construido, principalmente en zonas centrales, afectando el extenso fondo habitacional. En la década de 1980, en el caso específico de la capital, esta situación se procuró revertir en 1984 con el Plan Director de La Habana, una actualización del plan anterior de 1970, elaborado a partir de los pronósticos del Plan Único de Desarrollo Económico y Social del país con vistas a los siguientes cincuenta años. El Proyecto del Plan Director por su parte, cubría un plazo más corto, de 1980 hasta el año 2000, contemplando soluciones urbanísticas detalladas, ejecución de inversiones en la capital, regulaciones y procedimientos para aprobación de proyectos (Coyula, 1985).

El proceso de elaboración y participación ciudadana¹⁰⁹ en la implementación de este plan fue objeto de análisis de un artículo publicado en 1985 por Mario Coyula, titulado “Vivienda, renovación urbana y poder popular: Algunas consideraciones sobre la Habana”. En este trabajo, el autor hacía énfasis en algunos de los aspectos más atendidos por este plan como el mejoramiento progresivo de asentamientos precarios, la construcción por esfuerzo propio, así como la Ley General de Viviendas aprobada en 1984 que transfería la propiedad de la vivienda a sus inquilinos “utilizando como pago el propio alquiler”. Cada una de estas medidas, había tenido antecedentes directos en las décadas anteriores¹¹⁰. Sin embargo el nuevo Plan Director de La Habana incorporó tres líneas complementarias a estas: la restauración de monumentos, la reanimación y la remodelación urbana (Imagen 61).

En el capítulo anterior se hacía referencia a experiencias en las que los planes de restauración de centros históricos estaban estrechamente ligados a los planes de desarrollo y futuro crecimiento de las ciudades. La diferencia de éstas con

¹⁰⁹ Para este proceso Mario Coyula consideró de vital importancia el impulso dado por la constitución de los Poderes Populares en 1977 y la creación de la Comisión Nacional y Comisiones Provinciales de Monumentos Nacionales y locales.

¹¹⁰ La rebaja de Alquileres y la Ley de Reforma Urbana que tuvieron lugar en 1960.

relación al nuevo Plan Director radicaba en que el mismo incluiría aquellas zonas menos antiguas “pero con significados propios de trama y tipologías que no solo ayudan a explicar la evolución de la Ciudad en su proceso histórico de conurbación, sino que presentan por su misma extensión y cantidad un gran valor utilitario que justifica económicamente su conservación” comentaba Coyula (1985, p. 7). Así, y por primera vez en Cuba, la visión integral de la conservación¹¹¹ tomaba cuerpo como requisito de la planificación urbana.

Imagen 61- Croquis con objetivos del proyecto de remodelación del barrio de Cayo Hueso, en el municipio Centro Habana.



Fuente: Arquitectura y Urbanismo Nro.3. 1985.

En Europa, específicamente países como Francia e Italia acumulaban experiencias de este tipo como la Ley Malraux de 1962, y el programa de rehabilitación de Bolonia, a fines de 1960, al cual se hizo referencia anteriormente. En ellas se re-direccionaban las inversiones promoviendo la rehabilitación hacia el centro de las ciudades en lugar de privilegiar la expansión hacia la periferia (Azevedo, 2003). En Cuba los arquitectos conocían bien estas experiencias, así como las prácticas que también se realizaban en países de la entonces URSS

¹¹¹ Incorporando las dimensiones socioculturales y económicas del patrimonio.

donde, a mediados de la década de 1960, la restauración de monumentos comenzó a abordarse con un enfoque urbanístico¹¹² (Orel'sky, 1977).

Numerosos artículos publicados a inicios de los años ochenta en la revista “Arquitectura y Urbanismo”, trataban del auge, a partir de la segunda postguerra, de la llamada “remodelación urbana”. En muchos casos, las experiencias de los países capitalistas en los cuales la remodelación urbana se llevaba a cabo por “el alto valor de los terrenos en las zonas centrales”, etc., se contraponía a la remodelación urbana llevada a cabo en los países socialistas en los que se buscaba “un aumento de la eficiencia en el uso de territorios urbanos, liquidación de áreas deterioradas (...), la revitalización de los conjuntos creados históricamente, con el fin, en todos los casos, de satisfacer las nuevas necesidades sociales” (Rojas, 1984, p.18). Más allá del evidente sentido ideológico de muchos artículos, que respondían de forma consciente a una visión del papel de la arquitectura en la lucha ideológica y cultural frente al conflicto capitalismo vs socialismo; ello también demuestra el conocimiento de las experiencias a nivel internacional que entendían la “remodelación” urbana asociada a la conservación y recuperación del patrimonio construido.

Esta voluntad parecía concretarse a inicios de los ochenta y autores como Mario Coyula publicaban artículos con títulos como “Por una noción más amplia de monumento” (1984) en el que afirmaba que:

[...] la noción de monumento completaría su evolución para incorporar a zonas y edificaciones hasta ahora menospreciadas, dotándolas de un significado a la vez cultural y utilitario **[Imagen 62]**. Esa relación indisoluble entre la vida material y espiritual completaría la erradicación de la concepción estratificada y clasista sobre los valores a conservar que se expresa en la antítesis convencional entre lo bello y lo útil, lo antiguo y lo reciente, lo culto y lo espontáneo, lo grandioso y lo humilde, el centro y la periferia (Coyula, 1984, p.14).

Es perceptible cómo este cambio en la visión y forma de actuar en materia de planificación urbana incorporando nociones de conservación del patrimonio construido, no abandonaba la orientación ideológica socialista de la arquitectura y de las instituciones. A decir de Escobar (1984) a la preocupación por el mejoramiento

¹¹² Este enfoque buscaba solucionar problemas relacionados con la inclusión de los monumentos en los planes urbanísticos para la reconstrucción de las ciudades, con un estudio simultáneo de sus posibilidades de restauración, adaptación y utilización.

de la vivienda, la infraestructura urbana, la asistencia social y el transporte; se acrecentó la función cultural de los centros históricos y grandes zonas urbanas como un factor imprescindible de cara al desarrollo de las condiciones de vida socialista.

Imagen 62- Plano de la Ciudad de La Habana destacando la concentración de sitios de valor histórico y ambiental, más allá del centro histórico.



Fuente: Arquitectura y Urbanismo Nro.3. 1985.

Paulatinamente, el tema ganó espacio en algunos de los principales eventos celebrados en estos años, como el “Encuentro internacional sobre Remodelación de Ciudades” celebrado en La Habana en noviembre de 1984. Un artículo publicado en 1985 sobre la dimensión cultural de la remodelación urbana por Eliana Cárdenas, llamaba la atención para el reconocimiento de los valores culturales (compositivos, espaciales y volumétricos) de las estructuras urbanas y arquitectónicas como forma de conseguir soluciones de diseño más adecuadas al contexto, aun en zonas sin grandes valores monumentales. Especialmente sobre la trama urbana la autora afirmaba que:

Es indispensable la comprensión del significado de esa trama en términos culturales, porque un determinado ambiente urbano es parte de la cultura, representativo de los valores de una época y porque en la ciudad hay una estrecha relación entre la calidad de los espacios de los que el hombre se apropia para desarrollar su actividad social, y las características del tejido urbano, de la morfología y tipología de los componentes que determinan esos espacios (Cárdenas, 1985, p.44).

Esta preocupación por reconocer los valores de la trama urbana en su relación con los componentes tipológicos y la morfología de algunas áreas, estaba muy relacionada a otra gran preocupación de los arquitectos: relación entre lo nuevo y lo viejo. A decir de Coyula (1984) Si bien en aquellas zonas urbanas con alto grado de valor histórico o alta concentración de monumentos, la inserción de nuevas construcciones se llevaba a cabo de forma más cuidadosa con el contexto, en aquellas zonas consideradas de bajo valor monumental las decisiones muchas veces llevaban a demoler grupos de edificios y ubicar construcciones nuevas. En muchas ocasiones, estas nuevas obras rompían con el contexto y con las cualidades de la tipología urbana y arquitectónica. Tal preocupación, unido al paso de los años, la falta de mantenimiento y el aumento del deterioro del fondo construido de la ciudad, se fue haciendo apremiante por lo cual, a decir de Ángela Rojas, hacia finales de los ochenta el problema estaba “en definir cómo producir las nuevas inserciones, no en discutir las” (Rojas, 1988, p. 21).

Desde la facultad de arquitectura de La Habana, profesores como Ángela Rojas en sus clases trabajan en función de la aplicación de estos contenidos a la práctica. El análisis de un artículo publicado en 1986 por esta autora, dedicado a la interrelación de la docencia e investigación en el conocimiento de la remodelación urbana, permite identificar cómo se pretendía desenvolver en los estudiantes las habilidades para emprender trabajos de intervención en el patrimonio urbano, vale destacar que sin ahondar en el análisis de principios teórico-metodológicos específicos del campo de la restauración y conservación. Las habilidades trabajadas estaban diluidas en disciplinas de “Diseño Básico”, “Introducción al Urbanismo”, “Historia”, “Talleres de Diseño” y “Trabajo de Diploma”, este último orientado a la integración de todos los conocimientos. (Tabla 1)

Tabla 1- Resumen con las habilidades que se pretendían desarrollar en los estudiantes por cada disciplina.

Disciplina	Habilidades relacionadas a la intervención en el patrimonio o “remodelación urbana”
Diseño Básico	Búsqueda de armonía formal entre elementos nuevos y viejos. Uno de los aspectos más debatidos del diseño en zonas de renovación es la relación armónica de lo nuevo con lo viejo, implicando un reto a la capacidad del proyectista, pues debe lograr una expresión contemporánea que no contraste con lo establecido por el entorno.
Historia de la arquitectura y el urbanismo II	Establecer relación entre los códigos de estilos eclécticos europeos y cómo estos eran trasplantados a Cuba. Los estudiantes fueron descubriendo valores arquitectónicos poco conocidos y asimilando la conciencia de conservación en zonas no monumentales. Desde el punto de vista de la investigación, el trabajo aportó valiosa información sobre los edificios estudiados.
Practica de producción	Inventarios arquitectónicos y urbanos. Les permitió entrar en contacto con las técnicas de inventario que no se imparten en ninguna asignatura, así como familiarizarse con las técnicas constructivas, historia de la arquitectura y el urbanismo. Análisis de soluciones de remodelación y soluciones urbanísticas
Talleres de Diseño V	Trabajo de remodelación desde la célula de la vivienda hasta el conjunto. Ayuda a interiorizar el componente social de la arquitectura y el urbanismo. Importancia del análisis del contexto histórico como criterio de valor. *SE APRECIAN DIFICULTADES EN LOGRAR ARMONIA ENTRE LO NUEVO Y LO VIEJO*
Trabajo de diploma	Integrar conocimientos de varias asignaturas
Introducción al urbanismo	Remodelación urbana como texto de la asignatura, que se imparte en el Plan B. En el Plan A eran solo 4h de conferencia.

Tabla de elaboración propia a partir de (Rojas, 1986)

Esta misma metodología de formación para intervenir en el patrimonio construido se observaba en los cursos de otras universidades del país en esta época¹¹³. El único curso de arquitectura que, al parecer, promovía cierta profundización en contenidos como la teoría de la restauración era el curso arquitectura en la Universidad de Camagüey (Los centros, 1984). En 1984 este centro mantenía estrecha relación con el CENCREM y otras facultades del país, y concebía la formación en conservación y restauración a partir de las investigaciones de la siguiente manera:

La investigación se ha desarrollado en cuatro vertientes fundamentales: estudios de la teoría de la restauración y conservación, lo que ha llevado además de la revisión de los documentos internacionales sobre el tema, el análisis de trabajos de restauración realizados en el país; el análisis urbano constituye la segunda vertiente, que abarca desde el estudio del casco histórico como parte de la ciudad, la realización del anteproyecto de remodelación del mismo y el estudio de aspectos más particulares como el análisis de la estructura de valor en el casco, y la definición de la estrategia de restauración para el centro de la ciudad. Las otras dos líneas de investigación se refieren al estudio tipológico de la arquitectura camagüeyana desde fines del siglo XVII hasta el siglo XIX en el tema habitacional y la realización de proyectos específicos de conservación y reanimación [...] (Los centros, 1984, p.48).

Es curioso que, además de incorporar los estudios tipológicos de la arquitectura colonial y el análisis urbano, el curso de la Universidad de Camagüey fuese el único en incluir los estudios sobre teoría de la restauración y el análisis de documentos internacionales de forma específica en las investigaciones. La aparente ausencia de este tema en la facultad de arquitectura de La Habana llama la atención por el hecho de que muchos de los especialistas cubanos que participaban en los cursos organizados por el ICCROM a través del CENCREM, algunos de ellos vinculados al trabajo de este centro y participantes de importantes eventos internacionales, eran profesores del curso de arquitectura de La Habana. Aunque no se haya podido comprobar, probablemente esto se debía a la existencia de un

¹¹³ En la Universidad de Oriente, en la década de 1980, la delimitación de parámetros a tenerse en cuenta al enfrentar la restauración de edificaciones de valor, partía del análisis detallado de los elementos la arquitectura en sus diferentes periodos. El estudio de las características tipológicas de la arquitectura santiaguera de la etapa colonial se estimulaba desde las investigaciones promovidas por los docentes de las disciplinas de Historia y Proyecto Arquitectónico (Los centros, 1984).

centro específico orientado a la formación y capacitación para la restauración como el CENCREM en La Habana.

De una forma u otra sí es evidenciable que los aspectos relacionados a la rehabilitación urbana (nuevas inserciones, importancia de la trama urbana, etc.) iría ganando espacio a partir de la segunda mitad de la década de 1980. Por medio del trabajo del CENCREM y de revistas como "Arquitectura y Urbanismo"¹¹⁴, fueron conocidos en Cuba y publicados íntegramente tres documentos que contribuirían a orientar el trabajo y la capacitación de especialistas en materia de conservación del patrimonio construido, con foco en los aspectos anteriormente mencionados. La Declaración de Puebla (1986), la Carta de Washington (1987) y la Declaración de Mérida (1987), además de reafirmar la vigencia de documentos ampliamente conocidos en Cuba como la Carta de Venecia de 1964 y la Declaración de Nairobi en 1976, planteaban principios y recomendaciones sobre estos asuntos. En cada uno de los eventos que dieron origen a estos documentos participaron especialistas del CENCREM, algunos de los cuales también formaban parte de la sección cubana de ICOMOS y se desempeñaban como profesores de la facultad de arquitectura del CUJAE¹¹⁵.

En noviembre de este mismo año se celebró el "Octavo Simposio Internacional de Conservación del Patrimonio Monumental" en la ciudad de Mérida, México. El tema a debatir se centró en las "Nuevas arquitecturas en los tejidos urbanos tradicionales"¹¹⁶ (Lápidus, 1988a). Para esta investigación, es de interés destacar que la Declaración de Mérida, además de ahondar en algunos de los

¹¹⁴ En artículo publicado en 1991, en el número 3 de esta revista, Eliana Cárdenas agrega una nota comentando que los artículos dedicados al patrimonio arquitectónico y urbano son mayoría. "En "Arquitectura y Urbanismo", en 18 números de 1984 a 1989, de un total de 203 trabajos, clasificados en 9 temas, 80 corresponden al señalado, para un 39,5%. En *Arquitectura-Cuba*, en 13 números de 1983 a 1988, en 119 trabajos, 59 tratan este tema, para un 49,6% del total (Cárdenas, 1991b, p.14).

¹¹⁵ Al Séptimo Simposio Internacional de Conservación del Patrimonio Monumental", evento que dio origen a la Declaración de Puebla, asistieron, como miembros del ICOMOS CUBA y del CENCREM, los arquitectos Luis Lápidus y Daniel Taboada. De la Facultad de Arquitectura de la CUJAE asistieron la licenciada Lohania Aruca y la arquitecta Ángela Rojas, profesoras auxiliares. A la Octava Asamblea General y Simposio Internacional de Monumentos y Sitios" (ICOMOS) en octubre de 1987, que dio origen a la Carta de Washington o Carta Internacional para la Conservación de las Ciudades Históricas, asistieron como representación de la sección cubana de ICOMOS la arquitecta Isabel Rigol, directora del CENCREM, el arquitecto Daniel Taboada, y la licenciada Nilda Alba, especialista del Ministerio de Cultura (Taboada, 1988).

¹¹⁶ A la misma asistió el arquitecto Luis Lápidus, quien además participó en la redacción de la declaración final.

principios ya explicados en documentos anteriores, proponía la participación de los futuros profesionales en tareas de intervención contemporáneas en tejidos urbanos tradicionales desde su etapa de formación, así como “vincular las actividades de docencia e investigación de las universidades y otros centros de enseñanza con este tipo de trabajo”; algo que, como se ha visto, ya se había comenzado a implementar en las facultades de arquitectura cubanas.

Todo este intenso movimiento en torno a la valorización del tejido urbano se reflejó en los Planes Quinquenales para la restauración, llevados a cabo por el CENCREM de conjunto con la OHCH. A partir de un esquema de intervención denominado por Roberto Segre (1987) como Sistema Trama-Monumento, a lo largo de estos años se articuló la restauración de construcciones de alto valor ubicadas en importantes espacios urbanos (plazas) con la reanimación funcional de ejes viales tradicionales. Infelizmente, el alcance de estos trabajos fue muy limitado, entre otros aspectos, por las condiciones económicas del país. El trabajo del CENCREM, por ejemplo, dependía –en gran medida- del PNUD en un primer momento y de convenios internacionales. Datos ofrecidos por la Oficina del Plan Maestro para la Revitalización Integral de La Habana Vieja (1994) citan como recuento final de la década de 1980, apenas 65 edificios revitalizados en el entorno de las plazas. La gran mayoría de ellos fueron dedicados a fines culturales y tan solo unos pocos, en la Plaza Vieja, destinados a viviendas¹¹⁷.

Si bien, en teoría, la década de 1980 propició una aproximación al patrimonio construido como parte de una visión integral de planificación y rehabilitación urbana, la práctica arquitectónica develó una realidad mucho más compleja y algo diferente. Los balances que autores como Mario González Sedeño y Mario Coyula realizaron sobre el estado de la ciudad de La Habana en el año 1991 destacaban problemas heredados no resueltos, o de nueva índole, que representaban un verdadero desafío. Falta de efectividad en las acciones llevadas a cabo en la ciudad, lentitud en las acciones, enfoques sectoriales, concepciones erróneas, dificultades económicas; fueron algunas de las causas apuntadas por González Sedeño (1991) para explicar

¹¹⁷ VER: Proceso de Rehabilitación. Disponible en <http://www.planmaestro.ohc.cu/index.php/gestion-del-plan/rehabilitacion>

el deterioro de las construcciones, la falta de higiene y limpieza, los problemas con el transporte y las comunicaciones, la vivienda y la infraestructura de La Habana.

Mario Coyula (1991a) por su parte, más enfático en su análisis, comentaba sobre la “ruptura traumática” de nuevas construcciones con la morfología, escala y carácter de algunos barrios de la capital, así como las demoliciones de un patrimonio construido, social y económicamente útil en estas zonas. En este sentido llegó a afirmar que:

Se apreciaba un distanciamiento creciente entre el contenido innovador y humanista de los programas constructivos, y el estancamiento e incluso involución de los modelos físicos resultantes. De manera descarnada, se puede decir que la arquitectura cubana del último tercio del siglo XX abandonó el panorama cultural nacional, tan rico en otras manifestaciones creadoras (Coyula, 1991a, p. 51).

Lamentablemente, el escenario económico del país estaba lejos de mostrarse favorable a cualquier mejoría y los años noventa iniciaron con un giro intempestivo en la sociedad y la política cubanas. La disolución de la URSS y el fin del Campo Socialista, no solo ratificó el aislamiento geopolítico de la isla en el proceso de transición socialista sino que también instaló una profunda crisis económica, a raíz de la disolución del CAME en 1991, dejando en jaque todos los proyectos en marcha para sociedad cubana¹¹⁸. Se inició así el llamado Período Especial en tiempo de paz.

Para la conservación del patrimonio construido no solo las dificultades económicas propiciaron un aumento casi descontrolado de las demoliciones a inicios de los noventa. En una crónica publicada por Mario Coyula en 1991, sobre un encuentro de trabajo realizado en julio de 1990, en el cual participaron representantes de instancias como el CENCREM, el Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC), creado desde 1987, la OHCH y la Comisión Provincial de Monumentos, etc. para analizar este tema, salta a la vista la siguiente afirmación: “Se demuelen cosas que se pueden salvar, pero el análisis no puede ser solo administrativo. La mayoría de los arquitectos en Cuba no saben integrar restos

¹¹⁸ Tan solo en la capital cubana, la construcción de una decena de edificios quedó detenida entre otros aspectos por la falta de combustible. En el país, las carencias en múltiples esferas como la alimentación, el transporte y el sector energético, instauraron una situación semejante a la de un conflicto bélico (Zardoya, 2018).

antiguos con elementos nuevos” (Coyula, 1991b, p.18). Tal afirmación, sin restar responsabilidad a las disposiciones equivocadas de algunos decisores, traía a la palestra la limitada formación de los arquitectos para encarar cualquier intervención en zonas consolidadas. Al mismo tiempo, reafirma la pertinencia de ciertos debates que desde finales de la década de 1980 estaban colocados pero que, evidentemente, contaron con poco o ningún avance en la práctica arquitectónica, como por ejemplo, las nuevas inserciones y la relación entre lo antiguo y lo nuevo.

A estas deficiencias el mismo autor sumaba otras como la falta de conocimiento técnico, la realización de obras de rehabilitación sin tener en cuenta un proyecto, la “falta de claridad” o de una cultura para apreciar en su justa medida los valores de los edificios, inclusive el valor económico, y de forma general la falta de una visión integral sobre la ciudad y el patrimonio construido (Coyula, 1991b). Evidentemente se hacía necesario que estos temas no solo rondaran las facultades de arquitectura del país, sino que pudieran concretarse en la práctica arquitectónica. Además de recursos, aún hacía falta personal formado integralmente.

Sobre esta última necesidad, autores como Eliana Cárdenas (1991) no cesaban en su empeño por reflexionar sobre la formación de los arquitectos en la facultad de arquitectura para enfrentarse a la recuperación del patrimonio. Con independencia del espacio que el estudio del patrimonio había alcanzado en las universidades, al cual se ha hecho referencia con anterioridad, aún eran evidente las dificultades existentes para integrar a partir de un enfoque teórico-metodológico los contenidos impartidos con las investigaciones de los docentes y las acciones concretas en las que era llamada a participar la universidad.

Para alcanzar esto, además de hacer hincapié en aspectos técnicos y culturales, según la autora había que alcanzar una profundización teórica. En materia de restauración específicamente, se hacía necesario un debate teórico que permitiese realizar análisis sobre el sentido y propósito de la misma, así como el esclarecimiento -en las aulas- de conceptos como el de reanimación, renovación y rehabilitación. Entre las principales conclusiones arrojadas por Cárdenas, vale la pena citar:

[...] la inclusión de contenidos teóricos que posibiliten apreciar los problemas de intervención en el contexto construido de manera integral y que considere las diferentes escalas y alternativas de intervención; el desarrollo de habilidades en cuanto a técnicas de investigación, conocimiento y manejo de materiales y técnicas, y realización de propuestas de proyecto. Todo esto deberá tenerse en cuenta por las disciplinas que deben participar coordinadamente.

[...]

Promover entre los docentes la discusión sistemática de estos temas, con la participación de otros profesionales y de los estudiantes, con el propósito de contribuir al esclarecimiento conceptual que es necesidad de todos, pero más aún, del patrimonio heredado que espera por ser incorporado a la vida actual (Cárdenas, 1991b, p.16).

Frente a la persistencia de estas problemáticas, cabría preguntarse nuevamente qué papel jugaba el CENCREM y, específicamente, algunos de sus especialistas que también formaban parte del claustro de profesores de la facultad de arquitectura. ¿En qué medida la relación del CENCREM con la facultad de arquitectura contribuía efectivamente a la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración? ¿Solo se contribuía con las investigaciones? ¿O es que estas dificultades para establecer una formación teórica profunda también existían dentro del CENCREM?

Sin pretender anticipar una respuesta a esta problemática, pareciera que aún con los grandes avances que la experiencia restauradora e investigativa de estos años proporcionó al campo de la restauración y conservación, la década de 1980 finalizaba con más desafíos para los arquitectos y especialistas. La consolidación de un pensamiento crítico en torno a algunos conceptos esenciales y al sentido de la restauración arquitectónica generó, fundamentalmente hacia fines del decenio, un cuestionamiento constante –en figuras como Luis Lápidus (1992)- del alcance y de la necesidad de una práctica restauradora integral, hay que destacar, sin adentrarse demasiado en aspectos de la restauración científica, fundamentalmente en la facultad de arquitectura de La Habana.

Ello, unido a la mudanza radical que traería consigo los años noventa en Cuba, colocaba en tela de juicio la formación de los arquitectos para actuar en esta área. Si a inicios de los ochenta la urgencia era contar con personal capacitado para la obra restauradora que se pretendía poner en marcha, la década de 1990 obligaría a concentrar el debate en la resolución de un problema al parecer impostergable: La

dificultad para compatibilizar la formación de los arquitectos con las necesidades de la ciudad, del país y de la sociedad (Lápidus 1992). Cabe entonces en esta investigación extrapolar esta misma dificultad de compatibilización entre la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la conservación y restauración, no solo con las necesidades del país (pues a fin de cuentas ese también sería una de las funciones del arquitecto en la sociedad socialista) sino también con las especificidades y demandas científicas de este complejo campo de conocimiento.

3.5 Los convenios de cooperación internacional en materia de patrimonio cultural y su expresión en la formación especializada en los noventa.

La cooperación internacional en el ámbito de la ONU constituyó uno de los objetivos recogidos en la Carta de Naciones Unidas desde 1945. En un principio, su origen estuvo asociado fundamentalmente al ámbito económico y tecnológico, pero poco a poco el escenario se fue complejizando y contemplando otras áreas como la cultura, la educación y el desarrollo humano, etc. Para el patrimonio cultural, Miriam Merchero en su artículo “Financiación y Cooperación Internacional en el patrimonio cultural inmueble de los centros históricos coloniales latinoamericanos” (2023) afirma que, en el ámbito de la UNESCO, las misiones técnicas y acciones de restauración de monumentos en las décadas de 1950 y 1960 contribuyeron a acelerar la creación de un sistema de asistencia técnica y financiera, con énfasis en la cooperación; institucionalizado en las Normas Quito de 1967 (Cap. 5, art. 5) a nivel regional, la Convención sobre Patrimonio Mundial de 1972 (art. 4) y la Declaración de Nairobi de 1976 (arts. 54 y 55) (Merchero, 2023).

Especial destaque merece la Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural. En su artículo 4 dispone que, por parte de los Estados miembro, la “obligación de identificar, proteger, conservar, rehabilitar y transmitir a las generaciones futuras el patrimonio cultural y natural” deberá llevarse a cabo, “llegado el caso”, mediante la asistencia y la cooperación internacionales de que se pueda beneficiar, sobre todo en los aspectos financiero, artístico, científico y técnico. Para ello, propone en su artículo 7, el establecimiento de un sistema de cooperación y asistencia internacional destinado a secundar a los Estados en los esfuerzos que desplieguen para conservar e identificar ese patrimonio (Unesco, 1972).

Por otra parte, el concepto de “desarrollo” también se contempló en la Carta de Naciones Unidas, pero solo a partir de 1965 con el surgimiento del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la noción de “desarrollo” comenzó a ganar importancia (Ulloa Rivera, 2007). Desde su creación, este programa estuvo orientado a erradicar la pobreza mediante el desarrollo, el crecimiento económico equitativo y sostenido y el fomento de las capacidades humanas¹¹⁹.

En el texto “La cooperación internacional en la era de la globalización” (2007), Luis Ulloa Rivera realiza un profundo análisis de la evolución de la cooperación internacional para el desarrollo partiendo de la idea de que “cooperación y desarrollo son palancas sobre las posibilidades y probabilidades de encontrar el camino hacia la solidaridad mundial” (Ulloa Rivera, 2007, p.10). No obstante, el autor reconoce que en el campo de las relaciones internacionales, fundamentalmente en el contexto de la globalización, el escenario se complejiza debido a los intereses, contradicciones y diferencias entre los países. En este sentido afirma que:

Durante el periodo 1945-1989, la cooperación internacional para el desarrollo se consolidó como uno de los pilares de las relaciones internacionales y también como un poderoso instrumento para que las grandes potencias mantuvieran su presencia hegemónica en zonas geográficas claramente definidas. Por lo que se puede advertir que no siempre los esquemas de cooperación en el ámbito bilateral han promovido el desarrollo económico y social, sino que han servido para promover doctrinas, ideas o prácticas de los países donantes. Durante este periodo, y fundamentalmente en sus inicios, la cooperación para el desarrollo presenta una concepción bastante limitada, pues se circunscribía a las ayudas de tipo asistencial y humanitario, fundamentalmente de la antigua metrópoli a su ex colonia (Ulloa Rivera, 2007, p.32).

Vale destacar que el debate sobre estos conceptos, así como las implicaciones de la cooperación internacional para el desarrollo, aún está en tela de juicio. De cualquier forma, el autor entiende que la cooperación internacional debe sustentarse en las siguientes ideas: conciencia de la existencia de una responsabilidad internacional colectiva y una convicción de que el progreso de los países en desarrollo resultará beneficioso para el propio desarrollo global, así como para el logro de objetivos deseables de extensión de la paz y seguridad

¹¹⁹ El PNUD es la red mundial de la ONU para el desarrollo. En la actualidad, respalda los procesos que se llevan a cabo para acelerar el progreso en materia de desarrollo humano. Aspira a lograr mejoras reales en las vidas de las personas y en las opciones y oportunidades de las que disponen.

internacionales (Ulloa Rivera, 2007). Estas ideas, parece entroncar con nociones de otros autores sobre lo que debe ser la cooperación internacional, como una acción que “persigue fines comunes o compartidos”, un “trabajo realizado conjuntamente” y que “no supone que el fruto de lo realizado se vaya a repartir entre todos, sino que el objetivo perseguido es compartido por todos y que todos participan en el esfuerzo por conseguirlo” (Moreno Martín, 2003, *apud* Schicchi, 2012, p.38).

Otro elemento a tener en cuenta es el concepto desarrollo que inicialmente estuvo asociado con crecimiento económico o acumulación de capital físico. A partir de la década de 1980, con el surgimiento de una nueva teoría del crecimiento, según Ulloa, “al concepto de capital físico (...) se fueron añadiendo los términos de capital humano, que expresa los niveles de formación y de capacitación de la personas; de capital natural asociado al patrimonio de recursos aportados por la naturaleza, y de capital social que alude a los niveles de confianza social” (Ulloa Rivera, 2007, p.79). La consolidación de esta nueva concepción de desarrollo se dio en 1990 con la presentación del concepto de desarrollo humano acuñado por el PNUD como un proceso en el cual “se amplían las oportunidades del ser humano”; fundamentalmente aquellas que le permitan “disfrutar de una vida prolongada y saludable, adquirir conocimientos y tener acceso a los recursos necesarios para lograr un nivel de vida decente” (Pnud, 1990, p.34).

Con esto, la nueva noción de desarrollo humano colocó en otro plano el concepto de cooperación internacional. A partir de este momento, la cooperación para el desarrollo debía contemplar también en la expansión de las capacidades humanas, a saber: garantía para tener mejor estado de salud, conocimientos, destrezas, libertad política, económica, social y reconocimiento pleno de los derechos humanos, etc. (Ulloa Rivera, 2007; Pnud, 1990).

En materia cultural, podría decirse que para la cooperación, la relación entre cultura y desarrollo técnico o económico comenzó a estrecharse hacia 1966, con la Declaración de los Principios de la Cooperación Cultural Internacional. En su Artículo II y III, respectivamente, este documento aboga por que las naciones se esfuercen en lograr el desarrollo paralelo y simultáneo de la cultura, con el fin de conseguir un equilibrio entre el progreso técnico y la elevación intelectual y moral de la

humanidad; y además afirma que la cooperación cultural internacional, en sus diversas formas -bilateral o multilateral, regional o universal- “abarcará todas las esferas de las actividades intelectuales y creadoras en los campos de la educación, la ciencia y la cultura” (Unesco, 1966, s.p).

A partir de este análisis, es posible entender que, en la actualidad, la cooperación internacional para el desarrollo en materia de patrimonio cultural y natural contempla una acción conjunta, con un objetivo compartido; que puede tener carácter financiero, artístico, científico o técnico. Dado el afán, dispuesto en la Convención de Patrimonio Mundial, de adoptar una política general encaminada a atribuir al patrimonio cultural y natural una función en la vida colectiva, el fin último de la cooperación debe ser beneficioso tanto para la protección y conservación eficaz del patrimonio mundial, como para el desarrollo del ser humano.

Cristina Schicchi (2014) apunta que, la crisis de crecimiento de los años setenta y el “desencanto por la ciudad derivada de las expresiones más radicales del liberalismo económico” contribuyó a voltear la mirada a la ciudad consolidada, sus valores culturales, el aprovechamiento de sus espacios y la refuncionalización de su arquitectura sustentada en las características identitarias de su patrimonio. “Tales factores condicionaron el tipo de intervenciones arquitectónicas y urbanas desde la década de 1990 y explican el énfasis dado a la rehabilitación y al concepto de reciclaje” (Schicchi, 2014, p.6). Así, la rehabilitación del patrimonio urbano vinculada al desarrollo pasó a tener mayor presencia en los acuerdos de cooperación internacional, fundamentalmente entre Europa, América Latina y el Caribe.

Es en este contexto que se concretiza la cooperación del Sistema de Naciones Unidas con Cuba. A partir de programas y actividades regulares, en la década de 1970 y fundamentalmente en los ochenta, la colaboración por medio de Agencias, Fondos y Programas se dirigió a renglones considerados prioritarios del desarrollo socio-económico del país (salud, educación, agricultura, industria, cultura y patrimonio, etc.). Específicamente con la UNESCO, el establecimiento de relaciones de cooperación data de 1975, siendo el rescate del patrimonio cultural una de las áreas más favorecidas con la entrega de medios y equipos especializados así como la formación/preparación de especialistas (Veinte, 1997).

Como se comentó con anterioridad, desde 1976 en el ámbito de la UNESCO fueron promovidos varios proyectos que, en materia de patrimonio, contemplaban la asistencia técnica, la promoción de la importancia de los bienes culturales como parte de la identidad y la cooperación cultural regional e internacional. Uno de ellos, en colaboración con el PNUD, el Proyecto Regional de Patrimonio Cultural y Desarrollo (RLA/83/002) fue el que posibilitó en La Habana la creación del CENCREM en 1982. Esta colaboración del PNUD con la UNESCO en Cuba en materia de patrimonio cultural duró cerca de 19 años, culminando en el año 1995 (Mutal, 1997).

Con posterioridad al cierre de estos proyectos, el CENCREM continuó su labor de capacitación, ofreciendo fundamentalmente cursos de pos-graduación¹²⁰. Su labor docente llegó a fortalecerse con el trabajo de la Cátedra Regional de Ciencias de la Conservación Integral de los Bienes Culturales y Naturales para América Latina y el Caribe de la UNESCO (CRECI) creada desde 1993, a través de la cual también se reforzó el vínculo con el Instituto Superior de Arte (ISA) y la Facultad de Arquitectura de la CUJAE¹²¹. Como es apreciable, el vínculo entre los centros de formación especializada en conservación y restauración del patrimonio cultural en Cuba y la UNESCO es muy evidente, así como su impacto dentro de las universidades.

Tal y como se expuso con anterioridad, durante los años de funcionamiento del CENCREM fueron organizados por este centro, en colaboración con otras entidades, numerosos eventos. Algunos de los más importantes fueron el Primer Coloquio de Directores de Centros de Restauración de América Latina; el Primer Seminario Científico Nacional de Conservación y Restauración; y el Coloquio de Arquitectura Vernácula e Industrial, todos en 1984. En ellos se consiguió aunar un gran número de especialistas de todo el mundo que, en cada ocasión se harían partícipes de experiencias cubanas en desarrollo en el campo de la conservación,

¹²⁰ El centro mantuvo hasta su cierre en 2012 su vínculo con organismos internacionales como la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, (ORCALC-UNESCO), ICOMOS, ICOM, DOCOMOMO e ICCROM.

¹²¹ La creación de las Cátedras Unesco está estrechamente vinculada al Programa de Hermanamiento e Interconexión de Universidades, creado en 1992.

restauración y rehabilitación del patrimonio construido. Una de las experiencias que, podría decirse, constituía motivo de visita y reflexión por parte de los diferentes asistentes era la Plaza Vieja de La Habana; objeto de un extenso proceso de restauración iniciado con una Campaña Internacional de la UNESCO en 1982 y finalizado gracias a diferentes convenios de colaboración internacional.

Es posible afirmar que la restauración de este espacio del Centro Histórico, por haberse extendido durante tantos años (más de veinte) constituye no solo una especie de mosaico de la evolución de los presupuestos técnicos restaurativos manejados entre los años ochenta y 2000, sino también un símbolo de las acciones de cooperación con Cuba. La dirección de los trabajos de restauración que inicialmente estuvo regida por el CENCREM, a partir de la década de 1990 pasó a ser coordinada y ejecutada por la OHCH. Así, además de contar con el presupuesto y asistencia técnica de la UNESCO en un inicio, las últimas obras de restauración llevadas a cabo en esta plaza contaron con la colaboración de técnicos e instituciones regionales de Europa como el Gobierno de la Región de Valonia, en Bélgica, o la Junta de Andalucía, en España¹²².

Con el inicio del Período Especial, el traslado de gran parte de la población desde otras provincias hacia la capital en busca de mejores condiciones de vida propició el surgimiento de asentamientos informales. Las intervenciones inadecuadas en la ciudad por parte de la población generaron una desfiguración de la ciudad formal traducida en: cercado de fachadas, cierre de portales y ampliaciones improcedentes, etc. Así, el control urbanístico se vio profundamente debilitado, proliferando las indisciplinas sociales y la falta de educación urbana. Frente a la profunda crisis, el gobierno del país inició una restructuración económica que optaría por la actividad turística como renglón económico principal para la obtención de ingresos al país. A decir de María Victoria Zardoya, al turismo se sumaría la abertura de las relaciones comerciales para favorecer la inversión extranjera, transformaciones que, entre otros aspectos, propiciaron una modificación

¹²² Sobre las acciones de intervención urbana y habitacional llevadas a cabo en América Latina por la Junta de Andalucía consultar: SCHICCHI, María Cristina da Silva. *Intervenções de reabilitação urbana e habitacional da Junta de Andalucía em cidades latino-americanas (1984-2009): uma experiência compartilhada. URBANA. Dossiê: Cidade e Habitação na América Latina - CIEC/UNICAMP. São Paulo, v.6, nº 8, junio 2014.*

de los planes para la construcción. A partir de entonces serían necesario nuevos edificios de oficinas, bancos, grandes mercados y hoteles (Zardoya, 2018).

El análisis a vuelo de pájaro de los artículos publicados en la revista “Arquitectura y Urbanismo” en la década de 1990 indica un significativo aumento de materiales dedicados a la arquitectura hotelera, al turismo sustentable y, principalmente, a la conservación del patrimonio vinculada al turismo. Precisamente por estos años, recordemos, se retoma la apuesta por el potencial económico del patrimonio cultural y la rehabilitación del patrimonio construido se torna una “acción priorizada” en Cuba. En ese sentido, dentro del marco institucional, la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana alcanzó gran protagonismo por medio del Decreto Ley 143, en octubre de 1993. A partir de este momento, entre otros aspectos, la OHCH adquirió facultades para “instrumentalizar los métodos de apoyo financiero” al trabajo de la restauración, al mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes del centro histórico, al ingreso de recursos para el país (Decreto, 1993). Unos de los primeros pasos para alcanzar estos propósitos fue la creación de un sistema empresarial propio y un Plan Maestro que colocó en marcha un nuevo modelo de gestión integral y sostenible propuesto para el centro histórico de La Habana¹²³. Este fue un momento de grandes definiciones en relación al papel de los técnicos y las instituciones encargadas de la dirección de los trabajos de rehabilitación en el centro histórico de La Habana; definiciones traspasadas por el velo de las condiciones económicas del país, las necesidades sociales y la política cubana frente al desafío de mantener una orientación ideológica de vocación socialista, anclada en la tradición revolucionaria del pensamiento social cubano.

Las obras que se llevaban a cabo en la Plaza Vieja, analizadas más adelante en esta investigación, serán objetivo de álgidos debates. Paulo Ormino de Azevedo, designado por la UNESCO para evaluar las obras de la plaza en 1995, relata que en la ocasión demostró la conveniencia de establecer convenios bilaterales de colaboración en lugar de continuar recibiendo donaciones de la UNESCO. “Sugerí finalizar la campaña y entregar el espacio al Historiador de la Ciudad” (Azevedo, 2020). Este sería el comienzo de una extensa jornada de

¹²³ Para más información sobre el Modelo de Gestión Integral y Sostenible del Centro Histórico de la Habana Vieja ver <http://www.planmaestro.ohc.cu>

colaboración –que llega hasta nuestros días-. Países como España entraron en escena por medio de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) (1988). Entre otras instituciones, con la Junta de Andalucía específicamente los vínculos de cooperación se hicieron más estrechos debido a las políticas de rehabilitación de centros históricos para el desarrollo habitacional que habían sido implementadas en España en los años ochenta y que fueron compartidas en América Latina a partir de los noventa (Schicchi, 2014).

Frente a estos factores, descritas las condiciones en las que se encontraba la ciudad a inicios de la década y las dificultades para lidiar con un fondo construido de diversos valores extensivamente deteriorado ¿cómo pensar la formación de los arquitectos, específicamente de los restauradores?

En el caso de la OHCH, la dinamización de las acciones de restauración y conservación del patrimonio construido habanero¹²⁴, determinaron la creación de un Sistema de Docencia Especializada para garantizar la formación y capacitación de personal a diferentes niveles. A partir de este momento, al trabajo del CENCREM como centro de formación especializado se sumaría la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos (1992) (Imagen 63) (Imagen 64) para la enseñanza de diferentes oficios vinculados a la restauración (carpintería, herrería, albañilería, etc.) y posteriormente el Colegio Universitario San Gerónimo de la Habana (Imagen 65) con la apertura del curso de graduación en “Gestión y Preservación del Patrimonio Histórico Cultural” en 2007.

Específicamente, la creación de Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos en 1992 tuvo lugar a partir del llamado Programa de Escuelas-Taller y Casas de Oficios surgido en España en 1985. El mismo fue integrado al “Programa de preservación del Patrimonio”, emblemático entre los surgidos en el marco de conmemoración del “Quinto Centenario del Descubrimiento de América”, que en la década de 1990 sería incorporado a la estructura de la AECI, actualmente conocido

¹²⁴ En los primeros diez años tras la implementación del modelo de gestión se recuperaron 350 edificios en aproximadamente cuarenta manzanas

como “Programa Patrimonio para el Desarrollo”¹²⁵. A partir de este momento, este programa comenzó a aplicarse en Latinoamérica con una veintena de Escuelas-Taller en 12 países de la región. La escuela Gaspar Melchor de Jovellanos, a diferencia de algunas de sus homólogas latinoamericanas, mantiene como objetivo central de la formación la preparación para el rescate del patrimonio mueble e inmueble, con el respaldo institucional de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, entidad promotora (Rosete Suárez, 2018). Aunque el foco de la presente investigación es la formación de los arquitectos en materia de restauración y conservación, es importante citar la creación de estas instituciones, en el marco de convenios de colaboración internacional, como espacios educativos complementares dentro de un campo de actuación entendido como multidisciplinar desde la década de 1970.

Imagen 63- Alumnos de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos de La Habana.



Fuente: <http://www.eusebioleal.cu>

¹²⁵ Es entendido como un instrumento de la AECI para contribuir al desarrollo sostenible y la lucha contra la pobreza, a través de la utilización del patrimonio cultural como generador de progreso de las comunidades depositarias del mismo. Para ello se apoyan acciones de puesta en valor y gestión sostenible del patrimonio cultural, orientadas tanto a mejora de la habitabilidad, el fortalecimiento institucional, las capacidades de gestión y la generación de ingresos, así como a la protección de la identidad, el legado cultural y la memoria colectiva. Ver: Patrimonio para el desarrollo. <https://www.aecid.es/en/cultura-y-ciencia/cultura-y-desarrollo/patrimonio-para-el-desarrollo>

Imagen 64- Alumnos de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos de La Habana.



Fuente: <http://www.eusebioleal.cu>

Imagen 65- Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana.



Fuente:
www.facebook.com/colegiouniversitariosan-geronimo

La influencia de España en esta época fue preponderante, promovida por las acciones llevadas a cabo en el contexto de “Quinto centenario”. En la Facultad de Arquitectura a partir de los años noventa es posible percibir un aumento de la actividad de cooperación internacional con España y otros países iberoamericanos, con foco en la formación orientada a la conservación, restauración y rehabilitación del patrimonio.

2.5.1 Cooperación Internacional en la Facultad de Arquitectura de la Habana y otras ciudades.

A partir de la revisión bibliográfica realizada, es posible identificar como un antecedente importante para la apertura de la primera “Maestría en Rehabilitación de Edificaciones” en 1993 en la CUJAE, el Curso Internacional sobre Rehabilitación urbana y arquitectónica, realizado en el CENCREM en abril de 1992. El mismo, contó con la participación de profesionales de varias instituciones cubanas¹²⁶ y de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Las Palmas (Islas Canarias, España). Los temas abordados en este curso fueron muy amplios:

La conservación del patrimonio cultural en Cuba; Identidad cultural y conservación; Los talleres de transformación integral en los barrios; Patologías de las edificaciones y su rehabilitación; Acondicionamiento ambiental en la rehabilitación urbana y arquitectónica; Experiencias sobre el estudio del patrimonio cubano en la docencia universitaria de arte, El trabajo de la Oficina del Historiador de la Ciudad en el rescate del patrimonio; Posibilidades de los materiales locales y las tecnologías apropiadas, en el rescate del patrimonio cubano (Sánchez, 1992, p.4)

A raíz de dicho curso, es posible rastrear una serie de colaboraciones entre Cuba e Islas Canarias que comenzaron a consolidarse en torno a la rehabilitación del patrimonio arquitectónico, vale destacar, en el marco conmemoraciones por el medio milenio del “encuentro” entre las culturas de Europa y América (Encuentro, 1992). Algunas de ellas, con foco en la formación profesional para la rehabilitación arquitectónica como se ha comentado anteriormente.

Luego de la visita a La Habana, en ese mismo año, del arquitecto Miguel Angel Fernández Matrand, Director del Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio (CICOP)¹²⁷ de La Laguna (Islas Canarias) y representante del Máster sobre Rehabilitación de Edificaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canarias, entre 1992 y 1993 varios profesores de la Facultad de Arquitectura de la CUJAE asistieron a impartir y recibir cursos en dicha institución española. Como profesores invitados a dar cursos, en 1992 y 1993 respectivamente, acudieron los

¹²⁶ Facultad de Arquitectura, CECAT, la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, el CENCREM, el GDIC, la OHCH.

¹²⁷ Este centro fue creado en 1991, frente a la oportunidad de crear un organismo que relacionara Europa con América, a través de aspectos comunes.

arquitectos Ángela Rojas y Pedro Tejera, este último coordinador de la maestría que abriría el CUJAE en ese mismo año. Otras dos arquitectas, Lucrecia Pérez y Vilma Rodríguez, asistieron como estudiantes en esos mismos años (Sánchez, 1993, p.5). A partir de este momento, los vínculos con Islas Canarias se estrecharían. En más de una ocasión el profesor Fernández Matrand asistió como profesor invitado a la maestría de la CUJAE.

A raíz de ello comenzaron a realizarse encuentros y eventos en torno al patrimonio iberoamericano que colocaron la formación para actuar en el campo de la restauración y conservación al centro del debate. Especial destaque merecen las Conferencias Internacionales sobre Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano realizadas desde finales de los ochenta con diferentes sedes (Camagüey, Guanajuato (México), Alcalá de Henares (España), Caracas, etc.). Como resultado de este interés, desde la segunda conferencia se tomó el acuerdo de crear un Consejo Académico Iberoamericano (CAI) dedicado específicamente a discutir sobre la formación adecuada de los especialistas para las tareas de restauración y conservación (Encuentros, 1992). Por la parte cubana, formaban parte de este consejo Lourdes Gómez Consuegra, de la Universidad de Camagüey, y Eliana Cárdenas, de la CUJAE, junto a otros profesionales de México, Perú, El Salvador, Venezuela, Ecuador, España, Guatemala, Colombia y Bélgica¹²⁸.

Especialmente para la formación fueron muy importantes las IV y V Conferencias. Específicamente la IV Conferencia, realizada en julio de 1992, concentró una de sus áreas temáticas a “La formación del arquitecto dirigida a la conservación del patrimonio”. En ella, las consideraciones generales sobre la formación versaron sobre la necesidad de una formación integral, interdisciplinaria y multilateral, presente de forma unitaria en los componentes docentes e investigativos del currículo de los arquitectos; la existencia de una base común teórica que

¹²⁸Daniel González Romero, de la Universidad de Guadalajara. México; Ciro Caraballo, de la Universidad Central de Venezuela; Antonio Narváez Ribadeneira de la Universidad Central de Ecuador; Nicolás López Tamayo, de la Universidad Autónoma de Puebla, México; Joaquín Ibañez, de la Universidad Politécnica de Madrid, España ; Antonio José Campesino de la Universidad de Extremadura, España; Roberto Samanez, de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco, Perú; Mario Ceballos, de la Universidad de San Carlos ,Guatemala; Rodrigo Constantino Alfaro de la Universidad de El Salvador; Fernando Viviescas, de la Universidad Nacional de Colombia, Héctor Bravo, de la Universidad de Guanajuato, México ; Mare Gossé, del Instituto Superior de Arquitectura "La Cambre", Bélgica (Encuentros, 1992, p.86).

contemple el conocimiento de la historia y, de forma más amplia, la profundización en las investigaciones, los problemas socioculturales y de cualquier índole “como base imprescindible para la intervención arquitectónica y urbana en las tareas de preservación del patrimonio”; la incorporación de proyectos y funciones contemporáneas coherentes con el ámbito urbano (una vez más el debate de lo nuevo y lo viejo) y el rescate del uso de materiales y técnicas tradicionales. Ya en la V Conferencia, celebrada en Alcalá de Henares al año siguiente, se firmó un Convenio de Colaboración Académica, Científica y Cultural, con el propósito de contribuir a la creación del Instituto Iberoamericano de Estudios del Patrimonio Edificado y la Ciudad (Declaración, 1992; Sánchez, 1993).

Además de estos eventos, otras de las actividades de este consejo, que tuvo su sede en la Universidad de Camagüey, fueron la organización de cursos internacionales como el Curso Internacional sobre "El Plan de Conservación del Centro Histórico", realizado en abril de 1994, en el cual se presentaron los planes de conservación para los centros históricos de Camagüey, Valladolid, Segovia, Puebla, Ferrara, Las Palmas, Córdoba (Argentina), Guadalajara (México), Caracas, Quito, y de Alcalá de Henares. Los temas del curso abordaron: “1. Aspectos históricos, teóricos y metodológicos como base de análisis; 2. Valoraciones urbanas: El plan de conservación integral. 3. Valoraciones arquitectónicas: recuperación de edificios como parte del plan de conservación (Noticias, 1993).

Vale destacar cómo en cada una de las sucesivas conferencias del CAI se debatió sobre la necesidad de prestar atención a la enseñanza de la arquitectura y el urbanismo a nivel de pregrado, como un aspecto esencial para actuar en el patrimonio construido, siempre desde los temas centrales de cada evento¹²⁹. Este foco de interés en la formación llevó a los integrantes del CAI a realizar un “Encuentro Europa-América Latina sobre la enseñanza de la arquitectura y el urbanismo”, celebrado en 1995 en Bruselas, Bélgica. En el próximo capítulo se profundizará más en los aportes de este encuentro.

¹²⁹ Conservación de la Arquitectura Moderna (VI Conferencia realizada en Caracas, 1994), la conservación del patrimonio (VII Conferencia realizada en Camagüey, 1995), o la rehabilitación urbana en los Centros Históricos (VIII conferencia realizada en Puebla, 1996) (Arquitectura, 1995)

Pareciera que la colaboración internacional posibilitaba alinear algunas de las preocupaciones históricas dentro de la Facultad de Arquitectura, con otros países y debatirlas ampliamente. A modo de ejemplo, el número 3 de la revista “Arquitectura y Urbanismo” de 1992, en el marco de las conmemoraciones en España por el “Quinto Centenario”, abrió su editorial hablando de la identidad cultural asociada a la memoria histórica como telón de fondo de algunos de sus artículos dedicados a la rehabilitación del patrimonio. El primer artículo publicado fue una versión del que publicara el arquitecto mexicano José Antonio Terán Bonilla¹³⁰ en la revista “Ars Longa” de la Universidad de Valencia, España, un año antes. El mismo se titula “Hacia una nueva historia de la arquitectura” y proponía un método para analizar de modo integral la arquitectura, en relación con su contexto histórico y urbano. La elección de este material explícitamente respondía a la identificación de puntos de contacto con otros trabajos publicados con anterioridad por autores cubanos, fundamentalmente, profesores de la disciplina de Teoría e Historia de la Arquitectura y el Urbanismo (THAU) (Arquitectura y Urbanismo, 1992, p.9) Como ya se ha comentado en esta investigación, desde hacía años Eliana Cárdenas, Ángela Rojas y Luis Lápidus defendían en eventos, y en las discusiones de los planes de estudio, la importancia de la enseñanza de la historia en la carrera de arquitectura, la compatibilidad de los nuevos proyectos a insertar en la ciudad, y fundamentalmente la necesidad de una formación integral y multidisciplinar para moldear la “actitudes y aptitudes” de los arquitectos hacia el patrimonio, desde los predios de la Facultad de Arquitectura de la CUJAE.

El interés de esta investigación por destacar la relación entre la visión integral de la enseñanza de la historia y la teoría de la arquitectura, vinculada al proyecto, con la formación de los arquitectos en materia de rehabilitación patrimonial se fundamenta a partir de la vuelta de tuerca que esto significó para introducción de tópicos sobre conservación y restauración del patrimonio edificado como parte de las asignaturas optativas de la disciplina de Teoría e Historia, en el “Plan C perfeccionado”, comentado con anterioridad. La introducción de estos temas en pregrado, con vistas a su continuación de forma especializada en la enseñanza de

¹³⁰ Arquitecto mexicano. Egresado de la primera generación de graduados de la maestría en Arquitectura, con especialidad en Restauración de Monumentos de la ENCRyM, como becario del INAH. Durante muchos años coordinó este curso y fue profesor del mismo, destacándose también por sus estudios de historia.

posgrado (maestría desde 1993) o dentro del CENCREM fue causa y efecto de una madurez en la comprensión de cómo debía ser la formación integral del arquitecto cubano y colocó en evidencia el reconocimiento de que, aun cuando se trata de una disciplina especializada, la conservación, restauración del patrimonio demanda una vocación en el arquitecto, al mismo tiempo, pautada por ciertas aptitudes adquiridas desde la formación de pregrado.

4 CAPITULO 3. LA CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN EN EL CONTEXTO CUBANO: PREMISAS PARA FORMAR MEJORES ARQUITECTOS.

Llegados los años noventa, el saldo para la formación de los arquitectos cubanos, principalmente en el campo de la restauración y conservación, para intervenir en el patrimonio edificado, era bastante positivo pese a las problemáticas apuntadas en capítulos anteriores. Los planes de estudios mejor definidos, debatidos y en constante actualización a nivel nacional; una considerable actividad científica e investigativa dentro de las facultades de arquitectura; una consolidada red de instituciones dedicadas a la protección, planificación y formación dentro del campo patrimonial, conectada con el mundo a través de convenios internacionales, y alguna experiencia práctica acumulada, con aciertos y desaciertos, permitían a los arquitectos trazar nuevos horizontes para esta disciplina en el país.

En los capítulos anteriores se evaluó el proceso de formación en la Facultad de Arquitectura de la CUJAE y en el CENCREM, y se evidenciaron algunos problemas de la formación integral y especializada de los arquitectos. Aun cuando se estimuló la orientación de la formación en restauración y conservación con las investigaciones y proyectos desarrollados desde las universidades existía una deficitaria formación teórica, una restringida actividad creativa y una dificultad para integrar los contenidos de conservación y restauración a la enseñanza de proyecto dentro de la facultad. Igualmente, aún no se alcanzaba a transmitir al estudiante el sentido y propósito de la restauración, así como a esclarecer conceptos, explicar diferentes escalas de intervención, conocer el manejo de materiales y técnicas, o a tener una visión integral de las intervenciones en el contexto construido.

En cuanto a la práctica restauradora institucional, desde el CENCREM y otras instituciones, como la Oficina del Historiador, los trabajos de intervención y las reflexiones sobre conservación en el patrimonio edificado se concentraron en monumentos, plazas y arterias del centro histórico de La Habana y otros sitios; con embates propios de este campo disciplinar y la demorada ejecución de algunas obras hasta entrados los años noventa¹³¹. Algunos de los debates más acalorados

¹³¹ En 1993 con el decreto ley 143 de la OHCH las obras se agilizan.

desde finales de la década de 1980 se concentraron en obras importantes como las de la Plaza Vieja y, hacia finales de los noventa, las reflexiones giraban en torno a temas como la relación antiguo-nuevo y la autenticidad del patrimonio. En 1998, Isabel Rigol sintetizaba las diferentes visiones en relación con el patrimonio arquitectónico en Cuba de la siguiente manera:

Las posiciones han recorrido caminos diferentes, desde los que continúan [...] buscando verdades más estéticas que históricas, los obsesionados por una historicidad detenida en un momento dado y que desconocen el paso de los tiempos posteriores, hasta los seguidores ortodoxos de la Carta de Venecia y los que han querido dejar su propia "impronta" contemporánea en algún monumento. Todos estos, por supuesto, se inscriben en el bando de los defensores del patrimonio. De otra parte, emergieron también los depredadores, los "caballos de Atila" que han pugnado por imponerse sin éxito (Rigol, 1998, p.66).

En esta declaración Rigol (1998) apunta las diferentes posturas de intervención, reconociendo las diferencias, pero haciendo especial énfasis en la actitud de preservar frente a otras posturas "demolicionistas". Aun cuando evidentemente interesaba la forma, el cómo intervenir en el patrimonio edificado, pendía por sobre ello la urgente necesidad de salvarlo como objetivo prioritario. De igual forma, destaca la comprensión en Cuba de la existencia de "caminos diferentes" dentro de la preservación, algo que ha caracterizado a la conservación y restauración desde su constitución como campo disciplinar en el siglo XIX (Vieira-de-Araújo, 2022).

Volviendo al contexto cubano de los noventa, era necesario plantear e implementar cambios en la forma de ver la arquitectura y la conservación del patrimonio construido. Las condiciones impuestas por el Periodo Especial, las dificultades para lidiar con un fondo construido de diversos valores y extensivamente deteriorado, el aumento de asentamientos informales, las indisciplinas sociales y las intervenciones inadecuadas en espacios consolidados de la ciudad; unido a la apuesta por el potencial económico y turístico del patrimonio, exigieron cambios profundos, peligrosamente expeditos, en materia de actuación y formación dentro de estos campos de conocimiento. Desde la Facultad de Arquitectura y el CENCREM, figuras como Eliana Cárdenas y Luis Lápidus dedicaron amplias reflexiones sobre el papel y la formación de los arquitectos frente a los desafíos impuestos a la arquitectura, la restauración y la conservación en La Habana –y en Cuba- de cara a

los 2000. Otros, como Mario Coyula, reflexionaban sobre las implicaciones de tales desafíos a nivel arquitectónico y urbano.

No constituye objetivo de esta tesis ahondar de forma independiente en cada uno de los problemas, reflexiones y debates hasta aquí enunciados y profundamente abordados por Cárdenas, Lápíus y Coyula. Lo que se propone a continuación es, a través del pensamiento de estos autores, analizar cómo esas problemáticas, debates y desafíos, abonados también por el contexto histórico-sociocultural (Ramírez Paseiro, 2021) cubano entre 1960 y los 2000, se reflejaron en la formación de los arquitectos cubanos.

4.1 Pero antes, algunas claves para entender la formación de los arquitectos en conservación y restauración.

Tal y como se enuncia al inicio de esta investigación, la formación de los arquitectos orientada para su actuación en el campo de la restauración y conservación, para intervenir en el patrimonio edificado, ha sido una preocupación constante desde que el mismo comenzó a entenderse como un campo disciplinar autónomo, como una especialidad. En la investigación doctoral titulada “Restauración arquitectónica: la formación del arquitecto-urbanista en Brasil para la preservación del patrimonio edificado. El caso de las escuelas del Estado de São Paulo” (2012), la arquitecta, profesora e investigadora brasileña Ana Paula Farah basada en su experiencia docente por más de diez años, analiza la necesidad de una formación de base adecuada de los arquitectos-urbanistas para intervenir el patrimonio construido y actuar en ambientes consolidados.

Si bien dicho estudio se circunscribe esencialmente al contexto brasileño, la autora parte del análisis de la génesis de la formación en el contexto italiano, teniendo en cuenta no solo la influencia en Brasil, sino también el hecho de que las principales referencias internacionales para esta disciplina se desarrollaron desde este país, precursor en la formación en restauración arquitectónica. Recordemos que fue en la *Reale Scuola Superiore di Architettura di Roma* que se inició, de forma más estructurada y orgánica a nivel de pregrado, la formación de los arquitectos para intervenir en bienes culturales en la década de 1920. Las influencias de la Escuela

de Roma en Latinoamérica ya han sido comentadas en esta investigación, de ahí la pertinencia del estudio de Farah (2012)¹³² para auxiliar en la identificación de aquellos fundamentos esenciales de la formación para actuar en el campo de la restauración y conservación, que a su vez permitirán evaluar mejor a qué nivel se encontraba, en los 2000, el proceso de formación de los arquitectos para actuar en este campo en Cuba.

Un punto clave identificado en la tesis de Farah (2012) es la necesidad de entender la restauración¹³³ como una disciplina autónoma. Esto quiere decir, entender que es un campo de conocimiento complejo, interdisciplinario (no está aislado de otros campos de conocimiento) pero que sí tiene una autonomía en la medida en que cuenta con referencias, conceptos y objetivos propios, bien claros, así como principios teórico-metodológicos (que se revierten en la práctica) y principios técnico-operativos bien definidos.

La autora resalta que la comprensión de este campo disciplinar como autónomo es una concepción entendida como moderna a partir de una visión crítica de la ruptura entre pasado y presente, durante los siglos XVIII y XIX. En los años sesenta y setenta en Latinoamérica, autores como Carlos Chanfón de gran influencia en Cuba, asociaron este proceso al desarrollo de la conciencia histórica. En su texto “Fundamentos teóricos de la restauración” (1988) para referirse a la visión contemporánea de la restauración, Carlos Chanfón señalaba:

El concepto de restauración ha evolucionado. Si en la Antigüedad, el regreso a un estado anterior para guardar memoria, no prestó atención a la conservación de la materia y la forma física del monumento, el Renacimiento, abrió nuevos caminos al hacer hincapié en la prolongación indefinida de la posibilidad de contemplación de las obras de arte. Si el humanismo renacentista sentó las bases profundas de la arqueología, al buscar los testimonios físicos de la Antigüedad Clásica, el movimiento ilustrado dilató el horizonte de posibilidades al extender su interés a todos los vestigios del pasado de toda la humanidad y apoyar el conocimiento científico en el razonamiento fundado en pruebas objetivas tangibles. Esta evolución del concepto restauración demuestra la relación íntima con la historia, puesto que es consecuencia directa del desarrollo de la conciencia histórica (Chanfón, 1988, p. 260).

¹³² La elección de esta investigación –orientada por una de las principales investigadoras de estos temas en Brasil, Beatriz Kühl - como referente para el análisis que se pretende, permite también auxiliar a la autora de esta tesis, formada en historia del arte, en el desafío de analizar el proceso formativo de especialistas en otra área, la arquitectura, distinta a la de su formación.

¹³³ Según Carbonara (2023) la restauración no es conservación, aunque esta última forma parte de la restauración en la medida que uno de sus objetivos es la “transmisión al futuro”.

Las acciones de intervención sobre un bien cultural comenzaron a exponer razones alejadas del pragmatismo¹³⁴ y volcadas a la comprensión de la restauración como un “acto de cultura” en un presente histórico¹³⁵ (Farah, 2012).

Carbonara afirma que el “acto de cultura” fue impulsado por necesidades “espirituales” y “memoriales”, no por conveniencia, uso y necesidades económicas. Se entiende que cultura significa valores que persisten en el tiempo a largo plazo, no siendo algo transitorio o que cambia abruptamente. La restauración es un acto que se centra en conservar y transmitir los bienes al futuro; la primera tarea a desarrollar es el reconocimiento de las cualidades que posee el inmueble, es decir, si el inmueble tiene ‘valores’ - hoy en día de muy variada naturaleza, abarcando aspectos formales, documentales, memoriales o simbólicos- que puedan transmitirse. Esto, a su vez, puede entenderse a través de los conceptos brandianos: el reconocimiento de la obra de arte, definiéndola como documento (atribución de valores) e imagen (cuestión formal - estética).

Para Bonelli, la restauración es una actividad en la que la cultura, en su conjunto, opera plenamente y repercute en la arquitectura actual (reciente), demostrando comprensión del pasado y conocimiento del momento histórico. Si la sociedad no tiene en cuenta la restauración como acto de cultura -ya que la evaluación de la concepción formal de la obra repercute en la acción crítica coherente de los cuerpos culturales- la acción será insuficiente no sólo desde el punto de vista deontológico, etimológico y ontológico, sino que también dejará patente la falta de una visión y comprensión completas de la realidad, habiendo ignorado y abolido la exigencia formal y expresiva [...] (Farah, 2012, p.89, traducción nuestra).¹³⁶

Esta visión fue divulgada desde el ICCROM. Hacia 1986, autores como Paul Philippot ya hacían explícito que la restauración era un problema cultural antes de ser un problema técnico. Este autor además llamaba a mantener esa visión, pues a

¹³⁴ Según la autora, apoyada en las reflexiones de Beatriz Kühl, esto no significa ignorar los motivos de orden práctico en la restauración, sino que estos pasan a ser coexistentes con otros motivos, determinando un medio para preservar los bienes, pero no la finalidad de la restauración en sí.

¹³⁵ La autora hace este abordaje a partir de autores como Cesare Brandi, Renato Bonelli (1959), Roberto Pane (1987), Giovanni Carbonara (1997), Beatriz Kühl (2009).

¹³⁶ Carbonara expõe que o “ato de cultura” foi impulsionado por necessidades “espirituais” e “memoriais”, e não como de conveniência, de uso e econômico. Entende-se que cultura significa valores que perduram no tempo na longa duração, não sendo transitório e nem mutável de forma abrupta. Restauro é um ato que se volta a conservação e a transmissão dos bens ao futuro; a primeira tarefa a ser desenvolvida é o reconhecimento das qualidades de que o bem é portador, ou seja, se o bem possui “valores” - nos dias hoje de natureza muito variada, abarcando aspectos formais, documentais, memoriais ou simbólicos - que podem ser transmitidos. Isso, por sua vez, pode ser compreendido através dos conceitos brandianos - o reconhecimento da obra de arte definindo-os como um documento (atribuição dos valores) e uma imagem (questão formal - estética).

Para Bonelli, o restauro é atividade na qual a cultura como um todo opera, de modo pleno, e tem repercussões na arquitetura atual, evidenciando a compreensão do passado e o conhecimento do momento histórico. Se a sociedade não levar em conta a restauração como um ato de cultura - pois a avaliação da concepção formal da obra repercute na ação crítica coerente das instâncias culturais -, a ação vai resultar insuficiente não apenas do ponto de vista deontológico, etimológico e ontológico, mas também explicitará a falta de uma completa visão e compreensão da realidade, tendo ter ignorado e abolido a exigência formal e expressiva [...] (Farah, 2012, p.89).

su entender, “la técnica por sí misma, carente de impacto en el plano cultural, se revierte fácilmente en la aplicación automática de recetas, e incluso puede perder de vista los fines que la justifican” (Newsletter, 1986, p. 2, traducción nuestra).

La restauración como acto de cultura es lo que determina que como disciplina deba regirse por criterios y principios propios, metodologías, técnicas y formas operativas¹³⁷ (Farah, 2012). Farah reafirma esto partiendo de la tradición brandiana que entiende la restauración como un “acto crítico” (Brandi, 2004), precedido por el “juicio crítico” del restaurador en palabras de Philippot (Unesco, 1968), que desde varias ramas del saber deberá determinar los criterios de selección de lo que debe ser preservado o no (pues no todo se puede preservar). Este minucioso análisis y la confrontación de algunos criterios es lo que permite entender que la restauración es un acto eminentemente cultural.

Para actuar sobre los bienes culturales es necesario, obligatoriamente, guiarse por instrumentos teóricos -que no son reglas fijas, sino principios y criterios, mecanismos rectores- que conduzcan a soluciones de intervención adecuadas, para que, de hecho, sea efectiva la preservación de los aspectos documentales, materiales, formales, memoriales y simbólicos de nuestro patrimonio (Farah, 2012, p.92).

Esta visión encuentra refuerzo en el entendimiento que proponía Carlos Chanfón de la restauración que, como instrumento de la historia, se tornaba “problema de la cultura y de la sociedad contemporáneas”. Para este autor, la historia debía ser un instrumento de la sociedad para conocer las características que la hacen distinta a otras sociedades. Así, la restauración, en su carácter de “instrumento de la historia”¹³⁸, también se convierte en un “instrumento de la sociedad” para garantizar la permanencia de las pruebas materiales objetivas en que se funda la conciencia de identidad (Chanfón, 1988). Todo esto hace de la restauración una especialidad de suma importancia para la sociedad, de ahí la necesidad de que sea además una profesión.

¹³⁷ Además de estos criterios, la restauración también se rige por normas vigentes en lo que respecta a los planes directores y otros instrumentos de planificación urbana, así como a aspectos sociales, económicos y jurídicos.

¹³⁸ Para Carlos Chanfón, “la restauración en cuanto instrumento, debe atenerse al juicio de la historia, que juega el papel de agente principal que se sirve del instrumento. No es pues la historia la que debe someterse al juicio de la restauración, sino esta es quien debe someterse al de la historia” (Chanfón, 1988, p.259).

Lo esencial de una profesión, en efecto, es la conciencia de quienes la ejercen, sobre la responsabilidad que tienen ante la sociedad, de lograr un objetivo, considerado importante y necesario, para el grupo humano. La restauración, en la vida de las sociedades contemporáneas, no puede quedar en manos de aficionados, ni constituir un pasatiempo eventual, o una moda pasajera (Chanfón, 1988, p.260).

Es posible afirmar que en el contexto latinoamericano esta noción de cultura citada por Farah (2012) como “valores que persisten en el tiempo a largo plazo, no siendo algo transitorio o que cambia abruptamente” se asoció fundamentalmente a la noción y concepto de identidad. Al menos en el caso de Cuba fue así. Esta visión permitirá, más adelante, analizar cómo efectivamente la restauración y conservación en Cuba se entendió como acto de cultura.

Otro elemento clave apuntado por Farah (2012) es la formación integral del arquitecto urbanista para actuar en el campo de la restauración y conservación. Para Farah (2012), por tratarse de un campo complejo, todo el contenido necesario para un mayor dominio de la especialidad no puede impartirse enteramente en la graduación. No obstante, la autora defiende la necesidad de que la formación integral de pregrado se incline hacia la sensibilización, la formación de una conciencia histórica y cultural y la adquisición de bases teórico-metodológicas, es decir, instrumentos adecuados que repercutan en el ejercicio proyectual. La teoría de la arquitectura y la teoría del proyecto han de contribuir a ello. Para esta autora, la ausencia de una enseñanza de pregrado volcada a la restauración arquitectónica traerá consigo la existencia de profesionales sin conciencia de la responsabilidad que implica actuar sobre los bienes de valor para la preservación del ambiente construido, y sin los instrumentos teórico-críticos o técnico-operacionales necesarios para actuar en este campo (Farah, 2012).

Un tercer aspecto importante, identificado en la tesis de Farah, tiene que ver con la responsabilidad y la ética del arquitecto urbanista, es decir, la sólida deontología profesional que deberá extenderse al trabajo dentro del campo de la restauración y conservación, para intervenir en el patrimonio edificado. En este sentido, es importantísimo no solo enseñar al arquitecto el “cómo hacer” o, referenciando a Eliana Cárdenas, el “cómo pensar”. También es necesaria la formación para abordar problemáticas relacionadas con el “por qué preservar”, “para

qué preservar” y “para quiénes preservar” (Farah, 2012). Estos otros cuestionamientos, en auge dentro del campo de la conservación y restauración desde que ganó terreno la atención a los aspectos inmateriales que dan significado a la materialidad (Vieira-de-Araújo, 2022), auxilian en la toma de decisiones sobre un mejor “cómo hacer”. Philippot en 1986 ya hablaba de la restauración como un problema cultural antes que técnico y, más recientemente, Paollo Torsello en 2005 resaltaba que “cualquier operación técnica independiente de una finalidad, de un objetivo científico, ético y cultural, carece de sentido”¹³⁹ (Torsello, 2005, p.9).

Estas razones (¿cómo?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿para quienes?) contribuyen a edificar una ética y una deontología profesional que hace que la responsabilidad del arquitecto vaya más allá de los presupuestos teórico-metodológicos u operacionales.

Los arquitectos urbanistas deberían tener una formación de calidad que les permita realizar su función de forma socialmente responsable y, como explicaba Giovannoni, articulada con la teoría y praxis, comprometida con el contexto en el que trabajan. Ello tiene implicación en las discusiones relacionadas con los diversos campos de conocimiento involucrados y en la práctica profesional. Debe haber una interpretación adecuada de los temas tratados, que sea coherente con los conocimientos ofrecidos por las disciplinas pertinentes; esto establecerá las bases deontológicas para la acción profesional, que debe tener en su horizonte de preocupaciones, generar mejores condiciones que las actuales¹⁴⁰ (Farah, 2012, p. 226).

A continuación, analizaremos la forma en la que estos aspectos claves fueron objeto de análisis en la realidad cubana de 1960 a los 2000 en el ámbito de la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la conservación y restauración.

¹³⁹ (...) non há senso alcuna operazione técnica independente da um fine, da um obiettivo scientifico, ético, culturale.

¹⁴⁰ O arquiteto urbanista deveria ter, obrigatoriamente, uma formação de alta qualidade que permita exercer sua função de forma socialmente responsável e, como explicitava Giovannoni, na sua articulação entre teoria e práxis, num posicionamento comprometido com o contexto em que sua atuação está inserida. Isto tem implicações nas discussões relacionadas aos vários campos do saber envolvidos e na atuação profissional. Deve haver uma interpretação adequada das questões abrangidas, coerente com o conhecimento oferecido pelas disciplinas pertinentes, e isso vai estabelecer as bases deontológicas da atuação profissional que deve ter em seu horizonte de preocupações, gerar condições melhores do que as atuais.

4.2 Un acto de cultura: La identidad nacional como esencia.

En una investigación anterior realizada acerca de la formación de una concepción de restauración en Cuba entre 1920 y 1950 (Hernández Alfonso, 2022), se constató cómo el interés por rescatar el patrimonio construido cubano se inició y fundamentó en la intención de “preservar los orígenes de la nación” determinando incluso los criterios de intervención utilizados. En esos años los fundamentos y preceptos de la restauración en Cuba fueron consolidados con base en la tradición, en los valores culturales de la arquitectura colonial cubana y en el rescate de parte de la historia nacional. Al igual que en otros países del continente,¹⁴¹ se entendía que la valoración de la arquitectura colonial cubana favorecería la búsqueda de una individualidad, de una identidad nacional en la arquitectura, de una “forma de hacer propia”, resultante de un contexto particular y al mismo tiempo diferente de España. En este sentido, las investigaciones realizadas por Joaquín Weiss, Pedro Martínez Inclán y Evelio Govantes fueron trascendentales (Hernández Alfonso, 2022).

El rescate de edificios importantes en sitios destacados de la ciudad colonial, como la Plaza de Armas o de la Catedral, fue considerado como una acción necesaria para preservar los orígenes de la nación (Imagen 66). A inicios del siglo XX, en medio de un contexto de significativa penetración cultural extranjera, con planes de “renovación de la ciudad de la Habana” que revelaban un afán de embellecimiento y modernización, y que proponían transformar la imagen de la ciudad, con o sin afán turístico, se hacía necesario rescatar la imagen peculiar de La Habana, aquello que la dotaba de singularidad. En términos arquitectónicos, desde entonces, la búsqueda por una identidad nacional en la arquitectura también se volvió objeto de debate y objetivo esencial de muchos arquitectos cubanos, desde los cultores del llamado Neocolonial, variante del eclecticismo, hasta el Movimiento Moderno en la década de 1950.

¹⁴¹ En países de Hispanoamérica como México, así como en el caso de Brasil, la valoración y el estudio de la arquitectura colonial y su expresión como variante del eclecticismo en el llamado “estilo neocolonial” constituyó una piedra angular en el camino hacia la búsqueda de una arquitectura de expresión nacional e influyó en los preceptos de restauración y conservación del patrimonio edificado (Hernández Alfonso, 2022).

Pasados los años sesenta y setenta en los que, como se vio con anterioridad, salvo excepciones, primó una estandarización de la arquitectura cubana en pro de una masividad constructiva, el rescate de una identidad en la arquitectura cubana volvió a ser objeto de debate. Entonces no solo se contaba con el acervo de la arquitectura colonial, sino también con riquísimos exponentes de la arquitectura vernácula, ecléctica y modernista, que en los noventa ya eran considerados parte del patrimonio reciente¹⁴².

Imagen 66- Plaza de la Catedral de La Habana.



Fuente: Imagen tomada por la autora

En este tema, el trabajo de Eliana Cárdenas constituye la referencia más importante en el ámbito cubano, con una gran variedad de artículos y ensayos¹⁴³. En su artículo de 1992 titulado, “La identidad cultural en el ambiente construido cubano”,

¹⁴² Ver artículos: Cárdenas, Eliana. Del eclecticismo y lo cubano, en *Arquitectura y Urbanismo*, No. 3, 1989. Coyula, Mario. Materia y espíritu de lo ecléctico urbano, en *Arquitectura y Urbanismo*, n. 1, 1987. La conservación de la arquitectura moderna. Las actividades de DOCOMOMO-Cuba, en *Arquitectura y Urbanismo*. v. XXI, n.1, 2000. En julio de 1997 se fundó el Grupo Cubano para la Documentación y Conservación del Movimiento Moderno (DOCOMOMO-Cuba).

¹⁴³ La obra más importante de esta autora, sobre este tema, es el texto “Historiografía e identidad en la arquitectura cubana” publicado póstumamente en 2015 que reúne el material de su tesis doctoral (de segundo grado), inconsulta debido a su fallecimiento, que se titularía “Historiografía de la arquitectura cubana y su influencia en la percepción del sentido de identidad en relación con el ambiente construido”, realizada entre 2006 y 2010. En este texto, la autora reúne gran parte de los resultados de su producción académica sobre el tema de la identidad (acrecentando los estudios historiográficos) desde 1984 hasta el 2006. Para la realización de esta tesis fueron consultados los artículos originales, fundamentalmente aquellos publicados en los años noventa.

la autora entiende el concepto de identidad cultural con un sentido dialéctico, es decir, en constante equilibrio entre tradición e innovación.

Los componentes que definen la identidad cultural se basan en factores constantes y otros cambiantes, dando como resultado una esencia que posibilita la continuidad y definición de un modo de ser cuyo reflejo alcanza a todas las manifestaciones del quehacer humano.

Al abordar el problema de la identidad cultural en el ambiente edificado, la adecuación al medio físico y sociocultural hacen resaltar como valores imprescindibles: la respuesta a determinadas formas de vida y necesidades de uso del espacio, basadas en valores socioculturales específicos; la respuesta idónea a los factores climático-ecológicos y la correspondencia con valores del marco físico; la relación con las condiciones económicas que influyen en el empleo de determinadas técnicas y materiales de construcción (Cárdenas. 1992, p. 22).

Así, para Eliana Cárdenas (1992), el valor de los componentes de la arquitectura cubana, con una expresión de identidad cultural, había que hallarlo “en la esencia de las soluciones y en su continuidad” (Imagen 67 a la 70).

Son las formas de uso de los espacios y la respuesta a diferentes requerimientos, lo que ha condicionado dicha continuidad. La arquitectura portadora de esos rasgos se constituye en parte de esa memoria histórica que contribuye a la preservación de la identidad cultural del sitio en que se ubica, no solo en términos arquitectónicos, sino como marco donde se realizan el resto de las actividades humanas, dentro de las que se encuentran aquellas que derivan en manifestaciones culturales que reflejan los valores nacionales. Ello impone la conservación del ambiente construido portador de esos rasgos de identidad.

Si se parte del concepto dialéctico de identidad cultural y las transformaciones que trae consigo, ello implica conciliar los cambios que indefectiblemente deben efectuarse en el patrimonio construido que permanece en uso, con su papel como memoria histórica de un determinado estadio de la identidad cultural. Esa conciliación es la vía que hará posible la continuidad de la memoria histórica y la reafirmación de la identidad en el ambiente construido (Cárdenas, 1992, p. 27).

Es interesante destacar que, en esta idea de “ambiente construido”, la autora también incluye, además del patrimonio arquitectónico, las “actividades humanas” y “manifestaciones culturales que reflejan los valores nacionales”. Esto es, el llamado patrimonio intangible o inmaterial. Igualmente llama la atención sobre la necesidad de conciliación de esos valores con los cambios imprescindibles dentro del patrimonio construido.

Imagen 67- Vista interior de las amplias ventanas y vidrios de colores en la arquitectura colonial cubana.



Fuente: Fotos de la autora y de <https://ginapicart.wordpress.com>

Imagen 68- Vista de un patio interior con galería porticada, componente tipológico característico de la arquitectura colonial cubana. Casa de la Obrapía. Siglo XVII.



Fuente: Foto de la autora.

Imagen 69- Uso de vitrales en la arquitectura moderna cubana. Vista de la Residencia de Cristina Abad.



Fuente: Eduardo Luis Rodríguez

Imagen 70- El portal, como elemento tipológico, fue adoptado fundamentalmente por la arquitectura ecléctica, pero en las grandes avenidas los edificios de diversos estilos también asumieron este elemento posibilitando confort y unidad estética.



Fuente: Foto de la autora.

En cuanto a las nuevas intervenciones, aquella preocupación manifestada a finales de los ochenta sobre “definir cómo producir las nuevas inserciones” resurgía a inicios de los noventa, esta vez frente a un inminente “Periodo Especial”. La posible solución parecía emerger de toda esta reflexión sobre la identidad cultural en el ambiente construido. A decir de Eliana Cárdenas, la búsqueda de identidad en la arquitectura pasaba necesariamente “por aquellos caminos que, además de expresar valores culturales propios (o apropiados), sean capaces de lograr una **arquitectura para todos**, con la **mayor calidad de diseño posible**, pero también con la **mayor racionalidad en los costos**” (Cárdenas, 1991a, p.92, destaque de la autora). Así, mientras en la arquitectura el concepto y comprensión de la identidad cultural se consolidaba como una forma de expresar valores y producir una mejor arquitectura, a la hora de intervenir en el ambiente construido, en el patrimonio edificado, la identidad cultural se imponía como razón y sentido de la restauración y conservación.

En palabras de Luis Lápidus (1989), la conservación del patrimonio coadyuvaba a una toma general de conciencia del papel cultural de la arquitectura y el mensaje de los valores olvidados. De cara a los 2000, la reafirmación de la identidad, como objetivo primario del rescate de monumentos y zonas patrimoniales, debía ampliarse con las potencialidades observadas en el turismo, el hábitat y demás servicios a la población. Algo que incitaba a pensar el camino de la nueva arquitectura cubana.

Si la rehabilitación de las áreas tradicionales exige la armónica inserción de las expresiones de la vida contemporánea en su seno, es obvio que esa dialéctica de lo nuevo y lo viejo, fundamento del equilibrio urbano, actúa recíprocamente en ambos sentidos. Parece ineludible que todo análisis crítico del presente se acompañe de una revisión del pasado, donde, pese al deterioro y la alteración, pueden aun advertirse fuentes legítimas, puntos necesarios de partida para reconceptualizar la creación actual y futura. (Lápidus, 1989, p. 104)

No es desacertada esta relación entre patrimonio, cultura e identidad cuando en 2008 Giovanni Carbonara también entendió que “La restauración, de hecho, es

algo concerniente a la cultura, a la memoria, si se quiere, a la identidad de un pueblo (...) (Carbonara, 2023, p.151)¹⁴⁴.

En resumen, en Cuba se observa una comprensión de la especialidad de la restauración y conservación vinculada a la historia y la identidad (cubana, habanera, de barrio, etc.) que permite al arquitecto o especialista ejercer un “juicio crítico” en el presente histórico para conocer, preservar y transmitir al futuro, aquellos valores persistentes en el tiempo. Como hecho cultural, la restauración y conservación se entendieron como forma de preservar la expresión de una identidad cultural en la arquitectura y el ambiente construido cubanos.

A partir de lo analizado en esta tesis, algunos temas debían revisarse y rescatarse en la práctica arquitectónica y la formación de los arquitectos: el ejercicio de la crítica, el ejercicio del proyecto (formación teórica) y la formación cultural. Ya desde una visión más amplia, involucrando los trabajos de restauración y conservación para actuar en el patrimonio edificado, como se vio en capítulos anteriores, el contexto imponía también el abordaje integral de la rehabilitación y gestión del ambiente construido.

Las tesis originales de integración del hábitat y los monumentos vienen no obstante perdiendo parte de su fuerza ante lo que parece ser un nuevo avance de la óptica historicista y de los temas de carácter representativo. Las inversiones del turismo han asumido una impetuosa jerarquía y, si bien pueden convertirse en poderosos aliados de la recuperación, también se acompañan con frecuencia del pragmatismo y la perentoriedad (Lápidus, 1992, p. 60).

Efectivamente, aunque es posible evaluar que la visión sobre la restauración y conservación llegó a entenderse como hecho cultural, en la práctica, y como especialidad, todavía persistía una visión esencialmente historicista que asumía la restauración de monumentos como una tarea “anclada al pasado”.

El afán de recapturar a ultranza una imagen ya perdida, entraña ciertos peligros [...]. Hemos retirado respetables barandas centenarias de hierro para introducir reproducciones de las de madera torneada que les precedieron, o levantado [...] A veces no se reconoce la carga evocativa y didáctica de un fragmento o de unos restos, y prima la voluntad de completamiento y reproducción, tanto más incongruente cuando no se

¹⁴⁴ A restauração, de fato, é pertinente à cultura, à memória, se quisermos à identidade de um povo (...)

acompaña del necesario dominio de los oficios artesanales ni de suficientes testimonios históricos y constructivos [...] (Lápidus, 1986, p.88).

Afortunadamente, para algunas figuras como Luis Lápidus (1988), la conservación y restauración del patrimonio cultural era “en realidad una modernísima disciplina de avanzada, proyectada al presente y al futuro, y necesitada tanto de técnicas como de lúcidos conceptos” (1988, p. 66). Veinte años más tarde Giovanni Carbonara, en 2008, afirmaba que “La disciplina de la restauración, bien entendida, se proyecta espontáneamente hacia el futuro, se sitúa (y no podría ser de otro modo) en la contemporaneidad (en ese “tercer tiempo” al que se refiere Cesare Brandi en su Teoría) (...) (Carbonara, 2023, p. 151)¹⁴⁵. La trascendencia de esta visión consagra a Lápidus como lo que fue, y muy bien resumió Mario Coyula, “una autoridad indiscutible en la teoría y crítica de la conservación de monumentos” en Cuba.

Dicho esto, ¿cómo congeniar todas esas necesidades en la formación del arquitecto?

4.3 La formación de un arquitecto con “aptitudes y actitudes para el patrimonio”.

En un extenso y excepcional artículo titulado “Crear aptitudes y actitudes ante el patrimonio” (1992), Luis Lápidus presenta una comprensión sobre la especialidad de la restauración arquitectónica que hasta entonces no había sido expuesta de forma tan explícita en Cuba; una muestra de la comprensión que se tenía de aquellas ideas propuestas por Paul Philippot desde la década de 1960 sobre el perfil de los arquitectos restauradores y las especificidades de esta disciplina. Sobre la restauración cuestionaba Lápidus:

¿Qué características deben poseer los profesionales capaces de enfrentarla? La definición de perfiles profesionales requiere el análisis de los encargos sociales que habrán de satisfacer, y un pronóstico de comportamiento de la demanda en el futuro [...] (Lápidus, 1992, p. 60).

¹⁴⁵ A disciplina da restauração, se corretamente compreendida, projeta-se espontaneamente em direção ao futuro, coloca-se (e não poderia ser de outro modo) na contemporaneidade (naquele “terceiro tempo” ao qual se refere Cesare Brandi na sua Teoria), possui valor formativo e educativo, não meramente erudito, e se dirige, acima de tudo, às jovens gerações, para lhes deixar um patrimônio único e irrepetível, como se diz, não sobre memória digital, mas na flagrância de sua matéria autêntica.

Y continuaba:

Este monstruo multidisciplinario, en el que el perfil ocupacional ha condicionado la psicología de cada integrante dotándolo de una visión de mundo diferente, enfrentará en un futuro próximo ingentes demandas. Por ello, los planes de formación deben proveer no solo conocimientos y aptitudes, sino conceptos y actitudes, que necesariamente tienen que generarse desde el nivel de pregrado y aún antes (Lápidus, 1992, p. 63).

Así como Eliana Cárdenas, Lápidus entendía que desde la formación de pregrado los arquitectos en Cuba debían estar conscientes de que su trabajo se desarrollaría en un medio preexistente que, en el caso de la ciudad de La Habana, contaba con una “singular capacidad didáctica”. Por lo tanto, además de conocimientos y capacidad investigativa, se demandaba una “actitud ante el patrimonio”¹⁴⁶, algo que aquí entendemos como la capacidad de tener una visión de rescate integral, factible y concreto en el contexto social cubano, de combinar enfoques culturales con acciones multidisciplinarias.

Esto no puede argumentarse solo en términos culturales, aunque la restauración científica de arquetipos edilicios siga siendo impostergable y obviamente demande buena parte de la atención. La promoción de los valores patrimoniales que durante años ha utilizado una tónica emotiva y a menudo retórica, tendrá también que apelar al raciocinio y probar la factibilidad y ventajas concretas de sus propuestas cambiantes. Ante circunstancias actuales, el defensor de patrimonio no puede reducir su prédica a la nobleza de la causa, mientras en su torno avanza y se posesiona la ruina (Lápidus, 1992, p. 64).

Lápidus defendía, como ningún otro arquitecto de su época en Cuba, la flexibilización de los criterios de restauración sin perder el rigor, como algo que daría cabida a enfoques más dinámicos y a una mayor diversidad de opciones. Proponía analizar todas las posibilidades de intervención, desde la restauración integral para el tratamiento de monumentos excepcionales, hasta el reciclaje y la refuncionalización de edificaciones con sus respectivos estudios de la vocación de los monumentos y la investigación de su comportamiento histórico (Lápidus, 1988b; Lápidus, 1989). “Los planes de formación deben integrar los conceptos de restauración y de rehabilitación como dos costados de la misma actividad, aplicables

¹⁴⁶ Aunque Lápidus no define explícitamente aquello que entiende por “actitud ante el patrimonio” es posible establecer paralelismos con la comprensión de Marina Waisman en su texto “El interior de la Historia. Historiografía arquitectónica para uso de Latinoamericanos” (1990). Aun cuando en su estudio la autora hace referencia específicamente al trabajo del historiador y del crítico de arquitectura, ella entiende las “actitudes” a partir de los “métodos de trabajo y sus respectivos enfoques” frente al objeto de estudio.

selectivamente según jerarquías, clasificación tipológica y grados de conservación” (Lápidus, 1992, p. 64).

En este sentido, también hacía hincapié en la formación de capacidades no solo científicas, sino también -y fundamentalmente- técnicas y económicas, en los profesionales, así como en la incorporación de “economistas con formación cultural” a los equipos multidisciplinarios de conservación y restauración. Sobre esto afirmaba:

Hay que capacitar a un sector de los profesionales para que, sin tener que profundizar en las complejidades de la restauración científica, asimile los principios culturales y las habilidades técnicas y de diseño requeridos por algunas intervenciones.

[...]

Es obvio que los programas integrales de rescate no pueden basarse en acumular nuevas restauraciones a partir de focos, con estudios dilatados y alto consumo de materiales actualmente deficitarios. La reutilización de un patrimonio por tanto tiempo olvidado, y sus modificaciones históricas, requieren de una capacidad para apartarse de las soluciones ortodoxas, salvar las esencias y complementar la materia con las tecnologías apropiadas disponibles, reduciendo la intervención al mínimo indispensable. A menudo los restauradores muestran reticencias a esto último (Lápidus, 1992, p. 64).

Un elemento interesante, que se vislumbra en este fragmento, son las diversas posturas que se manejaban en Cuba frente a la restauración. En algunos casos, una postura esencialmente práctica y funcional asimilaba las inserciones y las incorporaba a la nueva función otorgada al inmueble, aun cuando las preferencias fueran diferentes; otros optaban por la demolición y reconstrucción, válida en algunos casos pero, de forma general, poco práctica (Lápidus, 1992). Ante todo esto, vale destacar como Lápidus no pierde de vista la comprensión de la identidad cultural como *leitmotiv* del patrimonio cuando propone “salvar las esencias”. En este artículo de 1992, el autor apuntaba elementos bastante positivos para los programas de rescate como la pluralidad de participantes (participación popular por medio de la autoconstrucción, etc.) la reactivación de la producción de materiales tradicionales y, en materia de formación especializada, proponía acrecentar el estudio de actividades económicas como el turismo y la enseñanza de formas modernas de dirección y organización; el germen tal vez, de lo que posteriormente se entendería como gestión patrimonial.

En cualquier caso, llama la atención cómo el autor no hace referencia a criterios o principios ya establecidos y ampliamente conocidos en el mundo para la resolución de conflictos en esta área, y en su defecto solo menciona criterios prácticos o socioeconómicos. Si bien estos presupuestos apuntaban a un enfoque plurilateral y multidisciplinario de la restauración, en la cual intervendrían no solo especialistas de diversas ramas, sino también parte de la sociedad beneficiaria de los programas de recuperación, paradójicamente, por lo urgente y necesario en el contexto cubano, da la impresión de que se tendía a descuidar un aspecto esencial de este campo de conocimiento que también se vale de análisis teóricos, debates y estudios profundos para su puesta en práctica. Los peligros de un cierto “debilitamiento teórico-metodológico”, como apunta más recientemente la autora Beatriz Kühl (2017), frente a cuestiones económicas y otros intereses ajenos a la cultura, son bastante debatidos en la actualidad. En este sentido, Natália Vieira-de-Araújo entiende que aun cuando las discusiones giren en torno al otorgamiento de significado o al papel de los sujetos en la identificación de valores, ello deberá estar acompañado del reconocimiento de las contribuciones de las teorías de la restauración (Vieira-de-Araújo, 2022). Obviamente, Lápidus no ignoraba este aspecto ineludible que es la formación teórica y el debate dentro del campo. Este era, además, un tema pautado por figuras como Eliana Cárdenas desde la Facultad de Arquitectura de la CUJAE en La Habana y, como se verá más adelante, fuertemente debatido por el Consejo Académico Iberoamericano (CAI).

Para Luis Lápidus, el debate debía ser visto como parte de un arduo proceso de búsqueda y maduración de un campo de conocimiento, que hasta el día de hoy se entiende como campo de disputas, y que en el caso cubano se deparaba con el desafío de rescatar y reutilizar un patrimonio arquitectónico extenso y durante mucho tiempo preterido. Los éxitos y errores resultantes de las intervenciones en zonas patrimoniales, para él, eran parte de la evolución del pensamiento y de la práctica de la conservación y restauración en Cuba que, además de suscitar las consabidas contradicciones, tendía a enturbiar el marco de análisis debido a las limitaciones económicas (Lápidus, 1990).

Frente a esta realidad, proponía generar una capacidad mayor de diálogo entre restauradores y urbanistas para hallar alternativas intermedias entre el

reemplazo de lo supuestamente desechable y la conservación historicista. También proponía una capacidad de hallar soluciones alternativas ante las restricciones materiales y una política abarcadora de rehabilitación con enfoques flexibles y dinámicos. “Se impone salvar las esencias y no siempre, necesariamente reintegrar toda la materia, demostrar que la reutilización del fondo construido puede incluso ser económicamente más sensato que la inversión indiscriminada en nuevas construcciones”. Asimismo, llamaba a incorporar de forma más activa a la rehabilitación distintas fuerzas, como la población. “El restaurador, actuando no solo en el orden técnico y cultural, sino también en el social y organizativo, puede hallar un lenguaje común con estos sectores” (Lápidus, 1990, p. 35).

A partir de esta noción, Lápidus concebía un “modelo de formación” estrechamente vinculado a las demandas del contexto y a la implementación de planes de rescate integral en la ciudad. Esta “visión integral” implicaba, entre otros aspectos, trazar estrategias de recuperación sobre la trama urbana a nivel global, una acción simultánea en diversos puntos, una distribución equilibrada de las acciones de rescate sobre el territorio histórico. Desde 1988, el autor planteaba que:

Los enfoque unilaterales que habitualmente asumen los programas de restauración en su fase embrionaria, son inevitablemente trascendidos por una realidad contextual que impone múltiples exigencias [...] extendidas las nociones de cultura, el conflicto ya no se focaliza tanto en el olvido y el relegamiento [...] la esencia del problema radica en que los programas de recuperación tiendan a que el patrimonio, sin ceder a prerrogativas, se integre activamente al desarrollo social, enriqueciendo con naturalidad las actuales ideas y condiciones, con vista a una perdurable superación de la dicotomía entre el pasado y un presente en constante transformación (Lápidus, 1988c, p. 125-126)

Si se toma en consideración que Lápidus constituía una voz autorizada debido a su desempeño como profesor de la Facultad de Arquitectura y como subdirector del CENCREM, se podría anticipar que la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación a la altura de los años noventa en Cuba debía responder a la implementación de programas de rescate integral, con una visión cultural y socioeconómica del patrimonio. Es posible entonces hallar puntos de contacto con los aspectos éticos y deontológicos citados a inicios de este capítulo por Ana Paula Farah (2012, p.226) como imprescindibles

para que los arquitectos ejerzan “su función de forma socialmente responsable (...) articulada con la teoría y praxis, comprometida con el contexto en el que trabajan”.

Llegado a este punto, es posible apreciar en este artículo de Lápíus de 1992 como se difuminan un poco los límites entre las habilidades deseadas en el arquitecto y las del arquitecto especialista en restauración y conservación, teniendo en cuenta que, en cualquier caso, se abogaba por formar arquitectos para lidiar con el ambiente construido, con el patrimonio edificado. Así lo demuestran, la comprensión de Lápíus de considerar la restauración y rehabilitación “como dos costados de la misma actividad”¹⁴⁷, el concepto de identidad que permeaba no solo el rescate del patrimonio edificado, del ambiente construido, sino también de la nueva arquitectura; y el llamado a superar la dicotomía entre “pasado y presente”, es decir, “antiguo y nuevo” (lo que no implicaba reproducción mimética, historicista, o el contraste indiscriminado, sino la permanencia de las esencias). Ahora bien, ¿formar arquitectos con “actitudes y aptitudes para el patrimonio” es lo mismo que formar arquitectos restauradores? Pues no. Sin embargo, en esta tesis se entiende que formar arquitectos con “actitudes y aptitudes para el patrimonio” y formar arquitectos restauradores, valiéndonos de las palabras de Lápíus, son dos costados de la misma actividad. Eso, evidentemente, sí estaba claro para estos especialistas y tal vez sea posible asegurar que así fue entendido en toda Cuba.

Contribuyen a validar esta idea autores como Giovanni Carbonara. Valiéndose de la experiencia de la Facultad de Arquitectura del “Valle Giulia” (“*La Sapienza*”), primera facultad de arquitectura creada en Italia en la que las líneas de restauración e historia de la arquitectura se desarrollaron junto a la producción de “lo nuevo”, Carbonara expresó en 2008 que “**la restauración arquitectónica es arquitectura** y es ante todo responsabilidad de los arquitectos, al igual que otras formas de “arquitectura sobre estructuras preexistentes”¹⁴⁸ (Carbonara, 2023, p.153, destaque de la autora). La actualidad de todas estas ideas hace eco en estudios más recientes, como el realizado por Ana Paula Farah (2012), que, como se vio al inicio, también entiende que la formación del arquitecto restaurador exige primero la

¹⁴⁷ Acciones que están dentro del campo de la restauración y la conservación.

¹⁴⁸ “a restauração arquitetônica é arquitetura e é competência, acima de tudo, dos arquitetos, bem como as outras formas de “arquitetura sobre as preexistências.

formación de un arquitecto urbanista y después la especialización, sin relegar a los estudios de posgrado la responsabilidad por una formación, digamos, completa.

Esta relación de “toma y daca” entre el campo de la restauración arquitectónica y la arquitectura está vigente hasta hoy. En el contexto italiano, autores como Claudio Varagnoli, llaman la atención para la necesidad de que los valores defendidos por la cultura de la restauración “fecunden” la cultura arquitectónica. Igualmente, añade la necesidad de mirar hacia el territorio como un todo, transfiriendo la atención de los monumentos hacia una “red del patrimonio histórico y artístico” con el objetivo de atender las necesidades a escala territorial. Esto quiere decir, desplazar la atención de la restauración de los testimonios de la historia y la cultura del país hacia la vida de los habitantes (Vieira-de-Araújo, 2022, p. 180).

Una vez abordados los aspectos claves correspondientes a la comprensión que se tenía en Cuba del campo de la restauración y conservación como acto de cultura, así como aquellos que tienen que ver con la formación del arquitecto para actuar en este campo con sus particularidades éticas y deontológicas; se entiende necesario explorar otros aspectos que incuestionablemente también deben considerarse en la formación de arquitectos con “actitudes y aptitudes para el patrimonio”. ¿Cómo conseguir efectivamente el desarrollo de una capacidad científica, técnica y proyectual, con conciencia histórica y cultural? Sobre el papel de la teoría y la formación teórica de los arquitectos se tratará a continuación.

4.4 La formación teórica: una preocupación constante.

En el Capítulo 2 de esta tesis, se enunció cómo en los años ochenta aumentó significativamente el debate sobre la conservación, la restauración, e incluso la práctica restauradora, de renovación y rehabilitación patrimonial y urbana, así como las publicaciones, investigaciones, proyectos en las universidades; todo ello impulsado también por un centro como el CENCREM encargado, entre otros temas, de la capacitación especializada de los arquitectos cubanos. No obstante todos estos avances, algunas problemáticas fueron identificadas en materia de formación, definidas por Eliana Cárdenas como “de tipo conceptual”. Según esta autora, faltaba

“una integración de todos los esfuerzos bajo una **concepción teórica global** que guíe tanto los contenidos que se imparten, la investigación de docentes y alumnos, así como las acciones prácticas concretas en las cuales participe la universidad” (Cárdenas, 1991b, p.15, destaque de la autora).

Efectivamente, además de tener claridad en la concepción cultural, ética, socioeconómica o deontológica de la profesión, en Cuba también se tenía conciencia de las especificidades y demandas científicas de este complejo campo de conocimiento y, por lo tanto, de su necesaria compatibilización con la formación dentro de las condiciones impuestas por el contexto. Para esto, no solo era necesario abordar esta **falta de concepción teórica** en la enseñanza superior, también había que promoverla entre los docentes y en los diferentes organismos e instituciones a cargo de la conformación y transformación del ambiente construido, tradicional o de nuevo tipo.

La búsqueda de mejores formas de aprovechamiento del fondo construido, un mejor estudio del carácter de las nuevas inserciones y del tema de la identidad cultural en la arquitectura y el ambiente construido, una mayor discusión de los problemas de tecnologías y materiales a emplear, la participación de la población usuaria en la rehabilitación y conservación de sus lugares de vida y, en definitiva, los sentidos y propósitos de la restauración, fueron objetivos colocados en la mira para orientar de forma más adecuada la formación. Ante ellos, Cárdenas proponía la participación de los estudiantes en tareas de poca complejidad de mantenimiento y reparación, la participación en equipos de conservación arquitectónica y renovación urbana, la participación en inventarios e investigaciones de carácter socio-histórico, entre otros; pero especialmente no perder de vista la inclusión de contenidos teóricos que:

[...] posibiliten apreciar los problemas de intervención en el contexto construido de manera integral y que considere las diferentes escalas y alternativas de intervención; el desarrollo de habilidades en cuanto a técnicas de investigación, conocimiento y manejo de materiales y técnicas, y realización de propuestas de proyecto. Todo esto deberá tenerse en cuenta por las disciplinas que deben participar coordinadamente (Cárdenas, 1991b, p.16).

Cárdenas coloca un aspecto esencial a tener en consideración en la formación teórica como salida para “apreciar” problemas, “considerar” soluciones y “desarrollar” habilidades de investigación, conocimiento y propuestas proyectuales. Evidentemente, sin desmerecer el peso de la formación práctica de los arquitectos en esta profesión¹⁴⁹, la autora hacía hincapié en “saber pensar” y “saber aprender”. “Crear la capacidad analítica que permita con el bagaje disponible, buscar información, procesarla, para solucionar problemas totalmente nuevos” (Cárdenas, 1998b, p.69). La falta de esta capacidad se reflejaba, entre otros aspectos, en una superficial fundamentación teórica en las soluciones de diseño.

Mientras enseñar para “saber hacer” lleva a una esquematización del conocimiento y las habilidades para actuar en situaciones particulares, la autora manifestaba con claridad la importancia de una formación teórica que, sustentada en la práctica, ofrece instrumentos de análisis que permiten –de forma creativa- dar respuesta a las carencias y contingencias de la realidad cubana, y agregamos, en cualquier momento. En este sentido, no descartaba la necesidad del debate y de la confrontación intelectual de aspectos epistemológicos en la arquitectura (Cárdenas, 1998b). Eliana Cárdenas fue una de las autoras que más profundizó en el análisis de los problemas de la asimilación y enseñanza de la teoría de la arquitectura en Cuba¹⁵⁰. Uno de sus artículos más completos sobre el tema fue “¿Teoría, teoría dónde estás?”, publicado en 1998 en la revista “Arquitectura y Urbanismo”.

Para esta autora, en La Habana la enseñanza de la teoría de la arquitectura llevaba desventaja en relación con la teoría del urbanismo, que contó con importantes teóricos como Pedro Martínez Inclán. Por otro lado, la dificultad de asimilación de la teoría de la arquitectura, vinculada al proyecto, entre otros aspectos se hallaba en la enseñanza del proyecto arquitectónico con énfasis en la historia, las

¹⁴⁹ La autora, en sus reflexiones a lo largo de la década de 1990, llama la atención para la orientación práctica de la enseñanza en la Facultad de Arquitectura con vistas a “dar respuesta” a las diferentes problemáticas del país, fundamentalmente desde la década de 1960. Cárdenas reconoce la importancia de ello para cualquier profesión que busca formar profesionales capaces de actuar en circunstancias variadas. No obstante, la autora destaca que uno de los escollos de la enseñanza, y fundamentalmente de la enseñanza de la arquitectura, es “aprehender los cambios presentes, rápidamente convertidos en pasado” (Cárdenas, 1998b, p.69). Para ello la formación teórica es esencial.

¹⁵⁰ Entre 1980 y el 2000 Eliana Cárdenas dedicó cerca de 17 artículos en la revista “Arquitectura y Urbanismo” a temas de teoría de la arquitectura.

normas y la tratadística como fundamentación de las soluciones formales hasta los años cuarenta (según la tónica academicista) y, después, debido a su eminente carácter práctico. Sobre esto afirmaba que “Se puede afirmar que en la enseñanza del diseño a escala arquitectónica han predominado los enfoques “metodológicos” como guía para la actividad práctica y no los propiamente teóricos, en consonancia con tendencias europeas de los sesenta y setenta”¹⁵¹ (Cárdenas, 1998b, p.70).

Otras problemáticas apuntadas dicen respecto del desajuste entre la teoría y la práctica, tanto en la enseñanza como en la actividad profesional. Dentro de la Facultad de Arquitectura, Cárdenas señalaba la falta de esclarecimiento teórico de conceptos básicos de la arquitectura en la disciplina de Teoría e Historia (relaciones espaciales y distribución de actividades, composición formal y valores expresivos, aspectos simbólicos y descripción de los edificios, concepción estructural de una edificación y sistemas constructivos) cuyas especificidades y relaciones eran asimiladas por los estudiantes en el proceso creativo en los Talleres de diseño; situación que provocaba una disociación entre teoría y práctica. Asimismo, en los trabajos de diploma eran apreciables lagunas en el referencial teórico. Ya en cuanto a la práctica profesional, la autora señalaba:

Las zonas de nuevo desarrollo han visto crecer la implantación de grandes conjuntos, uno al lado o cerca del otro, como una suma, dejando a veces espacios entre ellos nunca tratados, como realengos que no pertenecen a nadie.

En áreas de la ciudad existente ha ocurrido algo similar, más notable en las zonas compactas, pues una especie de miedo a usar la tradicional pared medianera dejó pequeños pasillos imposibles de utilizar, además de la frecuente ruptura de la línea de fachada o de la altura del puntal de la primera planta, problemas solucionados hace mucho tiempo por las Ordenanzas de Construcción (Cárdenas, 1998b, p.73).

Y cerraba con un cuestionamiento

Habría que preguntarse en qué medida esta situación no es causada, además de cierta insensibilidad ante la conformación de una imagen coherente de la ciudad, de regulaciones precisas pero flexibles que normen las actuaciones urbanísticas y constructivas, por la ausencia de una sólida formación teórica que posibilite contar con argumentos y con una cultura urbana y arquitectónica para enfrentar los complejos problemas de la ciudad (Cárdenas, *op.cit*).

¹⁵¹ Aunque esta fue la visión que prevaleció durante más tiempo, la autora apunta experiencias interesantes promovidas por Joaquín Rallo en la facultad de arquitectura de La Habana y de Ulrike Saewitzshz y Francisco Lesta en Santiago de Cuba.

Definitivamente, frente a las problemáticas colocadas por el período especial, la adecuada formación teórica de los arquitectos y demás profesionales del campo de la conservación y restauración para pensar mejor las diferentes vías de resolución de conflictos constituía un gran desafío. Esta no era una preocupación solo de las universidades cubanas. Como se enunció en el capítulo anterior, la constitución del Consejo Académico Iberoamericano (CAI) fue resultado del alineamiento de estas preocupaciones con otros países de la región.

Además de contribuir al empujón definitivo para la introducción de tópicos sobre conservación y restauración en las asignaturas optativas de la disciplina de Teoría e Historia, en el “Plan C perfeccionado” de la CUJAE, las reuniones del Consejo Académico Iberoamericano (CAI) permitieron a los académicos cubanos no solo debatir, sino también llegar a acuerdos sobre la formación. Específicamente, la preocupación por la enseñanza de la arquitectura, de cara al nuevo siglo, promovió la realización del Encuentro Europa-América Latina sobre la Enseñanza de la Arquitectura, en Bruselas, Bélgica, en 1995, cita en la que se redactó la llamada Carta de Bruselas.

Este documento reúne preocupaciones salidas de debates que habían tenido lugar en las reuniones del CAI, y concentra algunas ideas en torno a la enseñanza de la arquitectura y el urbanismo frente a la problemática de los centros históricos y las “aspiraciones contemporáneas”. Para ello, abogaba por una necesaria redefinición del concepto de Centro Histórico y la consecuente “evolución” de las prácticas¹⁵², así como la comprensión del concepto de autenticidad “como centro de estas aspiraciones contemporáneas” en el contexto latinoamericano.

La autenticidad de una arquitectura producida o por producir debe buscarse entonces dentro de las construcciones inherentes a esta diversidad **[de identidades latinoamericanas]**, entre tradición y modernidad, permanencias y cambios, influencias internacionales y arraigo local. Además, la historia muestra que esto siempre ha sido así en lo que llamamos “ciudades históricas”. La autenticidad de una intervención arquitectónica requiere de una distancia crítica para relacionarla con la realidad de la historia y de los lugares (Consejo, 1998, p.53).

¹⁵² “La noción de centro histórico puede ser extendida a todo el conjunto urbano existente, principalmente en sus núcleos consolidados (...) En esta medida es necesaria una visión global de la ciudad para definir una política y las estrategias de conservación del patrimonio que tengan en cuenta las necesidades y potencialidades reales de un territorio urbano y las aspiraciones de sus habitantes” (Consejo, 1998, p.53).

Nótese que la noción de autenticidad, estrechamente ligada a la identidad cultural anteriormente analizada en este capítulo, es apuntada como uno de los fundamentos de la expresión cultural en la arquitectura y, también, como principio de intervención. En este sentido, hay que agregar que, entre los profesionales cubanos, esa relación identidad-autenticidad también fraguaba con la participación social y el lugar de la población como protagonista de las acciones integrales de rescate, algo que en materia económica también contribuiría a ofrecer al mercado turístico una imagen más auténtica¹⁵³.

A partir de ello, la Carta de Bruselas propuso pensar la producción arquitectónica como una **“alternativa cultural a los modelos de desarrollo”** alegando que:

Una sociedad incapaz de pensar su espacio en términos culturales es una sociedad condenada al utilitarismo y a la dictadura de un "pensamiento único", inspirado solo por fuerzas económicas [...] Los participantes en el Encuentro Europa-América Latina afirman que la arquitectura, a escala del edificio, del espacio público o de la ciudad es un campo esencial de aplicación de esta "alternativa cultural": el espacio constituye al mismo tiempo un recurso, un símbolo, un producto y un medio de desarrollo. [...]

La arquitectura se materializa en la ciudad, de manera que no hay desarrollo posible, es decir, mejoramiento de la calidad de la vida, sin una arquitectura culturalmente pertinente, sin un marco de vida armónico con la memoria y las aspiraciones humanas. En consecuencia, se invita a considerar que la inversión social en el patrimonio edificado contribuye a reforzar la dimensión cultural del desarrollo (Consejo, 1998, p.53).

En el contexto de los años noventa, el patrimonio construido y fundamentalmente el habitacional se contemplaba como un recurso no desperdicable, especialmente en Cuba. Ello suponía la visión extendida del patrimonio urbano, no circunscrita únicamente al centro histórico, algo que, como se vio con anterioridad, en el contexto cubano se había discutido en la década de 1930, se ratificó con la influencia de la Carta de Venecia en los años sesenta, y se retomó a inicios de los ochenta por autores como Mario Coyula¹⁵⁴. Esa visión de la

¹⁵³ Ver artículo “Cuatro tesis para un congreso” (Cárdenas *et al.*, 1999, p.58).

¹⁵⁴ Ver artículo “Por una noción más amplia de monumento” (Coyula, 1984) y “La ciudad como patrimonio” (Lápidus, 1990).

arquitectura y el urbanismo, correspondiente con una concepción de desarrollo sustentable, era considerada de importancia capital en Cuba¹⁵⁵.

La formación debía acompañar este pensamiento y superar una “crisis disciplinar” que, a decir de Eliana Cárdenas (1998), se evidenciaba en el ámbito de la teoría, con lógicas repercusiones en la práctica. En este sentido, la Carta de Bruselas de 1995 llamaba la atención sobre:

La historia como distancia crítica.

[...] Toda enseñanza de la arquitectura y el urbanismo debe apoyarse sobre una crítica histórica y cultural de la organización espacial en la cual la arquitectura de la ciudad traza las pautas. [...]

El proyecto como método de conocimiento.

Dentro de esta capacidad de producción cultural, el fenómeno artístico ocupa un lugar privilegiado en la medida en que la arquitectura revela igualmente una práctica artística. Esta práctica tiene como método central en la enseñanza el proyecto de arquitectura [...] y el proyecto urbano como método de conocimiento de lo urbano y de lo edificado, susceptible de fundamentar las decisiones de intervención [...]

El patrimonio como proyecto

[...] Las dimensiones culturales, éticas, históricas, estéticas, cuestionan a cada paso los métodos y la naturaleza de las decisiones arquitectónicas y urbanas a tomar en el marco del proyecto. Las ciencias y técnicas no son entonces suficientes y la experiencia artística de este proceso no tiene un contorno definido. Esto no significa en modo alguno que lo subjetivo, aún hasta lo arbitrario, sean los únicos capitanes a bordo, como lo cree a menudo una opinión pública, tentada entonces de condenar al artista en favor de la seguridad ilusoria de un buen técnico gestor.

La complejidad como condición de competencia

La enseñanza de la arquitectura y del urbanismo pasa por un camino escarpado, tortuoso, de una complejidad a imagen de su objeto. En la formación profesional supuestamente se responde a las expectativas sociales; en la gestión urbana y del patrimonio, esta complejidad se debe revertir en los objetivos de formación y en los modelos de gestión enseñados [...]

Actualizar los modelos y los métodos

Los cambios del mundo moderno inducen o deben inducir cambios equivalentes en la formación de los arquitectos y los urbanistas, sobre todo incorporando una reflexión acerca de la producción material de la ciudad y del edificio, en términos de demarcación constructiva, como parte integrante del patrimonio edificado y de su transformación para nuevos usos [...]

(Consejo, 1998, p. 54-55).

En resumen y como conclusión del Encuentro Europa-América Latina, se resolvía que “las instituciones de enseñanza de la arquitectura pudieran encontrar (...) el lugar que corresponde a una disciplina que debería concebir la dimensión artística como parte de la naturaleza universitaria de su proyecto fundador y de su porvenir (Consejo, 1998). El **ejercicio crítico a partir de una visión histórica y**

¹⁵⁵ Ver artículo “¿Qué hacer con La Habana?” (Cárdenas, 1999).

cultural de la arquitectura; el proyecto de arquitectura como práctica científica y técnica, pero también, artística; las dimensiones éticas, culturales y estéticas en las decisiones de proyecto, así como los **nuevos modelos de gestión,** debían comprenderse como objetivos esenciales de la formación de los arquitectos en el nuevo siglo.

Vale destacar que lo analizado hasta el momento constituye el pensamiento de un grupo de profesionales cubanos preocupados con el destino de la disciplina en Cuba y con un criterio formado a partir de los errores y aciertos cometidos en los años sesenta y setenta, en materia de arquitectura y sobre todo a nivel práctico. Ya a la altura de los noventa, al menos a nivel de discurso, es posible entender que la preocupación con las esencias de la identidad nacional en el patrimonio arquitectónico urbano y el ambiente construido, con la formación teórica y con la formación ética, responsable y comprometida de los arquitectos ganaba relevancia. Cada uno de estos temas se debatía como prioridades y sin jerarquías.

El artículo titulado “Cuatro tesis para un congreso” publicado en el número 2 de la revista “Arquitectura y Urbanismo” de 1999, con motivo del aniversario cincuenta del Primer Congreso Nacional de Arquitectos Cubanos, reúne algunas de las principales resoluciones de estos arquitectos cubanos. Las “tesis” que servían de base eran: Arquitectura e identidad nacional; Arquitectura y entorno; La formación del arquitecto, La arquitectura y las ideas¹⁵⁶. Sin pretender reproducir el contenido de este material, a continuación serán citadas solo las ideas que refuerzan el objetivo de esta investigación.

La identidad en la arquitectura cubana, en sus aspectos tangibles e intangibles, se entendió como “factor de cohesión nacional, regional o local” frente a la globalización y demás aspectos que atentaban contra el desarrollo de una arquitectura coherente con el contexto cubano (Cárdenas *et al.*, 1999, p.58). Como se mencionó con anterioridad en esta investigación, desdibujando los límites entre el campo de la arquitectura y el de la conservación y restauración, este concepto se

¹⁵⁶ Los autores fueron: Rubén Bancroft, Sergio Baroni, Eliana Cárdenas, Mario Coyula, Víctor Marín, Isabel Rigol y Angela Rojas.

pensó también como esencial para la preservación del patrimonio edificado en toda su dimensión cultural, social y económica.

En este sentido, era de vital importancia rescatar para la arquitectura la formación cultural del arquitecto entendiendo que, como bien señalaba Mario Coyula, la ciudad es “el mayor y más importante hecho cultural, que une la significación histórica y arquitectónica con la utilidad práctica cotidiana para todos los sectores sociales” (Cárdenas *et al.*, 1999, p.61). Unido a esto, el conocimiento de la historia y la formación teórica eran fundamentales para proveer herramientas de reflexión importantes para el ejercicio de proyecto y para la resolución de conflictos. A decir de Sergio Baroni era necesario recuperar la conceptualización de los proyectos.

Independientemente del método y del proceso proyectual adoptado, cuando en una obra no hay ideas rectoras, el proyecto se vuelve casual, inconexo, incoherente, carente de expresividad y significado.

De ahí la importancia que pueden asumir, alrededor de un tema o una oportunidad cualquiera, los “concursos de ideas”, cuando no se vean como simples alternativas a la producción de las empresas especializadas, sino como una confrontación de la cual debe salir una mejor y más rica conceptualización del tema propuesto (Cárdenas *et al.*, 1999, p.64).

Según Mario Coyula, frente a los inevitables conflictos había que rescatar el ejercicio crítico y la cultura del debate.

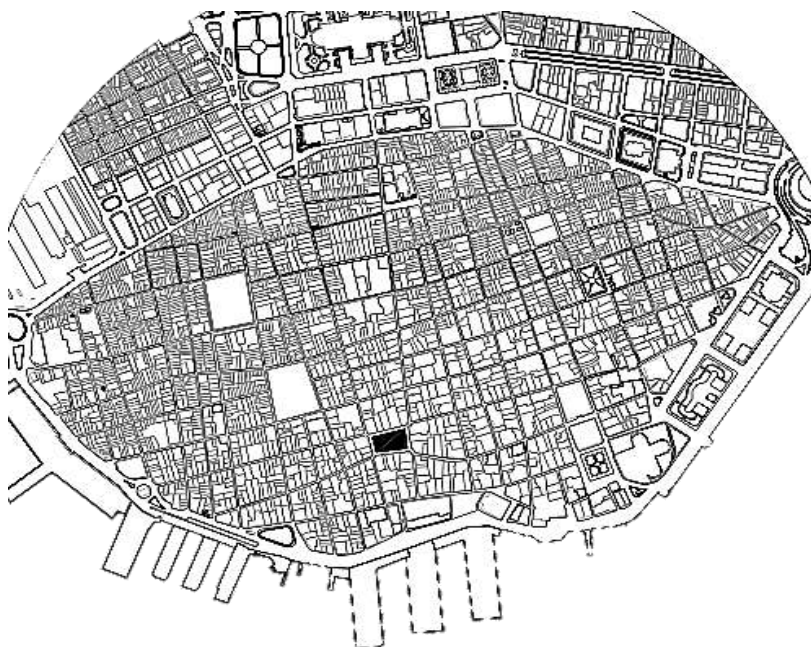
Las soluciones a estos conflictos nunca serán completamente satisfactorias, y previsiblemente van a generar otros nuevos que todavía no son evidentes. Es conveniente recordar que, por lo general, cada problema trae aparejado sus propias soluciones. Se trata por lo tanto de adoptar un modelo que incorpore al conflicto como parte saludable de nuestras vidas: un motor que permita avanzar, aunque no siempre sea en línea recta. Por lo pronto, se puede empezar con esa forma tan económica del conflicto, que es el debate (Cárdenas *et al.*, 1999, p.62).

Llegado a este punto, pareciera que la claridad de estas ideas allanaría el camino para su aplicación en la práctica, especialmente en la práctica restauradora e intervencionista que, recordemos, ya contaba con un centro de capacitación especializado como el CENCREM, con importantes y reconocidos resultados. Sin embargo, no fue así. La dificultad para alcanzar una **concepción teórica global** que integrara los debates y la práctica de la restauración estaba lejos de alcanzarse, demostrando que, como bien apunta Vieira-de-Araújo (2022), el campo de la

conservación y la restauración es un campo de disputas, en el que las decisiones sobre cómo se debe restaurar o intervenir también dependen de cuáles referencias culturales u objetivos son mayormente considerados por las instituciones patrimoniales. A continuación serán abordados ejemplos de intervenciones importantes realizadas en estos años que presentaron algunas ideas, conflictos o problemáticas a las cuales se ha hecho mención en esta investigación.

4.5 La Plaza Vieja de La Habana

Imagen 71- Plano de la Habana Vieja. Espacio de la Plaza Vieja destacado en negro.



Fuente: (Gómez, 2011)

Uno de los trabajos de restauración realizados en el centro histórico de La Habana que más polémica generó desde su inicio fue la restauración de la Plaza Vieja de La Habana. Recordemos que a inicios de la década de 1980, una vez incluida La Habana Vieja y su Sistema de Fortificaciones en la lista de Patrimonio Mundial, fue lanzada una Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja. Este espacio, uno de los más emblemáticos del centro histórico (Imagen 71) y parte del sistema de plazas que lo caracteriza, desde su constitución como plaza comercial en los siglos XVI y XVII había pasado por varias transformaciones, como Mercado de Cristina en el siglo XIX y Parque Juan Bruno Zayas en el siglo XX, para

finalmente convertirse en Parque de la República (también llamado Habana) con un anfiteatro y estacionamiento soterrado hasta inicios de los ochenta cuando se decide su restauración (Imagen 72 a la 77).

Desde esa fecha hasta la actualidad, este espacio ha sido objeto de estudio y tema de varias publicaciones. No constituye un objetivo de esta tesis ahondar en la historia de esta plaza y en todos los análisis que de ella se han realizado. Para mayor conocimiento, se recomienda la lectura del texto “La Plaza Vieja: proceso de recuperación”, con varios autores, publicado en 2011 por la Consejería de Obras Públicas y Vivienda de la Junta de Andalucía, en convenio con la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana; y del texto “Historia de una plaza en movimiento: del Parque Habana a la Plaza Vieja” (2009) también con varios autores. No obstante, por entender la importancia del conocimiento de los valores de este espacio para el trabajo de preservación que se proponía llevar a cabo en aquel entonces, resulta pertinente citar parte de las palabras de Amadou-Mahtar M'Bow, director general de la UNESCO en 1983 sobre la importancia de la plaza dentro del centro histórico de La Habana:

[...]

Con la Plaza Vieja aparece un espacio de un tipo nuevo en América Latina, un espacio consagrado, por excelencia, a la vida social. Concebida como lugar privilegiado de encuentro e intercambio, la plaza es el verdadero foro de la ciudad hasta el siglo XIX. Es allí, en efecto, donde palpita la vida de la comunidad.

Fruto de la primera tentativa de planificación urbana en esta región del mundo, combina diferentes estilos -barroco, neoclásico, "art nouveau"- en una composición auténticamente cubana. Está bordeada de viviendas y comercios que brillan bajo el sol de los trópicos; un sol cuyos ardores fulgurantes son atemperados por el arco de "medio punto" que corona la famosa puerta interior cubana, "intérprete entre el sol y el hombre".

La Plaza Vieja resulta así una de las obras de arquitectura más representativas de la síntesis nacida del encuentro de muchas culturas bajo el sol de las Antillas: testimonio esplendoroso de la identidad creadora de la nación cubana (M'Bow, 1983, p.2).

Imagen 72- Reconstrucción del Mercado de Cristina en el espacio de la plaza.



Fuente: Francisco Bedoya

Imagen 73- Demolición del Mercado Cristina en 1908. Plaza Vieja.



Fuente: Archivo fotográfico del MINOP-MICONs, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas.

Imagen 74- Parque Juan Bruno Zayas.



Fuente: Archivo fotográfico del MINOP-MICONS, procesado por el Lic. Juan de las Cuevas.

Imagen 75- Vista del Parque Habana con el Anfiteatro.



Fuente: Dirección de Patrimonio Documental OHCH.

Imagen 76- Vista del Parque Habana con el Anfiteatro y la entrada del parqueo soterrado por la calle Muralla.

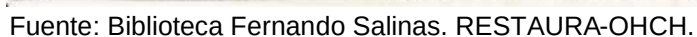


Fuente: Dirección de Patrimonio Documental OHCH.

Imagen 77- Vista del parqueo soterrado por la calle Muralla a inicios de los años noventa.



Fuente: Dirección de Patrimonio Documental OHCH.



En estas pocas palabras, aun sin entrar en detalles, es perceptible el grado de excepcionalidad de este espacio dentro del ya excepcional centro histórico habanero. La propuesta de lanzar una campaña internacional para la salvaguarda de la plaza había sido una propuesta de Marta Arjona, recordemos, directora de la Dirección de Patrimonio Cultural (DPC), adscrita al Ministerio de Cultura¹⁵⁷. A decir de Isabel Rigol (2011):

El proyecto general de la plaza presentado por la Dra. Arjona a la UNESCO con vistas a la Campaña Internacional se había fundamentado en las premisas generales de desarrollo del Centro Histórico elaboradas bajo su égida desde fines de los años setenta. Mediante una concepción en su momento avanzada, el proyecto contemplaba la recuperación de los valores urbanísticos y arquitectónicos de la plaza en tanto buscaba una respuesta a las necesidades contemporáneas (Rigol, 2011, 34).

Aunque ya se comentó sobre ello en capítulos anteriores, es válido recordar que el “Anteproyecto de Restauración de la Plaza Vieja” de 1979 había sido elaborado como parte del “Anteproyecto de Restauración y Revitalización de La Habana Vieja” de 1976, todo ello como resultado de la tesis de graduación titulada “Anteproyecto de Plan Director de la Habana Vieja” realizada entre 1976 y 1977 por los entonces estudiantes de arquitectura Enrique Capablanca Rizo, Carlos Dunn Marques y Nelson Melero Lazo, bajo la tutoría del arquitecto Daniel Taboada. El “Anteproyecto de Restauración de la Plaza Vieja” definitivo, mayormente divulgado a inicios de los ochenta¹⁵⁸ y asumido como “oficial” por el Departamento de Monumentos de la DPC del Ministerio de Cultura, contó además con las investigaciones de historiadores como Lilian Peraza Martínez, Carlos Venegas Fornias y Pedro Herrera López¹⁵⁹ (Imagen 78). Un aspecto a destacar es que durante la década de 1980 fueron elaborados varios proyectos para la rehabilitación de la Plaza Vieja y la restauración de sus construcciones. Además del proyecto “oficial” (autoría de Capablanca, Dunn, Melero y Taboada), en 1987 fue realizado otro proyecto por las arquitectas Felicia Chateloin y Patricia Rodríguez del

¹⁵⁷ Fue sometida a la UNESCO en 1981 con el apoyo de la Dra. Vicentina Antuña, presidenta de la Comisión Cubana de la UNESCO por esos años.

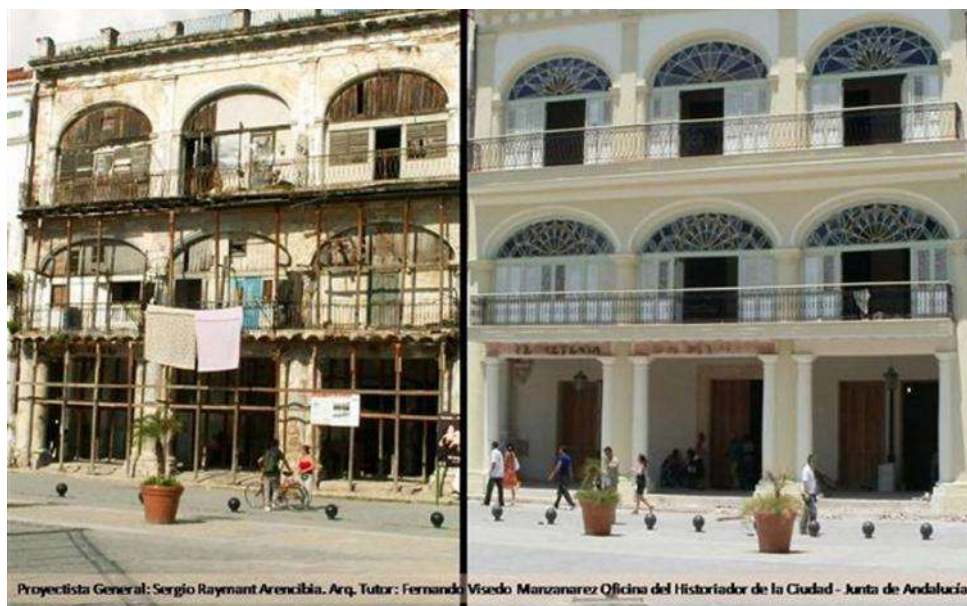
¹⁵⁸ A inicios de los ochenta fueron elaborados varios materiales, dando a conocer los detalles de estos anteproyectos. Algunos de ellos pueden encontrarse en “Arquitectura Cuba”, n. 355-56, 1983; “Ciudad y Territorio”, enero-junio, 1985; “La Habana Vieja: restauración y rehabilitación”. Folleto del Departamento de Monumentos de la Dirección de Patrimonio Cultural. Mincult.

¹⁵⁹ Con artículos publicados en la revista “Arquitectura Cuba”, nro. 355-56, p.3-14, 1983.

departamento de Centros Históricos del CENCREM, con propuestas interesantes, pero que al parecer ninguna llegó a ser implementada (Imagen 79) (Rodríguez y Chateloin, 1989).

Vale recordar que Capablanca, Dunn, Melero y Taboada eran los primeros arquitectos con formación especializada en restauración arquitectónica –en cursos de Roma y Polonia- a cargo de las obras de restauración en la Plaza Vieja, sin embargo, los proyectos elaborados sufrieron tantas transformaciones y cambios de orientación como la historia misma de este lugar. Esto se debió en gran medida a las instituciones a cargo de su intervención, al carácter habitacional que caracterizaba este espacio a la altura de los años ochenta y a la prolongación de las obras de restauración y rehabilitación en el tiempo, aproximadamente desde 1983 cuando se lanza la campaña internacional hasta el 2005 cuando se firma el acuerdo de cooperación¹⁶⁰ para la rehabilitación del edificio de la calle San Ignacio n.º 360, el último de la Plaza Vieja en rehabilitarse (Imagen 80) (Imagen 81).

Imagen 80- Rehabilitación de “San Ignacio, 360”. Plaza Vieja. Obras terminadas en 2012.



Fuente: <https://www.arquitecturacuba.com/>

¹⁶⁰ Entre la Consejería de Obras Públicas y Vivienda (entonces Obras Públicas y Transportes) de la Junta de Andalucía y la OHCH (Rigol, 2011).

Imagen 81- Interior de “San Ignacio, 360”. Plaza Vieja. Obras terminadas en 2012.



Fuente: <https://www.arquitecturacuba.com/>

Las instituciones a cargo de los trabajos de restauración en el centro histórico a partir de los años ochenta eran La Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana y la DPC como entidades técnicas y de gestión, de conjunto con organizaciones como el Órgano Provincial del Poder Popular (OPPP), el Instituto de Planificación Física (IPPF) y la entonces Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) que también participaban del plan de acción general para el rescate del centro histórico¹⁶¹. Al crearse el CENCREM en 1982 este comenzó sus trabajos, recordemos, concentrados en la restauración del Convento de Santa Clara en un primer momento y otras obras puntuales para, luego de lanzada la campaña internacional, asumir la dirección de las obras de la Plaza Vieja (Acuerdo, 1983; Melero, 2011; Arrugaeta *et al*, 2009).

Debido a la prolongación en el tiempo de los trabajos realizados en la plaza y a los diversos enfoques preponderantes en cada momento, con sus consecuentes

¹⁶¹ Ver en esta tesis la información ofrecida sobre el “Plan de Acción para la conservación y restauración del centro histórico de La Habana y su sistema de fortificaciones” en el Acápito titulado “Creación del CENCREM”.

polémicas, en esta tesis se cree pertinente concentrar los temas a tratar de la siguiente forma: en primer lugar el análisis de los proyectos e intervenciones en las edificaciones de la Plaza y, en segundo lugar, la polémica sobre el espacio de la Plaza, por considerar que ilustran mejor el análisis de la formación de los arquitectos cubanos para actuar en el campo de la conservación y restauración, objetivo de esta investigación. El análisis llevará en consideración las condicionantes del contexto (institucional y económico) que variaron a lo largo de estos años. Para este aspecto, se tomará como referencia de base el texto “Historia de una plaza en movimiento: del Parque Habana a la Plaza Vieja”¹⁶² (2009), una investigación que encuadra muy bien las cuestiones relativas a la gestión y orientación de las obras de la plaza frente al cambiante contexto.

De 1983 a 1993, los trabajos en la plaza corrieron a cargo del CENCREM para luego ser orientados por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, de 1993 en adelante. Precisamente sobre la diferencia de visión de ambas instituciones, José M. Arrugaeta comentó:

La Plaza fue objeto de un plan urbanístico en el sentido tradicional del término desde mediados de los años 70 hasta fines de los 80, plan del CENCREM, (elaborado bajo parámetros esencialmente técnicos y de expertos) que ponía énfasis en la rehabilitación de la vivienda, la intervención del espacio público y el uso de suelo con fines culturales y comerciales locales.

[...]

Se aprecia un evidente cambio en la visión de intervención de la Plaza a partir del año 93, momento en que toma fuerza la Oficina del Historiador, en contraposición al período 80-93, donde el concepto que predominó fue mantener el mayor número de viviendas, insertar funciones culturales y en menor proporción actividades terciarias en plantas bajas.

[...]

Se aprecia un cambio de concepción de intervención pues en el período 80-93 la idea esencial era remodelar viviendas con el mínimo de metros cuadrados, manteniendo la fachada original y realizando cambios más radicales en el interior, garantizando de esta manera la permanencia de la mayor cantidad de núcleos dentro de la Plaza, concepto que se modificó a partir del 93 por el de viviendas que se correspondieran con la espacialidad original de los edificios. ¿Fue este cambio producto de la inserción de nuevos actores, el fortalecimiento de unos y el retiro de otros, o a un cambio de visión general, quedando las intervenciones de viviendas supeditadas a otra estrategia?

¹⁶² De la autoría de José M. Arrugaeta, Patricia Arteaga, Patricia Baroni, Pablo Fonet, Carlos García Pleyán, Patricia Rodríguez, este fue un estudio sobre el proceso de rehabilitación de una de las plazas más importantes de la ciudad, los actores involucrados, las dimensiones y las escalas de actuación. Resultado de un proyecto de investigación internacional para tres ciudades: La Habana, Buenos Aires y Bangkok.

Hasta finales de la década de los ochenta, si bien se elaboran planes urbanos de intervención y estudios técnicos imprescindibles, la práctica de intervención es escasa y no consigue frenar el deterioro en cuanto a vivienda y espacio público se refiere. [...] Sobre la base de los planes técnicos anteriores, comienza en la Plaza una profunda transformación urbana, pero las dinámicas nacionales van provocando la aparición de nuevos actores (económico-empresariales, en particular), otros han cambiado (como la población residente que se moviliza por sus intereses), y la toma de decisiones se convierte en un proceso de constante negociación, donde la práctica diaria y la urgencia de acometer trabajos imprimen una fuerte dinámica al proceso. El decreto ley [143] referente a la Oficina del Historiador de la Habana marca la diferencia, en medio de una crisis nacional, para poder entender, estudiar y analizar la transformación del Centro Histórico –de la Plaza Vieja en particular-, pero también en cuanto al modelo de gestión y planificación urbana al constituirse en una experiencia singular con ciertas diferencias respecto a la escala nacional (Arrugaeta *et al*, 2009, p.4-5, destaque nuestro).

Varios aspectos ya comentados en esta investigación son apuntados por Arrugaeta en este fragmento, tales como: la preocupación con el carácter habitacional dentro del centro histórico y la urgencia de llevar a cabo planes de rescate integrales, más dinámicos, que detuvieran el avance del deterioro y mejoraran la calidad de vida de la población. Es posible constatar entonces que, además de una imposición económica derivada del Período Especial, el cambio de visión y gestión que efectivamente ocurrió a partir de 1993, fue también resultado de todo un ambiente de reflexión en torno a estas necesidades desde las décadas del ochenta y comienzo de los noventa. Si bien este autor hace mención de un “cambio de concepción de intervención”, se refiere específicamente a la cantidad de núcleos de viviendas a contemplar dentro de la plaza, sin comentar otros aspectos relativos a conceptos o preceptos de intervención utilizados. No existen dudas de que el cambio de visión de la gestión influenció en la realización de algunos proyectos, sobre todo en términos de disponibilidad de recursos, tiempo de terminación o en la conceptualización, como se verá más adelante en el caso del espacio de la plaza. Sin embargo, cabe preguntarse cuál era el papel del arquitecto restaurador en este proceso. ¿Qué preceptos o conceptos pertenecientes al campo de la restauración y conservación fueron considerados por ellos?

4.5.1 Proyectos e intervenciones en las edificaciones de la plaza.

En el “Anteproyecto de Restauración de la Plaza Vieja”, la plaza fue considerada el espacio “de mayor potencialidad para el desarrollo de La Habana

Vieja” no solo como unidad urbanística monumental, sino también como centro social, cultural y recreacional. Concentrando un total de 20 construcciones con un fuerte carácter habitacional, el inventario realizado arrojó más del 70% de ellas anteriores al siglo XX y un 73,3% de superficie construida de alto valor histórico-arquitectónico (5 construcciones con grado de protección I y 9 con grado de protección II)¹⁶³. Llama la atención que el 55% de las construcciones (11) se encontraban en mal estado y de ellas 9 estaban en grave estado de deterioro o peligro de derrumbe (Capablanca, 1983).

La propuesta buscaba destinar las instalaciones en la planta baja a actividades administrativas, culturales, gastronómicas o comerciales y hoteleras en algunos edificios. Igualmente, se contemplaba la permanencia de las viviendas en las plantas altas, lo que representaba el 21% de la superficie construida, incrementando y mejorando las condiciones de vivienda para garantizar la “permanencia de la vida cotidiana en el entorno”. La plaza, espacio central con poco más de 6000 metros cuadrados, rodeada de portales, sería aprovechada como centro de desarrollo de actividades culturales y comerciales al aire libre “eliminando el parqueo soterrado y reponiendo el pavimento de adoquín” (Capablanca, 1983, p.26).

Aun cuando los “Criterios generales de intervención” citaban el respeto “en todo momento” a los elementos arquitectónicos “representativos de cada una de las épocas en que se fue conformando”, así como la conservación del “ambiente urbano que poseía este conjunto en esta etapa de su evolución”; llama la atención la

¹⁶³ Desde 1979, el Decreto 55 para la ejecución de la Ley Nro.2 de los Monumentos Nacionales y Locales, disponía en el Capítulo VIII, Artículo 39, establecer **CUATRO** grados de protección con el fin de establecer definiciones y criterios de protección de los bienes inscritos en el Registro de Monumentos Nacionales y Locales. **Grado de protección I:** Bienes de alto valor que debían conservarse íntegramente y en los que se autorizaban y recomendaban acciones para su conservación y restauración, bajo el control de la CNM. **Grado de protección II:** Bienes cuya conservación estaba subordinada a previas alteraciones parciales o al carácter no excepcional de los mismos y podían sufrir modificaciones o adaptaciones controladas. También subordinados al control de la CNM. **Grado de protección III:** Bienes cuya conservación estaba subordinada a previas alteraciones prácticamente irreversibles, con una relativa significación local, o relacionados ambientalmente a bienes con grado de protección I o II. Subordinados a las Comisiones Provinciales de Monumentos bajo orientación metodológica y técnica CNM. **Grado de protección IV:** Bienes cuya conservación no era deseable, dadas sus relaciones inarmónicas con bienes de primer y segundo grados de protección. Podían ser adaptados, modificados o inclusive demolidos, aunque debía controlarse el nuevo uso o el proyecto de la nueva construcción, de modo que no afectara ni el aspecto ni la integridad de los bienes ambientalmente vinculados a ellos (Decreto, 1979)

propuesta de eliminar el parqueo soterrado, vale aclarar, sin rellenar el espacio. Aunque no consta en la justificación de la propuesta las razones de esta decisión, podría suponerse que, por alguna razón, su permanencia representaba un elemento “nocivo” al entorno monumental. A inicios de los ochenta, con motivo del lanzamiento de la campaña internacional, fueron realizadas algunas obras en el espacio de la plaza pero con carácter temporal.

Los arquitectos Enrique Capablanca, Carlos Dunn y Nelson Melero participaron activamente en la preparación de los anteproyectos para una campaña internacional solicitada ante la UNESCO para el rescate de la Plaza Vieja. Capablanca dirigió los estudios y Melero rediseñó de forma rápida la cubierta del estacionamiento de la plaza, cambiaron las bancas, farolas, eliminaron el coronamiento del acceso vehicular e insertaron un cantero perimetral con árboles jóvenes (Marín, 2011, p.45).

En cuanto a las construcciones, la sobreexplotación y las precarias condiciones de vida de las familias que habitaban muchas de ellas, habían llevado al deterioro y transformación de parte de sus componentes formales y tipológicos. Algunas de ellas, a la altura de los años ochenta, solo conservaban la fachada y una primera crujía. Conciliar las labores de restauración con la proyección de viviendas en construcciones que, de forma particular y en conjunto, presentaban altos valores arquitectónicos era una tarea novedosa para este grupo de arquitectos.

Una evaluación general de las obras realizadas, especialmente de las que se pudo obtener mayor información, permite concluir que el grado de deterioro, la integridad y los valores identificados en ellas determinaron la decisión proyectual de los arquitectos. Obras como la Casa de Beatriz Pérez Borroto (Mercaderes No. 307), Casa de Franchi Alfaro (Mercaderes No. 315) y la Casa del Conde de Lombillo (San Ignacio No. 364) que habían perdido parte de su estructura, asumieron la incorporación de apartamentos en su interior, mientras que otras construcciones como Casa de los Condes de San Juan de Jaruco (Muralla No. 107) o la Casa de las Hermanas Cárdenas (San Ignacio No. 352) dado su mejor estado de conservación tuvieron un tratamiento de restauración más atento con el grado de protección I.

Los trabajos de restauración de las primeras tres obras citadas fueron realizados, respectivamente, por Daniel Taboada Espiniella (conjuntamente con Felicia Chateloin en la proyección de las viviendas) en 1986; Carlos Dunn Marques

en 1987, y Nelson Melero en 1989. Recordemos que, a excepción de Felicia Chateloin¹⁶⁴, estos arquitectos trabajaban con restauración desde finales de los años setenta y contaban con experiencias de formación especializada en Praga, en el ICCROM, la Universidad de Roma y el propio CENCREM. Al momento de la intervención, estas tres primeras obras, datadas entre los siglos XVII y XVIII, estaban desocupadas debido al grado de deterioro. Un elemento integrador en las intervenciones fue el hecho de que, aun considerando la ejecución de nuevos apartamentos, aquellos espacios y componentes tipológicos propios de la arquitectura colonial cubana (portales, espacio del zaguán, arcos, patio interior o galerías porticadas) fueron restaurados, tal vez, como una forma de valorar y preservar su funcionalidad dentro de la arquitectura colonial cubana, así como los trazos identitarios más relevantes de estas construcciones.

Imagen 82- Estado de deterioro de la Casa de Beatriz Pérez Borroto (Mercaderes No. 307) en 1983.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH.

¹⁶⁴ Comenzó a trabajar en obras patrimoniales en 1983 como parte del equipo de proyecto de la restauración del Convento de Santa Clara, en la coordinación de las especialidades de ingeniería y como arquitecta auxiliar de Daniel Taboada.

Imagen 83- Casa de Beatriz Pérez Borroto (Mercaderes No. 307) durante la restauración.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH.

Imagen 84- Vista exterior e interior de la Casa de Beatriz Pérez Borroto después de la restauración. Nótese la inserción de nueva construcción al fondo del patio.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH y (Gómez, 2011).

En la Casa de Beatriz Pérez Borroto sita en Mercaderes No. 307 solo se conservaban las dos primeras crujías en ambos niveles, lo que favoreció a su restauración e integración con el nuevo proyecto en la parte posterior, de tres pisos de apartamentos (Imagen 82) (Imagen 83) (Imagen 84). A decir de Melero (2011):

La integración entre ambos elementos se produce a través de un diálogo en el que el cuerpo constructivo nuevo asume elementos tipológicos establecidos, como el ritmo de vanos y macizos, la organización de vanos en los paramentos, las cubiertas inclinadas, que son incorporados en su diseño, ejecutados con materiales tradicionales y contemporáneos (Melero, 2011, p.40).

Imagen 85- Estado de deterioro de la Casa de Franchi Alfaro en la década de 1980.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

En el caso de la Casa de Franchi Alfaro, en Mercaderes No. 315, esta conservaba su auténtica fachada colonial y gran parte de su estructura interna de tipología doméstica. El proyecto elaborado por Carlos Dunn, además de prever la restauración de los elementos decorativos y espaciales que aún se conservaban, inclusive la restitución de los que se tenía “documentación detallada”, incorporaba en el espacio restante un total de 23 apartamentos, de los cuales parece que finalmente se ejecutaron solo 17. A decir de Carlos Dunn, arquitecto a cargo del proyecto, se

buscaba una “integración por armonía” del ritmo y las proporciones de la fachada existente “sin seguir el criterio de una restauración estilística” (Dunn, 1983). No obstante, a diferencia de la obra anterior en esta no se encuentra tan claramente diferenciada la estructura original preexistente de la nueva restitución del bloque de apartamentos (Imagen 85 a 88) (Melero, 2011).

**Imagen 86- Casa de Franchi Alfaro después de la restauración.
Actualmente Café “El Escorial”.**



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH.

**Imagen 88- Interior de la Casa Franchi Alfaro
hoy Café “El Escorial”. Nótese la presencia
de pintura mural a la izquierda.**



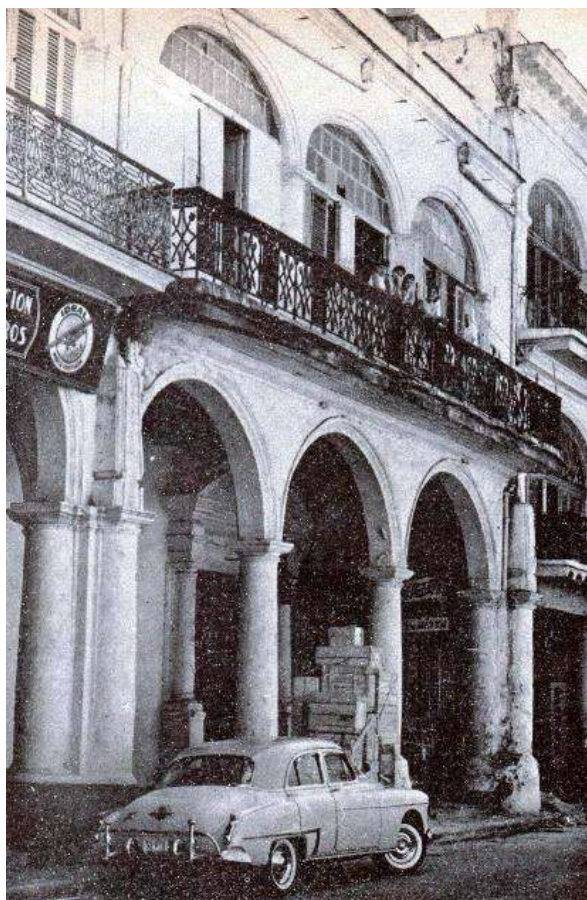
Fuente: (Gómez, 2011).

**Imagen 87- Interior de la Casa Franchi Alfaro
hoy Café “El Escorial”. Inserción de nueva
construcción al interior.**



Fuente: (Gómez, 2011).

Imagen 90- Casa de los Condes de Lombillo en la década del cincuenta.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 89- Casa de los Condes de Lombillo después de la restauración.



Fuente: (Gómez, 2011).

El proyecto de la casa de los Condes de Lombillo, en San Ignacio No. 364 (Imagen 89) (Imagen 90) (Imagen 91), fue de la autoría de Nelson Melero, una de sus primeras obras tras su regreso del curso del ICCROM. En el mismo, la solución de los apartamentos denota una experiencia y conocimiento de la realidad de vida en la Habana Vieja, un municipio densamente poblado, donde los habitantes –hasta el día de hoy- procuran constantemente la ampliación de sus viviendas subdividiendo los altos puntales (Imagen 92) de las construcciones coloniales con las conocidas *barbacoas*.

El proyecto fue concluido en 1984, comenzando los trabajos en el edificio en 1985. Éste cuenta con un total de 14 apartamentos, todos poseen patios de servicio que ayudan a mejorar las condiciones de iluminación y ventilación en las viviendas, introduciendo soluciones de apartamentos dúplex en el área del martillo lateral de la construcción. De igual manera, se

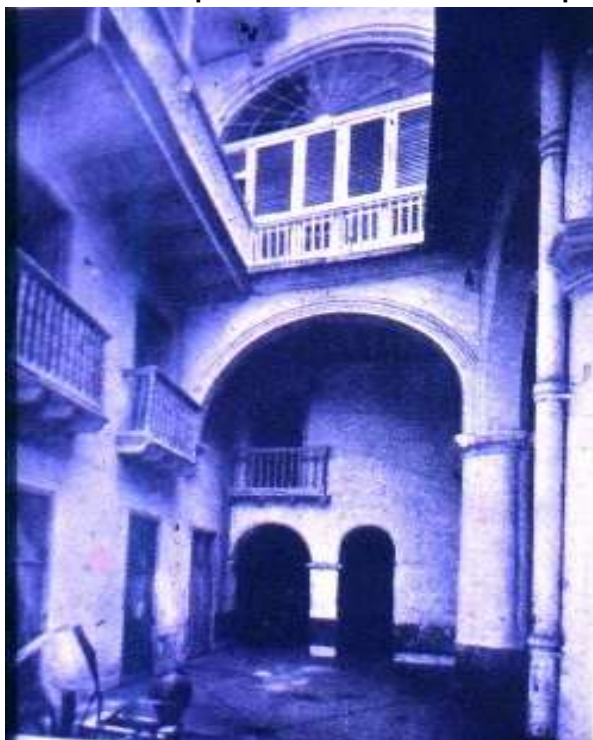
subdividieron los grandes puntales de la planta alta en su bloque posterior obteniendo cuatro apartamentos en esta zona del edificio, evitando la posibilidad de que esto pudiera hacerse posteriormente de manera espontánea por sus propietarios (Melero, 2011, p.40).

Imagen 91- Nelson Melero (al centro) viendo los planos de la casa de los Condes de Lombillo junto a los ejecutores: Arq. Tatiana Fernández técnica de la Brigada de Restauración (izq.) y Nicolato jefe de obra (der.) en 1984.



Fuente: Cortesía Nelson Melero.

Imagen 92- Imágenes del patio interior, antes y después de la restauración. Nótese el aprovechamiento de los altos puntales para proyectar nuevas obras.



Fuente: Cortesía Nelson Melero.

Como se anunciaba con anterioridad, otro tratamiento recibió la Casa de las Hermanas Cárdenas en San Ignacio No. 352, también con proyecto de Nelson Melero (Imagen 93 y 94). Se trataba de un inmueble construido entre los siglos XVIII y XIX, con elementos característicos del barroco y neoclásico. En un artículo publicado en 2011, Melero destaca el trabajo detallado de levantamiento y documentación de los elementos arquitectónicos, carpintería y de las pinturas murales para su conservación, incluso el trabajo arqueológico¹⁶⁵ (Imagen 95). Se trata de un proyecto de rescate y restauración de los valores arquitectónicos y espaciales de esta construcción contemplando la sustitución de algunos elementos como los entresijos de madera, las molduras, las lucetas de colores, tomando como referencia los testigos que se conservaban en el edificio (Melero, 2011).

Imagen 93- Casa de las Hermanas Cárdenas antes de la restauración. Años ochenta.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen- 94 Casa de las Hermanas Cárdenas después de la restauración. Años ochenta.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

¹⁶⁵ La reconstrucción de la primera rama de la escalera se realizó a partir de algunos escalones encontrados en las excavaciones arqueológicas realizadas en el traspatio y las evidencias encontradas en el lugar de su emplazamiento.

Imagen 95- Vistas del patio interior después de la restauración.



Fuente: (Gómez, 2011).

En la Casa de los Condes de San Juan de Jaruco también el proyecto de restauración corrió a cargo de Daniel Taboada. Cronológicamente, fue una de las primeras obras de la plaza a ser restaurada con un proyecto de 1979. Esta casona había albergado un sinnúmero de funciones incompatibles. A pesar de su deterioro, preservaba casi todos los elementos típicos de las casas coloniales, con aspectos característicos del barroco del siglo XVIII y otros incorporados en el siglo XIX, como las barandas de hierro y el cierre de los arcos de la logia en planta alta, una de las más vistosas de la plaza (Imagen 96 a la 98). El proyecto preveía la recuperación de estos elementos, de una valiosa colección de cenefas de pintura mural y el despiece de los muros, arcos y columnas de las logias del patio central (Imagen 99) (Imagen 100). Sobre algunos aspectos del proyecto y trabajo de restauración, Taboada (2011) relata:

La estrategia del proceso de obras fue, primero, demoler los añadidos anacrónicos sin ningún valor histórico, y después, comenzar a reconstruir los balcones y cubiertas de la planta alta y los entramados de entrepisos. La reparación y completamiento de las cubiertas fue un capítulo importante del proceso de obras. Aquella fue la primera oportunidad que tuvimos de desmontar una armadura de madera de clara influencia mudéjar. **[Imagen 101]**

[...]

La rehabilitación y restauración de la primera crujía en planta alta planteó la problemática del cierre dañado de la logia en persiana francesa de tablilla muy fina, con muñones en ambos extremos y con cierre central vertical por muesca engoznado a cada tablilla, un sistema constructivo perdido en el tiempo por falta de mano de obra especializada del que se conservan algunos exponentes en La Habana, en Trinidad y en otras de las primeras villas [...] La solución ejecutada, dejar la transformación histórica de la fachada respetando así la huella del tiempo y la memoria histórica [...]

Al final del proceso de obras, satisfechos por la enorme proporción de elementos originales conservados en pavimentos, cubiertas, carpintería y herrería, había una gran preocupación con la esquina modificada, que se llevó a su estructura original con toda su realidad constructiva y estilística, piedra de Jaimanitas en los muros, despiezo similar al existente y carpintería consecuente con la época. Al repasar la historia constructiva de la obra, supimos que el aspecto que encontramos en el siglo XX era el resultado de retirar el enlucido añadido, en parte deteriorado, y mostrar la piedra en vista original, como lo probaban las juntas pintadas (Taboada, 2011, p.28).

Imagen 96- Casa de los Condes de Jaruco en la Plaza Vieja. Primera mitad del siglo XX.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 97- Vista de la Casa de los Condes de Jaruco en la Plaza Vieja, aproximadamente en 1983.



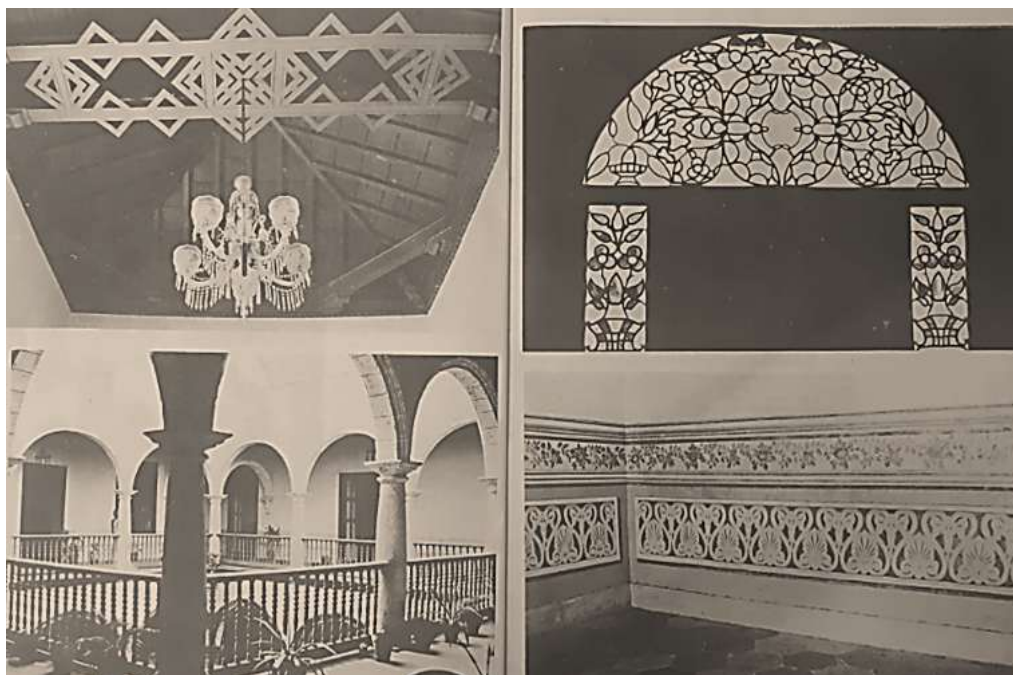
Fuente. Arquitectura Cuba. Nro. 355-356. 1983

Imagen 98- Vista de la Casa de los Condes de Jaruco en la Plaza Vieja después de la restauración. Años ochenta.



Fuente: Archivo Plan Maestro de la OHCH.

Imagen 99- Detalles de los techos, lucetas de colores pinturas murales y vista del patio después de la restauración.



Fuente. Arquitectura Cuba. Nro. 355-356. 1983

Imagen 100- Vista del patio central. Nótese el destaque del despiece de los arcos.



Fuente: (Gómez, 2011).

Imagen 101- Trabajos de restauración en el techo de armadura del salón principal. Detalle de uno de los tirantes antes de la restauración.



Fuente: (Gómez, 2011).

Imagen 103- Vista de la galería del portal con la piedra de Jaimanitas a la vista.



Fuente: (Gómez, 2011).

Imagen 102- Esquina modificada de la calle Muralla con Jaimanitas en los muros, despiezo similar al existente y carpintería de la época después de la restauración.



Fuente: (Gómez, 2011).

Sobre este último descubrimiento agrega el autor como nota al pie que: “El mismo proceso se repitió en la esquina de nueva fábrica, se enlució la piedra y se retiró el enlucido, obteniendo así una lectura formal completa y única para toda la obra, sin necesidad de destacar la intervención de los ochenta” (Imagen 102) (Imagen 103). Esta última solución demuestra un interés consciente por mimetizar la intervención en una parte de la obra en la que abiertamente el arquitecto entendía que: “lo que pudiera haber quedado como un documento de la nueva intervención no satisfacía la aspiración de que pasara inadvertido” (Taboada, 2011, p.29).

La evaluación a grandes rasgos de estas primeras obras en la Plaza Vieja arroja evidencias de que la introducción de una nueva construcción o el principio de dejar evidencias visibles de las intervenciones era algo mejor trabajado por los arquitectos cubanos hacia el interior de las edificaciones. Podría pensarse que la importancia de la plaza y de su visualidad como conjunto ya consolidado generaba reservas a la hora de dejar algún testimonio contemporáneo. También es evidente el apego a la investigación histórica y documental, no solo como herramienta para conocer el bien e identificar posibles valores históricos, sino también como fundamento del proyecto de intervención, e inclusive como justificativa para la reconstrucción.

Un ejemplo de ello fue el proyecto de intervención del antiguo Cine Habana, en Mercaderes No. 311, en la misma plaza. No queda muy claro de quién fue el proyecto inicial y, al igual que el edificio del antiguo colegio Santo Ángel, su restauración se extendió durante algunos años. Al parecer, las obras fueron iniciadas en los ochenta, pero quedaron inconclusas hasta su finalización en los 2000. Un elemento interesante a destacar en estas dos obras fue la decisión, por diferentes motivos, de restituir y reconstruir la imagen colonial.

En el Cine Habana les fue orientada a los arquitectos la investigación sobre la fachada que, “como se suponía”, ocultaba los arcos y columnas de la antigua logia colonial superior con vistas a la plaza (Melero, 2011). Esta transformación había acontecido como resultado de una remodelación en 1939, cuando asumió la función de cine. El proyecto original de intervención, y finalmente el ejecutado, descubrió los

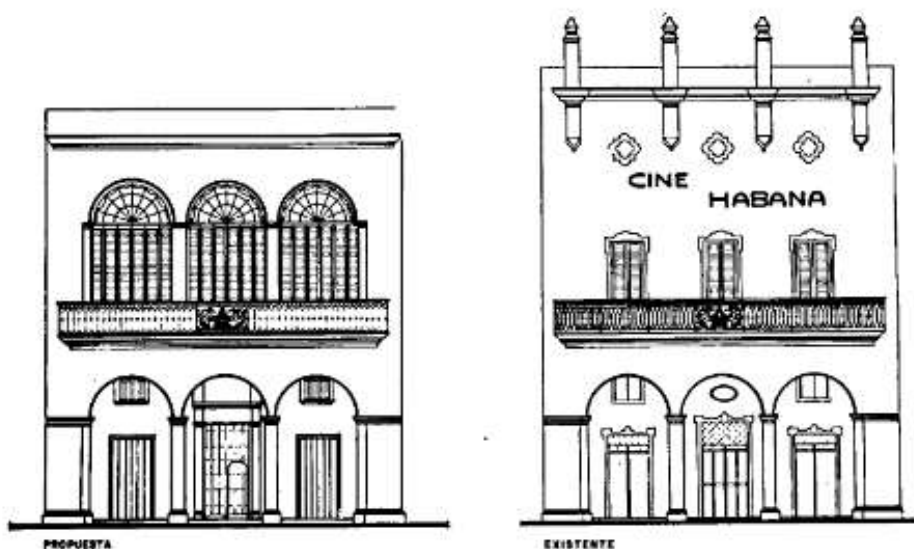
arcos coloniales de la fachada y solo preservó la baranda de hierro del balcón corrido, que así como el portal, también se habían conservado desde la época colonial (Imagen 104 a la 106).

Imagen 104- Edificio del Cine Habana antes de la intervención.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 105- Levantamiento del Edificio del Cine Habana (derecha) y propuesta de restauración (izquierda).



Fuente: Anteproyecto de restauración de la Plaza Vieja -DPC-.

Imagen 106- Edificio del antiguo Cine Habana, hoy convertido en Planetario del Centro Histórico.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Con esta misma intención, tal vez el caso más comentado hasta la actualidad sea el del antiguo colegio Santo Ángel (Teniente Rey n. 60) (Imagen 107) (Imagen 108), proyecto inicial de Carlos Dunn, finalizado por Nelson Melero. Como se comentaba con anterioridad, este fue un proyecto muy aplazado. Inicialmente en 1985 se pensó restaurar con una función cultural como Casa de Austria en La Habana. En 1987 este proyecto cambió para Conservatorio Provincial de Música. A decir de Nelson Melero (2011).

En este año se llevan a cabo los trabajos de levantamiento arquitectónico, el inventario detallado de los elementos y un amplio programa de investigaciones constructivas, que permitieron elaborar una documentación minuciosa, exhaustiva y muy completa de la construcción, de sus características, los valores y los principales problemas que la misma confrontaba, obteniéndose además importantes hallazgos y descubrimientos de los cambios y transformaciones sufridos por el inmueble a lo largo de su vida (Melero, 2011, p.42).

Imagen 107- Edificio del Colegio Santo Ángel en la década de los ochenta.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 108- Edificio del Colegio Santo Ángel como cierre de la calle Teniente Rey. Nótese el grado de deterioro del edificio.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas.
Empresa Restaura OHCH

Con un nuevo financiamiento, en 1988, de conjunto con la Junta de Andalucía en acuerdo de cooperación, se decide rehabilitar como Hostal Andaluz, proyecto que también sería modificado para albergar diez viviendas en la parte posterior. Las obras comenzaron a ser ejecutadas en 1989 y paralizadas a inicios de los noventa, dadas las dificultades del Periodo Especial. El giro definitivo, no solo para el destino de esta construcción, sino también para el proyecto de rescate integral en el sitio histórico, fue el derrumbe del edificio en octubre de 1993 (Imagen 109) (Imagen 110) (Melero, 2011). En entrevista realizada con Melero, sobre el proyecto definitivo ejecutado en el edificio Santo Ángel, este relata:

El arquitecto Carlos Dunn estuvo creo en Sevilla en un intercambio técnico para construir edificios de vivienda en el Santo Ángel. A mí personalmente me tocó, ya después en el 2001, hacerme cargo del proyecto que había quedado paralizado, iniciado por el arquitecto Carlos Dunn. Yo entiendo, o sea, aunque digamos que yo promueva, divulgue, comente que la restitución o la reconstrucción es algo que no es aprobado ni bien visto dentro de los principios y fundamentos de la restauración, sabemos que hay casos muy particulares que todo el mundo entiende y justifica, y en el caso de la Plaza Vieja yo lo entiendo justificado. ¿Por qué? Porque lo que se dijo era que se restituyera un cierre; el cierre de la esquina de San Ignacio y Teniente Rey. Un cierre muy particular y especial porque cuando uno se para en Teniente Rey desde la escalinata del Capitolio Nacional y mira hacia abajo, lo que cierra la visual de la calle es la fachada del edificio del Santo Ángel porque se adelanta el portal y lo cierra. Es algo que ocurrió y que pasó “ayer” y “hoy” ¿qué vamos a hacer? Bueno me parece que era algo **[el edificio]** que estaba muy fresco en la memoria colectiva de los habitantes, de los habaneros, etc. Era totalmente válido proponer una fachada nueva contemporánea pero como fue algo con tanta inmediatez no dio tiempo ni siquiera a que se vieran los efectos de ese desplome, de esa ruina. Yo estoy de acuerdo con la formulación de la Comisión Nacional de Monumentos que dijo que se reconstruyeran los cierres de las dos fachadas (lateral y principal) y dentro se trabajara con total y completa libertad. Y ahí hay funciones variadas conviviendo de restaurante, bar, oficinas, viviendas... en fin una serie de usos múltiples. Entonces yo personalmente, aunque desde el punto de vista teórico se reconozcan otros principios como válidos, pienso que cada caso se debe evaluar y analizar diferente y creo que en este caso fue válido (Melero, 2024).

Efectivamente, la reconstrucción de las fachadas principal y lateral del edificio, así como la restitución de su aspecto colonial (Imagen 111) (Imagen 112), fue decisión de la Comisión Nacional de Monumentos. Entendiendo que cada caso es un caso y que cualquier decisión proyectual debe estar mínimamente justificada, aun cuando muchos arquitectos opinan que se podría haber realizado un proyecto contemporáneo enriqueciendo la diversidad arquitectónica y estilística de la plaza

con un edificio de “nuestro tiempo”, evidentemente prevaleció el apego a la imagen tradicional e histórica de este espacio. Creemos que, además de cierto afán por preservar al máximo la imagen de una plaza que, recordemos, había obtenido alcance internacional, el trauma de perder una pieza ejemplar dentro de un conjunto de valor para el patrimonio cultural, luego de haberla documentado minuciosamente, resultaba una tentación y un agente movilizador para querer emprender su reconstrucción. Antecedentes internacionales que justifican esta decisión no faltan.

Imagen 110- Vista de la esquina de San Ignacio y Teniente Rey desde la Plaza, luego del derrumbe del edificio Santo Ángel. Imagen de la década del noventa.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 109- Ruinas del Edificio Santo Ángel.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 111- Edificio del Santo Ángel en la actualidad.



Fuente: Foto tomada por la autora.

Imagen 112- Interior del edificio Santo Ángel.

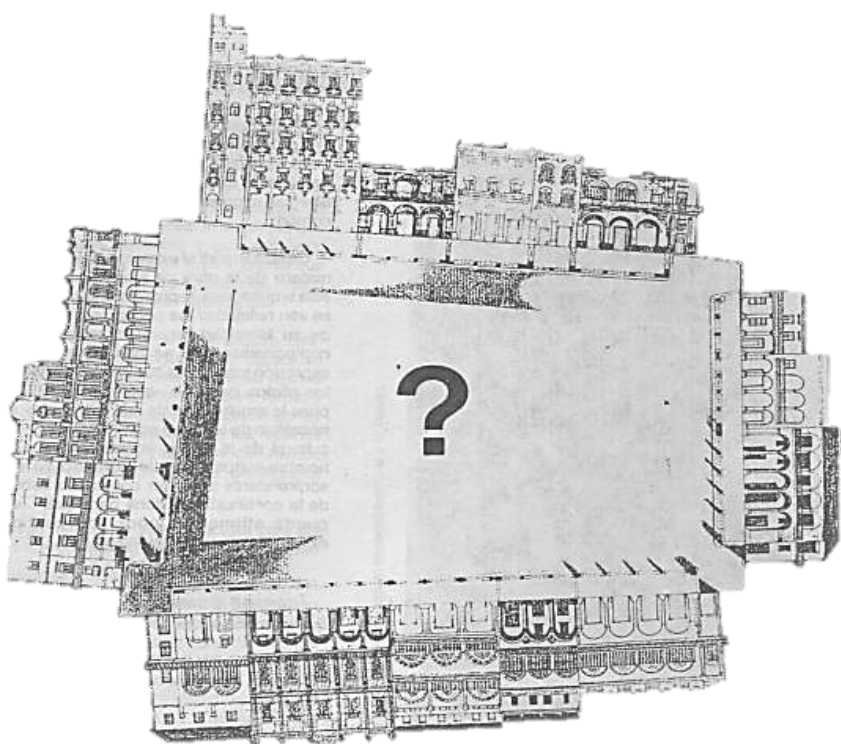


Fuente: (Gómez, 2011).

La experiencia de Varsovia, considerada por muchos como una excepción, para figuras como Carlos Chanfón (1988, p.60), “no representa una excepción, sino la aplicación relevante de un nuevo contenido en el concepto contemporáneo de restauración”, a saber, la conciencia de identidad en la restauración. Como se comentó con anterioridad, la pérdida de este edificio detonó el definitivo cambio de visión dentro del centro histórico.

El derrumbe del Santo Ángel tuvo como efecto inmediato el nuevo Decreto-Ley por el que la Oficina del Historiador adquirió facultades especiales para la planeación, gestión e inversión en el Centro Histórico de la ciudad, en un proceso de carácter integral y autofinanciado. La Oficina dejaba de depender del gobierno provincial para subordinarse directamente al Consejo de Estado, lo que le otorgaba en la práctica estatus de ministerio u organismo central del Estado. En poco tiempo la actividad de rehabilitación, detenida con la irrupción del Período Especial, cobró vitalidad. Las nuevas facultades requirieron una reestructuración y un crecimiento importante de la Oficina, que ya no se limitaba a una dirección cultural, un taller de proyectos de arquitectura y una empresa constructora, sino que requería de nuevas entidades para conducir la planeación (Arrugaeta *et al*, 2009, p.10).

Aunque no se tienen testimonios de ello, es posible hablar también de un cierto aspecto simbólico en la reconstrucción del edificio del Santo Ángel, vale apuntar, de forma muy bien ejecutada, reflejo de la voluntad preservacionista hasta cierto punto imparable que se extendería por el centro histórico bajo una nueva gestión integral. Si bien estas intenciones son loables, también hay que llamar la atención sobre el peligro que representan como “creadoras de antecedentes reconstructivistas” si no se tiene claridad en el principio de que, efectivamente, en materia de restauración cada caso es un caso. Como colofón para el análisis de las obras de la Plaza Vieja, a continuación se comentará el intensamente discutido tratamiento que recibiría el espacio central. ¿Restituir su aspecto de plaza colonial o intervenir el parqueo soterrado? ¿Es posible hablar de un “efecto Santo Ángel” en la decisión final?



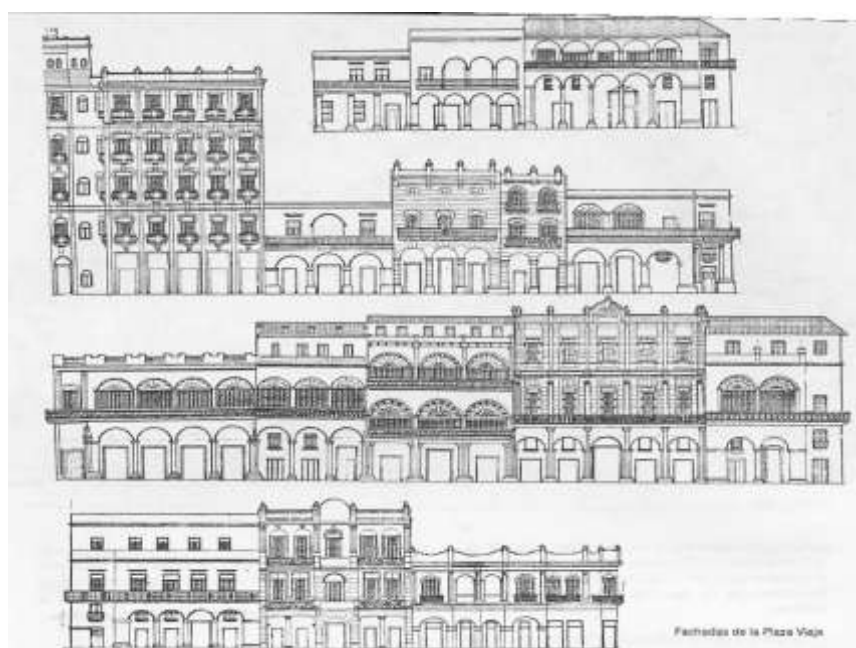
1.1.1 El espacio central de la plaza.

Para el espacio central de la plaza, el proyecto de Capablanca, Dunn y Melero formulaba la eliminación del parqueo soterrado y reposición de los adoquines, pero muy poco sería realizado, de hecho. Otra de las propuestas de intervención fue presentada por las arquitectas Patricia Rodríguez y Felicia Chateloin, del CENCREM, para la Bienal INTERARCH 87¹⁶⁶. Pertenecientes a una generación más joven, estas arquitectas realizaron un proyecto cuyo rasgo más distintivo era el respeto a la evolución histórico-espacial de este espacio y el uso de criterios adecuados a la “evolución conceptual que a lo largo de los años se ha producido en el mundo dentro del campo de la restauración y a las necesidades promocionales y sociales de la zona (...)” (Imagen 113) (Rodríguez y Chateloin, s/f).

¹⁶⁶ INTERARCH 87. Fourth World Biennale of Architecture "INTERARCH 87". (Sept. 21-27). Sofia, Bulgaria.

Además de resaltar la importancia del portal como elemento principal de coherencia formal del conjunto y reforzar la vinculación portal-plaza, este proyecto formulaba la restauración de las fachadas en consecuencia con la estratificación histórica que presentaban, lo que implicaba “conservar las fachadas eclécticas que fueron incorporadas a edificios coloniales (...)” (Rodríguez y Chateloin, s/f); esto incluía la permanencia de la fachada neocolonial del antiguo Cine Habana –algo que no ocurrió-. Para el espacio central, el análisis de estas arquitectas consideraba diferentes opciones como la demolición y desarrollo de la plaza a nivel del parqueo soterrado, la demolición y nivelación de toda la plaza o el aprovechamiento de la construcción soterrada existente y su adecuación para nuevo uso (salas de conferencias, salas de baile, salas de video, discoteca, exposiciones y ventas, biblioteca especializada, gimnasio, etc.) (Imagen 114). Esta última opción fue la escogida como definitiva no solo por respetar la evolución formal de este espacio, sino también por su viabilidad económica (Rodríguez y Chateloin, 1989). La propuesta nunca fue ejecutada aun cuando los criterios presentados evidentemente estaban más alineados con preceptos crítico-conservativos (Carbonara, 1997; Vieira-de-Araújo, 2022), reflejo de la formación de estas arquitectas en el CENCREM que, como vimos en capítulos anteriores, promovía la visión de la restauración crítica pautada en los principios de la Carta de Venecia.

Imagen 113- Proyectos para las fachadas de la Plaza Vieja. Proyecto de Felicia Chateloin y Patricia Rodríguez. Nótese el respeto de la evolución histórica y estilística de las fachadas.



Fuente. Arquitectura y Urbanismo. Nro 1. 1989

Imagen 114- Proyecto de Felicia Chateloin y Patricia Rodríguez con destaque en la propuesta para Centro Cultural en el Área Central de la Plaza.



Fuente: <https://www.cubanel.org>

En el texto “Una corta historia de varias mutaciones en la Plaza Vieja de la Habana” de la autoría del arquitecto Víctor Marín se reseñan otras propuestas para el espacio de la antigua plaza. El arquitecto Enrique Capablanca¹⁶⁷, en 1989, promovió un taller de ideas sobre la Plaza Vieja “con muy diversas propuestas” y, más tarde, en 1993 el mismo arquitecto concibió un proyecto “que restituía la plaza al nivel de las calles circundantes y utilizaba el desnivel inferior del estacionamiento soterrado también como foso y sitio para una fuente-anfiteatro octogonal” (Marín, 2011, p.46).

De todas las propuestas, quizás la más “polémica” haya sido la del arquitecto norteamericano Eric Owen Moss durante la exposición “Manifestos”¹⁶⁸ (Imagen 115) realizada en el CENCREM en 1995. El proyecto titulado “Vieja Nueva Nueva Vieja” consistía en una propuesta deconstructivista que, bajo el lema “ataquen a la vieja

¹⁶⁷ Recordemos que Enrique Capablanca, entre 1979-1980, realizó estudios de Conservación Arquitectónica en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Roma, en Italia.

¹⁶⁸ Exposición Internacional de Arquitectura Contemporánea, promovida por el Museo de Artes Aplicadas de Viena (MAK) y desarrollada en La Habana del 5 de enero al 28 de febrero de 1995 en la sede del CENCREM. Un análisis de los proyectos y propuestas de sus autores se recoge en El “Proyecto Habana. Arquitectura otra vez” catálogo de la exposición presentada en marzo del mismo año (Marín, 2011, p.46).

plaza”, expresaba: “la proposición impone un foro-teatro-estadio- una arena multipropósito en un sitio que se está deteriorando. La arquitectura colonial existente está integrada en el concepto pero será considerablemente borrada, dejando solo imágenes residuales” (Imagen 116) (Imagen 117) (Proyecto Habana, 1995, p.116). Con una actitud abiertamente provocativa, además de romper con la retícula histórica, se cortaban los edificios coloniales con gradas y algunos de ellos se convertían en escenarios, con un “nuevo” foso orquesta aprovechando la estructura del garaje soterrado.

El proyecto intenta ser históricamente ingenuo. Asume que el mundo puede cambiar, y convertirse en algo que no es. El proyecto remodela, revisa, reinterpreta, renueva. No se limita a *buldocear*. Pero no teme *buldocear*. La intervención persigue una relación intrincada, no enteramente legible entre lo viejo y lo nuevo: cómo hacer nuevo lo viejo (¿Vieja Nueva?) Es un híbrido arquitectónico que se mueve simultáneamente hacia delante y hacia atrás, haciendo la Vieja Nueva Nueva Vieja (Owen, 1995, p.117).

¿Acaso Owen Moss buscaba sacudir los cimientos de una visión conservacionista de la imagen colonial de la plaza, recordando con esta especie de “manifiesto”¹⁶⁹ no solo que todo puede cambiar, sino que esta misma Plaza Vieja alguna vez fue Plaza Nueva? ¿Acaso no estamos frente a un proyecto que, como

Imagen 115- Mesa Redonda en el Convento de Santa Clara durante la exposición “Manifiestos”.

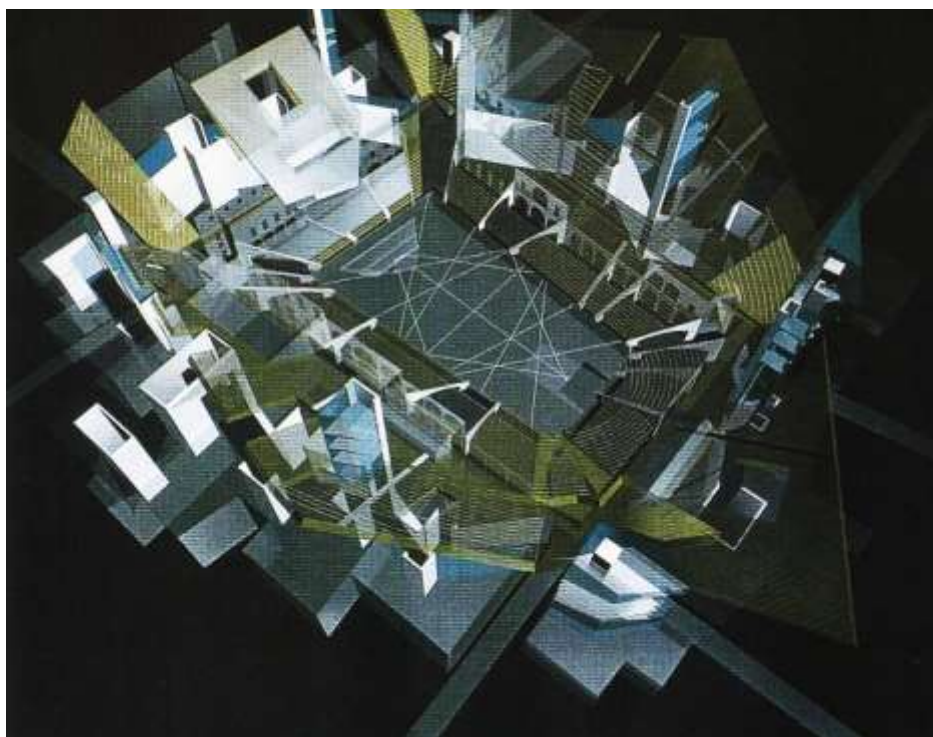


Fuente: (Proyecto Habana, 1995)

¹⁶⁹ En artículo publicado en 1999 a propósito de la visita del este colectivo de arquitectos a la Facultad de Arquitectura, Ángela Rojas expresó que este proyecto buscaba ser un “manifiesto plasmado en formas y no en palabras” (Rojas, 1999, p. 55)

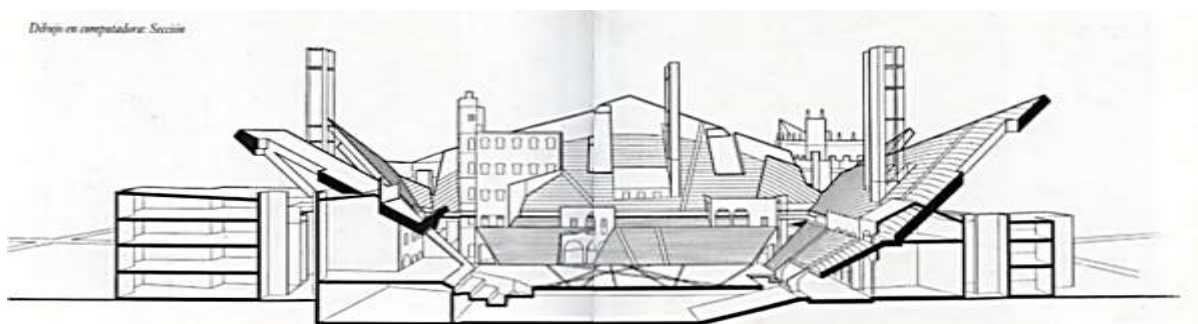
dijera Luis Lápido en 1988, superaba la dicotomía entre “pasado y presente”, aunque fuera por contraste?

Imagen 116- Proyecto de Eric Owen Moss.



Fuente: (Proyecto Habana, 1995)

Imagen 117- Sección transversal del Proyecto de Eric Owen Moss.



Fuente: (Proyecto Habana, 1995)

El proyecto de restauración definitivo y ejecutado en la Plaza Vieja fue realizado por el arquitecto Victor Marín y rescató la imagen de plaza adoquinada al nivel de las calles colindantes (Imagen 118 a la 120). No fue un proceso fácil y, a lo largo de su desarrollo, generó más de una polémica, siempre contemplando la participación de la población que ocupaba los edificios de la plaza y hacía uso del parqueo soterrado. En el trabajo titulado “Historia de una plaza en movimiento: del Parque Habana a la Plaza Vieja”, José M. Arrugaeta, relata la sucesión de acontecimientos involucrados en esta decisión de la siguiente manera:

Mientras la Oficina construía la nueva estrategia de intervención para el conjunto del Centro Histórico, el CENCREM conservó por unos años más el control de los proyectos particulares de los edificios, aunque con el tiempo se hizo evidente que si bien se mantenían los viejos proyectistas, eran las nuevas pautas que establecía ahora la Oficina del Historiador las que primaban. [...]

A mediados de los noventa el CENCREM se enfrascó en un nuevo plan para la plaza, haciendo una actualización de las propuestas de uso, imagen y tratamiento del espacio central, acorde con los nuevos aires que soplaban en el Centro Histórico. El nuevo plan no sería jamás implementado, pues en la práctica la plaza se insertó en un plan mucho mayor de la Oficina del Historiador, que contemplaba el Centro Histórico en su totalidad, y que se enfocaba de modo especial en propuestas concretas para un área que se dio en llamar “el kilómetro de oro”, y que cubría las cuatro plazas principales (Catedral, Armas, San Francisco, Vieja) y sus ejes de interconexión. El CENCREM, subordinado ahora al nuevo Consejo Nacional de Patrimonio Cultural, vio perder su influencia en el Centro Histórico.

[...]

Sin que mediara traspaso formal previo ni acuerdo de otra índole, la Oficina puso en marcha su proyecto de la plaza con la decisión, a fines de 1995, de intervenir en el espacio central, lo que implicaba la demolición de la estructura del parqueo soterrado, rellenar el espacio, y rehacer la imagen de la plaza tradicional (Arrugaeta *et al*, 2009, p. 11-12).

Tal y como se ha venido enunciando en este capítulo, el campo de la conservación y la restauración arquitectónica y urbana ha de entenderse también como un campo de disputas. El desafío de rescatar y reutilizar un patrimonio arquitectónico durante mucho tiempo preterido, la urgencia de lidiar con la calidad de vida de la población involucrada y las condiciones económicas en ocasiones tienden a pesar más que los principios teóricos o metodológicos propios de una especialidad. Tal vez a eso hacía referencia Lápídis cuando enunciaba que, frente a la realidad contextual, “la práctica conmina a la teoría y la investigación es urgida por los hechos” (Lápídis, 1988, p.29). A pesar de ello, teniendo en consideración la importancia de estos principios y teorías para actuar con conciencia en materia de conservación del patrimonio o para contribuir a la resolución de conflictos, y ante las

variadas propuestas proyectuales de intervención y refuncionalización que fueron presentadas para el espacio de la plaza, respetando en ocasiones sus estratificaciones; algunas preguntas son inevitables. ¿Hasta qué punto la decisión final respondió puramente a la política institucional? ¿Hasta qué punto ello también resultó de la falta de propuestas proyectuales más interesantes por parte de los arquitectos responsables? Es probable que, en este caso, la respuesta emane de la combinación de ambos factores.

Imagen 118- Demolición del parqueo soterrado. Años noventa.



Fuente: Archivo Plan Maestro de la OHCH

Imagen 119- Colocación de adoquines en la Plaza Vieja de La Habana. Años noventa.



Fuente: Biblioteca Fernando Salinas. Empresa Restaura OHCH

Imagen 120- Imagen actual del Plaza Vieja en el Centro Histórico de La Habana.



Fuente: Foto tomada por la autora.

Desde 1988, el arquitecto José Ramón Moreno, asesor técnico internacional de la campaña de la Plaza Vieja, llamaba la atención sobre dos cuestiones. La primera de ellas era la “superposición de competencias” institucionales en este espacio y la dificultad para identificar directrices comunes. Básicamente, hacía referencia a la convergencia del trabajo del CENCREM como entidad del MINCULT, encargada del diseño de la campaña internacional y la realización de los proyectos de intervención en las viviendas, con el trabajo de Oficina del Historiador, a cargo de la Empresa constructora “Restauración de Monumentos”¹⁷⁰ (subordinada al Gobierno Provincial) que era la que ejecutaba las obras. La segunda cuestión era la situación en la que se encontraba la clase profesional relacionada con la arquitectura en Cuba, que “no contaba con buena salud”. Para este autor, los arquitectos cubanos parecían aun ensimismados en la modulación y seriación impuesta por la prefabricación de antaño, dejando mucho que desear en la calidad y diseño de los proyectos de nueva construcción (ver Anexo 2). Hemos visto hasta qué punto el ejercicio creativo y la actividad proyectual influyen en la realización de trabajos de

¹⁷⁰ En ocasiones se hace referencia a ella como Empresa de Monumentos de la Habana Vieja.

intervención en el patrimonio construido y fue en este sentido que cobró mayor intensidad la crítica realizada por José Ramón Moreno en 1988.

En lo que se refiere a la intervención en el patrimonio edificado, monumental o de interés arquitectónico, prevalece una actitud de cierta pasividad en el entendimiento de lo preexistente, en cuanto no se cuestiona lo que aparece y se tiende a reproducir miméticamente lo que existía. No hay, por tanto, ejemplos de intervenciones sobre el Patrimonio en el que aparezca un nuevo lenguaje como expresión de nuestra época. Si se expresa con una frase la situación actual de la arquitectura en Cuba, cabría decir que “falta valentía y sobra fatalismo” (Anexo 2, p.7)

En opinión de José Ramón, a la altura de los años ochenta la “clase profesional de la arquitectura” aún no se había recuperado de la cantidad de profesionales que abandonaron el país en 1959, lo que afectó a la docencia universitaria¹⁷¹, ni de la explotación de la prefabricación. Este autor reconoce la existencia de un buen equipo de especialistas y arquitectos bien formados en materia de restauración en el CENCREM, con conocimientos de los criterios de intervención establecidos por los organismos internacionales, pero sin muchas condiciones de garantizar la calidad de las intervenciones contemporáneas en el centro histórico.

Estas observaciones de José Ramón Moreno fueron ratificadas por otros consultores internacionales como Paulo Ormindo de Azevedo (1995) que consideraba la reconstrucción del edificio del Santo Ángel como la posición “más prudente” debido, entre otros aspectos, a que las experiencias en La Habana Vieja de integración de arquitectura moderna a conjuntos antiguos eran “poco felices”. “En lugar de ganar, en la totalidad de los casos se ha perdido. A menos que se pudiera realizar un concurso internacional que asegure una calidad muy alta, nos quedamos como en el pasado: como era, como era” (Ver Anexo 1, p.13).

No obstante estos juicios, algo que habrá que destacar es el carácter pionero de las restauraciones en obras para uso habitacional, reconocido no solo por alguno de estos consultores internacionales, como el propio Paulo Ormindo (1995), sino también por los propios arquitectos y proyectistas cubanos. En entrevista con Nelson

¹⁷¹ A pesar de la presencia de importantes profesores como Fernando Salinas, Nicolás Quintana, Mario Coyula, Mario González, y los otros extranjeros.

Melero, consciente de la preferencia por la reconstrucción, pero también de la importancia de las primeras obras de habitación insertadas en la plaza, declaró:

Yo pienso que en la Plaza Vieja nosotros no fuimos conservadores a tal extremo que fuimos los primeros capaces de adaptar tres edificios a viviendas contemporáneas modernas, habilitadas con todo lo que requiere la vida: con patios de servicio, baños, cocinas, en fin. Creo que sí fuimos muy valientes al enfrentar eso. Pero bueno, el contenedor estaba y las adecuaciones, transformaciones y cambios las hicimos hacia el interior para que no afectara la visualidad [...] Yo creo que sí fuimos cuidadosos y respetuosos de no violentar los valores preexistentes de las edificaciones. Pero sí puedo decir que en la Habana Vieja sí hubo influencia muy fuerte para reproducir. Todos los tejadillos que hay en La Habana Vieja en estos momentos son reconstruidos por la acción de restauración de la década de 1980 para acá. O sea que sí hubo reconstrucción. De hecho por ejemplo, en la restauración del espacio público de la Plaza Vieja, nosotros en nuestro proyecto general, que trabajamos en el CENCREM, no propusimos nunca rellenar el parqueo. El parqueo era un testimonio, evidencia de estratificación histórica, de los cambios, modificaciones que se hicieron en el espacio. Nosotros proponíamos conservarlo, parcial, totalmente, etc. pero no lo que hizo después, de rellenarlo. Ya nosotros no tuvimos nada que ver con eso porque pasó completamente a la Oficina del Historiador (Melero, 2024).

Llegado a este punto, no se puede dudar de que la falta de propuestas de nueva inserción contemporánea en el centro histórico y la poca calidad de algunas de ellas eran un hecho, así como la consecuente tendencia a favorecer la reconstrucción o reproducción del aspecto colonial y tradicional en las intervenciones. Si a ello se suma la superposición de instituciones en la dirección y ejecución de las obras de la plaza, la falta de mano de obra calificada (Ver Anexo 1) y la demora ocasionada por la escasez de recursos materiales, el resultado efectivamente no podía ser otro que la dificultad para definir criterios de intervención en el espacio central de la plaza.

Aunque investigaciones precedentes afirman que las decisiones tomadas sobre las obras a ejecutar en la plaza fueron largamente discutidas entre todos los actores involucrados (CENCREM- MINCULT, Gobierno Municipal, Oficina del Historiador, y la población residente en el entorno de la plaza), a la altura de los años noventa aún no estaba claramente definida la función o el papel de este espacio (Ver Anexo 1), condición fundamental para llevar a cabo cualquier proyecto de intervención. Los detalles y espacios de estas negociaciones son minuciosamente analizados por Patricia Arteaga y Patricia Baroni en el texto “Historia de una plaza en movimiento: del Parque Habana a la Plaza Vieja”

(Arrugaeta *et.al*, 2009) y no constituyen objetivo de esta investigación. Sin embargo, las autoras apuntan cuestiones relativas al carácter político de las decisiones tomadas para la intervención de este espacio que denotan que este campo de conocimientos no solo se rige por preceptos técnicos y metodológicos. La emergencia a partir de 1993 de la figura del historiador de La Habana como director, y gestor de intereses de los diversos actores, fue definitiva.

En 1993 el historiador toma finalmente la decisión de demoler el parqueo soterrado que ocupaba el espacio central de la plaza (ejecutándose en 1995), lo cual generó posiciones conceptuales encontradas entre los técnicos (lo mismo del CENCREM o de la Oficina del Historiador), que aducían argumentaciones lo mismo técnicas, culturales, que ciudadanas. A pesar de que esa había sido la versión publicada inicialmente en el Plan del CENCREM, sus propios protagonistas contemplaban la validez de transformar ese espacio dejando la huella de la contemporaneidad, y en lo que no concordaban era en el momento propicio para ejecutarla. Fue una solución muy debatida, porque era una operación costosa, peligrosa técnica y socialmente. Es de destacar que algunos de los defensores de las posiciones contra la conservadora recuperación de una de las imágenes tradicionales, reorientaron sus criterios con el paso del tiempo. “(...) yo confieso que en el momento que se tomó [la decisión de demoler] no estaba muy de acuerdo con ella, pues me parecía peligrosa, atrevida, riesgosa de todos los puntos de vista que he comentado, pero después de un tiempo yo comprendí que era necesario. Eusebio **[Leal]** es una persona que tiene una capacidad de promover y de convencer que va mucho más allá de las demás personas, hasta ese momento las obras de la Plaza iban lentamente, no se lograba convencer a nadie, estábamos convencidos él, la gente de la Oficina del Historiador, la Dirección de Patrimonio, el CENCREM, pero nada más. No conseguíamos revertir esa situación de deterioro. Efectivamente el momento en que se derrumba el Santo Ángel y Eusebio toma esa decisión significa un giro en esa situación” **[declaración de Isabel Rigol en entrevista con Baroni y Arteaga en 2007]** (Arrugaeta *et al*, 2009, p.20).

Aun cuando ello evidencia cómo el contexto tiende a moldear las decisiones entendidas como propias de un campo especializado, no hay que ignorar las motivaciones de tipo cultural que, por parte del propio Eusebio Leal, historiador de la ciudad, quedaron explícitas cuando afirmó que “(...) el parqueo de automóviles de la Plaza Vieja (...) era una construcción que no debía ser integrada a la concepción de una plaza pública. Ayudé a acumular esas 235 mil toneladas de escombros, y considero esa decisión una victoria de la justicia de la belleza” (Gómez, 2011, p.18). Evaluando todas las opiniones compiladas hasta aquí, por tratarse de un proceso evidentemente desgastante para las partes, coincidimos con Baroni y Arteaga que, en el caso de la intervención en el espacio de la Plaza Vieja:

La decisión constituye necesariamente un acto único y puntual (de ella se derivan actividades materiales y procesos sociales) que el dirigente debe asumir, pero ello no significa que no sea producto de un proceso en el que

se han involucrado diversos actores con lógicas distintas y tampoco que esa decisión no pueda monitorearse y corregirse sobre la marcha. Es verdad que la toma de decisión es el momento en el que esta diversidad adquiere – a través de diferentes medios de generalización—una conmensurabilidad, pero está claro en el contexto analizado que el único espacio de conmensurabilidad es el político y ese es el papel de la dirección de la OH y del historiador. Más decisiva que la articulación de dimensiones (eminentemente técnica) es la articulación de actores y esta es una actividad marcadamente política, situada en el campo de la gobernancia. Al fin y al cabo esa es la distancia entre pensar y hacer ciudad, entre la galaxia de las comunidades epistémicas y los tomadores de decisiones –ya sean políticos, empresarios o la propia población-. No es lo mismo, ni tiene las mismas consecuencias pensar la ciudad sin hacerla, que hacer ciudad sin pensarla, que pensarla y hacerla (Arrugaeta *et al*, 2009, p.33).

Es posible enlazar estas reflexiones con la idea defendida por Luis Lápidus de formar “actitudes” para el patrimonio. Creemos que el ejemplo de la Plaza Vieja evidencia la comprensión enunciada en esta investigación sobre lo que era entendido como una “actitud ante el patrimonio”: la capacidad de tener una visión de rescate integral, factible y concreto en el contexto social cubano, de combinar los enfoques culturales con acciones multidisciplinarias. La toma de decisiones en este campo también ha de verse como el gran desafío que es. Dentro del CENCREM figuras como Luis Lápidus, subdirector del mismo, en ocasiones también enfrentaban críticas al respecto. A decir de Isabel Rigol (2005b, p.21) “Tal vez algunos no le comprendieron bien, porque la tarea de dirigir y orientar, de encontrar el equilibrio entre posiciones intelectuales contrapuestas y, a la vez, controlar alguna que otra individualidad extrema, es siempre harto difícil y más aún en un contexto dominado por arquitectos y artistas, donde las ideas viajan más allá de la luz”.

Pero esta no es la única lección que puede obtenerse del caso de la Plaza Vieja. La efectiva ejecución de un proyecto “conservador” demostró, así lo entendemos, la falta de condiciones o dificultades para manejar nuevos lenguajes arquitectónicos en ambientes consolidados. Años más tarde, Mario Coyula llamará la atención sobre ello ante la falta de debate desde el punto de vista arquitectónico por las proposiciones “iconoclastas pero hermosamente provocadoras” del “Proyecto Habana”¹⁷².

¹⁷² A decir de este autor “quizá la falta de hábito para la crítica pueda explicar esa pasividad (...) muchos prefirieron callar sus opiniones, si es que las tenían” (Coyula, 2005, p.338).

El papel del arquitecto en las decisiones proyectuales fue diferente en cada momento. En las primeras obras es posible observar una mayor autonomía por parte de los arquitectos a la hora de elaborar y ejecutar los proyectos de intervención. Aun cuando formaban parte de un mismo “anteproyecto”, los criterios fueron variados. En algunos casos las restauraciones respetaron elementos incorporados con el tiempo, en otros se decidió por la reproducción o la mimetización de las intervenciones. La nueva construcción, el diseño y uso de técnicas contemporáneas se concentraron, de forma bien discreta, solo en los interiores.

Con el tiempo se hace patente la centralización de las decisiones de intervención y las tensiones generadas, tal vez, por la necesidad de llegar a consensos entre las instituciones. Aun cuando resulta evidente la centralidad del arquitecto como responsable por las decisiones técnicas, los criterios culturalistas, sociales o económicos dictaron las pautas de los proyectos de intervención, fundamentalmente a partir del derrumbe del Santo Ángel. Cuando con anterioridad se hacía referencia al “efecto Santo Ángel” en la Plaza Vieja, nos referíamos no solo al rescate de la imagen tradicional colonial del bien, sino también al hecho de que, en ambos trabajos, la decisión final de intervención no partió del arquitecto responsable y sí de la institución a cargo. De un lado, la Comisión Nacional de Monumentos (del MINCULT) y, del otro, la Oficina del Historiador a través de la figura del propio historiador de la ciudad.

No obstante, no se deben desmerecer aquellos saldos positivos que fueron fruto del proceso que medió entre la decisión inicial de la intervención y la ejecución final. En materia de formación, la propuesta deconstructivista de Owen Moss motivó la realización de un taller de diseño integral, que vinculó profesionales jóvenes, profesores y estudiantes del Instituto Superior de Diseño Industrial (ISDI), la Facultad de Arquitectura con los profesionales del Departamento de Restauración Arquitectónica del CENCREM. De esta iniciativa nacieron algunas ideas para ajustarse al ritmo inversionista y de ejecución del proyecto de intervención en la Plaza Vieja (Marín, 2011). De toda esta etapa, destacable también es el pensamiento generado en torno a las soluciones. Desde el anteproyecto inicial, hasta el nuevo modelo de restauración y gestión integral llevado a cabo por la Oficina del Historiador, a decir de Maria Buajasán, arquitecta y entonces directora de

Arquitectura Patrimonial de la OHCH, el saldo positivo fue que “no se intervino sin conocimiento previo, sino que había todo un estudio y análisis anterior” (Arrugaeta *et al*, 2009, p.17).

La obra culminada de la Plaza Vieja enseguida comenzó a recibir no solo a los turistas que visitaban La Habana Vieja, sino también toda clase de actividades cotidianas al aire libre que dinamizaron la vida en el centro histórico. Aun cuando algunos la pueden considerar un ejemplo de “escenografía urbana”¹⁷³ desde el punto de vista arquitectónico, a partir de su restauración los vecinos comenzaron a describirlo como un espacio agradable, bonito (Arrugaeta *et al*, 2009) y en la actualidad constituye un espacio multifuncional flexible que acoge conciertos, actividades escolares, expositivas y comerciales. Con el paso del tiempo, se fue consolidando su conferida vocación de plaza pública.

4.6 Lecciones desde La Habana –y otras claves- de la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación.

Hasta aquí fueron comentados algunos elementos claves para entender la formación de los arquitectos en materia de conservación y restauración para actuar sobre el patrimonio edificado. El análisis de ellos en el contexto cubano arroja luz sobre la comprensión que llegó a alcanzarse de la conservación y restauración como un campo autónomo, como una especialidad compleja y la visión de la restauración como un acto de cultura considerando la identidad como esencia. Desde 1986, Luis Lápidus definió los valores del patrimonio edificado en Cuba como “la multiforme huella del paso histórico del ser humano en la creación del marco de vida social y cultural” (Lápidus, 2005, p. 96). Tales valores son expresión de una identidad cultural en la arquitectura y el ambiente construido cubano.

Fue precisamente en pos de la preservación de esta huella, de estos valores, teniendo en consideración todas las complejidades del contexto cubano, que cobró mayor importancia la idea de formar arquitectos con “aptitudes y actitudes para el patrimonio”. “Aptitudes” logradas a partir del conocimiento teórico, la claridad de

¹⁷³ Opinión de especialistas como José Ramón Moreno.

conceptos, bases culturales amplias, dominio proyectual, dominio de instrumentos metodológicos, técnico-operacionales y la experiencia práctica; “actitudes” emanadas del desarrollo de una conciencia histórica, cultural, y agregamos, social, revertidas en acciones concretas. Esencialmente, a eso hacía referencia Farah (2012) cuando comentaba la necesidad de una formación integral con una sólida deontología profesional en los arquitectos.

En teoría, esta quizás haya sido la principal lección obtenida del análisis de la formación del arquitecto en materia de restauración y conservación en el contexto cubano, específicamente habanero, pero ¿qué lecciones obtener de la práctica? Uno de los aspectos más tratados en esta investigación ha sido la estrecha relación entre la arquitectura (y, por tanto, la formación del arquitecto) y el campo de la conservación y restauración como “dos costados de la misma actividad”, parafraseando a Luis Lápidus. A esta noción hay que agregar la visión que se tenía de la arquitectura como disciplina y el papel del arquitecto en Cuba.

La formación del arquitecto a partir de 1960 se formuló sobre la base de la concepción socialista de universidad, con una centralidad de la ciencia y la técnica en función de las necesidades del país y, al mismo tiempo, una marcada vocación social del papel del arquitecto. Sin embargo, los ejemplos loables de las escuelas de arte, la construcción de la CUJAE o las escuelas al campo, no fueron suficientes frente a la imposición de la prefabricación o la relegación de la creatividad en función de la cantidad y el programa de las obras a ser construidas. Pretensión, ingenuidad y cierto menosprecio por el carácter cultural de la arquitectura se constató a partes iguales. Paradójicamente, la visión tecnicista e impersonal de la arquitectura, como política desde el Ministerio de la Construcción, desestimuló la práctica proyectual del arquitecto que paulatinamente iría perdiendo autonomía y autoridad en la ejecución de las obras.

El quehacer arquitectónico fue dictando las pautas de la formación académica, así como las formas de enfrentar y solucionar aspectos técnicos, sociales, o estéticos (Cárdenas *et.al.* 1999) dentro de este campo. Eliana Cárdenas entiende esto como una respuesta “extrema” ante la comprensión de los vínculos de la arquitectura con los factores sociales. “Se llega a extremos, al otorgarle mayor

prioridad a algunas ciencias sociales (teoría del conocimiento, sociología, marxismo), en detrimento de las más relacionadas con la carrera como la teoría o la historia de la arquitectura. Este era un ambiente propicio para la tendencia “metodologizante” del momento.” (Cárdenas, 2018, p.185). Así, desde la academia, también se fue soslayando la visión cultural de la arquitectura.

Esta situación comenzó a cambiar a partir de la década de 1980 cuando la deficiente actividad creativa y proyectual en la arquitectura estimuló a la valorización de la ciudad consolidada y a la orientación del campo patrimonial hacia la rehabilitación arquitectónica y urbana, con una visión social y cultural del patrimonio construido.¹⁷⁴ Igualmente, el contexto internacional también favoreció este rubro y, como consecuencia, La Habana Vieja y su Sistema de Fortificaciones fue incluida en la lista de bienes del patrimonio mundial, se creó el CENCREM y fue lanzada la Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja.

En este punto, se hace necesario volver a destacar la relación entre el campo de la arquitectura y el campo de la conservación y restauración. En el caso de Cuba, con sus aciertos y desaciertos, los cambios en la formación del arquitecto comenzaron a hacerse menos intempestivos y más coherentes con las necesidades del ambiente construido frente a las reflexiones impuestas por la necesidad de valorizar el patrimonio arquitectónico y la ciudad consolidada. Podría decirse que la formación del arquitecto se volvió un asunto de mayor debate y preocupación cuando se vinculó con el campo de la restauración y conservación, para actuar en el patrimonio edificado. Fue entonces cuando se tornó esencial rescatar la visión y el papel cultural de la arquitectura para la profesión del arquitecto.

El trabajo del CENCREM fue esencial en esta etapa. Como se comentó con anterioridad, tan solo en sus primeros diez años, este centro capacitó y especializó arquitectos y técnicos para acometer las labores de restauración no solo en La

¹⁷⁴ A ello también contribuyó cierto reverdecimiento de la crítica como elemento de perfeccionamiento de la actividad de creación artística en esta época. A decir de Eliana Cárdenas (2018, p.230) ello “tuvo cierta repercusión en el caso de la arquitectura y la ciudad, donde la revitalización de la actividad crítica se vinculó con el incremento del número de construcciones a finales de esa década, generando polémicas en torno a muchos de los problemas existentes en el ambiente construido (...)”.

Habana, sino también en toda Cuba, de una forma sin igual. Sobre el intenso trabajo del CENCREM, Isabel Rigol, fundadora y primera directora, comenta:

Nosotros teníamos la investigación como una tarea muy fuerte, los proyectos, que nos ocupaban un tiempo tremendo, y chequear la inversión y la ejecución. Entonces nos dimos cuenta de algo. Aquí siempre ha habido limitantes económicas, unas veces más otras menos [...] pero en aquellos años también había muchos problemas y entonces comprendimos que lo que no podía acabar y podía hacerse, la mayor parte de las veces, sin recursos, nada más que con la experiencia de unos cuantos profesores y el interés de los alumnos, era la formación, algo fundamental. Entonces nos dimos a la tarea de generalizar esto en todo el país.

Por un lado encontramos vías para enviar profesionales a estudiar fuera del país. Ya hemos hablado del ICCROM y de los que fueron al ICCROM, pero no fue sólo al ICCROM. La cátedra Gaudí de Barcelona nos aceptó como seis o siete personas, gracias a la cooperación española. Seis o siete de La Habana y de varias provincias del país. Omar López, el conservador de Santiago de Cuba fue becario en la cátedra Gaudí de Barcelona. La idea era generalizar esta formación. En Florencia había un centro que auspiciaba la cooperación italiana, el CECTI. Ellos aceptaron a varios compañeros nuestros. Yo, uno de los grandes recuerdos de mi vida es llegar a Guantánamo encontrarme con Alberto Brauet **[del Pino (1951-2021)]** un arquitecto guantanamero muy notable, que ya falleció, que me decía que él jamás olvidaría sus tiempos en Italia. Esas eran satisfacciones que una tenía. Eran becas de 16 meses. Fueron enviados allí Ramón Cottarelo, Fernando Rodríguez, Irán Milian. Y los últimos fueron un grupo como de seis que gracias a la cooperación italiana en una ocasión pudimos enviarlos de una vez. Imagínate lo que eso significa. Fueron muchas las personas que enviamos a estudiar fuera.

Por otro lado implementamos un sistema de capacitación. Teníamos un departamento de capacitación que dirigieron Virginia Gutiérrez, que era pedagoga; después Zoila Cuadras que era arquitecta, pero una persona dedicada que puso todo su empeño. Entonces creamos programas y cursos de postgrado.

Por otra parte apoyamos a la escuela de arquitectura en la Maestría de Conservación del Patrimonio de la Facultad de Arquitectura fue coauspiciada por el CENCREM y se impartía en el CENCREM. Te estoy hablando de la parte de arquitectura, porque había una parte también muy importante de bienes muebles, restauración de pintura mural [...]

Creo que eso era fundamental. Y participaban figuras como Ángela Rojas, yo también fui profesora de esa maestría, Daniel Taboada. Luis Lápidus también. Él tenía sus propios cursos. Tenía uno de Patrimonio y Turismo muy bueno, pero el daba clases de teoría en la maestría. Nelson **[Melero]** Carlos Dunn, todo el que podía dar clases. Lo importantes es tener la conciencia de que hasta en los tiempos más difíciles, sin recursos, enseñar, formar, se puede hacer hasta en el paraje más recóndito. Eso fue lo que después quedó para la historia. Estamos hablando de arquitectos, ingenieros, abogados (Rigol, 2024, destaque nuestro)¹⁷⁵.

Nelson Melero, por su parte, también destaca la importancia de los cursos ofrecidos por este centro y la responsabilidad de los arquitectos formados en cursos internacionales.

¹⁷⁵ RIGOL, Isabel. Entrevista. [ago. 2024]. Entrevistador: Maite Hernández Alfonso. La Habana, 2024. La entrevista íntegra se encuentra en el Apéndice B de esta tesis.

Yo terminé el curso del ICCROM en el año 1984. Lo terminé en junio, eran 6 meses, de enero a junio y ya a finales de junio estábamos dando clases y Enrique Capablanca y yo que fuimos los dos primeros que estuvimos allá, después fue Charles **[Carlos Dunn]** y así sucesivamente. Pero ya nosotros en el 84 y el 85 estábamos ofreciendo cursos porque ese era el objetivo. No se podían mandar a 10 ni a 15, ni a uno de cada provincia, entonces el que iba a capacitarse o a especializarse tenía a responsabilidad de transmitir toda esa experiencia y conocimiento. Yo creo que el CENCREM, además de la Maestría que en un momento hizo con la Facultad de Arquitectura, puede considerarse de formación.

[...] antes, todos los cursos de postgrado, pasantías, yo diría que eran cursos de capacitación porque ahí venían los profesionales con una formación básica que después obviamente iban a recibir una serie de conocimientos nuevos en materia de patrimonio. Además el CENCREM creó un tremendo departamento docente. Hubo un momento en que en el CENCREM se ofrecieron 43 cursos de postgrado en todas las especialidades no solo en conservación del patrimonio inmueble sino del patrimonio mueble: pintura mural, pintura de caballete, textiles, laboratorios... investigaciones. Fue un trabajo muy amplio que duele muchísimo pensar que ese sitio, que llegó a alcanzar un reconocimiento, como tu apuntabas, se haya perdido de ahora para luego sin saber por qué razón (Melero, 2024. destaque nuestro).

Recordemos que el centro, creado desde 1982, fue cerrado en 2012. Sus primeros diez años especializando profesionales representaron muy poco tiempo para consolidar criterios conceptuales adecuados a la realidad cubana¹⁷⁶ y, además, desde 1990 vio debilitada su actuación en el Centro Histórico por las dificultades del Período Especial y la autoridad de la Oficina del Historiador. Cabe señalar que no hay que contraponer el trabajo de ambas instituciones. Aunque con direcciones, funciones o criterios distintos, ambas se complementaron. El trabajo de la OHCH a partir de 1993 es de destacar frente al desafío que representaba recuperar de forma más expedita un valioso pero muy deteriorado patrimonio construido, así como trazar estrategias de gestión integral, socioeconómica, turística y cultural. Sobre el trabajo en conjunto de ambas instituciones, Nelson Melero afirma:

Mira, antes de creado el CENCREM existía el Departamento de Monumentos de la Dirección de Patrimonio Cultural que no era muy grande y en la OHCH existía una pequeña oficina, un departamento de arquitectura, pero siempre, siempre, desde ese momento y después, los técnicos, los profesionales tuvimos la mejor relación, nos hemos apoyado, nos hemos entendido con los proyectos, los hemos analizados de conjunto sin ningún tipo de contradicción. Entre los técnicos nunca hubo problemas. Así que yo diría ¿cuánto le debe la Habana Vieja al CENCREM y a la Oficina del Historiador? Porque los dos trabajamos con un objetivo común, quizás con enfoques no coincidentes, pero si hubiésemos trabajado de forma conjunta

¹⁷⁶ En entrevista con Nelson Melero, el autor comenta que si bien la formación en el ICCROM fue esencial para su formación, los criterios y soluciones centradas en la realidad europea, manejados por los profesores, resultaban de difícil interpretación en la realidad cubana.

con criterios compartidos yo pienso que el CENCREM existiría y seguiría trabajando de conjunto con la OHCH (Melero, 2024).

Es probable que por muy completa que fuera la formación en el CENCREM, los arquitectos presentaran dificultades para implementar y debatir criterios frente a la urgente acción restauradora y necesaria a partir de los noventa, pues, entre otros elementos, hay que mencionar que no solo se trataba con bienes de interés cultural, sino también parte del fondo habitacional de la ciudad. “La práctica conminaba a la teoría”, “la investigación era urgida por los hechos”.

No tanto en premisas o preceptos teóricos. Si pienso que uno de los aspectos más importantes en nuestra restauración y en el centro histórico era el enfoque social. Las construcciones de la Plaza Vieja, las primeras que se intervinieron fueron para resolver en edificios que no estaban ocupados: San Ignacio 364, Mercaderes 315 – 317, la casa de Franchi Alfaro y lo que quedaba del Cine Habana. En todos los demás cualquier acción implicaba sacar montones de familias para desocupar el edificio y poder recuperar. En aquel momento no había hogares de tránsito, entonces hubo que crear un fondo de viviendas en la Plaza Vieja que nos permitiera sacar de un edificio, pasar para otros y así ir acometiendo la restauración. Esos tres edificios nos permitieron hacer 42 apartamentos es decir que se podían desocupar otros edificios que estaban super hacinados. Entonces era una de las cosas que, sobre todo en América Latina no se trabajaban, las familias se desplazaban, en la Plaza Vieja todas las familias iban para una vivienda o para las comunidades de tránsito que después se crearon. [...] realmente eso es importantes, el enfoque de invertir en vivienda para mantener la permanencia de la población local (Melero, 2024).

A la altura de los años noventa, los desafíos iban más allá de los impuestos por la diversidad de criterios de intervención en el patrimonio construido habanero. Salvo algunas excepciones como la Casa de Vicente García restaurada con proyecto de Luis Lápidus, la reconstrucción se mostraba como el camino más expedito dentro del campo de la restauración y conservación que, aunque autónomo, reiteramos, conceptualmente está estrechamente ligado al de la arquitectura que, en el caso de Cuba, aún pujaba por rescatar su función cultural y perfil creativo.

A la generación de arquitectos con una formación más completa, conscientes de la especificidad del campo de la restauración, al frente de instituciones como el CENCREM o desde las universidades, le tocó debatir (aun en ausencia de una cultura del debate), criticar, teorizar, restaurar y abogar por una formación más completa de las nuevas generaciones que los capacitara para realizar proyectos de

calidad, también en la ciudad consolidada, que respondieran a las necesidades del país. Compatibilizar la formación en las facultades con las necesidades del país fue una premisa no solo del campo de la arquitectura en Cuba, sino también del campo de la conservación y la restauración. No es que ello resulte un imposible, al final esa también es una exigencia del campo especializado y de la formación que, como se vio anteriormente, busca abordar problemáticas relacionadas con el “porqué preservar”, “para qué preservar” y “para quiénes preservar”. Pero en Cuba faltó tiempo y sobraron urgencias.

Habría que mencionar también otros “fatalismos”. Luis Lápidus, una de las figuras más importantes para este campo, falleció en 1995.

Luis Lápidus fue a trabajar con nosotros **[en el CENCREM]** en el año ochenta y cinco y trabajó con nosotros hasta el 95, diez años, cuando él murió lamentablemente. Pero él era un arquitecto con una formación muy sólida, intelectualmente brillante, con una cultura monumental. Lo mismo sabía de arquitectura que de cine, que de literatura. Y al mismo tiempo era una persona que comprendía y manejaba muy bien los problemas técnicos y científicos. Entonces, como subdirector, jugó un papel fundamental en el desarrollo de nuestra institución. Y una de las cosas que tratamos de impulsar fue cómo insertar lo nuevo en lo viejo. Si tú encuentras el proyecto de Daniel Taboada de los laboratorios del CENCREM, ese fue un proyecto de Daniel Taboada pero guiado por Luis Lápidus. Los laboratorios integraron de forma inteligente elementos contemporáneos para garantizar la climatización de las áreas¹⁷⁷. Luis propició mucho las investigaciones. Hizo un proyecto genial en esa época, la casa de Vicente García, donde aplicó todos esos criterios y fue, la verdad, tremendo. Es una pena que Lápidus haya muerto tan temprano. Tenía 58 años.

[...]

Mira, Lápidus, Mario Coyula y Emilio Escobar, los tres fallecidos, fueron los tres arquitectos más cultos y más brillantes que yo he conocido en este país. Eran muy amigos. Con una cultura universal, la comprensión cultural en toda su magnitud es fundamental en un arquitecto (Rigol, 2024, destaque nuestro).

Lápidus fue uno de los arquitectos que mejor defendía la vinculación de “lo nuevo” con las preexistencias. Isabel Rigol, en artículo publicado en 2005 como homenaje a Lápidus, relata cómo un “momento trascendental” la visita del arquitecto a las pirámides de acero y vidrio del arquitecto Ieoh Ming Pei en el Museo del Louvre. “A su llegada dijo: Son como una cosquilla en el pie de un gigante. Para él, no eran más que un gesto muy sutil que, lejos de alterar en lo más mínimo el

¹⁷⁷ Para realizar estos trabajos en 1987 se reunió con Christian Lahanier director de los laboratorios de conservación del Museo del Louvre.

conjunto histórico parisino tan fuertemente caracterizado, le agregaba valores.” (2005b, p.22).

Un aspecto interesante y del cual poco se ha comentado en la formación del arquitecto en Cuba es el necesario contacto con el arte y la formación cultural. Interrogada sobre su primer acercamiento con referentes internacionales del patrimonio cultural, Isabel Rigol comentó:

Cuando yo tenía diez años mi abuela me llevó a Nueva York. A los diez años y a los once, mi abuelita, yo era su única nieta, iba todos los años a Nueva York porque ella tenía familia allí. Sus primas que habían emigrado desde los años 30. Las últimas veces que ella fue decidió llevarme con ella. Yo fui con ella en el año 55, 56, y en el año 1960 ya después del triunfo de revolución, yo tenía 16 años, todavía no se habían roto las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Esa fue otra experiencia.

Recuerdo que una de las grandes experiencias de mi vida, sin saberlo, ahora lo analizo así, fue visitar los Cloisters **[The Cloisters]** Un monasterio, que es un caso muy interesante para analizarlo dentro de la conservación del patrimonio. Está situado en una zona de Manhattan. Un parque natural que se llama Fort Tryon, con bosques, río, precioso, en una zona urbana con ese gran parque. Esto fue, digamos, un engendro de los años veinte con dinero de los Rockefeller. Con fragmentos de monasterios del sur de España y de Francia armaron un monasterio medieval, como un rompecabezas. Se convirtió en un museo precioso, con unas vistas del río, del bosque. Que en medio de una ciudad como esa haya un lugar así es una cosa maravillosa. En este museo hay unas colecciones de arte medieval que son de morirse, bellezas. La Casa del Unicornio, no se me olvida, con unos tapices. No puedo olvidar esa experiencia. Patios que remedan los patios de los monasterios medievales, hasta el sonido del agua. Una cosa divina. Y yo no tenía formación para analizar cómo se construyó, que no era una cosa auténtica. Hoy en día es interesante analizar ese caso porque es un caso muy peculiar. Pero lo que yo sentí influyó mucho en mi formación posterior.

Y por otro lado, vuelvo a la influencia de mi tío Jorge Rigol¹⁷⁸. Cuando a ti a los 11 años te meten en el Museo Metropolitano de Nueva York, ese contacto con el arte es muy lindo. Una de las cosas más impresionantes para mí fue ver las obras de Goya. Ya después las experiencias del año 74, la visita a los países de Europa del Este, que también tienen un patrimonio fascinante. El patrimonio de Colonia es increíble, Bulgaria, la antigua Checoslovaquia que tuve la suerte de estar en la parte checa y en la parte eslovaca. En las dos Alemanias de entonces.

[...]

Y así en varios países de América Latina. Ese fue otro aprendizaje. México fundamentalmente (Rigol, 2024, destaque nuestro).

Con anterioridad se hizo referencia a la completa formación cultural de Enrique Capablanca y otros, como Daniel Taboada, que antes de 1959 había acumulado una importante experiencia no solo en la elaboración de proyectos en la

¹⁷⁸ Eminente artista plástico de la primera mitad del siglo XX. Grabador, dibujante, crítico y escritor. Fue el primer director de la Escuela Nacional de Arte de Cubanacán.

firma de arquitectos Moeck y Quintana, una de las más reconocidas en Cuba. Fundamentalmente, en los años cincuenta la relación entre los arquitectos y los artistas de vanguardia potenciaba el vínculo entre las dos manifestaciones. Taboada relata en entrevista realizada en 2001 la importancia de su aproximación al trabajo de importantes artistas cubanos como parte de su trabajo con Nicolás Quintana.

A Nicolás Quintana lo considero mi maestro. Admiro su arquitectura a pesar de la separación en el tiempo. Con Nicolás aprendía de todo. Con él disfrutaba el ejercicio de la arquitectura como no había imaginado durante los años de estudio. Con él eran las escapadas hasta el apartamento de **[Rene]** Portocarrero y **[Raúl]** Milián, o hasta el sótano donde **[Alfredo]** Lozano esculpía un Cristo para la Iglesita de Bauta, promovida por el sacerdote-poeta Ángel Gaztelu (Calcines, 2001, p.21).

Desde entonces, Taboada refuerza el carácter cultural de la restauración. Consciente del papel y la responsabilidad del arquitecto, en la misma entrevista comentaba las dificultades, conflictos y limitaciones del mismo una vez que se encara un proyecto, sin dejar de reiterar la necesaria formación cultural del profesional de arquitectura.

La “tiranía del arquitecto” puede ser necesaria para evitar la anarquía. Yo prefiero pensar en el “gran coordinador” y no en el “gran tirano”. No soy el más indicado para contestar categóricamente si he logrado controlar mi subjetividad. Subjetividad y criterio están muy cercanos, y hay que tener criterio y saber usarlo. El criterio se fortalece con la experiencia. Pero la experiencia trae consigo un peligro para el trabajo en el patrimonio construido. Se llega a conocer tan bien el lenguaje arquitectónico de cada época, que es mucha la tentación de emplearlo, generalmente para completar o enriquecer el exponente objeto de la intervención. La honestidad en el trabajo se refuerza cuando se interioriza que el bien patrimonial no nos pertenece en propiedad, ni individual ni generacional. Somos simples intermediarios entre un legado deteriorado y las futuras generaciones que lo deben recibir libre de falsificaciones. [...] debemos agregar que todo lo que he expuesto resulta realmente válido hasta el nivel de proyecto ejecutivo. A la hora de la verdad, en la obra constructiva inciden otros factores externos y extraños a la idea de que estamos inmersos en un trabajo eminentemente cultural. La intervención en el patrimonio construido es una acción cultural, ajena por derecho propio a toda manipulación coyuntural. Y para participar y mucho más, para tomar decisiones en esa acción cultural hay que ser culto. Parece obvio, una perogrullada, pero insisto en reiterarlo (Calcines, 2001, p.26).

No caben dudas de la completa comprensión que se tuvo de este campo de conocimientos en Cuba hasta los años 2000. Las diferentes experiencias prácticas y el intenso debate, aunque breve comparado con otros países, en torno a sus aspectos claves, dan fe de una madurez y de una intención por fundar una forma de abordar el patrimonio construido de forma genuinamente cubana. El estudio de la

formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación en La Habana, en el contexto cubano de 1960 al 2000, permitió entender la necesidad de ver la arquitectura y la restauración y conservación, también, como dos costados de la misma actividad. Si, por un lado, como bien defiende Farah (2012), la formación integral del arquitecto es esencial para actuar en un campo tan complejo como el de la preservación del patrimonio edificado, para la adquisición de bases teórico-metodológicas e instrumentos adecuados que repercutan en el ejercicio proyectual; por otro lado, la forma de abordar, de estudiar y de intervenir el patrimonio construido y urbano también es fundamental para formar mejores arquitectos, con aptitudes y actitudes, pero esencialmente con la tan añorada conciencia, ética, histórica y cultural.

5 CONCLUSIONES GENERALES

Llegado el cierre de esta investigación, se cree necesario reafirmar una de las premisas sobre las que se ha estructurado la misma y que Kühl (2006) resume de la siguiente manera: “Los profesionales involucrados en la preservación deberían poseer una visión histórica y, sobre todo, los conservadores, restauradores, arquitectos, ingenieros, historiadores, etc. que llevan a cabo estudios, inventarios e intervenciones en bienes culturales, deben tener una sólida formación y conciencia de la responsabilidad que ello implica”¹⁷⁹ (Kühl, 2006, p.33). Esta afirmación lleva a querer analizar, tal y como han hecho autores como Farah (2012), la formación específicamente de los arquitectos para actuar en esta área con vistas a identificar las lagunas que, en este proceso, llevan a la ausencia de una “conciencia histórica y cultural” y, por lo tanto, a la falta de un instrumental teórico y metodológico para entender e intervenir en los bienes culturales de forma adecuada. Entendiendo que este es un camino con muchas interrogantes aún y atravesado por varios factores –a depender del contexto- es que procuramos entender en esta investigación cómo se dio el proceso de formación de los arquitectos cubanos para actuar en esta área, en medio del contexto sociocultural y económico comprendido entre los años 1960 y 2000.

La formación, entendida en esta investigación como el desarrollo progresivo de capacidades en los sujetos y en el colectivo al que pertenecen (Ramírez Paseiro, 2021), se halla estrechamente determinada por el contexto, las condiciones concretas, relaciones sociales y momento histórico en que se lleva a cabo, de ahí nuestro interés en no centrarnos únicamente en los contenidos o métodos de formación, aun cuando claramente existen estrechas relaciones ellos.

Las complejidades del profundo proceso revolucionario iniciado en Cuba en 1959 además de determinar los rumbos de la formación universitaria, apegada a un proyecto de país en transición socialista, atravesaron la formación, el papel del arquitecto cubano y la visión que se tuvo sobre la arquitectura en el país. Si bien

¹⁷⁹ “Os profissionais ligados à preservação deveriam, portanto, possuir visão “histórica” e sobretudo conservadores, restauradores, arquitetos, engenheiros, historiadores etc. que participam de estudos, inventários e intervenções em bens culturais, devem ter sólida formação e consciência da responsabilidade envolvida”

algunas experiencias, como la de las escuelas de arte, la construcción de la CUJAE o las escuelas al campo y algunos trabajos de planificación y reanimación urbana en función de demandas sociales contribuyeron a enriquecer la experiencia y creatividad de los arquitectos, el uso de la prefabricación relegó la creatividad a un segundo o tercer plano en función de la cantidad y el programa de las obras a ser construidas. Aspectos colocados por Farah (2012) como esenciales dentro de la formación generalista de los arquitectos para actuar en el campo de la conservación y la restauración como el ejercicio proyectual, la formación teórica o el cuidado en la ejecución del proyecto se vieron mayormente afectados por una orientación tecnicista e impersonal de la arquitectura, que desestimuló la práctica proyectual del arquitecto cubano que, paulatinamente, perdió autonomía y autoridad en la ejecución de las obras. A decir de Mario Coyula:

El aplanamiento que caracterizó a la política cultural de los años 1970 en la literatura, el teatro y las artes plásticas, pudo recuperarse en buena medida con una posterior reapertura que incluyó la rehabilitación pública de creadores que habían sido perseguidos o apartados. En la producción del entorno construido el golpe fue más impersonal, pero también más duradero (2007, p. 34).

Paradójicamente, la centralidad dada a la enseñanza de la teoría marxista en la Facultad de Arquitectura, lejos de favorecer al desarrollo del ejercicio crítico de la arquitectura, o el dominio de fundamentos de la dialéctica, por varios años fue erróneamente orientada según presupuestos ideológicos ortodoxos¹⁸⁰, que en nada favorecieron la formación integral, mucho menos la tan anhelada emancipación humana. Ello también contribuyó a una falta de cultura arquitectónica por parte de algunos arquitectos, una demanda que, a la altura de los años noventa, cobró importancia para encarar los desafíos que imponía el campo de la restauración y conservación para actuar en el patrimonio edificado.

¹⁸⁰ Podría decirse que a ello contribuyó la rígida asunción de los contenidos programáticos de la filosofía marxista que se difundió en Cuba en los sesenta, a modo de manuales, que simplificaban el pensamiento de Marx. La concepción de universidad socialista introducía conocimientos y asignaturas como Materialismo Histórico y Dialéctico en la formación de todos los universitarios o Economía Política, asumidos en el plan de estudios A. A decir de Martínez Heredia (2018, p. 1100) “en vez de proporcionar instrumentos para que los procesos sociales –y entre ellos los económicos– fueran conocidos por el pueblo y por los cuadros, como exige la cultura en el socialismo, la Economía Política del Socialismo era divulgada en la forma de manuales vulgarizadores carentes de toda la riqueza contrapuesta de los pensamientos de los revolucionarios y otros pensadores acerca de estos temas, que no era poca. Les faltaba la historia misma de la teoría, de sus problemas y de sus relaciones con el campo de la realidad que debían estudiar, carencias que, por cierto, compartían con otros manuales marxistas.”

En materia de pensamiento, Isabel Rigol (Cuadra, 2018a) destaca en los primeros años una vigencia aún fuerte de las ideas del Movimiento Moderno, poco preservacionistas. Muchos de los arquitectos que actuaron como profesores en esa época se formaron en la década anterior; y en el caso de los profesores extranjeros no tenían muchas experiencias en materia de restauración o conservación¹⁸¹. No obstante, el principal saldo positivo en materia de formación fue el contacto directo de esta primera generación de arquitectos con profesores de una vasta cultura, de diferente origen y formación, con una visión global de la arquitectura en su dimensión técnica, científica y cultural. La interrelación entre diseño, arte y arquitectura que ellos promovieron, principalmente en los sesenta, así como el rigor científico con que se abordaron diversos contenidos de la especialidad como la planificación, con altas y bajas, ganaron sentido con la activa participación de estudiantes y profesores en algunas de las obras que se construyeron en el país. Ello inculcó a los entonces estudiantes de arquitectura aquello que Cuadra (2018b) definió como: “la base de la arquitectura, que comienza con el paisaje, que tiene que ver con los materiales que están a disposición, con la lógica de estos materiales, para generar algo, que por un lado atiende a las necesidades -obviamente para eso se construye-, pero que, al mismo tiempo, desarrolla niveles de expresión y vivencias propias” (p.220).

Esta visión de la arquitectura colocada por Cuadra (2018b) podría articularse con la concepción defendida por Giovanni Carbonara de que “la restauración arquitectónica es arquitectura (...)” (Carbonara, 2023, p.153) si se entiende el paisaje, como la preexistencia; los materiales a disposición para generar algo con un sentido, como la materialidad cargada valores, la integridad que ha de favorecer la lectura del bien y define el sentido de la restauración; y los nuevos niveles de expresión, con la inserción de lo nuevo en la preexistencia. Cabe entender que la base de la arquitectura como disciplina también compone la base de la restauración, de ahí que algunos de los arquitectos que completaron su formación en estos primeros años, como Isabel Rigol, Luis Lápidus, Enrique Capablanca, Nelson

¹⁸¹ A modo de ejemplo, el italiano Roberto Gottardi se formó en 1952, en el Instituto Superior de Arquitectura de Venecia, un centro que en sus inicios daba mayor énfasis a la enseñanza del diseño (arquitectónico y urbano) a la planificación. En 2012 reestructuró sus departamento y creó el Departamento de Arquitectura Edificación y Conservación, el Departamento de Cultura del proyecto y el Departamento de Diseño y planificación en entornos complejos.

Melero, Ángela Rojas entre otros, hayan constituido la primera generación de arquitectos formados dentro de la Revolución en enfrentarse al trabajo dentro del campo de la conservación y restauración de forma loable.

Para la formación de los arquitectos fue fundamental el nuevo ambiente institucional y legislativo en materia de patrimonio cultural que creó condiciones para la consolidación del campo disciplinar. Esto fue muy favorable no solo para llevar a cabo acciones conjuntas de restauración y conservación en centros históricos – aunque frenadas en la práctica debido a una visión planificadora y centralizada en exceso-, sino también para impulsar la formación de los primeros arquitectos cubanos en estas materias, especialmente aquellos graduados a inicios de los sesenta.

Desde el ICCROM la formación del arquitecto restaurador “con habilidades para identificar y resolver problemas, así como decidir sobre el tratamiento y la ejecución de las obras” (Hil, 1970) consideraba fundamentales aspectos como la interdisciplinariedad, el equilibrio entre la formación teoría y práctica y el reconocimiento académico de la profesión. Basado en la importancia de una experiencia práctica arquitectónica, se proponía como más adecuada la formación de postgrado, pero ésta debía tener basamento en los conocimientos de historia de la arquitectura incluidos en los programas de las escuelas de arquitectura. En esencia el arquitecto debía “sabe distinguir y conciliar las exigencias históricas y críticas de la conservación y las capacidades intuitivas del creador según la naturaleza de las tareas que debe emprender” (Philippot, 1976, p.11).

El papel de instituciones como la UNESCO y el PNUD fue fundamental en la proliferación de estas ideas, la creación de cursos y centros especializados en América Latina. El convenio de estas entidades con el ICCROM posibilitó la expansión de las ideas de la “Escuela de Roma” en Latinoamérica y del nuevo paradigma del arquitecto restaurador: “(...) una figura de intelectual compleja, dotada de preparación humanística e histórico-crítica de un lado, y científica y técnica de otro, unidas a una real sensibilidad estética y capacidad artística” (Bonelli, 1987 *apud* Andrade Junior, 2020 p.46).

Especialmente en Cuba es posible afirmar que ejercieron gran influencia, sobre todo a inicios de los ochenta, las ideas y el modelo profesional propuesto por el mexicano Carlos Chanfón Olmos. Con la creación del Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología (CENCREM) se procuraba formar un cuerpo profesional consciente de su responsabilidad social, con capacidad para buscar soluciones adecuadas a las problemáticas nacionales, desarrollar iniciativas para idear mejores soluciones y capaz de crear una política preventiva eficaz.

El CENCREM constituyó aquel espacio de formación especializada a nivel de postgrado que, según Philippot, constituía la opción más adecuada, basado en la importancia otorgada a la experiencia concreta de la práctica arquitectónica, como condición para una efectiva especialización en conservación y restauración. La creación del CENCREM fue un hito importante, abonando el camino de perfeccionamiento de la formación de los arquitectos en materia de conservación y restauración del patrimonio edificado e incentivando la introducción de estos contenidos en las facultades de arquitectura, con mayor o menor presencia en los planes nacionales de estudio.

Desde su creación en 1989 hasta la década de 1990, el CENCREM se erigió como el centro rector de la restauración y conservación del patrimonio cultural y, en este sentido, fue un parteaguas para el desarrollo de la actividad restauradora que, a partir de este momento, contaría con profesionales directamente ligados a las instancias internacionales como el ICCROM y el ICOMOS, participantes de las ideas y debates que desde estos centros se irradiaba (algo sin precedentes en la isla). Aunque no haya sido posible implementar mucho de lo que fue propuesto para este centro en sus inicios, hay que destacar, en términos cuantitativos, el aumento de la participación de los profesionales cubanos en cursos, adiestramientos y misiones de estudio en instituciones internacionales. Más que un centro de formación propiamente, el CENCREM fue un centro de capacitación que, a través de investigaciones y cursos de postgrado, procuró complementar la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la restauración y conservación. Por tal motivo, no se puede restringir el análisis de la formación de los arquitectos cubanos entre 1960 y el 2000 al trabajo del CENCREM. Tampoco sería correcto, comparar este centro con otros de la región (ni siquiera a partir del modelo de formación

defendido desde el ICCROM) debido a las características y necesidades del contexto cubano.

Desde el CENCREM también se contribuyó a difundir las ideas de la Carta de Venecia y los preceptos de la llamada restauración crítica. Como en gran parte de Latinoamérica, la influencia de la Carta de Venecia en Cuba no solo significó la comprensión más amplia y científica de un campo de conocimiento en consolidación. El impulso desde la UNESCO en pro de la colaboración internacional en la salvaguardia del patrimonio cultural de humanidad, algunas de las principales ideas defendidas en el documento de Venecia, y la real preocupación en Cuba por llevar a cabo los trabajos de restauración y conservación con responsabilidad, contribuyeron a una toma de conciencia por parte de los profesionales cubanos. No bastaba el desarrollo de planes de rehabilitación urbana o patrimonial, había que contar con personal capacitado, lo que también demuestra el entendimiento que se tuvo en Cuba de la restauración y conservación como una especialidad.

La creación del CENCREM también promovió la introducción de contenidos propios de conservación y restauración del patrimonio edificado en la Facultad de Arquitectura, fundamentalmente vinculados a disciplinas consideradas “afines” para acometer trabajos de remodelación, restauración, conservación, o estudio de la arquitectura y ciudades, a través de las disciplinas de “Proyecto”, “Historia”, “Urbanismo” (Los centros, 1984, p.17), un aspecto también colocado desde el ICCROM. Recordemos que Philippot señalaba la importancia para este campo especializado del conocimiento de la historia de la arquitectura incluidos en los programas de las escuelas de arquitectura (Philippot, 1976).

No obstante a eso, la tendencia “metodologizante” dentro de la Facultad de Arquitectura dificultó la vinculación de estos contenidos con la disciplina de “Proyecto” que, unido a la deficitaria formación teórica, dificultaba el desarrollo de una capacidad de análisis de las problemáticas de forma dialéctica y por tanto de resolución de conflictos (Cárdenas, 1996). Este último, como se ha visto, ha de ser un aspecto esencial en las habilidades del arquitecto para intervenir el patrimonio construido. Otros aspectos, como la necesidad de entender el sentido y propósito de la restauración (a nivel de pregrado), tener claridad en los conceptos empleados,

contemplar diferentes escalas de intervención, conocer el manejo de materiales y técnicas, o tener una visión integral de las intervenciones en el contexto construido, también fueron algunas de las preocupaciones colocadas por profesores de la Facultad de Arquitectura a lo largo de la década del ochenta y los noventa. Hay que señalar que estas problemáticas no eran (ni siquiera en la actualidad son) exclusivas de Cuba. Autores como Kulh (2006) y Farah (2012) reconocen la falta de claridad conceptual, la falta de nitidez sobre el papel de los bienes culturales y la falta de criterios bien definidos como algunos de los problemas más usuales dentro del campo en países como Brasil.

Es posible interpretar que las circunstancias, el devenir de algunos acontecimientos como la instauración del Período Especial, en la década de 1990, contribuyeron a orientar definitivamente los programas de formación hacia la rehabilitación integral del patrimonio urbano. Cuestiones como las nuevas inserciones, el conocimiento y valorización de la ciudad (anclada en una visión económica) favorecieron los debates sobre conservación, restauración, rehabilitación y gestión integral de las ciudades, para lo cual se veía como cada vez más necesario mejorar la formación teórica de los arquitectos para las soluciones proyectuales.

Un aspecto muy positivo y que consideramos verdaderamente característico en la actuación de los arquitectos cubanos en el campo de la conservación y la restauración del patrimonio edificado es la sensibilidad y el compromiso ético con la profesión y la sociedad, esenciales para actuar en este campo. La vocación social promovida en la arquitectura y la formación de los arquitectos en los sesenta y setenta tuvo diversas consecuencias. Como se vio, por muchos años esta visión de la arquitectura restringió la actividad creativa y proyectual de los arquitectos en pro de las necesidades constructivas pero, por otro lado, estimuló la orientación del campo patrimonial hacia rehabilitación arquitectónica y urbana con una marcada visión social y cultural del ambiente y el patrimonio construido (una noción abordada de forma muy tímida aún en la región). Todo ello avivado por las investigaciones realizadas, los proyectos llevados a cabo en centros históricos, urbanos y la influencia internacional de documentos como la Carta de Venecia.

Ello, unido a una comprensión más amplia de lo que debía considerarse como monumento, favoreció en La Habana el reconocimiento bastante temprano de los valores de la trama urbana y de los componentes tipológicos y morfológicos de algunas áreas fuera del centro histórico. Fue entonces cuando cobró mayor importancia la preocupación con la relación entre lo nuevo y lo viejo. Tal preocupación, unido al paso de los años, la falta de mantenimiento y el aumento del deterioro del fondo construido de la ciudad, se fue haciendo apremiante por lo que hacia finales de los ochenta la búsqueda de soluciones se orientaba para “definir cómo producir las nuevas inserciones, no en discutir las” (Rojas, 1988, p. 21).

La forma de intervenir en el patrimonio edificado, los valores a tener en cuenta y los recursos con los que se contaba para ello, eran preocupaciones ampliamente debatidas dentro de la Facultad de Arquitectura, con mayor fuerza a partir de la década del ochenta. Sin embargo, a partir de los noventa es posible identificar el aumento de las reflexiones sobre las habilidades de los arquitectos para intervenir en la ciudad, motivado por una fuerte visión económica del patrimonio dada la crisis del período especial; por la necesidad de preservar los valores de la ciudad en su conjunto dado el gran fondo construido, y hasta cierto punto ampliamente preservado, y por la necesidad de plantearse planes de rescate integrales debido a la necesidad de preservar no solo el patrimonio construido sino también su identidad cultural y vocación social, desde los barrios populares, los centros históricos, hasta los grandes monumentos.

En este sentido, se evidencia la dificultad para compatibilizar la formación de los arquitectos con las necesidades de la ciudad, del país, de la sociedad. Esta misma dificultad se expresó en la formación de los arquitectos para actuar en el campo de la conservación y restauración pues ello no solo debía responder a las necesidades del país, pues a fin de cuentas ese también era una funciones del arquitecto en la sociedad socialista, sino que también debía contemplar las especificidades y demandas científicas de este complejo campo de conocimiento, en el contexto cubano. Especialmente figuras como Luis Lápidus eran conscientes de ello.

Las ideas de Luis Lápidus y Eliana Cárdenas¹⁸² fueron fundamentales en la búsqueda de un modelo profesional de arquitecto “consciente de su responsabilidad social, con capacidad para buscar soluciones adecuadas a las problemáticas nacionales, desarrollar iniciativas para idear mejores soluciones y capaz de crear una política preventiva eficaz” a la hora de intervenir el patrimonio edificado. La defensa de la enseñanza de la Teoría y la Historia de la arquitectura realizada por Eliana Cárdenas en la formación generalista del arquitecto se complementaba con las ideas sobre la postura que debían adoptar los arquitectos para intervenir en el patrimonio edificado, defendida por Luis Lápidus.

Desde 1990 este autor abogaba por un arquitecto que tuviese mayor diálogo con urbanistas, que procurase soluciones alternativas ante las restricciones materiales observando el turismo como un aliado táctico y que incorporase diversas fuerzas a las labores de restauración y conservación, fundamentalmente a la población, pues el restaurador estaba llamado a actuar “no solo en el orden técnico y cultural sino también en el social y organizativo” para hallar un lenguaje común con estos sectores.

En cuanto a las formas de abordar las intervenciones en el patrimonio edificado, Lápidus llamaba a evaluar las alternativas razonables entre “el remplazo de lo supuestamente desechable” en las zonas de valor histórico-cultural de la ciudad y la “conservación historicista”; alternativas que en ocasiones se soslayaban en medio de las arduas polémicas. La vigencia de la visión de Lápidus se hace evidente ante los planteamientos más recientes de investigadoras como Natália Viera-de-Araujo (2022) que defiende una “noción de escala” para intervenir sobre el patrimonio construido. Para esta autora, a la hora de intervenir un bien:

[...] sea cual sea la postura adoptada, existe una necesidad de reflexión y conocimiento sobre todas las opciones disponibles para el desarrollo de una propuesta fundamentada, coherente y consciente de sus consecuencias para la lectura de la ciudad y la transmisión al futuro de valores reconocidos, en su dimensión material e inmaterial (Viera-de-Araujo, 2022, p. 197).

¹⁸² Destacan también figuras en otras provincias como Lourdes Gómez Consuegra, de la Universidad de Camagüey.

Para la formación del arquitecto, a la altura de los noventa, eran defendidos como fundamentales no solo los aspectos metodológicos sino también la formación conceptual y ética, creativa e imaginativa para el ejercicio de una “antigua profesión cuyas lecciones vienen siendo escritas a lo largo de muchos siglos” (Lápidus, 2005, p.180). Por estos años, llegó a alcanzarse una comprensión sobre la complejidad y autonomía del campo de la restauración y conservación, especialmente en el contexto cubano. Formar “aptitudes y actitudes para el patrimonio” fue una premisa fundamental para la formación de los arquitectos en este campo disciplinar. “Aptitudes” logradas a partir del conocimiento teórico, la claridad de conceptos, bases culturales amplias, dominio proyectual, dominio de instrumentos metodológicos, técnico-operacionales y la experiencia práctica; “actitudes” emanadas del desarrollo de una conciencia histórica, cultural, y agregamos, social, revertidas en acciones concretas. Ello condicionó la existencia de un debate especializado marcado mayormente por necesidades específicas del contexto cubano y con una gran dificultad a la hora de implementar criterios de restauración e intervención en la práctica. La formación de los arquitectos para actuar en este campo, de manera insoslayable, también estuvo sujeta a tales condicionantes.

REFERENCIAS

ACLARACIONES. *Hoy*, La Habana, 1963 In: POGOLOTTI, Graziella. **Polémicas culturales de los 60**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007, pp.164-168

ACUERDO No. 1494. **Plan de acción para la conservación y restauración del centro histórico de La Habana Vieja y su sistema de fortificaciones**. La Habana: Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. Cuba, 1983. Disponible en: <http://www.planmaestro.ohc.cu/recursos/papel/documentos/plandeaccion.pdf> Acceso en: 22 febrero de 2023

ALFONSO, Alfonso; MATAMOROS, Mabel. La Escuela de Arquitectura de La Habana en los años '60. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XL, n. 3, p. 45-60, 2019.

_____. Impacto cultural de los arquitectos europeos en la Cuba de los años 60. In: SUÁREZ, N. (editora). **Coloquios Presencia europea en Cuba, Memorias. 2017-2018**. La Habana: Ediciones Boloña, 2018, p.210-216.

ANDRADE JUNIOR, Nivaldo. Tutte le strade portano a Roma: A autonomização do campo da restauração arquitetônica na América Latina e a contribuição da Scuola di Roma (2020). In: AMOROSO, Maria Rita; GUIMARAENS, Cêça; DIAS, Diego; Costa, Aníbal; TAVARES, Alice (organizadores). **Patrimônio Arquitetônico Brasil - Portugal**. Rio de Janeiro: Proarq; Aveiro: Universidade de Aveiro, 2020.

ARANGO, Arturo. Con tantos palos que te dio la vida: Poesía, censura y persistencia. 2007. Disponible en <https://studylib.es/doc/7788262/con-tantos-palos-que-te-dio-la-vida--poes%C3%ADa--censura-y> Acceso: 12-03- 2025

ARQUITECTURA y urbanismo en breves. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XVI, n. 1-3, .7, 1995.

ARRUGAETA, José M.; ARTEAGA, Patricia; BARONI, Patricia; FORNET, Pablo, GARCÍA PLEYÁN, Carlos; RODRÍGUEZ, Patricia. **Historia de una plaza en movimiento: del Parque Habana a la Plaza Vieja**. Estudio. 2009. Disponible en <http://www.planmaestro.ohc.cu/recursos/papel/investigaciones/historia-varios.pdf>
Acceso: 21-11- 2023.

AURRECOECHEA HERNÁNDEZ, Juan Manuel. La Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete”: una historia de medio siglo. *In*: DE LA TORRE VILLALPANDO, Guadalupe. (Coord.) Medio siglo de historia. La escuela nacional de conservación, restauración y museografía “Manuel del Castillo Negrete”. Publicaciones ENCRYM- INAH. 2021

AZEVEDO, Paulo Ormindo de. Formación en Conservación de Monumentos y Gestión Integral del Patrimonio en América Latina y el Caribe. *In*: **Proyecto Gestión Integral del Patrimonio Cultural**. La Habana: Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe de la UNESCO y Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación la Ciencia y la Cultura, 2003, pp. 13-37.

BANCROFT, Rubén. La facultad de hoy y de cara al futuro. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXII, No. 2, p. 74, 2001.

BELL LARA, José; LÓPEZ GARCIA, Delia Luisa; CARAM LÉON, Tania. **Documentos de la Revolución Cubana - 1959**. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

BELL LARA, José; LÓPEZ GARCIA, Delia Luisa; CARAM LÉON, Tania. **Documentos de la Revolución Cubana - 1960**. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

BELL LARA, José; LÓPEZ GARCIA, Delia Luisa; CARAM LÉON, Tania. **Documentos de la Revolución Cubana - 1961**. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales, 2008.

BENÉVOLO, Leonardo. **Participación de los gobiernos locales y organismos ciudadanos en la tarea de preservación** (1976). *In*: Coloquio sobre la preservación de los Centros Históricos ante el crecimiento de las ciudades contemporáneas. Quito: PNUD-RLA, pp. 59-61, 1979.

BENVENUTO, Sergio. ¿Cultura pequeñoburguesa hay una sola?, 1964 *In*: POGOLOTTI, Graziella. **Polémicas culturales de los 60**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007, pp.126-141

BRANDI, Cesare. **Teoria da restauração**. Apresentação por Giovanni Carbonara e tradução por Beatriz Mugayar Kühl. Cotia, SP: Ateliê Editorial, 2004 (Coleção Artes e Ofícios, n.5)

BONELLI, Renato. **Architettura e restuaro**. Venezia: Neri Pozza Editore, 1959.

BOUCHENAKI, Mounir; JOKILEHTO, Jukka. Del “Centro de Roma” al ICCROM. Momentos clave en la trayectoria del Centro Internacional. **Boletín ICCROM**. Roma, n. 35, Octubre, p. 1-32, 2009.

CAIRO, Ana. Insurrección y revolución en la Universidad de La Habana (1952-1977) *In*: DE ARMAS, Ramón; TORRES-CUEVAS, Eduardo; CAIRO, Ana. **Historia de la Universidad de La Habana 1930-1978**. Vol. II. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1984.

CALCINES, Ángel. La Habana que siempre existió. Un recorrido por el centro histórico con el arquitecto Daniel Taboada. **Opus Habana**. La Habana, n.2, p.19-27, 2001.

CAPABLANCA, Enrique; DUNN, Carlos; MELERO, Nelson. **Anteproyecto de Plan Director de La Habana Vieja**. Tesis de graduación. Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría. Facultad de Construcciones. Especialidad de Arquitectura. La Habana, 1977.

CARBONARA, Giovanni; ANDRADE (trad.), N.; GRACO CAFEZEIRO (trad.), Y. A restauração não é conservação... **Revista Thésis**, Rio de Janeiro, v. 8, n. 16, 2023. DOI: 10.51924/revthesis.2023.v8.411. Disponível em: <https://thesis.anparq.org.br/revista-thesis/article/view/411>. Acceso: 12 jul. 2024.

CARBONARA, Giovanni. **Avvicinamento al restauro. Teoria, Storia, Monumenti**. Milano: Liguori Editore, 1997, pp. 393-439.

CÁRDENAS, Eliana. Al cierre. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XII, n. 3, p.92, 1991a.

_____. A propósito del Coloquio de Historia de la Arquitectura. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. III, n. 2, p. 74, 1982

_____. Avatares de la historia y la teoría. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXII, n. 1, p. 31, 2001.

_____. La conservación monumental: una actividad creciente. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. V, n. 2, p. 62, 1984.

CÁRDENAS, Eliana; Rigol I.; Coyula, M.; Bancrofft, R.; Rojas, Á.; Marín, V.; Baroni, S. Cuatro tesis para un Congreso. **Arquitectura y Urbanismo**. v. XX, n.2, pp.58–64, 1999.

CÁRDENAS, Eliana. Cultura y remodelación urbana. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. VI, n.1, pp. 41-44, 1985.

_____. La Enseñanza en Historia y Teoría de la Arquitectura. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, n.2, v. XIX, p.86, 1998a

CÁRDENAS, Eliana; SEGRE, Roberto. La enseñanza de la historia de la arquitectura y del urbanismo. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. V, n. 2, p. 92, 1984.

CÁRDENAS, Eliana. La identidad cultural en el ambiente construido cubano. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XIII, n. 3, p. 21, 1992.

CÁRDENAS, Eliana; GARCÍA, Juan. **Participación de los gobiernos locales y organismos ciudadanos en la tarea de preservación (1976)**. In: Coloquio sobre la preservación de los Centros Históricos ante el crecimiento de las ciudades contemporáneas. Quito: PNUD-RLA, pp. 62-63, 1979.

CÁRDENAS, Eliana. ¿Qué hacer con La Habana? **Arquitectura y Urbanismo**. v. XX, n.1, p. 40, pp. 19-26, 1999.

_____. Recuperación del patrimonio y formación del arquitecto. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XII, n. 3, p. 9-17, 1991b.

_____. Segundo Seminario Internacional. Legado y diversidad. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXXI, n. 1, p. 90, 2010.

_____. Un seminario para la enseñanza a un siglo del inicio. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXI, n. 4, p. 49, 2000.

_____. ¿Teoría, teoría dónde estás? **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, n.4, v. XIX, p.68, 1998b

CARDOSO, Mario Mariano Ruiz. **A concepção socialista de universidade na etapa inicial da revolução cubana**. Tese de Doutorado. Universidade Federal de Minas Gerais, Faculdade de Educação, Belo Horizonte, 2022.

CASTRO, Fidel. **Segunda Declaración de La Habana**. Colección Cuba en Revolución. Madrid: Unión de Juventudes Comunistas de España, 2019. Disponible en https://www.clacso.org.ar/cubaenrevolucion/detalle.php?id_libro=1746 Acceso: 27-12- 2022

CARTA de Naciones Unidas. Conferencia de las Naciones Unidas. Organización de Naciones Unidas. San Francisco. 1945 Disponible en https://www.oas.org/36ag/espanol/doc_referencia/carta_nu.pdf Acceso: 03-04-2023

LOS CENTROS de Educación Superior y la conservación del patrimonio arquitectónico. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. V, n. 2, p. 15, 1984.

CHANFÓN, Carlos. **Creación de un Centro de Conservación, Restauración y Museografía en La Habana**. Informe técnico. Francia: UNESCO, 1980.

_____. La restauración contemporánea. *In*: CHANFÓN, Carlos. **Fundamentos teóricos de la restauración**. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Arquitectura, Coordinación general de estudios de posgrado, 1988. p. 255-271.

CONCLUSIONES de un debate entre cineastas cubanos. La Gaceta de Cuba, año 2, n. 23, 1963. *In*: POGOLOTTI, Graziella. **Polémicas culturales de los 60**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007, pp.17-22

CONVENCIÓN acerca de la protección del Patrimonio Cultural y Natural. Lista del Patrimonio Mundial. La Habana Vieja y su Sistema de Fortificaciones. Información complementaria. 1982. Disponible en <http://www.planmaestro.ohc.cu/index.php/documentos/patrimonio-mundial> Acceso: 19-07-2021

CONSEJO Académico Iberoamericano. Patrimonio Edificado y la enseñanza de Arquitectura y Urbanismo. **Arquitectura y Urbanismo**. v. XIX, n.1, pp. 52-55, 1998

COYULA, Mario. Al reencuentro de la ciudad perdida. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XII, n.1, p. 50, 1991a.

_____. Demoler o no demoler. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XII, n.3, p. 17-20, 1991b.

_____. Los Luisíadas (2005). *In*: Hernández, Rita M.; Aquino, Maria T.; Fornés, María E. (Comp.) **Mario Coyula. Arquitectura y más**. La Habana: Ediciones Boloña, Publicaciones de la Oficina del Historiador, 2022.

_____. El trinquenio amargo y la ciudad distópica. Autopsia de una utopía. **Diseño y Sociedad**. Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco, 2007, pp. 26-35 Disponible en <https://disenoy sociedad.ojs.xoc.uam.mx/index.php/disenoy sociedad/article/view/264/263> Acceso: 21-11-2022

_____. Por una noción más amplia de monumento. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. V, n. 2, p. 8-14, 1984.

_____. Vivienda, renovación urbana y Poder Popular. Algunas consideraciones sobre La Habana (II). **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. VI, n. 3, p. 3-9, 1985.

CRÓNICA. Conferencias y cooperación. **Boletín anual ICCROM**. Roma, n. 11, Enero, p.29, 1985.

_____. Cursos. Curso de Posgrado en Conservación Arquitectónica, La Habana, Cuba. **Boletín anual ICCROM**. Roma, n. 14, Enero, p. 10-12, 1988.

_____. Cursos. **Boletín anual ICCROM**. Roma, n. 13, Enero, p.14, 1987.

_____. Formación fuera del ICCROM. Análisis y conservación de superficies arquitectónicas. La Habana, Cuba. **Boletín anual ICCROM**. Roma, n. 15, Enero, p. 16, 1989.

CRONOLOGÍA de un siglo de enseñanza de la arquitectura en Cuba. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXII, n. 1, p. 6, 2001.

CRUZ, Silvia El diseño curricular desde una perspectiva dinámica. **Arquitectura y Urbanismo**. v. XIX, n.2, p. 83, 1998.

CUADRA, Manuel (Editor). **La arquitectura de la revolución cubana 1959-2018. De primera mano. Entrevistas con sus protagonistas y cronistas**. Kassel: Kassel university press, 2018a.

CUADRA, Manuel. Espacio, tiempo y revolución. In CUADRA, Manuel (Editor). **La arquitectura de la revolución cubana 1959-2018**. Kassel: Kassel university press GmbH, 2018b.

CUJAE. Ciudad Universitaria. **Arquitectura Cuba**. La Habana, v. XXII, n. 339, p. 46-53, 1971.

DECLARACION del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (fragmentos). **Revista Casa de las Américas**. La Habana, año XI, n. 65-66, marzo-junio, 1971, pp. 4-19. Disponible en: <https://rialta.org/declaracion-del-primer-congreso-nacional-de-educacion-y-cultura/> Acceso: 27-12- 2022

DECLARACIÓN Final. IV Conferencia Internacional sobre conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XIII, n.2, p.89, 1992.

DECLARATION of Amsterdam (1975). Congress on the European Architectural Heritage, 21-25 October 1975. Disponible en <https://www.icomos.org/en/charters-and-other-doctrinal-texts/179-articles-en-francais/ressources/charters-and-standards/169-the-declaration-of-amsterdam> Acceso 13-07-2024

DECRETO 77. **Creación del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología subordinado al Ministerio de Cultura**. Consejo de Ministros. Ciudad de La Habana, 23 de octubre de 1980. Disponible en <http://www.icom.ohc.cu/wp-content/uploads/2010/09/decreto-77.pdf> Acceso: 01-03-2023

DECRETO 55. Reglamento para la Ejecución de la Ley de los Monumentos Nacionales y Locales. *In*: **Protección del patrimonio cultural. Compilación de textos legislativos**. Ciudad de La Habana, 29 de noviembre de 1979. Disponible en

<http://www.patrimoniociudad.cult.cu/wp-content/uploads/2021/07/Compilacion-de-leyes-del-patrimonio.pdf>. Acceso: 17-02- 2025

DECRETO ley 143. **Sobre la Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana. La Habana.** Ciudad de La Habana, 30 de octubre de 1993. Disponible en <http://www.planmaestro.ohc.cu/recursos/papel/documentos/decreto-ley-143.pdf>
Acceso: 01-03-2023

DELGADO PRUNA, Arturo. **El ensayo agoniza como género. Entrevista a Hamlet Fernández.** Disponible en <https://oncubanews.com/cultura/el-ensayo-agoniza-como-genero/> Acceso: 12-02-2024.

ENCUENTRO en Canarias. **Arquitectura y Urbanismo.** La Habana, v. XIII, n. 1, p.78 1992

ENCUENTROS por la preservación del patrimonio. **Arquitectura y Urbanismo.** La Habana, v. XIII, n.1, p.83, 1992

ESCOBAR, Emilio. La función cultural en los centros urbanos. **Arquitectura y Urbanismo.** La Habana, v. VI, n. 1, p. 74-81, 1985.

ESTÉVEZ, Reynaldo. El VII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos. **Arquitectura Cuba**, Enero-Mayo, 1964

ESTUDIOS sobre el patrimonio histórico cultural en contextos sociales. Miguel Gerardo Valdés Pérez (editor jefe). La Habana: Editorial Universitaria. 2012.

FARAH, Ana Paula. Restauro arquitetônico: o cerne é a formação. **Oculum Ensaio**, 10(2), 267–278, 2013.

_____. **Restauro arquitetônico: a formação do arquiteto-urbanista no Brasil para preservação do patrimônio edificado — o caso das escolas do Estado de São Paulo.** 2012. Tese (Doutorado em História e Fundamentos da

Arquitetura e do Urbanismo) — Faculdade de Arquitetura e Urbanismo, Universidade De São Paulo, São Paulo, 2012.

FORNÉS, José. Cien años de planes de estudio. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXXII, n. 1, p. 19-23, 2011.

FORNET, Ambrosio. Año 68: El intelectual en la Revolución. 1968. *In*: FORNET, Ambrosio. **Narrar la nación**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2009, pp. 347-352

_____. La década prodigiosa: un testimonio personal 2004. *In*: FORNET, Ambrosio. **Narrar la nación**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2009, pp. 353-363

_____. Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad. 1969. *In*: FORNET, Ambrosio. **Rutas Críticas**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2011, pp. 229-245.

_____. Encrucijadas de la cultura. 1996. *In*: FORNET, Ambrosio. **Rutas Críticas**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2011, pp. 267-273

_____. El Quinquenio Gris: Revisitando el término. 2007. *In*: FORNET, Ambrosio. **Narrar la nación**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2009, pp. 379-403

FUNDORA, Gilberto; MEDINA, Juan; ALFONSO, Alfonso. 80 años de la enseñanza de la arquitectura. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. II, n. 3, p. 5-109, 1982.

GARCIA ESPINOSA, Julio. Galgos y podencos, 1963 *In*: POGOLOTTI, Graziella. **Polémicas culturales de los 60**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007, pp.86-94

GÓMEZ, Francisco. El espacio público en la Habana Vieja. *In*: Gómez Díaz, Francisco *et al.* **Plaza Vieja de La Habana: Proceso de recuperación**. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Vivienda, p.13, 2011.

GÓMEZ, Lourdes; VILA, Iván. La conservación del Patrimonio Arquitectónico y Urbano en la Universidad de Camagüey. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XIX, n.4, p.74-76, 1998

_____. Formación del estudiante de arquitectura y conservación del patrimonio. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXII, n. 4, p. 73-80, 2001.

GONZÁLEZ, Dania. La industrialización de la vivienda en Cuba. Década del 70. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XLII, n. 1, p. 34-47, 2021.

GONZÁLEZ ROMERO, Raúl; LÓPEZ, Élmer; GONZÁLEZ, Dania. La enseñanza del diseño en La Habana a partir de 1959. Fragmentos tomados de: "Perfeccionamiento de la enseñanza del Diseño en la Facultad de Arquitectura del ISPJAE. Diagnóstico de la situación actual". (1996). *In*: **Arquitectura y Urbanismo**, v. XXII, No. 2, p. 4, 2001.

GONZÁLEZ SEDEÑO, Mario. La Habana es y no es. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XII, n. 3, p. 3, 1991

GUERRA, Sergio; MALDONADO, Alejo. **Breve Historia de la Revolución Cubana**. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

GUEVARA, Ernesto. El hombre nuevo. **Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana**. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978. Disponible en: http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/2964/20_CCLat_1978_Guevara.pdf?sequence=1 Acceso: 21-11- 2021

_____. Discurso clausura en el encuentro de Profesores y Estudiantes. **Arquitectura Cuba**. La Habana: n. 331, Enero-Marzo, 1964, p. 13-14.

GUTIÉRREZ ALEA, Tomás. Donde menos se piensa salta el cazador...de brujas, 1964. In: POGOLOTTI, Graziella. **Polémicas culturales de los 60**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007, pp.111-125

HERNÁNDEZ ALFONSO, Maite. **La formación de una concepción de restauración en La Habana, Cuba, entre 1920 y 1950: los trabajos de Evelio Govantes y Félix Cabarrocas**. México: Departamento de publicaciones del Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2022. Disponible en <https://www.puec.unam.mx/index.php/component/content/article/2224-la-formacion-de-una-concepcion-de-restauracion-en-la-habana-cuba-entre-1920-y-1950-los-trabajos-de-evelio-govantes-y-felix-cabarrocas.html?catid=159&Itemid=101>

HERNÁNDEZ ALFONSO, Maite; VIEIRA-DE-ARAUJO, Natalia Miranda; IGLESIAS, Sergio Raymant Arencibia. Preludio de una sinfonía para la restauración arquitectónica en cuba: el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM) 1982-1991. In: **Anais do ArquiMemória 6: Encontro Internacional sobre Preservação do Patrimônio Edificado**. Anais. Salvador (BA): SENAI CIMATEC, 2024. Disponível em: <https://www.even3.com.br/anais/arquimemoria6/938537-preludio-de-una-sinfonia-para-la-restauracion-arquitectonica-en-cuba--el-centro-nacional-de-conservacion-restaur>. Acesso em: 06/02/2025

HERNÁNDEZ SAMPIERI, Roberto; FERNÁNDEZ COLLADO, Carlos; BAPTISTA LUCIO, María del Pilar. **Metodología de la Investigación**. México: McGraw-Hill / Interamericana editores, S.A, 2014.

HILL, JOYCE; VERBEECK-BOUTIN, MURIEL. **The impact of Paul Philippot on the theory and history of conservation/restoration**. In ICOM-CC 18th Triennial Conference Preprints, Copenhagen, 4–8 September 2017, ed. J. Bridgland, art. 1908. Paris: International Council of Museums, 2017.

ICOMOS. **The Monument for the Man. Records of the II International Congress of Restoration** (Venice, 25-31 May 1964). Veneza: Marsilio, 1971. Disponible en: <https://www.icomos.org/en/about-icomos/mission-and-vision/history/157articles-en-francais/ressources/publications/411-the-monument-forthe-man-records-of-the-ii-international-congress-of-restoration> Acceso: 12 jul. 2024

JOKILEHTO, Jukka. **ICCROM and the Conservation of Cultural Heritage a history of the organization's first 50 years, 1959-2009**. Rome: ICCROM Conservation Studies 11. 2011

KÜHL, Beatriz Mugayar. Ética na preservação no século XXI. In: HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Ascensión (Coord.). **Conservando el pasado proyectando el futuro**. Tendencias en la restauración monumental en el siglo XXI. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2016. Disponible en <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/35/83/ebook.pdf> Acceso: 13-03- 2025.

_____. História e Ética na Conservação e na Restauração de Monumentos Históricos. **CPC**, São Paulo, v. 1, n. 1, p. 16-40, nov. 2005/ abr. 2006.

_____. Notas sobre a Carta de Veneza. **Anais do Museu Paulista: História e Cultura Material**, São Paulo, v. 18, n. 2, p. 287–320, 2010.

_____. **Preservação do patrimônio arquitetônico da industrialização**: problemas teóricos de restauro. Cotia, SP: Ateliê Editorial, 2009.

_____. Questões contemporâneas de restauro: a viabilidade da restauração. In: SALCEDO, Rosío Fernández Baca; BENINCASA, Vladimir. (Org.). **Questões contemporâneas**: patrimônio arquitetônico e urbano. Bauru, SP: Canal 6, 2017. p. 89-108

_____. A restauração como campo disciplinar autônomo. **Museu Histórico Nacional**, v.40, p.351-373, 2008.

LAPA, Tomas; ZANCHETI, Silvio Mendez. La Conservación Integrada urbana y territorial. *In: JOKILETHO, Jukka et al. Gestión del Patrimonio Cultural Integrado*. Centro de Conservação Integrada Urbana e Territorial. Programa de Pós-graduação em Desenvolvimento Urbano. Recife: Ed. Universitária UFPE, 2002.

LÁPIDUS, Luis. La ciudad como patrimonio (s/a) *In: LÁPIDUS, Luis. La encrucijada del tiempo*. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005.

_____. Conservación del patrimonio en Cuba (1990) *In: LÁPIDUS, Luis. La encrucijada del tiempo*. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005

_____. Crear aptitudes y actitudes ante el patrimonio. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XIII, n. 1, pp.57-65, 1992.

_____. III curso de posgrado sobre restauración arquitectónica. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. VI, n. 3, p. 108-109, 1985.

_____. Declaración de Mérida. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. IX, n. 3, pp. 82-84, 1988a.

_____. Identidad y arquitectura en Cuba (1989) *In: LÁPIDUS, Luis. La encrucijada del tiempo*. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005.

_____. Intervención en la Segunda Jornada Científica Internacional de Planificación Regional y Urbana (1988b) *In: LÁPIDUS, Luis. La encrucijada del tiempo*. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005

_____. Patrimonio cultural y turismo. (1986) *In: LÁPIDUS, Luis. La encrucijada del tiempo*. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005.

_____. Persistencia de los centros históricos menores en Cuba (1988c)
In: LÁPIDUS, Luis. **La encrucijada del tiempo**. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005

LEY de Monumentos Nacionales y Locales (1977) b. Disponible en
<https://www.parlamentocubano.gob.cu/index.php/documento/2857/> Acceso: 16-07-2021

LEY de la Organización de la Administración Central del Estado. Ley N° 1323 de Noviembre de 1976. Ministerio de Justicia. Editorial ORBE. Ciudad de la Habana 1979. Disponible en <https://ufdc.ufl.edu/AA00021902/00001/2x> Acceso: 16-07-2021

LEY de Protección del Patrimonio Cultura (1977) a. Disponible en
<https://www.parlamentocubano.gob.cu/index.php/documento/ley-1-proteccion-al-patrimonio-cultural/> Acceso: 16-07-2021

L. L. Ciudad Universitaria J. A. Echeverría. **Arquitectura Cuba**. La Habana, v. XXII, n. 336, p. 15, 1971.

LÓPEZ, Fernando. Labor de restauración realizada por la Comisión Nacional de Monumentos durante el año 1963. **Arquitectura Cuba**. La Habana, Año. XXX, n. 332, p. 7-17, 1964a.

_____. Segundo Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos. **Arquitectura Cuba**. La Habana, Año. XXX, n. 332, p. 18-20, 1964b.

MAGAR, Valerie. Influencias y lecciones. Toma de decisiones en conservación (2023) *In*: PEÑUELAS GUERRERO, Gabriela; SCHNEIDER GLANTZ, Renata (Coord.) **Decisiones en conservación y restauración. Reflexiones desde la formación y la práctica profesional**. México: Secretaría de Cultura, INAH, 2023, pp. 25–44.

_____. Paul Coremans, un ejemplo de colaboración internacional. **CR. Conservación Y Restauración**. Ciudad de México, n. 17, enero- abril, p. 41 – 50, 2019. Acceso en: <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cr/article/view/15075>

_____. Revisión histórica de la Carta de Venecia y su impacto en su 50 aniversario (2014) *In*: LÓPEZ MORALES, Francisco Javier; VIDARGAS, Francisco (ed). **Los nuevos paradigmas de la conservación del patrimonio cultural 50 años de la Carta de Venecia**. DF: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2014, pp. 121–175.

MARIN, Víctor. Una corta historia de varias mutaciones en la Plaza Vieja de La Habana. *In*: Gómez Díaz, Francisco, *et al.* **Plaza Vieja de La Habana: Proceso de recuperación**. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Vivienda, p.44, 2011.

MARTÍN ZEQUEIRA, María Elena. El pasado no lo voy a negar. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXIV, n. 1, p. 98-110, 2013.

MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando. Educación, Cultura y Revolución socialista. (1971) *In*: MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando. **Pensar en Tiempo de Revolución Antología Esencial**. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2018, pp.59-72

_____. Pensamiento social y política de la revolución (2007) *In*: MARTÍNEZ HEREDIA, F. **Pensar en Tiempo de Revolución Antología Esencial**. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2018, pp.73-96

M'BOW, Amadou-Mahtar. **Llamamiento del director general de la UNESCO: Campaña internacional de salvaguardia de la Plaza Vieja de la Ciudad de la Habana**. 1983. Disponible en <http://www.planmaestro.ohc.cu/recursos/papel/documentos/camp-int-pv-unesco.pdf>
Acceso: 13-12- 2024

MELERO, Nelson. Los proyectos arquitectónicos de los años 80. *In*: Gómez Díaz, Francisco, *et al.* **Plaza Vieja de La Habana: Proceso de recuperación**. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Vivienda, p.37, 2011.

MENCHERO, Miriam. Financiación y cooperación internacional en el patrimonio cultural inmueble de los centros históricos coloniales latinoamericanos. **EURE**. Santiago de Chile, vol 49, n. 146, enero, 2023, pp. 1-22.

MERINO, Luz; FERNÁNDEZ, Pilar. Las teorías arquitectónicas de Joaquín Weiss en la década del 30 y su repercusión en la docencia universitaria. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XII, n. 1, p. 22, 1991

MENÉNDEZ, Madeline. La función habitacional en el centro histórico Habana Vieja. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. IX, n. 1, p. 66, 1988.

MUÑOZ HERNÁNDEZ, Ruslán, ZARDOYA LOUREDA, María Victoria. La producción habitacional estatal en La Habana entre 1959 y 1964 a través de sus entidades ejecutoras. **Registros**. Revista De Investigación Histórica. Mar del Plata: v. 18, enero-junio, p. 43–62, 2022. Disponible en: <https://revistasfaud.mdp.edu.ar/registros/article/view/558> Acceso 18-02- 2025

MUTAL, Sylvio (*Sup. general*): **Centros de conservación y restauración de bienes muebles en América latina y el Caribe: Análisis y Perspectivas, Cursos de Formación**. Informe final del Seminario-taller de evaluación de cursos de formación en conservación de bienes culturales muebles en América Latina y el Caribe. Bogotá, Colombia. Noviembre 1985. Lima: PROYECTO Regional de Patrimonio Cultural y Desarrollo PNUD/UNESCO, 1987.

NASCIMENTO, Flávia Brito do. Formar e questionar? Os cursos de especialização em patrimônio cultural na década de 1970. **Anais do Museu Paulista: História e Cultura Material**. São Paulo, v. 24, n. 1, p. 205–236, 2016. Disponible en: <https://www.revistas.usp.br/anaismp/article/view/119846> Acceso 13-07- 2024.

NAVARRO, Desiderio. **Introducción al Ciclo “La política cultural del período revolucionario”: Memoria y reflexión.** 2007. Disponible en <http://www.lajiribilla.cu/introduccion-al-ciclo-la-politica-cultural-del-periodo-revolucionario-memoria-y-reflexion-2/> Acceso 21-11-2022

NERY, Juliana Cardoso; BAETA, Rodrigo Espinha. **Entre o restauro e a recriação: reflexões sobre intervenções em preexistências arquitetônicas e urbanas.** Salvador: EdUFBA: PPG-AU, UFBA, 2022.

NEWSLETTER. Iccrom participation in other courses. Cuba. **Annual Bulletin ICCROM.** Roma, n. 17, January, p.22, 1991.

NEWSLETTER. Training outside ICCROM. Post-Graduate Course on Principles of Architectural Conservation. **Annual Bulletin ICCROM.** Roma, n. 12, January, p.15 1986.

NOTICIAS. Curso Internacional en Camagüey. **Arquitectura y Urbanismo.** La Habana, v. XIV, n. 3, p. 4, 1993.

OCHOA ALOMÁ, Alina. Pasión y prejuicio en la construcción del patrimonio de La Habana. In: RODRÍGUEZ, Patricia (compiladora). **Cuba: las centralidades urbanas son los lugares de la memoria.** Quito: Editorial OLACCHI, 2012.

OLIVA, Raúl. Creación de la Comisión Nacional de Monumentos. **Arquitectura Cuba.** La Habana, Año. XXX, n. 332, p. 3-5, 1964.

OREL'SKY, V. V. Restauración y conservación de los monumentos arquitectónicos en la URSS. **Arquitectura Cuba.** La Habana, v.1, n.346, a. XXX, p. 72-79, 1977

ORTEGA RUIZ, Antonio. **Formación, investigación e intervención sobre el Patrimonio en Cuba.** Su impulso en la provincia de Ciego de Ávila. In LÓPEZ GUZMÁN, Rafael (coord). **Patrimonio histórico: difusión e imbricación americana.** Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2013. Disponible en

https://dspace.unia.es/bitstream/handle/10334/2737/0554_Ortega.pdf?sequence=1

Acceso en 20 agosto de 2020

OWEN, Erick. Vieja Nueva Nueva Vieja. Plaza Vieja, La Habana, Cuba. (1995) *In*: NOEVER, Peter (ed.) **El Proyecto Habana. Arquitectura otra vez**. Viena: MAK, 1999.

PANDOLFI, Aline. **Transição ao socialismo: a participação dos trabalhadores nas empresas estatais cubanas**. Marília: Editoria Lutas anticapital, 2019.

PANE, Roberto. **Attualità e Dialetica del Restauro**. [antologia a cura di Mauro Civita] Chieti: Mariano Solfanelli, 1987.

PARADISO, Michele. **Las Escuelas de Arte de La Habana. Pasado, presente y futuro**. Firenze: DIDAPRESS, Università degli Studi di Firenze, 2016.

PATRIMONIO edificado y la enseñanza de la arquitectura y el urbanismo. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XIX n.1, p.52, 1998

PÉREZ BALLESTEROS, Adrián: Centros Regionales UNESCO (1963-1967): Historia general de un proyecto de colaboración internacional en el ámbito de la conservación cultural. **CR. Conservación Y Restauración**. Ciudad de México, n. 17, enero- abril, p. 239 – 247, 2019

PEREZ FRANCO, Diosdado. **Los estudios de Ingeniería y Arquitectura en La Habana**. La Habana: Ediciones ISPJAE. Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, 1996.

PEÑUELAS, Gabriela. Vestigios de Coremans y Philippot en Churubusco. **CR. Conservación Y Restauración**. Ciudad de México, n. 21, mayo – agosto, p. 9-32, 2020. Acceso en: <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cr/article/view/16917>

PHILIPPOT, Paul. A typology of curricula for training of specialists in conservation. **Bulletin ICCROM**. Roma, n. 2, July, p. 1-32, 1974.

_____. **Basic considerations on typology of training.** Meeting of expert in the field of training of museum specialist and specialist in the preservation of the cultural heritage. Roma, 26-30 April 1976. Paris: UNESCO, 1976. Disponible en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000020747?posInSet=3&queryId=N-EXPLORE-246326f0-0853-4dfe-8c13-83b371d934cf>. Acceso: 02-04-2023

PIZARRO JUANAS, María José. **En el límite de la arquitectura-paisaje. Las Escuelas Nacionales de Arte de La Habana.** Tesis de Doctorado. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid, 2012

PLÁ, Elda; GÓMEZ, Lourdes; PRIETO, Oscar. La enseñanza de la conservación patrimonial en la Universidad de Camagüey. *In*: GOMEZ, Lourdes; NIGLIOA, Olimpia. **Conservación de centros históricos en Cuba.** Vol 2. Italia: Esempli di Architettura, 2015.

PNUD. **Desarrollo humano informe 1990.** Angela García (trad). Bogotá: Tercer Mundo Editores, S.A, 1990.

POGOLOTTI, Graziella. **Polémicas culturales de los 60.** La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2021

RAMÍREZ PASEIRO, Silvia Elena. **Modelo de formación profesional universitaria en el campo de la conservación de los bienes culturales muebles en Cuba.** Tesis de Doctorado. Universidad de las Artes Facultad de Artes de la Conservación del Patrimonio Cultural. La Habana: 2021.

RESOLUCIONES del Primer Encuentro Internacional de Profesores y Estudiantes de Arquitectura. **Arquitectura Cuba.** La Habana: n. 331, Enero-Marzo, 1964, pp. 11-12.

RIGOL, Isabel. La Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja. *In*: Gómez Díaz, Francisco, *et al.* **Plaza Vieja de La Habana: Proceso de recuperación.** Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Vivienda, p.34, 2011.

RIGOL, Isabel; ROJAS, Ángela. **Conservación patrimonial: teoría y crítica**. La Habana: Editorial UH, 2012.

RIGOL, Isabel. **Contribuciones a la valoración, manejo y formación sobre el Patrimonio Mundial en América Latina y el Caribe**. Tesis presentada en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Técnicas. Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría. Facultad de Arquitectura. La Habana, 2005a.

_____. Sobre autenticidad. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XIX, n. 1, p. 65-67, 1998

_____. Semblanza de Luis. *In*: LÁPIDUS, Luis. **La encrucijada del tiempo**. La Habana: Ediciones Plaza Vieja, Fundación Luis Lápidus, 2005b.

ROBAINA, Ayleen. Del proyecto a la obra: el arquitecto como restaurador. **Arquitectura Cuba**. La Habana: n. 382, 2022, pp. 32-39

ROBLEDO RICARDO, Ma. Guadalupe. **Centro de Restauración Churubusco**. Universidad Intercontinental. Escuela de Arquitectura con estudios incorporados a la UNAM. Tesis para obtener el título de Licenciado en Arquitectura. México: DF, 1989.

RODRÍGUEZ, Patricia y CHATELOIN, Felicia. La Plaza Vieja. Polémica de una rehabilitación. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. X, n. 1, pp. 30-39, 1989.

_____. **Plaza Vieja**. Folleto la restauración de la Plaza Vieja. Biblioteca del Plan Maestro de Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana. Mn-251/8. Ej.1. s/f.

ROJAS, Ángela. Deconstruyendo una actitud. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v.X, n. 4, pp. 54-55, 1999

_____. Interrelación de docencia e investigación en el conocimiento de la remodelación urbana. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. VII, n. 2, p. 48, 1986

_____. La remodelación de zonas de vivienda. Apuntes para un método. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v.V, n.2, p.18-21, 1984.

_____. Renovación, conservación: continuidad. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. IX, n.2, pp. 20-24, 1988.

_____. Sobre lo nuevo y lo viejo. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v.VI, n.1, p.45-51, 1985.

_____. Tiempos y coincidencias (pp. 61-82). In: CONSUEGRA, Lourdes Gómez; NIGLIO, Olimpia. **Conservación de Centros Históricos en Cuba**. Italia: Eda, 2015.

ROJAS LÓPEZ, Fernando Luis. **Provocaciones para una construcción simbólica. Forodebate: La representación intelectual de la Revolución: creación, pensamiento social y comunicación**. Asociación Hermanos Saiz, mayo de 2020. Disponible en <http://www.ahs.cu/?tag=quinquenio-gris> Acceso 12-02- 2024.

ROSETE SUÁREZ, José Ramón. **La Escuela Taller de La Habana y el rescate del patrimonio cultural**. Tesis de Doctorado en Historia y Artes. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada, Granada, 2018.

SÁNCHEZ, María. Noticiario. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v.XIII, n. 1, p.4 1992

_____. Noticiario. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v.XIII, n. 2, p.5 1993

SCHICCHI, Maria Cristina da Silva. Intervenções de reabilitação urbana e habitacional da Junta de Andalucía em cidades latino-americanas (1984-2009): uma

experiência compartilhada. **URBANA**. Dossiê: Cidade e Habitação na América Latina - CIEC/UNICAMP. São Paulo, v.6, nº 8, junio 2014. Disponible en <https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/urbana/article/view/8635292/pdf>.

Acceso 18 abril 2023.

SEGRE, Roberto. **Arquitetura e Urbanismo da revolução cubana**. São Paulo: Nobel, 1987.

_____. **Diez años de arquitectura revolucionaria**. La Habana: Ediciones UNION, 1970.

_____. Contenido de clase en la arquitectura cubana de los años 50 (1975). In: **Lectura crítica del entorno cubano**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1990.

SUÁREZ SALAZAR, L. (2022). La Segunda Declaración de La Habana: Antecedentes, texto y vigencias: The Second Declaration of Havana: Antecedents, Text and Validities. **Cuadernos De Nuestra América**, (04). Recuperado a partir de <https://cna.cipi.cu/cna/article/view/96>

SOTRATTI, Marcelo Antônio. Revitalização. In: REZENDE, Maria Beatriz; GRIECO, Bettina; TEIXEIRA, Luciano; THOMPSON, Analucia (Orgs.). **Dicionário IPHAN de Patrimônio Cultural**. Rio de Janeiro, Brasília: IPHAN/DAF/Copedoc, 2015.

TABOADA, Daniel. La Carta de Washington. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. IX, n. 2, pp. 70-73, 1988.

_____. **Evolución conceptual de la intervención constructiva en la arquitectura patrimonial**. Resumen de tesis para la obtención del grado científico de Doctor en Ciencias Técnicas. Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría. Facultad de Arquitectura. La Habana, 2006

_____. VII Simposio Internacional de Conservación del Patrimonio Monumental. Declaración de Puebla. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. VIII, n. 1, pp. 88-90, 1987.

_____. Tres intervenciones constructivas en Plaza Vieja. *In*: Gómez Díaz, Francisco, *et al.* **Plaza Vieja de La Habana: Proceso de recuperación**. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Vivienda, p.25, 2011.

TORSELLO, B. Paolo. (Org.). **Che cos'è il restauro? Nove studiosi a confronto**. Venezia: Marsilio Editori, 2005.

ULLOA RIVERA, Luis. **La cooperación internacional en la era de la globalización**. México: Instituto Politécnico Nacional, 2007.

UNESCO. **Conservation and restoration in museum and the training of restores and laboratory staff**. Seminar organized by UNESCO to promote studies on problems relating to the training of curators and technicians for museums of all types. Algiers, april 1968. París: UNESCO, 1968.

_____. **Completamiento de las capacidades del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología. Resultados y recomendaciones del proyecto**. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. La Habana: UNESCO, 1991

_____. **Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural 1972**. Disponible en: <https://whc.unesco.org/archive/convention-es.pdf>. Acceso: 18-04-2023

_____. **Creación del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología. Resultados y recomendaciones del Proyecto**. Informe Final. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. París: UNESCO, 1989a.

_____. **Declaración de los Principios de la Cooperación Cultural Internacional 1966.** Disponible en: <https://www.unesco.org/es/legal-affairs/declaration-principles-international-cultural-co-operation>. Acceso: 18-04-2023

_____. **Informe del director general sobre las actividades de la organización en 1977-1978**, presentado a los estados miembros y al consejo ejecutivo en cumplimiento del artículo VI. 3. b de la Constitución. París: UNESCO, 1979.

_____. **Meeting of specialists in conservation. Roma, 28-29 may, 1970. Annex of PHILIPPOT. Basic considerations on typology of training.** Meeting of expert in the field of training of museum specialist and specialist in the preservation of the cultural heritage. Roma, 26-30 April 1976. Paris: UNESCO, 1976. Disponible en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000020747?posInSet=3&queryId=N-EXPLORE-246326f0-0853-4dfe-8c13-83b371d934cf>. Acceso: 02-04-2023

_____. **Meeting of expert in the field of training of museum specialist and specialist in the preservation of the cultural property Roma, 26-30 April 1976. Final Report.** Paris: UNESCO, 1976. Disponible en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000020748> Acceso: 02-04-2023

_____. **Regional Project of Cultural Heritage Development. UNDP/UNESCO (RLA/83/002) External Evaluation Mission. Final Report.** Paris: UNESCO, 1989b.

_____. **Report of the rapporteur. Convention concerning the protection of the world cultural and natural heritage.** World Heritage Committee. Sixth Session. Paris, 13-17 December 1982. Paris: UNESCO, 1983. <https://whc.unesco.org/archive/repcom82.htm> Acceso: 6-2- 2023

VANCONCELLOS, Leila Mendes de; Mello, Maria Cristina Fernandes de. Re: atrás de, depois de... *In*: Vargas, Heliana Comin; Castillo, Ana Luisa Howard de. **Intervenções em Centros Urbanos. Objetivos, Estratégias e resultados.** São Paulo: Editora Manole, 2006, pp.53-65)

VEINTE años de cooperación de las Naciones Unidas con Cuba. 1975-1995. La Habana: Oficina del Coordinador Residente, 1997.

VERGÉS, Orlando. Cultura popular tradicional y modernidad en Cuba. **Revista Del Caribe**. Santiago de Cuba: n.32, 2000, pp. 22-24.

VIEIRA-DE-ARAÚJO, Natália M. **Materialidade e Imaterialidade no patrimônio construído: Brasil e Itália em diálogo**. Recife: Ed. UFPE, 2022

VITIER, Cintio. **Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana**. La Habana: Ediciones Bachiller. Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, 2021. Disponible en <http://media.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2021/10/Ese-sol-del-mundo-moral-Cintio-Vitier.pdf> Acceso: 21-11- 2021

ZARDOYA, Maria Victoria. La Habana. In CUADRA, Manuel (Editor). **La arquitectura de la revolución cubana 1959-2018**. Kassel: Kassel university press GmbH, 2018.

ZARDOYA, María Victoria; ROJAS, Ángela; MARTÍN, María Elena. El pasado no lo voy a negar. **Arquitectura y Urbanismo**. La Habana, v. XXXII, n. 3, p. 82-85, 2011.

ZARDOYA, María Victoria. Visión joven de una vieja arquitectura. **Arquitectura y Urbanismo**. v. XIX, n.2, p. 40, 1998.

Vídeo.

MESQUITA, Simone. **Cuba entre Sol e Luz**. YouTube, 3 de janeiro de 2023. 51min31s. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=cXQ6VvcIJD4>. Acceso: 18 de febrero de 2025.

APÉNDICES

Apéndice A – Entrevista a Remigio Nelson Melero Lazo (1945).

Concedida el 26 de agosto 2024 en La Habana, Cuba.

Maite Hernández Alfonso: MHA

Nelson Melero: NM.

MHA: ¿Cómo se vinculó con el campo de la conservación y la restauración arquitectónica?

NM: Yo estudié arquitectura y comenzamos el curso, el primer año, en 1971. Realmente me inclinaron mucho dos compañeros que tuve, que fueron después compañeros de estudio, de tesis y de trabajo que en esos momentos ya trabajaban dentro del campo del patrimonio porque eran trabajadores de la Dirección de Patrimonio Cultural, dirigida por la doctora Marta Arjona. Obviamente ellos ya estaban un poco ligados, sobre todo, al tema de los museos y algún que otro trabajo de adecuación del algún edificio de cierto valor a esa nueva función. A partir de esa relación, a lo largo de la carrera, hicimos trabajos de proyectos juntos, algunos que tenían relación con el tema del patrimonio y eso me fue inclinando de forma tal que, cuando terminé mi carrera en 1977, a principio del 77, ya la directora Marta Arjona que conocía mi trabajo y mi relación con Carlos Dunn y Enrique Capablanca solicitó que yo fuera, que me ubicaran, en su Dirección de Patrimonio Cultural. Yo, como era trabajador, no tenía que hacer servicio social. Yo podía directamente ocupar una plaza. Bueno por ahí comienzo a trabajar en el Departamento de Monumento que en aquel momento estaba ubicado en la planta alta del Castillo de la Real Fuerza.

MHA: Usted realizó su tesis de Carlos Dunn y Enrique Capablanca. A partir de las lecturas que pude hacer, vi que ustedes consultaron algunos autores latinoamericanos como José Villagrán García, Salvador Díaz – Berrio, etc. El tutor de la tesis fue el Arq. Daniel Taboada. ¿Cómo llegaron a conocer esos referentes, esos autores?

NM: Claro, a partir del vínculo con Daniel que es un poco como “el decano” de la restauración en Cuba. Pero también existían inquietudes por parte de Enrique

Capablanca que, además de arquitecto, había estudiado Licenciatura en Lenguas Hispánicas y había dado clases en escuelas de arte, en centros culturales vinculados a estas actividades y ya existía un conocimiento, una referencia de algunos autores muy destacados; sobre todo muy cercanos a nosotros como los mexicanos, que sabemos que tienen una amplia experiencia en trabajos de conservación del patrimonio, del patrimonio prehispánico, colonial o republicano. Por ahí vienen esas referencias de algunos de estos connotados especialistas latinoamericanos y quizás algunos europeos también.

MHA: Sobre su trabajo en la DPC ¿Puede hablar de las obras de restauración en las que trabajó por esos años?

NM: Si, hay varias obras importantes antes del curso de Roma. La Casa de la familia Uria, una casa del siglo XIX en la calle Reina, que se proponía para Casa de Cultura y después se dedicó a las Oficinas de Normalización y Control de la calidad, en fin que tuvo diferentes propuestas de uso, pero la Casa de Cultura nunca llegó a estar. Eso fue en 1978, prácticamente un año y pico después de graduado. Nosotros recibimos nuestro diploma el 10 de marzo de 1977. Aunque somos de la graduación del año 76, fuimos la primera graduación de la CUJAE y la última que se graduó en la Plaza Cadenas de la Universidad de La Habana. Después trabajé también en la Casa de Bachiller y Morales, también en la calle Reina, para tener una función pública. Y una obra para mí muy importante porque fue de las primeras, pero con una significación especial, fue la intervención en antigua cárcel de Jaruco. La cárcel de Jaruco estaba realmente en un estado de conservación bastante deteriorado y la Dirección de Cultura de la entonces provincia Habana solicitó la colaboración del Departamento de Monumentos de la DPC para el proyecto. La obra se me encargó y ese edificio fue recuperado para Museo y Biblioteca Municipal de Jaruco. Casualmente acabo de hacer uno de los trabajos de los Timbres Mosaicos de Jaruco, con fotografías y referencias de esa obra. La otra obra importante fue también el Museo de San José de las Lajas, un edificio modesto, de madera, sin grandes pretensiones desde el punto de vista arquitectónico pero que significó un rescate importante para esta ciudad en aquel momento un poco olvidada, un poco venida a menos. Otra obra que para mí fue muy importante, a la que le tomé especial afecto, fue la restauración de la antigua colonia española de Viñales.

Viñales que es más que el Valle. Viñales tiene un pequeño poblado vernáculo que le da un carácter especial. Es decir, es bastante difícil de concebir el Valle sin el pueblo y el pueblo sin el Valle. Un poblado muy pequeñito, con una calle principal y dos calles laterales, con un solo espacio importante: el parque con los tres edificios más importantes del poblado, la iglesia, obviamente, el hotel y el edificio de la antigua colonia española; un espacio social de la comunidad española del lugar. Este último tenía al lado un pequeño inmueble que era la farmacia para adquirir medicamentos. Este edificio, bastante importante por su emplazamiento, por su localización pero también por su volumen constructivo, se dedicó a Casa de Cultura. La pequeña farmacia que te comentaba se habilitó para galería de arte pero fue necesario construir y tuve la posibilidad de insertar una nueva construcción dentro de un ambiente preexistente, para cafetería. Fue una obra para mí interesante porque tuvo todos estos pequeños aspectos.

MHA. ¿Por esos años había otra empresa dedicada a hacer trabajos de restauración, o todas las obras eran encargadas a la DPC?

NM: Bueno, realmente había otra empresa, que era la Empresa de Monumentos de la Habana Vieja, de la Oficina del Historiador en aquel momento, que para nada tenía que ver con el gran equipo que conocemos ahora. Una pequeña empresa que no se dedicaba a proyectar sino que se dedicaba a ejecutar obras. Los proyectos nuestros ellos los ejecutaban en el Centro Histórico. Los nuestros y de otras entidades, pero básicamente los nuestros y los que después salían del Cencrem, y algún otro trabajo de la Oficina del Historiador, pero a una escala muy limitada. La Empresa de Monumentos estaba ubicada en la calle Muralla.

Esta era más una empresa ejecutora y había otra que le teníamos horror, terrible, que era la Empresa Provincial de Demoliciones. Era terrible, estaba ubicada hacia la esquina de Galiano y San Lázaro, por ahí estaba.

MHA. En alguno de los textos de Mario Coyula, él comenta que algo muy simbólico de aquella época era existiera una Brigada de Demoliciones.

NM: Pero ni siquiera con el concepto de demolición que teníamos en el centro histórico, porque en el centro histórico hubo que demoler obviamente algunas cosas que no pudieron esperar a que le llegara su turno para restaurarse, pero con la visión de recuperar todo los elementos componentes del edificio que después podían ser reutilizados. Estoy hablando de elementos de carpintería, bigas, puertas, rejas, pisos, recubrimientos. Todos esos elementos del edificio que se iba a demoler pero que era posible rescatar. Y había dos almacenes, uno en la Habana Vieja, detrás del Castillo de la Fuerza y otro en la calle Monte. Ahí se almacenaban, se guardaban todos los elementos rescatados, recuperados de las demoliciones que después, si hacía falta colocar una reja en un edificio donde faltaba, pues se colocaba un elemento original, antiguo, que le añadía valor al inmueble. Digamos que se reciclaban.

MHA: Antes de hablar del CENCREM, ¿podría comentarme cuales fueron los mayores desafíos para los jóvenes arquitectos que se enfrentaban a la restauración y conservación de edificaciones?

NM: Yo creo que el problema, básicamente, en ese momento... en mi caso ya yo había tenido una relación, un vínculo, a través de este trabajo académico, docente primero y después en el Departamento de Monumentos, propiciado por mí vínculo con Charles [Carlos Dunn] y con Enrique... pero yo creo que lo más complicado y lo más riesgosos era que desgraciadamente nuestra ciudad es una ciudad dónde básicamente casi todo es patrimonio, o una gran parte de su fondo construido y edificado es patrimonio. Cuando un arquitecto recién graduado salía a un empresa a proyectar, le podía tocar trabajar en un edificio con valores patrimoniales, pero no tenía una formación, una guía que de alguna manera le orientada cómo trabajar en esas obras. Hubo algunas cosas que se hicieron bien y otras que obviamente dañaron o deterioraron edificios de valor, pero muchas veces los arquitectos no lo hicieron de mala fé, sino porque no contaban con la información, la formación, la preparación para enfrentar a ese tipo de trabajo. Porque además no hay nada más peligroso que un arquitecto interviniendo un bien patrimonial porque puede, realmente, echar a perderlo totalmente. Tiene los medios para hacerlo.

MHA: De ahí la necesidad de crear un centro como el CENCREM.

NM: Exacto.

MHA: ¿Como usted llegó al CENCREM?

NM: Las primeras personas que formaron parte del CENCREM fuimos los que trabajábamos en el Departamento de Monumentos, o sea: Daniel Taboada, Enrique Capablanca, Jorge Toledo, yo... los cuatro o cinco arquitectos que trabajábamos, llegamos al CENCREM. A Isabel Rigol la designan como directora, no tenía un espacio físico dónde ubicar su oficina y dónde será colocada, pues en el Castillo de la Fuerza, con nosotros, en el Departamento de Monumentos. Es decir, los primeros trabajadores, no sé, 15 o 20 trabajadores que conformaron la plantilla del CENCREM fuimos nosotros.

MHA: Y contaron con la asesoría de Carlos Chanfón Olmos, enviado de la UNESCO para contribuir con la estructuración docente y metodológica del centro, con toda la referencia que él tenía del Centro Churrusco, además de Sylvio Mutal como asesor del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

NM: Sí la figura del profesor Chanfón fue muy importante para nosotros porque él venía con ese bagaje que traía del centro de restauración de Churrusco, que creo que además es uno de los pocos que, al igual que el centro nuestro, incluía el tema de la Museología porque por lo general los centros nacionales de restauración, casi ninguno incluyó el tema de la museología. Algo que me parece muy positivo, que estas dos especialidades vayan juntas desde un mismo organismo rector.

MHA: En uno de los informes elaborados por Carlos Chanfón Olmos, él comenta que en Cuba existía un alto nivel en materia de restauración. ¿Tuvieron oportunidad de intercambiar y recibir clases con el profesor Chanfón?

NM: Sí, como no. El profesor Chanfón cuando venía estaba unos días con nosotros y organizaba, conversatorios, discusiones, intercambios. Nos daba conferencias. Nos transmitió muchas experiencias. Nos reuníamos en el propio castillo (Castillo de la Real Fuerza) y en la salita del Museo Nacional de Bellas Artes.

MHA: Si bien a inicios de los ochenta, Carlos Chanfón Olmos reconoce que alto nivel de los profesionales cubanos, en 1988 otro experto enviado a evaluar los trabajos de restauración de la Plaza Vieja, el arquitecto español José Ramón Moreno, señaló que en este campo prevalecía una "actitud de pasividad en la comprensión de la preexistencia, hasta el punto de que (...) se tendía a reproducir miméticamente lo existente. (...) Falta coraje y sobra fatalismo". ¿Conocía esta opinión de J. Ramón Moreno? ¿Podría comentar estas declaraciones?

NM: Yo participé de las visitas que José Ramón hizo al CENCREM, a la Habana Vieja. Recuerdo también algunas propuestas que se trajeron por parte de la institución de Sevilla, de construir un edificio de viviendas en la Plaza Vieja. Apoyado por ellos.

Yo pienso que en la Plaza Vieja nosotros no fuimos conservadores a tal extremo que fuimos los primeros capaces de adaptar tres edificios a viviendas contemporáneas modernas, habilitadas con todo lo que requiere la vida: con patios de servicio, baños, cocinas, en fin. Creo que sí fuimos muy valientes al enfrentar eso. Pero bueno, el contenedor estaba y las adecuaciones, transformaciones y cambios las hicimos hacia el interior para que no afectara la visualidad. Por ejemplo San Ignacio 364, de las primeras viviendas, el patio donde se conservaba el sistema recolector de las aguas pluviales, todas las arcadas... los elementos que caracterizaban el ambiente se respetaron, pero cuando entra a un apartamento es como si entrar en un apartamento moderno. Sí fuimos cuidadosos, por ejemplo, en el Cine Habana había un faltante y no se reprodujo el pedazo atrás que se cayó, sino que se hizo un bloque nuevo, atrás, contemporáneo. Cuando usted pasa las tres primeras crujías que se conservaron, detrás hay un edificio, con 6 apartamentos totalmente modernos y contemporáneos. Yo creo que sí fuimos cuidadosos y respetuosos de no violentar, los valores preexistentes de las edificaciones.

Pero sí puedo decir que en la Habana Vieja si hubo influencia muy fuerte para reproducir. Todos los tejadillos que hay en La Habana Vieja en estos momentos son reconstruidos por la acción de restauración de la década de 1980 para acá. O sea que si hubo reconstrucción. De hecho por ejemplo, en la restauración del espacio

público de la Plaza Vieja, nosotros en nuestro proyecto general, que trabajamos en el CENCREM, no propusimos nunca rellenar el parqueo. El parqueo era un testimonio, evidencia de estratificación histórica, de los cambios, modificaciones que se hicieron en el espacio. Nosotros proponíamos conservarlo, parcial, totalmente, etc. pero no lo que hizo después, de rellenarlo. Ya nosotros no tuvimos nada que ver con eso porque pasó completamente a la Oficina del Historiador. Después, inclusive hay una propuesta en la que se incorpora a ese hueco como especie de un anfiteatro, con sus gradas, para utilizar eso con vistas a actividades culturales. Con áreas dónde se podía almacenar, guardar cosas que se utilizaran para actividades en la plaza. Esa fue nuestra primera propuesta.

Nosotros en la fachada de la calle San Ignacio 360, que está al lado del de Hermanas Cárdenas, ese edificio que tiene su fachada alterada en 1912, una fachada ecléctica pero detrás está todo el edificio del siglo XIX, nosotros nunca propusimos recuperar –aunque teníamos las evidencias, fotografías, detalles, etc.- podíamos haberlo hecho, sin problema ninguno, pero ya eso era evidencia de la estratificación histórica y lo dejamos así. Aunque hubo personas que nos dijeron “Porqué dejarlo así si se conserva todas las arcadas del siglo XIX...” Bueno porque esa es la evidencia histórica, la huella que nos dejó la historia. Yo realmente no creo que nosotros hayamos sido, en ese sentido, muy conservadores.

MHA. Y en el caso polémico del Santo Ángel, del edificio del Santo Ángel.

NM: Ah el edificio del Santo Ángel es el edificio donde Sevilla [**Junta de Andalucía**] proponía... se hicieron varios proyectos. El arquitecto Carlos Dunn estuvo creo en Sevilla en un intercambio técnico para construir edificios de vivienda en el Santo Ángel. A mí personalmente me tocó, ya después en el 2001, hacerme cargo del proyecto que había quedado paralizado, iniciado por el arquitecto Carlos Dunn. Yo entiendo, o sea, aunque digamos que yo promueva, divulgue, comente que la restitución o la reconstrucción es algo que no es aprobado ni bien visto dentro de los principios y fundamentos de la restauración, sabemos que hay casos muy particulares que todo el mundo entiende y justifica, y en el caso de la Plaza Vieja yo lo entiendo justificado. ¿Por qué? Porque lo que se dijo era que se restituyera un cierre; el cierre de la esquina de San Ignacio y Teniente Rey. Un cierre muy

particular y especial porque cuando uno se para en Teniente Rey desde la escalinata del Capitolio Nacional y mira hacia abajo, lo que cierra la visual de la calle es la fachada del edificio del Santo Ángel porque se adelanta el portal y lo cierra. Es algo que ocurrió y que pasó “ayer” y “hoy” ¿qué vamos a hacer? Bueno me parece que era algo **[el edificio]** que estaba muy fresco en la memoria colectiva de los habitantes, de los habaneros, etc. Era totalmente válido proponer una fachada nueva contemporánea pero como fue algo con tanta inmediatez no dio tiempo ni siquiera a que se vieran los efectos de ese desplome, de esa ruina. Yo estoy de acuerdo con la formulación de la Comisión Nacional de Monumentos que dijo que se reconstruyeran lo cierres de las dos fachadas (lateral y principal) y dentro se trabajara con total y completa libertad. Y ahí hay funciones variadas conviviendo de restaurante, bar, oficinas, viviendas... en fin una serie de usos múltiples. Entonces yo personalmente, aunque desde el punto de vista teórico se reconozcan otros principios como válidos, pienso que cada caso se debe evaluar y analizar diferente y creo que en este caso fue válido

MHA. Cada caso es un caso y las decisiones proyectuales también se fundamentan en otros aspectos, culturales, urbanos, en fin...

NM: Y yo le agregaría uno muy importante: y económico. Económico porque eso forma parte del fondo construido edificado de nuestras ciudades que tiene un valor económico importante. La rehabilitación de esos bienes es un hecho económico muy importante para la ciudad.

MHA: Hábleme de su estancia en Roma. Cuando usted se incorporó al CENCREM fue el primer enviado al ICCROM para formarse en el curso de Restauración arquitectónica. Hábleme de esa experiencia.

NM: Para mí fue algo que me sorprendió tremendamente y no te niego que hasta me dio mi poco de miedo, temor, tener esa tremenda responsabilidad de ser el primer cubano seleccionado para ir a pasar el curso de especialización en restauración arquitectónica en el ICCROM de Roma, algo que nosotros veíamos tan lejano, tan distante. Bueno realmente eso es algo que yo siempre lo comento: para mí esa fue la experiencia que cambió totalmente mi vida. Después de mi estancia en el curso

del ICCROM yo fui otra persona, en lo personal y en lo profesional. En lo profesional por la calificación y en lo personal porque realmente, salir de La Habana a Roma, bueno es una experiencia realmente extraordinaria. Pero lo interesante es que después que yo estuve en el ICCROM, después que compartí con alrededor de *veintipico* de personas, 22 o 23 personas, todos de un país diferente, y que al lado mío se sentaba un japonés de apellido Mazuda pues las mesas se ordenaban alfabéticamente... al tener esa posibilidad de saber, de conocer y de medir un poco, comparar lo que nosotros hacíamos con lo que estaba haciendo en otras partes de mundo, me di cuenta de que no estábamos realmente nada tan lejos de lo que hacía en la restauración a nivel mundial. O sea que, en ese sentido, estoy de acuerdo con esa aseveración que realmente me llena de orgullo que haya partido de alguien como el profesor Chanfón **[haciendo referencia a la opinión de Chanfón comentada anteriormente]**.

Tuvimos la posibilidad de intercambiar con especialistas, con arquitectos. Teníamos allí un arquitecto norteamericano que podía ser mi abuelo, con una experiencia increíble. Que se pudiera tener acceso a todos los conocimientos acumulados de los demás especialistas era como un doble curso, el que recibíamos en las aulas, porque además tuvimos los mejores profesores en las especialidades claro, con un enfoque eurocentrista (ellos eran y siguen considerándose el ombligo del mundo). Uno se daba cuenta de los enfoques porque casi todos eran de Noruega, España, Italia, polacos... no hubo nadie de Latinoamérica ni de África, ni de ningún otro continente.

MHA: Como profesores ¿verdad?

NM: Sí, profesores. Claro porque además nosotros tuvimos que hacer nuestras presentaciones de nuestro trabajo en nuestros países, lo que fue otra experiencia interesante que nos llenó de información. Pero te comento que fue algo extraordinario. Si algo puedo comentarte desde el punto de vista del enfoque es que realmente estafa muy volcado al contexto europeo.

MHA: ¿En qué sentido, profesor? Póngame un ejemplo

NM: Las condiciones socioeconómicas y las condiciones geográficas de nuestros continentes no tienen nada que ver. Nosotros no tenemos nevadas, ellos no tienen comején, o sea son realidades diferentes. Ellos tienen todo el dinero del mundo y todas las posibilidades técnicas y materiales y nosotros tenemos que inventar y, a veces, acudir a las soluciones tradicionales que se nos permiten porque tenemos los materiales y tenemos la experiencia de mano de obra calificada. No tenemos que ir a buscar la Inteligencia Artificial, en fin....

MHA: Si, en uno de los textos de Carlos Chanfón Olmos ese es uno de los aspectos que él señala cuando hace referencia a la necesidad de crear centros como el CENCREM y de otros cursos que ya existían en Latinoamérica. Usted fue al ICCROM pero Enrique Capablanca había sido enviado a la Universidad de Roma.

NM: Nosotros coincidimos en un momento. Estábamos en el mismo edificio pero el curso de la Universidad de Roma estaba en el piso de abajo y nosotros estábamos encima. Isabel Rigol, Enrique Capablanca y yo estuvimos, los tres juntos en Roma en el año 84. Y creo que estuvo Ramón Cotarello, de Matanzas, que andaba por Florencia, Fernando Rodríguez Romo que andaba creo que también por Florencia que era compañero nuestro del CENCREM.

Otros fueron a la Cátedra Gaudí, Barcelona; que estuvieron en Francia, en Dinamarca... no fue solamente en el ICCROM en Roma.

MHA: Si como una forma de “contextualizar” la formación de los arquitectos en Latinoamérica es que surgen centros como el CENCREM, que llegó a ser referencia en la región...

NM: Y en el mundo. Porque nosotros tuvimos estudiantes que vinieron a hacer cursos de especialización en el CENCREM desde Europa, Asia... de todas partes del mundo. O sea que se tornó un referente a nivel mundial.

Maite una de las cosas que para mí fue un reto y propuestas que me hice fue cómo tratar de aplicar en nuestra realidad, con nuestras condiciones, todos esos conocimientos, soluciones, análisis que nos dieron en el ICCROM. Para mí fue un

reto muy grande: adaptar todo eso a nuestra realidad socioeconómica, política, natural, etc.

MHA: ¿Cómo eran organizados los cursos en el CENCREM? porque tengo entendido que usted después pasó a impartir cursos ¿Es así? Analizando los documentos, de la idea original que se tuvo para organizar el CENCREM, metodológicamente parecido con el centro Churubusco, a lo que se implementó finalmente, me queda la duda si el CENCREM fue un centro de formación o un centro de capacitación. ¿Cómo eran organizados los cursos en el CENCREM?

NM: Yo terminé el curso del ICCROM en el año 1984. Lo terminé en junio, eran 6 meses, de enero a junio y ya a finales de junio estábamos dando clases y Enrique Capablanca y yo que fuimos los dos primeros que estuvimos allá, después fue Charles **[Carlos Dunn]** y así sucesivamente. Pero ya nosotros en el 84 y el 85 estábamos ofreciendo cursos porque ese era el objetivo. No se podían mandar a 10 ni a 15, ni a uno de cada provincia, entonces el que iba a capacitarse o a especializarse tenía a responsabilidad de transmitir toda esa experiencia y conocimiento. Yo creo que el CENCREM, además de la Maestría que en un momento hizo con la Facultad de Arquitectura, puede considerarse de formación.

MHA: Si la maestría fue en el año 1993.

NM: Exacto pero antes, todos los cursos de postgrado, pasantías, yo diría que eran cursos de capacitación porque ahí venían los profesionales con una formación básica que después obviamente iban a recibir una serie de conocimientos nuevos en materia de patrimonio. Además el CENCREM creó un tremendo departamento docente. Hubo un momento en que en el CENCREM se ofrecieron 43 cursos de postgrado en todas las especialidades no solo en conservación del patrimonio inmueble sino del patrimonio mueble: pintura mural, pintura de caballete, textiles, laboratorios... investigaciones. Fue un trabajo muy amplio que duele muchísimo pensar que ese sitio, que llegó a alcanzar un reconocimiento, como tu apuntabas, se haya perdido de ahora para luego sin saber por qué razón.

MHA: ¿Hubo en aquellos años un debate conceptual y teórico entre los especialistas cubanos dedicados a la conservación y restauración del patrimonio edificado? ¿Qué aspectos estaban al centro de este debate?

NM: No tanto en premisas o preceptos teóricos. Si pienso que uno de los aspectos más importantes en nuestra restauración y en el centro histórico era el enfoque social. Las construcciones de la Plaza Vieja, las primeras que se intervinieron fueron para resolver en edificios que no estaban ocupados: San Ignacio 364, Mercaderes 315 – 317, la casa de Franchi Alfaro y lo que quedaba del Cine Habana. En todos los demás cualquier acción implicaba sacar montones de familias para desocupar el edificio y poder recuperar. En aquel momento no había hogares de tránsito, entonces hubo que crear un fondo de viviendas en la Plaza Vieja que nos permitiera sacar de un edificio, pasar para otros y así ir acometiendo la restauración. Esos tres edificios nos permitieron hacer 42 apartamentos es decir que se podían desocupar otros edificios que estaban super hacinados. Entonces era una de las cosas que, sobre todo en América Latina no se trabajaban, las familias se desplazaban, en la Plaza Vieja todas las familias iban para una vivienda o para las comunidades de tránsito que después se crearon. Entonces realmente eso es importantes, el enfoque de invertir en vivienda para mantener la permanencia de la población local.

MHA: Cree usted que ello se debió a la función otorgada al arquitecto en la sociedad socialista y la vocación social de la arquitectura, o a la influencia internacional.

NM: Yo pienso que un poco de ambas. Realmente la formación de nuestra carrera tiene ese enfoque social desde el primer año, pero también después de la segunda guerra mundial donde se construyeron una gran cantidad de viviendas y hubo que buscar soluciones a ellos, esto también fortaleció ese enfoque. Pero siempre nosotros, desde los proyectos planteados por el CENCREM le dimos una prioridad tremenda a la población. En algunos momentos decíamos “no vamos a gastar dinero en rellenar el parqueo cuando hay tantos edificios cayéndose alrededor, cuando la gente no tiene agua, para qué hacer una fuente...”

MHA: ¿Qué opinión le merece el trabajo realizado por el CENCREM de conjunto con la OHCH?

NM: Mira, antes de creado el CENCREM existía el Departamento de Monumentos de la Dirección de Patrimonio Cultural que no era muy grande y en la OHCH existía una pequeña oficina, un departamento de arquitectura, pero siempre, siempre, desde ese momento y después, los técnicos, los profesionales tuvimos la mejor relación, nos hemos apoyado, nos hemos entendido con los proyectos, los hemos analizados de conjunto sin ningún tipo de contradicción. Entre los técnicos nunca hubo problemas. Así que yo diría ¿cuánto le debe la Habana Vieja al CENCREM y a la Oficina del Historiador? Porque los dos trabajamos con un objetivo común, quizás con enfoques no coincidentes, pero si hubiésemos trabajado de forma conjunta con criterios compartidos yo pienso que el CENCREM existiría y seguiría trabajando de conjunto con la OHCH.

MHA: ¿Qué cree usted sobre el papel de la cooperación internacional en este campo en La Habana y en Cuba?

NM: Realmente muchas de las cosas que se han podido hacer en Cuba fueron gracias a los proyectos de Cooperación Internacional y la ayuda internacional. Eso ha ocurrido por la confianza que se ha tenido en el país, en los profesionales, en cómo se invierten los recursos. En cómo la restauración se enfoca con ese sentido social fundamentalmente. Y bueno también las instituciones que nos han apoyado en la capacitación y formación de nuestros profesionales. Que pasa que también nuestros equipos de especialistas se van desmembrando, unos especialistas han muerto, otros estamos muy viejos, otros se han ido del país o se han cambiado a otros puestos de trabajo mejor remunerados. Pensando ahora mismo en las escuelas talleres, la cooperación ha tenido un peso importante pues muchos obreros calificados han pasado cursos en España y otros países. Entonces sí ha sido algo muy bueno.

MH: Muchas gracias profesor. Me ha gustado mucho esta conversación.

Apéndice B – Entrevista a Isabel Rigol.

Concedida el 23 de agosto 2024 en La Habana, Cuba.

Maite Hernández Alfonso: MHA

Isabel Rigol: IR

Maite Hernández Alfonso: ¿Cómo fue su acercamiento al campo de la restauración y conservación patrimonial?

Isabel Rigol: Pensando en eso, te puedo decir que yo tuve desde niña una afición por la arquitectura que fue inspirada porque uno de los paseos de los domingos con mi padre era andar por la ciudad y ver las nuevas construcciones que se estaban haciendo. Entonces yo empecé a identificarme con esa arquitectura y, además, La Habana era muy linda. Y sin darme cuenta, también, La Habana existente me llamaba la atención. Algo internamente me enamoraba de esa arquitectura existente, en el Vedado, en Miramar, y parte de la Habana Vieja porque desgraciadamente en esa época no se le daba todo el valor a la arquitectura preexistente; se le daba más valor a lo nuevo. Así poco a poco me fui identificando con todo eso, era un asunto de vocación. Además hubo una figura, mi tío Jorge Rigol, artista, investigador del arte, con el que tuve desde niña gran afinidad. Era un señor que sabía hablarles a los niños. Yo recuerdo que en la casa de ellos, en una casona en Centro Habana cerca de la Universidad yo me sentaba, siendo pequeñita, en una sillita al lado de su sillón. Y le oía sus cuentos, de cuando él había vivido diez años en México, de su viaje a Europa en el año ´50. En el año ´50 yo tenía seis años, pero oír fascinada a una persona que te hablaba de Venecia, de Roma, esas cosas fueron determinando una vocación.

Después yo, que siempre tuve una inclinación mayor por las artes y las humanidades, que por las técnicas y las ciencias duras, hice mi bachillerato en muy buen colegio, tuve esa oportunidad. Fui una persona privilegiada que asistió a un magnifico colegio donde tuve magníficos profesores. Aunque las ciencias duras no me interesaban, yo estudiaba. Era muy estudiosa y las sobrellevaba bien. Empecé a estudiar arquitectura en el año 1962 y mi madre me decía “Isabel cómo es posible si a ti no te gusta la física ni las matemáticas cómo vas a estudiar una carrera que

necesita tanta física y tanta matemática”; y yo, “Bueno, porque lo que me atrae de la arquitectura es el diseño, la historia de la arquitectura y eso me resulta fácil. Lo otro, con esfuerzo yo lo venzo”. Tanto fue así que, por ejemplo, en las matemáticas obtuve siempre la nota de sobresaliente. A base de mucha dedicación y mucho esfuerzo. Las derivadas de la física me costaban siempre mucho trabajo pero yo sabía que en la arquitectura uno siempre iba a contar para esas cosas con el concurso de los ingenieros. Y siempre dije: “Para el diseño y la historia, para eso estamos nosotros y para el buen gusto y para la creatividad. Y para eso **[la física]**, para eso están los ingenieros”.

Después me gradué y empecé a trabajar en el año 1968 en un organismo que existía entonces que se llamaba la Coordinación Nacional de las Administraciones Locales, que fue el antecedente de los Gobiernos Locales actuales. Yo en esos tiempos, con veintitantos años cortos, me pasé muchos años recorriendo el país, todo el país, desde Pinar del Río hasta las zonas orientales de Baracoa, Guantánamo, etc. Y conocí todas las ciudades del país, y todos los pueblos, y vi los tesoros que había. Desde las grandes manifestaciones arquitectónicas hasta... desde la arquitectura colonial, por ejemplo, de Trinidad, a mí me fascinaba Trinidad. Trinidad es un lugar encantador, cerca de las montañas, del valle. Entonces yo sentía que eso era lo mío. Esos viajes por todo el país y la necesidad de conservar esa arquitectura me convencieron de que yo estaba acercándome a lo que me interesaba. Todo eso que te estoy diciendo marcó mucho mi vida.

Posteriormente hubo un proceso en el año 1977, en ese organismo yo estuve unos diez años, y alrededor de 1977 hubo el llamado proceso de institucionalización del país y me cambiaron de organismo. Además hay que decir una cosa también muy interesante para mí. Teniendo veintitantos años, me designaron miembro de la Comisión Nacional de Monumentos (CNM). La CNM existía y entonces al jefe de mi organismo, que era una especie de ministro, le pidieron que enviara, o sea se estaba formando la CNM, y las entidades de cultura le pidieron que enviara una persona como representante de esa institución ante la CNM. Mi jefe, que sabía de mi vocación y de mis inclinaciones, me designó a mí. Tanto que hoy en día yo soy una de las dos personas que hace más años pertenece a esa CNM de Cuba. Fue un honor para mí teniendo *veintipico* de años. Aprendí mucho porque ahí en esa

comisión estaban personas relevantes, intelectuales en aquella época. Estaba la profesora Vicentina Antuña, Marta Arjona, Antonio Núñez Jiménez, investigadores muy relevantes entonces yo era una hormiga al lado de esas personalidades y calladamente los oía, pero aprendí mucho y me fueron dando responsabilidades. Fue una experiencia maravillosa. Yo recuerdo en el año 1972 que se celebró en la ciudad colonial de Camagüey una efeméride muy importante que fue el centenario del Mayor Ignacio Agramonte, el patriota camagüeyano, y se inauguró la casa restaurada del Mayor, preciosa, y entonces tuve el privilegio de asistir a aquella celebración que fue precisamente en la Plaza de San Juan de Dios, en un acto magnifico, con conciertos. Entonces todas aquellas cosas eran eventos que a mí me impresionaban, desde las cosas pequeñas hasta las más grandes. Por un lado, te digo, yo tenía mi sensibilidad para esas cosas pero hubo acontecimientos y personas que determinaron mucho mis decisiones en la vida con respecto a eso.

Después de eso, cuando se desintegró ese organismo llamado Coordinación Nacional de las Administraciones Locales que me hizo viajar por todo el país, me asignaron a un nuevo ministerio llamado Comité Estatal de la Construcción donde estuve tres o cuatro años trabajando en normas. Era un organismo dedicado al desarrollo de normas y a la tipificación, cosa que no me gustaba nada, pero bueno disciplinadamente trabajé allí. Trabajé con personas geniales. Lo bueno que tuvo esa etapa es que fue también de aprendizaje y mi jefa era la arquitecta Josefina Revellón, una mujer extraordinaria, sensible, que sabía de mis gustos y me propiciaba, me dejaba escribir sobre eso. Cuando había algún evento que tenía que ver con el patrimonio siempre me designaba a mí, o sea que me ayudó mucho en ese sentido. Además, dentro de eso, trabajé el problema de las áreas verdes que me interesaba mucho dentro de las ciudades, que también tiene que ver con el patrimonio, porque hay un patrimonio vegetal también muy importante. Después no seguí en esa onda.

Llega el año 1981 y se está gestando la creación del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM). Con un proyecto auspiciado por la UNESCO y el Programa de Naciones Unidas para el desarrollo, que fue el proyecto CUBA/81/017 que tenía como característica que iba a regir el desarrollo científico técnico de la conservación del patrimonio en el país. Porque en ese

momento había oficinas en varios lugares, entre ellas la Oficina del Historiador, pero este organismo subordinado al Ministerio de Cultura tenía la misión de aglutinar el desarrollo científico técnico y la formación. Fue una idea de la Dra. Marta Arjona, una idea genial, con asesores muy importantes de otros países.

El Ministerio de Cultura, en la persona de Marcia Leiseca, que era la viceministra, una persona también muy brillante, tuvo la misión de buscar a una persona para dirigir esa nueva institución. Mis jefes eran la arquitecta Josefina Revellón y Eduardo Granados. El Comité Estatal de la Construcción, en uno de esos cambios que a cada rato hay en este país, derivó en un viceministerio de la construcción, entonces Josefina quedó como directora de proyectos y el viceministro era el arquitecto Eduardo Granados. Yo allí me sentía muy segura y muy tranquila, rodeada de gente que me quería. En cierta medida no me gustaba mucho mi trabajo pero lo hacía con mucha disciplina, además me dejaban hacer lo que me daba mi gana, escribir y participar en las cosas. Fueron años en los que ellos, sabiendo de mis inclinaciones y mi vocación, siempre me asignaban todo lo que tenía que ver con patrimonio. Entonces, bajo la dirección de ellos, se creó una especie de sección cubana de la UIA (Unión Internacional de Arquitectos) que como nosotros no teníamos entonces un colegio de arquitectos, esto en cierta medida y para ciertas cosas, obró como tal.

Hubo muchos eventos a los que era enviada que tenían que ver con el patrimonio. Por ejemplo, en 1974, -esta fue genial- me enviaron a un seminario en Polonia, organizado por la Organización de Arquitectos de Polonia sobre la Conservación de Monumentos. Imagínate tú, ver de primera mano, el trabajo extraordinario que hacían los polacos, que hacía la Empresa PKZ que era de las más importantes del mundo. Hicimos un grupo con arquitectos y profesionales de varios países, algunos de Europa y de América Latina, un recorrido fantástico por varios sitios históricos, entre ellos Varsovia, Cracovia y lugares preciosos. Entonces eso me marcó más todavía. En esos años tuve esa oportunidad de ir a varios eventos que tenían que ver con el patrimonio. En Polonia varias veces, en Alemania, en Bulgaria. Esos países tenían un trabajo muy interesante en materia de conservación del patrimonio.

Con esos antecedentes en el año 81, Granados y Josefina, me llaman y me dicen que tienen esta solicitud y que ellos han pensado que la persona para eso era yo.

Me asusté muchísimo y dije que no. Dije que no, porque yo estaba muy segura, muy tranquila y de verdad que me dio mucho miedo. Por muchas razones. Era empezar una cosa nueva. En mi familia, todos, me dijeron que yo estaba loca, que rechazar esa oportunidad era una locura, pero yo estaba muy firme en mi decisión. Ellos me dijeron: “Bueno está bien. Nosotros te queremos aquí, te valoramos, si tú no quieres, no hay problema. Solamente te vamos a pedir una cosa, que vayas a ver a la viceministra Marcia Leiseca y le expongas tus razones. Ellos están muy necesitados de esa persona”. Yo me fui de vacaciones y al regresar de mis vacaciones, en el mes de agosto, me fui a entrevistar con Marcia Leiseca, persona que hasta hoy en día es mi amiga y una persona muy valiosa. Entonces ella me oyó, me dijo que respetaba mucho mis criterios pero que ella después de hablar conmigo pensaba que la persona adecuada para esa tarea era yo, y me pidió que lo repensara. Yo lo pensé un poco más, y al final, acepté. Por suerte. Felizmente acepté porque creo que fue la tarea más importante que realicé en mi vida y de la cual obtuve muchas satisfacciones. Tuve muchos contratiempos, como en todas las cosas de la vida, pero fueron quince años de una riqueza extraordinaria, donde aprendí mucho más, sobre todo trabajando con todas las provincias del país. De nuevo, aquello que ocurrió años antes, de recorrer el país, de visitar desde los pueblos pequeños, la arquitectura vernácula hasta las ciudades más grandes y más importantes, eso ocurre también con esa organización porque una de las tareas fundamentales que tuvimos fue apoyar el trabajo en el último rincón del país. Porque el patrimonio nacional es uno. Aunque en la capital estaban las cosas más importantes pero no se podían subestimar todos los grandes valores naturales y culturales del resto del país. Empecé allí a finales del año 81, hasta el año 1996.

MHA: Profe usted hablaba de los viajes por diferentes países de Europa del Este. ¿Podría decir si esa fue la primera influencia, el primer contacto con referentes internacionales en el campo de conservación patrimonial?

IR: Hay muchos otros, que fueron posteriores.

MHA: Si pero ¿y antes?

IR: Bueno, no totalmente. Cuando yo tenía diez años mi abuela me llevó a Nueva York. A los diez años y a los once, mi abuelita, yo era su única nieta, iba todos los años a Nueva York porque ella tenía familia allí. Sus primas que habían emigrado desde los años 30. Las últimas veces que ella fue decidió llevarme con ella. Yo fui con ella en el año 55, 56, y en el año 1960 ya después del triunfo de revolución, yo tenía 16 años, todavía no se habían roto las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Esa fue otra experiencia.

Recuerdo que una de las grandes experiencias de mi vida, sin saberlo, ahora lo analizo así, fue visitar los Cloisters [**The Cloisters**]. Un monasterio, que es un caso muy interesante para analizarlo dentro de la conservación del patrimonio. Está situado en una zona de Manhattan. Un parque natural que se llama Fort Tryon, con bosques, río, precioso, en una zona urbana con ese gran parque. Esto fue, digamos, un engendro de los años veinte con dinero de los Rockefeller. Con fragmentos de monasterios del sur de España y de Francia armaron un monasterio medieval, como un rompecabezas. Se convirtió en un museo precioso, con unas vistas del río, del bosque. Que en medio de una ciudad como esa haya un lugar así es una cosa maravillosa. En este museo hay unas colecciones de arte medieval que son de morirse, bellezas. La Casa del Unicornio, no se me olvida, con unos tapices. No puedo olvidar esa experiencia. Patios que remedan los patios de los monasterios medievales, hasta el sonido del agua. Una cosa divina. Y yo no tenía formación para analizar cómo se construyó, que no era una cosa auténtica. Hoy en día es interesante analizar ese caso porque es un caso muy peculiar. Pero lo que yo sentí influyó mucho en mi formación posterior.

Y por otro lado, vuelvo a la influencia de mi tío Jorge Rigol. Cuando a ti a los 11 años te meten en el Museo Metropolitano de Nueva York, ese contacto con el arte es muy lindo. Una de las cosas más impresionantes para mí fue ver las obras de Goya. Ya después las experiencias del año 74, la visita a los países de Europa del Este, que también tienen un patrimonio fascinante. El patrimonio de Colonia es increíble, Bulgaria, la antigua Checoslovaquia que tuve la suerte de estar en la parte checa y en la parte eslovaca. En las dos Alemanias de entonces.

Ya después, esos años que estuve como directora del CENCREM asistí a muchos congresos. Fui Fundadora del Comité Cubano de ICOMOS (Comité Internacional de Monumentos y Sitios) fundado por la doctora Marta Arjona en el año 1983. Ella fue la presidenta y yo fui nombrada Secretaria General. Así, asistí a las actividades de ICOMOS en México. México hacía unos simposios de conservación del Patrimonio. Y así en varios países de América Latina. Ese fue otro aprendizaje, México fundamentalmente.

MHA: Aprovechando que habla de México. Antes de comenzar la entrevista hablábamos de las personalidades que viajaron a Cuba para conformar el CENCREM. En ese sentido tenemos que hablar de Carlos Chanfón Olmos.

IR: Carlos Chanfón Olmos, nada más y nada menos.

MHA: ¿Qué puede decir de Carlos Chanfón? ¿Qué representó contar con él para la creación de este centro?

IR: Desde que Marta concibió el proyecto de creación del CENCREM, ella invitó a Carlos Chanfón como asesor. Chanfón había sido el director del Centro Churrubusco, el de aquí se hizo en gran medida inspirado, con influencia del Centro Churrubusco y la escuela Manuel del Castillo Negrete. Chanfón trajo todas esas experiencias. Marta tuvo la inteligencia de traerlo, y a otros. Otro personaje fundamental fue Salvador Díaz-Berrio, Carlos Flores Marini. De España también hubo un asesoramiento del Instituto de Restauración de Bienes Culturales de España. La cooperación española envió figuras fundamentales como José Ramón Moreno, de la Junta de Andalucía y muchos otros. No fueron los únicos, pero fueron personajes importantísimos. Hasta de Estados Unidos, nosotros tuvimos la suerte que, en medio de las dificultades entre Cuba y Estados Unidos, nosotros abrimos relaciones con universidades como Tulane, en Nueva Orleans en los años 90. Tuvimos aquí personas de esa universidad y varios de nosotros fuimos invitados a dar conferencias en Tulane y a asistir a eventos. Nueva Orleans es otra experiencia fundamental. La escuela de arquitectura de Tulane es otro referente importantísimo. Y otra cosa en cuanto a referentes, ya te hablé de ICOMOS, el contacto con ICOMOS y los comités nacionales de ICOMOS como la sede de ICOMOS en París,

fue fundamental. También con el ICCROM. Nosotros abrimos las relaciones con ICCROM.

MHA: Si, el profesor Nelson Melero fue el primer cubano a asistir a un curso del ICCROM.

IR: En los años setenta y pico, Marta Arjona envió a Enrique Capablanca a cursos en la Universidad de Roma. Enrique Capablanca que fue un personaje fundamental. Un erudito, de quien yo aprendí mucho. Envío a Daniel Taboada a Checoslovaquia y así. Porque no me gusta centran todo en mí sino hablar de los que vinieron antes. Marta fue una persona visionaria que hizo cosas muy inteligentes.

Sí, Nelson Melero fue el primero en asistir a los cursos de conservación arquitectónica en el ICCROM. ¿Por qué pudimos enviar a varias personas? Porque teníamos dinero del proyecto UNESCO para formación. Es importante que tú sepas que los fondos que ascendieron entonces a 500.000 dólares en cinco años. El compromiso cubano era crear la institución y restaurar el Convento de Santa Clara.

Inicialmente el CENCREM se constituyó en el Castillo de la Real Fuerza donde antes radicaba el departamento de monumentos de la Dirección de Patrimonio Cultural. A finales del año 81 esa fue la sede, el Castillo de la Real Fuerza, una sede maravillosa y desde allí empezamos a restaurar el Convento de Santa Clara. Entonces el dinero de la UNESCO se podía dedicar a formación, asesoría extranjera y equipamientos. Hubo una primera etapa hasta el año 86 y otra hasta el 91. Al final fue 1 millón de dólares, una cantidad de dinero, gracias a eso se formó mucha gente. Entonces acceder al ICCROM, en aquella época y en esta, costaba mucho dinero. Era muy difícil. Es la institución de formación, yo considero que es la más relevante que hay en el mundo, la más prestigiosa, la más reconocida, donde invitan a los más relevantes profesores, por ejemplo Silvio Mendez Zanchetti, el famoso Jukka Jokiletho, etc.

Estuvo también Alejandro Alva, peruano. O sea que los latinoamericanos tuvieron un espacio en el ICCROM. Para nosotros abrir el camino para la participación de Cuba fue muy importante. Insistimos hasta que el Ministerio de Cultura... porque el

ICCROM es gubernamental, ICOMOS es no gubernamental, pero para pertenecer al ICCROM e ir a los cursos había que pagar una cuota que logramos que el Ministerio de Cultura aceptara y pagara y nosotros asistimos. Yo fui delegada a las Asambleas Generales del ICCROM varias veces y con el dinero de la UNESCO pudimos enviar a personas como Melero, yo estuve en un curso que también fue muy relevante en mi vida. Me pasé la última parte del curso, dedicado a los centros históricos, me pasé dos meses en Roma que no olvidaré jamás, en contacto con “la meca”. Estuvo Melero que todavía sigue colaborando en todas las cosas de patrimonio. Como te dije antes, Capablanca había estado en la Universidad de Roma. Capablanca es un personaje que no se puede olvidar porque su papel fue tremendo. Una figura inolvidable. Después estuvo Carlos Dunn, bueno, muchos más. Fuimos alrededor de diez los que estudiamos en el ICCROM, Angela Rojas, Madeline Menéndez, Alina Ochoa, Iliana Perez Grao... Gracias a la UNESCO pudimos mandar a un montón de gente a estudiar al exterior.

MHA: ¿Cómo organizaban los cursos en el CENCREM?

Al crearse como centro rector del desarrollo científico técnico se ocupó de las investigaciones. Muchísimas personas como Carlos Venegas que es un investigador brillante, y otros como Tamara Blanes, trabajamos investigando el patrimonio que es algo importantísimo. Teníamos como responsabilidad la investigación, proyectos muy especiales porque se suponía que los proyectos de conservación y restauración los hacían las entidades provinciales, como la Oficina del Historiador, pero nosotros siempre teníamos parte de los proyectos muy importantes. Por ejemplo, los proyectos iniciales de la Plaza Vieja fueron del CENCREM. Después pasaron a la Oficina del Historiador, pero los proyectos iniciales, los que se utilizaron para la Campaña Internacional de la UNESCO para salvar la Plaza Vieja, algo paralelo a la declaratoria de la Habana Vieja, fueron hechos por el CENCREM.

MHA. Y hasta un momento, los proyectos fueron realizados por arquitectos del CENCREM. El profesor Melero, encargado de algunas de las obras, era parte del CENCREM apoyados por la Oficina del Historiador.

IR: Si porque la Empresa ejecutora pertenecía a la Oficina. O sea que el Convento de Santa Clara y la Plaza Vieja que fueron los dos proyectos más grande que nosotros tuvimos en los años ochenta y parte de los noventa... el convento de Santa Clara fue del arquitecto Daniel Taboada; y la Plaza Vieja un proyecto de Capablanca, Melero y Carlos Dunn.

MHA: A partir de la tesis que ellos habían realizado.

IR. Anjá. Era el proyecto general de la zona de la plaza, pero los proyectos de los edificios, por ejemplo, el proyecto de la Casa de Mercaderes 315-317, la casa de Franchi Alfaro, fue un proyecto de Carlos Dunn; el proyecto de Mercaderes 305-307, deja ver hasta dónde va mi memoria, fue un proyecto de Daniel Taboada con Felicia Chateloin; el proyecto de la Casa de las Hermanas Cárdenas fue de Nelson Melero, un proyecto muy interesante porque la Tormenta del Siglo lo destruye, se cae todo, y Nelson reelabora el proyecto tratando de salvar lo viejo y agregando cosas nuevas. De ese proyecto, hubo varios intentos con respecto a la plaza que tenía el problema del aparcamiento y hubo grandes debates, fue de los proyectos más debatidos. Quedó muy lindo, pero Capablanca había elaborado también un proyecto muy interesante que asumía el hueco y después, también en esa época, Patricia Rodríguez que es la actual directora del Plan Maestro y Felicia Chateloin, hicieron un proyecto también muy interesante.

MHA: Un Centro Cultural.

IR: Si, sí. El proyecto de Enrique Capablanca y el proyecto de Patricia asumían que allí había pasado algo, y dejaban testimonio de un nivel inferior. De una plaza en un nivel inferior. El proyecto de la Oficina del Historiador, cuando lo retoma después, rellena, elimina el parqueo, y entonces fue distinto. Es muy lindo pero hubo etapas de debate.

MHA: Sí, por lo que he leído fue algo polémico.

IR: Sí, lo puedes decir. Sí fue polémico. Esa fue una tendencia... que no solo se daba en Cuba.

MHA: Usted ha hablado de Enrique Capablanca y otras figuras. ¿Qué puede decir de Luis Lápidus?

IR: Luis Lápidus fue a trabajar con nosotros **[en el CENCREM]** en el año ochenta y cinco y trabajó con nosotros hasta el 95, diez años, cuando él murió lamentablemente. Pero él era un arquitecto con una formación muy sólida, intelectualmente brillante, con una cultura monumental. Lo mismo sabía de arquitectura que de cine, que de literatura. Y al mismo tiempo era una persona que comprendía y manejaba muy bien los problemas técnicos y científicos. Entonces, como subdirector, jugó un papel fundamental en el desarrollo de nuestra institución. Y una de las cosas que tratamos de impulsar fue cómo insertar lo nuevo en lo viejo. Si tú encuentras el proyecto de Daniel Taboada de los laboratorios del CENCREM, ese fue un proyecto de Daniel Taboada pero guiado por Luis Lápidus. Los laboratorios integraron de forma inteligente elementos contemporáneos para garantizar la climatización de las áreas. Luis propició mucho las investigaciones. Hizo un proyecto genial en esa época, la casa de Vicente García, donde aplicó todos esos criterios y fue, la verdad, tremendo. Es una pena que Lápidus haya muerto tan temprano. Tenía 58 años.

MHA: Sí los textos de Lápidus de 1990 al 94 demuestran un momento de gran madurez teórica de Lápidus.

IR: Totalmente. Mira, Lápidus, Mario Coyula y Emilio Escobar, los tres fallecidos, fueron los tres arquitectos más cultos y más brillantes que yo he conocido en este país. Eran muy amigos. Con una cultura universal, la comprensión cultural en toda su magnitud es fundamental en un arquitecto.

MHA: Cosa que es esencial para la restauración.

IR: Asimismo. Pero la Facultad de Arquitectura no contribuyó siempre a eso. Tuvo sus etapas. Ahora está en un mejor momento.

MH: Y volviendo a los cursos del CENCREM. ¿Eran básicamente de postgrado?

IR: Sí eran básicamente cursos de postgrado. Y te decía, antes de desviarnos, que nosotros teníamos la investigación como una tarea muy fuerte. Los proyectos que nos ocupaban un tiempo tremendo y chequear la inversión y la ejecución. Entonces nos dimos cuenta de algo: aquí siempre ha habido limitantes económicas, unas veces más otras menos. Creo que estamos en la etapa peor en estos momentos. Pero en aquellos años también había muchos problemas y entonces comprendimos que lo que no podía acabar y podía hacerse, la mayor parte de las veces, sin recursos, nada más que con la experiencia de unos cuantos profesores y el interés de los alumnos, era la formación, algo fundamental. Entonces nos dimos a la tarea de generalizar esto en todo el país.

Por un lado encontramos vías para enviar profesionales a estudiar fuera del país. Ya hemos hablado del ICCROM y de los que fueron al ICCROM, pero no fue solo al ICCROM. La cátedra Gaudí de Barcelona nos aceptó como seis o siete personas, gracias a la cooperación española. Seis o siete de La Habana y de varias provincias del país. Omar López, el conservador de Santiago de Cuba fue becario en la cátedra Gaudí de Barcelona. La idea era generalizar esta formación. En Florencia había un centro que auspiciaba la cooperación italiana, el CECTI. Ellos aceptaron a varios compañeros nuestros. Yo, uno de los grandes recuerdos de mi vida es llegar a Guantánamo encontrarme con Alberto Brauet **[del Pino (1951-2021)]** un arquitecto guantanamero muy notable, que ya falleció, que me decía que él jamás olvidaría sus tiempos en Italia. Esas eran satisfacciones que una tenía. Eran becas de 16 meses. Fueron enviados allí Ramón Cottarelo, Fernando Rodríguez, Irán Milian. Y los últimos fueron un grupo como de seis que gracias a la cooperación italiana en una ocasión pudimos enviarlos de una vez. Imagínate lo que eso significa. Fueron muchas las personas que enviamos a estudiar fuera.

Por otro lado implementamos un sistema de capacitación. Teníamos un departamento de capacitación que dirigieron Virginia Gutiérrez, que era pedagoga; después Zoila Cuadras que era arquitecta, pero una persona dedicada que puso todo su empeño. Entonces creamos programas y cursos de postgrado.

Por otra parte apoyamos a la escuela de arquitectura en la Maestría de Conservación del Patrimonio de la Facultad de Arquitectura fue coauspiciada por el CENCREM y se impartía en el CENCREM. Te estoy hablando de la parte de arquitectura, porque había una parte también muy importante de bienes muebles, restauración de pintura mural.

MHA: Museología

IR: Sí, museología; restauración de documentos. En restauración de documentos más bien hacíamos entrenamientos. Más que cursos teóricos, con los bienes muebles, dábamos entrenamientos prácticos. Y teníamos restauradores de bienes muebles muy notables como Nelson Castro. Ese departamento lo dirigía Hector Montenegro, una persona muy capacitada. También organizábamos cursos de museología y todas esas materias.

MH: ¿Cómo era la relación del CENCREM con la Facultad de Arquitectura?

IR: No era lo mismo recibir una clase de conservación del patrimonio en la CUJAE que en el Convento de Santa Clara. Pusimos el Convento a disposición de la Facultad de Arquitectura. El director de esa maestría era Pedro Tejera. Ellos tenían su aula allí. Estaban viviendo en patrimonio en la Habana Vieja. Creo que eso era fundamental. Y participaban figuras como Ángela Rojas, yo también fui profesora de esa maestría, Daniel Taboada. Luis Lápidus también. Él tenía sus propios cursos. Tenía uno de Patrimonio y Turismo muy bueno, pero el daba clases de teoría en la maestría. Nelson, Carlos Dunn... todo el que podía dar clases. Lo importantes es tener la conciencia de que hasta en los tiempos más difíciles, sin recursos, enseñar, formar se puede hacer hasta en el paraje más recóndito. Eso fue lo que después quedó para la historia. Estamos hablando de arquitectos, ingenieros, abogados...

MHA: ¿Considera usted que el CENCREM contribuyó mucho al trabajo de la OHCH?

IR: Sí como no. Contribuyó mucho. Entre otras cosas muchos de los trabajos hechos por el CENCREM, como el primer trabajo de Lineamientos para el desarrollo de la Habana Vieja, que lo hicieron Capablanca, Melero y Dunn... ese trabajo sirvió para

crear el Plan Maestro de la Oficina del Historiador. Patricia Rodríguez fue formada en el CENCREM. Enviada a Argentina a formarse. Muchos de los profesionales del CENCREM pasaron a trabajar a la Oficina del Historiador. Ellos también tenían tremendo trabajo y Leal, hay que decir, que la genialidad de él fue única. A mí un consejero cultural español que visitaba mucho el CENCREM porque nos mandaba a restaurar piezas, un hombre joven muy interesante, me dijo que Leal tenía varias cualidades que lo hacían único: en primer lugar que era un intelectual, la otra que era un empresario y, la otra, que era un político. Esas tres cualidades en una sola persona eran únicas, y es verdad. Él logro que el Decreto para la nueva forma de gestión se lo aprobaran al más alto nivel del país. Desde luego él tenía acceso al más alto nivel. Eso es muy importante y lo supo aprovechar muy bien en favor del trabajo en el Centro Histórico. De eso no cabe dudas y eso en la historia hay que reconocerlo. Pero de que el CENCREM y su gente contribuyeron, nadie lo puede negar.

MHA: Hábleme un poco más de su etapa de formación como arquitecta, de la relación con los profesores a inicios de los sesenta y setenta y cómo ello contribuyó para su trabajo en materia de conservación del patrimonio.

IR: Nosotros vivimos una etapa con esos personajes que tenían una cultura extraordinaria. Que nos transmitieron todo eso. Yo recuerdo la primera maqueta que se hizo de La Habana Vieja la hicimos los estudiantes, con Varoni, Sergio Varoni, trabajando en la plaza. A mí me tocó la Plaza de la Catedral a otros les toco otra.... O sea que ellos nos inspiraban. No era una asignatura de conservación del patrimonio, se llamaba Fundamentos de la Arquitectura y otra llamada Plástica, que después las suprimieron. Los planes de estudio posteriores suprimieron esas asignaturas que eran cultura a pulso, fundamentales para la formación de un arquitecto. Los años sesenta yo los llamo la etapa romántica de la arquitectura, fue una etapa utópica, basada en la experiencia de Joaquin Rallo, Sergio Varoni, Garatti, Gottardi, Ricardo Porro, Mario González Cedeño que era un arquitecto con una proyección y cultura muy grande. Entre los arquitectos estaban los cultos y los tecnócratas. Estaban Fernando Salinas, Raúl González Romero. La generación mía tuvo suerte. Roberto Segre que yo me fajaba con él porque Segre era a veces muy

superficial. Lo quise mucho y éramos grande amigos pero teníamos a veces discusiones. Pero Segre era un erudito, nos hacía ver el mundo.

Nosotros soñábamos. El arquitecto debe ser un tipo creativo, soñador, culto pero con los pies en la tierra. Lo que no puede ser es un tecnócrata y la etapa posterior fue una etapa tecnocrática. La escuela de arquitectura la convirtieron en Facultad de Construcciones. Hasta el día de hoy la Unión de Arquitectos nuestra, el antiguo Colegio de Arquitectos que lo suprimieron, después lo llevaron a Centro Técnico Superior de la Construcción...la “construcción” siempre... guiado por el Ministerio de la Construcción y no por la cultura del país.

MHA: Cree usted que ello propició que en materia de restauración prevalecieran presupuestos técnicos, más que teóricos o culturales.

IR: No. En esa etapa no se hicieron muchos trabajos de restauración en la ciudad. Las obras que se hicieron fueron las que condujo Marta Arjona con Daniel Taboada y todos ellos, que estaban muy bien preparados y no tenían un pensamiento tecnocrático. Puede ser que algunas decisiones estuvieran comprometidas por dificultades de materiales, etc. pero no por un problema de conceptos.

MHA: ¿Y sobre la función social del arquitecto? ¿Qué puede decir?

IR: Todos los que trabajábamos ejercimos nuestras funciones en función de la sociedad. Realmente sí se cumplió ampliamente. Potenciamos al máximo, dentro de las posibilidades, la función habitacional. Los casos de La Plaza Vieja fueron muy valorados por la UNESCO precisamente porque en varios de esos edificios, que estaban muy destruidos, se logró insertar nuevos elementos, compatibilizados con los elementos antiguos, se lograron apartamentos, con una función social fundamental que es la vivienda. En la restauración para convertir en museo, o en la restauración que un artista, alguien con dinero, promueva, en cualquier caso se salva un inmueble, un edificio para la sociedad, no se pierde un valor que es de la sociedad aunque sea propiedad privada.

MHA: Muchas gracias profesora.

Apéndice C – Resumen biográfico de algunos arquitectos.

Fernando López Castañeda (1930-2010)

Arquitecto graduado en la Universidad de La Habana en 1961. Fue uno de los fundadores de la Comisión Nacional de Monumentos y entre 1963 y 1971 fue su Secretario Ejecutivo. Participó junto a Raúl Oliva en el Segundo *Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos*, reunido en Venecia del 25 al 31 de mayo de 1964, del cual resultó el documento conocido como Carta de Venecia. Su obra profesional abarcó la docencia, los proyectos y la restauración. Entre sus obras están el Monumento a La Demajagua, el Memorial Julio Antonio Mella y en el Ecuador la Plaza Memorial José Martí. Entre sus trabajos de restauración se cuentan la Iglesia de Santa María del Rosario, el Castillo de la Real Fuerza y la Casa Natal de Ignacio Agramante, entre otras.

A su dedicación se debe la conservación y publicación de la obra del arquitecto Joaquín Weis, obra clave de la historia de la arquitectura cubana.

Daniel Taboada Espiniella (1931)

Arquitecto graduado en la Universidad de la Habana en 1955. Doctor en Ciencias Técnicas en el año 2006. Profesor titular adjunto de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría.

Hacia finales de la década de 1950 trabajó como arquitecto en la reconocida firma de arquitectura Moenck & Quintana y en el Plan Director de la Junta Central de Planificación. Hacia 1964 pasa a integrar la Comisión Nacional de Monumentos. Cursó estudios de especialidad en Restauración del Patrimonio Inmueble en el Instituto Estatal para la Reconstrucción de Ciudades y Sitios Históricos y el Instituto Estatal para la Protección de los Monumentos y Defensa de la Naturaleza en Praga, Checoslovaquia. Recibió entrenamientos en el Centro de Restauración de Churubusco, México; en PKZ, en Polonia; en el Instituto de Restauración de Budapest, Hungría; en el Instituto Nacional de Viena, Austria; Instituto de

Conservación del Patrimonio Cultural de Madrid, España; Instituto de Restauración de Berlín, RDA y en la URSS. Fue nombrado Miembro Honorario de la Sociedad de Arquitectos de Polonia (SARP) y del Grupo de Trabajo de los países socialistas. Participó en la redacción de la Ley Nro. 2 de los Monumentos Nacionales y Locales y su Reglamento. En 1982 inicia su trabajo como especialista en el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM). Realizó proyectos de restauración en Inmuebles de Patrimonio Cultural del Casco Histórico de La Habana Vieja tales como la Casa de la Condesa de la Reunión, Casa de los Condes de Jaruco, el Convento de Santa Clara, el Teatro Martí en la Habana Vieja, etc. Trabajó como Asesor principal de la Dirección de Arquitectura Patrimonial de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Desde 2002 es Director de la Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas, adscrita a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y creada por la Fundación Diego de Sagredo de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.

Ha representado a Cuba en numerosos eventos internacionales en el ICCROM, la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, el INAH y otras instituciones de Europa y América Latina. Es miembro fundador de ICOMOS-Cuba, de la Comisión Nacional de Monumentos, del Centro Internacional de Conservación del Patrimonio (CICOP). Integra la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y la Unión Nacional de Arquitectos e Ingenieros de la Construcción de Cuba.

Ha sido galardonado con numerosos reconocimientos. Entre los más importantes destaca el Premio Especial XXX años por el conjunto de su obra de restauración en la I Bienal de Arquitectura y Urbanismo, BIARON'90. Recibió la "Medalla Honor al Mérito" de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Premio Nacional de Arquitectura de la Unión Nacional de Arquitectos e Ingenieros de la Construcción de Cuba, Premio Federación Panamericana de Asociaciones de Arquitectos FPPA 1998 en la categoría de arquitecto en la actividad pública. Premio Vida y Obra de la UNAICC.

Mario Coyula (1935-2014)

Arquitecto graduado en la actual Universidad Tecnológica de La Habana "José Antonio Echeverría, en 1962. Doctor en Ciencias Técnicas en 1984 y profesor de

Mérito en la Facultad de Arquitectura de la CUJAE. Crítico, ensayista y teórico de la arquitectura y la planificación urbana. Diseñador urbano. Doctor Honoris Causa en el año 2012 por la CUJAE.

Entre 1969 y 1970 participa de un viaje de estudios de un año a la antigua URSS y Polonia, visitando Institutos Politécnicos y de Arte, Facultades y Escuelas de Arquitectura en Moscú, Leningrado, Kiev, Tbilisi, Varsovia, Gdansk, Cracovia, Gliwice y Katowice; todo ello con el objetivo de investigar en programas docentes, proyectos académicos, técnicas de construcción y organización. Fue director de la Escuela, actual Facultad, de Arquitectura de la CUJAE, hoy Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”, entre 1970 y 1973. Se desempeñó como director de la Dirección Provincial de Arquitectura y Urbanismo de La Habana 1973-1976 y 1980-1987. Fue Director del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC) entre 1999 y 2001 y Primer director de la Comisión de Paisaje urbano de la Ciudad de La Habana entre 1978 y 1989.

De 1970 a 1972 participa de Cursos de Verano sobre “Diseño de Espacios Abiertos”, con Kevin Lynch (MIT; Cambridge MA); “Diseño Urbano y Metodología del Diseño Arquitectónico”, con Michel Corajoud / Borja García-Huidobro / Michel Allegret (AUA, París); “Economía de la Construcción”, con Duccio Turin (AA, Londres), y “Enseñanza de la Arquitectura”, con Claude Schnaidt (Institut de L’Environnement, París), en la CUJAE.

En 2002 fue Profesor Visitante RFK en la GSD de Harvard e Investigador visitante en 2011. Fue Profesor invitado en la Angewandte de Viena en 2006; Profesor Invitado en 2009 las Maestrías Urban Minimums en la Universidad Internacional de Cataluña (Bracelona) y de Mundos Urbanos en la Universidad Técnica de Darmstadt (Alemania). Fue Co-presidente de la Conferencia Internacional de la Collegiate association of Schools of Architecture (ACSA) en La Habana.

Con una amplia obra proyectual en toda Cuba, trabajó en algunos de los más destacados equipos de arquitectos del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), del Ministerio de la Construcción de Cuba, y del Departamento Técnico de la Construcción del Poder Popular en La Habana. Fue coautor de Monumentos

Conmemorativos premiados en Cuba y participó en la formulación del Plan Estratégico de Desarrollo Económico y Social de La Habana.

Autor de varios libros, cerca de trescientos artículos y reseñas. Premio Nacional de Arquitectura en 2001 y de Habitat en 2004. Premio Nacional de Patrimonio Vida y Obra en 2013. Premio Maestro de Juventudes en 2013. Académico de Mérito de la Academia de Ciencias de Cuba en 2010, entre otras distinciones. Fue miembro de la Union Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, de ICOMOS y DOCOMOMO-Cuba. Fundador de la UNAICC.

Luis Lápidus Mandel (1937-1995)

Arquitecto graduado en la actual Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”, CUJAE, en 1962. Antes de graduado estudió durante un año en la Universidad de California del Sur, Estados Unidos. Comenzó su actividad docente en 1964. Profesor Titular de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría” con treinta años dedicados a la docencia.

A lo largo de la década de 1960 realizó varios proyectos de nuevas comunidades rurales a lo largo del país. Dirigió el proyecto del Jardín Botánico Nacional de Cuba junto a otros profesores de la Facultad de Arquitectura. Trabajó en el diseño y contenido expositivo de los pabellones cubanos de las Exposiciones Mundiales de Ozaca 1970 y Sevilla 1992. Hasta su fallecimiento en 1995, se desempeñó como subdirector docente del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM), dedicando los últimos diez años de trabajo a la conservación y restauración de monumentos con un notable desempeño. Participó de varios cursos de Conservación Arquitectónica organizados por el ICCROM entre 1987 y 1991. Entre sus obras de restauración y rehabilitación más destacadas se encuentra la Casa-Museo de Vicente García en Las Tunas, Cuba.

Fue miembro de Icomos-Cuba. Consultor del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GEDIC). Impartió conferencias en universidades de varios países como Hamburgo, Delf, Roma, Florencia, Ciudad de México, Querétaro, Guanajuato, San

Juan, Caracas, Zulia, Rio grande do Sul y Gainesville. Considerado por Mario Coyula como una autoridad indiscutible en la teoría y crítica de la conservación de monumentos en Cuba.

Enrique Capablanca Rizo (1940-2018)

Graduado de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas, en la Facultad Artes y Letras de la Universidad de La Habana en 1970. Graduado de Arquitectura, en la Facultad de Construcciones, actual Facultad de Arquitectura de la Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”, en 1977. Graduado de Escultura y Grabado en la Escuela de Artes Plásticas “San Alejandro”, 1978.

Realizó estudios de Conservación Arquitectónica en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Roma, Italia, de 1979-1980. Participó, entre otros eventos en la Quinta Asamblea de ICOMOS, Moscú, URSS, 1978; en el Encuentro Internacional de Especialistas por el 25 aniversario del Instituto de Monumentos de Bulgaria, 1982; en la III Asamblea General del ICCROM, Roma, Italia, 1983; en el Evento Internacional sobre remodelación de ciudades, UNAIC, en la Ciudad de La Habana, 1984.

Participó en proyectos de levantamiento arquitectónico e investigación constructiva de una taberna del siglo IV a.n.e. en la ciudad de Ostia Antica, Roma, Italia, en 1980; en la excavación arqueológica del Templo de Rómulo (siglo IV d.n.e) en el Foro Romano, Italia. Fue consultor de la UNESCO para el proyecto de Restauración del Fuerte de la Inmaculada Concepción en Río San Juan, Nicaragua; para el programa de rehabilitación urbana en la ciudad de León Viejo, Nicaragua, 1981; además de participar en proyectos de restauración del casco histórico de la Habana Vieja. Poseedor de una amplia experiencia docente en la Facultad de Artes Plásticas del Instituto Superior de Arte, Instituto de nivel medio de Diseño Industrial y la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, entre otros. Fue miembro de la Comisión Nacional de Monumentos de Cuba y miembro fundador de ICOMOS-Cuba. Fue Jefe del Departamento de proyectos del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología.

Eusebio Leal Spengler (1942-2020)

Historiador graduado en la Universidad de La Habana en 1980. Doctor en Ciencias Históricas y Máster en Ciencias Arqueológicas por la Universidad de La Habana. Máster en Estudios sobre América Latina y el Caribe. Cursó Estudios de Postgrado en Restauración de Centros Históricos en Italia. Doctor Honoris Causa por la Universidad de Ferrara, Italia.

Fue Director de la Oficina del Historiador de La Habana desde 1968 hasta su fallecimiento en 2020. Nombrado en 1971 Director del Museo de la Ciudad de La Habana. Fue presidente de la Comisión Nacional de Monumentos; presidente del Comité Cubano del ICOM; presidente de honor del Comité Cubano del ICOMOS y de la Sociedad Civil Patrimonio, Comunidad y Medio Ambiente; decano de la Facultad Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana; profesor de mérito de la Universidad de La Habana.

Entre 1967 y 1979 tuvo a su cargo la dirección de las obras de restauración en el Palacio de los Capitanes Generales, sede del Museo de la Ciudad de La Habana. Entre 1983 y 1987 realizó junto a Leandro Romero Estébanez excavaciones arqueológicas en la Maestranza de Artillería y la Cortina de Valdés que contribuyeron a esclarecer los límites urbanos de la villa de San Cristóbal de La Habana. En 1986 dirigió las obras de restauración en la Fortaleza San Carlos de la Cabaña y en el Castillo de los Tres Reyes del Morro.

Autor de numerosos artículos y libros como: “Detén el paso caminante” (1988); “Carlos Manuel de Céspedes: el diario perdido” (1994); “Regresar en el tiempo” (1995); “Legado y memoria” (2009); “La luz sobre el espejo” (2014), entre otros.

Entre las distinciones más destacadas se encuentra la Orden Félix Varela de Primer Grado del Consejo de Estado de la República de Cuba. Internacionalmente fue galardonado, entre otros, con la Medalla Víctor Hugo de la UNESCO; la Medalla del Decenio Mundial del Desarrollo Cultural de la UNESCO. Le fue otorgado el Premio 2002 de la Asociación para la Gerencia de los Centros Urbanos AGECEU en la Sección de Iniciativa Latinoamericana, Valencia, España; el Premio de la Real

Fundación de Toledo por la Rehabilitación del Centro Histórico de La Habana, en acto presidido por SM el Rey de España; el Premio Pergamino de Honor ONU-HABITAT (2007); el Premio Mundial Eureka en la categoría de Excelencia Académica (2011), entre otros.

Isabel Rigol Sabio (1944)

Arquitecta graduada en la actual Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría” CUJAE, en 1968. Máster en Conservación del Patrimonio en 1996 y Doctora en Ciencias Técnicas en 2006, por la CUJAE. Cursó numerosos postgrados sobre Diseño, Planificación Territorial, Remodelación Urbana y Conservación Arquitectónica en La Habana entre 1969 y 1981. En 1985 participa del Curso ARC Sección III /Conservación de Centros Históricos, del ICCROM, Roma. Profesora titular de Teoría e Historia de la Arquitectura, del Urbanismo y de la Conservación en la Facultad de Arquitectura de la CUJAE y del Colegio Mayor de San Gerónimo de La Habana. Directora y fundadora del Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología entre 1982 y 1997.

En el CENCREM creo un equipo de trabajo multidisciplinario que conto con arquitectos e ingenieros, historiadores, químicos, biólogos, informáticos, restauradores de obras de arte y obreros calificados. Organizo los servicios de investigación, conservación y restauración de bienes muebles e inmuebles del patrimonio nacional, un centro de información científico técnica especializada, así como programas nacionales y regionales de formación (1981-1996). Bajo su dirección se desarrollaron relevantes proyectos de rescate de monumentos nacionales como, entre otros, el antiguo Convento de Santa Clara y la Plaza Vieja así como la restauración de innumerables obras de arte. Apoyó sistemáticamente a las provincias del país en sus tareas de protección y conservación del legado cultural.

Creó en el CENCREM y negoció con la UNESCO en 1995 la Cátedra de Ciencias de la Conservación Integral de Bienes Culturales de América Latina y el Caribe dentro del Programa UNITWIN de esa organización que se propone estimular los

vínculos interuniversitarios a escala mundial y reforzar las capacidades institucionales mediante el intercambio de conocimientos y la colaboración.

Especialista de la Dirección de Proyectos del Comité Estatal de la Construcción y del Ministerio de la Construcción. Elaboración de Normas Estatales de proyectos para zonas de viviendas, áreas verdes y otras. (1977-1981).

Entre 1968 y 1977 fue Jefa del Departamento de Control Urbano de la Coordinación Nacional de Poderes Locales. Dirigió las oficinas del país en el control de sus respectivos territorios, organizó un programa nacional de capacitación que incluyó a los técnicos de provincia y municipios. Dirigió y realizó proyectos de reanimación de los centros históricos de Santiago de Cuba, Holguín, Matanzas y otras ciudades (1968-77). Participó en los procesos inversionistas de las estaciones experimentales agroforestales de la FAO en Cuba (años 70's). En esta etapa realizó también varios proyectos de reestructuración, adaptación y ambientación de las oficinas de la Coordinación Nacional, el proyecto de la Biblioteca del Sector de Comercio y Servicios y trabajó en el proyecto de rescate de la Plaza de la Libertad de Matanzas bajo la dirección del Arquitecto Daniel Taboada.

Desde 1972 es miembro de la Comisión Nacional de Monumentos de Cuba. Fue Presidenta ex-officio del Comité Cubano de ICOMOS y Miembro de la Academia de ICOMOS. Ha impartido conferencias en universidades e instituciones de todo el mundo. Ha trabajado en asesorías sobre declaratorias de monumentos nacionales o locales, autorización de obras en sitios patrimoniales, etc., propuestas de Listas Indicativas de Patrimonio Mundial, asesoría a los expedientes de nominación de ciudades y sitios cubanos al Patrimonio Mundial (Cienfuegos 2005, Plantaciones de Café de Santiago de Cuba 2000, Valle de Viñales 1999).

Remigio Nelson Melero Lazo (1945)

Arquitecto graduado en la actual Universidad Tecnológica de La Habana "José Antonio Echeverría", CUJAE, en 1976. Máster en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio Construido. Desde su graduación trabajó en el Departamento de Monumentos de la Dirección de Patrimonio Cultural, del Ministerio de Cultura, entre

1977 y 1981. A partir de 1981 y hasta el 2007 se desempeñó como Especialista en Conservación y Restauración de los bienes del patrimonio cultural inmueble en el Departamento de Proyectos del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, del Ministerio de Cultura, en Cuba.

Una vez incorporado al trabajo del Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología CENCREAM participó en ciclos de conferencias sobre Teoría de la Conservación y Restauración de los Monumentos, impartidas por el arquitecto Carlos Chanfón Olmos, de México. Participó en numerosos adiestramientos y cursos de especialización y postgrado. Fue el primer arquitecto cubano enviado a participar en el curso de Conservación Arquitectónica del Centro Internacional de Estudios para la Conservación y Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM) en Roma, 1984. Además, realizó adiestramientos en Investigación Arquitectónica, impartidos por el Prof. Arq. Marek Cempla, de la P.K.Z de Polonia en 1985. En 1990 participó en el Curso de postgrado sobre Tratamiento de Superficies en el CENCREM impartido por Prof. Jean Marie Teutonico (ICCROM), Frank Matero (Universidad de Pensilvania). Realizó numerosos proyectos de restauración arquitectónica y urbanística, algunos de los cuales fueron reconocidos como la Restauración de la Antigua Casa de las Hermanas Cárdenas en San Ignacio 352 esquina a Teniente Rey (1990) y el Edificio del antiguo Colegio del Santo Ángel (2002), en la Plaza Vieja de La Habana. Recibió el reconocimiento del Ministerio de Cultura al trabajo de Restauración de un Conjunto de Monumentos de la Plaza Vieja y su Refuncionalización con Objetivos Contemporáneos, por constituir el resultado científico más destacado del quinquenio 1986 –1990. Desde la década de 1980 y hasta la actualidad ha desarrollado una amplia labor docente e investigativa en la Facultad de Arquitectura de la CUJAE, la Cátedra Regional de Ciencias de la Conservación Integral de los Bienes Culturales y Naturales de América Latina y el Caribe de la UNESCO (CRECI) y de la Universidad de las Artes.

Es miembro de la Unión Nacional de Arquitectos e Ingenieros de la Construcción de Cuba. (UNAICC), de la Comisión Nacional de Monumentos, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), el Consejo Internacional para la Conservación de los Monumentos y los Sitios. (ICOMOS), el Comité para la Documentación y Conservación del Movimiento Moderno –Cuba-. (DOCOMOMO), la

Cátedra Regional UNESCO de Ciencias para la Conservación Integral de los Bienes del Patrimonio Cultural para América Latina y el Caribe (CRECI), la Cátedra Gonzalo de Cárdenas de Arquitectura Vernácula adscrita a la Fundación Diego de Sagredo y a la Oficina del Historiador de la Ciudad. Es Experto Consultor de la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, Miembro de la Cartera de Árbitros de numerosas revistas nacionales e internacionales y del Comité Internacional de Arquitectura Vernácula de ICOMOS. Es miembro de la Red de Historia de la Arquitectura y Conservación del Patrimonio (HAYCOP) y de la Organización del Gran Caribe para los Monumentos y Sitios (CARIMOS).

Profesional seleccionado por el Consejo de Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura para Optar por el Premio Kyoto 2002, Japón, en la Categoría de Arquitectura en el 2002 y Premio Nacional Vida y Obra en la Arquitectura, en 2008. Autor de varios libros y numerosos artículos.

Ángela Rojas Ávalos (1947)

Arquitecta graduada en la actual Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”, CUJAE, en 1970. Especialista en Urbanismo en 1980. Doctora en Ciencias Técnicas por la CUJAE en 1986. Profesora Titular/Consultante en la Facultad de Arquitectura de la CUJAE.

Entre 1974 y 1976 fue directora de la Sección Habana Interior del Departamento de Proyectos de Viviendas y Urbanismo, DESA Habana. También Dirigió el Departamento de Teoría y Ciencias Aplicadas de la Facultad de Arquitectura de la CUJAE desde 1988 hasta 1994 y desde septiembre de 1996 a febrero de 1997. Paralela a su labor docente se desempeñó como Jefa de la línea de investigación de Conservación del Patrimonio Edificado en la Facultad de Arquitectura, desde 1999 hasta 2005; Vicedecana Docente de la misma facultad entre 1998 y el 2001. Fue Subdirectora del Centro de Estudios Urbanos de La Habana, adscrito a la Facultad de Arquitectura de la CUJAE entre el año 2000 y 2005.

Destaca su trabajo como Presidenta de ICOMOS Cuba entre 2002 y 2007. Miembro de Honor del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) en 2014 y

del Ejecutivo (Internacional) de ICOMOS entre 2002 y 2011. Miembro de la Comisión Nacional de Monumentos de Cuba.

Profesora de las disciplinas de Teoría, Historia y Conservación del Patrimonio, Proyecto Arquitectónico, Urbanismo y Planificación Regional y Urbana a nivel de pregrado y posgrado en Universidades de Cuba, España, Bolivia, México, Estados Unidos, Angola. Ha impartido conferencias en diversos países y participado como invitada en una centena de eventos.

Redactora del texto docente de “Introducción al Urbanismo” en 1985 para los cursos de Arquitectura en Cuba y otros como “Estructura y valores urbanísticos en la remodelación de zonas de viviendas” de la Universidad Técnica de Hamburgo, en 1989. Entre sus textos más destacados se encuentra “Conservación patrimonial: teoría y crítica” en coautoría con Isabel Rigol, en 2013; y Patrimonio del Mercurio, Fundación Francisco Javier de Villegas, en España, también de 2013.

Entre los reconocimientos más importantes destaca Premio del Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio (CICOP/Argentina) a la obra de toda la vida, 2013. Premio de la Academia de Ciencias de Cuba al libro “La casa cubana: colonia y eclecticismo”. Editores. José R. Soraluze y Roberto López, (como coautora), 2006. Premio Nacional Vida y Obra. UNAICC, 2022.

Felicia Chateloin Santiesteban (1949)

Arquitecta, graduada la actual Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”, CUJAE, en 1973. Especialista en restauración arquitectónica en 1988. Master en Rehabilitación de Patrimonio Construido en 1993 y Doctora en Ciencias Técnicas por la CUJAE en 2009. Desde 1986 se desempeña como profesora de la CUJAE y en 2009 como Profesor Emérito de la Cátedra Regional UNESCO de la Conservación Integral de los Bienes Culturales para América Latina y el Caribe (CRECI).

Con una destacada experiencia como arquitecta proyectista de obras industriales entre 1973 y 1983, trabajó en la re-funcionalización del Convento de Santa Clara, de

1981 a 1983, para sede del Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología (CENCREM). En esta obra estuvo a cargo de los proyectos de ingenierías (estructura, hidráulica, eléctrica, mecánica), los levantamientos topográficos y atendió las coordinaciones con el proyecto de arquitectura (responsabilidad de MINCULT) del arquitecto Daniel Taboada. A partir de 1983 y hasta 1999 pasó a formar parte de los especialistas del Departamento de Arquitectura y del Departamento de Centros Históricos del CENCREM, donde desarrolló un destacado trabajo investigativo y de proyecto. Desde 1999 hasta el año 2000 se desempeñó como Especialista del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC) y de 2007 a 2011 trabaja como Especialista superior de proyectos en la Dirección de Arquitectura Patrimonial de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Entre 1987 y 1998 realiza diversos viajes de estudios y eventos. (1987) Seminario de Monumentos, Bulgaria; (1988) Beca UNESCO, Archivo de Indias, Sevilla, España; (1996) Reunión de expertos de Ciudades Patrimonio de la Humanidad. Representante de La Habana Vieja en la “Presentación del Proyecto de Regulaciones Urbanas de Sucre”, Bolivia; (1997) Seminario itinerante Misiones jesuíticas en el sur boliviano; (1998) Costa Rica, invitada por la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura Juventud y Deportes para colaborar en la implementación del Inventario en el Centro Histórico de Limón y en áreas patrimoniales de San José e impartir conferencias.

Es autora de importantes libros como “La Habana de Tacón” (1989) y numerosos artículos en revistas especializadas. Miembro de DOCOMOMO- Cuba, DOCOMOMO- Cuba, de la Cátedra Gonzalo de Cárdenas de Arquitectura Vernácula, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y ha recibido importantes premios y reconocimientos como el Premio de investigación de la Academia de Ciencias de Cuba 2009 y el Premio de Vida y Obra de la Sociedad de Arquitectura UNAICC, entre otros.

Eliana Cárdenas (1951-2010)

Arquitecta, graduada en la actual Universidad Tecnológica de La Habana “José Antonio Echeverría”, CUJAE, en 1972. Doctora en Ciencias Técnicas y profesora e investigadora titular de la Facultad de Arquitectura de la CUJAE. Ensayista, teórica, historiadora y crítica de la arquitectura. Considerada por Roberto Segre como la principal historiadora de la arquitectura cubana en la segunda mitad del siglo XX.

Realizó su servicio social en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, donde su labor junto al profesor Francisco Prat Puig le permitió acercarse al mundo de la conservación del patrimonio arquitectónico. Durante su trabajo en esta provincia participó en la elaboración del Plan Director; el Plan de Rehabilitación Urbana, así como el estudio de los centros históricos de Bayamo y Guantánamo. Cumplió con la misión internacionalista de impartir y fundar la disciplina de Teoría e Historia de la Arquitectura en la Universidad Agostinho Neto, en Luanda, Angola.

Integró el Grupo de Investigación de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo (GIHAH) dirigido por Roberto Segre, en el que se realizaban levantamientos de La Habana Vieja y estudios sobre su evolución histórica que culminaron en el libro “La Habana. Transformación urbana en Cuba” publicado en Barcelona en 1974 por la editora Gustavo Gili. Junto a destacados arquitectos cubanos como Fernando Salinas, Roberto Segre, Mario Coyula, entre otros, promovió la recuperación de la cultura arquitectónica en la formación del arquitecto.

A lo largo de su carrera profesional ocupó varios cargos, como Directora de la revista “Arquitectura y Urbanismo”, miembro del Comité Cubano de ICOMOS y vicepresidenta de DOCOMOMO. Presidió la Comisión de Teoría, Historia y Crítica de la Sociedad de Arquitectos de la Unión Nacional de Arquitectos e Ingenieros de la Construcción de Cuba (UNAICC). Formó parte del Consejo Científico de la Facultad de Arquitectura de la Cátedra Regional de Ciencias de la Conservación Integral de Bienes Culturales y Naturales del Caribe, de la Cátedra de Arquitectura Vernácula “Gonzalo de Cárdenas”, del Tribunal Nacional de Grado Científico y de la Academia de Ciencias de Cuba. Fundadora de la Comisión de Monumentos de Ciudad de La Habana y del Consejo Académico Iberoamericano para la Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano.

Destacada por su labor docente e investigativa, impartió clases en universidades de Cuba y el mundo a nivel de pregrado y posgrado sobre teoría de la arquitectura, el urbanismo y la conservación arquitectónica. Elaboró junto a Segre textos de referencia para asignaturas impartidas en diferentes facultades de arquitectura de Cuba y el extranjero. Sus aportes a la teoría de la arquitectura fueron resumidos en el libro "Problemas de teoría de la arquitectura", publicado en 1998 en la Escuela de Arquitectura de Guanajuato, México.

Entre otras publicaciones en las que participó se pueden mencionar: Crítica Arquitectónica; Historia de la Arquitectura y el Urbanismo: América Latina y Cuba (1984); Historia de la Arquitectura y el Urbanismo. De los orígenes al siglo XIX (1986); José Martí. Arquitectura y paisaje urbano (1988); La arquitectura y el arte del barroco europeo (1996).

Fue merecedora de numerosos reconocimientos, entre ellos: el Premio 13 de marzo de la Universidad de La Habana; el Premio de Crítica Ambiental "Joaquín Weiss"; y el Premio Ensayo Razón de Ser de la "Fundación Alejo Carpentier", todos ellos en Cuba. En México obtuvo el Premio Plural de Ensayo, y el Premio 2000 en Investigación y Teoría, que otorga la Federación Panamericana de Asociaciones de Arquitectos.

ANEXOS

Anexo 1- Evaluación de la Campaña Internacional de Salvaguardia de la Plaza Vieja de la Habana. Arq. Paulo Ormino de Azevedo, Marzo de 1995.

Evaluación de la Campaña Internacional de Salvaguardia de la Plaza Vieja de La Habana*.

Arq. Paulo Ormino de Azevedo. Consultor enviado por la UNESCO a La Habana en marzo de 1995.

*Transcripción del borrador del informe original, cedido y revisado por el Arq. Paulo Ormino de Acevedo en enero de 2025.

INTRODUCCIÓN

En 1982, la UNESCO declaró La Habana Vieja Patrimonio de la Humanidad. A petición del Gobierno de Cuba, la XXI Conferencia General de la UNESCO, realizada en el mismo año autorizó a su Director-General a hacer un Llamamiento a la Solidaridad Internacional para el rescate del Conjunto Monumental de su Plaza Vieja. Considerando la pequeña tradición de preservación de Cuba, el progreso que se hizo en los últimos 16 años puede ser considerado muy grande. Hasta el final de la década de 50 no existía ninguna ley de protección a los bienes culturales, con excepción del decreto que consideró La Habana Vieja Zona de Excepcional Valor Histórico y Artístico, pero que no implementó ninguna medida preservacionista.

Solo en el final de la década del 70 se aprueba la Ley de Protección al Patrimonio Cultural (1977) que sería reglamentada en 1979, y se crea la Dirección de Patrimonio Cultural y la Comisión de Monumentos subordinada al Ministerio de Cultura. En los años siguientes con la ayuda de los Proyectos CUB/81/017 y CUB/86/017 de la UNESCO y del Proyecto Regional de Desarrollo y Patrimonio PNUD/UNESCO se instala el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología – CENCREM - adscrito al Ministerio de Cultura, que tendría un papel decisivo en la formación de personal altamente calificado y apoyo técnico/científico a la proyección y ejecución de trabajos de conservación y restauración en el país y en el exterior.

De otra parte, desde 1938 se había creado La Oficina del Historiador de la Ciudad, subordinada al Municipio de La Habana, que además de desarrollar estudios

históricos sobre la urbe, hizo campañas importantes en la defensa de monumentos habaneros, pero que en realidad no tenía los instrumentos, sea legales, sea materiales para cumplir una función preservacionista. Con la nueva organización administrativa del sector de la cultura, a partir de 1980, la Oficina pasa a tener nuevas atribuciones, especialmente como el mayor inversionista en la conservación de la ciudad. En 1982 se crea, adscrito a la Oficina Historiador, el Departamento de Arquitectura para cuidar del Centro Histórico y sus Monumentos que, mediante el Decreto Ley 143, a partir de 1993 pasaría a ser subordinado a la misma Oficina.

Para la consecución de estos logros ha sido fundamental la elevación de la Ciudad Vieja de La Habana a la condición de Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1982, y el lanzamiento de la Campaña Internacional que concomitantemente ese órgano de las Naciones Unidas ha promovido en defensa de la ciudad y en particular de su Plaza Vieja. La idea era concentrar los esfuerzos en esta plaza, símbolo de la sociedad civil de la ciudad, y a partir de ella dirigir las acciones a través de calles peatonales para otras tres plazas, formando un sistema integrado. Para esto la Dirección de Patrimonio y el CENCREM han desarrollado el primer proyecto integrado de recuperación de un conjunto monumental sin desmedro de la función habitacional.

Como la realidad es mucho más rica y compleja que los planes, los mismos objetivos serían cumplidos, como veremos más adelante, pero de una forma distinta a lo planeado originalmente. Así, los efectos de la Campaña Internacional de la UNESCO en favor de La Habana, deben ser evaluados en el marco de toda la Ciudad Vieja, que es su objetivo final y mayor no era exclusivamente de la Plaza Vieja, sino solamente un medio. Esta evaluación debe además considerar la doble dimensión – nacional e internacional - de la Campaña, para que podamos tener una visión real y completa de sus efectos.

EL ALCANCE DE LA CAMPAÑA

Si los recursos internacionales captados directamente por la Campaña han sido modestos, como desgraciadamente viene ocurriendo en los últimos años con tales campañas, no se puede decir lo mismo de los efectos indirectos que ella ha

suscitado. El prestigio internacional de la UNESCO y su endoso a la Campaña han servido como aval para que muchos países, ONGs y hasta empresas privadas vienen desarrollando interesantes acciones en cooperación con las autoridades cubanas. Esta modalidad de asociación cumple mejor los objetivos de dichos países y/o organizaciones en el sentido de la formación de una imagen del donante, que la aplicación de los mismos recursos a través de un organismo internacional, donde se entiende la preferencia por los convenios bilaterales. Con esto se pierde como es natural, parte del control de las inversiones como campaña porque los donantes tienen intereses específicos, lo que es también positivo, pero que exige mayor flexibilidad de negociación. Y ha sido exactamente esto lo que supo hacer la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Como ejemplo podemos citar los convenios firmados con la Agencia Española de Cooperación Internacional AECI, que ha permitido restaurar el Convento de San Francisco, con la instalación de una Escuela Taller y con la Junta de Andalucía y otras autonomías españolas se está negociando la recuperación de 13 manzana en el Malecón, manteniendo la función habitacional, además del contrato con el grupo privado Argentario, de la misma nación, para la restauración y rehabilitación de la Lonja del Comercio, junto a la Aduana, como oficina para empresas extranjeras. Con el Gobierno Alemán se han firmado convenios que han permitido restaurar la Iglesia del Espíritu Santo (1985) y la Casa del Alexander von Humboldt (1992). Convenio semejante se firmó con México para la instalación de la Casa de Juárez con su biblioteca. Se puede citar además las Casas Simón Bolívar, Guayasamín y de África recuperadas de forma semejante.

La mayor parte de estos centros culturales están ubicados en la calle Mercaderes y vecinas donde se ubican también hostales, restaurantes y bares reciclados con recursos del gobierno cubano. De este modo, las inversiones acabaron concentrándose en el otro extremo del área que originalmente se priorizaba restaurar del Centro Histórico. Esta otra zona, que presentaba mayor accesibilidad y menores problemas sociales, marcha en dirección a la Plaza Vieja. En los últimos meses se han iniciado también algunos programas asistenciales a los vecinos, especialmente niños y viejos.

Además de muchos inmuebles desocupados, no hay proyecto cerrado para esta parte de la ciudad, sino una intención, lo que facilita las negociaciones. Pero se trata de una serie de acciones puntuales que producen un efecto positivo por la concentración de inversiones, pero que necesitan estar insertadas en una política más amplia. Es preocupante a mediano plazo, por ejemplo, el costo de mantenimiento de todas estas pequeñas instalaciones culturales y sociales. La renta de la visita turística solo, como sucede en todo el mundo, no es suficiente, a pesar del dispuesto en el Decreto-Ley n. 14, que pone a disposición de la Oficina del Historiador los recursos generados por el turismo.

De otra parte, el CENCREM además de la restauración de edificios en la Plaza Vieja, ha desarrollado una importante labor de captación de personal y discusión de problemas conceptuales de la restauración. En convenio con México y con el apoyo del Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, ha sido realizado el Seminario Latinoamericano sobre la Vivienda en los Centros Históricos (Habana-México, 1987) para comparar las experiencias llevadas a cabo en la Plaza Vieja de La Habana y a raíz del terremoto de 1985 en la ciudad de México.

En el mismo año 1987, el CENCREM ha sido sede del Encuentro Internacional del IKAS con la participación de arquitectos de Alemania, Cuba, Dinamarca y Suecia, en donde se discutió la inserción de la arquitectura nueva en entornos históricos. Resultado de la Campaña han sido también las donaciones hechas al CENCREM de un taller completo de carpintería, por la empresa PKZ de Polonia y de azulejos para baños y cocinas de inmuebles de la Plaza Vieja donados por una cerámica de Treviso, Italia.

También han sido relevantes los efectos de la Campaña en el ámbito interno del país. Además de las medidas administrativas adoptadas, ya mencionadas, se puede notar un creciente interés de los más altos niveles del Gobierno por la preservación de La Habana Vieja como demuestra la inclusión en el Plan Quinquenal 1981/1986 de un considerable monto de recursos para la conservación y restauración de su Centro Histórico. A raíz de la declaración de La Habana Vieja Patrimonio de la Humanidad e inicio de la Campaña, se aprobó un Plan de Restauración y Mantenimiento del Centro Histórico con inversiones financiadas por el Ministerio de

Cultura y la Provincia de la Ciudad de La Habana. Para hacer frente a las contrapartidas de los proyectos arriba mencionados y otros integralmente financiados por Cuba, se triplicó el presupuesto para la preservación del Centro Histórico, en el Plan Quinquenal de 1986/1991. Ahora mismo, la Oficina del Historiador está actualizando el Plan Maestro del Centro Histórico, con la realización de un censo del mismo y revisión de planes sectoriales.

EVALUACIÓN DE LOS TRABAJOS DE PLAZA VIEJA.

“Dentro del Plan-Director de Restauración del Centro Histórico la revalorización de la Plaza Vieja es uno de los grandes subcentros a desarrollarse en el casco histórico, con carácter de núcleo polivalente, dentro de un criterio de desarrollo cultural y socioeconómico”. El Plan de la Campaña Internacional para la Salvaguardia de la Plaza Vieja privilegiaba “una acción multidisciplinaria en que se conjuguen las actividades culturales y turísticas conjuntamente con las funciones de desarrollo de un espacio metropolitano activo, en el que coexisten las actividades cotidianas del hábitat y las actividades culturales, educativas, comerciales, administrativas y turísticas”.

Como se puede notar, la revalorización de la Plaza Vieja era solamente una prioridad dentro del objetivo mayor, que era la Restauración del Centro Histórico de La Habana.

Se pretendía, además, que este fuese un modelo de preservación integral para todo el Centro Histórico. Sin embargo, una serie de circunstancias hizo que otras acciones fueran priorizadas, pero persiguiendo el mismo objetivo de restauración de La Habana Vieja. Para eso contribuyeron algunos factores como:

- 1- Las bajas donaciones hechas por la comunidad internacional. Tales donaciones se restringen prácticamente a los recursos donados por el fondo del Patrimonio Cultural para obras de Emergencia en la Plaza.
- 2- La implementación de las acciones previstas en el Plan-Director Urbano para la Plaza Vieja.

- 3- El carácter pionero de la restauración para uso habitacional cuando no había una política global de rehabilitación de la vivienda.
- 4- La preferencia de los asociados bilaterales en hacer inversiones en sitios con mayor accesibilidad y menores problemas sociales, como son las otras tres plazas del Centro Histórico y la calle Mercaderes y cercanas.
- 5- La polémica sobre el tratamiento a ser dado al parqueo semienterrado existente en la Plaza.

A pesar de estas dificultades, se restauraron, hasta 1990, seis edificios de la plaza con la creación de 36 nuevas viviendas, cuatro espacios culturales e igual número de locales de servicios. Esto representa solamente el 30% del objetivo original de restaurar los 20 edificios que cierran la plaza, pero es espacio mismo de la Plaza. Las obras de restauración fueron:

Casa de los Condes de San Juan de Jaruco (S. XVIII/XIX), ubicada en la esquina de la Calle Muralla con San Ignacio, restaurada en 1979, antes de la Campaña. Abriga actualmente el Fondo de Bienes Culturales, que desarrolló un interesante trabajo de animación cultural en la Plaza, con espectáculos teatrales desarrollados por la comunidad. Casa de los Franchi Alfaro (S. XVIII/XIX), ubicada en la Calle Mercaderes 315/317, que fue en gran parte reconstruida en 1986, pero conservando las fachadas y lo que quedó de la casa primitiva. Tiene actualmente uso mixto: cafetería y consultorio médico en la planta baja y 16 nuevos apartamentos en las plantas superiores. El patio quedó sin vida, una tierra de nadie, lo que podría evitarse si la cafetería se abriera para él. Casa del Conde Lombillo (S. XVIII), Calle San Ignacio 364, su fachada con pinturas murales fue rigurosamente restaurada en 1989, mientras que el interior fue reestructurado para la adaptación de 14 viviendas. Los salones principales fueron convertidos en espacio de exposición de materiales relacionados con el desarrollo urbano. Abierta para el pórtico, en la planta baja, hay un área de comunicación social con la comunidad.

La antigua casa del Teniente Rico de Mata (S. XVIII M.), ubicada en Mercaderes 307, poseía solamente dos crujías delanteras y la fachada, que fueron restauradas para instalación de una fototeca. En el fondo se reconstruyeron dos crujías modernas en torno a un patio en donde se pudo instalar seis apartamentos.

La Casa de las Hermanas Cárdenas (S. XVIII F.), sirvió en el siglo XIX como sede de la Filarmónica de La Habana y fue restaurada en 1989 para ser sede del Centro de Desarrollo de las Artes Visuales, que promueve actividades en sus galerías abiertas para el portal. Cine Habana, ubicado en Mercaderes 311, resultó de la transformación de una vieja casa en 1938 en sala de proyección. De este modo, solo quedó la fachada primitiva, aun así modificada. En el curso de las actuales obras se recompuso la fachada, pero no ha sido posible concluir. Además faltan los equipamientos para su retorno a la función primitiva.

A pesar de una larga negociación con la Associazione Italia/Cuba, del Friuli, Venezia Giulia, Italia, no se ha logrado obtener financiación para la consolidación y restauración del Café Taberna, Calle Teniente Rey 18. Ante su avanzado estado de deterioro lo único que se logró hacer fue su apuntalamiento. Pero esta no es una solución duradera. Aun recién, obras deficientes e interrumpidas provocaron un accidente de grandes proporciones y daños a la imagen de la Plaza. Fue el desplome de la fachada principal del Colegio Santo Ángel (1753), en la Calle Teniente Rey 60. Desde 1990 las obras fueron paralizadas debido al "Periodo Especial". Para complicar más la situación, la llamada Tormenta del Siglo, ocurrida en marzo del 1993, provocó daños en algunas construcciones que se encontraban muy deterioradas. Para reparar estos daños el Fondo del Patrimonio Mundial aprobó tres ayudas de emergencia cuyas obras fueron parcialmente realizadas, como veremos adelante.

Según el Plan de Acción de la Campaña, el Gobierno Cubano debía hacer un aporte de US\$ 2,699,285.00 correspondientes al 40% del costo total de las obras presupuestadas en US\$ 6,720,900.00. La contribución cubana correspondía a la restauración de siete inmuebles de los 21 programados, o sea, la tercera parte del total. Hasta octubre de 1989, poco antes de ser paralizadas las obras, el Gobierno Cubano ya habían hecho una inversión de US\$4,965,800.00, excluidos los US\$1,700,000.00 de la restauración de la Casa de los Condes de Jaruco, concluida en 1979, sin que prácticamente hubiese recibido ningún recurso externo de la Campaña.

De todos modos, el Gobierno Cubano restauró seis inmuebles, incluida la Casa de los Condes de Jaruco, de los siete programados, lo que representa el 86% de su compromiso. Para esto, tuvo que hacer una inversión adicional del 84%. Considerándose que en el valor invertido no están incluidos los costos de proyectos, realizados por el CENCREM, ni de la mano de obra, se puede considerar que Cuba cumplió su parte. Faltan, sin embargo, la restauración de 15 inmuebles, que se supone serían financiados por las donaciones internacionales. Lo que es necesario, en una segunda etapa de la Campaña, es una mayor atención con los presupuestos, ya que se revelaron por debajo de lo real.

Las inversiones internacionales se han restringido a las realizadas por el Fondo de Patrimonio Mundial por motivo de accidentes naturales, como la Tormenta del Siglo. La primera ayuda por el valor de US\$20,000.00 fue aprobada en junio de 1993, contrato 585.244.3, y estaba destinada a obras de emergencia y consolidación en el Colegio del Santo Ángel, Café Taberna, Calle Muralla 101 y 103/105, Calle San Ignacio 320/324, 356/358 y 368. Además, debían cubrir los trabajos de mantenimiento de edificaciones ya restauradas como: Casa del Conde Lombillo, Casa de las Hermanas Cárdenas, Fototeca de Cuba, Casa de los Franchi Alfaro, Casa de los Condes de Jaruco y saneamiento y mejoras ambientales de las casas ubicadas en la Calle Teniente Rey 52/54 y 56, Mercaderes 301/303 y 313, San Ignacio 356/358 y 360 y Palacio Cueto.

En diciembre del mismo año se liberaron recursos complementarios por valor de US\$ 25,000.00, contrato 357796.3, que fueron utilizados en obras de mantenimiento de la Casa de los Condes de Jaruco, consolidación y reciclaje de los inmuebles ubicados en las calles Muralla 105 (Casa Arate), San Ignacio 151 (Conde Ricia) y 360 (Condesa de S. Esteban), esta última solo las obras iniciales. Tales obras ya fueron realizadas.

Nuevos recursos del Fondo del Patrimonio Mundial, por el valor de US\$ 55,000.00 fueron liberados en febrero de 1994, contrato 58555.4 para la restauración de la Casa no.358 de la Calle San Ignacio, esquina con la Calle Muralla, que deberá tener uso mixto: cultural en planta baja y habitacional en las plantas altas. Los recursos

donados por la UNESCO se destinarán a la compra de materiales. Hasta el momento no han sido iniciadas las obras.

La UNESCO ha realizado, además, algunos trabajos de divulgación de la Campaña, como dos videos, un conjunto de “slides”, la publicación de un libro y de carteles para distribución entre los Países Miembros. Estos elementos han sido muy importantes para la captación de recursos a nivel bilateral. Todas estas obras fueron proyectadas por el CENCREM y ejecutadas por la Empresa de Restauración, actualmente adscrita a la Oficina del Historiador. Ya en una evaluación anterior de esta misma Campaña, el Arq. José Ramón Moreno hizo un llamamiento para una mayor integración de este proyecto con la planificación global de la ciudad y coherencia en los criterios de intervención en cada uno de los edificios restaurados. Efectivamente sin una implementación de las medidas de integración de la Plaza en términos metropolitanos y una articulación adecuada con otros polos urbanos, el Proyecto de la Plaza Vieja no progresará. La proporción de espacios destinados a la cultura, servicios y viviendas depende de esta definición, como muchos otros requisitos de los proyectos arquitectónicos.

En lo que se refiere a la ejecución de las obras se nota también una gran variación de calidad de los materiales y de la mano de obra. Cuba, que ha especializado mucho personal de nivel superior en la restauración, se ve escaso de profesionales de nivel medio – maestros de obra, albañiles y carpinteros - con la misma capacitación. Lo mismo se puede decir del control de calidad de los materiales. El país posee excelentes laboratorios de ingeniería, pero aparentemente falta articulación entre la Universidad y los maestros de obras.

También los procedimientos de apuntalamiento y consolidación, aparentemente no obedecen a normas muy rígidas de seguridad, como quedó demostrado en el curso de las obras del Colegio del Santo Ángel, cuando se permitió que gran cantidad de agua se acumulara en las losas. Existían además fallas en el desagüe, lo que redundó en un grave accidente, con pérdidas de valores culturales. Se nota, por otra parte, tanto en el Centro Histórico como en Centro Habana, que a raíz de un pequeño derrumbe o desplome se trata de demoler todo el edificio, cuando sería más práctico y económico consolidarlo y reconstruirlo.

Con relación a los proyectos que deberán ser ejecutados en un futuro inmediato nos causa preocupación la implosión del parqueo semienterrado existente en la Plaza Vieja. Después de una larga polémica sobre el tratamiento a ser dado a aquella obra ejecutada sin gran reflexión en 1952, las autoridades responsables por el problema han decidido demoler y rehacer la plaza como había sido creada originalmente. Además de no ser una obra prioritaria, ante el estado en que se encuentran, algunos de los edificios que cierran su ámbito y a las condiciones en que viven los pobladores de las manzanas vecinas, el método que se ha escogido para demolerlo puede poner en riesgo aquellas casonas vecinas que ya se están cayendo solas.

En los últimos años se ha producido una gran variedad de estudios para esa plaza, desde el mantenimiento de la construcción actual y uso de su sótano para fines culturales y de esparcimiento, hasta la rebaja de su loza con gatos y mantenimiento de su función original o la eliminación de la loza y creación de un gran espejo líquido. A nuestro modo de ver, la solución a escoger depende de la consideración del papel a desempeñar por la plaza, lo que no está aun claramente definido.

En cuanto a la reconstrucción de la fachada del Colegio del Santo Ángel, propuesta por el CENCREM, acreditamos que es la posición más prudente. En primer lugar, su imagen aún está muy viva en la mente de los vecinos y ciudadanos. En segundo lugar, las experiencias hechas en La Habana de integración de arquitectura moderna en conjuntos antiguos, han sido muy poco felices. En lugar de ganar en la totalidad de los casos se ha perdido. A menos que se pudiera realizar un concurso internacional que asegure una calidad muy alta, nos quedamos como en el pasado, como en Venecia: “come era, dove era”.

Con recursos bilaterales o nacionales se ha restaurado o se está restaurando prácticamente todo el extenso sistema defensivo de la ciudad, el conjunto de iglesias y conventos y los grandes palacios gubernamentales. Muchas casas nobles han sido restauradas para funciones culturales o turísticas y gastronómicas. Sin embargo, un sin número de casonas de inestimable valor cultural siguen deterioradas y hacinadas. La infraestructura urbana de La Habana Vieja es la misma de hace medio siglo. Estos son los grandes desafíos del Centro Histórico de La Habana.

DESARROLLO URBANO Y PRESERVACIÓN

Desde el final del siglo pasado, la rica burguesía azucarera cubana había iniciado su traslado de la ciudad amurallada y del Centro Habana para zonas más exclusivas, como el Vedado y a partir de los años 40 para Miramar y el Country Club, hoy Cubanacán. Con esto, empezaba el deterioro y el hacinamiento de la parte más antigua de la Ciudad de La Habana, pero también y paradójicamente, su conservación pasiva. La Revolución habría de impedir la realización de algunas cirugías radicales, como las del Plan Sert, y frenado el proceso de sustitución y verticalización que sucedió en todas las demás capitales de Latinoamérica. Pero iría también a agravar su hacinamiento y deterioro, debido a la crisis de la vivienda y falta de inversiones en mantenimiento. Pero no hay duda de que La Habana consiguió conservar sus funciones centrales y un patrimonio urbano como ninguna otra ciudad Latinoamericana, aún con graves problemas socioeconómicos.

A partir del final de la década de los 70, las autoridades cubanas empezaron a dedicar mucha atención a la preservación de su patrimonio monumental. Es en este contexto que se hace el Plan de Restauración de la Habana Vieja y se lanza la Campaña Internacional para la Salvaguarda de la Plaza Vieja. Con este espíritu, se restauran muchos edificios con fines culturales y turísticos, pero las cuestiones de fondo, como la vivienda y la renovación de su infraestructura, seguirán sin solución. Como resultado de la disolución del Bloque Soviético y la consecuente interrupción de la cooperación con el mismo, Cuba enfrentaría graves problemas económicos, iniciándose el llamado “Período Especial”. Como consecuencia de este hecho, entre 1990 y 1993, el programa de preservación del Centro Histórico prácticamente paró.

Pero la crisis acabaría por crear una nueva perspectiva para el Patrimonio Cultural. En este nuevo contexto, el turismo pasa a constituirse en la segunda fuente más importante de divisas para el país y La Habana su principal producto turístico, principal puerta de entrada al país y dueña de un notable patrimonio cultural. La Habana Vieja pasó a tener entonces un peso económico muy alto. Después de un descenso de las inversiones, nuevas medidas son adoptadas para asegurar la continuidad del programa de rehabilitación del Centro Histórico, como el Decreto Ley

no. 143, del 30/10/93, que colocó bajo un comando único las acciones en el Centro Histórico, con la Empresa de Restauración de Monumentos y dio a la Oficina del Historiador una autonomía casi completa.

El órgano pasó entonces a tener competencia para promover inclusive actividades turísticas y comerciales en el Centro Histórico, como forma de financiar su restauración y desarrollo social, además de los recursos consignados por los Ministerios de Finanzas y del Trabajo y Seguridad Social. Para captar divisas fue creada la Compañía Habaguanex S.A. de explotación de servicios turísticos y comerciales en el Centro Histórico con su propia economía, lo que constituye un hecho novedoso a nivel continental. Cerca de 44 obras han sido o están siendo restauradas por la Empresa de Restauración en esta nueva fase, contando para esto con 2.000 funcionarios.

Con la nueva política económica que se está implementando en el país es posible prever algunos cambios en el Centro Histórico que deben ser considerados para efecto de las futuras acciones. En primer lugar, se puede prever una gran tercerización, con la expansión del turismo y del comercio y la consecuente demanda de espacios para funcionamiento, tanto en planta baja como en los pisos superiores. Esto va a significar presiones para la verticalización y expulsión de la población y provocará, a su vez, un gran aumento del tráfico y de la demanda de espacios para parqueo. Otra consecuencia de esas medidas es el aumento del sector informal, que ya empieza a aparecer en las plazas y calles debido a la liberación del trabajo por cuenta propia. La presencia de terminales de transporte ferroviario, marítimo (C. Fuerza y Luz) y de ómnibus (Al. Paula. Av. Puerto, Túnel y P. Fraternidad) y mercados populares como los de Egidio / Corrales, Barrio Chino y Reina/Galiano (Centro Habana). Además de los polos turísticos, como las Plazas de la Catedral y de Armas, constituye esta actividad una gran fuerza de atracción del centro.

No hay, de otra parte, por qué temer al turismo. La Habana Vieja ha mantenido sus funciones centrales – puerto, centro administrativo, comercial y de esparcimiento - además la vivienda y el turismo nunca va a ser una actividad dominante o exclusiva del área. Ocurrirán también efectos positivos, como el aumento de la masa de

empleo, del ahorro popular y de la recaudación de impuestos. La venta de los puntos comerciales y la renta de locales, así como los impuestos al comercio y a los servicios podrían servir para subsidiar programas de rehabilitación de la vivienda y renovación de la infraestructura del Centro Histórico.

RECOMENDACIONES

El Centro Histórico de La Habana tiene 202 Ha. y 70.560 habitantes, lo que corresponde a una densidad media de 350 hab./Ha. En la ciudad amurallada llega a 430 hab./Ha. El área no es homogénea. La mitad Norte es donde se concentran las actividades administrativas y comerciales de mayor monto. La Sur, es donde están los barrios de San Isidro y Paula, más deprimida. Allí siempre vivió la gente ligada al puerto y al arsenal. Los lotes en esta parte del centro son más chicos y los edificios más bajos. Cerca del 60% de los pobladores del Centro Histórico viven en ciudadelas y no pagan alquiler. Debido a los altos puntales (4,5 a 5,5 m) la casi totalidad de las habitaciones en el Centro Histórico tuvieron su área construida duplicada con mezanines conocidos como "barbacoas", aumentando mucho el hacinamiento.

Se estima que 9 Ha. del Centro Histórico son terrenos baldíos producto de demoliciones de edificios. Otras 7 Ha. están ocupadas por almacenes y depósitos ligados al puerto. Además, existían 438 casonas en el área ocupadas por una sola familia, en 1987. Como muchas actividades de carga y descarga del puerto están siendo desplazadas para otras áreas de la bahía, se puede, en principio, contar con 16 Ha. para vivienda, áreas verdes y parqueos, lo que podrá mejorar mucho las condiciones de vida en el Centro Histórico.

Salvo algunos proyectos experimentales, la mayoría de las intervenciones que se hicieron en la zona prioritaria del Centro Histórico – Catedral/Plaza Vieja - no contemplaron la cuestión de la habitación. De otra parte, el instituto Nacional de la Vivienda, con su opción por la prefabricación pesada, ha siempre actuado en la periferia urbana. En el inicio de los años 70, se demolieron cuatro manzanas en el barrio de Cayo Hueso, Centro Habana, para hacer torres de 12 y 20 pisos. La misma

experiencia se repitió en calle Tejas, en el Cerro. Los resultados han sido negativos, con algunas torres tardando hasta 15 años para ser concluidas.

Con la reactivación de las Microbrigadas de Construcción en el año 1986, se decidió intervenir en zonas ya urbanizadas. Para las autoridades del Centro Histórico estas acciones deberían ser dirigidas a la rehabilitación de viviendas. Pero se prefirió la construcción en los numerosos terrenos baldíos que existían en el área. Así se construyeron cerca de una centena de edificios nuevos residenciales en el Centro Histórico, entre 1986 y 1990. Muchos no han sido concluidos. Debido al hecho de que las microbrigadas son organizadas dentro de una empresa pública, y no en un barrio, su intervención en el Centro Histórico resultó traer más gente para la zona. Se intentó organizar microbrigadas sociales, formadas por vecinos, pero la experiencia fue afectada por el "Período Especial". Sus proyectos, elaborados por distintas oficinas y empresas son muy diversificados, pero todos poco integrados a su entorno.

Muchos de estos inconvenientes podrán ser resueltos en los próximos meses. Un nuevo Decreto-Ley, en tramitación en el Consejo de Estados y de Ministerios, deberá ampliar aún más la competencia de la Oficina del Historiador, poniendo bajo su dirección los programas de vivienda en el Centro Histórico. No hay todavía una política definida y queda un problema de fondo; dónde conseguir los recursos para enfrentar un problema gigante como es el de la vivienda en el Centro Histórico. Hasta ahora las agencias internacionales se niegan a financiar proyectos de rehabilitación y restauración urbana. Las inversiones privadas en este sector también son muy improbables. La tercera vía, repartir los costos con los vecinos, mediante la utilización de ahorros populares, también es muy difícil en este momento.

Pero hay algunas perspectivas que se abren con los nuevos cambios económicos. El primero es el aumento de la masa de empleo en el área con el crecimiento de la actividad terciaria, en especial turística y de trabajo por cuenta propia, lo que abre una perspectiva de autofinanciación de la vivienda para algunos grupos sociales. La segunda es la financiación parcial del programa con la venta de puntos comerciales y renta de locales para comercios, servicios y oficinas, cuya demanda va a crecer muchísimo en los próximos años.

En el primer caso sería interesante crear mecanismos de ahorro forzoso, como se han adoptado en muchos países Latinoamericanos, a ejemplo del fondo de indemnizaciones del tiempo de servicio del trabajador. Este fondo sería formado por las contribuciones de las empresas nacionales y extranjeras que actúan en el país, de una parte, y el trabajador de otra. Los trabajadores por cuenta propia contribuirían doblemente. Este fondo es usualmente sacado por el trabajador en los siguientes casos: jubilación o muerte, accidente o enfermedad grave, desempleo y en la compra de la casa propia.

La experiencia de otros países indica que una contribución del 1% de cada una de las partes sobre las planillas de mano de obra es suficiente para la formación de este fondo. Con estos recursos sería posible financiar un gran programa de rehabilitación y construcción de nuevas viviendas, que no serían dadas, sino amortizadas por los nuevos dueños. Otro mecanismo complementario es la exigencia del mantenimiento de un cierto monto de ahorro en el banco estatal por algunos meses, como requisito previo a la inscripción en el programa de vivienda.

En el segundo caso, sería necesario la creación de una inmobiliaria que iría promover la rehabilitación de edificios en el Centro Histórico con áreas comerciales en planta baja y apartamentos en los pisos superiores. Con la renta de los espacios comerciales, altamente valorados por su ubicación céntrica, sería posible subsidiar parcialmente los programas de vivienda de los grupos sociales de menor renta. Para ello se podría implementar también programas de ayuda mutua asistida o formación de brigadas sociales, siempre con el incentivo de la regularización de la tenencia del inmueble.

En todos los casos, deberá hacerse previamente un inventario del acervo habitacional existente, identificados los ejemplares excepcionales o más representativos desde el punto de vista cultural, y definidas las intervenciones modelos a ser operadas. Del mismo modo, deberán realizarse estudios con base en las tipologías arquitectónicas existentes de modo a crear modelos de conversión de estas casonas unifamiliares en unidades plurifamiliares y hasta de uso mixto, es decir, servicios y viviendas. Se puede inclusive estudiar el mantenimiento de algunas

“barbacoas” como forma de disminuir el desplazamiento del exceso de población. Con esto se pretende evolucionar de una visión casuística de la restauración monumental para la elaboración de una metodología sistemática de la rehabilitación urbana. Las intervenciones modelo podrán ser:

- 1- Restauración rigurosa de los ejemplos excepcionales con destino preferentemente cultural;
- 2- Consolidación y reciclaje de los ejemplares representativos de cada época, manteniendo la función primitiva (vivienda o vivienda/servicio), pero adaptándose a la vida actual;
- 3- Consolidación y transformación interna aplicable a edificios muy alterados en su interior, con alternativas de mantenimiento o introducción de nuevas funciones;
- 4- Reconstrucción parcial o total aplicable a ruinas o terrenos baldíos, teniendo en cuenta la tipología edilicia del entorno y las relaciones de volumen, texturas y color;
- 5- Mantenimiento, cuando el edificio no presente grandes problemas físicos ni funcionales.

El exceso de población que por ventura tenga que ser trasladado para otras áreas de la ciudad deberá ser atendido por la Dirección Provincial de la Vivienda, como ya ocurre hoy.

SEGUNDA ETAPA DE LA CAMPAÑA.

- 1- Ampliación de su objeto, pasando a designarse "Campaña Internacional para la Salvaguardia de la Ciudad Histórica de La Habana".
- 2- Análisis de la conveniencia de ampliación del área del centro Histórico con la inclusión de Centro Habana, que es su continuación natural.
- 3- Revisión del Plan Maestro de Preservación y Desarrollo Socioeconómico del Centro Histórico integrándolo a la Planificación Urbana y Territorial de la Gran Habana. Además de considerar sus valores culturales y de centralidad, el nuevo plan deberá contemplar la cuestión habitacional, el medio ambiente urbano, el empleo y la renovación de su infraestructura.

- 4- Formulación de un nuevo Plan de Acción para la Campaña, en función de su nueva concepción, amplitud y los cambios administrativos ocurridos en el país.
- 5- Conclusión prioritaria de las obras de la Plaza Vieja.

PLAN DE ACCIÓN DE LA SEGUNDA ETAPA DE LA CAMPAÑA

A - Objetivos generales.

- 1- Divulgación a nivel internacional, por los medios adecuados, de los trabajos ya realizados y de lo mucho que es necesario hacer, como forma de sensibilizar las agencias internacionales y regionales, los Gobiernos, las ONGs y empresas privadas para la preservación del Centro Histórico de La Habana;
- 2 - Llamamiento a la solidaridad internacional para complementar los esfuerzos hechos por el Gobierno Cubano en la rehabilitación, preservación y desarrollo socioeconómico del Centro Histórico de La Habana. La cooperación podrá ser hecha a través de la misma UNESCO o mediante convenios bilaterales bajo la forma de donaciones voluntarias en divisas, equipamientos o materiales, envío de consultores, concesión de becas, etc.
- 3- Reconocer y asegurar la continuidad de los esfuerzos realizados por el Gobierno Cubano en la preservación de este excepcional Patrimonio de la Humanidad, dentro de patrones internacionales.

B- Contenido de las acciones:

- 1- Revisión del Plan Maestro de Preservación y Desarrollo Socioeconómico del Centro Histórico teniendo en cuenta los cambios económicos y administrativos y la perspectiva de crecimiento de los sectores turístico, comercial y de servicios, con aumento de la demanda de espacios para actividades y estacionamientos;
- 2- Elaboración de un modelo de gestión de la rehabilitación de viviendas en el Centro Histórico que contemple todas las situaciones existentes, con fijación de metas a cumplir;
- 3- Relevamiento metódico de las tipologías, valores arquitectónicos/urbanísticos y estado de conservación de los edificios del Centro Histórico, de modo de establecer un plan sistemático de intervención en el mismo;
- 4- Ejecución de una campaña de consolidación preventiva de todos los edificios que presenten síntomas de inestabilidad;

- 5- Restauración y reintegración al uso social de los últimos edificios que cierran la Plaza Vieja, uno de los más importantes espacios públicos de La Habana;
- 6- Renovación de las redes de servicios públicos, con prioridad para el alcantarillado;
- 7- Recuperación y ampliación de la red escolar y de salud en el Centro Histórico;
- 8- Promoción de actividades culturales (exposiciones, conciertos, “shows”) en las plazas y calles del Centro Histórico y realización de una campaña de concientización de la gente sobre el Patrimonio Cultural en las escuelas y centros laborales;

Todas estas acciones deben ser desarrolladas por el Gobierno Cubano con recursos propios y provenientes de la Campaña Internacional.

C- Apoyo del Sistema de las Naciones Unidas

La UNESCO, conjuntamente con otras agencias del Sistema de las Naciones Unidas (PNUD, Habitat, UNICEF), del Ministerio de Cultura de Cuba y su Consejo Nacional de Patrimonio, la Oficina de Historiador de la Ciudad reforzará la capacidad operativa nacional mediante tres tipos de acciones:

- 1- Consultorías - realizadas por expertos internacionales en el campo de la rehabilitación y gestión de la vivienda, renovación de infraestructuras urbanas y en las especialidades de la restauración en que el país no tenga tradición;
 - 2- Calificación – de técnicos de nivel superior y medio (maestros, albañiles, carpinteros, etc.) mediante cursos realizados en convenio con el CENCREM y la Escuela Taller y por medio de becas, seminarios y postgrados;
 - 3- Equipos – para la instalación de la Cátedra Regional de Conservación Integral de Bienes Culturales y actualización de los talleres del CENCREM.
- La UNESCO se comprometerá a divulgar a nivel internacional, por todos los medios disponibles, la Campaña entre los países miembros y a hacer gestiones para la asistencia bilateral. Para esto promoverá la realización de las siguientes acciones, entre otras:
- a- Exposición fotográfica itinerante de los trabajos ya realizados y por realizar en el Centro Histórico de La Habana;
 - b- Producción de videos, CD Rom y audiovisuales sobre el mismo tema;
 - c- Publicación de folletos y afiches con llamamiento a la Campaña;

d- Divulgación a través de las revistas Correo de la UNESCO y la correspondiente del PNUD de materias sobre los trabajos que se están realizados en la Habana Vieja;

e- Visita del Director-General de la UNESCO a La Habana en el acto de lanzamiento de la segunda etapa de la Campaña.

D- Asesoramiento de la Campaña.

Se creará un Grupo de Trabajo compuesto por representantes del Director-General de la UNESCO y representantes de Ministerio de Cultura de Cuba, para asesorar las dos partes – UNESCO y Gobierno Cubano - en la Campaña. Del mismo modo se realizará dentro de dos o tres meses un seminario en La Habana para discutir y detallar el Plan de Acción de la Campaña. Este seminario deberá contar con la participación de tres especialistas indicados por la UNESCO y representantes de la Dirección de Patrimonio Cultural, de la Oficina del Historiador, del CENCREM, del Grupo de Desarrollo Urbano, de la Dirección Provincial de Planificación, del Instituto Nacional de la Vivienda y de la Facultad de Arquitectura de la CUJAE.

Anexo 2- Informe del Asesor Técnico Internacional. Arq. José Ramón Moreno.
Octubre 1988.

PROYECTO PNUD/UNESCO CUB/86/017
GRUPO TECNICO ASESOR DE LA
CAMPANA DE LA PLAZA VIEJA
LA HABANA.CUBA

INFORME DEL ASESOR TECNICO
INTERNACIONAL, ARQUITECTO
JOSE RAMON MORENO

Misiones realizadas en la
Habana, entre los días 6 al
13 de Septiembre de 1987 y
entre los días 11 al 22 de
Agosto de 1988

Sevilla, Octubre 1988

1. ANTECEDENTES

A propuesta del Gobierno cubano, y más concretamente de la Dirección del Patrimonio Cultural, el arquitecto español José Ramón Moreno fué designado por la UNESCO como asesor técnico para los trabajos relacionados con el rescate de la Plaza Vieja en la Ciudad de la Habana.

Desde entonces, ha participado en la Segunda reunión de trabajo del Grupo Técnico Asesor de la Campaña de la Plaza Vieja, celebrada los días 10 y 11 de Septiembre de 1987, así como regresar a Cuba en dos viajes consecutivos (Marzo y Agosto de 1988) en los que ha podido conocer con mayor profundidad no sólo los temas que atañen específicamente a la Plaza Vieja sino, sobre todo, los que se refieren al marco general de la Ciudad de La Habana, tanto en los aspectos de planificación como en los de gestión, lográndose de este modo una mejor comprensión del esfuerzo que se está llevando a cabo por el Gobierno Cubano para la recuperación del Centro histórico de La Habana y más concretamente de su Plaza Vieja

2. INTRODUCCION

Este informe pretende, por tanto, analizar, desde una perspectiva global, los trabajos que se están desarrollando en la Ciudad para lograr una adecuación de su patrimonio a exigencias actuales de calidad de vida.

De esta forma, tendrá mayor sentido, y seguramente cierto grado de coherencia, estudiar en detalle el proceso de intervención arquitectónica y social en la Plaza Vieja.

Para ello habría que comenzar por la valoración de la Estrategia Global que sobre la Ciudad de La Habana, ha establecido el Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital.

Una estrategia que, como se señala en el preámbulo "sirva de guía a ese proceso de transformación en el que se logre la mayor integralidad posible (...) transformando las condiciones de vida de la población y del ambiente urbano, conservando los valores arquitectónicos y urbanísticos que identifican La Habana y creando nuevos que conformen de conjunto una imagen renovada".

En 1982, La Habana Vieja es declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Desde entonces, en la Ciudad de La Habana (y en el resto del país) se han resuelto iniciativas de planificación que van desde la Ley General de Vivienda hasta la implantación masiva del movimiento microbrigadista.

En poco más de un lustro, La Habana parece haber salido de un cierto letargo en el sector de la construcción y ve como se van renovando numerosos sectores de su centro histórico al amparo de diversas iniciativas institucionales.

Ya señala el documento de Estrategia como "en el momento actual, el inventario de problemas y necesidades que acumula la ciudad es realmente impresionante" y como "se observa una baja calidad estética en la mayoría de las nuevas construcciones, en contradicción con las tradiciones arquitectónicas y urbanísticas de nuestro país, motivada entre otras cosas, por el insuficiente desarrollo de los sistemas y técnicas constructivas y los proyectos, así como la poca calidad y variedad de los materiales de construcción".

Ya se tendrá ocasión más adelante, de comentar lo anteriormente reseñado, ya que constituye uno de los aspectos susceptibles de mejora en el desarrollo concreto de la restauración de la Plaza Vieja.

Conviene, sin embargo, destacar ahora dos de los objetivos cuantitativos del programa social del documento de Estrategia, que tienen relación muy directa con esos aspectos cualitativos a que anteriormente se aludía.

Son objetivos que, además, se priorizan en el Documento, respecto al resto "a la vista de las dificultades económicas que pudieran preverse en ese espacio relativamente corto de tiempo" que transcurre entre el año 1990 y el año 2000.

Se trata, por un lado, de construir veinte mil viviendas al año en la ciudad, a partir de 1990, manteniendo este ritmo anual para alcanzar doscientas cincuenta mil viviendas en el año 2000, con lo que se resolverá el 90% de las necesidades en ese momento.

Por otra parte, se pretende reparar alrededor de veinticinco mil viviendas por año, lo que supondría otras doscientas cincuenta mil en el periodo.

En la cifra de las nuevas viviendas, precisa el documento, hay que incluir la reconstrucción de cincuenta mil alojamientos que, previsiblemente, se encuentran en muy mal estado de conservación.

4.

Estos objetivos básicos, que se resumen en la construcción y renovación de cincuenta mil viviendas/año durante diez años, constituyen el programa más ambicioso que en esta materia se pueda pensar para una población de las características de La Habana (*).

Sobre todo si, como aquí ocurre, la generación de recursos económicos procede íntegramente de los poderes públicos.

En cualquier caso, los objetivos están marcados, parecen necesarios (sobre todo en lo que se refiere a la intervención sobre el patrimonio edificado) y van a suponer un enorme esfuerzo de planificación, gestión y desarrollo de procesos constructivos que convertirán a La Habana en una ciudad sin problemas de alojamiento.

Este desafío, en el que la planificación concreta y la aplicación de los recursos económicos no deben impedir la mayor cualificación posible de los proyectos arquitectónicos, tendrá su repercusión y reflejo en las áreas históricas de la ciudad y más concretamente en La Habana Vieja.

El Plan Director Ciudad de La Habana coincide sensiblemente con las cifras de nueva construcción de viviendas y asume, desde 1980, un proyecto territorial y urbanístico especial para La Habana Vieja "de acuerdo a las condiciones excepcionales de la zona y su ubicación en el contexto de la Ciudad".

Se indica también en el Plan Director, cuyos lineamientos son aprobados por el Consejo de Ministros en 1984, que hay un anteproyecto de Reglamento Urbanístico particular para La Habana Vieja que, seguramente, habrá sido incluido en las nuevas Regulaciones y ordenanzas para la ciudad que se elaboran en el año 1986.

Sin embargo, la Propuesta de Restauración de la Plaza Vieja se redacta por la Dirección de Patrimonio Cultural, y más concretamente por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología en el año 1982.

(*) Cabe señalar que, entre 1959 y 1980 (prácticamente el mismo lapso de tiempo que se el que programa) solo se construyeron en la Ciudad, 55.000 viviendas.

5.

De manera que, desde 1982 en que la La Habana Vieja es declarada Patrimonio de la Humanidad, se han sucedido varios instrumentos de planificación de superior jerarquía que han culminado, por el momento, con el documento de Estrategia.

Convendría, por tanto, conocer si, en correlación con lo anterior, las estipulaciones contenidas en todos ellos, modifican de forma sustancial lo establecido para ámbitos territoriales de menor dimensión y concretamente la Propuesta de Restauración de la Plaza Vieja o si, por el contrario, la normativa jerárquicamente superior ha ido recogiendo lo señalado previamente en los instrumentos de planificación sectoriales.

Si esto se refiere a la planificación, habría que hacer una serie de consideraciones sobre la gestión ya que de ella se deriva la plasmación concreta de lo que se diseña en el ámbito planificador.

Cualquier observador interesado en la renovación urbana de la capital de Cuba, puede apreciar cierta superposición de competencias que hace difícil la percepción de directrices comunes.

Al menos los niveles Estatal y Local entrecruzan sus acciones sobre el mismo territorio sin que, desde fuera, puedan distinguirse las razones de la decisión de intervención y, por tanto, la comprensión posterior del hecho arquitectónico que resulta.

Así, el Ministerio de Cultura realiza proyectos de rehabilitación de edificios para viviendas; la Oficina del Historiador de la Ciudad restaura inmuebles que después van a tener un uso cultural etc., etc...

Si a esto se une la dependencia de la Empresa Constructora de una tercera instancia, de forma que las órdenes de ejecución de obras por parte de la dirección facultativa pueden quedar devaluadas ante exigencias de otro orden (rapidez, adecuación presupuestaria estricta, determinadas fases de obra realizadas por el procedimiento de destajo, etc.), parece razonable pensar que un reto como el que se propone en la Estrategia ha de venir acompañado de una seria reflexión sobre la gestión administrativa para que la intervención sea posible tanto en términos cuantitativos como en aspectos de cualificación proyectual y constructiva.

Queda un último aspecto antes de entrar en el análisis detallado de la Propuesta de Restauración de la Plaza

6.

Vieja en el que, obviamente, tienen reflejo evidente las disfuncionalidades anteriores.

Se trata de la situación en que se encuentra la clase profesional, relacionada con la arquitectura, en Cuba.

Quede claro que las opiniones que aquí se expresan, son las de un observador que, a pesar de haber visitado en cuatro ocasiones la Isla desde el año 1984, esforzándose en conocer la realidad del hecho constructivo, no pretende evaluar la idoneidad de procedimientos cuya complejidad política, social o simplemente administrativa necesitan de un mayor tiempo de reflexión.

El diagnóstico será necesariamente aproximado y seguramente superficial pero, en cualquier caso, tendrá la pretensión de aportar elementos de debate que pueden contribuir a mejorar la situación actual.

Dicho esto, sería preciso adelantar que la clase profesional relacionada con la arquitectura cubana, no goza de buena salud.

La arquitectura que tan magníficos ejemplos muestra a lo largo y ancho de la isla procedentes de etapas históricas anteriores, muestra en los últimos años una preocupante falta de calidad en su diseño.

Las razones son suficiente conocidas y, seguramente, justificadas. No se puede pasar de una arquitectura considerada como Bella Arte a una industria de construcción masiva, sin que se produzcan desgarros en el camino.

Lo importante es que los diseñadores, a pesar de ello, no pierdan el norte de la creatividad y sepan que una vez resueltos los gravísimos problemas que dieron origen a tan drástica decisión, es posible recuperar la calidad en el proyecto y la belleza en el objeto arquitectónico.

Los arquitectos cubanos en la actualidad parecen aún ensimismados en la modulación y seriación que impone la prefabricación, en lo que se refiere a la obra de nueva planta.

Y, en lo que se refiere a la intervención en el patrimonio edificado, monumental o de interés arquitectónico, prevalece una actitud de cierta pasividad en el entendimiento de lo preexistente, en cuanto no se cuestiona lo que aparece y se tiende a reproducir miméticamente lo que existía. No hay, por tanto, ejemplos de intervenciones sobre el Patrimonio en el que aparezca un nuevo lenguaje como expresión de nuestra época.

Si se expresa con una frase la situación actual de la arquitectura en Cuba, cabría decir que "falta valentía y sobra fatalismo".

3. LA HABANA VIEJA

Para poder extenderme sobre la Propuesta de Restauración de la Plaza Vieja, convendría reflexionar previamente sobre esa parte del núcleo histórico que ha dado en llamarse Habana Vieja.

Aunque a efectos metodológicos, parece correcta su delimitación tradicional, no debería detenerse ahí la voluntad planificadora e incluso de gestión para no producir un corte territorial que la propia historia ha difuminado.

Puede ser tan importante resolver el engarce de los elementos de borde en conexión con la Habana Vieja (Eje del Prado con el Castillo de la Punta y el Capitolio, o la Estación Central, por ejemplo) o las vistas hacia el Este con las fortalezas del Morro y la Cabaña que la propia resolución del tráfico en el interior del recinto.

El esquema planificador de la Habana Vieja con el sistema de plazas, centros y ejes de actividades, valoración de monumentos, etc presenta una gran racionalidad.

Quedan, sin embargo, algunas incógnitas que desvelar en lo que se refiere al tratamiento del anillo exterior (en cuanto al riesgo de segregación que pudiera comportar), a la escasez de parques y áreas verdes así como al futuro de las instalaciones a desactivar e incluso a las áreas de reserva que se proponen en el actual sistema portuario.

En cuanto a la gestión administrativa de desarrollo del plan, se advierte esa superposición a que antes se aludía en cuanto que diversas instituciones tienen presencia activa en el recinto sin que parezca existir coordinación efectiva entre ellas.

Por eso, podría considerarse la posibilidad de establecer un régimen especial para La Habana Vieja, en el que un único organismo tenga la responsabilidad principal de llevar a cabo la recuperación física y funcional del área, con capacidad de decisión y de inversión.

Habría de ser un organismo en el que tuvieran presencia tanto el Poder Popular como los departamentos del Gobierno Central que tengan competencias en estas

8.

materias (cultura, vivienda, etc.). Esta presencia, sería a efectos de grandes decisiones pero no en cuanto a la propia gestión, que llevaría exclusivamente ese nuevo organismo.

Podría ser algo parecido al Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, pero aplicado al territorio de La Habana Vieja y con capacidad de gestión e inversión propios. Tendría la misión exclusiva de llevar adelante el Plan de La Habana Vieja hasta su completa recuperación, fijando estrategias de intervención, relocalizando usos y actividades, elaborando de proyectos e incluso llevando la dirección de obras con la Oficina Técnica que inevitablemente debiera estar en su propio organigrama.

A estos efectos, los trabajos que se llevan a cabo por las diversas instituciones (incluso el movimiento microbrigadista) pasarían a depender de esta especie de "Oficina del Centro Histórico de la Capital".

Se podría lograr así, unidad en la gestión y coherencia en las distintas intervenciones, con lo que posiblemente se conseguiría también una mayor rapidez en la aplicación de los recursos públicos.

En lo que se refiere a la financiación, para conseguir lo que el documento de Estrategia propone se va a necesitar una cantidad ingente de recursos económicos. Tan solo La Habana Vieja parece algo así como una misión imposible de abordar dado el alto grado de deterioro que presenta. Sin embargo, hay que hacerlo y, además, en breve plazo, tal como se indica en el citado documento. Si no se hace así, buena parte del patrimonio edificado podría desaparecer en los próximos años.

Habría que buscar fórmulas imaginativas para hacer --- coincidir en La Habana Vieja inversiones de carácter privado o al menos con fórmulas mixtas en que el capital público y el privado resuelvan determinados déficits (hoteles, parques, centros comerciales, espectáculos, restaurantes, etc.) de tal forma que, bajo el control del estado, pueda revertir al ente privado parte de la inversión realizada.

El atractivo turístico de La Habana es tan fuerte que seguramente el sector privado, nacional o internacional, estaría dispuesto a obtener rentabilidad a sus posibles inversiones.

En los usos residenciales, el tema puede ser más complejo pero si el sistema de microbrigadas se extiende al campo de la rehabilitación, al menos en elementos comunes de los edificios (cubiertas, cerramientos,

9.

accesos, etc.), y por otra parte se arbitran medios económicos para que las propias familias residentes puedan ir arreglando el interior de sus viviendas, se podría conseguir que el sueño de La Habana recuperada fuese pronto una realidad.

Naturalmente, queda pendiente en este proceso de reconstrucción que, iniciado hace pocos años, puede llegar a tener una dinámica muy fuerte, el tema de la doble calidad en el diseño del proyecto y en la ejecución de obras.

Nunca ha sido la prisa buena consejera en la correcta formalización del hecho arquitectónico. Sin embargo, en La Habana Vieja, si se quiere que permanezca, hay que actuar con prontitud.

Posiblemente, la estrategia ha de pasar por etapas previas de consolidación en todos aquellos edificios que presenten graves deficiencias constructivas, con lo cual no sería necesario redactar y ejecutar proyectos completos de recuperación de inmuebles. Fases de reforzamiento estructural o de saneamiento de cubiertas o de instalación general de servicios urbanos, no precisan necesariamente un alto grado de reflexión en el diseño. Con lo cual cabría la posibilidad de disponer de más tiempo para rediseñar el interior de los edificios.

Solo falta que los arquitectos cubanos se enfrenten al patrimonio heredado con criterios de intervención actualizados. Es seguro que existen muchos profesionales en Cuba perfectamente capacitados para alinearse con las tendencias arquitectónicas más vanguardistas.

Aunque sea a riesgo de cometer algunos errores merece la pena fomentar desde las instituciones públicas una arquitectura que refleje adecuadamente el final del siglo XX. Tanto en la nueva construcción como en las intervenciones en el patrimonio existente.

En La Habana (y, por supuesto, en el resto de la Isla) se aprecian todavía pocas obras con estas características.

La necesidad de trabajar con sistemas de prefabricación y, por otra parte, el excesivo respeto hacia la obra histórica, están hipotecando la libertad creativa de los arquitectos cubanos.

La propuesta que se establece en el documento de Estrategia para la edificación y recuperación de cincuenta mil viviendas al año es la mejor oportunidad posible para que la arquitectura cubana vuelva a ocupar el

10.

rango que le corresponde en el panorama de las Bellas Artes.

Por lo que se refiere a los materiales constructivos, no es preciso disponer ni de gran variedad ni tampoco de excesiva calidad, para lograr una magnífica arquitectura. Cuba está repleta de buenos ejemplos. Otra cosa es que la obra se ejecute bien.

Los dos aspectos (materiales y ejecución de obras) no son especialmente graves en Cuba, si se utilizan recursos propios y se potencia la formación profesional.

Con ladrillo, bloques, madera, cemento y cal se pueden hacer magníficas obras. Incentivar la industria cerámica para cerramientos y suelos o explotar canteras son posibilidades ciertas en Cuba. Y existen también ejemplos singulares que así lo demuestran.

Por otra parte, hay muestras de obras realizadas por microbrigadas, de mayor calidad constructiva que las realizadas por empresas especializadas.

Tanto en un caso (profesionales de la arquitectura) como en el otro (profesionales de la construcción) es factible el intercambio de experiencias con otros países.

No solo sería factible sino también necesario que, por ejemplo, se promovieran encuentros entre Cuba y España (o Andalucía más concretamente, por la similitud de procesos constructivos) para que determinadas especialidades pudieran contrastarse.

Y en lo que se refiere a los arquitectos, sería procedente que se organizaran eventos en Cuba de forma que profesionales de prestigio de otros países pudieran mostrar sus realizaciones, tanto en obras de nueva planta como intervenciones en Centros históricos.

Otra posible actuación que serviría, como en el caso anterior, de ejercicio de animación y como revulsivo al "letargo" de la creatividad arquitectónica en Cuba, podría ser la de invitar a varios arquitectos de proyección internacional para que propusieran ideas en determinados ámbitos de La Habana.

Este tipo de ejercicio que se ha desarrollado en lugares como Roma, Madrid o Buenos Aires tiene la doble virtud de suscitar debates enriquecedores de la propia ciudad y sobre todo permite una divulgación mundial entre la clase especializada, que puede ser muy positivo para el mejor conocimiento de La Habana.

4. LA PLAZA VIEJA

Para enlazar con lo expuesto en epígrafes anteriores, sería conveniente que en el seno del Grupo Asesor sobre la Plaza Vieja se tuviese la oportunidad de analizar específicamente el Proyecto para La Habana Vieja en relación con el Plan Director Ciudad de La Habana y con el documento estrategia elaborado por el Grupo para el desarrollo integral de la Capital.

Asimismo, en función de lo anterior, revisar la Propuesta de Restauración de la Plaza Vieja, por si es preciso establecer modificaciones de su contenido, en aras de lograr una mayor coherencia con el planeamiento de rango superior.

El resultado de esta labor de análisis podría dar un mayor contenido a las funciones del propio Grupo que, tal como aparece en las dos reuniones que ha tenido (años 1984 y 1987), no presenta un perfil muy definido.

Se trataría de conseguir que el Grupo Asesor visualizase el trabajo de rescate de la Plaza Vieja en el ámbito global al que pertenece, pudiendo así detectar la necesaria interrelación funcional y espacial con el resto del territorio.

Es necesario, por tanto precisar las funciones concretas que corresponden al Grupo Asesor; no deben ser tan sólo las que se puedan referir a divulgación de la Campaña Internacional o a las posibles aportaciones de otros países.

Sería necesario que en el seno de este grupo, en el que debían estar representadas otras instancias (Poder Popular, Oficina del Historiador, etc.) se puedan conocer y debatir hasta los proyectos concretos que se van a realizar en la Plaza Vieja.

Está claro que apreciaciones que se han hecho a lo largo de este informe, tienen un fiel reflejo en este pequeño pero importante recinto histórico. Con el agravante de que su fuerza simbólica lo convierte en escaparate de lo que se pretende realizar en La Habana Vieja.

Es evidente que en La Plaza Vieja no se ha logrado hasta el momento que las intervenciones mantengan una cierta coherencia entre sí.

Cada obra ha sido encomendada a un arquitecto, sin que existan criterios unificadores en la acción. La obra de nueva planta que se ha hecho en el interior de la Fototeca (Mercaderes 307) tiene poco que ver con la

que se ha realizado recientemente en el 315 de la misma calle. La restauración de la casa de los Condes de Janico supone un modelo de intervención que no se corresponde con lo que se está haciendo en el Cine Habana.

Se necesita, en consecuencia, trabajar en el sentido de lograr una propuesta completa del recinto que tenga su base en el análisis de lo preexistente. Deben levantarse todas las plantas de los distintos inmuebles y establecer un método riguroso para extraer las constantes que deben permanecer invariantes en la nueva propuesta.

El Grupo Asesor debería conocer no solo la propuesta global sino los proyectos concretos que de ella se derivan.

En su seno habría que debatir el conflictivo tema del parqueo o el tratamiento de las cuatro fincas situadas en los ángulos de la Plaza que, hasta el momento, no han sido suficientemente consideradas.

Teniendo en cuenta el carácter Técnico del Grupo y por otra parte la función asesora que se le encomienda, no deben serle ajenos los temas de procesos constructivos, materiales o colores.

La vehiculación de sus propuestas no vinculantes hacia los Departamentos administrativos correspondientes daría el verdadero sentido a esta Comisión.

Lo que no tiene efectividad es, en el caso concreto de las obras, analizar a posteriori las diferentes intervenciones, aunque de ellas pudieran derivarse enseñanzas para las siguientes.

Hay que entender que el rescate de la Plaza Vieja es una operación relativamente fácil en lo que a su materialidad se refiere. Lo importante de esta acción es lo que podría denominarse como "filosofía de la intervención". Se supone que es un recinto en el que las diversas instituciones culturales de Cuba se han esforzado en interpretar activamente su propio legado histórico.

Si se consigue disponer de un completo levantamiento planimétrico y fotogramétrico de todos los edificios, incluyendo los de los cuatro ángulos, en los que se incorporen las obras ya realizadas, se podrá establecer un método de intervención riguroso y coherente que lleve desde la tipificación de los detalles constructivos hasta la valoración normática de las fachadas.

La propia tipología de los inmuebles podrá aportar claves de los futuros usos tanto residenciales como de equipamientos, con lo que se podrá completar una propuesta de restauración integral más definitiva que la que ahora existe.

Este podría ser el momento en que la labor de divulgación pudiera intensificarse. La necesaria exposición itinerante o la convocatoria de algún concurso internacional de ideas serían piezas básicas para que la Plaza Vieja se conozca en el mundo.

El gran esfuerzo que las autoridades cubanas están realizando en La Habana Vieja en el campo de la recuperación de edificios y de trama urbana debe ser conocido y contrastado en ámbitos profesionales.

Ejemplos como la refuncionalización del Convento de Santa Clara, la restauración de la espléndida arquitectura militar, la puesta en uso de los edificios que conforman la Plaza de la Catedral o la próxima actuación en el Convento de San Francisco, son muestra de una decidida voluntad política de transformación positiva de una ciudad histórica.

El que esta voluntad política se articule metodológica y técnicamente de forma que las intervenciones arquitectónicas consigan equilibrar el respeto al pasado con la presencia de pautas de modernidad, es algo que se puede conseguir perfectamente si se reconoce a la arquitectura como un hecho cultural de primer orden.

La Plaza Vieja podría ser, si se quisiera, el laboratorio de esa experiencia necesaria. La Habana, una de las ciudades más hermosas del mundo, merece que la mejor arquitectura del siglo XX pueda ocupar el lugar que le corresponde en su trama urbana, dialogando sin complejos con aquellas otras que le precedieron en anteriores etapas históricas.

Sevilla, Octubre 1988